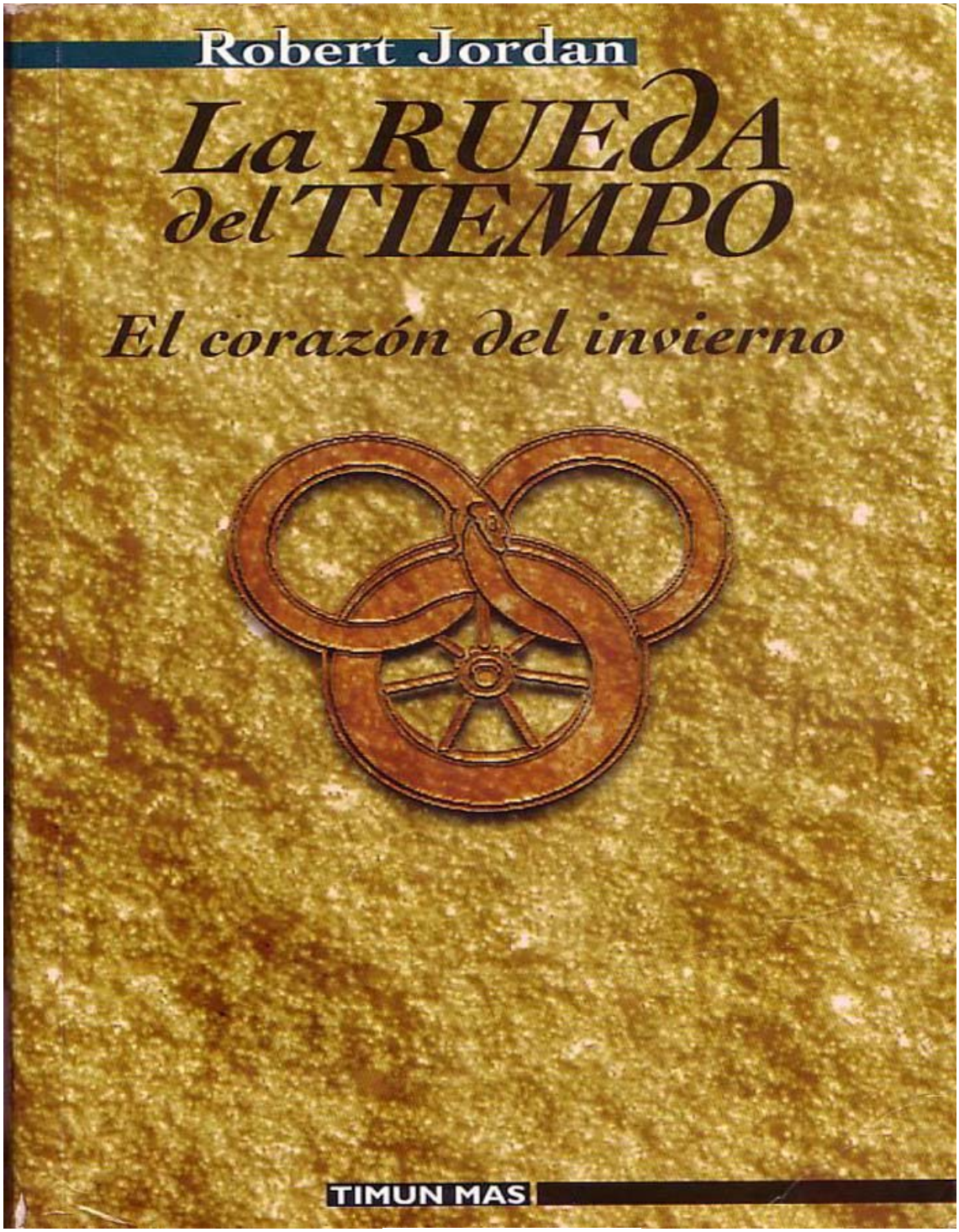
LA RUEDA DEL TIEMPO 14
El Corazón del Invierno
Robert Jordan



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Siempre para Harriet,
siempre
Los sellos que frenan la noche se debilitarán,
y en lo más crudo del invierno nacerá el corazón del invierno
entre gemidos y rechinar de dientes,
porque el corazón del invierno cabalgará en un corcel negro,
y su nombre es Muerte.

Fragmento de *El Ciclo Karaethon:*
Las Profecías del Dragón

PRÓLOGO

Nieve

Tres linternas irradiaban una luz titilante, más que suficiente para alumbrar el pequeño y austero cuarto con las paredes y el techo pintados en blanco, si bien Seaine mantenía la mirada prendida en la pesada puerta de madera. Sabía que era ilógico, un comportamiento estúpido en una Asentada del Ajah Blanco. El tejido de *Saidar* que había extendido alrededor del marco de la puerta le llevaba de vez en cuando el distante rumor de pisadas en el laberinto de corredores de allá arriba, un rumor que se apagaba casi en el mismo instante de oírse. Era un tejido sencillo que le había enseñado una amiga en sus lejanos días como novicia, pero que le advertiría de la presencia de alguien mucho antes de que se acercara allí. De todos modos, eran contadas las personas que bajaban a tanta profundidad, al segundo sótano.

Su tejido captó lejanos chirridos de ratas. ¡Luz! ¿Cuánto hacía que había ratas en Tar Valon, en la propia Torre? ¿Serían algunas de ellas espías del Oscuro? Se lamió los labios con nerviosismo. En eso la lógica no contaba para nada. Cierto. Aunque ilógico. Le entraron ganas de echarse a reír. Merced a un gran esfuerzo consiguió controlarse para no caer en la histeria. Tenía que pensar en otra cosa que no fuesen ratas. Algo distinto... Un chillido amortiguado sonó en el cuarto, a su espalda, y se convirtió en un llanto apagado. Intentó hacer oídos sordos. ¡Concentración!

En cierto modo, lo que había llevado a sus compañeras y a ella hasta ese cuarto era que las cabezas de los Ajahs parecían estar reuniéndose en secreto. Ella misma había atisbado a Ferane Neheran hablando en voz baja con Jesse Bilal en un rincón apartado de la biblioteca, y, si bien Jesse no dirigía a las Marrones, sí ocupaba un puesto muy relevante en su Ajah. Creía que pisaba terreno más firme respecto a Suana Dragand, de las Amarillas. Eso creía. Pero ¿por qué Ferane había ido a pasear con Suana por una zona retirada del recinto de la Torre, ambas envueltas en capas corrientes? Las Asentadas de diferentes Ajahs aún hablaban abiertamente unas con otras, aunque con frialdad. Las demás habían visto cosas por el estilo; no mencionaban nombres de sus propios Ajahs, naturalmente, pero dos habían mencionado a Ferane. Todo aquello era un enigma perturbador. Actualmente la Torre era un pantano en ebullición; cada Ajah se llevaba como el perro y el gato con todos los demás y, sin embargo, las cabezas de éstos se reunían en los rincones. Nadie que no perteneciese a un Ajah sabía con certeza quién era la que lo dirigía, pero por lo visto ellas sí se conocían entre sí. ¿Qué se traerían entre manos? ¿Qué? Por desgracia no podía preguntárselo a Ferane así, sin más; aun en el caso de que Ferane fuese tolerante con las preguntas de cualquiera, no se habría atrevido. Ahora no.

Por muy concentrada que estuviera, Seaine no podía apartar de su mente aquella pregunta. Sabía que, si tenía la mirada fija en la puerta y le daba vueltas y vueltas a incógnitas que no podía resolver, era sólo para no mirar a su espalda. A la fuente de aquellos sollozos ahogados y gemidos amortiguados.

Como si pensar en esos sonidos la obligase a hacerlo, miró lentamente hacia atrás, a sus compañeras, y a medida que giraba la cabeza centímetro a centímetro, su respiración se tornó más irregular. Estaba nevando copiosamente sobre Tar Valon, pero la atmósfera del cuarto parecía inexplicablemente calurosa. Se obligó a mirar, a ver.

Con el chal de flecos marrones echado sobre los antebrazos, Saerin se encontraba de pie, los pies bien plantados y toqueteando la empuñadura de la daga altaranesa que llevaba metida en el cinturón. Una fría cólera le ensombrecía la tez olivácea, hasta el punto de que la cicatriz de su mandíbula resaltaba como una línea pálida. A primera vista, Pevara parecía más tranquila, pero asía prietamente la falda de bordados rojos con una mano mientras que en la otra sostenía la lisa y blanca Vara Juratoria como si fuese un garrote que estuviera dispuesta a utilizar como tal. Quizá lo estaba realmente; Pevara era mucho más dura de lo que sugería su complexión regordeta y lo bastante resuelta para que Saerin pareciese apocada en comparación.

Al otro lado de la Silla del Arrepentimiento, la diminuta Yukiri se ceñía fuertemente con los brazos; los largos flecos gris plateados de su chal se sacudían, denotando los temblores de su cuerpo. Yukiri echaba miradas preocupadas a la mujer que estaba de pie a su lado, Doesine. Esta, que más parecía un chico guapo que una hermana Amarilla de considerable renombre, no mostraba reacción alguna por lo que hacían. De hecho era la que manejaba los tejidos que se extendían hacia la Silla, y miraba fijamente el *ter'angreal,* concentrada en su trabajo con tal intensidad que el sudor le perlaba la frente. Todas ellas eran Asentadas, incluida la mujer alta que se retorcía en la Silla.

Talene estaba empapada de sudor, con el dorado cabello apelmazado y la ropa interior tan húmeda que se le pegaba al cuerpo. Sus otras ropas se amontonaban en un rincón. Sus párpados cerrados aleteaban y la mujer emitía una incesante sucesión de gemidos, lloriqueos y súplicas masculladas. Seaine sintió revuelto el estómago, pero fue incapaz de apartar los ojos de ella. Talene era una amiga. Había sido una amiga.

A despecho de su nombre, el *ter'angreal* no se parecía en absoluto a una silla; era simplemente un bloque rectangular que semejaba mármol gris. Nadie sabía de qué estaba hecho, pero el material era duro como el acero excepto la inclinada parte superior. La escultural Verde se hundía un poco en esa superficie que, de algún modo, se amoldaba a su cuerpo por mucho que se retorciese. El tejido de Doesine entraba por la única irregularidad de la Silla, un hueco rectangular del tamaño de la palma de una mano, en un lateral, con diminutas muescas repartidas de manera irregular a su alrededor. A los delincuentes atrapados en Tar Valon se los conducía allí abajo para someterlos a la Silla del Arrepentimiento y hacerles experimentar las consecuencias de sus actos, cuidadosamente seleccionadas. Cuando se los liberaba, abandonaban invariablemente la isla. En Tar Valon se cometían pocos delitos. Conteniendo la náusea, Seaine se preguntó si el uso que le daban a la Silla guardaría alguna relación con el que tenía en la Era de Leyenda.

—¿Qué está... viendo? —La pregunta le salió en un susurro a despecho de sí misma. Ver no sería lo único que Talene estaría experimentando; para ella, todo parecería real. Gracias a la Luz que no tenía Guardián, algo inusitado en una Verde. Había argumentado que una Asentada no lo necesitaba, pero ahora eran otras las razones que justificaban su proceder.

—La están flagelando unos jodidos trollocs —respondió Doesine con voz ronca. Un cierto dejo cairhienino había aparecido en su acento, cosa que rara vez ocurría salvo si se encontraba en tensión—. Cuando haya acabado… verá la olla de los trollocs con agua hirviendo sobre la lumbre, y a un Myrddraal observándola fijamente. Sabrá que lo siguiente que le pasará será lo uno o lo otro. Maldición, si ahora no se desmorona… — Doesine se limpió el sudor de la frente con gesto irritado e inhaló entrecortadamente—. Y deja de distraerme. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hice esto.

—Ya es la tercera intentona —rezongó Yukiri—. ¡Hasta el soldado más duro se viene abajo al cabo de dos, aunque sólo sea por la propia culpa! ¿Y si es inocente? ¡Luz, es como robar ovejas a la vista del pastor! —Aunque temblorosa, se las arreglaba para tener un aire regio, si bien siempre hablaba como lo que había sido: una pueblerina. Dirigió una mirada iracunda a las demás, un tanto malograda por la sensación de náusea que se reflejaba en su semblante—. La ley prohíbe utilizar la Silla con iniciadas. ¡Nos destituirán a todas como Asentadas! Y, si expulsarnos de la Antecámara no es suficiente, probablemente nos exilien. ¡Y antes nos flagelarán con la vara, para mayor escarmiento! ¡Maldita sea, si nos hemos equivocado, nos podrían neutralizar a todas!

Seaine se estremeció. De eso último escaparían si sus sospechas resultaban ser ciertas. No; sospechas no. Certezas. ¡Tenían que estar en lo cierto! Pero, aun así, Yukiri tenía razón en lo demás. La ley de la Torre rara vez tenía en cuenta situaciones de necesidad o cualquier supuesto fin con más altas miras. Sin embargo, si lo que creían era verdad, merecería la pena pagar el precio. ¡Oh, por favor, quisiera la Luz que estuvieran en lo cierto!

—¿Estás ciega o sorda? —espetó Pevara mientras sacudía la Vara Juratoria ante Yukiri—. Rehusó prestar de nuevo el Juramento de no decir una palabra que no fuese verdad, y no puede achacarse simplemente al estúpido orgullo del Ajah Verde una vez que todas lo habíamos hecho ya. ¡Cuando la escudé, intentó *acuchillarme!* ¿Acaso eso clama su inocencia? ¿Lo hace? ¡Que ella supiera, intentábamos simplemente hablar hasta que se nos secara la lengua! ¿Qué razones tenía para esperar que hubiese algo más?

—Gracias a ambas por exponer lo que es obvio —intervino Saerin en tono seco— Demasiado tarde ya para dar marcha atrás, Yukiri, así que mejor será que sigamos adelante con ello. Y yo que tú, Pevara, no le gritaría a una de las cuatro mujeres en toda la Torre en las que sé que puedo confiar.

Yukiri enrojeció y se ajustó el chal, mientras que Pevara parecía un tanto avergonzada. Un tanto. Todas eran Asentadas, pero no cabía duda de que Saerin había tomado el mando, y Seaine no estaba segura de lo que pensaba al respecto. Unas cuantas horas antes, Pevara y ella habían sido dos viejas amigas embarcadas en una peligrosa búsqueda, dos iguales que tomaban decisiones juntas; ahora tenían aliadas. Debería sentirse agradecida de contar con más compañeras. Sin embargo, no estaban en la Antecámara y en ese asunto no podían acogerse a sus derechos como Asentadas. Ahora lo que contaba era el orden jerárquico de la Torre, con todas las distinciones sutiles —y no tan sutiles— de quién estaba dónde respecto a quién. A decir verdad, Saerin había sido novicia y Aceptada el doble de tiempo que casi todas ellas, pero cuarenta años como Asentada, mucho más de lo que nadie había ocupado ese cargo, tenían mucho peso. Seaine tendría suerte si Saerin le pedía opinión, cuanto menos consejo,

Librodot

antes de tomar una decisión. No obstante, y aun comprendiendo que era una estupidez, saberlo la molestaba como una espina clavada en el pie.

—Los trollocs la arrastran hacia la olla —dijo de pronto Doesine con voz chirriante. Un débil quejido escapaba entre los dientes prietos de Talene; la mujer se sacudía con tal violencia que parecía trepidar—. Yo... No sé si puedo... Mierda, no sé si soy capaz de...

—Hazla volver a la realidad —ordenó Saerin sin molestarse siquiera en mirar a nadie para ver qué opinaban—. Deja de enfurruñarte, Yukiri, y estáte preparada.

La Gris le lanzó una mirada feroz, pero cuando Doesine soltó el tejido y los azules ojos de Talene se abrieron, el brillo del *Saidar* envolvió a Yukiri, que sin pronunciar palabra escudó a la mujer tendida en la Silla. Saerin tenía el mando y todas lo sabían, punto. Sí, una espina muy afilada.

El escudo no era realmente necesario. Talene, con el rostro convertido en una máscara de terror, temblaba y jadeaba como si hubiese corrido kilómetros y kilómetros a toda velocidad. Seguía hundida en la suave superficie; pero, ahora que Doesine no encauzaba en ella, el *ter'angreal* no se adaptaba a su cuerpo. Talene miró fijamente el techo, con los ojos desorbitados, y después los cerró fuertemente, aunque enseguida los volvió a abrir. Fuesen cuales fuesen los recuerdos que surgían tras sus párpados, no deseaba enfrentarse a ellos.

Salvando en dos zancadas la distancia que la separaba de la Silla, Pevara presentó la Vara Juratoria a la angustiada mujer.

—Renuncia a todos los juramentos que te atan y presta de nuevo los Tres Juramentos, Talene —instó duramente.

La Verde se apartó de la Vara como si ésta fuese una serpiente venenosa, y luego se volvió bruscamente hacia el lado opuesto cuando Saerin se inclinó sobre ella.

—La próxima vez, Talene, es la olla lo que te espera. O las tiernas atenciones del Myrddraal. —El semblante de Saerin era implacable, pero en comparación su tono hacía que pareciese suave—. Nada de despertar antes de que ocurra. Y, si con eso no basta, habrá otra vez, y otra más. Tantas como sea necesario, aunque tengamos que quedarnos aquí hasta el verano.

Doesine abrió la boca para protestar, pero la cerró con una mueca. Era la única del grupo que sabía cómo hacer funcionar la Silla, pero su posición era tan baja como la de Seaine.

Talene seguía mirando fijamente a Saerin. Las lágrimas arrasaron sus grandes ojos, y la mujer rompió a llorar con sollozos hondos y desconsolados. Cegada por las lágrimas, extendió la mano y tanteó hasta que Pevara le puso la Vara Juratoria entre los dedos. A continuación, Pevara abrazó la Fuente y encauzó un fino flujo de Energía en la Vara. Talene la agarraba con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos, pero aun así no hizo otra cosa que sollozar.

—Me temo que hay que volver a dormirla, Doesine —dijo Saerin mientras se ponía derecha.

El llanto de Talene se redobló, pero entre sollozo y sollozo farfulló:

—Re... renuncio... a todos los juramentos... que me atan. —No bien acabó de pronunciar la última palabra, empezó a aullar.

Seaine dio un brinco de sobresalto y luego tragó saliva con esfuerzo. Sabía por propia experiencia el dolor que conllevaba retractarse de un único juramento, y había intentado imaginar el espantoso sufrimiento que sería renunciar a más de uno a la vez, pero ahora la realidad se mostraba ante

ella. Talene gritó hasta que no le quedó aliento, y después cogió aire y volvió a chillar de tal modo que Seaine casi esperó que la gente bajase corriendo de la Torre para ver qué pasaba. La alta Verde se sacudió, agitando brazos y piernas, y luego su cuerpo se arqueó hasta que sólo los talones y la cabeza tocaron la gris superficie, los músculos agarrotados y todo el cuerpo contraído por violentos espasmos.

De manera tan repentina como se había iniciado el ataque, Talene se desplomó flojamente, desmadejada, y yació sollozando como una niña perdida. La Vara Juratoria escapó de su mano fláccida y rodó por la inclinada superficie gris. Yukiri murmuró algo que sonó como una ferviente plegaria. Doesine musitaba una y otra vez, con voz temblorosa: «Luz, Luz, Luz».

Pevara recogió la Vara y cerró los dedos de Talene sobre ella de nuevo. En la amiga de Seaine no había atisbo de compasión; no en aquel asunto.

—Ahora presta los Tres Juramentos —instó.

Durante un momento pareció que Talene iba a negarse, pero la mujer repitió lentamente los juramentos que las convertían en Aes Sedai y las mantenían unidas: no decir una sola palabra que no fuese verdad; no fabricar un arma con la que un hombre matase a otro; no utilizar jamás el Poder Único como arma, salvo en defensa de su propia vida o de su Guardián o de otra hermana. Al final, empezó a llorar en silencio, sacudiéndose sin emitir sonido alguno. Quizás eran los juramentos, mientras se ceñían a ella. Nada más haberlos prestado se experimentaba una sensación desagradable. Quizá.

Entonces Pevara le dijo el otro juramento que se le exigía. Talene se encogió, pero pronunció las palabras en un tono de total desesperanza:

—Juro obedeceros a las cinco sin reservas. —Sus ojos miraban al frente con fijeza, vidriosos, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Respóndeme con la verdad —le dijo Saerin—. ¿Eres del Ajah Negro?

—Lo soy. —Las dos palabras sonaron rechinantes, como si Talene tuviese la garganta oxidada.

La respuesta dejó paralizada a Seaine de un modo que jamás habría imaginado. Al fin y al cabo, se había lanzado a la caza del Ajah Negro y, a diferencia de muchas otras hermanas, creía en su existencia. Había puesto las manos en otra hermana, en una Asentada; había ayudado a conducir a Talene por los desiertos pasillos del sótano, envuelta en flujos de Aire; había roto una docena de leyes de la Torre; había cometido graves delitos. Y todo para escuchar una respuesta de la que casi había estado segura antes de que se hiciese la pregunta. Ahora ya la había oído. El Ajah Negro existía. Ante ella tenía a una hermana Negra, una Amiga Siniestra que llevaba el chal. Y el hecho de creerlo resultaba ser una pálida sombra del hecho de afrontarlo. Apretó las mandíbulas hasta que casi se le quedaron encajadas, para que los dientes no le castañetearan. Se esforzó por recobrar el control de sí misma, por pensar de un modo racional. Pero las pesadillas habían despertado y caminaban por la Torre.

Alguien exhaló con fuerza, soltando de golpe el aire, y Seaine comprendió que no era la única que se encontraba con su mundo vuelto del revés. Yukiri se sacudió y después clavó los ojos en Talene, como decidida a mantenerla escudada por pura fuerza de voluntad si era preciso. Doesine se lamía los labios y se alisaba la falda de color dorado oscuro con aire vacilante. Sólo Saerin y Pevara parecían tranquilas.

—Bien —dijo suavemente Saerin. Quizá «débilmente» fuera más

Librodot

apropiado—. Bien. El Ajah Negro. —Inhaló hondo, y su tono adquirió un timbre enérgico—. Ya no es necesario el escudo, Yukiri. Talene, no intentarás escapar ni presentar ningún tipo de resistencia. No tocarás la Fuente sin antes tener permiso de una de nosotras. Aunque supongo que serán otras quienes se ocupen de esto una vez que te entreguemos. Yukiri...

El escudo que aislaba a Talene se disipó, pero el brillo del *Saidar* siguió envolviendo a Yukiri, como si la mujer no se fiara de la eficacia de la Vara en una hermana Negra.

—Antes de entregársela a Elaida, Saerin, quiero sacarle todo lo que podamos —adujo Pevara, fruncido el ceño—. Nombres, lugares, cualquier dato. ¡Todo lo que sabe!

Unos Amigos Siniestros habían acabado con toda la familia de Pevara, y Seaine estaba convencida de que la Roja se exiliaría con tal de dar caza, personalmente, a todas y cada una de las hermanas Negras. Todavía acurrucada en la Silla, Talene soltó lo que era en parte una risa amarga y en parte un sollozo.

—Cuando hagáis eso, estaremos todas muertas. ¡Muertas! ¡Elaida es del Ajah Negro!

—¡Eso es imposible! —barbotó Seaine—. La propia Elaida me dio la orden.

—Tiene que serlo —musitó Doesine—. Talene ha vuelto a prestar los juramentos, ¡y acaba de pronunciar su nombre!

Yukiri asintió con vehemencia.

—Utilizad la cabeza —gruñó Pevara con un gesto de desdén—. Sabéis tan bien como yo que si creéis en una mentira podéis decirla como si fuese verdad.

—Y eso sin duda *es* cierto —manifestó firmemente Saerin—. ¿Qué pruebas tienes, Talene? ¿Has visto a Elaida en vuestras... reuniones? —Asió con tanta fuerza la empuñadura del cuchillo que llevaba en el cinturón, que los nudillos se le pusieron blancos. Saerin había tenido que esforzarse con más empeño que la mayoría para alcanzar el chal y quedarse en la Torre. Para ella, la Torre era más que su hogar, más importante que su propia vida. Si Talene daba la respuesta equivocada, tal vez Elaida no viviese para ser sometida a juicio.

—No celebramos reuniones —masculló hoscamente Talene—. Excepto el Consejo Supremo, supongo. Pero tiene que serlo. Están enteradas de todos los informes que recibe, incluso los secretos, hasta la última palabra que se habla con ella. Conocen todas las decisiones que toma antes de que se anuncien. Días antes, a veces semanas. ¿Cómo podrían saberlo a menos que se lo cuente ella? —Se sentó incorporada con esfuerzo e intentó clavar una mirada intensa en cada una de las mujeres, pero sólo consiguió que pareciera que sus ojos iban de una a otra con ansiedad—. Tenemos que huir, hemos de encontrar un sitio donde ocultarnos. Os ayudaré, os contaré todo lo que sé, ¡pero, a menos que huyamos, nos matarán!

Curioso, pensó Seaine, la rapidez con que Talene había pasado a referirse a sus anteriores compinches como «ellas» e intentaba identificarse con el grupo. No. Fijarse en esos detalles era una excusa para eludir el verdadero problema, y hacer tal cosa era una estupidez. ¿Realmente Elaida le había ordenado rastrear al Ajah Negro? No había mencionado el nombre en ningún momento. ¿Se habría referido a otra cosa? Elaida había arremetido siempre contra cualquiera que mencionase el Ajah Negro. Casi todas las hermanas harían lo mismo, pero...

—Elaida ha demostrado que es una necia —manifestó Saerin—, y en más de una ocasión he lamentado haberle dado mi apoyo, pero no creo que pertenezca al Ajah Negro; no sin tener más pruebas.

Prietos los labios, Pevara asintió mostrándose de acuerdo. Como Roja que era, exigiría algo más contundente que una suposición.

—Quizá sea como dices, Saerin —intervino Yukiri—, pero no podemos retener a Talene mucho más antes de que las Verdes empiecen a preguntarse dónde está. Por no mencionar a las... las Negras. Más vale que decidamos enseguida qué hacer, o seguiremos cavando el fondo del pozo cuando descarguen las lluvias.

Talene dirigió a Saerin una débil sonrisa que probablemente tenía intención de ser obsequiosa, pero se borró ante el ceño de la Asentada Marrón.

—No podemos contarle nada a Elaida antes de que estemos en condiciones de inutilizar de un golpe a las Negras —adujo finalmente Saerin—. No discutas, Pevara; sabes que tengo razón. —Pevara alzó las manos y su expresión se tomó testaruda, pero no abrió la boca—. Si Talene está en lo cierto —continuó Saerin—, el Negro está al tanto de la misión de Seaine, o lo estará muy pronto, de modo que tenemos que velar por su seguridad todo lo posible. No resultará una tarea fácil, siendo sólo cinco. ¡Pero no podemos confiar *en ninguna otra* hasta estar seguras de su inocencia! Al menos tenemos a Talene, y ¿quién sabe lo que descubriremos antes de haberle sacado toda la información que tenga?

Talene intentó adoptar una expresión de estar más que dispuesta a que le sacaran lo que quisieran, pero nadie le prestaba atención. A Seaine se le había quedado seca la garganta.

—Puede que no estemos totalmente solas —comentó Pevara de mala gana—. Seaine, cuéntales tu pequeño ardid con Zerah y sus amigas.

—¿Qué? —Seaine dio un respingo—. Oh. Pevara y yo descubrimos un pequeño nido de rebeldes aquí, en la Torre —empezó en voz baja—. Diez hermanas enviadas para sembrar la discordia. —De modo que Saerin iba a asegurarse de que estuviera a salvo, ¿no? Sin preguntarle siquiera. Ella también era Asentada, y hacía casi cincuenta años que era Aes Sedai. ¿Qué derecho tenía Saerin o cualquiera para...?—. Pevara y yo hemos empezado a poner fin a eso. Ya hemos hecho que una de ellas, Zerah Dacan, preste el otro juramento, el mismo que prestó Talene, y le hemos ordenado que lleve a Bernaile Gelbarn a mis aposentos esta tarde, sin levantar sus sospechas. —Luz, cualquier hermana fuera de ese cuarto podía ser una Negra. Cualquiera—. Después utilizaremos a las dos para atraer a otra, hasta que las hayamos hecho jurar obediencia a todas. Por supuesto, les haremos la misma pregunta hecha a Zerah, la misma que le hemos hecho a Talene. —El Ajah Negro podía conocer su nombre ya, saber que se le había encargado darles caza. ¿Cómo podía mantenerla a salvo Saerin?—. A las que den la respuesta equivocada se las interrogará, y las que den la correcta podrán resarcirse en parte de su traición persiguiendo al Negro bajo nuestra dirección. —Luz, ¿cómo?

Cuando hubo acabado, las otras discutieron el asunto durante un rato, lo que sólo podía significar que Saerin no tenía claro qué decisión tomar. Yukiri insistió en entregar inmediatamente a Zerah y a sus cómplices a la ley, si es que podían hacerlo sin poner al descubierto su propia situación con Talene. Pevara argumentó a favor de utilizar a las rebeldes, aunque sin demasiado entusiasmo; la discordia que habían sembrado se centraba en

repugnantes historias concernientes al Ajah Rojo y falsos Dragones. Doesine parecía sugerir que raptasen a todas las hermanas de la Torre y las obligaran a prestar el juramento extra, pero las otras tres apenas le prestaban atención.

Seaine no tomó parte en la discusión. Su reacción al aprieto en el que estaban fue la única posible, pensó. Tambaleándose, fue hacia un rincón y vomitó ruidosamente.

Elayne intentó no rechinar los dientes. Fuera, otra ventisca azotaba Caemlyn, oscureciendo el cielo de mediodía de tal manera que hubo que encender todas las lámparas de las paredes de la sala de estar.

Fuertes ráfagas de aire sacudían los cristales de las ventanas en arco. Los relámpagos alumbraban el exterior y los truenos retumbaban en lo alto. Una tormenta de nieve, la peor borrasca de invierno, la más violenta. En la sala no hacía frío precisamente, pero... Con las manos extendidas delante de los chisporroteantes leños del ancho hogar de mármol, aún podía sentir el helor traspasando las alfombras que cubrían el suelo, y también a través de sus escarpines de grueso terciopelo. El ancho cuello y los puños de piel de zorro negro que adornaban su vestido rojo y blanco eran bonitos, pero no estaba segura de que le procurasen mucho más calor que las perlas de las mangas. Rehusar que el frío la afectase no significaba que no fuese consciente de él.

¿Dónde se habría metido Nynaeve? ¿Y Vandene? Sus pensamientos bramaban como la tormenta en el exterior.

«¡Ya deberían estar aquí! ¡Luz! Yo deseando ser capaz de aguantar sin dormir, ¡y ellas tomándoselo con toda la calma del mundo!» No, eso era injusto. Habían pasado sólo cinco días desde su reclamación formal al Trono del León, y para ella todo lo demás tenía que quedar en un segundo plano de momento. Nynaeve y Vandene tenían otras prioridades; otras responsabilidades, a su modo de entender. Nynaeve estaba muy ocupada con Reanne y las demás componentes del Círculo de Labores de Punto para encontrar un modo de sacar a las Allegadas de las tierras controladas por los seanchan antes de que éstos las descubrieran y les pusieran el collar. Las Allegadas eran expertas en pasar inadvertidas, pero los seanchan no las dejarían en paz por ser espontáneas, como las Aes Sedai habían hecho siempre. Aparentemente, Vandene seguía conmocionada por la muerte de su hermana, apenas comía y no estaba en condiciones de dar consejos de ninguna clase. Lo de «comer apenas», era apropiado, pero descubrir a la asesina de su hermana la obsesionaba. Se suponía que caminaba por los pasillos sumida en el dolor a horas intempestivas, si bien en realidad buscaba el rastro de la Amiga Siniestra infiltrada entre ellas. Tres días antes, la mera idea habría hecho temblar a Elayne; ahora, era un peligro más entre muchos otros. Más próximo que la mayoría, cierto, pero no el único.

Se estaban ocupando de tareas importantes, aprobadas y respaldadas por Egwene, pero Elayne seguía deseando que se diesen prisa aunque pensar así fuese egoísta por su parte. Vandene era una excelente consejera, con la ventaja de su larga experiencia y sus conocimientos, y los años que Nynaeve había pasado tratando con el Consejo del Pueblo y el Círculo de Mujeres en Campo de Emond habían desarrollado en ella una gran intuición en asuntos de política, por mucho que la antigua Zahorí lo negase. «¡Demonios, tengo cientos de problemas, algunos aquí mismo, en palacio, y las *necesito!*» Si las cosas salían como quería, Nynaeve al'Meara se

convertiría en la consejera Aes Sedai de la próxima reina de Andor. Necesitaba toda la ayuda que pudiera tener; ayuda de personas que gozaran de su confianza.

Serenando el gesto, se volvió de espaldas al crepitante fuego. Trece sillones de respaldo alto, de talla sencilla aunque realizada con pericia, formaban una herradura delante de la chimenea. Paradójicamente, el lugar de honor, donde la reina se sentaría si recibía allí, era el más alejado del calor del hogar. O del supuesto calor; porque, aunque la espalda empezó a calentársele inmediatamente, también el frío se dejó sentir enseguida por delante. Fuera, la nieva caía, el trueno retumbaba y el relámpago relumbraba. Igual que dentro de su cabeza. Calma. Una dirigente necesitaba tener tanta calma como una Aes Sedai.

—Hay que recurrir a los mercenarios —dijo, sin poder evitar que en su voz sonase una nota de pesar.

Los mesnaderos de sus heredades empezarían a llegar en el transcurso de un mes, en cuanto se enteraran de que seguía viva, pero ya habría entrado la primavera para cuando se hubiese reunido un número de hombres significativo, y los que Birgitte estaba reclutando necesitarían medio año o más para ser capaces de cabalgar y empuñar una espada al mismo tiempo.

—Y a Cazadores del Cuerno, si es que hay alguno que quiera firmar y jurar lealtad —añadió. Había muchos, tanto de los unos como de los otros, atrapados en Caemlyn por culpa del mal tiempo. Demasiados, a juicio de la mayoría de la gente, jaraneando, armando camorra y molestando a las mujeres que no querían tener nada que ver con sus atenciones. Al menos los tendría ocupados en algo provechoso, en poner fin a problemas en lugar de ocasionarlos. Ojalá no pensara que aún intentaba convencerse a sí misma de eso—. Será costoso, pero las arcas cubrirán el gasto. —Al menos durante un tiempo. No estaría de más empezar a recibir pronto ingresos de sus heredades.

Maravilla de maravillas, las dos mujeres que se encontraban de pie ante ella reaccionaron de un modo muy parecido.

Dyelin soltó un gruñido irritado. En el alto cuello de su vestido verde llevaba prendido un alfiler de plata, grande y redondo —labrado con el Búho y el Roble, emblema de la casa Taravin—, la única joya que lucía. Una exhibición de orgullo —quizá demasiado— por su casa; la Cabeza Insigne de la casa Taravin era una mujer absolutamente orgullosa. Hebras grises le surcaban el cabello dorado y unas finas arrugas se marcaban en el rabillo de sus ojos, pero su rostro era firme y su mirada penetrante. Tenía una mente agudísima, como el filo de una navaja de afeitar. O quizá de una espada. Era una mujer franca, o eso parecía, que no se guardaba sus opiniones.

—Los mercenarios conocen bien su trabajo —dijo, displicente—, pero son difíciles de controlar, Elayne. Cuando necesitas el toque ligero de una pluma, es probable que sean como un martillo, y cuando necesitas un martillo seguramente están en cualquier otra parte, y robando por si fuera poco. Son leales al oro, y sólo hasta que el oro dure. Eso, si no traicionan antes por más oro. A buen seguro que en esta ocasión lady Birgitte estará de acuerdo conmigo.

Cruzada de brazos y con los pies bien plantados, Birgitte torció el gesto, como hacía siempre cuando alguien utilizaba su nuevo título. Elayne le había concedido un predio tan pronto como llegaron a Caemlyn, donde podía registrarse a su nombre. En privado, Birgitte rezongaba constantemente por

Librodot

ello, *y* por el otro cambio que había sufrido su vida. Los pantalones azul celeste tenían el mismo corte que los que llevaba habitualmente, anchos y ajustados a los tobillos, pero la chaqueta corta, de color rojo, tenía cuello alto y puños blancos, ribeteados con trencilla dorada. Era lady Birgitte Trahelion *y* capitán general de la Guardia Real, y podía rezongar y quejarse todo lo que quisiera, siempre y cuando lo hiciera en privado.

—Lo estoy —gruñó de mala gana, y lanzó una mirada, no tan de soslayo, a Dyelin. El vínculo de Guardián le transmitió a Elayne lo que había estado percibiendo durante toda la mañana: frustración, irritación, determinación. Sin embargo, parte de aquello podría ser un reflejo de sí misma. Desde la vinculación, la una era el reflejo de la otra en un modo realmente sorprendente, tanto en lo emocional como en otras cosas. ¡Vaya, pero si hasta sus maldiciones habían cambiado para ser más acordes con las de la otra mujer!

La renuencia de Birgitte a aceptar la segunda alternativa en discusión era obviamente casi tan grande como su renuencia a manifestar su acuerdo con Dyelin.

—Los malditos Cazadores no son mucho mejor, Elayne —masculló—. Prestan el juramento como Cazadores del Cuerno para vivir aventuras y tener un lugar en la historia si es posible, no para sentar cabeza y hacer respetar la ley. La mitad son unos mojigatos altaneros que miran con arrogancia a todo el mundo, y el resto no se conforma con correr los riesgos que sean necesarios, sino que los va buscando. Y con que sólo surja un rumor sobre el Cuerno de Valere, tendrás suerte si únicamente dos de cada tres desaparecen de la noche a la mañana.

Dyelin esbozó una ligera sonrisa, como si le hubiese ganado una baza. El aceite y el agua no estaban a la altura de esas dos; tanto la una como la otra se entendían bien con casi todos los demás, pero por alguna razón podían ponerse a discutir sobre el color del carbón. Podían y lo hacían.

—Además, Cazadores y mercenarios, casi todos son forasteros. Y eso no sentará muy bien ni a las clases altas ni a las bajas. Nada bien. Sólo nos faltaba iniciar una rebelión.

Resplandeció un relámpago que iluminó fugazmente los cristales de las ventanas, y el retumbo de un trueno particularmente alto subrayó sus palabras. En el transcurso de un milenio, siete reinas de Andor habían sido derrocadas por una rebelión, y las dos que habían sobrevivido probablemente desearon no haberlo hecho.

Elayne reprimió un suspiro. En una de las mesitas auxiliares taraceadas, colocadas a lo largo de las paredes, había una pesada bandeja de plata labrada en la que habían dispuesto unas copas y una jarra de vino caliente con especias. Vino templado, a estas alturas. Encauzó brevemente Fuego, y un fino hilillo de vapor se alzó de la jarra. Recalentar el vino daba a las especias un sabor ligeramente amargo, pero valía la pena con tal de sentir en las manos el calor de la copa de plata. Sólo merced a un gran esfuerzo resistió la tentación de caldear el aire de la sala con el Poder, y soltó la Fuente; en cualquier caso, la temperatura no habría durado mucho a menos que mantuviese los tejidos. Había superado su renuencia a interrumpir el contacto con el Poder cada vez que utilizaba el *Saidar* —bueno, hasta cierto punto—, pero últimamente el deseo de absorber más se volvía más intenso cada vez. Todas las hermanas tenían que enfrentarse a ese peligroso deseo. Con un gesto invitó a las otras a servirse la bebida en sus propias copas.

Librodot

—Conocéis bien la situación —les dijo—. Sólo un necio no la consideraría apurada, y ninguna de vosotras es necia. —La Guardia Real era un mero vestigio de su pasada gloria, reducida a un puñado de hombres aceptables y el doble de camorristas y matones, más apropiados para echar de las tabernas a los borrachos o para que los echaran a ellos. Y, con la marcha de los saldaeninos y los Aiel, los actos delictivos estaban cundiendo con la pujanza de la hierba en primavera. Cualquiera habría imaginado que el frío y la nieve habrían sofocado su desarrollo, pero cada día traía nuevos robos, incendios provocados y cosas peores. La situación iba empeorando de día en día—. A este paso, tendremos disturbios en cuestión de semanas. Tal vez antes. Si soy incapaz de mantener el orden en la propia Caemlyn, la gente se volverá contra mí. —Si no podía mantener el orden en la capital, sería tanto como anunciar que no estaba capacitada para gobernar—. No me gusta recurrir a ellos, pero hay que hacerlo, y se hará. —Las otras dos mujeres abrieron la boca para seguir discutiendo, pero Elayne no les dio la oportunidad—. Y se hará —repitió, con firmeza en la voz.

La larga trenza de Birgitte se meció cuando la mujer sacudió la cabeza, mas a través del vínculo se transmitió una aceptación a regañadientes. Tenía un extraño concepto de la relación de ambas como Aes Sedai y Guardián, pero había aprendido a reconocer cuando Elayne no admitiría que la presionara. Lo había aprendido a su manera, claro. Estaba lo del predio y lo del título. Y lo de dirigir la Guardia Real. Y otros cuantos asuntillos.

Dyelin inclinó ligerísimamente la cabeza, y quizá dobló un tanto las rodillas; podría haberse interpretado como una reverencia, pero su expresión era pétrea. No estaba de más recordar que muchos de los que no querían a Elayne Trakand en el Trono del Sol sí querían en él a Dyelin Taravin. La mujer le había prestado todo su apoyo hasta ese momento, pero había pasado muy poco tiempo, se encontraban en los primeros compases de la lucha por el trono, y una vocecilla insistente no dejaba de susurrar en la mente de Elayne. ¿Estaría Dyelin esperando simplemente a que lo hiciera rematadamente mal antes de intervenir para «salvar» Andor? Alguien lo bastante prudente, lo bastante taimado, podría seguir esa táctica y quizás incluso tener éxito.

Elayne alzó la mano para frotarse la sien, pero rectificó e hizo como si se arreglase el cabello. Cuánto recelo, qué poca confianza. El Juego de las Casas había infectado Andor desde que ella lo había abandonado para ir a Tar Valon. Agradecía los meses que había pasado entre Aes Sedai por más razones que la de aprender a manejar el Poder. Para la mayoría de las hermanas el *Da'es Daemar* era un elemento tan esencial en sus vidas como respirar y comer. También agradecía las enseñanzas de Thom. Sin lo uno y lo otro seguramente no habría sobrevivido tanto tiempo tras su regreso. Quisiera la Luz que Thom estuviese a salvo, que él, Mat y los otros hubiesen escapado de los seanchan y se encontraran de camino a Caemlyn. Desde que se había marchado de Ebou Dar había rezado a diario para que fuese así, pero esa breve oración era para lo único que tenía tiempo actualmente.

Tomó asiento en el centro del arco, en el sillón de la reina, e intentó parecerlo, recta la espalda, la mano libre apoyada levemente en el brazo del sillón. «Parecer una reina no es suficiente —le había dicho a menudo su madre—, pero una mente lúcida, un conocimiento sólido de los asuntos y un corazón valeroso no dejarán de dar fruto si la gente no te *ve* como reina.» Birgitte la observaba con intensidad, casi con recelo. ¡A veces el vínculo era en verdad un inconveniente! Dyelin se llevó la copa de vino a los labios.

Librodot

Elayne respiró profundamente. Había enfocado este asunto desde todas las perspectivas que conocía, y no veía otro modo de abordarlo.

—Birgitte, para la primavera quiero que la Guardia Real sea un ejército que iguale a los que puedan reunir *diez* casas juntas, sean cuales sean, en un campo de batalla. —Seguramente no podría conseguirse, mas el simple hecho de intentarlo significaba conservar a los mercenarios que firmasen ahora y buscar más, incorporar a cualquier hombre que mostrase la más mínima inclinación. ¡Luz, qué enredo tan horroroso!

Dyelin se atragantó y los ojos se le desorbitaron; una rociada del oscuro vino salió de entre sus labios. Todavía tosiendo, sacó un pañuelo de puntillas de la manga y se enjugó la barbilla.

Una oleada de pánico surgió impetuosa a través del vínculo.

—¡Oh, así me abrase, Elayne, no dirás en serio que...! —exclamó Birgitte—. ¡Soy arquera, no un general! Es lo único que he sido siempre, ¿no lo entiendes? ¡Sólo hice lo que tenía que hacer, obligada por las circunstancias! De todos modos, ya no soy ella. ¡Sólo soy yo, y...! —No acabó la frase al comprender que había dicho más de la cuenta. Y no era la primera vez. Su rostro enrojeció, y Dyelin la miró con curiosidad.

Habían hecho correr la voz de que Birgitte era de Kandor, donde las mujeres llevaban ropas parecidas a las suyas, pero aun así saltaba a la vista que Dyelin sospechaba que era mentira. Y cada vez que Birgitte tenía un lapsus, más cerca estaba de revelar su secreto. Elayne le asestó una mirada que prometía un rapapolvo cuando estuviesen solas.

Nunca habría imaginado que Birgitte pudiera ponerse más colorada, pero se equivocaba. La vergüenza ahogó todas las otras sensaciones que le llegaban a través del vínculo, y fluyó hacia Elayne hasta que ésta sintió enrojecer su propia cara. Rápidamente adoptó una expresión severa, confiando en que su sonrojo se achacara a cualquier otra cosa excepto a un intenso deseo de que se la tragara la tierra por la humillación de Birgitte. ¡La reacción refleja del vínculo podía ser más que un simple inconveniente!

Dyelin no distrajo su atención en Birgitte más que un momento. Volvió a guardar el pañuelo en su sitio, dejó la copa en la bandeja con cuidado y se puso en jarras. Ahora su expresión era tormentosa.

—La Guardia Real ha sido siempre el *núcleo* del ejército de Andor, Elayne, pero esto... ¡Por la Luz bendita, es una locura! ¡Podría dar lugar a que todo el mundo se volviera contra ti, desde el río Erinin hasta las Montañas de la Niebla!

Elayne se concentró en la calma. Si se equivocaba, Andor se convertiría en otro Cairhien, otro país inmerso en un baño de sangre y sumido en el caos. Y ella moriría, desde luego, un precio que no bastaría para resarcir el daño causado. Sin embargo, no intentarlo quedaba descartado y, en cualquier caso, las consecuencias para Andor serían las mismas que con el fracaso. Calma, serenidad fría, imperturbable, férrea. Una reina no podía exteriorizar miedo, aun cuando estuviera asustada. Especialmente si lo estaba. Su madre había dicho siempre que había que evitar explicar las decisiones todo lo posible; cuanto más explicaciones se daban, más y más eran necesarias, hasta que llegaba el momento en que no había tiempo para nada más. Por su parte, Gareth Bryne era de la opinión de que uno debía explicarse si era posible, que la gente lo hacía mejor si sabía el porqué además del qué. Hoy seguiría el consejo de Gareth Bryne. Eran muchas las victorias conseguidas por seguir su parecer.

—Tengo tres rivales declarados. —Y quizás otro sin declarar. Se obligó a

buscar los ojos de Dyelin. No con ira; sólo las miradas encontrándose. O quizá Dyelin la tomase como iracunda a causa de las mandíbulas prietas y la rojez de las mejillas. Pues que así fuera—. Por sí misma, Arymilla es insignificante, pero Masin ha unido la casa Caeren a la suya, y, tanto si es sensato como si no, su apoyo significa que hay que tenerla en cuenta. Naean y Elenia están encarcelados; sus mesnaderos no. La gente de Naean podría titubear y discutir hasta que encuentre un líder, pero Jarid es Cabeza Insigne de Sarand, y se arriesgará para sustentar las ambiciones de su esposa. La casa Baryn y la casa Anshar coquetean con ambos; lo *mejor* que puedo esperar es que una se decante por Sarand y la otra por Arawn. Diecinueve casas andoreñas son lo bastante fuertes para que las menores sigan sus directrices. Seis están en mi contra, y dos a mi favor. —Seis hasta el momento, ¡y quisiera la Luz que pudiese contar con dos! No iba a mencionar las tres grandes casas que se habían declarado a favor de Dyelin; al menos Egwene las tenía inmovilizadas en Murandy por ahora.

Señaló un sillón junto al que ocupaba, y Dyelin tomó asiento en él y se arregló cuidadosamente los pliegues de la falda. Las nubes tormentosas habían desaparecido en el rostro de la mujer. Estudió a Elayne sin dar el menor indicio sobre sus preguntas ni sus conclusiones.

—Sé todo eso tan bien como tú, Elayne, pero Luan y Ellorien unirán sus casas contigo, así como Abelle, estoy segura. —También puso cuidado en que su tono fuera comedido, pero fue adquiriendo vehemencia a medida que hablaba—. Entonces, otras casas entrarán también en razón. Siempre y cuando no las asustes y las hagas cambiar de idea. Luz, Elayne, ésta no es otra Sucesión. Una Trakand sucede a otra Trakand, no a otra casa. ¡Ni siquiera una Sucesión ha llegado alguna vez a una guerra abierta! Convierte la Guardia Real en un ejército, y lo arriesgarás todo.

Elayne echó la cabeza hacia atrás, pero su risa no era una manifestación de alborozo, sino que encajaba perfectamente con el retumbo del trueno.

—Lo arriesgué todo el día que regresé, Dyelin. Dices que Norwelyn y Traemane se unirán a mí, y quizá Pendar. Estupendo. Entonces tengo cinco para enfrentarme a seis. No creo que otras casas «entren en razón», según tus palabras. Si cualquiera de ellas da el paso antes de que esté tan claro como el agua que la Corona de la Rosa es mía, entonces lo hará en mi contra, no a mi favor.

Con suerte, esos lores y ladys esquivarían asociarse con los compinches de Gaebril, pero no le gustaba depender de la suerte. Ella no era Mat Cauthon. Luz, la mayoría de la gente estaba convencida de que Rand había matado a su madre y muy pocos creían que «lord Gaebril» había sido uno de los Renegados. ¡Enmendar el mal ocasionado por Rahvin en Andor podía llevarle toda la vida aun en el caso de que llegara a vivir tanto como las Allegadas! Algunas casas no se decantarían a su favor a causa de los ultrajes perpetrados por Gaebril en nombre de Morgase, y otras porque Rand había manifestado su intención de «darle» el trono. Amaba a ese hombre con todo su ser, pero ¡así se abrasara por haber dicho públicamente tal cosa! Aunque hubiese sido ese comentario lo que había refrenado a Dyelin. ¡Hasta el granjero más pequeño de Andor empuñaría su guadaña para quitar a una marioneta del Trono del León!

—Quiero evitar que los andoreños se maten unos a otros si es posible, Dyelin, pero ni que esto sea una Sucesión ni que no, Jarid está dispuesto a luchar, a pesar de que Elenia esté prisionera. Naean también está dispuesto

Librodot

a luchar. —Lo mejor sería traer cuanto antes a Caemlyn a esas dos mujeres; existían muchas probabilidades de que pudiesen enviar mensajes y órdenes desde Aringill—. Y la propia Arymilla está dispuesta, con los hombres de Masin respaldándola. Para ellos, esto *es* una Sucesión, y el único modo de pararlos para que no luchen es ser tan fuerte que no se atrevan a hacerlo. Si Birgitte es capaz de convertir la Guardia Real en un ejército para la primavera, mejor que mejor; porque, si no tengo un ejército antes de esa fecha, *necesitaré* uno. Y, si eso no te parece suficiente, recuerda a los seanchan. No se contentarán con Tanchico y Ebou Dar; lo quieren todo. No les permitiré que se apoderen de Andor, Dyelin, como no se lo permitiré a Arymilla.

El trueno retumbó sobre sus cabezas. Girándose un poco para mirar a Birgitte, Dyelin se humedeció los labios. Sus dedos toquetearon la falda en un gesto inconsciente. Había pocas cosas que la asustaran, pero las historias sobre los seanchan lo habían hecho. Pero lo que murmuró, como si hablase consigo misma, fue:

—Había confiado en evitar una guerra civil declarada.

¡Y *eso* podría no significar nada o significar mucho! Tal vez un pequeño sondeo esclarecería si era lo uno o lo otro.

—Gawyn —dijo de repente Birgitte. Su expresión era mucho más animada, al igual que las emociones que fluían a través del vínculo. El alivio sobresalía con mucho—. Cuando llegue, tomará el mando. Será tu Primer Príncipe de la Espada.

—¡Por los pechos de una madre lactante! —barbotó Elayne, y un relámpago alumbró las ventanas, dando énfasis a sus palabras. ¿Por qué tenía que cambiar de tema precisamente *ahora?*

Dyelin dio un respingo, y de nuevo se sonrojaron las mejillas de Elayne. A juzgar por la boca abierta de la otra mujer, sabía exactamente lo ordinaria que era esa imprecación. Resultó extrañamente embarazoso; no debería tener importancia que Dyelin hubiese sido amiga de su madre. En un gesto automático bebió un buen trago de vino, y casi sufrió una arcada por el amargor de la bebida. Borró rápidamente de su mente la imagen de Lini amenazándola con lavarle la boca con jabón, y se recordó que era una mujer adulta, una que se proponía ganar un trono. Dudaba que su madre se hubiese sentido como una necia tan a menudo.

—Sí, lo hará, Birgitte —continuó, ya más tranquila—. Cuando llegue.

Tres correos iban camino de Tar Valon. Aun cuando ninguno de ellos consiguiera pasar la información sin que Elaida la interceptara, Gawyn acabaría por enterarse de que había presentado su reclamación al trono, e iría a Caemlyn. Necesitaba desesperadamente a su hermano. No se hacía ilusiones respecto a sus propias dotes como general, y Birgitte tenía tanto miedo de no estar a la altura de la leyenda sobre ella que a veces parecía tener miedo hasta de intentarlo. Enfrentarse a un ejército, sí; dirigir un ejército, ¡ni pensarlo!

Birgitte era muy consciente de la maraña que era su propia mente. Justo en ese instante su expresión era impertérrita, pero por dentro rebosaba rabia y vergüenza, y la primera se imponía más y más por momentos. Con un atisbo de irritación, Elayne abrió la boca para continuar con el asunto de la guerra civil mencionada por Dyelin, antes de que empezara a reflejarse en ella la ira de Birgitte.

Sin embargo, antes de que hubiese pronunciado una palabra, las altas puertas rojas se abrieron. Su esperanza de que fuesen Nynaeve o Vandene se

borró de un plumazo con la entrada de dos mujeres de los Marinos, descalzas a pesar del tiempo desapacible.

Una oleada de perfume almizcleño las precedía, y por sí mismas constituían un espectáculo de brillante seda brocada, dagas enjoyadas y collares de oro y marfil. Y otro tipo de alhajas. El liso y negro cabello, con aladares blancos, casi ocultaba los diez aros pequeños y gruesos que adornaban las orejas de Renaile din Calon, pero la arrogancia en sus oscuros ojos era tan evidente como la dorada cadena con medallones que unía una de las orejas con el anillo de la nariz. Su semblante mostraba un gesto inflexible y, a despecho del grácil contoneo en sus andares, la mujer parecía dispuesta a caminar a través de una pared. Casi un palmo más baja que su compañera y de tez más oscura que el carbón, Zaida din Parede lucía sobre su mejilla izquierda un cincuenta por ciento más de medallones dorados que Renaile, y su actitud no denotaba arrogancia sino autoridad, una certeza absoluta de que se la obedecería. Las canas salpicaban su negro cabello ensortijado, pero aun así era deslumbrante, una de esas mujeres que se volvían más bellas con la edad.

Dyelin se encogió al verlas e hizo intención de llevarse la mano a la nariz instintivamente, si bien reprimió el gesto. Era una reacción muy habitual en la gente que no estaba acostumbrada a los Atha'an Miere. Elayne torció el gesto, y no precisamente por los anillos de la nariz. Hasta se planteó el pronunciar otra maldición aún más… cáustica. A excepción de los Renegados, no sabía de ninguna otra persona a la que tuviera menos deseos de ver en ese momento que a esas dos mujeres. ¡Se suponía que Reene debía procurar que aquello no ocurriera!

—Disculpadme —dijo mientras se levantaba despacio—, pero estoy muy ocupada ahora. Asuntos de estado, ya sabéis, o de otro modo os recibiría como vuestro rango merece.

Los Marinos eran muy estrictos en la ceremonia y las normas, al menos en cuanto a su propio sistema. Seguramente habían conseguido pasar a la señora Harfor limitándose a no decirle que querían ver a Elayne, pero era más que probable que se dieran por ofendidas si las recibía sentada antes de que la corona fuera de ella. Y, así la Luz las cegara a las dos, ella no podía permitirse el lujo de ofenderlas. Birgitte apareció a su lado e hizo una reverencia formal antes de cogerle la copa. Siempre se mostraba cautelosa en presencia de las mujeres de los Marinos; también había hablado más de la cuenta delante de ellas.

—Os veré más tarde, en el transcurso del día —acabó Elayne, que añadió—. Si la Luz quiere.

También eran fanáticos del intercambio de frases solemnes, y ésa demostraba cortesía y dejaba abierta una salida. Renaile no se paró hasta encontrarse delante de Elayne, y demasiado cerca. Su mano tatuada gesticuló bruscamente dándole permiso para sentarse. ¡Permiso!

—Has estado evitándome. —Su voz era profunda para una mujer, y sonaba tan fría como la nieve que caía sobre el tejado—. Recuerda que soy la Detectora de Vientos de Nesta din Reas Dos Lunas, Señora de los Barcos de los Atha'an Miere. Todavía tienes que cumplir el resto del acuerdo que hiciste en nombre de tu Torre Blanca.

Las mujeres de los Marinos estaban enteradas de la división de la Torre —a estas alturas, lo sabía hasta el último mono—, pero Elayne no había considerado oportuno incrementar sus problemas haciendo público de qué lado estaba. Todavía no.

—¡Hablarás conmigo, *ahora!* —terminó Renaile con un timbre imperioso, y al diablo con la ceremonia y las normas.

—Creo que es a mí a quien ha estado evitando, no a ti, Detectora de Vientos. —En contraste con Renaile, Zaida hablaba como si sólo estuviesen manteniendo una charla. En lugar de cruzar la sala a grandes zancadas, deambuló sin prisa por la estancia, deteniéndose para tocar un jarrón alto de fina porcelana verde, y luego poniéndose de puntillas para atisbar a través de un caleidoscopio de cuatro tubos que había encima de un pedestal. Cuando miró hacia Elayne y Renaile, un brillo divertido surgió en sus negros ojos—. Al fin y al cabo, el acuerdo fue con Nesta din Reas, en representación de los barcos. —Además de Señora de las Olas del clan Catelar, Zaida era embajadora de la Señora de los Barcos. Ante Rand, no ante Andor, pero su acreditación la autorizaba a hablar y a alcanzar compromisos en nombre de la propia Nesta. Cambiando de un tubo cincelado en oro a otro, siguió de puntillas para atisbar de nuevo por el ocular—. Prometiste a los Atha'an Miere veinte maestras, Elayne. Hasta ahora, nos has facilitado sólo una.

Su entrada había sido tan repentina, tan histriónica, que Elayne se sorprendió al ver a Merilille volverse hacia la sala después de cerrar las puertas. Más baja aún que Zaida, la hermana Gris lucía un elegante vestido de paño azul oscuro, ribeteado con piel gris y el corpiño adornado con pequeñas piedras de la luna; sin embargo, poco más de dos semanas de impartir sus enseñanzas a las Detectoras de Vientos habían originado cambios. La mayoría de éstas eran mujeres poderosas, sedientas de conocimientos, más que dispuestas a exprimir a Merilille como un racimo de uvas en el lagar, exigiendo hasta la última gota de zumo. Antaño, Elayne había tenido a la Gris por una persona dueña de sí misma y a la que no sorprendía nada, pero ahora Merilille tenía los ojos muy abiertos constantemente, los labios siempre un tanto separados, como si acabara de llevarse una sorpresa tal que la hubiera dejado aturdida y esperase otro sobresalto en cualquier momento. Enlazó las manos sobre la cintura y esperó junto a la puerta, al parecer aliviada de no ser el centro de atención.

Emitiendo un sonido gutural y desaprobador, Dyelin se puso de pie y asestó una mirada ceñuda a Zaida y a Renaile.

—Tened cuidado con el modo en que habláis —gruñó—. Ahora estáis en Andor, no en uno de vuestros barcos, ¡y Elayne Trakand será reina de Andor! Vuestro *acuerdo* se cumplirá a su debido tiempo. En estos momentos tenemos asuntos más importantes de los que ocuparnos.

—Por la Luz que no hay ninguno más importante —replicó a su vez Renaile mientras se volvía hacia ella—. ¿Decís que el acuerdo se cumplirá? Así que salís como garante. Bien, pues sabed que también habrá sitio para colgaros por los tobillos en los aparejos si…

Zaida chasqueó los dedos. Eso fue todo, pero un temblor sacudió a Renaile, que asió una de las cajitas de perfume doradas que colgaban de uno de sus collares, se la llevó a la nariz e inhaló profundamente. Sería la Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos, una mujer con gran autoridad y poder entre los Atha'an Miere, pero ante Zaida… no era más que una Detectora de Vientos. Lo que crispaba en exceso su orgullo. Elayne estaba convencida de que tenía que haber un modo de utilizar aquello para quitárselas de encima, pero todavía no había dado con ello. Oh, sí, para bien o para mal, ahora llevaba el *Da'es Daemar* metido en la sangre.

Pasó junto a Renaile, que hervía de rabia en silencio, como si pasara junto a una columna, un mueble cualquiera de la sala, pero no en dirección

a Zaida. Si en la habitación había alguien que estaba en su derecho de actuar de un modo despreocupado, era ella. No podía permitirse el lujo de dar ni la más mínima ventaja a Zaida, o la Señora de la Olas tendría su cabellera para que la utilizaran los fabricantes de pelucas. Se paró delante de la chimenea y extendió las manos frente al fuego de nuevo.

—Nesta din Reas confiaba en que cumpliríamos el acuerdo, o jamás lo habría ratificado —dijo con calma—. Habéis recuperado el Cuenco de los Vientos, pero reunir otras diecinueve hermanas para que vayan con vosotras requiere tiempo. Sé que te preocupan los barcos que estaban en Ebou Dar cuando llegaron los seanchan. Haz que Renaile abra un acceso a Tear. Allí hay cientos de naves Atha'an Miere. —Todas las noticias así lo indicaban—. Podréis enteraros de lo que saben y reuniros con los vuestros. Os necesitarán, contra los seanchan. —Y así se libraría de ellas—. Enviaremos a las otras hermanas tan pronto como sea posible.

Merilille no se movió de la puerta, pero su cara adquirió el tinte verdoso del pánico ante la posibilidad de encontrarse sola entre los Marinos.

Zaida dejó de mirar a través del caleidoscopio y observó a Elayne de soslayo. Una sonrisa asomó a sus turgentes labios.

—Tengo que quedarme aquí, al menos hasta que hable con Rand al'Thor. Si es que viene algún día. —La sonrisa se tornó tensa un instante antes de florecer de nuevo; Rand lo iba a pasar mal con ella—. Y de momento Renaile y sus compañeras seguirán conmigo. Un puñado más o menos de Detectoras de Vientos no supondrá una gran diferencia contra esos seanchan, y aquí, si la Luz quiere, pueden aprender cosas que serán útiles.

Renaile resopló con desdén, justo lo bastante alto para que se la oyese. Zaida frunció el ceño fugazmente y empezó a toquetear el visor que estaba a la altura de su cabeza.

—Hay cinco Aes Sedai aquí, en tu palacio, contándote a ti —continuó con aire pensativo—. Quizás alguna de vosotras podría unirse a las enseñanzas.

Como si la idea acabara de ocurrírsele. ¡Y, si así fuera, Elayne podría levantar a las dos Atha'an Miere con una mano!

—Oh, sí, sería maravilloso —exclamó Merilille al tiempo que adelantaba un paso. Entonces miró a Renaile y su entusiasmo se esfumó a la par que un fuerte sonrojo le coloreaba las pálidas mejillas. Enlazando de nuevo las manos, asumió un aire humilde que la envolvió como si fuese una segunda piel. Birgitte sacudió la cabeza con sorpresa. Dyelin miraba de hito en hito a la Aes Sedai como si no la conociese.

—Quizá pueda arreglarse algo, si es la voluntad de la Luz —contestó con cautela Elayne. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no frotarse las sienes. Ojalá pudiese achacar el dolor de cabeza al incesante tronar. Nynaeve se pondría hecha una furia si le sugería que enseñara a las Atha'an Miere, y Vandene ni siquiera lo tomaría en cuenta, pero Careane y Sareitha quizá se avendrían a hacerlo—. Pero sólo durante unas horas al día, comprenderéis. Cuando tengan tiempo.

Evitó mirar a Merilille. Hasta Careane y Sareitha podrían rebelarse a que las pasaran por la prensa de vino. Zaida se tocó los labios con los dedos de la mano derecha.

—Queda acordado con la Luz por testigo.

Elayne parpadeó. Eso no auguraba nada bueno; al parecer, para la Señora de las Olas acababan de hacer otro trato. Su limitada experiencia en cuanto a negociar con los Atha'an Miere era que uno tenía suerte si salía de

ello sin perder hasta la ropa interior. Bien, pues esta vez las cosas iban a ser diferentes. Por ejemplo, ¿qué ganaban a cambio las hermanas? Tenía que haber un toma y daca para que hubiese un trato. Zaida sonrió como si supiese lo que Elayne estaba pensando y parecía divertida. El hecho de que se abriese una de las puertas otra vez fue casi un alivio, ya que le daba una excusa para apartarse de la mujer de los Marinos.

Reene Harfor entró en la sala con aire deferente pero sin servilismo, y su reverencia fue comedida, apropiada para la Cabeza Insigne de una casa poderosa a su reina. Claro que cualquier Cabeza Insigne que se preciara de tal sabía de sobra que debía tratar con respeto a la doncella primera. La mujer llevaba recogido el canoso cabello en un moño alto, como una corona, y lucía una gonela escarlata sobre el vestido rojo y blanco, con la cabeza del León Blanco de Andor reposando sobre el generoso seno. Reene no tenía voz ni voto respecto a quién ocuparía el trono, pero se había puesto el uniforme completo de su cargo el día que Elayne llegó, como si la reina ya estuviese en palacio. La expresión de su cara redonda se endureció momentáneamente al ver a las Atha'an Miere, que la habían evitado para colarse allí, pero ésa fue la única señal de atención que les prestó. De momento. Iban a averiguar el precio que acarreaba incurrir en la animosidad de la doncella primera.

—Mazrim Taim ha venido por fin, milady. —Reene se las arregló para que aquello sonara muy parecido a «mi reina»—. ¿Le digo que espere?

«¡Ya iba siendo hora!», rezongó Elayne para sus adentros. ¡Lo había mandado llamar hacía dos días!

—Sí, señora Harfor. Ofrecedle vino. El tercero mejor, creo. Informadle que lo recibiré tan pronto como…

Taim entró en la sala como si el palacio le perteneciese. Elayne no necesitó que le dijeran que era él. Unos dragones azules y rojos se enroscaban en torno a las mangas de la negra chaqueta, desde los puños hasta los codos, a imitación de los dragones grabados en los brazos de Rand. Aunque sospechaba que al hombre no le haría gracia esa observación. Era alto, casi tanto como Rand, con nariz aguileña y ojos oscuros como un mal presagio, un hombre de fuerte constitución que se movía con algo de la mortífera gracia de un Guardián, pero las sombras parecían seguirlo, como si la mitad de las lámparas de la sala se hubiesen apagado; no eran sombras reales, sino más bien un aire de violencia inminente que parecía lo bastante palpable para absorber la luz.

Otros dos hombres con chaquetas negras lo seguían de cerca, un tipo calvo, con barba larga y canosa y ojos azules de expresión lasciva, y un hombre más joven, delgado como una serpiente y de cabello oscuro, con la sonrisa arrogante que los jóvenes adoptan a menudo antes de que la vida les haya dado unas cuantas lecciones. Ambos lucían el alfiler de plata en forma de espada y el esmaltado en rojo, con forma de dragón, prendidos en los picos del cuello alto de la chaqueta. Ninguno de los tres llevaba espada al cinto, sin embargo; no las necesitaban. De repente la sala pareció más pequeña, como si se encontrara abarrotada.

Instintivamente, Elayne abrazó el *Saidar* y se abrió para coligarse. Merilille entró en el círculo con facilidad; cosa sorprendente, también lo hizo Renaile. Una rápida ojeada a la Detectora de Vientos disminuyó su sorpresa. Con la cara cenicienta, Renaile asía con tanta fuerza la daga metida en el fajín que Elayne pudo sentir el dolor de sus nudillos a través del vínculo. La mujer llevaba suficiente tiempo en Caemlyn para saber muy bien lo que era un Asha'man.

Librodot

Los hombres supieron que alguien había abrazado el *Saidar,* por supuesto, aunque no pudiesen ver el brillo que rodeaba a las tres mujeres. El tipo calvo se puso en tensión, y el joven delgado apretó los puños. Las miraron con enfado. Sin duda también habían asido el *Saidin.* Elayne empezó a lamentar haberse dejado llevar por el instinto, pero ahora no pensaba soltar la Fuente. Taim irradiaba peligro del mismo modo que un fuego irradia calor. Elayne absorbió profundamente a través de la coligación, hasta ese punto en que la abrumadora sensación de vida se tornaba punzante, una especie de molestos pinchazos de advertencia. Incluso eso resultaba... gozoso. Con tanto *Saidar* dentro de ella podría arrasar el palacio, pero se preguntó si sería suficiente para igualar a Taim y los otros dos. Deseó con todo su ser tener uno de los tres *angreal* que habían encontrado en Ebou Dar, ahora guardados a buen recaudo con el resto de las cosas del alijo, hasta que tuviese tiempo para ponerse a estudiarlas de nuevo.

Taim sacudió la cabeza con desdén y un atisbo de sonrisa asomó a sus labios.

—¿Para qué tenéis los ojos? —Su voz sonaba sosegada, pero dura y burlona—. Hay dos Aes Sedai aquí. ¿Tenéis miedo de dos Aes Sedai? Además, no querréis asustar a la futura reina de Andor, ¿verdad?

Sus compañeros se relajaron visiblemente y después intentaron emular su actitud de dominio innato.

Reene no sabía nada de *Saidar* ni de *Saidin;* se había vuelto hacia los hombres, ceñuda, tan pronto como entraron. Ni que fuesen Asha'man ni que no, esperaba que la gente se comportase debidamente. Masculló algo entre dientes, aunque no lo bastante bajo, y se oyeron las palabras «ratas furtivas».

La doncella primera enrojeció cuando se dio cuenta de que todos los presentes la habían escuchado, y Elayne tuvo la oportunidad de ver a Reene Harfor aturullada. Lo que significaba que la mujer se puso muy erguida y anunció, con una gracia y una dignidad que habrían sido la envidia de cualquier dirigente:

—Perdonadme, milady Elayne, pero me han informado que hay ratas en los almacenes. Muy inusitado, en esta época del año, y son muchas. Si me disculpáis, he de asegurarme de que mis órdenes para los exterminadores de plagas y los cebos envenenados se están llevando a cabo.

—Quedaos —le dijo fríamente Elayne, con calma—. El asunto de esos bichos podrá solucionarse a su debido tiempo. —Dos Aes Sedai. Taim no se había dado cuenta de que Renaile podía encauzar, y había puesto énfasis en que eran dos. ¿Ser tres representaría alguna ventaja? ¿O harían falta más? Obviamente, los Asha'man conocían *alguna* ventaja para las mujeres en círculos de menos de trece. De modo que se presentaban ante ella sin siquiera un simple «con vuestro permiso», ¿verdad?—. Podrás acompañar fuera a estos buenos hombres cuando acabe con el asunto que tengo con ellos.

Los compañeros de Taim se pusieron ceñudos al oír que los llamaba «buenos hombres», pero el propio Mazrim se limitó a insinuar otra de aquellas sonrisillas. Era lo bastante agudo para saber que pensaba en él cuando habló de «bichos». ¡Luz! Quizá Rand había necesitado a ese hombre antaño, pero ¿por qué lo mantenía a su lado ahora, y además en una posición de tanta autoridad? Bien, su autoridad no contaba para nada allí.

Sin prisa, volvió a tomar asiento y empleó unos instantes en arreglarse los vuelos de la falda. Los hombres tendrían que rodear el sillón para

situarse delante de ella como peticionarios, o en caso contrario hablarle de lado mientras ella rehusara mirarlos. Durante un momento se planteó el pasar la dirección del pequeño círculo. Sin duda los Asha'man centrarían su atención en ella. Pero Renaile seguía desencajada, dividida entre la rabia y el miedo; podría atacarlos tan pronto como tuviera la coligación en su poder. Merilille estaba algo asustada, un miedo controlado por poco y entremezclado con una intensa sensación de... erizamiento, que encajaba con sus ojos muy abiertos y sus labios separados; sólo la Luz sabía lo que podría hacer ella teniendo la coligación.

Dyelin se desplazó hasta ponerse al lado del sillón de Elayne, como para protegerla de los Asha'man. Fuera lo que fuese lo que la Cabeza Insigne de la casa Taravin sintiera por dentro, su semblante se mostraba severo, sin asomo de miedo. Las otras mujeres no habían perdido tiempo en prepararse lo mejor posible. Zaida permanecía muy quieta junto al caleidoscopio, procurando parecer diminuta e inofensiva, pero tenía las manos a la espalda y la daga había desaparecido de su fajín. Birgitte se hallaba al lado de la chimenea, con la mano izquierda reposando en la jamba, aparentemente tranquila, pero la vaina de su cuchillo se encontraba vacía; y, por el modo en que su otra mano descansaba a su costado, estaba lista para lanzar el arma en un movimiento de abajo arriba. El vínculo transmitía... concentración. La flecha encajada en la cuerda, la cuerda tensa contra la mejilla, presta para disparar.

Elayne no hizo el menor esfuerzo en inclinarse para mirar a los hombres por detrás de Dyelin.

—Primero habéis sido demasiado tardo en obedecer mi llamada, maese Taim, y después os presentáis de un modo excesivamente repentino. —Luz, ¿estaría asiendo el *Saidin?* Había métodos de interferir en el encauzamiento de un hombre que no distaban mucho de escudarlo, pero era una habilidad difícil, arriesgada, y ella sabía poco más que la teoría.

El hombre rodeó el sillón hasta situarse delante de Elayne, a varios pasos de distancia, pero no parecía un peticionario. Mazrim Taim sabía quién era, conocía su valía, aunque obviamente la situaba más alta que el cielo. Los destellos de los relámpagos a través de las ventanas arrojaron luces extrañas sobre su rostro. Mucha gente se sentiría intimidada por él, incluso sin aquella llamativa chaqueta ni su infame nombre. Ella no. ¡No! Taim se frotó la mejilla con gesto pensativo.

—Tengo entendido que habéis quitado los estandartes del Dragón en todo Caemlyn, señora Elayne. —¡Había *jocosidad* en su voz profunda, si bien no en sus ojos! Dyelin siseó con rabia ante el desaire a Elayne, pero ésta hizo caso omiso—. He oído que los saldaeninos se han retirado al campamento de la Legión del Dragón, y que muy pronto los Aiel también estarán en campamentos fuera de la ciudad. ¿Qué dirá él cuando se entere? —No cabía duda alguna sobre a quién se refería—. Y después de que os ha enviado un regalo. Desde el sur. Haré que os lo traigan después.

—Estableceré una alianza entre Andor y el Dragón Renacido a su debido tiempo —repuso Elayne con frialdad—, pero Andor *no* es una provincia conquistada, ni por *él* ni por ningún otro. —Se obligó a dejar las manos relajadas sobre los brazos del sillón. Luz, persuadir a los Aiel y a los saldaeninos de que abandonaran la ciudad había sido el mayor logro hasta el momento. Y, a pesar del recrudecimiento de la criminalidad en la ciudad, había sido necesario—. En cualquier caso, maese Taim, no sois quién para pedirme cuentas. Si Rand tiene objeciones que hacer, ¡lo resolveré con él!

Librodot

Taim enarcó una ceja, y aquella extraña curvatura en sus labios reapareció un poco más marcada que antes.

«Maldita sea —pensó Elayne, indignada—. ¡No debería haber utilizado el nombre de Rand!» ¡Resultaba obvio que el hombre creía saber *exactamente* cómo *resolvería* el tema de la ira del puñetero Dragón Renacido! Y lo peor era que, si podía ponerle la zancadilla para tenderlo en una cama, lo haría. No para eso, no para tratar ese asunto con él, sino porque lo deseaba. ¿Qué regalo le habría enviado?

La ira le endureció la voz. Ira por el tono de Taim. Ira porque Rand llevase tanto tiempo lejos. Ira contra sí misma, por ponerse colorada y pensar en regalos. ¡En regalos!

—Habéis levantado un muro de seis kilómetros acotando territorio de Andor. —continuó, airada. ¡Luz, era una superficie la mitad de grande que la Ciudad Interior! ¿Cuántos de esos hombres podía albergar? La mera idea hizo que se le pusiera carne de gallina—. ¿Con permiso de quién, maese Taim? No me digáis que del Dragón Renacido. Él no tiene derecho a dar permiso para *nada* en Andor. —Dyelin rebulló a su lado. Ningún derecho, pero suficiente fuerza podía dárselo. Elayne mantuvo la atención en Taim—. Habéis negado a la Guardia Real la entrada a vuestro... recinto. —Tampoco lo habían intentado antes de que ella llegase—. La ley de Andor es vigente en *todo* el país, maese Taim. La justicia será la misma para nobles o granjeros... o Asha'man. No diré que forzaré la entrada allí. —Él empezó a sonreír de nuevo, o casi—. No me rebajaría a eso. Pero, a menos que se le permita entrar a la Guardia Real, os prometo que tampoco pasará ni una sola patata a través de vuestras puertas. Sé que podéis Viajar. Pues bien, que vuestros Asha'man empleen los días Viajando para comprar vituallas.

La sonrisilla desapareció para dar paso a una leve mueca; sus pies se movieron ligeramente. Pero la irritación del hombre sólo duró un instante.

—La comida es un problema menor —dijo suavemente mientras extendía las manos—. Como decís, mis hombres pueden Viajar. A cualquier lugar que les ordene. Dudo que pudieseis impedirme comprar lo que quisiera incluso a quince kilómetros de Caemlyn, pero no me quitaría el sueño si pudieseis hacerlo. Con todo, estoy conforme con permitir visitas cuando quiera que lo solicitéis. Visitas controladas, con escolta en todo momento. La preparación es dura en la Torre Negra. Mueren hombres casi a diario. No querría que ocurriese un accidente.

Estaba irritantemente acertado respecto hasta qué distancia de Caemlyn llegaba su mandato. Pero no era más que eso: irritante. Sin embargo, sus comentarios sobre que los hombres Viajaran a cualquier parte que él ordenara y sobre un posible «accidente», ¿eran amenazas veladas? A buen seguro que no. Una oleada de rabia la asaltó al darse cuenta de que su seguridad de que no la amenazaría era a causa de Rand. No pensaba esconderse detrás de Rand al'Thor. ¿Visitas «controladas»? ¿Cuando lo «solicitase»? ¡Debería reducir a cenizas a ese hombre allí mismo!

De pronto fue consciente de lo que le llegaba a través del vínculo con Birgitte: ira, un reflejo de la suya unida a la de la propia Birgitte, reflejándose de Birgitte a ella, rebotando de ella a Birgitte, nutriéndose de sí misma, acrecentándose. La mano con la que Birgitte sostenía el cuchillo temblaba con el deseo de arrojarlo. ¿Y ella? ¡La furia la colmaba! Una pizca más y soltaría el *Saidar.* O arremetería con él.

No sin esfuerzo, se obligó a ahogar la cólera y sustituirla por algo parecido a la calma. Una semejanza apenas esbozada, todavía en ebullición.

Librodot

Elayne tragó saliva y bregó para mantener la voz impasible.

—Los soldados de la Guardia Real harán una visita diaria, maese Taim. —Y no sabía cómo iba a conseguir tal cosa con el tiempo que hacía—. Puede que vaya yo en persona, con unas cuantas hermanas. —Si la idea de tener Aes Sedai dentro de su Torre Negra molestaba a Taim, el hombre no lo puso de manifiesto. Luz, su intención era imponer la autoridad de Andor, no provocar a ese hombre. Llevó a cabo con presteza un ejercicio de novicia, el río contenido por las márgenes, buscando la calma. Le funcionó... un poco. Ahora sólo deseaba arrojarle todas las copas de vino—. Accederé a vuestra petición de llevar escolta, pero no se ocultará nada. No admitiré delitos tapados por vuestros secretos. ¿Me he explicado con suficiente claridad?

La reverencia de Taim fue burlona —¡burlona!— pero cuando habló había tirantez en su voz.

—Os entiendo perfectamente. Sin embargo, entendedme a mí. Mis hombres no son granjeros que agachan la cabeza cuando pasáis. Presionad demasiado a un Asha'man y quizá descubráis cuán fuerte es exactamente vuestra ley.

Elayne abrió la boca para contestar cuán fuerte era exactamente la ley en Andor.

—Es la hora, Elayne Trakand —dijo una voz de mujer desde la puerta.

—¡Rayos y centellas! —rezongó Dyelin—. ¿Es que todo el mundo va a entrar aquí sin llamar?

Elayne había reconocido la nueva voz. Había estado esperando esa llamada sin saber cuándo tendría lugar, pero consciente de que había que obedecerla al instante. Se puso de pie, deseando para sus adentros disponer de un poco más de tiempo para dejar muy claras las cosas a Taim. El hombre observó con el entrecejo fruncido a la mujer que acababa de entrar y luego a Elayne; era obvio que no sabía qué pensar de aquello. Bien. Que se cociera en su propia salsa hasta que ella tuviese tiempo para aclararle qué derechos especiales tenían los Asha'man en Andor.

Nadere era tan alta como cualquiera de los dos hombres que se encontraban junto a la puerta, con una constitución lo más parecida a corpulenta que había visto en cualquier Aiel. Sus verdes ojos examinaron a los dos hombres un momento antes de desestimarlos como alguien sin importancia. Los Asha'man no impresionaban a las Sabias. En realidad, pocas cosas las impresionaban. Mientras se ajustaba el oscuro chal sobre los hombros, en medio del tintineo de los brazaletes, se adelantó hasta detenerse delante de Elayne, dándole la espalda a Taim. A pesar del frío, sólo llevaba el chal encima de la fina blusa blanca aunque, curiosamente, portaba una capa de gruesa lana doblada sobre un brazo.

—Debes venir ahora —le dijo a Elayne—, sin demora.

Las cejas de Taim se arquearon de forma pronunciada; sin duda no estaba acostumbrado a que se hiciese caso omiso de él tan inequívoca y absolutamente.

—¡Luz bendita! —exclamó Dyelin mientras se frotaba la frente—. No sé de qué se trata, Nadere, pero tendrá que esperar hasta que...

Elayne le puso la mano en el brazo.

—No, no lo sabes, Dyelin, y de ningún modo puede esperar. Daré permiso para que se retiren todos e iré contigo, Nadere.

La Sabia movió la cabeza con gesto desaprobador.

—Una criatura que está a punto de nacer no puede perder tiempo diciendo a la gente que se marche. —Sacudió la gruesa capa—. Traje esto

para proteger tu piel del frío. Quizá debería dejarlo y decirle a Aviendha que tu recato es mayor que tu deseo de tener una hermana.

Dyelin dio un respingo al comprender de repente. El vínculo de Guardián se estremeció con la indignación de Birgitte.

Sólo había una alternativa. En realidad, no tenía elección. Elayne dejó que se disolviese la coligación con las otras dos mujeres y a continuación soltó el *Saidar.* No obstante, el brillo siguió rodeando a Renaile y a Merilille.

—¿Quieres ayudarme con los botones, Dyelin?

Elayne se sintió orgullosa de lo firme que sonaba su voz. Había estado esperando aquello. «¡Sólo que no con tantos testigos!», pensó con cierto desmayo. Le dio la espalda a Taim —¡al menos no tendría que verlo mientras la observara!— y empezó a desabrochar los diminutos botones de las mangas.

—Dyelin, por favor. ¡Dyelin!

Al cabo de un momento, la noble se movió como una sonámbula y empezó a soltar los botones de la espalda mientras mascullaba entre dientes en tono conmocionado. Uno de los Asha'man que aguardaban junto a la puerta soltó una risita burlona.

—¡Media vuelta! —espetó Taim, y el golpe de botas sonó cerca de la puerta.

Elayne ignoraba si él se había vuelto también —estaba segura de que podía sentir sus ojos sobre ella— pero de repente Birgitte se encontró a su lado, así como Merilille y Reene, y Zaida e incluso Renaile, pegadas hombro con hombro, ceñudas mientras formaban un muro entre ella y los hombres. No un muro muy adecuado, ya que ninguna de las presentes era tan alta como ella, y Zaida y Merilille sólo le llegaban al hombro.

«Concentración —se exhortó—. Estoy serena. Estoy tranquila. Estoy... ¡Me estoy quedando en cueros en una habitación llena de gente, eso es lo que estoy haciendo!» Se desvistió tan deprisa como le fue posible, dejando caer el vestido y la ropa interior al suelo, soltando los escarpines y las medias encima del montón de ropa. La piel se le puso de gallina por el frío; hacer caso omiso de la baja temperatura significaba simplemente que no tiritaba. Y no creía que el ardor de sus mejillas tuviese nada que ver con eso.

—¡Qué locura! —rezongó Dyelin en voz baja mientras recogía la ropa con brusquedad—. ¡Qué disparate!

—¿Qué pasa? ¿De qué se trata todo esto? —susurró Birgitte—. ¿Puedo acompañarte?

—Debo ir sola —contestó Elayne, también en un susurro—. ¡Y no discutas!

No es que Birgitte hubiese dado señales externas de que pensara hacerlo, pero con lo que transmitía el vínculo sobraba todo lo demás. Elayne se quitó los aros de oro de las orejas y se los tendió a Birgitte; vaciló un poco antes de hacer lo mismo con el anillo de la Gran Serpiente. Las Sabias habían dicho que debía ir igual que un bebé llegaba a su nacimiento. Le habían dado muchísimas instrucciones; la primera, que no le contase a nadie lo que iba a pasar. A decir verdad, a *ella* le gustaría saberlo. Pero un bebé nacía sin tener conocimiento previo de lo que iba a ocurrir. Los rezongos de Birgitte empezaron a sonar como los de Dyelin.

Nadere se adelantó con la capa, pero se limitó a sostenerla, y Elayne tuvo que cogerla y envolverse en ella a toda prisa. Todavía estaba segura de sentir los ojos de Taim. Sujetó la prenda para mantenerla bien cerrada; aunque el instinto la empujaba a salir corriendo de la sala, adoptó una

Librodot

postura erguida y se giró con lentitud. No pensaba escabullirse cubierta de vergüenza.

Los hombres que habían ido con Taim estaban firmes, de cara a las puertas, y el propio Mazrim contemplaba la chimenea, cruzado de brazos; entonces, sentir la mirada del hombre había sido imaginación suya. A excepción de Nadere, las otras mujeres la observaban con mayor o menor grado de curiosidad, consternación y conmoción. Nadere parecía simplemente impaciente. Elayne intentó adoptar su tono más regio.

—Señora Harfor, ofreced vino a maese Taim y a sus hombres antes de que se vayan. —Bueno, por lo menos la voz no le temblaba—. Dyelin, por favor atiende a la Señora de la Olas y a la Detectora de Vientos, y prueba a ver si puedes disipar sus temores. Birgitte, espero que me presentes tu plan para el reclutamiento esta noche.

Las mujeres a las que nombró parpadearon asombradas y luego asintieron en silencio. Entonces Elayne salió de la sala, seguida de Nadere, deseando para sus adentros haberlo hecho mejor. Lo último que escuchó antes de que la puerta se cerrara a sus espaldas fue la voz de Zaida.

—Extrañas costumbres, las que tenéis los confinados en tierra.

En el corredor intentó ir más deprisa, aunque no resultaba fácil al tener que caminar y sujetar cerrada la capa al mismo tiempo. Las baldosas rojas y blancas estaban muchísimo más frías que las alfombras de la sala. Unos cuantos criados, cálidamente envueltos en uniformes de buena lana, se quedaron mirándola de hito en hito al verla pasar y después reanudaron rápidamente sus tareas. Las llamas de las lámparas de pie titilaban; siempre había corrientes en los pasillos. De vez en cuando, el aire se movía con bastante fuerza para hacer que un tapiz se meciese perezosamente.

—Eso fue a propósito, ¿verdad? —le dijo a Nadere, sin preguntar realmente—. Cuando fuera que me llamaseis, teníais que aseguraros de que hubiese mucha gente para mirarme. Para cercioraros de que adoptar a Aviendha como hermana era lo bastante importante para mí. —Le habían dicho que debía ser más importante que cualquier otra cosa—. ¿Qué le habéis hecho a ella?

A veces Aviendha parecía tener muy poco pudor; a menudo iba y venía por sus aposentos desnuda, con despreocupación, sin darse cuenta siquiera cuando entraban sirvientes. Obligarla a desnudarse rodeada de un montón de gente no habría probado nada.

—Eso tiene que ser ella quien te lo cuente, si quiere —respondió con suficiencia Nadere—. Eres muy perspicaz, ya que te has dado cuenta. Muchas no lo pillan. —Su generoso busto se alzó en un gruñido que podría ser una risa—. Esos hombres, volviéndose de espaldas, y esas mujeres, protegiéndote. Lo habría impedido si el hombre de la chaqueta bordada no hubiese dejado de echar ojeadas por encima del hombro para admirar tus caderas. Y si tu sofoco no hubiese demostrado que sabías que lo estaba haciendo.

Elayne dio un traspié y tropezó. La capa se abrió, dejando escapar el poco calor corporal que se había acumulado debajo antes de que pudiera cerrarla de nuevo.

—¡Ese asqueroso puerco! —gruñó— ¡Le...! ¡Le...! —Maldición, ¿qué *podía* hacer? ¿Contárselo a Rand? ¿Dejar que se encargara él de Taim? Jamás!

Nadere la miró socarronamente.

—A la mayoría de los hombres les gusta contemplar el trasero de una

mujer. Deja de preocuparte por ellos y empieza a pensar en la mujer que quieres por hermana.

Sonrojándose de nuevo, Elayne se centró en Aviendha. Hacerlo no contribuyó a calmar su nerviosismo. Había cosas específicas en las que le habían dicho que pensara antes de la ceremonia, y algunas la intranquilizaban.

Nadere mantuvo el paso marcado por Elayne, que llevó mucho cuidado para que las piernas no asomaran por la abertura de la capa —había servidumbre por todas partes—, de modo que tardaron un rato en llegar a la habitación donde se habían reunido las Sabias, más de una docena, vestidas con sus amplias faldas, blusas blancas y oscuros chales, engalanadas con collares y brazaletes de oro y plata, piedras preciosas y marfil, y sujetos los largos cabellos con pañuelos doblados. Se habían retirado todos los muebles y alfombras, dejando desnudas las blancas baldosas, y no había fuego encendido en el hogar. Allí, muy en el interior del palacio, sin ventanas, el retumbo de los truenos apenas se escuchaba.

Los ojos de Elayne fueron de inmediato hacia Aviendha, que se encontraba al otro lado de la habitación. Desnuda. Sonrió a Elayne con nerviosismo. ¡Nerviosa! ¡Aviendha! Elayne se despojó rápidamente de la capa y le devolvió la sonrisa. También ella con nerviosismo, comprendió. Aviendha soltó una queda risa y, al cabo de un momento, Elayne hizo otro tanto. ¡Luz, qué frío hacía! ¡Y el suelo estaba helado!

No conocía a la mayoría de las Sabias que había en el cuarto, pero uno de los rostros atrajo de inmediato su atención. El cabello prematuramente blanco de Amys, combinado con los rasgos propios de una mujer que aún no había entrado en la madurez, le daban cierta semejanza al aspecto de una Aes Sedai. Debía de haber Viajado desde Cairhien. Egwene había estado enseñando a las caminantes de sueños para corresponder a sus enseñanzas sobre el *Tel'aran'rhiod.* Y para saldar una deuda, afirmaba, aunque nunca aclaró qué deuda era.

—Esperaba que Melaine estuviese aquí —dijo Elayne. Le gustaba la esposa de Bael, una mujer afectuosa y generosa. No como otras dos que reconoció en la habitación, la huesuda Tamela, con su cara angulosa, y Viendre, un águila hermosa de ojos azules. Ambas eran más fuertes en el Poder que ella, más que cualquier hermana que conocía, a excepción de Nynaeve. Se suponía que tal cosa no tenía importancia entre las Aiel, pero a Elayne no se le ocurría otro motivo para que adoptasen un aire despectivo y altanero cada vez que la veían.

Había supuesto que Amys tendría el mando —siempre lo hacía, al parecer—, pero fue una mujer baja, llamada Monaelle, con el cabello rubio con toques rojizos, la que se adelantó. En realidad no era baja, pero aun así era la única en el cuarto a la que Elayne superaba en estatura. Y también la más débil en el poder, apenas lo suficiente, si hubiese ido a Tar Valon, para haberse ganado el chal. Quizá tal cosa no contaba realmente entre las Aiel.

—Si Melaine estuviese aquí —dijo Monaelle en tono enérgico pero no desagradable—, los bebés que lleva en su vientre formarían parte del vínculo entre tú y Aviendha si los flujos los rozaban. Si es que sobrevivían, claro; los nonatos no son lo bastante fuertes para esto. La cuestión es ¿lo sois vosotras? —Gesticuló con las manos, señalando dos lugares en el suelo, no lejos de ella—. Venid aquí las dos, al centro de la habitación.

Por primera vez, Elayne comprendió que el *Saidar* iba a ser parte de aquello. Había pensado que sería sólo una ceremonia, un intercambio de

Librodot

compromisos, tal vez prestar juramentos. ¿Qué iba a pasar? No importaba, salvo que... Se dirigió despacio hacia Monaelle.

—Mi Guardián... Nuestro vínculo... ¿Esto la... afectará?

Aviendha, que había fruncido el entrecejo al advertir su vacilación, dirigió una mirada sobresaltada a Monaelle. Obviamente, aquello era algo en lo que no había pensado. La Sabia sacudió la cabeza.

—Los flujos no pueden tocar a nadie fuera de esta habitación. Es posible que sienta algo de lo que compartáis las dos, debido al vínculo que os une, pero sólo un poco.

Aviendha soltó un suspiro de alivio, coreado por otro de Elayne.

—Bien —continuó Monaelle—. Hay que seguir unos procedimientos. Venid. No somos jefes de clan discutiendo compromisos de agua entre copa y copa de *oosquai.*

Riendo, haciendo lo que parecían chistes sobre jefes de clan y el fuerte licor Aiel, las otras mujeres formaron un círculo alrededor de Aviendha y Elayne. Monaelle se sentó grácilmente en el suelo, cruzada de piernas, a dos pasos de las jóvenes desnudas. Las risas cesaron cuando su tono se tornó ceremonioso.

—Nos hemos reunido porque dos mujeres desean ser primeras hermanas. Comprobaremos si son lo bastante fuertes y, si lo son, las ayudaremos. ¿Se encuentran sus madres presentes?

Elayne dio un respingo, pero al momento Viendre se situaba detrás de ella.

—Yo actúo como la madre de Elayne Trakand, que no puede estar aquí. —Con las manos en los hombros de Elayne, Viendre la empujó hacia adelante y hacia abajo hasta que la joven se encontró de rodillas en las frías baldosas, delante de Aviendha, y a continuación se arrodilló ella—. Ofrezco a mi hija para su prueba.

Tamela apareció detrás de Aviendha y la empujó hacia abajo hasta que las rodillas de ésta tocaron las baldosas, casi pegadas a las de Elayne, y luego se arrodilló detrás.

—Yo actúo como la madre de Aviendha, que no puede estar aquí. Ofrezco a mi hija para su prueba.

En otro momento Elayne habría soltado una risita. Ninguna de las dos mujeres parecía tener media docena de años más que Aviendha y ella. En otro momento. No en ése. Las Sabias que se habían quedado de pie mostraban un gesto solemne. Las observaban a Aviendha y a ella como si las sopesaran y no estuviesen seguras de que darían la talla.

—¿Quién sufrirá los dolores del parto por ellas? —preguntó Monaelle, y Amys se adelantó.

Otras dos la siguieron, una pelirroja llamada Shyanda, a la que Elayne había visto con Melaine, y una mujer canosa a la que no conocía. Ayudaron a desnudarse a Amys. Orgullosa en su desnudez, Amys se volvió hacia Monaelle y se palmeó el terso y duro vientre.

—Yo he dado a luz. He dado de mamar —dijo, rodeando con las manos unos pechos que no parecían haber hecho tal cosa—. Me ofrezco.

Tras el circunspecto gesto de aceptación de Monaelle, Amys se puso de rodillas a dos pasos, al otro lado de Elayne y Aviendha, y se sentó sobre los talones. Shyanda y la canosa Sabia se arrodillaron flanqueándola, y de repente el brillo del Poder rodeó a todas las mujeres de la habitación, salvo a Elayne, Aviendha y Amys.

Elayne respiró profundamente y vio que Aviendha hacía lo mismo. De

Librodot

vez en cuando, un brazalete tintineaba contra otro entre las Sabias, el único sonido en el cuarto aparte de las respiraciones y el débil y lejano trueno. Fue casi un sobresalto cuando Monaelle habló.

—Las dos haréis lo que se os ordene. Si flaqueáis o tenéis dudas, vuestra devoción no es lo bastante fuerte. Os mandaré salir y ése será el final de esto, para siempre. Haré preguntas, y responderéis con sinceridad. Si rehusáis contestar, se os mandará salir. Si alguna de las presentes cree que mentís, se os mandará salir. Y podéis marcharos en cualquier momento que queráis, desde luego. Lo cual pondrá fin a esto de manera definitiva. Aquí no hay segundas oportunidades. Bien. ¿Cuál crees que es la mejor cualidad de la mujer que quieres como hermana primera?

Elayne casi esperaba esa pregunta. Era una de las cosas en las que le dijeron que pensara. Elegir una virtud entre tantas no había sido fácil, aunque ya tenía preparada la respuesta. Cuando habló, flujos de *Saidar* se tejieron repentinamente entre Aviendha y ella, y de su boca no salió sonido alguno, ni de la de Aviendha. Sin pensarlo, una parte de su mente memorizó la forma de los tejidos; incluso en ese momento, intentar aprender era una parte de sí misma, tanto como el color de sus ojos. Los tejidos desaparecieron cuando cerró los labios.

Aviendha se siente muy segura de sí misma, muy orgullosa. No le importa lo que nadie piense que debería hacer o ser; es quien ella *quiere ser,* oyó Elayne decir a su propia voz, a la par que las palabras de Aviendha se hacían audibles de repente, al mismo tiempo. *Incluso cuando Elayne está tan asustada que se le queda seca la boca, su espíritu no se doblega. Es la persona más valiente que conozco.*

Elayne miró de hito en hito a su amiga. ¿Aviendha creía que era *valiente?* Luz, no era cobarde, pero *¿valiente?* Curiosamente, Aviendha la miraba intensamente a ella, con incredulidad.

—La valentía es un pozo —le susurró Viendre al oído—, profundo en algunas personas, somero en otras. Profundos o someros, los pozos acaban secándose, aunque vuelvan a llenarse después. Afrontarás lo que no eres capaz de afrontar, las piernas te temblarán como si fuesen gelatina, y tu cacareado coraje te dejará tirada en el polvo, sollozando. Llegará el día.

Lo dijo como si quisiese estar allí para verlo. Elayne asintió con un seco cabeceo. Sabía todo sobre temblarle las piernas como si fuesen gelatina; se enfrentaba a ello a diario, al parecer.

Tamela hablaba al oído de Aviendha en un tono casi tan satisfecho como el de Viendre:

—*El ji'e'toh* te ata como bandas de acero. Por el *ji*, actúas exactamente como se espera de ti, hasta lo más mínimo. Por el *toh,* si es preciso te rebajas y te arrastras sobre el vientre. Porque te importa, y mucho, lo que *todo el mundo* piensa de ti.

Elayne casi soltó una exclamación ahogada. Eso era cruel. E injusto. Sabía algo del *ji'e'toh,* pero Aviendha no era así. Sin embargo, Aviendha estaba asintiendo, igual que había hecho ella antes. Una aceptación impaciente de lo que ya sabía.

—Buenas características que apreciar en una hermana primera —dijo Monaelle, que dejó resbalar el chal hasta los codos—, pero ¿qué es lo peor que ves en ella?

Elayne rebulló sobre las heladas rodillas y se lamió los labios antes de hablar. Había temido esto. No era sólo la advertencia de Monaelle; Aviendha había dicho que debían decir la verdad. Tenían que hacerlo, pues si no ¿qué

valor tenía la unión de hermanas? De nuevo los tejidos retuvieron cautivas sus palabras hasta que desaparecieron.

Aviendha... dijo de repente la voz de Elayne, vacilante. *Cree... Cree que la violencia es siempre la respuesta. A veces no piensa más allá de su cuchillo. ¡A veces es como un muchachito que nunca se hará mayor!*

Elayne sabe que... empezó la voz de Aviendha, que tragó saliva y continuó de corrido. *Sabe que es hermosa, sabe el poder que eso le da sobre los hombres. A veces va con la mitad del busto al aire, a la vista de todos, y sonríe para conseguir que los hombres hagan lo que quiere.*

Elayne se quedó boquiabierta. ¿Aviendha pensaba *eso* de ella? ¡La hacía parecer una *lagarta!* Aviendha la miró ceñuda y empezó a abrir la boca, pero Tamela le apretó de nuevo los hombros y empezó a hablarle.

—¿Crees que los hombres no contemplan tu cara con aprobación? —Había un timbre incisivo en la voz de la Sabia, y «firme» sería el término más comedido para describir su rostro—. ¿Acaso no miran tus pechos en la tienda de vapor? ¿No admiran tus caderas? Eres hermosa, y lo sabes. ¡Niégalo, y te negarás a ti misma! Te han complacido las miradas de los hombres, y les has sonreído. ¿De verdad no sonreirás a un hombre para dar más peso a tus argumentos, o no le tocarás el brazo para distraerlo de la debilidad de tus razonamientos? Lo harás, y no serás menos por ello.

Las mejillas de Aviendha se tiñeron de rojo, pero Elayne tenía que escuchar lo que Viendre le decía a ella. E intentar no ponerse colorada.

—Hay violencia en ti. Niégalo, y te negarás a ti misma. ¿Acaso nunca has montado en cólera y has arremetido? ¿Es que nunca has derramado la sangre de alguien? ¿Nunca has *deseado* hacerlo? ¿Sin plantearte otra posibilidad? ¿Sin pensarlo siquiera? Mientras respires, eso formará parte de ti.

Elayne recordó a Taim, y otros casos similares, y su rostro se puso rojo como la grana.

En esta ocasión, hubo más de una respuesta.

—Tus brazos se debilitarán —le decía Tamela a Aviendha—. Tus piernas perderán su velocidad. Una persona joven podrá quitarte el cuchillo de la mano. ¿De qué te valdrán entonces destreza o ferocidad? El corazón y la mente son las verdaderas armas. Mas ¿acaso aprendiste a utilizar la lanza en un día, cuando eras Doncella? Si no aguzas corazón y mente ahora, te harás vieja y los niños te ofuscarán el entendimiento. Los jefes de clan te sentarán en un rincón para que juegues a las cunitas y, cuando hables, lo único que oirán todos será el viento. Tenlo en cuenta mientras estás a tiempo.

—La belleza desaparece —continuó Viendre al oído de Elayne—. El paso de los años hará que tus pechos se descuelguen, que tus carnes pierdan firmeza, que tu piel se torne seca y arrugada como el cuero. Hombres que sonreían al ver tu cara te hablarán como si fueses otro hombre. Tal vez tu esposo te vea siempre como la primera vez que puso los ojos en ti, pero ningún otro hombre soñará contigo. ¿Dejarás por ello de ser tú? Tu cuerpo es sólo una envoltura. Tu carne se marchitará, pero tú eres tu corazón y tu mente, y ésos no cambiarán salvo para hacerse más fuertes.

Elayne sacudió la cabeza, pero no en un gesto de negación. En realidad no. Sin embargo, nunca había pensado en envejecer. Sobre todo desde que había ido a la Torre. El paso de los años dejaba una huella muy leve incluso en las Aes Sedai de mucha edad. Mas, ¿y si llegaba a vivir tanto como las Asentadas? Eso significaría renunciar a ser Aes Sedai, por supuesto, pero ¿y

si lo hacía? Las Allegadas tardaban mucho tiempo en tener arrugas, pero las tenían. ¿Qué estaría pensando Aviendha? La Aiel estaba allí de rodillas, con aire... huraño.

—¿Qué te parece más infantil en la mujer que quieres como hermana primera? —preguntó Monaelle.

Eso era más fácil, menos peliagudo. Elayne sonrió incluso mientras hablaba. Aviendha le devolvió la sonrisa, desaparecida ya la expresión hosca. Una vez más, los tejidos tomaron sus palabras y las liberaron a la par, las voces con un dejo de risa.

Aviendha no me deja que le enseñe a nadar. Lo he intentado. No le tiene miedo a nada, excepto a meterse en más cantidad de agua de la que cabe en una bañera.

Elayne se zampa golosinas a dos manos, como una niña que ha escapado a la vigilancia de su madre. Si sigue así, se pondrá gorda como un cerdo antes de que se haga mayor.

Elayne dio un respingo. ¿Zamparse? *¿Zamparse?* Probaba un poco de vez en cuando, eso era todo. Sólo de vez en cuando. *¿Gorda?* ¿Por qué Aviendha la miraba iracunda? Negarse a meterse en el agua donde cubría por encima de la rodilla era realmente infantil.

Monaelle se tapó la boca con la mano para toser levemente, pero a Elayne le pareció que lo que ocultaba era una sonrisa. Algunas de las Sabias que estaban de pie se echaron a reír sin tapujos. ¿Por la tontería de Aviendha o por su... debilidad por las golosinas?

Monaelle recobró su aire solemne mientras arreglaba la falda extendida sobre el suelo, pero cuando habló aún había un atisbo de regocijo en su voz.

—¿Qué es lo que más envidias de la mujer que quieres como hermana primera?

Quizás Elayne habría dado un rodeo a la respuesta a despecho de la exigencia de contestar con sinceridad. La verdad había surgido en su mente tan pronto como le dijeron que pensara en esto, pero había encontrado algo menos importante, menos embarazoso para ambas, que habría colado. Quizá. Pero estaba lo de que sonreía a los hombres y que enseñaba el busto. A lo mejor ella sonreía, ¡pero Aviendha pasaba delante de sirvientes abochornados sin llevar absolutamente nada encima y dando la impresión de que ni siquiera los veía! De modo que se zampaba golosinas, ¿verdad? Y que iba a ponerse gorda, ¿no? Manifestó la amarga verdad mientras los tejidos tomaban sus palabras y la boca de Aviendha se movía en un silencio huraño, hasta que por fin lo que habían dicho se liberó.

Aviendha ha yacido en los brazos del hombre al que amo. Yo nunca lo he hecho; puede que nunca lo haga, ¡y querría llorar cuando lo pienso!

Elayne tiene el amor de Rand al'Th... de Rand. *El corazón me duele de desear que él me quiera a mí, pero no sé si llegará a amarme nunca.*

Elayne miró intensamente el indescifrable rostro de Aviendha. ¿Que tenía celos de ella por causa de Rand? ¿Cuando ese hombre la evitaba como si tuviese la sarna? No tuvo tiempo para pensar nada más.

—Dale una bofetada lo más fuerte que puedas —instruyó Tamela a Aviendha mientras apartaba sus manos de los hombros de la joven.

Viendre apretó ligeramente los de Elayne.

—No te defiendas —advirtió.

¡De eso no habían dicho nada! Aviendha jamás le...

Parpadeando, Elayne se incorporó de las heladas baldosas. Se tocó la mejilla con sumo cuidado e hizo un gesto de dolor. Iba a tener la marca de la

Librodot

palma de la mano en la cara el resto del día. Esa mujer no tenía por qué haber golpeado *tan* fuerte.

Todas esperaron hasta que volvió a ponerse de rodillas, y entonces Viendre se acercó a su oído.

—Dale una bofetada lo más fuerte que puedas.

Bueno, pues lo que era ella no iba a soltarle un bofetón a Aviendha. Ella no iba a... Una tremenda bofetada tiró a Aviendha al suelo y la hizo deslizarse por las baldosas casi hasta donde se encontraba Monaelle. A Elayne le dolía la palma de la mano casi tanto como la mejilla.

Aviendha se incorporó a medias, sacudió la cabeza, y después volvió a su posición anterior; a gatas.

—Golpéala con la otra mano —dijo Tamela.

Esta vez, Elayne se deslizó sobre las heladas baldosas hasta dar contra las rodillas de Amys; la cabeza le zumbaba, y le ardían ambas mejillas. Y cuando se situó de nuevo de rodillas delante de Aviendha, cuando Viendre le dijo que golpeara, puso toda la fuerza de su cuerpo en la bofetada, hasta el punto de que casi se cayó encima de Aviendha cuando ésta se fue al suelo.

—Ahora podéis marcharos —dijo Monaelle.

Los ojos de Elayne se volvieron rápidamente hacia la Sabia. Aviendha, a medio recobrar la postura de rodillas, se quedó petrificada.

—Si queréis —añadió Monaelle—. Los hombres lo hacen generalmente al llegar a este punto, si no antes. También lo hacen muchas mujeres. Pero, si seguís queriéndoos la una a la otra lo bastante para continuar, entonces abrazaos.

Elayne se echó en los brazos de Aviendha, que a su vez se había lanzado hacia ella, y por poco no se fue de espaldas al suelo. Se estrecharon con fuerza. Elayne sintió que las lágrimas desbordaban sus ojos, y se dio cuenta de que Aviendha también lloraba.

—Lo siento —susurró fervientemente Elayne—. Lo siento mucho, Aviendha.

—Perdóname —contestó en otro susurro la Aiel—. Perdóname.

Monaelle se había puesto de pie y estaba junto a ellas ahora.

—Sentiréis cólera contra la otra en más ocasiones, os diréis palabras muy duras, pero siempre recordaréis que ya os habéis abofeteado. Y sin más motivo que os dijeran que lo hicieseis. Lo pasado, pasado. Perdonad esos golpes por todos los que podríais desear dar. Tenéis *toh* la una con la otra, un *toh* que no podéis saldar ni intentaréis saldarlo, porque cualquier mujer siempre está en deuda con su hermana primera. Volveréis a nacer.

La percepción del *Saidar* en el cuarto estaba cambiando, pero Elayne no habría tenido ocasión de ver cómo ni aun en el caso de que se le hubiese ocurrido la idea. La luz menguó como si se hubiesen apagado las lámparas. La sensación del abrazo de Aviendha menguó. El sonido menguó. Lo último que oyó fue la voz de Monaelle.

—Volveréis a nacer.

Todo desapareció. Ella desapareció. Dejó de existir.

Una especie de conciencia. No pensaba en sí misma como tal, no pensaba en nada, pero era consciente. Del sonido. Un líquido rumoroso todo en derredor. Borboteos y retumbos sordos. Y un ruido rítmico amortiguado. Eso por encima de todo. *Pu-pum. Pu-pum.* No conocía la satisfacción, pero estaba satisfecha. *Pu-pum.*

Tiempo. No conocía el tiempo, pero transcurrieron eras. Había un sonido dentro de ella, un sonido que *era* ella. *Pu-pum.* El mismo sonido, el

mismo ritmo que el otro. *Pu-pum.* Y procedente de otro sitio, cerca. *Pu-pum.* Otra. *Pu-pum.* El mismo sonido, el mismo latido, como el suyo. Otra no. Eran la misma; eran una. *Pu-pum.*

La eternidad transcurrió al ritmo de esa cadencia, todo el tiempo habido desde el principio, siempre. Tocó a la otra que era ella misma. Podía sentir. *Pu-pum.* Se movía, ella y la otra que era ella misma, retorciéndose una en la otra, los miembros enredándose, retirándose pero siempre regresando una a la otra. *Pu-pum.* A veces había luz en la oscuridad; tenue más allá de la percepción, pero intensa para quien sólo conocía oscuridad. *Pu-pum.* Abrió los ojos y miró los de la otra que era ella misma, y volvió a cerrarlos, satisfecha. *Pu-pum.*

Cambio; repentino, conmocionante para quien jamás había conocido cambios. Presión. *Pu-pum-pu-pum.* Aquel reconfortante latido era más rápido. Presión espasmódica. Otra vez. Otra vez. Cada vez más fuerte. *¡Pu-pum-pu-pum! ¡Pu-pum-pu-pum!*

De pronto, la otra que era ella misma... desapareció. Estaba sola. No conocía el miedo, pero estaba asustada, y sola. *¡Pu-pum-pu-pum!* ¡Presión! ¡Más fuerte que cualquiera antes! La apretaba, la aplastaba. Si hubiese sabido cómo gritar, si hubiese sabido lo que era un grito, habría chillado.

Y entonces la luz, cegadora, rebosante de formas en movimiento, arremolinadas. Tenía peso; nunca había sentido peso. Un dolor cortante en lo que sentía como su centro. Algo le hizo cosquillas en el pie. Algo le hizo cosquillas en la espalda. Al principio no se dio cuenta de que aquel plañido salía de ella. Pateó débilmente, agitando miembros que no sabía cómo mover. Fue levantada en el aire, y dejada sobre algo suave pero más firme que nada de lo que había sentido hasta entonces, excepto los recuerdos de la otra que era ella misma, la otra que había desaparecido. *Pu-pum. Pu-pum.* El sonido. El mismo sonido, el mismo latido. La soledad, no identificada, imperaba, pero también había satisfacción.

La memoria empezó a volver, lentamente. Alzó la cabeza, apoyada en un pecho, y contempló el rostro de Amys. Sí, Amys. Empapada en sudor y con aire de agotamiento, pero sonriente. Y ella era Elayne; sí, Elayne Trakand. Pero había en ella algo más ahora. No como el vínculo del Guardián, pero sí parecido en cierto modo. Más leve, pero más grandioso. Despacio, sobre un cuello que se bamboleaba inestable, giró la cabeza para mirar a la otra mitad que era ella misma, recostada sobre el otro pecho de Amys. Vio a Aviendha, el cabello apelmazado, el rostro y el cuerpo brillantes por el sudor... sonriendo gozosa. Riendo, llorando, se abrazaron con fuerza y siguieron así como si nunca fueran a soltarse.

—Ésta es mi hija Aviendha —dijo Amys—, y ésta es mi hija Elayne, nacidas el mismo día, a la misma hora. Ojalá se protejan, se apoyen y se amen siempre. —Rió queda, cansada, cariñosamente—. Y ahora, por favor, ¿quiere alguien traernos ropas antes de que mis nuevas hijas y yo nos muramos de frío?

En ese momento a Elayne no le importaba si se moría de frío. Se aferró a Aviendha riendo y llorando. Había encontrado a su hermana. ¡Luz, había encontrado a su hermana!

Toveine Gazal se despertó con el ruido de un quedo bullir, de otras mujeres moviéndose de aquí para allí, algunas hablando en voz baja. Tendida en el duro y estrecho catre, suspiró con lástima. Lo de sus manos cerradas en torno al cuello de Elaida sólo había sido un sueño agradable. La

realidad era aquel diminuto habitáculo de paredes de lona. Había dormido mal, y se sentía débil, aturdida. También había dormido más de la cuenta; no tendría tiempo para desayunar. Retiró las mantas de mala gana. El edificio había sido un pequeño almacén de algún tipo, con gruesas paredes y pesadas vigas en el techo bajo, pero no tenía chimenea. Su aliento se condensó, y el aire gélido de la mañana traspasó su ropa interior antes de haber puesto los pies en las toscas planchas de madera del suelo. Aun en el caso de que se hubiese planteado quedarse acostada en ese lugar, tenía órdenes que cumplir. El asqueroso vínculo de Logain hacía imposible la desobediencia, por mucho y muy a menudo que deseara desobedecer.

Siempre intentaba pensar en él como en Ablar, simplemente, o, en el peor de los casos, en maese Ablar, pero siempre era Logain lo que le venía a la mente. El nombre que él había hecho infame. Logain, el falso Dragón que había destrozado los ejércitos de su tierra natal, Ghealdan. Logain, que se había abierto paso a sangre y fuego a través de los contados altaraneses y murandianos con valor suficiente para intentar detenerlo, hasta que llegó a amenazar a la propia Lugard. Logain, al que se había amansado y que, a saber cómo, podía encauzar otra vez, el que se había atrevido a implantar su maldito tejido de *Saidin* en Toveine Gazal. ¡Seguro que lamentaba no haberle ordenado que dejara de pensar! Podía *sentir* al hombre en el fondo de su mente. Siempre estaba allí.

Por un instante, apretó los párpados con fuerza. ¡Luz! La granja de la señora Espigo le había parecido la Fosa de la Perdición, años de exilio y de penitencia, sin salida, excepto lo inconcebible: convertirse en una renegada perseguida. Apenas había pasado media semana desde su captura, pero ahora sabía a qué atenerse. *Esto* sí que era la Fosa de la Perdición. Y no había salida. Furiosa, sacudió la cabeza y se quitó con los dedos los brillantes reguerillos húmedos de las mejillas. ¡No! Escaparía, de algún modo, aunque sólo fuese el tiempo suficiente para poner de verdad sus manos en el cuello de Elaida. De algún modo.

Aparte del catre, sólo había otros tres muebles, pero aun así apenas dejaban espacio libre para moverse. Rompió el hielo del aguamanil que había sobre el lavabo con la hebilla de su cinturón, llenó la palangana blanca descascarillada, y encauzó para calentar el agua hasta que ésta soltó vapor. Estaba *permitido* encauzar para eso. Y para nada más. Como medida de precaución se limpió y aclaró los dientes con sal y soda, y después se puso una muda y medias limpias que guardaba en el pequeño arcón de madera, situado a los pies del catre. El anillo lo dejó en el arcón, metido debajo de todo lo demás, dentro de una bolsita de terciopelo. Otra orden. Todas sus cosas estaban allí, excepto la escribanía portátil. Con suerte, se había perdido cuando la prendieron. Sus vestidos colgaban de una percha, la última pieza de mobiliario de su habitación. Eligiendo uno sin mirar realmente, se lo puso de manera automática y utilizó el peine y el cepillo para arreglarse el cabello.

El movimiento del cepillo de mango de marfil se ralentizó cuando la mujer se vio realmente en el espejo barato e irregular del lavabo. Con la respiración agitada, soltó el cepillo al lado del peine a juego. El vestido que había escogido era de paño grueso y bien tejido, sin adornos, de un color rojo tan oscuro que casi parecía negro. Negro, como la chaqueta de un Asha'man. Su imagen distorsionada le devolvía la mirada, con los labios torcidos en una mueca. Cambiarse sería una especie de rendición. Con aire resuelto, cogió de la percha la capa gris, forrada con piel de marta.

Cuando apartó a un lado la lona de la entrada, alrededor de veinte hermanas ocupaban ya el pasillo central flanqueado con habitaciones de lona. Aquí y allí, unas pocas hablaban en murmullos, pero las demás evitaban los ojos de sus compañeras, aunque perteneciesen al mismo Ajah. El miedo estaba presente, pero era una vergüenza que se reflejaba en la mayoría de las caras. Akoure, una fornida Gris, se miraba fijamente la mano en la que normalmente lucía su anillo. Desandre, una esbelta Amarilla, tenía escondida la mano del anillo en el hueco de la axila del otro brazo.

Las quedas conversaciones cesaron cuando Toveine apareció. Varias mujeres la miraron hostilmente, sin tapujos. ¡Incluidas Jenare y Lemai, de su propio Ajah! Desandre recobró la compostura lo suficiente para volverse de espaldas fríamente. En el espacio de dos días, cincuenta y una Aes Sedai habían caído prisioneras de los monstruos de chaquetas negras, y cincuenta culpaban de ello a Toveine Gazal como si Elaida a'Roihan no hubiese tenido nada que ver con el desastre. De no haber sido por la intervención de Logain, se habrían cobrado venganza en su primera noche allí. No le agradecía que hubiese parado la paliza y que hubiera obligado a Carniele a Curarle los verdugones causados por cinturones y los cardenales dejados por puños y pies. Habría preferido que la mataran a golpes antes que estar en deuda con él.

Se echó la capa sobre los hombros y caminó orgullosamente pasillo adelante hasta salir al pálido sol matinal, tan acorde con su ánimo decaído. A su espalda, alguien gritó unas palabras acres antes de que la puerta las acallara al cerrarse. Se subió la capucha con manos temblorosas y ajustó la piel del forro en torno a la cara. Nadie avasallaba impunemente a Toveine Gazal. Hasta la señora Espigo, que la había reducido a una especie de sumisión con el transcurso de los años, descubrió tal cosa cuando su exilio finalizó. Ya les enseñaría. ¡Les enseñaría a todas!

El dormitorio que compartía con las otras se encontraba a un extremo de un pueblo grande, aunque extraño. Un pueblo de Asha'man. En algún otro lugar, según le habían contado, se estaba marcando el terreno para levantar un conjunto de estructuras que, por lo que se decía, haría parecer pequeña a la Torre Blanca, pero era aquí donde vivía la mayoría de ellos ahora. Cinco barracones grandes y amazacotados, repartidos a lo largo de calles tan anchas como cualquiera de Tar Valon, podían albergar a un centenar de soldados Asha'man. Todavía no estaban ocupados al completo, gracias a la Luz, pero los andamios cubiertos de nieve esperaban la llegada de los obreros en torno a las gruesas paredes de otros dos más, casi acabados para techarlos con paja. También había casi una docena de esos edificios en construcción. Esparcidas alrededor de ellos se alzaban unas doscientas casas, del tipo que podría encontrarse en cualquier pueblo, donde vivían algunos de los hombres casados y las familias de otros que estaban siendo entrenados.

Los varones que podían encauzar no la asustaban. Una vez se había dejado llevar por el pánico, cierto, pero eso no venía al caso. Sin embargo, quinientos hombres capaces de encauzar eran como una astilla de hueso encajada entre sus dientes que no podía sacarse. *¡Quinientos!* Y algunos podían Viajar. Sí, una esquirla de hueso muy afilada. Además, había recorrido a través del bosque los casi dos kilómetros que había hasta el muro. *Eso,* lo que significaba, sí la asustaba.

El muro no estaba acabado en ninguna parte ni tenía más de cuatro metros de altura, y ninguna torre o bastión se encontraba más allá de los

Librodot

inicios de su construcción. En algunos sitios podría haber pasado por encima de los montones de piedra negra, de no ser por la orden de no intentar escapar. No obstante, tenía ya una extensión de trece kilómetros, y creía la afirmación de Logain de que su construcción se había iniciado hacía menos de tres meses. Ese hombre la tenía demasiado agarrada para molestarse en mentir. Según Logain, el muro era una pérdida de tiempo y de esfuerzo, y quizá lo fuese, pero a ella le hacía castañetear los dientes. Sólo tres meses. Hecho mediante el Poder. Con la mitad masculina del Poder. Cuando pensaba en ese muro negro, veía una fuerza implacable a la que no se podía parar, una avalancha de piedra negra que se deslizaba por la pendiente para enterrar a la Torre Blanca. Imposible, por supuesto. Imposible; pero, cuando no soñaba que estrangulaba a Elaida, soñaba con eso.

Había nevado por la noche y una espesa capa blanca cubría todos los tejados, pero no tuvo que andar con cuidado por las anchas calles. Se había limpiado el suelo de tierra apisonada, una tarea que correspondía a los hombres en fase de entrenamiento y que llevaban a cabo antes de salir el sol. ¡Utilizaban el Poder para todo, desde llenar las leñeras hasta limpiar sus ropas! Hombres con chaquetas negras iban presurosos de aquí para allí por las calles, y otros se agrupaban en filas delante de los barracones, con órdenes de pasar lista en voz alta. Mujeres abrigadas para combatir el frío pasaban junto a ellos llevando cubos de agua de la fuente más cercana, aunque cómo era posible que cualquiera de ellas se hubiese quedado después de saber lo que era su esposo escapaba a la comprensión de Toveine. Aun más extraño era el que los niños corriesen de aquí para allí, alrededor de los escuadrones de hombres que podían encauzar, chillando y riendo, haciendo rodar aros, lanzándose pelotas pintadas de colores, jugando con muñecas y perros. Un toque de normalidad que acentuaba el maligno hedor de lo demás.

Al frente, un grupo montado se aproximaba calle arriba, al paso. En el poco tiempo que llevaba allí —el interminable tiempo— no había visto a nadie del pueblo utilizar animales para desplazarse, excepto a los obreros en carretas o carros. Y tampoco a las visitas, cosa que debía de ser aquel grupo —escoltado por cinco hombres de negro—, una docena de soldados con chaquetas rojas y capas de la Guardia Real, con dos mujeres de cabello rubio al frente, una abrigada con una capa roja y blanca, forrada con pieles negras, y la otra... Las cejas de Toveine se enarcaron. La otra llevaba unos pantalones verdes kandoreses y una chaqueta que correspondía al capitán general de la Guardia. ¡Incluso tenía los nudos dorados del rango en los hombros! A lo mejor estaba equivocada respecto a los hombres. Ésa se iba a encontrar en un aprieto cuando se topara con verdaderos soldados de la Guardia Real. En cualquier caso, era una hora muy temprana para visitas.

Cada vez que el peculiar grupo llegaba ante una de las formaciones, el hombre que caminaba delante de ésta gritaba «¡Asha'man, vista al frente!» Y los tacones de las botas golpeaban la tierra apisonada cuando los hombres se ponían firmes como pilares de piedra.

Toveine tiró de la capucha para ocultar mejor la cara y, desviándose a un lado de la amplia calle, se pegó a la esquina de uno de los barracones de piedra más pequeños. Un viejo con barba salió del edificio; en el cuello de la chaqueta lucía el alfiler en forma de espada, y la miró con curiosidad, aunque sin aflojar el paso.

Lo que acababa de hacer le causó una gran impresión, como si le

hubiesen arrojado un cubo de agua fría, y faltó muy poco para que se echase a llorar. Ahora, ninguno de aquellos extraños descubriría un rostro Aes Sedai, si sabía reconocerlo. Y si una de esas mujeres encauzaba, por inverosímil que fuera tal cosa, no pasaría lo bastante cerca para percibir que ella también lo hacía. Mucho preocuparse y enfurecerse rumiando cómo desobedecer a Logain, ¡y luego iba y hacía lo necesario para cumplir sus instrucciones incluso sin pensarlo!

Como un acto de desafío, se paró donde estaba y se volvió hacia las visitas para observarlas. De manera automática, sus manos comprobaron que tenía la capucha bien echada antes de que ella tuviese tiempo de bajarlas bruscamente a los costados. Era lastimoso, ridículo. Conocía, de vista al menos, al Asha'man que guiaba al grupo —un tipo corpulento, de mediana edad, negro cabello engominado, sonrisa untuosa y ojos agoreros—, pero no a los otros. ¿Qué esperaba sacar de esto? ¿Cómo podía confiar un mensaje a cualquiera del grupo? Aun en el caso de que la escolta desapareciera, ¿cómo iba a lograr acercarse lo bastante para pasar un mensaje, cuando tenía prohibido dejar que ningún forastero descubriese la presencia de Aes Sedai allí?

El tipo de ojos agoreros parecía aburrido del servicio que se le había encomendado esa mañana y apenas se molestaba en disimular sus bostezos tras la mano enguantada.

—Cuando terminemos aquí —estaba diciendo mientras pasaban delante de Toveine—, os mostraré la Villa de Artesanos. Bastante más grande que ésta. Tenemos todo tipo de artesanos, desde albañiles y carpinteros hasta forjadores y sastres. Podemos fabricar todo lo que necesitamos, lady Elayne.

—Excepto nabos —comentó una de las mujeres en voz bastante alta, y la otra rió.

Toveine giró bruscamente la cabeza y siguió con la vista a los jinetes que avanzaban calle adelante, acompañados por órdenes voceadas y golpes de tacones de botas. ¿Lady Elayne? ¿Elayne Trakand? La más joven de las dos podía encajar con la descripción que le habían dado. Elaida no había querido revelar por qué deseaba tan desesperadamente atrapar a la Aceptada huida, aunque fuese una que podría convertirse en reina, pero Elaida nunca dejaba que una hermana saliese de la Torre sin antes recibir órdenes sobre lo que debía hacer si encontraba a la chica.

«Ten mucho cuidado, Elayne Trakand —pensó Toveine—. No me gustaría que Elaida tuviese la satisfacción de echarte mano.»

Deseaba pensar en aquello, en si habría algún modo de utilizar la presencia de la chica allí, pero de repente fue consciente de las sensaciones en el fondo de su mente. Una leve satisfacción y una creciente determinación. Logain había terminado de desayunar. No tardaría en salir. Y le había dicho que estuviese allí cuando lo hiciera.

Sus pies echaron a correr antes de que la mujer se diese cuenta, con el resultado de que la falda se le enredó en las piernas y se fue de bruces al suelo. El fuerte golpe la dejó sin resuello y la rabia la invadió, pero se incorporó rápidamente y, sin pararse para sacudir el polvo de su ropa, se remangó la falda y echó a correr otra vez, con la capa ondeando a su espalda. Los gritos estentóreos de los hombres la siguieron calle abajo, y los niños la señalaron, riendo de buena gana, al verla pasar.

De pronto, una manada de perros la rodeó, gruñendo, mordisqueándole los talones. Toveine saltó, giró sobre sí misma y les lanzó patadas, pero los animales siguieron hostigándola. Habría querido chillar de rabia y

Librodot

frustración. Los perros eran siempre una molestia, y no podía encauzar ni una pizca para ahuyentarlos. Un podenco hizo presa de la falda y tiró de la mujer hacia un lado. El pánico se apoderó de ella. Si volvía a caerse, la harían pedazos.

Una mujer con vestido de paño marrón gritó y agitó el pesado cesto que llevaba, amenazando al perro que tiraba de la falda de Toveine, y consiguió que se apartara. El cubo de otra mujer oronda acertó a dar en las costillas a un pinto, que huyó lanzando gañidos. Toveine se quedó boquiabierta, y su falta de atención le costó un trozo de media y algo de piel de la pierna izquierda, que tuvo que retirar bruscamente de otro de los perros. Estaba rodeada de mujeres que espantaban a los animales con lo que quiera que tuviesen en las manos.

—Marchaos, Aes Sedai —le dijo una mujer canosa y flaca mientras atizaba con una vara a un perro con manchas—. Ya no os molestarán. A mí me gustaría tener un gato, pero ahora los gatos no aguantan al esposo. Marchaos.

Toveine no perdió tiempo en darles las gracias a sus salvadoras. Corrió, furiosa por lo ocurrido. Las mujeres lo sabían. Si una estaba enterada, las demás también. Pero no llevarían ningún mensaje, no ayudarían a escapar a nadie, no cuando ellas permanecían allí de buen grado. No si se daban cuenta de para qué era su ayuda. No había que darle más vueltas al asunto.

A corta distancia de la casa de Logain, una de las varias que había en una calle lateral más estrecha, frenó la carrera y soltó la falda remangada. Ocho o nueve hombres con chaqueta negra esperaban fuera, jovenzuelos, vejetes y de edades intermedias, pero todavía no había señales de Logain. Seguía sintiéndolo, enfocado totalmente en algo, concentrado. Quizá leía. Recorrió el último tramo caminando, con aire circunspecto, sereno, Aes Sedai de la cabeza a los pies, sin importar las circunstancias. Casi logró olvidar la frenética huida de los perros.

La casa la sorprendía cada vez que la veía. Otras de la calle eran iguales de grandes, y había dos que eran mayores; una casa corriente de madera, de dos pisos, aunque la puerta, los postigos y los marcos de las ventanas en color rojo le daban un aspecto extraño. Unas cortinas sencillas ocultaban el interior, pero los cristales de las ventanas eran tan malos que dudaba que hubiese podido ver claramente a través de ellos aunque las cortinas estuviesen descorridas. Una casa adecuada para un comerciante no demasiado próspero, pero no la morada para uno de los hombres vivos más renombrados.

Se preguntó de pasada qué habría retrasado a Gabrelle. La otra hermana vinculada a Logain tenía las mismas instrucciones que ella y, hasta ahora, siempre había llegado la primera. Gabrelle estudiaba a los Asha'man con avidez, como si tuviese intención de escribir un libro sobre el tema. A lo mejor lo estaba haciendo; las Marrones escribían sobre cualquier cosa. Apartó de su mente a la otra hermana. Sin embargo, si Gabrelle llegaba tarde, tendría que descubrir cómo se las arreglaba para conseguirlo. De momento, tenía su propio tema de estudio.

Los hombres situados ante la puerta roja la miraron, pero no dijeron nada, ni siquiera hablaron entre ellos. Con todo, no había animosidad. Simplemente esperaban. Ninguno llevaba capa por más que, al respirar, el aliento formaba nubecillas de vapor frente a sus caras. Todos eran Dedicados, con el alfiler de plata en forma de espada prendido en los cuellos de las chaquetas.

Librodot

Igual que todas las mañanas, cuando se «presentaba» allí, aunque no siempre eran los mismos hombres. Conocía a algunos, al menos sus nombres, y a veces algunos dejaban entrever pequeños detalles que le daban información. Evin Vinchova, el muchacho guapo que estaba presente cuando Logain la había capturado, se recostaba en la esquina de la casa y jugueteaba con un trozo de cuerda. Donalo Sandomere, si es que era su verdadero nombre, con su curtido rostro de granjero y su barba cortada en punta y untada con aceites, procuraba adoptar la pose lánguida que a su parecer mostraría un noble. El otro era el tarabonés Androl Genhald, un tipo cuadrado, con las espesas cejas fruncidas en un gesto pensativo y las manos enlazadas a la espalda; llevaba un sello de oro, pero Toveine lo tenía por un aprendiz que se había afeitado el bigote y renunciado al velo. Mezar Kurin, un domani con canas en las sienes, toqueteaba el granate que le adornaba la oreja izquierda; ése sí podría ser un noble de segunda fila. La Aes Sedai estaba recopilando nombres y rostros, archivando en su mente todos los datos que podrían ser útiles para ayudar a identificarlos.

La puerta roja se abrió y los hombres se pusieron firmes, pero no fue Logain quien salió.

Toveine parpadeó sorprendida, y después buscó los verdes ojos de Gabrelle con una mirada fría, sin hacer el menor esfuerzo para ocultar su desagrado. Aquel maldito vínculo con Logain había dejado muy claro en lo que había estado entretenido el hombre la noche anterior —¡Toveine había temido no poder dormirse!—, ¡pero ni por lo más remoto habría imaginado nunca que se trataba de Gabrelle! Algunos de los hombres parecieron tan sorprendidos como ella. Otros intentaron disimular la sonrisa. Kurin esbozó una mueca sin rebozo mientras se atusaba el fino bigote.

La mujer de tez morena ni siquiera tuvo la decencia de sonrojarse; levantó una pizca la nariz respingona y después se ajustó descaradamente el oscuro vestido sobre las caderas, como para proclamar que acababa de ponérselo. Se echó la capa sobre los hombros y ató las cintas mientras se encaminaba hacia Toveine, tan serena como si estuviese en la Torre.

Toveine asió del brazo a la otra mujer y tiró de ella para alejarse un poco de los hombres.

—Puede que estemos cautivas, Gabrelle —susurró secamente—, pero no es razón para rendirse. ¡Especialmente a los despreciables deseos lujuriosos de Ablar! —¡La Marrón ni siquiera parecía avergonzada! Entonces se le ocurrió una idea. Por supuesto—. ¿Te…? ¿Te lo *ordenó?*

Con un gesto que no distaba mucho de una mueca burlona, Gabrelle soltó las palabras de un tirón.

—Toveine, tardé dos días en decidir que debería «rendirme» a sus deseos lujuriosos, como tú lo expresas. Me siento afortunada de que sólo necesitara cuatro para convencerlo de que me lo permitiera. Vosotras, las Rojas, puede que no lo sepáis, pero a los hombres les encanta hablar y contar chismes. Sólo hace falta prestar oídos, o incluso fingir que uno lo hace, y un hombre contará toda su vida. —Su frente se frunció en un gesto pensativo, y la mueca burlona de sus labios desapareció—. Me pregunto si será igual para las mujeres corrientes.

—Si será igual ¿qué? —demandó Toveine. ¿Gabrelle lo estaba *espiando?* ¿O simplemente quería conseguir más material para su libro? ¡Pero eso era absolutamente increíble, hasta en una Marrón!—. ¿De qué demonios hablas?

La expresión pensativa no se borró de la cara de Gabrelle.

—Me he sentido… indefensa. Oh, él ha sido delicado, pero nunca había

Librodot

pensado realmente lo fuertes que son los brazos de un hombre, y mientras tanto yo sin poder encauzar en absoluto. Él tenía... el mando, supongo, aunque no es eso exactamente. Sólo... era el más fuerte, y yo lo sabía. Resultaba... extrañamente excitante.

Toveine se estremeció. ¡Gabrelle debía de estar loca! Iba a decírselo cuando Logain apareció en la puerta, que cerró tras él. Era alto, más alto que cualquier otro hombre de allí, con cabello oscuro que le llegaba a los hombros y enmarcaba un rostro arrogante. El cuello de la chaqueta llevaba tanto el alfiler de espada como esa ridícula serpiente con patas. Le lanzó una sonrisa a Gabrelle mientras los otros se reunían a su alrededor. La muy fresca le devolvió la sonrisa. Toveine volvió a estremecerse. Excitante. ¡Esa mujer sin duda estaba loca!

Como en las mañanas precedentes, los hombres empezaron a presentar informes. La mayoría de las veces, Toveine había sido incapaz de encontrar ni pies ni cabeza a esos reportes, pero escuchó.

—Encontré dos más que parecían interesados en esa nueva clase de Curación que la tal Nynaeve utilizó contigo, Logain —decía Genhald, ceñudo—, pero uno apenas es capaz de realizar la Curación que ya sabemos, y el otro quiere saber más de lo que puedo decirle.

—Lo que puedes decirle es todo lo que sé —contestó Logain—. La señora al'Meara no me contó mucho de lo que hacía, y sólo pude deducir algunas cosas escuchando las conversaciones de las otras hermanas. Vosotros limitaos a plantar la semilla y esperar a ver si da algún fruto. Es lo único que se puede hacer.

Otros hombres asintieron al tiempo que Genhald. Toveine archivó la información. Nynaeve al'Meara. Había oído ese nombre a menudo tras su regreso a la Torre. Otra Aceptada huida, otra a la que Elaida deseaba coger con más interés del normal que podría justificar querer prender a las mujeres que escapaban de la Torre. También era del mismo pueblo que al'Thor. Y asociada de algún modo con Logain. Eso podría conducir a algo, con el tiempo. Pero ¿una «nueva» clase de Curación? ¿Utilizada por una simple Aceptada? Aquello rayaba en lo imposible, pero ella ya había visto hacerse realidad lo imposible en otras ocasiones, de modo que también archivó en su memoria ese detalle. Reparó en que Gabrelle atendía a su vez con atención. Pero que al mismo tiempo no dejaba de observarla a ella por el rabillo del ojo.

—Hay un problema con algunos de esos hombres de Dos Ríos, Logain —dijo Vinchova. Un fuerte sonrojo tiñó sus suaves mejillas—. ¡Hombres, digo, pero esos dos son muchachos, catorce años a lo sumo! No quieren decirlo. —Por su cara barbilampiña, él podría tener uno o dos más—. Fue un crimen traerlos aquí.

Logain sacudió la cabeza; no era fácil afirmar si era con ira o pesar.

—He oído que la Torre Blanca acepta muchachas hasta de doce años. Cuida de los chicos de Dos Ríos. Sin mimarlos, o los demás se volverán contra ellos, pero intenta que no hagan una estupidez. Al lord Dragón puede que no le gustara que murieran demasiados de su comarca.

—Pues no parece preocuparle gran cosa nada, por lo que veo —murmuró un tipo delgado. Tenía un fuerte acento murandiano, aunque su bigote retorcido señalaba claramente su procedencia. Jugueteaba con una moneda de plata, que hacía girar sobre sus nudillos, y parecía tan interesado en eso como en su conversación con Logain—. Me contaron que fue el propio lord Dragón el que dijo al M'Hael que sacara a cualquier cosa

del género masculino de esa región de Dos Ríos que pudiese encauzar, hasta los gallos. Teniendo en cuenta el número que trajo, me sorprende que no cogiera también a los pollitos y los corderillos.

Su broma provocó unas risitas, pero el timbre frío de Logain las cortó de golpe.

—Fuera lo que fuera lo que el lord Dragón ordenó, confío en haber dejado muy claras mis instrucciones.

Esta vez todas las cabezas asintieron, y algunos de los hombres murmuraron «Sí, Logain» y «Como digas, Logain».

Toveine se apresuró a borrar la mueca sarcástica de sus labios. Patanes ignorantes. La Torre aceptaba chicas de menos de quince años sólo si ya habían empezado a encauzar. Sin embargo, lo demás era interesante. Otra vez Dos Ríos. Todo el mundo decía que al'Thor había dado la espalda a su tierra natal, pero ella no lo tenía tan claro. ¿Por qué no dejaba de observarla Gabrelle?

—Anoche —empezó Sandomere al cabo de un momento—, me enteré de que Mishraile está recibiendo clases privadas del M'Hael. —Se atusó la puntiaguda barba como si hubiese sacado de la manga una gema de gran valor.

A lo mejor lo había hecho, pero Toveine no supo discernir de qué clase. Logain asintió lentamente con la cabeza, y los otros intercambiaron miradas en silencio; sus rostros parecían tallados en piedra. Siguió observando, hirviendo de frustración. Demasiado a menudo ocurría igual; cosas sobre las cuales los hombres no veían razón para hacer más comentarios —¿o temían hacerlos?—, y ella se quedaba sin entender nada. Siempre tenía la sensación de que eran datos muy valiosos, pero fuera de su alcance.

Un tipo fornido, cairhienino, que apenas le llegaba a Logain al pecho, abrió la boca; pero, si tenía intención de hablar de Mishraile, fuese éste quien fuese, Toveine nunca lo supo.

—¡Logain!

Welyn Kajima venía a todo correr por la calle, de manera que las campanillas sujetas en las puntas de sus negras trenzas tintineaban. Era otro Dedicado, un hombre de mediana edad que sonreía en exceso y que también se encontraba presente cuando Logain la había capturado. Kajima había vinculado a Jenare. Estaba casi sin resuello cuando se abrió paso a empujones entre los otros hombres, y ahora no sonreía.

—Logain —jadeó—, el M'Hael ha regresado de Cairhien, y ha anotado nuevos desertores en el tablón de palacio. ¡No creerás los nombres! —Soltó la lista rápidamente, falto de aliento, en medio de exclamaciones de los otros, que impidieron que Toveine escuchara poco más que fragmentos.

—Ya habían desertado Dedicados con anterioridad —murmuró el cairhienino cuando Kajima terminó—, pero *jamás* un Asha'man. Y ahora ¿siete a la vez?

—Si no me crees... —empezó Kajima, que se puso encrespado. Había sido amanuense en Arafel.

—Te creemos —intervino, apaciguador Genhald—. Pero Gedwyn y Torvil son los hombres del M'Hael. Rochaid y Kisman también. ¿Por qué iban a desertar? Les daba todo lo que podría desear incluso un rey.

Kajima sacudió la cabeza con irritación, haciendo tintinear las campanillas.

—Sabéis que en la lista nunca se explican las razones. Sólo se dan nombres.

Librodot

—Pues adiós en buena hora —rezongó Kurin—. Al menos, sería así si no tuviésemos que darles caza ahora.

—Es lo de los otros lo que no consigo entender —intervino Sandomere—. Estuve en los pozos de Dumai, y vi al lord Dragón escoger después. Dashiva tenía la cabeza en las nubes, como siempre. Pero ¿Flinn, Hopwil y Narishma? Jamás encontraríais hombres más complacidos por esa elección. Eran como corderos sueltos en el cobertizo de cebada.

—Bien, yo no estuve en los pozos, pero sí en el sur, contra los seanchan —espetó un tipo fornido, con cabello canoso, que tenía acento andoreño—. Quizás a los corderos no les gustó el patio del matarife tanto como el cobertizo de cebada.

Logain había estado escuchando sin tomar parte en la conversación, cruzado de brazos. Su semblante era tan indescifrable como una máscara.

—¿Te preocupa el patio del matarife, Canler? —inquirió ahora.

El andoreño torció el gesto y después se encogió de hombros.

—Comprendo que todos iremos allí antes o después, Logain. No veo que tengamos muchas opciones, pero no tengo por qué ir sonriente.

—No, siempre y cuando estés allí el día señalado —respondió en tono quedo Logain.

Aunque sus palabras iban dirigidas al tipo llamado Canler, varios de los otros asintieron. Su mirada pasó por encima de los hombres y se fijó en Toveine y Gabrelle. Toveine intentó aparentar que no había estado escuchando y procurando recordar los nombres que había oído.

—Entrad y resguardaos del frío —les dijo—. Tomad té para entrar en calor. Me reuniré con vosotras tan pronto como pueda. Y no tocad mis papeles.

Tras reunir a los otros hombres con un gesto, los condujo en la dirección por la que había llegado Kajima.

Toveine apretó los dientes con frustración. Por lo menos no tendría que seguirlo a los campos de instrucción, pasando por el así llamado Árbol de los Traidores, en cuyas ramas peladas colgaban cabezas como frutas malsanas, y contemplar a los varones practicando cómo destruir con el Poder, pero había confiado en disponer del día libre para deambular por ahí y ver qué podía descubrir. Ya había oído hablar anteriormente a los hombres sobre el «palacio» de Taim, y hoy había esperado encontrarlo y, quizá, alcanzar a ver al hombre cuyo nombre era tan aciago como el de Logain. En cambio, siguió dócilmente a la otra mujer a través de la puerta roja. No tenía sentido resistirse.

Dentro, recorrió con la mirada la pieza principal mientras Gabrelle colgaba la capa en una percha. A despecho del aspecto exterior, había esperado algo más espléndido para Logain. Un fuego bajo ardía en el hogar de una tosca chimenea. Sobre las baldosas desnudas había una mesa larga y estrecha y unas sillas con el respaldo de travesaños. Un escritorio, realizado sólo con un poco más de esmero que el resto del mobiliario, le llamó la atención. Cajas de correspondencia tapadas y carpetas de piel llenas de hojas de papel cubrían el tablero. Se moría de ganas por echar un vistazo, pero sabía que aunque se sentase al escritorio no podría poner ni un dedo sobre uno solo de aquellos papeles.

Con un suspiro, siguió a Gabrelle hasta la cocina, donde una estufa de hierro irradiaba demasiado calor y los platos sucios del desayuno se apilaban sobre una repisa, debajo de la ventana. Gabrelle llenó de agua un recipiente y lo puso a hervir en la estufa; después cogió una tetera vidriada

Librodot

en color verde y un bote de madera de otro armario. Toveine dejó la capa en una silla y se sentó junto a la mesa cuadrada. No quería té a menos que lo acompañara el desayuno que se había perdido, pero sabía que iba a tomárselo.

La estúpida Marrón se puso a parlotear mientras realizaba las tareas domésticas como la esposa satisfecha de cualquier granjero.

—Me he enterado de un montón de cosas. Logain es el único varón con el rango de Asha'man que vive en este pueblo. Todos los demás viven en el «palacio» de Taim. Tienen sirvientes, pero Logain ha contratado a la esposa de un hombre que está entrenándose, para que cocine y haga la limpieza. No tardará en llegar, y siente devoción por él, así que mejor será que hablemos sobre cualquier cosa importante antes de que aparezca. Logain encontró tu escribanía.

Toveine sintió como si una mano helada le apretase la garganta. Intentó ocultarlo, pero Gabrelle la observaba atentamente.

—La quemó, Toveine. Después de leer el contenido. Cree que nos ha hecho un favor.

La mano aflojó su presa y Toveine pudo respirar de nuevo.

—La orden de Elaida se encontraba entre esos papeles —repuso; se aclaró la garganta para librarse de la repentina ronquera. Dicha orden disponía que se amansara a todos los varones que encontraran allí y se los ahorcara acto seguido, sin el juicio en Tar Valon que estipulaba la ley de la Torre—. Imponía condiciones rigurosas, y estos hombres habrían reaccionado con violencia si se hubiesen enterado. —A despecho del calor que soltaba la estufa se estremeció. Por ese único papel todas habrían acabado neutralizadas y colgadas—. ¿Por qué nos hace favores?

—No sé por qué, Toveine. No es un villano. No más que la mayoría de los hombres. Podría deberse a algo tan sencillo como eso. —Gabrelle dejó un plato con panecillos y otro con queso blanco sobre la mesa—. O quizás es porque este vínculo se asemeja al de un Guardián en más aspectos de lo que imaginamos. Tal vez no deseaba presenciar cómo nos ejecutaban a las dos.

A pesar de que su estómago no dejaba de hacer ruidos, la Roja cogió uno de los panecillos como si sólo le apeteciera picotear un poco.

—Sospecho que «rigurosas» es un modo comedido de calificar esas instrucciones —siguió Gabrelle mientras echaba cucharadas de té en la tetera—. He visto tu reacción cuando te lo he dicho. Por supuesto, se han metido en un buen problema para traernos aquí. Cincuenta y una hermanas en su terreno… E incluso con el vínculo deben de temer que encontremos un modo de sortear sus órdenes, algún cabo suelto que se les haya pasado por alto. La respuesta obvia es que nuestra muerte desataría las iras de la Torre. Teniéndonos vivas y prisioneras, hasta Elaida actuará con comedimiento. —Se echó a reír con jocosidad—. ¡Oh, Toveine, tendrías que verte la cara! ¿Acaso pensabas que he pasado todo el tiempo fantaseando con enredar mis dedos en el cabello de Logain?

La Roja cerró la boca y soltó el panecillo que no había probado. De todos modos estaba frío y se había puesto duro. Siempre era un error dar por sentado que las Marrones vivían al margen de la realidad del mundo, absortas en sus libros y estudios, excluyendo todo lo demás.

—¿Qué más has visto? —preguntó.

Todavía sujetando la cuchara, Gabrelle se sentó al otro lado de la mesa y se echó hacia adelante con un aire de intensa atención.

—Su muro puede que sea fuerte cuando se haya acabado, pero este

lugar está lleno de fisuras. Está la facción de Mazrim Taim y la de Logain, aunque no estoy segura de que ellos se vean unos a otros como tal. Tal vez existan otras facciones. Cincuenta y una hermanas deberían ser capaces de sacar provecho de eso, a pesar del vínculo. La segunda cuestión es, ¿aprovecharlo para qué?

—¿La segunda cuestión? —demandó Toveine, pero la otra mujer guardó silencio—. Si conseguimos ensanchar esas fisuras —continuó la Roja—, dispersaremos diez o cincuenta o cien grupos por el mundo, cada cual más peligroso que cualquier ejército conocido. Atraparlos a todos podría tardar toda una vida, además de hacer pedazos el mundo, como un nuevo Desmembramiento, y eso con el Tarmon Gai'don en puertas. Es decir, si es que ese tipo, al'Thor, es el Dragón Renacido. —Gabrelle abrió la boca, pero Toveine desestimó lo que fuese a decir con un gesto de la mano. Seguramente que el chico lo era realmente, pero eso no tenía importancia en aquel momento—. Sin embargo, si no lo hacemos... Aun sofocando la rebelión e incorporando a esas hermanas a la Torre, convocando a todas las hermanas retiradas, no sé si todas juntas seríamos capaces de destruir este sitio. Sospecho que la mitad de la Torre moriría en el intento, en cualquier caso. ¿Cuál es la primera cuestión?

Gabrelle se recostó en la silla; su cara denotaba un repentino cansancio.

—Sí, no es una decisión fácil. Y siguen trayendo más hombres cada día. Quince o veinte desde que llegamos aquí, creo.

—¡Déjate de jueguecitos conmigo, Gabrelle! ¿Cuál es la primera cuestión?

La mirada de la Marrón se volvió penetrante mientras la observaba durante unos largos segundos.

—A no tardar, la conmoción se pasará —dijo finalmente—. ¿Qué pasará entonces? La autoridad que te otorgó Elaida se ha acabado; la expedición se ha acabado. La primera cuestión es: ¿somos cincuenta y una hermanas unidas o volvemos a ser Marrones, Rojas, Amarillas, Verdes y Grises? Y la pobre Ayako, que debe de estar lamentando que las Blancas insistiesen en que se incluyese a una de ellas en la expedición. Lemai y Desandre son las que se encuentran en una posición más alta entre nosotras. —Gabrelle agitó la cuchara en un gesto de advertencia—. La única posibilidad que tenemos de mantenernos unidas es si tú y yo nos sometemos públicamente a la autoridad de Desandre. ¡Tenemos que hacerlo! En cualquier caso, será el comienzo para lograrlo. Espero. Aunque sólo se nos unan unas cuantas en un primer momento, será un principio.

Toveine respiró profundamente y fingió tener la mirada perdida en la nada, como si meditara. Someterse a una hermana que se encontraba por encima de ella no era un problema en sí mismo. Los Ajahs siempre habían guardado secretos y a veces hasta habían maquinado un poco unos contra otros, pero la declarada disensión por la que pasaba ahora la Torre la consternaba. Además, había aprendido como mostrarse sumisa con la señora Espigo. Se preguntó qué le habría parecido a esa mujer encontrarse de repente pobre y tener que trabajar en una granja para una ama más exigente y estricta que ella misma.

—Sí, me siento capaz de hacerlo —dijo al cabo—. Deberíamos tener un plan de acción que presentar a Desandre y Lemai, si queremos convencerlas. —De hecho, ya tenía uno desarrollado en parte, aunque no para presentárselo a nadie—. Oh, el agua está hirviendo, Gabrelle.

Librodot

Repentinamente sonriente, la estúpida mujer se levantó y se acercó a la estufa. Pensándolo bien, a las Marrones se les daba mejor leer libros que leer el pensamiento a la gente. Antes de que Logain, Taim y el resto fueran destruidos, ayudarían a Toveine Gazal a derrocar a Elaida.

La gran urbe de Cairhien era una mole dentro de enormes murallas, apiñada a orillas del río Alguenya. El cielo estaba despejado, pero un viento frío soplaba y el sol relucía sobre los tejados cubiertos de nieve y arrancaba destellos en los carámbanos, que no daban señales de derretirse. El Alguenya no se había congelado, pero pequeños témpanos flotaban en la superficie, arrastrados por la corriente desde zonas más altas, y de vez en cuando chocaban contra las quillas de los barcos que esperaban turno para atracar en los muelles. El trasiego comercial había decrecido por el invierno y las guerras y el Dragón Renacido, pero nunca se paralizaba por completo, no hasta que las propias naciones perecían. A despecho del frío, carretas, carros y gente se desplazaban por las calles que atravesaban las colinas de la urbe, escalonadas en terrazas. La Ciudad, como la llamaban allí.

Delante del Palacio del Sol y sus torres cuadradas se apiñaba una multitud en torno a la larga rampa de entrada —mercaderes vestidos con ropas de excelente paño y nobles ataviados con terciopelos junto a braceros de caras sucias y refugiados aún más mugrientos— y observaba con atención. A nadie le importaba a quién tenía a su lado, e incluso los cortabolsas se habían olvidado de realizar su oficio. Algunos hombres y mujeres se marchaban enseguida —a menudo sacudiendo la cabeza—, pero otros ocupaban su sitio de inmediato, y en ocasiones encaramaban a un niño en los hombros para que viese mejor el ala destrozada del palacio, donde los obreros limpiaban los escombros del tercer piso. Por todos los demás lugares de Cairhien, el aire resonaba con los martillazos de los artesanos, el chirrido de los ejes, los gritos de los tenderos, las protestas de los compradores, los murmullos de los mercaderes, pero la multitud reunida delante del Palacio del Sol guardaba silencio.

A un kilómetro y medio del palacio, Rand se encontraba junto a una ventana de la que hasta hacía poco se llamaba Escuela de Cairhien y que ahora se conocía por el más ostentoso nombre de Academia de Cairhien, y escudriñaba a través de los helados cristales el patio del establo, allá abajo. Había habido escuelas llamadas Academias en tiempos de Artur Hawkwing y antes, unos centros de enseñanza repletos de estudiosos llegados de todos los rincones del mundo conocido. La presunción de denominar así a ese centro no tenía importancia; podrían haberlo llamado El Granero siempre y cuando hicieran lo que él quería. Asuntos más peliagudos ocupaban su mente. ¿Había cometido un error al regresar tan pronto a Cairhien? Pero se había visto obligado a huir con demasiada precipitación, de modo que su huida se conocería en los lugares adecuados. Y había sido demasiado rápida para prepararlo todo. Había preguntas que tenía que hacer, y tareas que no podían aplazarse. Además, Min quería más libros de maese Fel. La oía murmurar entre dientes mientras rebuscaba en las estanterías donde se habían guardado tras la muerte de Fel. Con el constante acopio de libros que todavía no poseía, la biblioteca de la Academia empezaba a desbordar las estancias disponibles del otrora palacio de lord Barthanes. Alanna estaba presente en el fondo de su mente, aparentemente enfurruñada; sabría que se encontraba en la Ciudad. A tan corta distancia, la mujer habría podido ir directamente hacia él, pero lo sabría si la Verde lo intentaba. Por fortuna,

Lews Therin guardaba silencio de momento. Últimamente ese hombre parecía más demente que nunca.

Frotó con la manga un trozo del cristal para quitar el hielo. La prenda era de paño gris oscuro, suficientemente buena para un hombre con un poco de dinero y cierta pretensión, pero no la clase de ropa con la que cualquiera esperaría ver al Dragón Renacido. La dorada melena de la cabeza de dragón, impresa en el dorso de su mano, resplandecía con un brillo metálico; allí no representaba un peligro. Rozó con la puntera de la bota la bolsa de cuero que había al pie de la ventana cuando se inclinó hacia adelante para mirar fuera.

Las piedras del pavimento del patio del establo se habían limpiado de nieve, y en el centro había una carreta grande, rodeada de cubos, como hongos crecidos en un claro del bosque. Media docena de hombres, abrigados con chaquetas gruesas, bufandas y gorros, parecía trabajar con la extraña carga de la carreta, unos artilugios mecánicos apiñados en torno a un grueso cilindro metálico que ocupaba más de la mitad de la caja del vehículo. Aún más extraño era que faltaban las varas de la carreta. Uno de los hombres cogía leña partida desde una carretilla y la metía por un lateral de una caja metálica, adosada a la parte inferior del gran cilindro. La trampilla abierta de la caja reflejaba el brillo rojizo del fuego que ardía dentro, y el humo salía por una chimenea alta y estrecha. Un tipo barbudo, y sin gorro que le protegiera la calva cabeza, se movía de un lado al otro de la carreta, gesticulando y aparentemente gritando órdenes, con las que al parecer no conseguía que los otros trabajaran más deprisa. El aliento de sus respiraciones formaba tenues nubecillas de vapor. Dentro del edificio la temperatura era templada; la Academia contaba con grandes hornos en los sótanos y un extenso sistema de conductos de ventilación. Rand notaba calientes las heridas del costado, aquellas que nunca acababan de curarse.

No conseguía entender las maldiciones de Min —porque no le cabía duda de que eran maldiciones— pero su tono bastaba para saber que todavía no se marcharían a no ser que la sacara a rastras de allí. Sin embargo, aún podía preguntar sobre un asunto o dos.

—¿Qué comenta la gente? Me refiero a lo del palacio.

—Lo que era de esperar —respondió lord Dobraine a su espalda con impasible paciencia, igual que había contestado a todas las demás preguntas. Aun en los casos en los que admitía falta de información, su tono era siempre el mismo—. Algunos dicen que los Renegados os atacaron, o que lo hicieron Aes Sedai. Los que creen que jurasteis lealtad a la Sede Amyrlin se decantan por el ataque de los Renegados. En cualquier caso, existe un gran debate sobre si estáis muerto o si os han raptado o si habéis huido. La mayoría cree que seguís vivo, estéis donde estéis, o eso afirma. Algunos, bastantes me temo, piensan que... —Calló sin acabar la frase.

—Que me he vuelto loco —terminó Rand por él, en el mismo tono impasible. No era un asunto por el que preocuparse ni encolerizarse—. Que yo mismo he destruido parte del palacio, ¿verdad? —No se referiría a los muertos. Habían sido menos que en otras ocasiones, en otros lugares, pero suficientes, y los nombres de algunos de ellos aparecían cada vez que cerraba los ojos. Uno de los hombres que estaban en el patio se bajó de la carreta, pero el tipo calvo lo agarró del brazo y lo obligó a subirse otra vez para que le enseñara qué había hecho. Un hombre del otro lado saltó al pavimento sin cuidado y resbaló, y el tipo que no llevaba gorro dejó al primero para rodear la carreta y obligar al otro a que volviera a subirse con

él. ¿Qué demonios estarían haciendo? Rand giró levemente la cabeza para mirar hacia atrás—. No van muy desencaminados.

Dobraine Taborwin, un hombre de estatura baja, con la parte delantera de la cabeza afeitada y empolvada, y el resto del cabello canoso en su mayoría, le sostuvo la mirada con sus impávidos ojos oscuros. No era un hombre apuesto, pero poseía una calma inalterable y gran firmeza. Bandas azules y blancas surcaban la pechera de su chaqueta de terciopelo oscuro hasta casi las rodillas. Su sello era un rubí tallado, y lucía otro en el cuello de la chaqueta, no mucho más grande que el del anillo pero aun así aparatoso para un cairhienino. Era Cabeza Insigne de su casa, con más batallas a sus espaldas que la mayoría, y no había muchas cosas que lo asustaran. Lo había demostrado en los pozos de Dumai.

Claro que la mujer corpulenta y canosa que esperaba pacientemente su turno junto al noble se mostraba igual de serena y sin temor. En marcado contraste con la elegancia de Dobraine, el sobrio atuendo de Idrien Tarsin era de lana marrón, lo bastante sencillo para una tendera, y sin embargo la mujer poseía una gran autoridad y dignidad. Idrien era la rectora de la Academia, un título que se había otorgado a sí misma al ver que la mayoría de los estudiosos y mecánicos se autodenominaban «maestro de esto» o «maestra de aquello». Dirigía la escuela con mano dura y creía en las cosas prácticas, como nuevos métodos de recubrir calzadas o de hacer tinturas o mejoras para fundiciones y molinos.

También creía en el Dragón Renacido, una idea que podía ser práctica o no, pero sí era pragmática, y a Rand le bastaba con eso.

Se volvió hacia la ventana y de nuevo limpió un trozo del cristal. A lo mejor esa máquina servía para calentar agua; algunos de aquellos cubos parecían tener todavía algo de agua dentro, y en Shienar utilizaban grandes calderas para calentar agua para los baños. Pero ¿por qué en una carreta?

—¿Se ha marchado alguien de repente desde que me fui? ¿O ha venido de forma inesperada?

No esperaba que nadie hubiese hecho tal cosa; nadie de importancia para él. Entre las palomas de los mercaderes y los informadores de la Torre Blanca —y Mazrim Taim; no debía olvidar a Taim; Lews Therin gruñó ante ese nombre—, con todas esas palomas y espías y lenguas locuaces, dentro de unos pocos días más el mundo entero sabría que había desaparecido de Cairhien. Todo el mundo que importaba en ese momento. Cairhien ya no era el campo donde se libraría la batalla. La respuesta de Dobraine lo sorprendió.

—Nadie, excepto... Ailil Riatin y una alta oficial de los Marinos han desaparecido desde el... ataque. —Una mínima pausa, pero una pausa. Quizá tampoco estaba seguro de lo que había pasado. Aún así, cumpliría su palabra. Eso también lo había demostrado en los pozos de Dumai—. No se encontraron los cadáveres, pero podrían haberlas asesinado. La Señora de las Olas de los Marinos se niega a aceptar tal posibilidad, sin embargo. Está armando un revuelo exigiendo que aparezca su oficial. En realidad, Ailil puede haber huido al campo. O tal vez haya ido a unirse a su hermano, a pesar de su promesa de lealtad a vos. Vuestros tres Asha'man, Flinn, Narishma y Hopwil, siguen en el Palacio del Sol. Ponen nerviosa a la gente. Ahora más que antes.

La rectora hizo un ruido con la garganta, y se oyeron sus zapatos moviéndose sobre las tablas del suelo cuando la mujer rebulló. A ella, desde luego, la ponían nerviosa.

Librodot

Rand desestimó a los Asha'man. A menos que se encontrasen mucho más cerca de lo que estaba el palacio, ninguno era lo bastante fuerte para haberle sentido abrir un acceso en la Academia. Esos tres no habían tomado parte en el ataque contra él, pero un planificador listo podría haber considerado la posibilidad del fracaso. Planear cómo mantener a alguien cerca de él si sobrevivía.

«Tú no sobrevivirás —susurró Lews Therin—. Ninguno de nosotros sobrevivirá.»

«Vuelve a dormirte», pensó Rand, irritado. Sabía que no iba a sobrevivir. Pero lo deseaba. Una risa despectiva le respondió dentro de su cabeza, si bien el sonido se fue apagando y desapareció. Ahora el hombre calvo dejaba que los otros se bajaran de la carreta, y se frotaba las manos con aire complacido. ¡El tipo parecía estar haciendo un discurso, nada menos!

—Ailil y Shalon están vivas, y no huyeron —dijo Rand en voz alta. Las había dejado atadas y amordazadas, metidas debajo de una cama, donde las encontrarían los sirvientes en cuestión de horas, aunque el escudo que había tejido en torno a la Detectora de Vientos de los Marinos se habría disipado para entonces. Las dos mujeres habrían podido liberarse ellas mismas en tal caso—. Acudid a Cadsuane. Las tendrá en el palacio de lady Arilyn.

—Cadsuane Sedai entra y sale del Palacio del Sol como si le perteneciese —comentó diplomáticamente Dobraine—, pero ¿cómo podría haberlas sacado sin ser vistas? ¿Y por qué? Ailil es hermana de Toram, pero la reclamación de éste al Trono del Sol se ha convertido en polvo a estas alturas, si es que alguna vez fue algo más. Ahora Ailil ni siquiera es importante como contraria. En cuanto a retener a una Atha'an Miere de alto rango... ¿Con qué propósito?

—¿Y por qué tiene a lady Caraline y al Gran Señor Darlin como «invitados», Dobraine? —repuso Rand, procurando dar a su voz un tono despreocupado—. ¿Por qué hacen las Aes Sedai esto o aquello? Las encontraréis donde he dicho. Si es que Cadsuane os deja pasar para verlo.

Ésta no era una pregunta sin importancia. Lo que pasaba es que él no tenía la respuesta. Por supuesto, Caraline Damodred y Ailil Riatin representaban a las dos últimas casas que habían ocupado el Trono del Sol. Y Darlin Sisnera dirigía a los nobles de Tear que lo querían fuera de su preciosa Ciudadela, fuera de Tear.

Rand frunció el entrecejo. Había tenido la certeza de que Cadsuane estaba centrada en él a pesar de fingir lo contrario, pero ¿y si no fingía? Qué alivio, en tal caso. Pues claro que era un alivio. Sólo le faltaba una Aes Sedai que pensaba que podía meterse en sus asuntos. Sí, sólo le faltaba eso. A lo mejor Cadsuane se dedicaba ahora a entremeterse en los asuntos de otros. Min había visto a Sisnera llevando una corona extraña; había pensado mucho sobre esa visión de Min. No quería pensar en otras cosas que también había visto, concernientes a la hermana Verde y a él. ¿Sería simplemente que Cadsuane pensaba que podía decidir quién gobernaría tanto Tear como Cairhien?

¿Simplemente? Casi se echó a reír. Sin embargo, así era como actuaban las Aes Sedai. ¿Y Shalon, la Detectora de Vientos? Tenerla en su poder podría proporcionar a Cadsuane influencia sobre Harine, la Señora de las Olas, pero sospechaba que la Verde se la había llevado junto con Ailil para intentar ocultar quién tenía a la noble. Habría que sacar a Cadsuane de su error. Ya se había decidido quién gobernaría Tear y Cairhien. Se lo dejaría

Librodot

muy claro. Pero más adelante. Ese asunto se encontraba muy abajo en su lista de prioridades.

—Antes de marcharme, Dobraine, tengo que daros... —Las palabras se le quedaron paralizadas en la lengua.

En el patio, el hombre calvo había tirado de una manivela en la carreta, y uno de los extremos de un largo astil horizontal se levantó de golpe; después bajó, empujando otro astil mas pequeño a través de un agujero abierto en la base de la carreta. Y, vibrando hasta dar la impresión de que las sacudidas la harían pedazos, y echando humo por la chimenea, la carreta se movió hacia adelante mientras el astil subía y bajaba, lentamente al principio y después más deprisa. ¡Se movía, sin caballos!

No se dio cuenta de que había hablado en voz alta hasta que la rectora le respondió.

—¡Oh, eso! Es la carreta de vapor de Mervin Poel, como él la llama, milord Dragón. —Su voz, de timbre alto y sorprendentemente joven, estaba cargada de desaprobación—. Afirma que puede tirar de cien carretas con ese artilugio, aunque lo dudo, a menos que consiga hacer que se mueva más de cincuenta pasos sin que se le rompan piezas y se congele. Que yo sepa, ésa es la mayor distancia que ha recorrido.

En realidad, la... ¿carreta de vapor? se detuvo con una sacudida a menos de veinte pasos del punto de donde había partido. Fue una buena sacudida; y seguía estremeciéndose, más y más violentamente a cada segundo. La mayoría de los hombres se agolparon de nuevo a su alrededor, uno de ellos giraba frenéticamente algo, con la mano envuelta en un trapo. De repente, el vapor salió disparado por un tubo, y el cacharro empezó a estremecerse con mas lentitud hasta que se paró del todo.

Rand sacudió la cabeza. Recordaba a ese tipo, Mervin, con un artilugio que temblaba sobre el tablero de una mesa y no hacía nada. ¿Y esa maravilla había salido de aquello? Entonces había pensado que el aparato era para hacer música. El que ahora daba brincos y sacudía los puños a los otros debía de ser Mervin. ¿Qué otras cosas extrañas, qué maravillas, estaba construyendo la gente allí, en la Academia?

Cuando lo preguntó, todavía con la vista prendida en los trabajos con la carreta que seguían realizándose en el patio, Idrien aspiró aire por la nariz de forma sonora, despectiva. Sólo su respeto por el Dragón Renacido contuvo el tono cortante de su voz cuando empezó a hablar, que rápidamente dejó paso al desagrado.

—Como si no fuese bastante con tener que acoger a filósofos, historiadores, aritméticos y similares. Pero dijisteis que admitiese a cualquiera que desease construir algo nuevo y que los dejara quedarse si hacían progresos. Supongo que lo que esperabais eran armas, pero ahora tengo docenas de soñadores y gandules, todos con un libro antiguo o un manuscrito o más, los cuales, del primero al último, datan del Pacto de las diez naciones, ojo, si no de la propia Era de Leyenda, o eso dicen ellos, y todos intentan encontrar sentido a dibujos y bocetos y descripciones de cosas que jamás han visto y que quizá nadie vio nunca. He visto viejos manuscritos que hablan de gente con los ojos en la tripa, y de animales de tres metros de altura, con colmillos más largos que un hombre, y de ciudades donde...

—Pero ¿qué es lo que hacen, rectora Tarsin? —preguntó Rand. Los hombres del patio se movían con aire resuelto, no como si se enfrentaran a un fracaso. Y esa cosa se había movido.

Librodot

En esta ocasión, la mujer resopló más fuerte aún.

—Estupideces, milord Dragón, eso es lo que hacen. Kin Tovere construyó un enorme visor de lentes, con el que podéis ver la luna tan clara como vuestra propia mano, así como lo que él afirma que son otros mundos, pero ¿para qué sirve eso? Y ahora quiere construir otro mayor aún. Maryl Harke construye inmensas cometas a las que llama planeadores, y cuando entre la primavera se volverá a lanzar desde las colinas. Le pone a uno el corazón en un puño verla deslizarse colina abajo en esas cosas; se romperá algo más que un brazo la próxima vez que uno de esos trastos se pliegue sobre ella, eso lo garantizo. Jander Parentakis cree que puede mover barcos fluviales con ruedas de molinos de agua, o algo parecido, pero cuando metió en el barco a los hombres suficientes para dar vueltas a las manivelas, no quedaba espacio para llevar carga, y cualquier velero podía dejarlo atrás. Ryn Anhara atrapa rayos en enormes tarros, aunque dudo que incluso él mismo sepa por qué. Y Niko Tokama está igual de tonta con su…

Rand se volvió tan deprisa que la mujer dio un paso atrás, e incluso Dobraine desplazó los pies, un movimiento de espadachín. No, no estaban seguros de él en absoluto.

—¿Que atrapa rayos? —preguntó en voz queda.

La comprensión se reflejó en el franco rostro de la mujer, que agitó las manos.

—¡No, no! No… de ese modo. —No como vos, era lo que había estado a punto de decir—. Es una cosa con cables y ruedas y grandes jarros de arcilla y la Luz sabe qué más. Él lo llama acumulador de chispas, y una vez vi a una rata caer en uno de los jarros, sobre las varillas metálicas que salen por la boca. Ciertamente parecía que la hubiese alcanzado un rayo. —Un tono esperanzado asomó a su voz—. Puedo ordenarle que lo deje, si queréis.

Rand intentó imaginar a alguien montado en una cometa, pero la idea era absurda. Atrapar rayos en jarros estaba más allá de su capacidad imaginativa. Y, sin embargo…

—Dejadlos que sigan como hasta ahora, rectora. ¿Quién sabe? A lo mejor uno de esos inventos resulta ser importante. Si alguno funciona como su creador afirma, dadle una recompensa.

El curtido y arrugado rostro de Dobraine traslucía duda, aunque casi consiguió disimularlo. Idrien inclinó la cabeza en un gesto de hosco asentimiento, e incluso hizo una reverencia, pero saltaba a la vista que pensaba que le pedía que dejase que los cerdos volaran si podían hacerlo.

Rand no estaba seguro de no coincidir con ella. Claro que, a lo mejor, a uno de los cerdos le crecían alas. La carreta realmente se había movido. Ansiaba muchísimo dejar algo al mundo, algo que lo ayudase a superar el nuevo Desmembramiento que las Profecías anunciaban que él traería. El problema era que no tenía ni idea de qué podría ser, aparte de los propios estudiosos. ¿Quién sabía qué maravillas serían capaces de crear? Luz, deseaba construir algo que perdurase, lo que fuera.

«Yo pensé que podía construir algo —murmuró Lews Therin dentro de su cabeza—. Me equivoqué. No somos constructores, ni tú ni yo ni el otro. Somos destructores. Destructores.»

Rand se estremeció y se pasó las manos por el pelo. ¿El otro? A veces la voz sonaba más cuerda cuanto mayor era su demencia. Dobraine y la señora Tarsin lo estaban observando; el noble casi conseguía ocultar la incertidumbre, pero la rectora no se esforzaba lo más mínimo en disimularla. Actuando como si no pasara nada, Rand sacó dos delgados envoltorios de

Librodot

papel de su chaqueta. Ambos tenían estampado el dragón en sendos lacres de cera roja. La hebilla del cinturón que ahora no llevaba puesto resultaba un imponente sello.

—El primero os nombra mi administrador en Cairhien —explicó mientras le entregaba los envoltorios a Dobraine. Un tercero seguía guardado contra su pecho, para Gregorin den Lushenos, designándolo administrador en Illian—. Así no habrá problemas de que alguien cuestione vuestra autoridad durante mi ausencia. —Dobraine podía solucionar ese tipo de problema con sus mesnaderos, pero mejor era asegurarse para que nadie adujese desconocimiento o duda. Seguramente no habría ningún problema que solucionar si todos sabían que el Dragón Renacido caería sobre los transgresores—. Hay órdenes sobre cosas que quiero que se hagan; pero, aparte de ésas, podéis actuar como juzguéis oportuno. Cuando lady Elayne presente su reclamación al Trono del León, dadle completo apoyo.

Elayne. Oh, Luz, Elayne y Aviendha. Al menos estaban a salvo. La voz de Min sonaba más alegre ahora; debía de haber encontrado los libros de maese Fel. Iba a permitir que lo siguiera y hallara la muerte porque no era lo bastante fuerte para impedírselo. «Ilyena —gimió Lews Therin—. ¡Perdóname, Ilyena!» Cuando Rand volvió a hablar, su voz sonó fría como el corazón del invierno.

—Sabréis cuándo entregar la otra. Y si debéis o no entregarla. Tanteadlo si es necesario, y actuad según lo que diga. Si decidís que no o si él rehúsa, escogeré a otro. A vos no.

Quizás eso era brusco, pero la expresión de Dobraine no cambió apenas. Sus cejas se enarcaron ligeramente al ver el nombre escrito en el segundo envoltorio, pero nada más.

—Se hará como decís. Perdonad, pero habláis como si fueseis a estar ausente mucho tiempo.

Rand se encogió de hombros. Confiaba en el Gran Señor en la misma medida que confiaba en cualquiera. Casi.

—¿Quién sabe? Vivimos tiempos inciertos. Aseguraos de que la rectora Tarsin tenga el dinero que necesite, así como los hombres que han empezado la escuela en Caemlyn. Y también en Tear, hasta que las cosas cambien allí.

—Como digáis —repitió Dobraine mientras guardaba los envoltorios de papel en su chaqueta. Ahora su semblante no traslucía emoción alguna. Era un buen jugador del *Da'es Daemar.*

Por su parte, la rectora se las ingenió para mostrarse complacida y descontenta por igual, y se dedicó a arreglarse el vestido sin necesidad, como hacían las mujeres cuando las circunstancias las forzaban a no decir lo que pensaban. Por mucho que protestase por los soñadores y filósofos, miraba con gran celo por el bienestar de la Academia. No lloraría si esas otras escuelas desaparecían y sus estudiosos se veían obligados a acudir a la suya. Incluso los filósofos. ¿Qué opinaría de una orden en particular del envoltorio de Dobraine?

—He encontrado todo lo que necesito —anunció Min, que salió de entre las estanterías, tambaleándose ligeramente bajo el peso de tres abultadas bolsas de paño que llevaba colgadas. La sencilla chaqueta y las polainas de color marrón eran seguramente las mismas que llevaba cuando la vio por primera vez en Baerlon. Por alguna razón, había rezongado a costa de esas prendas hasta el punto de que cualquiera que la conociese habría pensado que Rand le pedía que se pusiese un vestido. Sin embargo, ahora sonreía complacida y con un asomo de malicia—. Espero que esos animales de carga

sigan donde los dejamos, o milord Dragón tendrá que hacer las veces de mula de alabarda.

Idrien dio un respingo, escandalizada por la forma en que le hablaba, pero Dobraine se limitó a esbozar una sonrisa. Ya había visto a Min con Rand anteriormente.

Entonces Rand se libró de ellos lo antes posible, ya que habían visto y oído todo cuanto tenían que oír y ver, y los despidió con una última advertencia de que él jamás había estado allí. Dobraine asintió como si no hubiese esperado otra cosa. Idrien parecía pensativa cuando se marchó. Si se le escapaba algo donde pudiese oírla un sirviente o un estudioso, la noticia se conocería en toda la Ciudad al cabo de dos días. En cualquier caso, tampoco había mucho tiempo. Quizá nadie capaz de notarlo hubiese estado lo bastante cerca para percibir que había abierto un acceso, pero cualquiera que estuviera atento a las señales sabría a estas alturas que había un *ta'veren* en la ciudad. En sus planes no entraba que lo encontraran todavía.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Rand observó a Min un instante y después cogió una de las bolsas y se la colgó al hombro.

—¿Sólo una? —preguntó ella, que soltó las otras dos en el suelo y se puso en jarras, fruncido el ceño—. A veces eres un verdadero patán, pastor. Estas bolsas deben de pesar un quintal cada una. —No obstante, su tono era más divertido que molesto.

—Pues haber cogido libros más pequeños —le contestó mientras se metía los guantes para ocultar los dragones—. O que pesaran menos.

Se volvió hacia la ventana para recoger la bolsa de cuero, y sufrió un mareo. Las rodillas parecieron volverse de gelatina y se tambaleó. En su mente surgió la imagen rielante de un rostro, fugaz como un destello, que no llegó a distinguir. No sin esfuerzo, logró recobrar el equilibrio y obligó a sus piernas a sostenerlo. La sensación de que todo daba vueltas a su alrededor desapareció. Lews Therin jadeaba entrecortadamente en las sombras. ¿Sería aquélla su cara?

—Si crees que por eso voy a cargar con ellas todo el camino, intenta otra cosa —rezongó Min—. He visto mejores representaciones en mozos de cuadra. Prueba a desplomarte, a lo mejor así tienes más éxito.

—Quizá la próxima vez. —Estaba preparado para lo que ocurría cuando encauzaba, y podía controlarlo en cierta medida. Por lo general. La mayoría de las veces. Pero este mareo sin *Saidin* era algo nuevo. A lo mejor era que se había girado demasiado deprisa. Sí, claro, y a lo mejor los cerdos *volaban.* Se colgó al hombro la bolsa de cuero. Los hombres en el patio del establo seguían trabajando afanosos. Construyendo—. Min…

Las cejas de la mujer se fruncieron de inmediato. Se estaba poniendo los guantes rojos e hizo una breve pausa; luego empezó a dar golpecitos en el suelo con el pie. Una señal peligrosa en cualquier mujer, especialmente en una que llevaba cuchillos.

—¡No vuelvas a lo mismo, Rand puñetero Dragón Renacido al'Thor! ¡De ningún modo vas a dejarme atrás!

—Es una idea que ni siquiera se me ha pasado por la cabeza —mintió. Era demasiado débil; era incapaz de pronunciar las palabras que la alejarían de él. «Demasiado débil —pensó amargamente—, y ella podría morir por eso, ¡así la Luz me abrase para siempre!»

«Así será», prometió quedamente Lews Therin.

—Sólo pensé que deberías saber lo que hemos estado haciendo y lo que

Librodot

vamos a hacer —continuó Rand—. No he estado muy comunicativo, supongo. —Preparándose, asió el *Saidin.*

La habitación pareció girar a su alrededor, y Rand aguantó la avalancha de fuego y hielo, de inmundicia y náusea que bullía en su estómago. Sin embargo, fue capaz de mantenerse erguido sin tambalearse. Por poco. Y justo lo suficiente para tejer los flujos de un acceso que se abrió a un claro nevado, donde había dos caballos ensillados, atados a una rama baja de un roble.

Se alegró de ver que los animales siguiesen allí. El claro se encontraba bastante apartado de la calzada más cercana, pero había trotamundos que habían dado la espalda a familias y granjas, negocios y oficios, porque el Dragón Renacido había roto todos los vínculos y ataduras. Así lo decían las Profecías. Por otro lado, muchos de aquellos hombres y mujeres, con los pies doloridos y ahora medio helados además, estaban cansados de buscar sin tener ni idea de lo que buscaban. Incluso esas monturas anodinas habrían desaparecido en el momento en que alguien las hubiese encontrado solas. Tenía oro suficiente para comprar otras, pero no creía que a Min le hubiese hecho mucha gracia la hora de caminata hasta el pueblo donde habían dejado los animales de carga.

Entró apresuradamente en el claro, fingiendo que el cambio de suelo firme a una capa de nieve que llegaba hasta rodilla era la causa de que se tambaleara, y sólo esperó a que ella recogiese las bolsas de libros y cruzase el acceso tras él con pasos inestables para soltar el Poder. Se encontraban a ochocientos kilómetros de Cairhien, y Tar Valon era la población de importancia más próxima. Alanna había desaparecido de su mente cuando el acceso se cerró.

—¿Poco comunicativo? —dijo Min, en cuya voz había un timbre de sospecha; de sus motivos, confiaba Rand, o de cualquier otra cosa que no fuese la verdad. El mareo y la náusea remitieron poco a poco—. Tu actitud ha sido tan abierta como una ostra, pero no estoy ciega. Primero, Viajamos a Rhuidean, donde hiciste tantas preguntas sobre ese sitio, Shara, que cualquiera habría deducido que tenías intención de ir allí. —Frunció levemente el entrecejo y sacudió la cabeza mientras ataba uno de los bultos a la silla de su castrado marrón. Gruñó por el esfuerzo, pero no estaba dispuesta a soltar la otra bolsa de libros en la nieve—. Nunca imaginé que el Yermo de Aiel sería así. Esa ciudad es más grande que Tar Valon, aunque esté medio en ruinas. Y todas esas fuentes, y el lago. No se alcanzaba a ver la otra orilla. Creía que no había agua en el Yermo. Y hacía tanto frío como aquí. ¡Pensaba que era un sitio muy caluroso!

—En verano te asas durante el día, pero te hielas por la noche. —Rand se sentía bastante recuperado para empezar a colocar sus propios bultos en la silla del rucio. O casi. Lo hizo, de todos modos—. Si ya lo sabes todo, dime ¿qué hacía allí, aparte de preguntas?

—Lo mismo que en Tear anoche: asegurarte de que hasta el último gato supiese que te encontrabas allí. En Tear preguntaste por Chachin. Es evidente. Lo que intentas es confundir a cualquiera que trate de descubrir dónde estás y dónde vas a estar a continuación. —Colocada la segunda bolsa de libros de manera que equilibraba el peso de la otra, detrás de la silla, Min desató las riendas y montó—. Bien, ¿estoy ciega?

—Tienes vista de águila. —Confiaba en que sus perseguidores lo viesen con tanta claridad. O que lo hiciera quienquiera que los dirigiese. No sería suficiente que salieran a la carrera hacia la Luz sabía dónde—. Creo que

debo dejar más pistas falsas.

—¿Por qué perder el tiempo? Sé que tienes un plan, y sé que está relacionado con algo que hay en esa bolsa de cuero. ¿Qué es, un *sa'angreal?* Y sé que es importante. No te sorprendas tanto. No has perdido de vista esa bolsa. ¿Por qué no llevas a cabo el plan que tengas y *después* dejas pistas falsas? Y la real, por supuesto. Según tú, vas a caer sobre ellos cuando menos lo esperen. Difícilmente podrás hacerlo si no te siguen donde quieres.

—Ojalá no hubieses empezado a leer nunca los libros de Herid Fel —rezongó malhumorado mientras montaba en el rucio. Ahora la cabeza apenas se le iba—. Desentrañas demasiadas cosas. ¿Puedo tener algún secreto contigo ahora?

—No pudiste nunca, zoquete —rió ella, que añadió a continuación, contradiciéndose—: ¿Qué planeas? Aparte de matar a Dashiva y a los otros, me refiero. Tengo derecho a saberlo si viajo contigo.

¡Como si no hubiese insistido en ir con él!

—Me propongo limpiar la mitad masculina de la Fuente —respondió con voz inexpresiva.

Un anuncio trascendental. Un gran proyecto; más que grande. Grandioso, diría la mayoría. Como si hubiese dicho que se disponía a dar un paseo, por la reacción de Min. La joven se limitó a mirarlo, con las manos apoyadas sobre la perilla de la silla, esperando a que siguiera hablando.

—No sé cuánto se tardará y, una vez que empiece, creo que cualquiera que esté a mil quinientos kilómetros de distancia y sea capaz de encauzar sabrá que está ocurriendo algo. Dudo que pueda pararlo simplemente, si Dashiva y los otros, o los Renegados, aparecen de pronto para ver qué es. Respecto a estos últimos no puedo hacer nada para evitarlo, pero, con suerte, antes podré acabar con los otros. —Quizá ser *ta'veren* le daría la ventaja que necesitaba tan desesperadamente.

—Fíate de la suerte y Corlan Dashiva o los Renegados, unos u otros, te merendarán —comentó Min mientras giraba al caballo para salir del claro—. Tal vez se me ocurra una alternativa mejor. Vamos, hay un cálido fuego en esa posada. Espero que consientas en que tomemos una comida caliente antes de marcharnos.

Rand se quedó mirándola con incredulidad. Habríase dicho que cinco desertores Asha'man, por no mencionar a los Renegados, eran una molestia menos importante que un dolor de muelas. Taconeó al rucio, que levantó una rociada de nieve al ponerse en movimiento, la alcanzó y cabalgaron en silencio. Todavía tenía unos cuantos secretos que ella no sabía, como la indisposición que había empezado a afectarlo cada vez que encauzaba, por ejemplo. Ésa era la verdadera razón de que no se hubiese ocupado de Dashiva y los otros en primer lugar. Así ganaba tiempo para superar la indisposición. Si es que tal cosa era posible. Si no, no estaba seguro de que los dos *ter'angreal* que llevaba detrás de la silla fueran a servir de algo.

Librodot

CAPÍTULO 1

Dejar al Profeta

La Rueda del Tiempo gira y las eras llegan y pasan y dejan tras de sí recuerdos que se convierten en leyenda. La leyenda se difumina, deviene en mito, e incluso el mito se ha olvidado mucho antes de que la era que lo vio nacer retorne de nuevo. En una era llamada la tercera por algunos, una era que ha de venir, una era transcurrida hace mucho, comenzó a soplar un viento sobre el Océano Aricio. El viento no fue un inicio, pues no existen ni comienzos ni finales en el eterno girar de la Rueda del Tiempo. Pero aquél fue un principio.

El viento sopló por encima del frío oleaje oceánico gris verdoso, en dirección a Tarabon, donde los barcos ya descargados o que esperaban su turno para entrar en el puerto de Tanchico se bamboleaban sujetos a las anclas a lo largo de kilómetros de costa. Más barcos, grandes y pequeños, abarrotaban el enorme puerto, y las barcazas transportaban personas y cargas hasta la orilla, pues no había espacio para amarrar en ninguno de los muelles. Los habitantes de Tanchico habían sentido miedo cuando la ciudad cayó en poder de sus nuevos señores, con sus peculiares costumbres y criaturas extrañas y mujeres atadas a correas que podían encauzar, y de nuevo se atemorizaron cuando llegó esta flota, abrumadora por su ingente número, y empezaron a desembarcar no sólo soldados, sino mercaderes con ojo de lince, y artesanos con las herramientas de su oficio, e incluso familias con carretas llenas de aperos y plantas desconocidas. Sin embargo, había un nuevo rey y una nueva Panarch para establecer las leyes, y si bien el rey y Panarch debían lealtad a una lejana emperatriz, si bien los nobles seanchan ocupaban muchos de los palacios y exigían una obediencia mayor que cualquier lord o lady tarabonés, la vida había cambiado poco para la mayoría de la gente, y siempre para mejor. La Sangre seanchan apenas tenía contacto con el pueblo llano, y las costumbres extrañas se podían sobrellevar. La anarquía que había hecho pedazos el país ahora sólo era un recuerdo, así como el hambre. Los rebeldes, bandidos y Juramentados del Dragón que habían asolado la nación estaban muertos o habían sido capturados, o se había hecho retroceder hacia el norte, al llano de Almoth, a los que no se habían sometido, y el comercio empezó a moverse de nuevo. Las hordas de refugiados famélicos que habían abarrotado las calles de la ciudad habían regresado a sus pueblos, a sus granjas. Y de los que todavía llegaban, se quedaban en Tanchico sólo los que la ciudad podía sostener sin agobios. A despecho de las nevadas, soldados y mercaderes, artesanos y granjeros, se desperdigaron tierra adentro por miles y decenas de miles, pero el viento helado sopló sobre una Tanchico en paz y, tras los duros tiempos vividos, en su mayoría contenta con su suerte.

El viento sopló hacia el este durante leguas, con ráfagas más o menos fuertes, pero sin parar nunca, hacia el este y virando al sur, a través de llanuras y bosques envueltos en invierno, la hierba marchita y las ramas peladas, cruzando finalmente lo que antaño había sido la frontera entre

Tarabon y Amadicia. Todavía frontera, pero sólo de nombre, desmantelados los puestos de aduanas, los guardias desaparecidos. Al este y al sur, alrededor de las estribaciones meridionales de las Montañas de la Niebla, girando en remolinos a través de la amurallada ciudad de Amador. De la conquistada Amador. La bandera sacudida por el viento en lo alto de la maciza Fortaleza de la Luz ondeaba de manera que el halcón dorado parecía volar realmente, con los rayos aferrados entre sus garras. Pocos lugareños abandonaban sus hogares salvo por necesidad, y esos pocos se movían presurosos por las calles heladas, ciñéndose bien las capas y con los ojos bajos. Los ojos bajos no sólo para pisar con cuidados en el resbaladizo empedrado, sino para evitar mirar a alguno que otro seanchan montado en una de esas bestias que semejaban felinos con escamas broncíneas, del tamaño de un caballo, o con taraboneses cubiertos con velos de malla metálica que escoltaban grupos de los otrora Hijos de la Luz, ahora encadenados y trabajando como animales para sacar a rastras de la ciudad carretas de desechos. Llevaban apenas un mes y medio en el redil de los seanchan, pero las gentes de la capital de Amadicia sentían el cortante viento como un azote, y los que no maldecían su suerte meditaban sobre qué pecados los habían conducido a aquello.

El viento aulló hacia el este, sobre una tierra desolada donde había tantas granjas y pueblos quemados como los que aún estaban habitados. La nieve que cubría por igual vigas carbonizadas y graneros abandonados suavizaba el panorama, aunque añadía la congelación a la hambruna como un modo de morir. Espada, hacha y lanza ya habían pasado por allí y seguían para volver a matar. Al este, hasta que el viento gimió un canto fúnebre por encima de la ciudad sin murallas, Abila. Ninguna bandera ondeaba en las torres de vigilancia, porque el Profeta del lord Dragón estaba allí, y el Profeta no necesitaba más bandera que su nombre. En Abila, la gente temblaba más con el nombre del Profeta que con el viento helado. Las gentes de otros lugares también temblaban al oír ese nombre.

Abandonando a grandes zancadas la casa de la alta mercader donde Masema vivía, Perrin dejó que el viento sacudiese violentamente su capa forrada de piel mientras se ponía los guantes. El sol de mediodía no daba calor y el aire penetraba hasta los huesos. Mantenía el gesto sereno, pero estaba demasiado furioso para sentir frío. Impedir que las manos se le fuesen al hacha requirió un gran esfuerzo por su parte. Masema —¡no llamaría Profeta a ese hombre, ni aunque le fuera en ello la cabeza!— seguramente era un necio, y con toda seguridad, un loco. Un necio poderoso, más que la mayoría de los reyes, y además loco.

Los guardias de Masema llenaban la calle de punta a punta, se extendían más allá de las esquinas de las calles adyacentes; eran tipos flacos, vestidos con sedas robadas, aprendices barbilampiños con chaquetas desgarradas, mercaderes antaño orondos, con lo que quedaba de sus ropas de buen paño. Su aliento formaba nubecillas blancas en el aire, y algunos que no llevaban capa tiritaban, pero todos empuñaban una lanza o una ballesta con la saeta encajada, lista para disparar. Aun así, ninguno se mostraba aparentemente hostil. Sabían que Perrin era conocido del Profeta, y lo miraban boquiabiertos, como si esperasen verlo saltar en el aire y echar a volar. O, al menos, que diese saltos mortales. Perrin filtró el olor a leña quemada de las chimeneas de la ciudad; todos ellos apestaban a sudor rancio y a cuerpos sucios, a ansiedad y temor. Y también a un extraño fervor que no había advertido antes, un reflejo de la locura de Masema. Hostiles o

no, lo matarían —a él o a cualquiera— si Masema se lo ordenaba. Masacrarían naciones si se lo ordenaba. Al olerlos sintió un frío más intenso que el de cualquier viento invernal. Se alegraba más que nunca de haberse negado a que Faile lo acompañara.

Los hombres que había dejado al cuidado de los caballos jugaban a los dados —o fingían hacerlo— al lado de los animales, en un trozo del pavimento que se había limpiado de la nieve medio derretida. No se fiaba un pelo de Masema, y a ellos les pasaba igual. Estaban más pendientes de la casa y los guardias que del juego. Los tres Guardianes se incorporaron rápidamente nada más verlo y sus ojos se desviaron hacia los demás, que salían detrás de Perrin. Sabían lo que sus Aes Sedai habían sentido allí dentro. Neald se irguió con más lentitud, entreteniéndose en recoger los dados y las monedas. El Asha'man era un presumido, siempre atusándose el bigote, pavoneándose y sonriendo con suficiencia a las mujeres, pero ahora estaba como un muelle tenso, alerta como un felino al acecho.

—Por un momento creí que tendríamos que salir de ahí abriéndonos paso a la fuerza —musitó Elyas, que caminaba al lado de Perrin. Sus ojos dorados traslucían calma, sin embargo. Era un hombre entrado en años, larguirucho y desgarbado, con el grisáceo cabello largo hasta la cintura y una barba igualmente larga que se extendía sobre su pecho. Se cubría con un sombrero de ala ancha y llevaba un cuchillo largo en el cinto, no una espada. Pero había sido Guardián; y, en cierto modo, seguía siéndolo.

—Eso es lo único que salió bien —contestó Perrin mientras cogía las riendas de *Recio,* que le tendía Neald.

El Asha'man enarcó una ceja en un gesto interrogante, pero Perrin sacudió la cabeza, sin importarle qué pregunta era. Neald torció el gesto y entregó a Elyas las riendas de su castrado pardusco antes de montarse en su rodado.

Perrin no tenía tiempo para dedicarlo a los enfurruñamientos del murandiano. Rand lo había enviado para que llevase de vuelta a Masema, y Masema iría con ellos. Como le ocurría siempre últimamente cuando pensaba en Rand, surgió un remolino de colores dentro de su cabeza, y, también como siempre, hizo caso omiso. Masema era un problema demasiado importante para que él perdiese el tiempo preocupándose por unos colores. El maldito hombre tenía por blasfemia que cualquiera, excepto Rand, tocase el Poder. Al parecer, Rand no era un simple mortal; ¡era la Luz hecha carne! De modo que no habría Viaje, nada de un rápido salto a Cairhien a través de un acceso abierto por uno de los Asha'man, a pesar de que Perrin había intentado por todos los medios convencer a Masema. Tendrían que cabalgar las cuatrocientas leguas largas, a través de sólo la Luz sabía qué. Y mantener en secreto quiénes eran, al igual que a Masema. Ésas habían sido las órdenes de Rand.

—Sólo veo un modo de hacerlo, muchacho —dijo Elyas, como si Perrin hubiese hablado en voz alta—. Una mínima posibilidad. Seguramente habríamos tenido más probabilidades dejando inconsciente a ese tipo de un golpe y abriéndonos paso a la fuerza.

—Lo sé —gruñó Perrin. La idea se le había pasado por la cabeza más de una vez durante la discusión de horas. Con Asha'man, Aes Sedai y Sabias encauzando quizás hubiese sido posible. Pero había presenciado una batalla en la que se había combatido con el Poder Único, a hombres hechos pedazos sangrientos en un abrir y cerrar de ojos, a la propia tierra explotando en llamaradas. Abila se habría convertido en un patio de carnicero antes de que

Librodot

hubiese acabado todo. Si podía evitarlo, no volvería a ver algo así.

—¿Qué crees que le parece todo esto a Masema?

Perrin tuvo que apartar de su mente los pozos de Dumai y Abila transformada en otro campo de batalla como los pozos de Dumai antes de entender lo que Elyas decía. Ah, cómo iba a hacer lo imposible.

—Me importa poco lo que le parezca. —Ese hombre iba a causar problemas, de eso no cabía duda.

Irritado, se rascó la barba. Tenía que recortarla un poco. Es decir, hacer que se la recortaran. Si cogía las tijeras, Faile se las quitaría y se las pasaría a Lamgwin. Todavía le parecía imposible que aquel corpulento rompecrismas, con la cara surcada de cicatrices y los nudillos aplastados, conociese las funciones de un ayuda de cámara. ¡Luz! Un ayuda de cámara. Estaba adquiriendo desenvoltura con Faile y sus extrañas costumbres saldaeninas; pero, cuanto mejor se desenvolvía él, más se las ingeniaba ella para hacer las cosas a su conveniencia. De todos modos, las mujeres siempre hacían eso, por supuesto, pero a veces pensaba que había cambiado una clase de vorágine por otra. Quizá debería probar con uno de esos estallidos a grito pelado que tanto parecían gustarle. Un hombre tendría que poder cortarse su propia barba si quería. Sin embargo, no creía que lo hiciese. Ya resultaba bastante duro gritarle cuando era ella la que empezaba a gritar primero. En fin, era absurdo pensar en eso en un momento así.

Estudió a los demás mientras se dirigían a los caballos del mismo modo que estudiaría unas herramientas que necesitaría para un trabajo complejo y comprometido; porque se temía que Masema iba a hacer de este viaje el peor trabajo que había tenido que abordar en toda su vida, y las herramientas que tenía estaban llenas de fisuras.

Seonid y Masuri se pararon a su lado; llevaban la capucha bien calada para ocultar el rostro. Un olor punzante alteraba el suave aroma de sus perfumes, pero el miedo se hallaba bajo control. Masema las habría matado allí mismo de haber podido. Y los guardias aún estaban a tiempo si uno de ellos reconocía un rostro Aes Sedai. Entre tantos, tenía que haber alguno que supiese identificarlo. Masuri era la más alta por casi un palmo, pero aun así Perrin todavía le sacaba una cabeza. Haciendo caso omiso de Elyas, las hermanas intercambiaron una mirada bajo el resguardo de las capuchas; entonces Masuri habló en tono quedo.

—¿Veis ahora por qué hay que matarlo? Ese hombre es... una alimaña rabiosa.

En fin, la Marrón no solía andarse con remilgos a la hora de escoger las palabras. Por suerte, ninguno de los guardias se encontraba lo bastante cerca para oírla.

—Podríais escoger un sitio mejor para decir eso —respondió. No quería volver a escuchar sus argumentos, ni ahora ni después, pero mucho menos ahora. Y pareció que no tendría que hacerlo.

Edarra y Carelle se situaron detrás de las Aes Sedai, con el oscuro chal echado sobre la cabeza. Los picos que les colgaban sobre el pecho y la espalda no daban la impresión de servir de mucho contra el frío; claro que la nieve, la simple existencia de semejante cosa, era aún más molesta para las Sabias. La impasibilidad de sus semblantes curtidos por el sol era tal que habríase dicho que eran tallas de piedra; sin embargo, su efluvio era punzante como una punta de lanza. Los azules ojos de Edarra, por lo general tan circunspectos que no encajaban con sus rasgos juveniles, tenían la dureza del acero.

Librodot

Por supuesto, su compostura enmascaraba dureza. Acerada y cortante.

—Éste no es sitio para hablar —les dijo suavemente Carelle a las Aes Sedai al tiempo que metía bajo el chal un mechón de cabello rojo intenso. Tan alta como muchos hombres, siempre era afable. Para ser una Sabia, se entiende. Lo que significaba que no te arrancaría la nariz de un mordisco sin previo aviso.

Las mujeres más bajas le hicieron una breve reverencia y se dirigieron presurosas a sus monturas, como si no fuesen Aes Sedai. Para las Sabias no lo eran. Perrin pensó que nunca se acostumbraría a eso. Hasta Masuri y Seonid parecían haberse habituado.

Con un suspiro, subió a *Recio* mientras las Sabias iban en pos de sus aprendizas Aes Sedai. Después de la larga inactividad, el semental retozó unos cuantos pasos, pero Perrin lo controló presionando las rodillas y manteniendo firmes las riendas. Las Aiel montaron torpemente, incluso después de la práctica adquirida durante las últimas semanas; las gruesas faldas quedaron remangadas, dejando descubiertas hasta las rodillas las piernas enfundadas en medias de lana. Estaban de acuerdo con las dos hermanas respecto a Masema, al igual que lo estaban las otras Sabias que se habían quedado en el campamento. Buen puchero hirviendo para que cualquiera lo llevase hasta Cairhien sin acabar escaldado.

Grady y Aram ya habían montado, y Perrin no pudo distinguir sus olores entre todos los demás. Tampoco era necesario. Grady siempre le había parecido un granjero a pesar de la chaqueta negra y la espada de plata prendida en el cuello, pero ahora no. Inmóvil como una estatua sobre su caballo, el fornido Asha'man observaba a los guardias con la expresión adusta del hombre que decide dónde hacer el primer corte. Y el segundo y el tercero y todos los que fuesen necesarios. Aram, con su chaqueta de gitano de un color verde bilioso ondeando al viento y la empuñadura de la espada asomando por encima de su hombro, sujetaba las riendas y en su semblante se reflejaba tal excitación que a Perrin se le cayó el alma a los pies. En Masema, Aram había encontrado un hombre que había entregado vida, alma y corazón al Dragón Renacido. Desde su punto de vista, el Dragón Renacido se encontraba casi al mismo nivel que Perrin y Faile.

«Le has hecho al chico un flaco favor —le había dicho Elyas—. Lo ayudaste a romper con lo que creía, y ahora lo único que le queda a lo que agarrarse y en lo que creer eres tú, y esa espada. No es suficiente para ningún hombre.» Elyas había conocido a Aram cuando éste era todavía un gitano, antes de que cogiese la espada.

Un puchero que podía tener veneno para algunos.

Puede que los guardias contemplasen a Perrin con asombro, pero no se movieron para abrirles paso hasta que alguien gritó desde una ventana de la casa. Llegar hasta el Profeta no era fácil, sin su permiso. Y sin su permiso era imposible dejarlo. Una vez que dejaron atrás a Masema y a sus guardias, Perrin marcó un paso todo lo vivo que permitían las calles abarrotadas. Abila había sido una ciudad grande y próspera hasta no hacía mucho, con sus mercados de piedra y edificios techados de pizarra, de hasta cuatro pisos de altura. Seguía siendo grande, pero montones de escombros señalaban dónde se habían echado abajo casas y posadas. En Abila no quedaba una sola posada ni una casa donde alguien había tardado en proclamar la gloria del lord Dragón Renacido. La forma en que Masema mostraba su desaprobación nunca era sutil. Entre la muchedumbre eran pocos los que parecían ser vecinos de la ciudad, gente tan apagada como el color de su ropa en su

Librodot

mayor parte, que caminaba por los lados de la calle, huidiza y atemorizada; y no se veían niños. Y tampoco perros; a buen seguro que el hambre ya se dejaba sentir en la ciudad. Por doquier, grupos de hombres armados avanzaban chapoteando por la masa embarrada que la noche anterior había sido nieve y que llegaba hasta los tobillos, veinte aquí, cincuenta allí, empujando y derribando a aquellos que no andaban listos para apartarse de su camino, e incluso haciendo que los carros de bueyes se desviaran a su paso. En todo momento había cientos de ellos a la vista. Debía de haber a millares en la ciudad. El ejército de Masema era chusma, pero hasta el momento su número había compensado otras carencias. Gracias a la Luz el hombre había accedido a llevar sólo un centenar en el viaje. Había hecho falta discutir el asunto una hora, pero al final transigió, y gracias a que su deseo de llegar ante Rand cuanto antes, aunque no Viajando, lo había decidido. Muy pocos de sus seguidores tenían caballos, y cuantos más fueran a pie más despacio marcharían. Por lo menos no llegaría al campamento hasta la caída de la noche.

De hecho, Perrin no vio a nadie montado aparte de su grupo, que atraía las miradas de los hombres armados, miradas pétreas, febriles. Gente bien vestida acudía a ver al Profeta con frecuencia, nobles y mercaderes que esperaban que una sumisión en persona les reportaría más bendiciones y menos castigos, pero generalmente se marchaban a pie. No obstante, no encontraron impedimentos, aparte de tener que rodear a los grupos de los seguidores de Masema. Si se marchaban montados, entonces es que era voluntad del Profeta que lo hicieran así. Con todo, Perrin no tuvo necesidad de decir a nadie que no se separara del grupo. Se percibía una especie de espera en Abila, y nadie con dos dedos de frente querría encontrarse cerca cuando esa espera llegase a su fin.

Fue un alivio para Perrin ver aparecer a Balwer por una calle lateral, azuzando con las rodillas a su castrado, cerca ya del bajo puente de madera que conducía fuera de la ciudad; un alivio casi tan grande como el que sintió cuando hubieron cruzado el puente y dejado atrás a los últimos guardias. El hombrecillo, todo él huesos y ángulos, con la chaqueta que más que llevarla puesta parecía colgar de una percha, sabía cuidar de sí mismo a pesar de las apariencias, pero Faile estaba componiendo un cuerpo de servicio adecuado para una noble, y no le haría ni pizca de gracia si Perrin permitía que le ocurriese algo a su secretario. Al secretario de los dos. Perrin no estaba seguro de lo que le parecía eso de tener secretario, pero el tipo tenía otras habilidades aparte de una buena letra. Y lo demostró tan pronto como hubieron salido de la ciudad y se encontraron rodeados de colinas bajas y arboladas. La mayoría de las ramas estaban desnudas, y las que aún conservaban las hojas o las agujas ofrecían el marcado contraste del verde contra el blanco de la nieve. Tenían la calzada para ellos solos, pero el hielo formado en las rodadas los obligó a avanzar despacio.

—Perdonad, milord Perrin —murmuró Balwer mientras se inclinaba sobre la perilla para echar un vistazo a Elyas, que marchaba al otro lado—, pero he escuchado algo por casualidad, allí, en la ciudad, que podría interesaros. —Tosió discretamente, poniendo la mano enguantada delante de la boca, y después se apresuró a coger de nuevo la capa para cerrarla.

Elyas y Aram no necesitaron realmente el leve gesto de Perrin para que se retrasaran y se uniesen al grupo que marchaba un poco más atrás. Todos estaban acostumbrados al deseo del hombrecillo de hablar en privado. Perrin no entendía por qué ese afán de simular que nadie más sabía que sonsacaba

Librodot

información en todas las ciudades y pueblos por los que pasaban. Tenía que saber que después él comentaba con Fayle y con Elyas lo que le había contado. En cualquier caso, era bueno obteniendo información.

Balwer ladeó la cabeza para mirar a Perrin mientras cabalgaban uno junto al otro.

—Tengo dos noticias, milord, una que considero importante, y otra urgente. —Fuese o no urgente, hasta su voz sonaba seca, como el susurro de hojas muertas.

—¿Cómo de urgente? —Perrin hizo una apuesta consigo mismo respecto a con quién estaba relacionada esa primera noticia.

—Tal vez mucho, milord. El rey Ailron se ha enfrentado en batalla a los seanchan, cerca de la ciudad de Jeramel, unos ciento cincuenta kilómetros al oeste de aquí. Eso ocurrió hace diez días aproximadamente. —Los labios de Balwer se fruncieron fugazmente en un gesto irritado. Le desagradaba la imprecisión; le desagradaba no saber—. Escasea la información fidedigna, pero sin duda el ejército amadiciense está acabado, y sus hombres, muertos, cautivos o dispersos. Me sorprendería mucho si en alguna parte quedan más de un centenar juntos, y ésos se pasarán al bandidaje a no tardar. Ailron ha sido hecho prisionero, junto con toda su corte. Amadicia ya no tiene nobleza, al menos que cuente para nada.

Mentalmente, Perrin anotó la apuesta como perdida. Por lo general, Balwer empezaba con las noticias sobre los Capas Blancas.

—Una lástima por Amadicia, supongo. Por la gente capturada, en cualquier caso.

Según Balwer, los seanchan trataban con dureza a los que apresaban tras un enfrentamiento armado contra ellos. De modo que Amadicia no tenía ejército ni nobles que reunieran y dirigiesen otro. Nada impediría a los seanchan que se extendiesen hasta donde quisieran, aunque parecía que de todos modos lo hacían, por más que encontraran resistencia. Sería mejor ponerse en camino hacia el este tan pronto como Masema llegase al campamento, y luego avanzar tan deprisa como fuera posible, hasta que los hombres y los caballos aguantasen.

Así lo comentó en voz alta, a lo que Balwer hizo un gesto de asentimiento y una leve sonrisa de aprobación. El hombre apreciaba que Perrin supiese ver el valor de la información que le facilitaba.

—Otra cosa, milord —prosiguió—. Los Capas Blancas tomaron parte en la batalla, pero al parecer Valda se las arregló para sacar a la mayoría del campo de batalla al final. Tiene la suerte del Oscuro. Parece que nadie sabe dónde han ido. O, más bien, cada persona señala una dirección distinta. Si se me permite decirlo, me inclino por que se dirigen hacia el este, lejos de los seanchan.

Y hacia Abila, por supuesto. Entonces, no había perdido la apuesta, exactamente. Más bien era un empate. A lo lejos, un halcón planeaba muy alto en el cielo despejado, dirigiéndose hacia el norte. El ave de presa sobrevolaría el campamento mucho antes de que él llegara allí. Perrin aún recordaba un tiempo en el que había tenido tan pocas preocupaciones como aquel halcón. Al menos, comparándolo con ahora. Hacía mucho tiempo de eso.

—Sospecho que los Capas Blancas están más interesados en evitar a los seanchan que en crearnos problemas a nosotros, Balwer. De todos modos, tanto en su caso como en el de los seanchan, no está en mis manos apresurar la marcha para poner tierra por medio. ¿Eran ellos la segunda

noticia que tenías?

—No, milord. Eso era simplemente una referencia de interés.

Balwer parecía odiar a los Hijos de la Luz, en especial a Valda —Perrin sospechaba que era un asunto de trato duro— pero, como en todos los demás aspectos del hombrecillo, también su odio era frío y seco. Desapasionado.

—La segunda noticia —siguió Balwer— es que los seanchan han disputado otra batalla, ésta al sur de Altara. Contra Aes Sedai, posiblemente, aunque algunos mencionaron a hombres que encauzaban. — Se giró a medias en la silla y miró a Grady y a Neald, con sus chaquetas negras. Grady conversaba con Elyas, y Neald con Aram, pero los dos Asha'man vigilaban el bosque del entorno con tanta atención como los Guardianes que cerraban la marcha. Las Aes Sedai y las Sabias también hablaban en voz baja—. Fuesen quienes fuesen contra los que combatieron, milord, lo cierto es que los seanchan perdieron y tuvieron que retirarse muy malparados, de vuelta a Ebou Dar.

—Buenas noticias —comentó Perrin en tono frío. De nuevo la imagen de los pozos de Dumai surgió como un destello en su mente, con mayor intensidad que antes. Durante un momento, se encontró otra vez espalda contra espalda con Loial, luchando desesperadamente, convencido de que cada bocanada de aire que inhalaba sería la última. Por primera vez en ese día, se estremeció. Al hombrecillo le gustaba saberlo todo, pero había ciertos secretos que nadie sabría jamás.

Los ojos de Perrin se volvieron hacia el ave de presa, ahora apenas visible incluso para él. Le recordaba a Faile, su esposa, su feroz halcón. Su hermoso halcón. Apartó de su mente a seanchan, Capas Blancas, batallas e incluso a Masema. De momento, al menos.

—Apretemos un poco el paso —ordenó a los otros.

El halcón divisaría a Faile antes que él, pero, a diferencia del ave, Perrin vería al amor de su vida. Y hoy no le gritaría, hiciese lo que hiciese ella.

Librodot

CAPÍTULO 2

Capturadas

El halcón se perdió de vista enseguida, y la calzada siguió vacía de otros viajeros; pero, a pesar de lo mucho que Perrin lo deseaba, las rodadas heladas —en las que un caballo podía romperse una pata y un jinete el cuello— no les permitían avanzar con mucha rapidez. El viento era puro hielo y traía consigo la promesa de una nueva nevada al día siguiente. Era ya media tarde para cuando Perrin y su grupo viraron para seguir a través del bosque, con un manto de nieve tan profundo que en algunos sitios llegaba hasta las rodillas de los caballos, y cubrieron el último kilómetro y medio que los separaba del campamento, donde se habían quedado los hombres de Dos Ríos, los Aiel, los mayenienses y los ghealdanos. Y Faile. Perrin no encontró en absoluto lo que esperaba.

Como siempre, había cuatro campamentos separados entre los árboles, pero las lumbres humeantes de la Guardia Alada estaban abandonadas alrededor de las tiendas de rayas de Berelain, en medio de cazos volcados y bártulos tirados sobre la nieve; las mismas señales de precipitación salpicaban el terreno pisoteado donde los soldados de Alliandre se habían instalado cuando el grupo se marchó por la mañana. La única evidencia de vida en ambos campamentos eran los cuidadores de los caballos y los carreteros, envueltos en mantas y acurrucados en grupos alrededor de los animales estacados o las grandes carretas de suministros. Todos miraban hacia lo que atrajo y retuvo los ojos de Perrin.

A quinientos pasos de la rocosa y truncada colina donde las Sabias habían instalado sus tiendas bajas, los mayenienses estaban formando, la totalidad de los aproximadamente novecientos hombres; las capas y las largas cintas rojas de las lanzas ondeaban con la fría brisa mientras los caballos pateaban impacientemente el suelo. Cerca de la colina, a un lado, justo a la orilla del arroyo helado, los ghealdanos conformaban un bloque de lanzas igual de grande, éstas con las cintas verdes. Las chaquetas —del mismo color— y las armaduras de los soldados de caballería parecían apagadas en comparación con los yelmos y petos rojos de los mayenienses, pero sus oficiales resplandecían en sus armaduras plateadas y sus chaquetas y capas escarlatas; las riendas y gualdrapas iban bordeadas en tono carmesí. Un soberbio espectáculo para un desfile, sólo que no estaban desfilando. La Guardia Alada se encontraba de cara a los ghealdanos, y éstos de cara a la colina. Y la cumbre de ésta aparecía rodeada por hombres de Dos Ríos, con los arcos largos en la mano. Nadie había disparado todavía, pero todos tenían una flecha encajada en la cuerda del arco. Aquello era una locura.

Perrin taconeó a *Recio* y lo puso a trote vivo, tan deprisa como podía el animal, y avanzó abriéndose paso entre la nieve seguido por los otros hasta que llegó a la cabeza de la formación ghealdana. Berelain se encontraba allí, envuelta en una capa roja, orlada en piel, así como Gallene, el capitán tuerto de la Guardia Alada; también estaba Annoura, su consejera Aes Sedai, al

Librodot

parecer discutiendo todos con el primer capitán de Alliandre, un tipo bajo, endurecido, llamado Gerard Arganda, que sacudía la cabeza tan enérgicamente que las lustrosas plumas del yelmo temblaban. La Principal de Mayene parecía a punto estallar, la irritación asomaba a través de la calma Aes Sedai de Annoura, y Gallene toqueteaba el yelmo con plumas rojas que llevaba colgado en la silla, como si estuviese decidiendo si ponérselo o no. Al reparar en Perrin, se apartaron e hicieron girar las monturas en su dirección. Berelain se erguía muy derecha, pero su negro cabello estaba alborotado por el viento, y la yegua blanca de finos remos tiritaba; la espuma, producto de una dura cabalgada, se había quedado pegada y congelada en los flancos del animal.

Con tanta gente junta resultaba imposible distinguir el efluvio particular de cada cual, pero Perrin no necesitaba su fino olfato para percibir la tensión en el aire. Antes de que tuviese tiempo de preguntar qué demonios estaban haciendo, Berelain habló con una actitud formal que al principio lo hizo parpadear.

—Lord Perrin, vuestra esposa y yo cazábamos junto a la reina Alliandre cuando fuimos atacados por Aiel. Logré escapar, pero nadie más del grupo ha regresado todavía, si bien podría deberse a que los hayan hecho prisioneros. He enviado un escuadrón de lanceros para que reconozcan el terreno. Nos encontrábamos a unos quince kilómetros al sudeste, de modo que regresarán con información a la caída de la noche.

—¿Faile fue capturada? —inquirió Perrin en una voz sorda por el miedo.

Incluso antes de cruzar a Amadicia desde Ghealdan ya les habían llegado noticias de Aiel incendiando y saqueando, pero siempre había sido en otro lugar, en el pueblo de más adelante o en el que habían dejado atrás, si no más lejos. Nunca lo bastante cerca para preocuparse o para tener la seguridad de que no eran simples bulos. ¡No cuando tenía que llevar a cabo las órdenes del maldito Rand al'Thor! Y mira lo que había pasado.

—¿Por qué seguís aquí? —inquirió en voz alta—. ¿Por qué no la estáis buscando todos? —Entonces se dio cuenta de que estaba gritando. Deseaba aullar, ensañarse con ellos—. Así os abraséis, ¿a qué esperáis?

El tono desapasionado de la respuesta de Berelain, como si informara cuánto forraje quedaba para los caballos, encendió más su ira. Y más porque sabía que la mujer tenía razón.

—Nos emboscaron doscientos o trescientos Aiel, lord Perrin, pero sabéis igual que yo, por lo que hemos oído, que fácilmente podría haber una docena o más de esas bandas merodeando por el campo. Si salimos con una fuerza numerosa quizá nos veríamos envueltos en una batalla contra los Aiel que tendría un alto coste en vidas, y ello sin saber si eran los que tienen a vuestra esposa. O incluso si aún vive. Debemos confirmar eso en primer lugar, lord Perrin, o cualquier cosa que hiciésemos sería inútil.

Si aún vivía. Perrin tembló; el frío se había colado de pronto dentro de él. En sus huesos. En su corazón. Tenía que estar viva. Tenía que estarlo. Oh, Luz, debería haberla dejado que lo acompañara a Abila. El semblante de Annoura era una máscara de compasión enmarcada por las finas trenzas tarabonesas. De repente fue consciente de un dolor en las manos, crispadas sobre las riendas. Se obligó a aflojarlas y flexionó los dedos.

—Se encuentra bien —dijo en voz queda Elyas mientras acercaba su castrado a *Recio*—. Contrólate. Ir dando tumbos por ahí, habiendo Aiel, es pedir a voces que te maten. Tal vez conducir a un montón de hombres a un mal final. Que mueras no servirá de nada si tu esposa sigue prisionera. —

Intentó dar un tono más ligero a su voz, pero Perrin olía su efluvio a tensión—. En fin, la encontraremos, chico. Es posible incluso que ya se haya escapado ella, siendo la clase de mujer que es, y que esté intentando regresar a pie hasta aquí. Eso lleva tiempo, vestida con traje de montar. Los exploradores de la Principal localizarán algún rastro. —Mientras se pasaba los dedos por la larga barba, Elyas soltó una risita desdeñosa—. Si soy incapaz de encontrar algo más que los mayenienses, me comeré la corteza de un árbol. Te la traeremos de vuelta.

A Perrin no lo engañó.

—Sí —contestó duramente. Elyas no lo había engañado; nadie podía escapar a pie de los Aiel—. Vete. Deprisa. —No, no lo había engañado. Lo que Elyas esperaba encontrar era el cadáver de Faile. Tenía que estar viva, y eso significaba que la tenían cautiva, pero mejor la cautividad que…

No podían hablar entre ellos del mismo modo que lo hacían con los lobos, pero Elyas vaciló como si hubiese entendido lo que pensaba Perrin. Aun así, no intentó convencerlo de que se equivocaba. Su castrado se puso en marcha en dirección sudeste, al paso, tan deprisa como se lo permitía la nieve. Y, tras lanzar una rápida ojeada a Perrin, Aram lo siguió; el rostro del joven tenía una expresión tormentosa. Al antiguo gitano no le gustaba Elyas, pero adoraba a Faile aunque sólo fuera porque era la esposa de Perrin.

Azuzar a los animales no traería nada bueno, se dijo Perrin, que miraba ceñudo a los dos hombres que se alejaban. Pero deseaba que corrieran. Deseaba correr con ellos. Se sentía como si unas minúsculas grietas se estuvieran extendiendo por su ser, tornándolo quebradizo. Si regresaban con una mala noticia, se haría pedazos. Para su sorpresa, los tres Guardianes azuzaron sus monturas entre los árboles, en pos de Elyas y Aram, levantando rociadas de nieve y con sus sencillas capas ondeando tras ellos; después, cuando los alcanzaron, acomodaron el ritmo de marcha al de los dos hombres.

Perrin se las arregló para hacer una leve inclinación de cabeza, agradecido, a Masuri y a Seonid, incluyendo a Edarra y a Carelle. Quienquiera que hubiese hecho la sugerencia, no cabía duda de quién había dado permiso. El hecho de que ninguna de las hermanas hubiese intentado tomar el mando daba la medida del control que las Sabias habían establecido. Seguramente las Aes Sedai habrían querido hacerlo, pero sus enguantadas manos permanecieron sobre las perillas de las sillas, y ninguna de las dos demostró impaciencia ni siquiera con un pestañeo.

No todo el mundo observaba a los hombres que se alejaban. Annoura alternaba su atención entre dirigirle miradas de compasión a él y estudiar a las Sabias por el rabillo del ojo. A diferencia de las otras dos hermanas, Annoura no había hecho promesas, pero se mostraba casi tan circunspecta con las Aiel como ellas. El único ojo de Gallene estaba puesto en Berelain, esperando una señal de que empuñara la espada que toqueteaba, en tanto que la Principal tenía puesta su atención en Perrin, su rostro todavía sosegado e indescifrable. Grady y Neald habían acercado las cabezas y echaban ojeadas sombrías en su dirección. Balwer permanecía muy quieto, como un gorrión posado en la silla, procurando pasar inadvertido, escuchando atentamente.

Arganda pasó con su castrado ruano delante del caballo negro de Gallene, haciendo caso omiso de la mirada furibunda del mayeniense. La boca del primer capitán mascullaba con rabia tras las brillantes barras del visor del yelmo, pero Perrin no alcanzó a oír nada. Faile ocupaba todos sus

Librodot

pensamientos. ¡Oh, Luz, Faile! Sentía el pecho como si se lo estuviesen comprimiendo bandas de hierro. Casi lo dominaba el pánico, y se aferraba con uñas y dientes al borde del precipicio.

Desesperadamente, dejó que su mente vagara lejos, buscando lobos. Elyas ya había debido de intentar eso —Elyas no se habría dejado llevar por el pánico ante la noticia— pero tenía que intentarlo él en persona. Encontró las manadas de *Tresdedos* y de *Aguafría,* las de *Crepúsculo,* de *Cuerno de Primavera y* de otros. El dolor fluía en su súplica de ayuda, pero aumentó más y más en su interior en lugar de disminuir. Habían oído hablar de Joven Toro, y lamentaban la pérdida de su hembra, pero se mantenían alejados de los dos piernas, que ahuyentaban toda la caza y daban muerte a cualquier lobo al que sorprendiesen solo. Había tantas manadas de dos piernas por allí, a pie y montados en los cuatro patas de pies duros, que no sabían si alguna de ellas era la que Joven Toro buscaba. Los dos piernas eran iguales para ellos, no distinguían unos de otros, salvo los que encauzaban, y los pocos que podían hablar con ellos. Le dijeron que llorara su pérdida, que siguiese adelante, y que volviera a encontrarla en el Sueño del Lobo.

Una tras otra, las imágenes que su mente transformaba en palabras se borraron, hasta que sólo quedó una. «Llora su pérdida, sigue adelante, y vuelve a encontrarla en el Sueño del Lobo.» Después también se borró.

—¿Estáis escuchando? —demandó duramente Arganda. No era un noble de rasgos suaves y, a despecho de las sedas y las incrustaciones de oro sobre la plata del peto, su aspecto denotaba lo que era: un soldado veterano que había empuñado la lanza por primera vez siendo un muchacho y que probablemente tenía dos docenas de cicatrices en el cuerpo. Sus oscuros ojos mostraban una expresión tan febril como la de los hombres de Masema. Olía a ira y a miedo—. ¡Esos salvajes también capturaron a la reina Alliandre!

—Encontraremos a vuestra reina cuando encontremos a mi esposa —repuso Perrin con una voz tan fría y dura como el filo de su hacha. Tenía que estar viva—. ¿Qué tal si me explicáis a qué viene todo esto? Parece que vuestros hombres están formados, listos para cargar. De hecho, contra los míos. —También tenía otras responsabilidades. Admitir tal cosa era más amargo que la hiel. Comparado con Faile nada contaba, pero los hombres de Dos Ríos *eran* su gente.

Arganda acercó su montura y agarró a Perrin por la manga.

—¡Escuchadme bien! La Principal Berelain dice que eran Aiel los que capturaron a la reina Alliandre, y hay Aiel resguardándose detrás de esos arqueros vuestros. Tengo hombres que se sentirían muy satisfechos de someterlos a interrogatorio. —Su mirada enardecida se dirigió fugazmente hacia Edarra y Carelle. A lo mejor estaba pensando que eran dos Aiel y sin arqueros que le impidieran llegar hasta ellas.

—El primer capitán está... alterado —murmuró Berelain mientras posaba una mano en el otro brazo de Perrin—. Le he explicado que ninguno de los Aiel que hay aquí están implicados en el ataque. Estoy convencida de que puedo convencerlo...

Perrin se sacudió de encima su mano y se soltó de la del ghealdano de un brusco tirón.

—Alliandre me juró lealtad, Arganda. Vos se la jurasteis a ella, y eso me convierte en vuestro señor. Dije que encontraré a Alliandre cuando encuentre a Faile. —El filo de un hacha. Ella estaba viva—. No interrogaréis a nadie no tocaréis a nadie, a menos que yo lo ordene. Lo que haréis será

coger a vuestros hombres y regresar a vuestro campamento, ahora, y estad preparados para cabalgar cuando dé la orden. Si no estáis listos cuando llame, os dejaremos atrás.

Arganda lo miró fijamente; su respiración era agitada, y sus ojos se desviaron otra vez un momento, en esta ocasión hacia Grady y Neald, para después volver a clavarse en Perrin.

—Como ordenéis, milord —repuso fríamente.

Hizo dar media vuelta a su ruano, gritó órdenes a sus oficiales y se puso a galope antes de que éstos empezaran a transmitirlas a los hombres. Los ghealdanos comenzaron a retirarse en columnas, cabalgando en pos de su primer capitán. Hacia su campamento, aunque a saber si Arganda se proponía quedarse allí o no. Y si no sería para mal si lo hacía.

—Has llevado muy bien este asunto, Perrin —dijo Berelain—. Es una situación difícil, y un momento muy doloroso para ti.

La formalidad había desaparecido ahora. Era simplemente una mujer rebosante de compasión. Oh, sí, Berelain tenía mil disfraces distintos. La mujer alargó la mano, pero Perrin hizo recular a *Recio* antes de que pudiese tocarlo.

—¡Ya está bien, maldita sea! —gruñó—. ¡Han capturado a mi esposa! ¡No tengo paciencia para aguantar tus juegos infantiles!

Ella se irguió como si la hubiese golpeado. La sangre se agolpó en sus mejillas, y de nuevo cambió, el porte flexible y esbelto sobre la silla de montar.

—Nada de infantiles, Perrin —murmuró con una voz cargada de jocosidad—. Dos mujeres compitiendo por ti, teniéndote como premio. Deberías sentirte halagado. —Luego se volvió hacia el jefe de la Guardia Alada—. Acompañadme, mayor Gallene. Supongo que también nosotros deberíamos prepararnos para emprender la marcha al recibir la orden.

El hombre tuerto regresó junto a ella, al trote que permitía la nieve, hacia donde esperaban los hombres de la Guardia Alada. Iba inclinado un poco hacia Berelain, como si estuviese escuchando instrucciones. Annoura siguió parada allí, cogiendo las riendas de su yegua marrón. Bajo la nariz ganchuda su boca formaba una prieta línea.

—A veces sois un perfecto necio, Perrin Aybara. Muy a menudo, de hecho.

Él no sabía de qué hablaba la mujer, y tampoco le importaba. A veces la Aes Sedai parecía resignada a que Berelain anduviese detrás de un hombre casado, y otras parecía que le divertía y colaboraba incluso en ello arreglando las cosas para que Berelain se encontrase sola con él. En ese momento, tanto la Principal como la Aes Sedai le asqueaban. Taconeó a *Recio* en los flancos y se alejó al trote sin pronunciar palabra.

Los hombres situados en la cumbre de la colina abrieron un hueco para que pasara; hablaban en murmullos entre ellos, sin dejar de mirar a los lanceros al pie de la ladera que se alejaban, y volvieron a abrirse para dejar paso a las Sabias, las Aes Sedai y los Asha'man, que se dirigieron hacia sus tiendas. No rompieron filas y rodearon a Perrin, como éste había esperado, y por lo que se sintió agradecido. En la cumbre apestaba a recelo.

La nieve había sido pisoteada hasta quedar algunos parches limpios salvo por los pegotes helados, y otros tramos eran planchas de hielo. Las cuatro Sabias que se habían quedado cuando él cabalgó hacia Abila se encontraban de pie delante de una de las tiendas Aiel, altas e impasibles, con los oscuros chales sobre los hombros, observando a las dos hermanas

Librodot

acompañadas por Carelle y Edarra mientras desmontaban, y aparentemente sin prestar la menor atención a lo que ocurría a su alrededor. Los *gai'shain* que las servían, en lugar de criados, realizaban sus tareas cotidianas en silencio, sumisamente, el rostro oculto bajo la capucha de la túnica blanca. ¡Pero si incluso un tipo sacudía una alfombra colgada sobre una cuerda atada entre dos árboles! Entre los Aiel, la única señal de que habían estado a punto de enzarzarse en un combate se veía en Gaul y las Doncellas, que estaban en cuclillas, apoyados sobre los talones, con el *shoufa* envolviéndoles la cabeza, el velo negro cubriéndoles el rostro salvo los ojos, y las lanzas cortas y las adargas de piel de toro en las manos. Al tiempo que Perrin desmontaba de un salto, se pusieron de pie.

Dannil Lewin se acercó trotando, mordisqueándose nerviosamente el espeso bigote que hacía parecer su nariz aún más grande de lo que ya era. Llevaba el arco en una mano y guardaba una flecha en la aljaba que colgaba de su cinturón.

—No sabía qué otra cosa hacer, Perrin —dijo con voz entrecortada. Dannil había estado en los pozos de Dumai y se había enfrentado a los trollocs allá, en casa, pero esto estaba más allá de lo que era su visión del mundo—. Para cuando nos enteramos de lo que había ocurrido, esos tipos ghealdanos ya venían hacia aquí, así que envié a explorar a Jondyn Barran y a otros dos, Hu Marwin y Get Ayliah, y les dije a los cairhieninos y a tus sirvientes que formaran un círculo con las carretas y se quedaran dentro; hubo que atar a esa gente que sigue a lady Faile a todas partes, porque querían ir en su busca y ninguno de ellos sabe distinguir una huella de un roble. Después traje a todos los demás aquí. Creí que esos ghealdanos iban a cargar contra nosotros, hasta que la Principal llegó con sus hombres. Deben de estar locos para pensar que cualquiera de nuestros Aiel le haría daño a lady Faile.

Los hombres de Dos Ríos siempre se referían a Faile con su título, aunque a él siguiesen llamándolo por su nombre.

—Actuaste bien, Dannil —contestó Perrin mientras le entregaba las riendas de *Recio.* Hu y Get eran buenos conocedores de los bosques, y Jondyn Barran era capaz de seguir el rastro del viento del día anterior.

Gaul y las Doncellas empezaban a marcharse, en fila india. Todavía estaban velados—. Que uno de cada tres hombres continúe aquí —le ordenó apresuradamente Perrin a Dannil; sólo porque le hubiese hecho frente a Arganda allá abajo no era razón para creer que el hombre había cambiado de idea—. Los demás que vuelvan al campamento para recoger y empaquetar las cosas. Quiero salir tan pronto como se sepa algo.

Sin esperar respuesta, corrió para salir al paso a Gaul y detener al hombre más alto poniéndole la mano en el pecho. Por alguna razón, los verdes ojos de Gaul se estrecharon. Sulin y las demás Doncellas que venían en fila detrás de él adoptaron una postura de alerta.

—Encuéntrala, Gaul —dijo Perrin—. Todas vosotras, encontrad a los que la han atrapado, por favor. Si hay alguien capaz de rastrear a los Aiel, sois vosotros.

La tensión en los ojos de Gaul desapareció tan repentinamente como había aparecido, y las Doncellas también se relajaron. Es decir, hasta donde podía decirse tal cosa de un Aiel. Aquello era muy raro. No podían pensar que los culpaba de lo ocurrido en ningún sentido.

—Todos despertamos del sueño algún día —respondió con delicadeza Gaul—. Pero, si todavía sueña, la encontraremos. Sin embargo, si fueron Aiel

Librodot

los que la han atrapado, debemos partir ya. Se moverán rápidamente, incluso con... esto. —Pronunció la palabra con un tono asqueado y dio una patada a un montón de nieve.

Perrin asintió en silencio y se hizo rápidamente a un lado para dejar que los Aiel salieran al trote. Dudaba que pudiesen mantener ese ritmo mucho tiempo, pero de lo que no le cabía duda era de que avanzarían más deprisa de lo que podría cualquier otra persona. A medida que las Doncellas pasaban delante de él, cada una de ellas se llevaba los dedos a los labios, por encima del velo, y después lo tocaban en el hombro. Sulin, que marchaba a continuación de Gaul, le dedicó un breve cabeceo, pero ninguna pronunció palabra. Seguro que Faile sabía lo que significaba que se besaran los dedos.

Cayó en la cuenta de que había otra cosa rara en ellas cuando la última Doncella hubo pasado ante él. Dejaban que Gaul las condujera. Normalmente, cualquiera de ellas le habría clavado una lanza antes de permitir tal cosa. ¿Por qué? Quizá... Claro, Chiad y Bain habrían acompañado a Faile. A Gaul le importaba poco Bain, pero Chiad era otra historia. Ciertamente las Doncellas no habían alentado las esperanzas de Gaul de que Chiad renunciara a la lanza para casarse con él —¡ni mucho menos!—, pero quizá fuera por eso.

Perrin gruñó, enfadado consigo mismo. Chiad y Bain y a saber quién más. Aunque el miedo por Faile lo cegara, al menos debería haber preguntado eso. Si quería recuperarla, necesitaba ahogar el miedo y ver. Pero era como intentar desmenuzar una roca con las manos.

La cumbre de la colina bullía de actividad ahora. Alguien se había llevado a *Recio,* y hombres de Dos Ríos abandonaban el círculo formado alrededor de la cima y descendían presurosos hacia el campamento, comentando a gritos lo que habrían hecho si los lanceros hubiesen cargado. De vez en cuando, un hombre alzaba la voz preguntando por Faile, si alguien sabía si la señora se encontraba bien, si iban a ir a buscarla, pero otros lo hacían callar precipitadamente mientras dirigían miradas preocupadas a Perrin. Los *gai'shain* seguían realizando sus tareas con toda tranquilidad, en medio del bullicio. A menos que les ordenaran dejarlo, habrían actuado igual si la batalla hubiese estallado a su alrededor, sin hacer nada para ayudar ni para esconderse. Todas las Sabias se habían metido en una de las tiendas, con Seonid y Masuri, y los paños de la entrada no sólo estaban bajados, sino también atados. No querían que las molestaran. Sin duda estarían hablando de Masema. Posiblemente discutiendo cómo matar a ese hombre sin que Rand ni él se enteraran de que lo habían hecho.

Golpeó con el puño la palma de su otra mano, irritado. Se había olvidado de Masema. Se suponía que el hombre tenía que reunirse con él antes de la caída de la noche, con la dichosa guardia de honor de cien hombres. Con suerte, los exploradores mayenienses habrían regresado para entonces, y Elyas y los otros poco después.

—Milord Perrin... —dijo Grady detrás de él, y Perrin se volvió. Los dos Asha'man se encontraban allí con sus caballos, toqueteando las riendas en un gesto de incertidumbre. Grady cogió aire y continuó tras el cabeceo de asentimiento de Neald—. Nosotros dos podríamos cubrir un montón de terreno, Viajando. Y si encontramos al grupo que la ha raptado... En fin, dudo que ni siquiera unos cuantos cientos de Aiel puedan impedir que dos Asha'man la traigan de vuelta.

Perrin abrió la boca para decirles que empezaran de inmediato la

Librodot

búsqueda, pero volvió a cerrarla. Grady había sido granjero, cierto, pero no cazador ni un experto en terrenos boscosos. Neald consideraba un pueblo cualquier sitio que no tuviese muralla de piedra. Tal vez supiesen distinguir una huella de un roble, pero seguramente ni el uno ni el otro serían capaces de saber en qué dirección se dirigían esas huellas. Claro que él podía acompañarlos. No era tan bueno como Jondyn, pero... Sí, claro. Podía irse y dejar que Dannil se las entendiera con Arganda. Y con Masema. Por no mencionar las maquinaciones de las Sabias.

—Id a recoged vuestro campamento —respondió quedamente. ¿Dónde se habría metido Balwer? No se lo veía por ningún sitio. Desde luego, no parecía probable que él hubiese salido en busca de Faile—. Cabe la posibilidad de que se os necesite aquí.

Grady parpadeó sorprendido, y Neald se quedó boquiabierto.

Perrin no les dio ocasión de discutir. Echó a andar a zancadas hacia la tienda cerrada. No había manera de desatar los nudos desde el exterior. Cuando las Sabias querían que no las molestaran, no querían que las molestara nadie, ni jefes de clan ni ninguna otra persona. Incluido un habitante de las tierras húmedas a quien le habían enjaretado el título de Señor de Dos Ríos. Sacó el cuchillo del cinturón y se inclinó para cortar las lazadas; pero, antes de que pudiera introducir la hoja a través de la prieta unión de los paños de la entrada, éstos dieron un tirón como si alguien los estuviese desatando desde dentro. Perrin se puso derecho y esperó.

Los paños se abrieron, y Nevarin salió. Llevaba el chal atado alrededor de la cintura, pero salvo por la nubecilla de su aliento condensado no se veía otra señal de que la afectase el viento helado. Sus verdes ojos repararon en el cuchillo que Perrin empuñaba en la mano, y se puso en jarras en medio del tintineo de brazaletes. Era muy delgada, con el largo cabello de color dorado sujeto atrás por un pañuelo oscuro, y un palmo más alta que Nynaeve, pero le recordaba siempre a la antigua Zahorí. Le cerraba el paso a la tienda.

—Eres impetuoso, Perrin Aybara. —Su voz clara sonaba tranquila, pero él tuvo la impresión de que se planteaba la posibilidad de darle un bofetón. Sí, muy parecida a Nynaeve—. Aunque eso es comprensible dadas las circunstancias. ¿Qué quieres?

—¿Cómo...? —Tuvo que callarse para tragar saliva—. ¿Cómo la tratarán?

—No lo sé, Perrin Aybara. —No había compasión en su rostro, que se mostraba totalmente inexpresivo. Las Aiel podían dar lecciones a las Aes Sedai en eso—. Capturar habitantes de las tierras húmedas va en contra de las costumbres, salvo los Asesinos del Árbol, aunque eso ha cambiado. Como también matar sin necesidad. Pero muchos se han negado a aceptar las verdades reveladas por el *Car'a'carn.* El marasmo se apoderó de algunos y tiraron las lanzas, pero quizás las hayan tomado otra vez. Otros simplemente se marcharon para vivir como creían que debíamos hacerlo. Ignoro qué costumbres habrán conservado o cuáles habrán abandonado aquellos que abandonaron clan y septiar. —La única emoción que dejó entrever fue un atisbo de desprecio al final, por quienes habían dejado clan y septiar.

—Luz, mujer, ¡debes de tener alguna idea! O hacer alguna conjetura...

—Deja de actuar de forma irracional —lo interrumpió con brusquedad—. Los hombres suelen hacerlo en situaciones así, pero te necesitamos. Creo que tu imagen saldría mal parada ante los otros habitantes de las tierras

húmedas si tenemos que atarte hasta que te calmes. Ve a tu tienda. Si eres incapaz de controlar tus pensamientos, bebe hasta que no puedas pensar. Y no nos molestes cuando celebramos consejo. —Volvió a meterse en la tienda, y los paños se cerraron bruscamente y empezaron a torcerse a medida que volvían a atarse las lazadas.

Perrin se quedó mirando la lona cerrada mientras pasaba el pulgar por la hoja del cuchillo, y después enfundó el arma. Era más que posible que hicieran lo que Nevarin había amenazado que harían si entraba a la fuerza. Además, no le dirían nada de lo que quería saber. No creía que la mujer le hubiese ocultado algo en un momento así. No sobre Faile, en cualquier caso.

Había más tranquilidad en la cima de la colina; la mayor parte de los hombres de Dos Ríos se habían ido. Los que quedaban seguían vigilando atentamente el campamento ghealdano, allá abajo, y pateaban el suelo para conservar calientes los pies, pero nadie hablaba. Los discretos *gai'shain* apenas hacían ruido. Los árboles ocultaban en parte los campamentos de los ghealdanos y los mayenienses, pero Perrin alcanzó a ver que se estaban cargando carretas en ambos. Aun así, decidió dejar hombres de guardia. Arganda podía estar intentando engañarlo para que se confiara. Un hombre que olía como él podía mostrarse... irracional, concluyó para sus adentros, malhumorado.

No podía hacer nada en la cima de la colina, de modo que empezó a caminar los ochocientos metros que lo separaban de su tienda. La tienda que compartía con Faile. Fue tropezando cada dos pasos, abriéndose paso trabajosamente cuando la nieve le llegaba por encima de las rodillas. Agarró los bordes de la capa, tanto para evitar que el viento la sacudiera como para conservar el calor. Pero no había calor en él.

El campamento de Dos Ríos bullía de actividad cuando llegó. Las carretas seguían colocadas en un gran círculo; las cargaban los hombres y mujeres de las fincas de Dobraine en Cairhien, y otros preparaban los caballos para ensillarlos. Las ruedas de las carretas, tan inútiles en aquella nieve profunda como en barrizales, estaban atadas a los costados de los vehículos y habían sido sustituidas por anchos deslizadores de madera. Abrigados con tantas capas de ropa que muchos parecían el doble de anchos de lo que eran realmente, los cairhieninos apenas hicieron una pausa en sus tareas para mirarlo; por el contrario, cada hombre de Dos Ríos que lo veía se paraba para mirarlo fijamente hasta que alguien le daba un codazo y le decía que siguiera con lo que estaba haciendo. Perrin agradeció que ninguno manifestara en voz alta la compasión reflejada en aquellas miradas, porque temía que se habría venido abajo y se habría echado a llorar en caso contrario.

Tampoco allí parecía que hubiese algo que él pudiera hacer. Su enorme tienda —suya y de Faile— ya había sido desmontada y cargada en un carro, junto con el contenido. Basel Gill caminaba junto a las carretas, con una larga lista en las manos. El rechoncho hombre ocupaba el puesto de *shambayan,* haciéndose cargo del gobierno doméstico de la casa de Faile —de Perrin— como una ardilla en un almacén de grano. Sin embargo, más acostumbrado a la ciudad que a viajar fuera de sus murallas, lo afectaba mucho el frío y, además de una capa, llevaba una gruesa bufanda alrededor del cuello, un sombrero de fieltro de ala caída y gruesos guantes de lana. Por alguna razón, Gill se encogió al verlo y murmuró algo sobre ir a comprobar los carros antes de salir disparado. Extraño.

Entonces a Perrin se le ocurrió una idea y, tras dar con Dannil, le

Librodot

ordenó que se relevara a los hombres de la cumbre cada hora y que se asegurara de que todo el mundo tomaba una comida caliente.

—Ocupaos de los hombres y los caballos primero —dijo una voz fina pero firme—. Pero después debéis cuidar de vos mismo. Hay sopa caliente en la olla, y algo que parece pan, y he dejado también un poco de jamón ahumado. Un estómago lleno hará que vuestro aspecto no recuerde tanto a un asesino suelto.

—Gracias, Lini —contestó. ¿Un asesino suelto? Luz, se sentía más como una víctima que como un asesino—. Comeré dentro de un rato.

La primera doncella de Faile era una mujer de apariencia frágil, con la piel como cuero curtido y cabello blanco, recogido en un moño alto, pero mantenía la espalda bien recta y sus oscuros ojos eran penetrantes y vivos. Sin embargo, ahora había arrugas de preocupación en su frente, y sus manos asían la capa con excesiva crispación. Desde luego, estaría preocupada por Faile, pero...

—Maighdin iba con ella —dijo, y no necesitó el gesto de asentimiento de la mujer. Por lo visto, Maighdin estaba siempre con Faile. Un tesoro, era como la había denominado Faile. Y Lini parecía considerarla casi una hija, aunque a veces daba la impresión de que a Maighdin no le gustaba tanto esa relación como a Lini—. Las traeré de vuelta —prometió—. A todas ellas. —La voz casi se le quebró al decir aquello—. Sigue con tu trabajo —añadió bruscamente, con precipitación—. Comeré dentro de un rato. Tengo que ocuparme de... De... —Se alejó sin terminar la frase.

No había nada de lo que tuviera que ocuparse. Nada en lo que pensar, excepto en Faile. Apenas fue consciente de hacia dónde se dirigía hasta que sus pasos lo llevaron fuera del círculo de carretas.

Un centenar de metros más allá de las hileras de caballos estacados, el oscuro pico de un risco pedregoso se alzaba sobre la nieve. Desde allí podría divisar las huellas dejadas por Elyas y los otros. Desde allí, los vería regresar.

Su olfato le advirtió que no se encontraba solo antes de que llegara a la estrecha cresta del risco, le reveló quién estaba allí arriba. El otro hombre no debía de estar atento, porque Perrin llegó a lo alto de la roca antes de que se incorporara bruscamente de donde había permanecido acuclillado sobre los talones. Tallanvor acarició la empuñadura de la larga espada mientras miraba a Perrin con incertidumbre. Era un hombre alto, que había recibido duros golpes en la vida, y por lo general se mostraba muy seguro de sí mismo. Quizás esperaba una reprimenda por no encontrarse con Faile cuando la capturaron, aunque ella había rehusado al espadachín como guardia personal; de hecho había rehusado tener guardia personal. Al menos, aparte de Bain y Chiad, que por lo visto no contaban. O quizá sólo pensaba que le mandaría marcharse de allí, de vuelta a las carretas, para así poder quedarse solo. Perrin intentó dar a su cara un aspecto menos... ¿Cómo había dicho Lini? ¿Asesino suelto? Tallanvor estaba enamorado de Maighdin, y se casaría pronto con ella si las sospechas de Faile eran ciertas. Tenía derecho a estar allí vigilando.

Se quedaron en lo alto del risco mientras la luz del día menguaba sin que nada se moviese en el nevado bosque en todo ese tiempo. La oscuridad llegó sin que hubiese cambios, y sin que Masema apareciera, pero Perrin ni siquiera se acordó de él. La luna creciente se reflejaba en la nieve y daba casi tanta luz como si estuviese llena. Hasta que las nubes empezaron a ocultarla y las sombras proyectadas se desplazaron veloces sobre la nieve, cada vez

más espesas. Empezó a nevar en medio de un sonido susurrante, seco. La nieve taparía huellas y rastros. Silenciosos en el frío de la noche, los dos hombres siguieron allí, vigilantes, esperando, confiando.

Librodot

CAPÍTULO 3

Costumbres

Durante la primera hora tras haber sido capturada y mientras caminaba penosamente a través del bosque nevado, Faile temió congelarse. Las ráfagas de viento eran racheadas, intermitentes. Muy pocos de los dispersos árboles conservaban las hojas, y la mayoría de las que quedaban colgaban mustias, muertas. El viento penetraba en el bosque sin obstáculos y, a pesar de la corta duración de las ráfagas, su soplo era puro hielo. Perrin apenas ocupaba sus pensamientos, excepto con la esperanza de que de algún modo se enterara de los tratos secretos de Masema. Y lo de los Shaido, por supuesto; incluso si era ese pendón de Berelain la única que podía decírselo. Esperaba que la Principal hubiera escapado de la emboscada y le contase todo a Perrin. Y, después, que se cayera a un agujero y se rompiese el cuello. Sin embargo, tenía preocupaciones mucho más apremiantes que su marido. Había sido ella la que había tildado de otoñal el tiempo actual, pero lo cierto es que había gente que moría congelada en un otoño saldaenino; además, de sus ropas lo único que conservaba eran las oscuras medias de lana. Una de ellas le ataba los brazos a la espalda, por los codos, en tanto que la otra la llevaba anudada al cuello, a guisa de traílla. Las palabras valerosas servían de poco abrigo a la piel desnuda. Tenía demasiado frío para sudar, pero las piernas empezaron a dolerle enseguida por el esfuerzo de mantener el paso de sus captores. La columna Shaido, hombres y Doncellas velados, aflojaban el ritmo cuando la nieve les subía hasta las rodillas, pero de inmediato reanudaban un trote regular cuando volvía a bajarles a los tobillos, y no parecían cansarse. Unos caballos no avanzarían más deprisa en largas distancias. Tiritando, siguió adelante con esfuerzo, bregando por inhalar aire entre los dientes, que mantenía prietos para que no le castañetearan.

Los Shaido eran menos numerosos de lo que había calculado durante el ataque, unos ciento cincuenta, creía, y casi todos portaban lanzas o arcos, prestos para usar. La posibilidad de que alguien los pillara por sorpresa era mínima. Siempre alertas, caminaban silenciosamente a excepción del tenue crujido de la nieve bajo sus botas flexibles, altas hasta las rodillas. Pero los tonos verdes, grises y pardos de sus ropas destacaban en la blancura del paisaje. El color verde se había incorporado al *cadin'sor* desde que cruzaron la Pared del Dragón, le habían contado Bain y Chiad, para facilitar el camuflaje en un entorno verde. ¿Por qué no habrían añadido el blanco, para el invierno? Ahora se los podía divisar a cierta distancia. Faile procuró no pasar ningún detalle por alto, recordar cualquier cosa que pudiera ser de utilidad después, llegado el momento de escapar. Esperaba que sus compañeras prisioneras estuviesen haciendo lo mismo. Perrin habría salido en su busca, sin duda, pero la idea de ser rescatada no entró en sus cálculos en ningún momento. «Espera el rescate y quizás esperarás siempre.» Además, tenían que escapar lo más rápidamente posible, antes de que sus captores se reuniesen con el resto de los Shaido. Todavía no sabía cómo,

pero tenía que haber algún modo. La única baza a su favor era que el grueso del clan Shaido debía encontrarse a días de distancia. Esa zona de Amadicia era un completo caos, pero no parecía posible que hubiese miles de Shaido demasiado cerca sin que hubiesen tenido noticia de ello.

Una vez, a poco de emprender la marcha, había intentado mirar hacia atrás para ver a las mujeres que habían sido capturadas con ella, pero el único resultado fue acabar de bruces en un banco de nieve. Medio enterrada en el polvo blanco, jadeó, conmocionada por la impresión del frío, y volvió a aspirar aire bruscamente cuando el enorme Shaido que sujetaba la correa la puso de pie. Tan ancho como Perrin y una cabeza más alto que él, Rolan se limitó a agarrarla por el pelo y tirar para incorporarla, tras lo cual la obligó a reanudar la marcha con un enérgico azote en la desnuda nalga y retomó el ritmo de largas zancadas que la forzó a caminar rápidamente. El cachete habría servido para hacer que una yegua se moviera; a despecho de su desnudez, en los azules ojos de Rolan no había nada de la mirada del varón a una mujer. Una parte de ella se alegró profundamente; y otra parte se quedó ligeramente... desconcertada. Ni que decir tiene que no quería que ese Aiel la mirara con lujuria o interés siquiera, ¡pero aquellas miradas apacibles eran casi insultantes! Después de aquello, procuró por todos los medios no caerse, aunque, a medida que pasaban las horas sin hacer un alto en la marcha, mantenerse en pie simplemente fue requiriendo un mayor esfuerzo.

Al principio le preocupó qué partes de su cuerpo se congelarían antes, pero para cuando la mañana hubo dado paso a la tarde sin hacer un alto, su atención se enfocó exclusivamente en sus pies. Rolan y los que marchaban delante de él aplastaban la nieve haciendo una especie de camino, pero aun así quedaban fragmentos de costra helada, de bordes afilados, y Faile empezó a dejar manchas rojas en sus huellas. Peor era el propio frío. Había visto los resultados de la congelación. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que los dedos empezaran a ponérsele negros? Tambaleándose, flexionaba los pies al dar los pasos, y no dejaba de abrir y cerrar las manos. Los dedos, tanto de las manos como de los pies, eran los que corrían mayor peligro de congelarse, pero antes o después pasaría lo mismo con la piel desnuda, expuesta a los rigores del frío. En cuanto a la cara y al resto del cuerpo, sólo le cabía esperar que no sufrieran secuelas. Flexionar las extremidades era doloroso y hacía que los cortes en los pies le escocieran, pero cualquier sensación era mejor que no sentir nada. Cuando tal cosa ocurría, entonces es que quedaba poco tiempo de vida. Flexionar y dar un paso, flexionar y dar otro. Ése era el único pensamiento que ocupaba su mente: seguir caminando sobre las piernas temblorosas y evitar que manos y pies se le congelaran. Siguió adelante.

De pronto, chocó bruscamente contra Rolan y rebotó contra su ancho pecho, jadeando. Medio aturdida, si no atontada del todo, no se había dado cuenta de que el Aiel se había parado, al igual que los que lo precedían; en la columna, algunos miraban hacia atrás mientras que el resto vigilaba el entorno con cautela, empuñadas las armas como si esperasen un ataque. Eso fue todo lo que le dio tiempo a ver antes de que Rolan le agarrara un puñado de pelo de nuevo y se agachara para levantarle un pie y examinárselo. ¡Luz, ese hombre la trataba realmente como a una yegua!

Luego le soltó el cabello y el pie, le rodeó las piernas con un brazo y un instante después el enfoque visual de Faile giró al ser aupada sobre su hombro, cabeza abajo, junto al estuche del arco de cuerno que llevaba colgado a la espalda. La indignación de Faile aumentó cuando el Aiel la

Librodot

movió despreocupadamente hasta encontrar una postura más cómoda para cargar con ella, pero la mujer ahogó su ira antes de que la dominara. No era el lugar ni el momento. Sus pies ya no tocaban la nieve, y eso era lo que importaba. Además, así podía recobrar el aliento. No obstante, al menos podía haberle avisado.

No sin esfuerzo, arqueó el cuello para ver a sus compañeras, y sintió alivio al comprobar que todas continuaban en el grupo. Prisioneras desnudas, cierto, pero estaba segura de que sólo habrían dejado atrás un cadáver. Las que todavía seguían de pie llevaban atadas al cuello medias o tiras de tela cortadas de sus ropas, y la mayoría tenía los brazos atados a la espalda. Alliandre ya no intentaba inclinarse sobre sí misma para cubrirse. Otras preocupaciones habían reemplazado el pudor de la reina de Ghealdan. Jadeante y temblorosa, se habría desplomado de no ser porque el achaparrado Aiel que le examinaba los pies la tenía sujeta por los hombros. Achaparrado en un Aiel significaba que en la mayoría de los sitios su aspecto habría pasado inadvertido, salvo por los hombros casi tan anchos como los de Rolan. Alliandre tenía el oscuro cabello suelto y despeinado a la espalda, y el semblante demacrado. Detrás de la reina, Maighdin parecía encontrarse casi en tal mal estado como ella, jadeante, con el cabello dorado rojizo revuelto y los azules ojos mirando al vacío, pero aun así se las arreglaba para mantenerse erguida por sí misma mientras una Doncella muy delgada le examinaba uno de los pies. De algún modo, la doncella de Faile tenía más porte de reina que Alliandre, si bien una reina de aspecto desastroso.

En comparación, Bain y Chiad parecían encontrarse en tan buenas condiciones físicas como los Shaido, aunque la mejilla de Chiad estaba hinchada y amoratada por el golpe recibido cuando las atraparon, y la sangre oscura que apelmazaba el rojo y corto cabello de Bain y. que le manchaba la cara parecía haberse congelado. Eso no era bueno; podría dejar una cicatriz. Sin embargo, ninguna de las dos Doncellas respiraba con dificultad, y ellas mismas se examinaron los pies. De todas las prisioneras eran las únicas que no iban atadas... salvo por costumbres más fuertes que unas cadenas. Habían aceptado tranquilamente su suerte, servir un año y un día como *gai'shain.* Bain y Chiad podrían ser de ayuda en una huida —Faile no estaba segura de hasta qué punto las coartaba la costumbre— pero ellas mismas no intentarían escapar.

Las últimas prisioneras, Lacile y Arrela, trataban de imitar la conducta de las Doncellas, por supuesto, aunque con poco éxito. Un Aiel alto se había limitado a coger a la diminuta Lacile bajo un brazo para examinarle los pies, y la humillación teñía de rojo sus pálidas mejillas. Arrela era alta, pero las dos Doncellas que se habían hecho cargo de ella eran más altas que la propia Faile, y manejaban a la teariana con indiferente soltura. El ceño crispaba su cara morena por el examen de que era objeto y tal vez por el rápido intercambio del lenguaje de señas entre ellas. Faile esperaba que la teariana no causara problemas, no ahora. Todos los componentes de *Cha Faile* intentaban ser como los Aiel, vivir como creían que ellos vivían, pero Arrela deseaba ser una Doncella, y le molestaba que Sulin y las demás no quisieran enseñarle ese lenguaje. Habría sido peor aún si hubiera sabido que Bain y Chiad le habían enseñado un poco a Faile. No lo suficiente para comprender todo lo que las Doncellas decían ahora, pero sí algo. Mejor que Arrela no lo entendiera. Pensaban que la habitante de las tierras húmedas tenía los pies delicados y que ella en conjunto era demasiado blanda y estaba mal criada, lo que sin duda habría hecho estallar a la teariana.

Librodot

Resultó que Faile no tendría que haberse preocupado por Arrela. La teariana se puso tensa cuando una de las Doncellas se la cargó al hombro —fingiendo que se tambaleaba mientras utilizaba la mano libre para lanzar un rápido mensaje a la otra Doncella, que soltó una risotada detrás del velo—, pero después de ver que Bain y Chiad colgaban boca abajo, sumisamente, en el hombro de unos Aiel, Arrela se relajó. Lacile chilló cuando el hombretón que la sostenía la volteó de pronto para echársela también al hombro, pero después la joven se calló, si bien su rostro seguía rojo como la grana. Su emulación de las Aiel acabó resultando ser una ventaja, desde luego.

Por el contrario, con Alliandre y Maighdin, las últimas que Faile había esperado que causaran problemas, la situación fue totalmente distinta. Cuando comprendieron lo que sucedía, las dos se resistieron ferozmente. No podía llamarse lucha realmente, estando las dos desnudas, exhaustas, con los brazos atados a la espalda, pero se retorcieron y gritaron y dieron patadas a todos los que tenían cerca, y Maighdin llegó incluso a clavarle los dientes en la mano a un Aiel descuidado, y aguantó el mordisco como un perro de presa.

—¡Basta, no seáis necias! —gritó Faile— ¡Alliandre, Maighdin! ¡Dejad que os lleven! ¡Obedecedme!

Ni doncella ni vasalla le hicieron el menor caso. Maighdin rugía como un león, sin soltar la mano mordida del Aiel. Alliandre fue reducida y acabó tendida en el suelo, todavía chillando y pateando. Faile abrió la boca para gritar otra orden.

—La *gai'shain* guardará silencio —gruñó Rolan mientras le daba una fuerte palmada en las nalgas.

Faile rechinó los dientes y masculló en voz baja. ¡Lo que le costó otra palmada! El hombre llevaba los cuchillos que le había quitado metidos en el cinturón. ¡Si pudiera coger aunque sólo fuese uno...! No. Lo que debía soportarse, podía aguantarse. Su propósito era escapar, no hacer gestos inútiles.

La resistencia de Maighdin duró un poco más que la de Alliandre, hasta que un par de hombres fornidos fueron capaces de obligarla a abrir la mandíbula y soltar la mano del Aiel. Hicieron falta dos. Para sorpresa de Faile, en lugar de abofetearla, el tipo al que había mordido sacudió la mano para quitarse la sangre ¡y se echó a reír! Pero no por ello se libró Maighdin. En un visto y no visto, la doncella de Faile se encontraba boca abajo sobre la nieve, al lado de la reina. Sólo les dieron unos segundos para dar un respingo y tiritar por el frío. Dos Shaido, uno de ellos una Doncella, aparecieron entre los árboles pelando las ramas laterales de sendas varas flexibles con los pesados cuchillos. Luego, con un pie plantado entre los omóplatos de cada mujer y un puño sobre los codos atados para apartar las manos que se agitaban, unos rojos verdugones empezaron a florecer sobre las blancas caderas.

Al principio, las dos mujeres siguieron peleando, retorciéndose a pesar de tenerlas sujetas. Sus esfuerzos resultaron aún más inútiles que cuando estaban de pie. De la cintura para arriba sólo se movían sus cabezas y las manos. Alliandre no dejaba de chillar que no podían hacerle eso a ella, algo comprensible tratándose de una reina, aunque absurdo en aquellas circunstancias. Obviamente podían, y lo hacían. Lo sorprendente fue que Maighdin gritara exactamente lo mismo. Habríase dicho que pertenecía a la realeza en lugar de ser la doncella de una noble. Faile sabía con certeza que Lini la había azotado sin que hiciese tantos aspavientos. En cualquier caso,

Librodot

las protestas no les sirvieron de nada ni a la una ni a la otra. Los metódicos varazos prosiguieron hasta que las dos patearon y aullaron, pero sin decir nada, y continuaron un poco más, por si acaso. Cuando finalmente fueron cargadas a hombros como las demás prisioneras, lloraban amargamente, desaparecido todo afán de lucha.

Faile no las compadeció. Las muy necias se merecían cada varazo, en su opinión. Aparte de los pies cortados y de la congelación, cuanto más tiempo pasaran a la intemperie desnudas, mayor la posibilidad de que alguna de ellas no sobreviviera para huir. Los Shaido debían de llevarlas a algún tipo de refugio, y Alliandre y Maighdin habían retrasado la llegada a él. Quizá la demora había sido sólo un cuarto de hora, pero unos minutos podían significar la diferencia entre la vida y la muerte. Además de lo cual, hasta los Aiel bajarían un poco la guardia una vez que encontrasen refugio y encendiesen hogueras. Y podían descansar, cargados como iban. Estarían preparadas para aprovechar la oportunidad cuando se presentara.

Con las prisioneras al hombro, los Shaido reemprendieron la marcha con aquel paso veloz. Si acaso, parecían avanzar a través del bosque más deprisa que antes. Al mecerse, Faile se golpeaba contra el estuche del arco, y además empezaba a marearse. Cada zancada de Rolan le ocasionaba una punzada en el estómago. Subrepticiamente, intentó encontrar otra posición en la que los zarandeos y golpes no fuesen tan fuertes.

—Estáte quieta o te caerás —murmuró Rolan mientras le daba palmaditas en la cadera del mismo modo que habría hecho con un caballo para tranquilizarlo.

Faile levantó la cabeza y miró a Alliandre, fruncido el ceño. No era mucho lo que veía de la reina de Ghealdan, y esa parte estaba cruzada de verdugones escarlatas, desde las caderas hasta casi las rodillas en la parte posterior de los muslos. Pensándolo bien, un corto retraso y unos cuantos moretones quizá fuesen un pequeño precio a cambio de pegarle un buen mordisco a ese bruto que la zarandeaba como si fuese un saco de grano. Pero no en la mano. En la garganta sería mejor. Una idea muy osada, y completamente inútil. Y estúpida.

Aunque la llevaran a cuestas sabía que debía combatir el frío. En cierto modo, empezó a comprender, ir cargada era peor. Caminando al menos había tenido que luchar para mantenerse derecha y despierta; pero, a medida que avanzaba la tarde y crecía la oscuridad, el movimiento de balanceo sobre el hombro de Rolan parecía tener un efecto soporífero. No. Era el frío lo que le estaba embotando el cerebro, aletargando su sangre. Tenía que combatirlo o moriría.

Siguiendo un ritmo, movió las manos y los brazos atados, tensó y relajó las piernas, obligando a los músculos a activar el riego sanguíneo. Pensó en Perrin, planeando lo que su esposo debería hacer respecto a Masema y cómo lo convencería si rehusaba. Imaginó la discusión que tendrían cuando él se enterara de que había estado utilizando a los componentes de *Cha Faile* como espías, y planeó cómo afrontar su ira y conducirla. Era un arte guiar la ira de un marido en la dirección que se quería, y ella había aprendido de una experta: su madre. Sería una fantástica discusión. Y fantástica sería también la reconciliación que vendría después.

Pensar en esa reconciliación con Perrin hacía que se olvidara de flexionar los músculos, de modo que se centró en la discusión, en la planificación de su estrategia. Sin embargo, el frío le embotaba la mente; empezó a perder el hilo, y tuvo que sacudir la cabeza para comenzar de

Librodot

nuevo por el principio. Los gruñidos de Rolan de que se estuviera quieta ayudaban, era una voz en la que centrarse, que la mantenía despierta. Hasta los azotes en el trasero que la acompañaban eran una ayuda, a pesar de lo mucho que odiaba tener que admitir tal cosa; cada palmada era un sobresalto que la despertaba por completo. Al cabo de un tiempo, se esforzó por moverse más, después rebulló hasta estar a punto de caerse, para provocar los rudos azotazos. Cualquier cosa, con tal de mantenerse despierta. No habría sabido decir cuánto tiempo pasó, pero sus movimientos y zarandeos se fueron debilitando, hasta que Rolan dejó de gruñir, cuanto menos darle azotes. ¡Luz, quería que el tipo la golpeara como si fuese un tambor!

«¿Por qué demonios iba a querer yo tal cosa?», pensó, aturdida, y en un rinconcito de su mente embotada comprendió que la batalla estaba perdida. La noche parecía más oscura de lo que debería ser. Ni siquiera distinguía el brillo de la luna en la nieve. Se sentía deslizándose, más y más deprisa, hacia una oscuridad aún más profunda. Con un gemido silencioso, se sumió en el letargo.

Llegaron los sueños. Se encontraba sentada en el regazo de Perrin, cuyos brazos la ceñían tan fuerte que apenas podía moverse, delante de un gran fuego que ardía en un enorme hogar. Su barba rizada le arañaba las mejillas mientras le mordisqueaba las orejas casi dolorosamente. De repente, un ventarrón sopló a través de la habitación, ahogando el fuego como si fuese una vela. Y Perrin se convirtió en humo que se desvaneció en el viento. Sola en la horrible oscuridad, luchó contra el viento, pero éste la tiró y la hizo rodar una y otra vez hasta que se sintió tan mareada que no distinguía arriba de abajo. Sola y sin dejar de rodar en la helada oscuridad, sabiendo que nunca volvería a verlo.

Corría por una tierra helada, resbalando y tropezando de ventisquero en ventisquero, cayendo, incorporándose para echar a correr dominada por el pánico, inhalando aire tan frío que le hería la garganta como fragmentos de cristal. Los carámbanos brillaban en las desnudas ramas que la rodeaban, y un viento gélido soplaba a través del bosque deshojado. Perrin estaba muy enfadado, y ella tenía que huir. No recordaba por qué habían discutido, sólo que de algún modo había provocado en su hermoso lobo una inmensa cólera, hasta el punto de que había empezado a tirar cosas. Sólo que Perrin no tiraba cosas. Lo que iba era a ponerla boca abajo sobre sus rodillas, como había hecho en una ocasión, hacía mucho tiempo. Sin embargo, ¿por qué huía de eso? Todavía quedaba por venir la reconciliación. Y, por supuesto, haría que pagara la humillación. En realidad, lo había hecho sangrar un poco una o dos veces, con el tiro acertado de un cuenco o una jarra, sin querer hacerle daño realmente, y sabía que él nunca le haría daño a ella. Pero también sabía que debía correr, seguir adelante, o moriría.

«Si me alcanza —pensó—, al menos una parte de mí estará caliente.» Y empezó a reírse por eso, hasta que la blanca y muerta tierra a su alrededor se puso a girar, y supo que ella también estaría muerta muy pronto.

La monstruosa hoguera se alzaba imponente ante ella, una enorme pila de gruesos troncos envueltos en el rugiente fuego. Estaba desnuda. Y tenía frío; mucho, mucho frío. Por mucho que se acercase a la hoguera, sentía el frío en los huesos, la carne tan helada que se quebraría si recibía un golpe. Se acercó más y más. El calor de las llamas aumentó hasta que la hizo encogerse de dolor, pero el frío glacial permanecía atrapado dentro de su piel. Más cerca. ¡Oh, Luz, quemaba, quemaba! Y el frío seguía dentro. Más

Librodot

cerca. Empezó a gritar al sentir el espantoso dolor de la quemadura, pero por dentro seguía siendo de hielo. Más cerca. Más cerca. Iba a morir. Chilló, pero sólo había silencio, y frío.

Era de día, pero un espeso manto de nubes cubría el cielo. La nieve caía constante, copiosamente; los copos ligeros como algodón giraban en el viento a través de los árboles. No era un viento fuerte, pero lamía con lenguas de hielo. En las ramas se amontonaba la nieve hasta que se apilaba demasiado y se venía abajo por su propio peso y por el viento, descargando más rociadas blancas sobre el suelo. El hambre le hincaba sus dientes romos en el estómago. Un hombre muy delgado y muy alto, con una capucha de lana blanca cubriéndole el rostro, le metía algo en la boca a la fuerza, el borde de una taza grande de loza. Sus ojos eran increíblemente verdes, como esmeraldas, y los rodeaban cicatrices fruncidas. Estaba arrodillado en una gran manta marrón, con ella, y otra manta, con rayas grises, envolvía su desnudez. El sabor de té caliente, muy cargado de miel, fue como un estallido en su lengua, y agarró débilmente la delgada muñeca del hombre con las dos manos, por si intentaba apartar la taza de su boca. Sus dientes castañeteaban contra la taza, pero tragó el dulzón y caliente brebaje con ansia.

—No tan deprisa; no debes derramar ni una gota —dijo mansamente el hombre de ojos verdes. La mansedumbre no encajaba con aquel rostro fiero, y tampoco con la voz de timbre grave—. Ofendieron tu honor. Pero eres habitante de las tierras húmedas, así que quizá no cuenta en tu caso.

Poco a poco cayó en la cuenta de que aquello no era un sueño. Las ideas fluían en un lento goteo de sombras que se disipaban si intentaba retenerlas con demasiado empeño. El bruto de la túnica blanca era un *gai'shain.* La traílla y las ataduras habían desaparecido. El hombre soltó su muñeca de los dedos que la sujetaban sin fuerza, pero lo hizo para verter un líquido oscuro del odre que llevaba colgado en el hombro. De la taza salió vapor y aroma a té.

Tiritando tan violentamente que casi se cayó, Faile se ajustó la manta de rayas alrededor del cuerpo. Un intenso dolor en los pies empezó a hacerse patente; de haberlo intentado Faile no habría podido ponerse de pie. Tampoco es que quisiera hacerlo. La manta le cubría todo, salvo los pies, siempre y cuando se mantuviera encogida; si se levantaba dejaría las piernas al aire, y puede que algo más. Sin embargo, era en el calor en lo que pensaba, no en el pudor, aunque era poco lo que le quedaba de ambas cosas. Los dientes del hambre se volvieron más afilados; no podía dejar de tiritar. Se sentía helada por dentro, y el calor del té ya era un recuerdo. Sus músculos parecían masa de pastel cuajada hacía una semana. Deseaba bajar la vista a la taza que se llenaba poco a poco, codiciando el contenido, pero se obligó a buscar a sus compañeras.

Todas estaban en fila junto a ella, Maighdin, Alliandre y todas las demás, desplomadas sobre las rodillas, encima de mantas, tiritando bajo mantas moteadas de copos de nieve. Delante de cada una de ellas había un *gai'shain* arrodillado, con un odre lleno y una taza, e incluso Bain y Chiad bebían como si estuviesen muertas de sed. Alguien había limpiado la sangre de la cara de Bain; pero, a diferencia de la última vez que Faile las había visto, las dos Doncellas parecían tan demacradas e inestables como las demás. Desde Alliandre hasta Lacile, sus compañeras estaban... ¿Cómo era la frase de Perrin? Ah, sí. Estaban hechas unos zorros. Pero todas seguían vivas, y eso era lo importante. Sólo los vivos podían escapar.

Librodot

Rolan y los otros *algai'd'siswai* que se habían encargado de ellas formaban un grupo al otro extremo de la línea de mujeres arrodilladas. Eran cinco hombres y tres mujeres; a las Doncellas el manto de nieve les llegaba casi hasta la rodilla. El velo negro colgaba sobre el torso, y observaban a sus prisioneras y a los *gai'shain* con gesto impasible. Por un instante, Faile los miró con el entrecejo fruncido, intentando captar algo que se le escapaba. Sí, por supuesto. ¿Qué había sido de los demás? Huir sería más fácil si el resto se había marchado por alguna razón. Y había algo más, otra vaga incógnita que no acababa de pillar.

De repente, lo que había detrás de los ocho Aiel le saltó a la vista, y la pregunta y la respuesta le llegaron al mismo tiempo. ¿De dónde habían salido los *gai'shain? A* unos cien pasos de distancia, medio velado por los desperdigados árboles y la nieve que caía, fluía un constante río de gente, animales de carga, carros y carretas. Un río no; una riada de Aiel en marcha. En lugar de ciento cincuenta Shaido, ahora tenía que vérselas con todo el clan al completo. Parecía imposible que tanta gente pudiera pasar a un día o dos de marcha de Abila sin levantar cierta alarma, aun contando con la anarquía que reinaba en el campo, pero tenía la prueba delante de sus ojos. Sintió como si le cayese una losa encima. Quizá la huida no fuese más difícil, pero lo dudaba.

—¿Cómo me ofendieron? —preguntó entrecortadamente, y luego cerró la boca con fuerza para que los dientes dejaran de castañetear, aunque volvió a abrirla cuando el *gai'shain* llevó de nuevo la taza a sus labios. Tragó el precioso calor, se atragantó, y se obligó a beber más despacio. El té estaba tan cargado de miel que en otras circunstancias le habría parecido empalagoso, pero ahora calmó un poco su hambre.

—Vosotros, los habitantes de las tierras húmedas, no sabéis nada —dijo desdeñoso el hombre de las cicatrices—. Los *gai'shain* no llevan nada de ropa hasta que se les pueden proporcionar las adecuadas. Pero temían que os congelaseis hasta morir, y lo único que tenían para abrigaros eran sus chaquetas. Se te humilló, al tratarte de débil, si es que los habitantes de las tierras húmedas tenéis orgullo. Rolan y otros muchos del grupo son *Mera'din,* pero Efalin y los demás deberían haber sabido a qué atenerse. Efalin no debería haberlo permitido.

¿Humillarla? Más bien enfurecerla. Reacia a apartar la cara de la bendita taza, giró los ojos hacia el gigantón que la había transportado como un saco de grano y le había azotado las nalgas sin compasión. Recordó vagamente haber agradecido aquellas fuertes palmadas, pero eso era imposible. ¡Pues claro que era imposible! Rolan no tenía el aspecto de un hombre que hubiese pasado todo un día y parte de la noche trotando, cargado además con el peso de alguien. El aliento de su respiración, que se condensaba al contacto con el aire, salía de su boca de manera regular. *¿Mera'din?* Le parecía recordar que eso significaba «sin hermanos» en la Antigua Lengua, lo que no le aclaraba nada, pero había percibido un timbre de desprecio en la voz del *gai'shain.* Tendría que preguntarles a Bain y Chiad, y esperaba que ésa no fuera una de las cosas sobre las que los Aiel no debían hablar con los habitantes de las tierras húmedas, ni siquiera con los que eran amigos íntimos. Cualquier tipo de información podía ayudar a llevar a buen fin la huida.

De modo que habían abrigado a sus prisioneras para resguardarlas del frío, ¿verdad? Bueno, pues si no hubiese sido por Rolan y los demás, ninguna habría corrido el peligro de congelarse. Aun así, quizá le debiera un

Librodot

pequeño favor. Muy pequeño, considerándolo todo. A lo mejor sólo le cortaba las orejas. Si es que alguna vez tenía ocasión de hacerlo, encontrándose rodeada de miles de Shaido. ¿Miles? El número de Shaido ascendía a cientos de miles, y decenas de miles de ellos eran *algai'd'siswai.* Furiosa consigo misma, luchó contra la desesperación. Escaparía; todas escaparían, ¡y se llevaría las orejas de ese hombre como trofeo!

—Me ocuparé de que Rolan lo pague como merece —masculló cuando el *gai'shain* apartó la taza de sus labios para volver a llenarla. El hombre le lanzó una mirada de sospecha, y Faile se apresuró a añadir—: Como bien dices, soy habitante de las tierras húmedas. Casi todas nosotras lo somos. No seguimos el *ji'e'toh.* Según vuestras costumbres, no se nos debería hacer *gai'shain,* ¿me equivoco? —La cara surcada de cicatrices del hombre no acusó ningún cambio, ni el más mínimo. En algún rincón de su cerebro se formó el pensamiento de que era demasiado pronto, que todavía no conocía el terreno que pisaba, pero su razonamiento, aún embotado por el frío, no dejó que la idea llegara a su mente para hacerle contener la lengua—. ¿Y si los Shaido deciden romper otras costumbres? Podrían decidir no dejarte marchar cuando hayas cumplido tu tiempo de servicio.

—Los Shaido rompen muchas costumbres —contestó plácidamente él—, pero yo no. Me queda medio año más de vestir de blanco. Hasta entonces, serviré como exige la tradición. Si ya estás en condiciones de hablar tanto, entonces es que has bebido suficiente té.

Faile le cogió la taza torpemente. Las cejas del hombre se enarcaron, y ella se apresuró a ajustarse con una mano la manta que la cubría, sintiendo que las mejillas le ardían. Él sí sabía que estaba mirando a una mujer. ¡Luz, no hacía más que meter la pata, como un buey ciego! Tenía que pensar, que concentrarse. Su cerebro era la única arma con la que contaba. Y, por el momento, más que cerebro parecía que tenía un queso congelado. Bebió el dulce y caliente té mientras se planteaba un nuevo enfoque de la situación y si de algún modo podía sacar ventaja de estar rodeada por miles de Shaido. Sin embargo no se le ocurrió nada. Nada de nada.

Librodot

CAPÍTULO 4

Ofertas

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? —dijo la voz dura de una mujer.

Faile alzó la cabeza y se quedó mirando fijamente, olvidado por completo el té.

Dos mujeres Aiel, con una *gai'shain* mucho más baja que ellas en medio, aparecieron en la tormenta de nieve; a pesar de que se hundían casi hasta las pantorrillas en el profundo manto blanco caminaban con pasos firmes y largos. Al menos, las mujeres más altas; la *gai'shain* tropezaba y se tambaleaba en su afán por no quedarse atrás, y una de las otras la agarraba por el hombro para asegurarse de que fuera así. Las tres justificaban la mirada de hito en hito de Faile. La que vestía de blanco mantenía la cabeza sumisamente agachada, tanto como era posible, y llevaba las manos metidas en las anchas mangas de la túnica, como se suponía que debía hacer una *gai'shain,* pero sus ropas tenían el lustre de seda gruesa, nada menos. Los *gai'shain* tenían prohibido lucir joyas, pero un cinturón ancho, de oro y gotas de fuego, le ceñía el talle, y debajo de la capucha se atisbaba un collar a juego que casi le tapaba la garganta. Muy pocas personas, aparte de la realeza, podían permitirse joyas de esa categoría. Sin embargo, por muy extraña que fuese la *gai'shain,* Faile estudió a las otras. Algo le dijo que eran Sabias. Irradiaban demasiada autoridad para que fueran otra cosa; esas mujeres estaban acostumbradas a mandar y a que se las obedeciera. Pero, aparte de eso, su mera presencia llamaba la atención. La que tiraba de la *gai'shain,* una águila seria, de ojos azules, con el oscuro chal envuelto en la cabeza, debía de medir su buen metro ochenta, tanto como muchos hombres Aiel, mientras que la otra era al menos ¡medio palmo más alta que Perrin! No obstante, no era corpulenta, salvo en una parte de su anatomía en particular. El cabello rubio rojizo le llegaba hasta la cintura, y lo llevaba retirado de la cara con un ancho pañuelo oscuro, mientras que el chal marrón descansaba sobre sus hombros, abierto lo suficiente para dejar a la vista la mitad de un busto increíblemente opulento asomando por el escote de la blusa blanca. ¿Cómo no se congelaba dejando tanta piel expuesta a los rigores de un tiempo así? ¡Todos aquellos pesados collares de marfil y oro debían de tener el tacto de trozos de hielo!

Cuando se pararon delante de las prisioneras arrodilladas, la mujer de rostro de águila frunció el ceño desaprobadoramente a los Shaido que las habían capturado, e hizo un gesto seco con la mano libre, despidiéndolos. Por alguna razón, siguió asiendo fuertemente el hombro de la *gai'shain.* Las tres Doncellas dieron media vuelta de inmediato y corrieron a unirse a la riada de Shaido que avanzaba por el bosque. También lo hizo uno de los hombres, pero Rolan y los demás intercambiaron una mirada desabrida antes de seguirlos. Tal vez significaba algo o tal vez no. De repente Faile supo cómo se sentía una persona atrapada en un remolino, aferrándose desesperadamente a la esperanza.

—Lo que tenemos son más *gai'shain* para Sevanna —dijo la mujer

increíblemente alta en un tono de sorna. Algunos habrían considerado bonito su rostro de rasgos firmes, si bien en comparación con la otra Sabia parecían blandos—. Sevanna no se sentirá satisfecha hasta que él mundo entero sea *gai'shain,* Therava. Tampoco es que me oponga a ello —acabó con una risa.

La Sabia de ojos de águila no rió. Su expresión era pétrea. Su voz sonó pétrea.

—Sevanna ya tiene demasiados *gai'shain,* Someryn. Tenemos demasiados *gai'shain.* Nos retrasan la marcha, obligándonos a ir despacio cuando deberíamos correr. —Su mirada acerada recorrió la línea de mujeres arrodilladas.

Faile se encogió cuando aquellos ojos se detuvieron en ella, y se apresuró a inclinar la cara sobre la taza. Jamás había visto a Therava, pero sólo con aquella mirada supo la clase de mujer que era: ansiosa de aplastar rotunda y totalmente cualquier desafío y capaz de ver un desafío hasta en una mirada casual. Bastante malo era ya cuando la mujer en cuestión era sólo una estúpida noble o alguien con quien se topaba uno en la calzada, pero escapar se convertiría en algo casi imposible si esa águila se interesaba personalmente en ella. De todos modos, la observó por el rabillo del ojo. Era como observar una serpiente coralillo, con las escamas brillando al sol, enroscada a un palmo de su cara.

«Sumisa —pensó—. Estoy arrodillada sumisamente, sin pensar en otra cosa que en beberme el té. No es necesario que me mires con atención, bruja de ojos fríos.» Esperaba que las demás hubiesen advertido lo mismo que ella.

Alliandre no lo había hecho, obviamente. Intentó incorporarse sobre los hinchados pies, se tambaleó y volvió a caer de rodillas con un gesto de dolor. Aun así, adoptó una postura erguida, alta la cabeza, envuelta en la manta de rayas rojas como si fuera un chal de seda o una espléndida vestidura. Las piernas desnudas y el cabello alborotado por el aire estropeaban en cierto modo su porte, pero pese a ello seguía siendo la encarnación de la arrogancia sobre un pedestal.

—Soy Alliandre Maritha Kigarin, reina de Ghealdan —anunció en voz alta, como una soberana dirigiéndose a unos rufianes vagabundos—. Sería aconsejable que nos trataseis bien a mí y a mis compañeras, y que castigaseis a quienes se han comportando con tanta grosería y rudeza. Podéis conseguir un buen rescate por nosotras, más de lo que podáis imaginar, y el perdón por vuestros delitos. Mi señora y yo necesitaremos hospedaje adecuado para nosotras y para su doncella hasta que puedan hacerse los arreglos oportunos. Unos alojamientos más corrientes servirán para las demás, siempre y cuando no se les haga daño alguno. No pagaré rescate si tratáis mal a cualquiera de las criadas de mi señora.

Faile habría gemido —¿es que esa estúpida mujer pensaba que estas personas eran simples bandidos?—, sólo que no tuvo tiempo.

—¿Es eso cierto, Galina? ¿Es una reina de las tierras húmedas?

Otra mujer había salido de los árboles por detrás de las prisioneras, montada a caballo, un castrado negro de gran alzada. Faile pensó que debía de ser Aiel, pero no lo tenía muy claro. Resultaba difícil asegurarlo cuando la mujer iba a caballo, pero parecía al menos tan alta como ella, y pocas mujeres lo eran salvo entre las Aiel, ciertamente no con aquellos ojos verdes y la tez tostada por el sol. Y, sin embargo... A primera vista, la ancha falda, de color oscuro era muy semejante a las de las otras Aiel, sólo que estaba dividida para cabalgar a horcajadas y parecía de seda, igual que la blusa de

color crema; y por el repulgo asomaban botas rojas, apoyadas en los estribos. El ancho pañuelo doblado que le sujetaba el cabello, largo y dorado, también era de seda roja brocada, y un aro de oro, del grosor de un pulgar y adornado con gotas de fuego, se ceñía sobre el pañuelo. En contraste con las joyas de oro trabajado y marfil tallado de las Sabias, los collares de gruesas perlas, esmeraldas, zafiros y rubíes medio ocultaban casi tanto busto como la tal Someryn exhibía. Los brazaletes casi le llegaban hasta los codos y se distinguían de los de las Sabias por la misma razón que los collares; y las Aiel no llevaban anillos, pero las piedras preciosas resplandecían en todos sus dedos. En lugar de un chal oscuro, una capa de intenso color carmesí, orlada con bordados de oro y forrada con piel blanca, ondeaba sobre sus hombros con el soplo del aire. No obstante, montaba con la torpeza propia de una Aiel.

—¿Y la señora de una reina? —inquirió extrañada—. ¿Eso significa que la reina le ha jurado lealtad? Entonces, es una mujer poderosa. ¡Respóndeme, Galina!

La *gai'shain* vestida de seda encorvó los hombros y dedicó una sonrisa rastrera a la mujer montada.

—Una mujer muy poderosa, si una reina le ha jurado lealtad, Sevanna —contestó anhelante—. Nunca había oído nada semejante, pero creo que es quien afirma ser. Vi a Alliandre una vez, hace años, y la muchacha que recuerdo podría haberse convertido en la mujer que está ahora aquí. Y fue coronada reina de Ghealdan. Ignoro por qué está en Amadicia. Los Capas Blancas o Roedran le echarían mano de inmediato si...

—Basta, Lina —instó firmemente Therava. La mano que descansaba sobre el hombro de Galina se apretó visiblemente—. Sabes que detesto que parlotees.

La *gai'shain* se encogió como si la hubiese golpeado, y cerró bruscamente la boca. Casi retorciéndose, sonrió a Therava con mayor adulación incluso que a Sevanna. El oro centelleó en uno de sus dedos al retorcerse las manos. También el miedo brilló en sus ojos. Unos ojos oscuros. Definitivamente no era Aiel. Therava parecía ajena al sometimiento de la mujer; había llamado al orden a un perro y éste había obedecido, simplemente. Su atención se centraba ahora en Sevanna. Someryn miró de reojo a la *gai'shain,* los labios fruncidos con desprecio, pero se cruzó el chal sobre el pecho y también volvió la vista hacia Sevanna. Los Aiel no dejaban traslucir apenas nada en sus semblantes, pero saltaba a la vista que Sevanna no le caía bien, y que al mismo tiempo era cautelosa con ella.

La mirada de Faile fue hacia la mujer del caballo, por encima del borde de la taza. En cierto modo, era como ver a Logain o a Mazrim Taim. Sevanna también había pintado su nombre en el cielo con sangre y fuego. Cairhien necesitaría años para recuperarse de lo que esa mujer había hecho allí, y las consecuencias se habían extendido a Andor, Tear y más allá. Perrin culpaba de ello a un hombre llamado Couladin, pero Faile había oído hablar lo suficiente sobre esa mujer para tener la perspicacia de adivinar de quién era la mano que estaba detrás de todo. Y nadie discutía que la matanza en los pozos de Dumai era culpa de Sevanna. Perrin había estado a punto de morir allí. Tenía una cuenta pendiente con Sevanna por eso. Accedería de buena gana a dejar que Rolan conservara sus orejas si podía resarcir esa cuenta.

La mujer vestida extravagantemente condujo su montura lentamente a lo largo de la hilera de mujeres arrodilladas. Sus ojos verdes eran casi tan fríos como los de Therava., El sonido de la nieve crujiendo bajo los cascos del

Librodot

animal pareció de repente muy fuerte.

—¿Cuál de vosotras es la doncella?

Extraña pregunta. Maighdin vaciló, prietas las mandíbulas, antes de levantar la mano por debajo de la manta. Sevanna asintió con gesto pensativo.

—¿Y la... señora de la reina?

Faile se planteó no contestar, pero, de un modo u otro, Sevanna se enteraría de lo que quería saber. De mala gana, levantó la mano. Y tembló por algo más que por el frío. Therava observaba la escena con aquellos ojos crueles, prestando mucha atención. A Sevanna y a aquellas que le interesaban.

Que ninguna advirtiera aquella mirada taladradora era algo que Faile no entendía, y sin embargo Sevanna no pareció darse cuenta mientras daba media vuelta al castrado al final de la fila.

—No pueden caminar con los pies así —dijo al cabo de un momento—. Y no veo razón para que vayan en las carretas con los niños. Cúralas, Galina.

Faile dio un respingo y casi dejó caer la jarra. Se la tendió al *gai'shain,* procurando disimular que era ésa exactamente su intención desde el principio. De todos modos estaba vacía. El tipo de la cara con cicatrices empezó a llenarla otra vez calmosamente. ¿Curar? No podía referirse a...

—De acuerdo —dijo Therava al tiempo que le propinaba un empujón a la *gai'shain* que la hizo trastabillar—. Hazlo rápido, pequeña Lina. Sé que no querrás decepcionarme.

Galina evitó por poco la caída, sólo para acercarse a trancas y barrancas hacia las prisioneras. Arrastraba la túnica y en algunos sitios se hundía en la nieve hasta más arriba de la rodilla, pero siguió con todo empeño hacia su meta. En su cara redonda se mezclaban el miedo y el asco con... ¿ansiedad, tal vez? En cualquier caso, era una combinación desagradable.

Sevanna completó el circuito, volviendo de nuevo donde Faile podía verla sin dificultad, y frenó al castrado frente a las Sabias. La boca de labios turgentes estaba tirante. El viento helado agitó su capa, pero ella no pareció advertirlo, como tampoco parecía notar la nieve que caía sobre su cabeza.

—Acabo de enterarme, Therava. —Su voz sonaba tranquila, pero sus ojos parecían a punto de descargar rayos—. Esta noche acampamos con los Jonine.

—Un quinto septiar —replicó fríamente Therava. Para ella tampoco parecían existir el viento y la nieve—. Cinco, mientras que aún quedan setenta y ocho esparcidos en el viento. Bueno será que recuerdes tu promesa de reunir de nuevo a los Shaido, Sevanna. No esperaremos para siempre.

Nada de rayos ahora: los ojos de Sevanna eran como volcanes verdes en erupción.

—Siempre hago lo que digo, Therava. Bueno será que lo recuerdes. Y recuerda que tú sólo me aconsejas, y que soy yo quien habla por el jefe del clan.

Hizo volver grupas al castrado y taconeó los flancos del animal intentando que galopara de vuelta al río de personas y carretas, aunque ningún caballo podía hacer tal cosa con una nieve tan profunda. El castrado negro consiguió avanzar a un ritmo algo más rápido que al paso, pero no mucho. Con los rostros tan inexpresivos como máscaras, Therava y Someryn siguieron con la mirada la marcha de caballo y amazona hasta que el blanco

velo de copos casi los ocultó.

Un intercambió interesante, al menos para Faile. Sabía reconocer una tensión tan tirante como cuerdas de arpa, y un odio mutuo. Una debilidad de la que podría sacar partido si se le ocurría un modo de hacerlo. Y al parecer no todos los Shaido se encontraban allí, después de todo. Aunque eran más que suficientes, a juzgar por el interminable discurrir de personas y carros. Galina llegó entonces ante ella, y todo lo demás desapareció de su mente.

Relajando la expresión hasta adoptar una pobre semejanza de compostura, Galina tomó la cabeza de Faile con ambas manos, sin pronunciar palabra. Quizá Faile soltó una exclamación ahogada; no habría podido asegurarlo. El mundo pareció girar a su alrededor mientras su cuerpo se ponía tenso con una sacudida que casi la levantó sobre los pies. Transcurrieron horas en un suspiro, o quizá los segundos se dilataron. La mujer vestida de blanco se apartó, y Faile cayó de bruces sobre la manta marrón, donde yació jadeante, con la mejilla pegada a la tosca lana. Los pies ya no le dolían, pero la Curación despertaba el apetito, y ella no había comido nada desde el desayuno del día anterior.

Podría haber engullido platos y platos de cualquier cosa. También había desaparecido el cansancio, pero ahora sus músculos parecían agua en lugar de masa de pastel. Se empujó con los brazos, que no querían sostener su peso, y se sentó arrodillada mientras se envolvía de nuevo en la manta de rayas grises. Estaba conmocionada tanto por lo que había visto en la mano de Galina justo antes de que la mujer le cogiese la cabeza, como por el proceso de la Curación. Agradeció que el hombre de las cicatrices sostuviese la humeante taza de té contra sus labios. No estaba segura de que sus dedos hubiesen podido hacerlo.

Galina no había perdido el tiempo. Alliandre, aturdida, intentaba en ese momento levantarse, ya que también había caído de bruces, y la manta de rayas que la cubría se deslizó al suelo sin que ella se percatara. Los verdugones habían desaparecido, por supuesto. Maighdin todavía yacía despatarrada boca abajo entre las dos mantas, sacudiendo espasmódicamente las extremidades en todas direcciones mientras se retorcía débilmente en un intento de recobrar el control de su cuerpo. Chiad, con las manos de Galina a ambos lados de la cabeza, se sacudió hasta incorporarse del todo al tiempo que agitaba los brazos y exhalaba de golpe todo el aire que tenía en los pulmones. La contusión amarillenta de su cara se borró ante los ojos de Faile. La Doncella se desplomó como si la hubiesen tumbado de un golpe cuando Galina la soltó para pasar a Bain, aunque empezó a rebullir casi de inmediato.

Faile se centró en su té mientras su cerebro discurría a marchas forzadas. El brillo de oro en el dedo de Galina era un anillo de la Gran Serpiente. Habría deducido que se trataba de un extraño regalo que le había hecho la misma persona que le dio las otras joyas de no ser por la Curación. Galina era Aes Sedai. Tenía que serlo. Mas ¿qué hacía allí una Aes Sedai, con ropas de *gai'shain?* ¡Por no mencionar su aparente buena disposición a lamer la mano de Sevanna y besar los pies de Therava! ¡Una Aes Sedai!

De pie ante una desmadejada Airela, la última de la fila, Galina jadeaba ligeramente por el esfuerzo de Curar a tantas en tan corto espacio de tiempo, y volvió los ojos hacia Therava como si esperase de ella una palabra de elogio. Sin molestarse siquiera en mirarla, las dos Sabias se encaminaron hacia la larga procesión de Shaido, con las cabezas juntas, hablando. Al

Librodot

cabo de un momento, la Aes Sedai frunció el ceño, se remangó la túnica y fue en pos de ellas tan deprisa como se lo permitía el profundo manto de nieve. Sin embargo, miró hacia atrás más de una vez. Faile tuvo la sensación de que siguió haciéndolo después de que la copiosa nevada interpusiera una cortina entre ellas.

Más *gai'shain* aparecieron caminando en dirección contraria, alrededor de una docena de hombres y mujeres, y sólo una era Aiel, una pelirroja larguirucha con una fina cicatriz blanquecina que le surcaba la cara desde el nacimiento del pelo hasta la mandíbula. Faile identificó cairhieninos bajos y de tez pálida, y otros que parecían ser amadicienses y altaraneses, más altos y de piel más morena, e incluso una domani de tez cobriza. La domani y una de las otras mujeres llevaban anchos cinturones de cadenas de oro ceñidos a la cintura, y collares de los mismos eslabones planos alrededor del cuello. ¡Y también uno de los hombres! En cualquier caso, las joyas de los *gai'shain* carecían de importancia, salvo como una curiosidad, sobre todo a la vista de la comida y las ropas que portaban.

Algunos de los recién llegados acarreaban cestos con hogazas de pan, queso amarillo y carne seca, y los *gai'shain* que ya estaban allí, con los odres llenos de té, les proporcionaron bebida para pasarlo. Faile no fue la única que engulló la comida con increíble ansiedad incluso mientras se vestía, torpemente y más preocupada por hacerlo deprisa que por la modestia. La túnica blanca con capucha y las dos vestiduras interiores de gruesa tela le parecieron maravillosamente cálidas, al igual que las medias de lana y las flexibles botas Aiel que le llegaban hasta la rodilla —¡hasta las botas eran de color blanco!—, pero no llenaban el agujero que parecía tener el estómago. La carne era correosa como cuero, el queso estaba casi tan duro como una piedra, y el pan no le andaba muy lejos, ¡pero le parecían un festín! La boca se le hacía agua con cada bocado.

Sin dejar de masticar un trozo de queso, acabó de atar la última lazada de la segunda bota y se puso erguida, alisándose la túnica. Mientras Faile cogía otro trozo de pan, una de las *gai'shain* que llevaba adornos de oro, una mujer rellenita, poco agraciada y de mirada cautelosa, sacó otro cinturón de oro de una talega que llevaba colgada en el hombro. Faile se tragó deprisa lo que tenía en la boca y retrocedió un paso.

—Prefiero no ponerme eso, gracias. —Tuvo la abrumadora sensación de haber cometido un error al desestimar aquellos adornos como algo sin importancia.

—Lo que tú quieras no cuenta —repuso la mujer rellenita, en tono cansado. Su acento era amadiciense, y culto—. Ahora sirves a lady Sevanna. Te pondrás lo que se te dé y harás lo que se te diga, o serás castigada hasta que comprendas el error de tu actitud.

A unos pasos de distancia, Maighdin rechazaba a la domani, resistiéndose a que le pusiera el collar, en tanto que Alliandre retrocedía para retirarse del hombre que lucía las cadenas de oro, el cual le tendía uno de esos cinturones. Por suerte, también las dos la miraban a ella. A lo mejor aquella tanda de varazos en el bosque había servido de algo.

Tras soltar el aire con fuerza, Faile les hizo un gesto de asentimiento y después permitió que la regordeta *gai'shain* le ciñese el cinturón. Con su ejemplo, las otras dos bajaron las manos. Aquella última rendición pareció ser más de lo que Alliandre podía soportar, y se quedó mirando al vacío mientras le ponían cinturón y collar. Maighdin intentó traspasar con la mirada a la delgada domani. Faile trató de sonreír para infundirles ánimo,

Librodot

pero esbozar una sonrisa no era nada fácil. Para ella, el chasquido seco del cierre del collar sonó como la puerta de una prisión al cerrarse. Tanto el cinturón como el collar podían quitarse tan fácilmente como se habían puesto, pero los *gai'shain* al servicio de «lady Sevanna» estarían bajo una estrecha vigilancia. Los desastres se habían sucedido uno tras otro; por fuerza las cosas tenían que mejorar de ahora en adelante. Por fuerza.

Poco después, Faile caminaba trabajosamente a través de la nieve, sintiendo las piernas temblorosas, junto a una Alliandre de mirada apagada y una Maighdin ceñuda, rodeadas de *gai'shain* que conducían animales de carga o transportaban a la espalda grandes cestos cubiertos o tiraban de carretillas, con las ruedas montadas sobre deslizadores de madera. Los carros y las carretas también llevaban puestos deslizadores, mientras que las ruedas desmontadas iban atadas sobre la carga. La nieve sería algo nuevo para los Shaido, pero ya habían aprendido algo sobre cómo viajar por ella. Ni Faile ni las otras dos cargaban bultos, aunque la amadiciense regordeta les dejó claro que a partir del día siguiente y en adelante tendrían que hacerlo. Fuese cual fuese el número de Shaido que formaban la columna, parecía que toda una ciudad, si no una nación, se había puesto en movimiento. Los niños, hasta una edad de doce o trece años, iban montados en las carretas, pero aparte de ellos todo el mundo iba a pie. La totalidad de los hombres vestía *cadin'sor,* pero el atuendo de la mayoría de las mujeres se componía de falda, blusa y chal, como las Sabias, y la mayoría de los varones portaba una única lanza o ninguna arma, y parecían más blandos que los otros, entendiéndose por blandos que eran piedras menos duras que el granito.

Para cuando la amadiciense se hubo marchado, sin darles su nombre y sin decir nada aparte de que obedecieran o serían castigadas, Faile cayó en la cuenta de que había perdido de vista a Bain y a las otras tras la espesa cortina de blancos copos. Nadie le había ordenado que se situara en una posición en particular, de modo que caminó cansinamente atrás y adelante por la columna, acompañada por Alliandre y Maighdin. Llevar las manos cruzadas y metidas en las mangas hacía que caminar resultara dificultoso, sobre todo sobre la nieve, pero al menos así las conservaba calientes. Al menos todo lo calientes que cabía esperarse en las circunstancias actuales. El viento se ocupaba de que mantuvieran la capucha bien echada. A despecho de los cinturones dorados —una señal identificativa— ni *gai'shain* ni Shaido las miraban más que de pasada. Sin embargo, a pesar de cruzar la columna una docena de veces o más, la búsqueda resultó infructuosa. Había personas con las ropas blancas por todas partes, más que sin ellas, y cualquiera de aquellas profundas capuchas podía ocultar la cara de una de sus compañeras.

—Tendremos que encontrarlas esta noche —dijo finalmente Maighdin, que se las arreglaba para caminar con pasos enérgicos, aunque de un modo un tanto torpe. Sus azules ojos echaban chispas debajo de la capucha, y asía con una mano la ancha cadena que le rodeaba el cuello, como si deseara quitársela de un tirón—. Ahora mismo, lo único que estamos consiguiendo es dar diez pasos por cada uno que dan los demás. O veinte. No será de mucha ayuda que lleguemos al campamento esta noche demasiado exhaustas para movernos.

Al otro lado de Faile, Alliandre salió de su aturdimiento lo bastante para enarcar una ceja ante el tono contundente de Maighdin. Faile se limitó a mirar de soslayo a su doncella, pero bastó para que Maighdin enrojeciera y

Librodot

tartamudeara. ¿Qué le pasaba a esa mujer? No obstante, no sería lo que esperaba de una criada; pero, como compañera en la huida, desde luego no podía ponerle defectos a su temple. Lástima que su capacidad de encauzar fuese tan mínima. Hubo un tiempo en que Faile había albergado grandes esperanzas respecto a eso, hasta que se enteró de que Maighdin poseía tan poca habilidad que no servía de nada.

—Sí, será esta noche, Maighdin —convino. O todas las noches que fueran necesarias, pero eso no lo mencionó. Echó una rápida ojeada en derredor para comprobar que no había nadie lo bastante cerca para escucharlas. Los Shaido, vestidos con *cadin'sor* o sin él, avanzaban resueltamente bajo la nevada, dirigiéndose hacia una meta invisible. Los *gai'shain,* los otros *gai'shain,* se movían impulsados por un propósito distinto: obedecer o ser castigados—. Por el poco caso que nos prestan —continuó—, a lo mejor sería posible quedarse por el camino, siempre y cuando no se intente ante las narices de un Shaido. Si cualquiera de vosotras tiene oportunidad de hacerlo, adelante. Estas ropas os ayudarán a ocultaros en la nieve; y, una vez que encontréis un pueblo, el oro que tan generosamente nos han proporcionado servirá para que encontréis a mi esposo. Estará siguiéndonos. —No demasiado deprisa, esperaba. Al menos, no demasiado cerca. Los Shaido eran un ejército, tal vez pequeño comparado con otros, pero mayor que el de Perrin.

El semblante de Alliandre se endureció con una expresión de determinación.

—No me marcharé sin vos —dijo quedamente, pero en tono firme—. No tomo a la ligera mi juramento de fidelidad, milady. ¡O escapo con vos, o no lo haré!

—Habla en nombre de las dos —manifestó Maighdin—. Seré una simple doncella —pronunció la palabra con un tono desdeñoso—, pero no dejaré atrás a nadie con esos... ¡esos bandidos!

Su voz no sólo era firme: no admitía discusión. ¡Realmente, después de esto Lini tendría que mantener una larga conversación con ella para ponerla en su sitio! Faile abrió la boca para discutir; no, para ordenar. Alliandre le debía obediencia como su vasalla, y Maighdin como su doncella, por mucho que la hubiera desequilibrado la experiencia de la captura. ¡Seguirían sus órdenes! Pero dejó que las palabras murieran en su lengua.

Unas formas oscuras que se aproximaban en medio de la oleada de Shaido y la copiosa nevada se concretaron en un grupo de mujeres Aiel con el chal enmarcándoles el rostro. Therava iba al frente de ellas. Musitó una palabra, y las demás aflojaron el paso para quedarse un poco retrasadas, en tanto que Therava se unía a Faile y sus compañeras. Es decir, empezó a caminar a su lado. Sus fieros ojos parecieron helar hasta el entusiasmo de Maighdin, a pesar de que la Sabia se limitó a dirigirles una rápida ojeada. Para ella, no eran merecedoras de su mirada.

—Estáis pensando en escapar —empezó. Ninguna abrió la boca, pero la Sabia añadió en un tono desdeñoso—: ¡No intentéis negarlo!

—Intentaremos servir como debemos, Sabia —contestó con cuidado Faile. Mantenía la cabeza agachada, poniendo buen cuidado en no encontrarse con los ojos de la mujer.

—Conoces algo de nuestras costumbres. —Therava parecía sorprendida, pero eso desapareció de inmediato—. Bien. Pero me tomas por necia si piensas que creo que servirás mansamente. Veo carácter en vosotras tres, para ser habitantes de las tierras húmedas. Algunos nunca tratan de

Librodot

escapar y unos pocos lo intentan, pero sólo los que mueren lo consiguen. A los vivos siempre se los trae de vuelta. Siempre.

—Tendré en cuenta vuestras palabras, Sabia —repuso sumisamente Faile. ¿Siempre? Bien, tenía que haber una primera vez para todo—. Todas nosotras las tendremos en cuenta.

—Oh, muy bien —murmuró Therava—. Podrías convencer incluso a alguien tan ciega como Sevanna. Sin embargo, ten presente esto, *gai'shain.* Los habitantes de las tierras húmedas no son como los otros que visten de blanco. En lugar de ser liberadas al cabo de un año y un día, serviréis hasta que estéis demasiado encorvadas y arrugadas para que podáis trabajar. Yo soy vuestra única esperanza de eludir ese destino.

Faile tropezó en la nieve y, si Alliandre y Maighdin no la hubiesen agarrado por los brazos, se habría ido de bruces al suelo. Therava ordenó con un gesto impaciente que siguiesen caminando. Faile se sentía enferma. ¿Que Therava las ayudaría a escapar? Chiad y Bain afirmaban que los Aiel no sabían nada del Juego de la Casas y despreciaban a los habitantes de las tierras húmedas por utilizarlo, pero Faile percibió claramente todas las corrientes subterráneas que la rodeaban ahora. Unas corrientes que las arrastrarían al fondo si daba un paso en falso.

—No entiendo, Sabia. —Ojalá su voz no sonara tan ronca de repente.

Empero, quizá fue ese timbre enronquecido lo que convenció a Therava. La gente como ella creía en el miedo como motivación antes que cualquier otro sistema. Fuera como fuese, la mujer sonrió. No fue una sonrisa afable, sino simplemente una mueca que curvaba sus finos labios, y la única emoción que transmitía era satisfacción.

—Vosotras tres observaréis y escucharéis mientras servís a Sevanna, Una Sabia os preguntará a diario, y repetiréis cada palabra pronunciada por Sevanna y por la persona con la que hable. Si habla en sueños, también repetiréis lo que murmura. Complacedme, y yo me ocuparé de que se os deje atrás.

Faile no quería saber nada de eso, pero negarse quedaba descartado. Si rehusaba, ninguna de ellas estaría viva al día siguiente. De eso no le cabía la menor duda. Therava no correría riesgos. Puede que ni siquiera llegaran vivas a la caída de la noche; la nieve ocultaría rápidamente tres cadáveres vestidos de blanco, y dudaba mucho que alguien de alrededor protestase lo más mínimo si Therava decidía cortar unas cuantas gargantas aquí o allí. Además, todo el mundo estaba concentrado en seguir caminando a través de la nieve. Puede que ni siquiera lo vieran.

—Si se entera... —Faile tragó saliva. Therava les estaba pidiendo que caminaran al borde de un precipicio. No, les estaba ordenando que lo hicieran. ¿Matarían los Aiel a los espías? Nunca se le había ocurrido preguntarles ese detalle a Chiad y a Bain—. ¿Nos protegeréis, Sabia?

La mujer de rasgos duros asió la barbilla de Faile con dedos acerados, obligándola a detenerse bruscamente y a alzarse sobre las puntas de los pies. Los ojos de Therava se clavaron en los suyos y los retuvieron con idéntica firmeza. A Faile se le quedó la boca seca. Aquella mirada prometía dolor.

—Si se entera, *gai'shain,* yo misma os destriparé y os prepararé para cocinar, de modo que aseguraos de que no lo descubra. Esta noche serviréis en sus tiendas. Vosotras y un centenar más, así que no tendréis muchas ocupaciones que os distraigan de lo que es importante.

Tras unos instantes de observarlas intensamente a las tres, Therava

Librodot

asintió con la cabeza, satisfecha. Veía tres mujeres de las tierras húmedas, demasiado blandas y débiles para hacer otra cosa que no fuese obedecer. Sin añadir nada más, soltó a Faile y se dio media vuelta; en cuestión de segundos la nieve pareció tragárselas a ella y a las otras Sabias.

Durante un rato, las tres mujeres caminaron trabajosamente, en silencio. Faile no sacó el tema de que cualquiera huyese sola, cuanto menos el de dar órdenes. Estaba segura de que, si lo hacía, las otras rehusarían de nuevo. Aparte de todo lo demás, acceder ahora podría parecer que Therava las había hecho cambiar de idea, que lo había hecho el miedo. Faile conocía lo suficiente a las dos mujeres para estar convencida de que ninguna de ellas admitiría que esa mujer la asustaba. A ella sí, desde luego. «Y antes me tragaría la lengua que admitirlo en voz alta», pensó malhumorada.

—Me pregunto a qué se refería con eso de... cocinar —dijo finalmente Alliandre—. Los interrogadores de los Capas Blancas a veces atan a los prisioneros a un espetón y les dan vueltas encima del fuego, según me han contado.

Maighdin se rodeó a sí misma con los brazos, sacudida por un escalofrío, y Alliandre sacó la mano de la manga justo lo suficiente para darle unas palmaditas en el hombro.

—No te preocupes —dijo—. Si Sevanna tiene un centenar de sirvientes, puede que nunca tengamos que acercarnos lo bastante para escuchar lo que habla. Y podemos elegir lo que les contemos, de manera que no pueda rastrearnos por lo que se ha filtrado.

Maighdin rió amargamente bajo la capucha.

—Piensas que todavía tenemos opción de elegir algo. Pues no la tenemos. Te hace falta aprender qué es no tener opciones. Esa mujer no nos ha escogido porque tengamos «carácter». —Casi escupió la palabra—. Apuesto que Therava ha dado la misma charla a todos los sirvientes de Sevanna. Si se nos escapa una sola palabra que deberíamos haber escuchado, ten por seguro que se enterará.

—Puede que tengas razón —concedió Alliandre al cabo de un momento—. Pero no vuelvas a hablarme en esos términos, Maighdin. Las circunstancias que atravesamos son duras, por no decir algo peor, pero no olvides quién soy.

—Hasta que escapemos —replicó Maighdin—, eres una sirvienta de Sevanna. Si no piensas en ti misma como en una sirvienta cada momento, entonces es posible que acabes en el espetón. Y con sitio para nosotras, porque nos arrastrarás contigo.

La capucha de Alliandre le ocultaba el rostro, pero su espalda se puso más y más tensa con cada palabra. Era inteligente, y sabía cómo hacer lo que debía, pero tenía el genio de una reina cuando no lo controlaba, así que Faile habló antes de que estallase.

—Hasta que consigamos huir, todas somos sirvientas —manifestó firmemente. Luz, sólo le faltaba que esas dos empezaran a pelearse—. Pero tendrás que disculparte, Maighdin. ¡Ahora!

Con la cabeza agachada, su doncella murmuró algo que podría ser una disculpa. Prefería tomarlo como tal, en cualquier caso.

—En cuanto a ti, Alliandre, espero que seas una buena sirvienta. —Alliandre dejó escapar un sonido, una medio protesta, que Faile pasó por alto—. Si queremos tener una oportunidad de escapar, debemos hacer lo que nos manden, trabajar duro, y atraer la atención lo menos posible. —¡Como si no hubiesen llamado la atención ya, y de sobra!—. Y le contaremos a

Therava hasta si Sevanna estornuda. No sé lo que Sevanna haría si se enterara, pero creo que todas tenemos una buena idea de lo que Therava hará si la contrariamos.

Aquello bastó para sumir a las dos mujeres en el mutismo. Sí, tenían una idea bastante clara de lo que Therava haría, y matarlas no sería lo peor.

La nevada se redujo a unos pocos copos sueltos al mediodía. Negros nubarrones seguían cubriendo el cielo, pero Faile llegó a la conclusión de que debía de ser más o menos esa hora porque les dieron de comer. Nadie se paró, pero cientos de *gai'shain* recorrieron la columna con cestos y bolsas llenos de pan y carne seca, así como odres que, esta vez, contenían agua, lo bastante fría para que le dolieran los dientes. Curiosamente, no sentía más hambre que la que podía justificarse a causa de caminar durante horas a través de la nieve. Sabía que a Perrin le habían practicado la Curación una vez y que a consecuencia de ello había tenido un hambre devoradora durante dos días. Quizá se debiera a que sus heridas habían sido muchos menos importantes que las de él. Advirtió que el apetito de Alliandre y Maighdin no era mayor que el suyo.

La Curación le recordó a Galina, y en el cúmulo de preguntas repetidas que se reducían a un incrédulo «¿por qué?» ¿Por qué una Aes Sedai —tenía que serlo— iba a adular a Sevanna y a Therava? O a cualquiera. Una Aes Sedai podría ayudarlas a escapar. O tal vez no. Podría traicionarlas si ello convenía a sus propósitos. Las Aes Sedai hacían lo que hacían, y al resto sólo le quedaba la alternativa de aceptarlo a menos que una fuera Rand al'Thor. Pero él era *ta'veren* y, encima, el Dragón Renacido; por el contrario, ella era una mujer con escasos recursos en ese momento y un peligro considerable pendiendo sobre su cabeza. Por no mencionar la cabeza de unas mujeres de las que era responsable. Cualquier tipo de ayuda sería bienvenido, procediese de quien procediese. La cortante brisa amainó mientras Faile consideraba el asunto de Galina desde todos los ángulos que se le ocurrían, y la nieve volvió y fue haciéndose más y más copiosa hasta que la visibilidad se redujo a diez pasos de distancia. Faile seguía sin decidir si podía confiar en esa mujer.

De pronto reparó en que otra mujer de blanco la observaba, casi oculta por los copos de nieve. Sin embargo, no eran tan abundantes como para tapar el ancho cinturón enjoyado. Faile tocó a sus acompañantes y señaló hacia Galina con un gesto de la cabeza.

Cuando la mujer se dio cuenta de que la habían visto, se acercó y se situó entre Faile y Alliandre. Seguía careciendo de garbo para moverse por la nieve, pero parecía estar más acostumbrada que ellas a caminar a través del blanco manto. En la mujer no había nada de adulador ahora. Su cara redonda mostraba una expresión dura bajo la capucha, y sus ojos eran penetrantes. Aun así, no dejaba de echar ojeadas hacia atrás, de lanzar miradas cautelosas para comprobar quién había cerca. Parecía un gato casero fingiendo ser un leopardo.

—¿Sabéis quién soy? —demandó, pero en un tono de voz que no habría sido audible a diez pasos de distancia—. ¿Lo que soy?

—Pareces una Aes Sedai —contestó con precaución Faile—. Por otro lado, ocupas una posición peculiar aquí para ser una Aes Sedai.

Ni Alliandre ni Maighdin dieron la menor señal de sorpresa. Obviamente ya se habían fijado en el anillo de la Gran Serpiente que Galina toqueteaba con nerviosismo. Las mejillas de la mujer se tiñeron de rojo, y ella intentó dar a entender que se debía a la cólera.

Librodot

—Mi labor aquí es de gran importancia para la Torre, pequeña —repuso fríamente. Su expresión indicaba que tenía razones que ellas ni siquiera imaginarían ni entenderían. Sus ojos seguían lanzando ojeadas penetrantes en un intento de ver a través de la densa nevada—. No puedo fracasar. Eso es lo único que necesitáis saber.

—Lo que necesitamos saber es si podemos confiar en ti —contestó sosegadamente Alliandre—. Debes de haber sido entrenada en la Torre o, de otro modo, no sabrías realizar la Curación, pero hay mujeres que se ganan el anillo sin haber alcanzado el chal, y no puedo creer que seas Aes Sedai.

Al parecer, Faile no había sido la única que le había estado dando vueltas al asunto de Galina. La boca de la mujer se apretó en un gesto duro, y su puño apretado se alzó ante Alliandre, ya fuese como una amenaza o para mostrar el sello o ambas cosas.

—¿Crees que te darán un trato distinto porque llevas una corona? —Ahora no cabía duda de que su cólera no era fingida. La mujer se olvidó de vigilar si había alguien que pudiese escucharla, y el tono de su voz era agrio. La fuerza con que soltó su diatriba hizo que las palabras salieran acompañadas por gotitas de saliva—. Servirás el vino a Sevanna y restregarás su espalda en el baño igual que las demás. Todos sus sirvientes son nobles, o mercaderes ricos, u hombres o mujeres que saben cómo servir a la nobleza. A diario hace que azoten a cinco para que sirva de escarmiento a los demás y les sirva de estímulo en su trabajo, para que así todos vayan a contarle lo que han oído con la esperanza de ganarse su favor. La primera vez que intentéis escapar, os darán varazos en las plantas de los pies de manera que no podáis caminar, y os subirán a un carro, atadas y dobladas como los rompecabezas de los herreros, hasta que podáis hacerlo de nuevo. La segunda vez, será peor. Y la tercera, mucho peor. Hay un tipo aquí que antes era un Capa Blanca. Intentó escapar nueve veces. Un hombre duro, pero la última vez que lo trajeron de vuelta empezó a suplicar y a llorar antes incluso de que empezaran a despojarlo de las ropas para castigarlo.

Alliandre no acogió bien la arenga; se engalló, indignada, en tanto que Maighdin gruñía:

—¿Fue eso lo que te ocurrió a ti? ¡Ya seas Aceptada o Aes Sedai, eres una vergüenza para la Torre!

—¡Guarda silencio cuando hablan quienes son tus superiores, espontánea! —espetó Galina.

Luz, si la cosa iba a más, en cualquier momento se pondrían a chillar.

—Si tu intención es ayudarnos a escapar, entonces dilo ya claramente —instó Faile a la mujer vestida de seda. No dudaba de su condición de Aes Sedai sino de todo lo demás—. En caso contrario, ¿qué quieres de nosotras?

Un poco más adelante en la columna, apareció una carreta detenida en la nieve, inclinada sobre el costado donde uno de los deslizadores se había soltado. Dirigidos por un Shaido que tenía los brazos y los hombros de un herrero, varios *gai'shain* manejaban una palanca a fin de levantar la carreta lo suficiente para volver a colocar el deslizador en su sitio. Faile y las demás guardaron silencio mientras pasaban por delante del vehículo.

—¿Es ésta realmente tu señora, Alliandre? —demandó Galina una vez que se encontraron lejos de los hombres que trabajaban en la carreta. Su rostro seguía encendido por la ira, y su tono era cortante—. ¿Quién es para que le hayas jurado lealtad?

—Puedes preguntarme directamente —manifestó Faile con frialdad. ¡Malditas Aes Sedai y sus puñeteros secretos! Había veces que pensaba que

una Aes Sedai no diría que el cielo era azul a menos que pudiese sacar alguna ventaja de ello—. Soy lady Faile t'Aybara, y eso es todo lo que necesitas saber. ¿Tienes o no intención de ayudarnos?

Galina trastabilló y cayó sobre una rodilla; su mirada se clavó en Faile con tanta intensidad que ésta se preguntó si habría cometido un error. Un instante después supo que sí.

Tras incorporarse, la Aes Sedai sonrió de un modo desagradable. Ya no parecía iracunda. De hecho, daba la impresión de sentirse tan complacida como la propia Therava y, lo que era peor, de un modo muy parecido.

—Así que t'Aybara —musitó—. Eres saldaenina. Hay un joven, Perrin Aybara. ¿Tu marido? Sí, veo que he dado en el clavo. Eso explicaría el juramento de Alliandre, desde luego. Sevanna tiene planes muy ambiciosos para un varón cuyo nombre está ligado al de tu esposo: Rand al'Thor. Si supiese a quién tiene en su poder… Oh, no temas que se entere por mí. —Su mirada se endureció y, de repente, pareció en verdad un leopardo—. No si todas vosotras hacéis lo que os diga. Incluso os ayudaré a escapar.

—¿Qué quieres de nosotras? —insistió Faile hablando con más seguridad de la que sentía. Luz, se había enfadado con Alliandre por atraer la atención sobre ellas al decir su nombre, y ahora había hecho lo mismo. O peor. «Y yo que pensaba que ocultando el nombre de mi padre me encubriría mejor», pensó con amargura.

—Nada que sea demasiado engorroso —contestó Galina—. ¿Os fijasteis en Therava? Sí, claro que sí. A nadie le pasa inadvertida. Guarda algo en su tienda, una vara blanca y pulida, de un palmo de largo, más o menos. La tiene en un arcón rojo, con bandas de latón, que nunca está cerrado. Traédmela, y os llevaré conmigo cuando escape.

—No parece muy complicado —comentó, dudosa, Alliandre—. En tal caso, ¿por qué no la coges tú misma?

—¡Porque os tengo a vosotras para que la cojáis! —Al caer en la cuenta de que había gritado, Galina se encogió y su capucha se meció cuando la mujer miró a uno y otro lado a fin de comprobar si había alguien en la multitudinaria columna que la hubiese escuchado. No parecía que nadie estuviera siquiera mirando en su dirección, pero aun así la voz de la Aes Sedai bajó de tono hasta convertirse en un siseo feroz—. Si no lo hacéis, os dejaré aquí hasta que tengáis canas y arrugas. Y el nombre de Perrin Aybara llegará a oídos de Sevanna.

—Puede llevarnos un tiempo —dijo Faile a la desesperada—. No podremos entrar libremente en la tienda de Therava cuando queramos. —Luz, lo que menos deseaba en este mundo era acercarse a esa tienda. Pero Galina había dicho que las ayudaría. Sería perversa, pero las Aes Sedai no podían mentir.

—Disponéis de todo el tiempo que haga falta —contestó Galina—. El resto de vuestras vidas, lady Faile t'Aybara, si no tienes cuidado. No me falles.

Tras lanzar una última mirada de advertencia a Faile, se apartó y se abrió camino trabajosamente a través de la nieve, cruzados los brazos como si intentara ocultar tras las amplias mangas el ancho cinturón enjoyado.

Faile siguió caminando en silencio. Tampoco ninguna de sus compañeras parecía tener nada que decir. No había nada que decir. Alliandre daba la impresión de estar sumida en reflexiones, con las manos guardadas bajo las mangas, la mirada fija al frente, como si vislumbrase algo más allá de la tormenta de nieve. Maighdin había vuelto a asir con fuerza el

Librodot

collar dorado. Se encontraban atrapadas, no en una, sino en tres trampas, y cualquiera de las tres podía acabar en la muerte. La idea de un rescate parecía de repente muy atractiva. No obstante, Faile se proponía hallar un modo de escapar de esas trampas. Apartando la mano de su propio collar, avanzó trabajosamente a través de la nieve, discurriendo planes.

Librodot

CAPÍTULO 5

Banderas

Corría por la llanura cubierta de nieve, olfateando el aire, buscando un efluvio, aquel preciado efluvio. Había parado de nevar y los copos ya no se licuaban sobre su empapada pelambrera, pero el frío no lo disuadiría. Las almohadillas de sus patas estaban entumecidas, pero corría frenéticamente a pesar de que los músculos le ardían, y avanzaba más y más deprisa, hasta que el paisaje se tornó borroso a su vista. Tenía que encontrarla.

De repente, un enorme lobo gris, cubierto por las cicatrices de muchos combates, descendió del cielo para correr a su lado persiguiendo al sol. Era otro gran lobo gris, pero no tan grande como él. Sus dientes desgarrarían las gargantas de los que se la habían llevado. ¡Sus mandíbulas aplastarían sus huesos!

«Tu hembra no está aquí —le comunicó Saltador—, *pero tu presencia aquí es muy fuerte y llevas demasiado tiempo para tu cuerpo. Debes regresar, Joven Toro, o morirás.»*

«He de encontrarla», contestó. Hasta sus pensamientos parecían jadear. No pensaba en sí mismo como Perrin Aybara. Era Joven Toro. *En una ocasión había encontrado al halcón allí, y podía hacerlo otra vez. Tenía que encontrarla. Comparada con esa necesidad, la muerte no significaba nada.*

En un centelleo gris, el otro lobo se lanzó contra su costado. Y, aunque Joven Toro *era más corpulento, estaba cansado y cayó pesadamente al suelo. Incorporándose trabajosamente en la nieve, soltó un gruñido y se lanzó a la garganta de* Saltador. *«¡No hay nada que importe más que el halcón!»*

El lobo cubierto de cicatrices voló en el aire como un pájaro, y Joven Toro *acabó despatarrado sobre la nieve.* Saltador *se posó suavemente en el suelo, a su espalda.*

«¡Óyeme, cachorro! —explicó ferozmente Saltador—. *¡Tu mente está confundida, es presa del miedo! Ella no está aquí, y tú morirás si permaneces más tiempo. Búscala en el mundo de vigilia. Sólo podrás encontrarla allí. ¡Regresa, y encuéntrala!»*

Los ojos de Perrin se abrieron de golpe. Estaba exhausto y sentía vacío el estómago, pero el hambre era una sombra en comparación con el vacío que había en su pecho. Todo él era un vacío, alejado incluso de sí mismo, como si fuese otra persona que viera sufrir a Perrin Aybara. Por encima, el techo de una tienda de rayas azules y doradas se agitaba con el viento. El interior de la tienda se encontraba en penumbra, pero la luz del sol imprimía un leve fulgor a la brillante lona. Y lo ocurrido el día anterior no había sido una pesadilla, como tampoco lo era lo de *Saltador.* Luz, había intentado matar a *Saltador.* En el Sueño del Lobo la muerte era... definitiva. El ambiente estaba caldeado, pero él tiritó. Yacía sobre un colchón de plumas, en un gran lecho con los gruesos postes de las esquinas tallados y dorados profusamente. Entre el olor a carbón ardiendo en los braseros, percibió un perfume almizclado, y a la mujer que lo llevaba. No había nadie más. Ni

siquiera levantó la cabeza de la almohada para preguntar.

—¿Aún no la han encontrado, Berelain? —La cabeza le pesaba demasiado para levantarla.

Una de las sillas de campaña crujió ligeramente cuando la mujer se movió. Perrin había estado allí antes, a menudo, con Faile, para discutir planes. La tienda era lo bastante grande para albergar a toda una familia, y los muebles de Berelain no habrían desentonado en un palacio, con sus tallas intrincadas y sus dorados, si bien todos —mesas, sillas y el propio lecho— estaban ensamblados con clavijas, y podían desmontarse para cargarlos en una carreta; sin embargo, las clavijas no ofrecían verdadera solidez.

Mezclado con el aroma de su perfume, Berelain olió a sorprendida de que él supiese que se encontraba allí, mas su voz sonó sosegada.

—No. Tus exploradores no han regresado todavía, y los míos... Cuando cayó la noche sin que hubiesen vuelto, envié a toda una compañía. Encontraron muertos a mis hombres. Los emboscaron y los asesinaron antes de que hubiesen recorrido más de nueve o diez kilómetros. Ordené a lord Gallenne que reforzase la vigilancia alrededor de los campamentos. Arganda también tiene una guardia nutrida de hombres a caballo, pero envió patrullas. Desoyendo mi consejo. Es un necio. Cree que nadie excepto él puede encontrar a Alliandre. Dudo incluso que crea que los demás lo están intentando realmente. Desde luego, no cree que los Aiel lo hagan.

Las manos de Perrin se crisparon sobre las suaves mantas de lana que lo cubrían. A Gaul no lo pillarían por sorpresa, ni a Jondyn, aunque fuesen Aiel. Todavía seguían rastreando, y eso significaba que Faile estaba viva. Habrían regresado hacía mucho si hubiesen encontrado su cadáver. Tenía que creer eso. Tenía que aferrarse a eso. Levantó un poco una de las mantas azules. Estaba desnudo.

—¿Hay alguna explicación para esto?

La voz de la mujer no cambió, pero en su olor se mezcló la cautela.

—Tú y tu mesnadero habríais muerto congelados si no hubiese ido a buscarte cuando Nurelle regresó con la noticia de la suerte corrida por mis exploradores. Nadie más se atrevía a molestarte; al parecer, gruñías como un lobo a cualquiera que lo hacía. Cuando te encontré, estabas tan entumecido que ni siquiera oías lo que se te decía, y el otro hombre se hallaba a punto de desplomarse de bruces. Tu criada, Lini, se ocupó de él, ya que sólo le hacía falta sopa caliente y mantas, pero yo tuve que traerte aquí. En el mejor de los casos, habrías perdido algunos dedos de no ser por Annoura. Ella... Parecía temer que morirías incluso después de la Curación. Tu sueño era tan profundo que parecías muerto. Dijo que tu tacto era como el de alguien que ya hubiese perdido el alma; helado, por muchas mantas que apilamos sobre ti. Yo también lo noté cuando te toqué.

Demasiadas explicaciones, e insuficientes. Sintió aflorar la ira, una rabia distante, pero la aplastó antes de que cobrase fuerza. Faile se sentía celosa cuando le gritaba a Berelain. Pues de él no recibiría gritos esa mujer.

—Grady o Neald podrían haber hecho lo que quiera que hubiese sido necesario —dijo con voz fría—. Incluso Seonid y Masuri se encontraban más cerca.

—Mi consejera fue la primera que me vino a la mente. Nunca pensé en los demás hasta que casi había llegado aquí. En cualquier caso, ¿qué importa quién realizó la Curación?

Tan verosímil. Y si preguntaba por qué la Principal de Mayene en

persona lo estaba cuidando en una tienda oscura, en lugar de sus criadas o alguno de sus saldados o incluso Annoura, también tendría otra respuesta verosímil. Perrin no quería oírla.

—¿Dónde están mis ropas? —preguntó mientras se incorporaba sobre los codos. Su voz seguía vacía de expresión.

Una única vela, en una mesa pequeña situada junto a la silla ocupada por Berelain, alumbraba la tienda, pero para sus ojos era más que suficiente, aunque estuviesen irritados por el cansancio. Ella iba vestida con bastante recato, con un traje de montar de color verde, de cuello alto y rematado con un volante fruncido de puntilla que le enmarcaba la barbilla. Vestir con recato a Berelain era como cubrir a una pantera con una piel de cordero: su semblante se mostraba ligeramente ensombrecido, hermoso y receloso. Cumpliría sus promesas pero, al igual que una Aes Sedai, por sus propias razones; y, sobre aquellas cosas que no había hecho promesa alguna, podía apuñalarlo a uno por la espalda.

—Sobre el arcón que está ahí —dijo, señalando con un gesto grácil de la mano, oculta casi bajo la pálida puntilla—. He hecho que Rosene y Nana las limpien, pero necesitas descanso y comida más que las ropas. Y, antes de ocuparnos de la comida y de cuestiones más importantes, quiero que sepas que nadie espera más que yo que Faile esté viva.

Su expresión era tan sincera que Perrin la habría creído si hubiese sido cualquier otra persona. ¡Incluso se las ingeniaba para oler a sinceridad!

—Necesito mi ropa ahora. —Se giró para sentarse en un lado de la cama, con las mantas envueltas en las piernas. Las prendas que había llevado el día anterior se encontraban primorosamente dobladas sobre un arcón de viaje tallado y dorado. También estaban allí su capa forrada con piel, doblada en un extremo del arcón, y su hacha, apoyada cerca de sus botas en las alfombras floreadas que cubrían el suelo. Luz, qué cansado se sentía. Ignoraba cuánto tiempo había permanecido en el Sueño del Lobo, pero estar despierto allí era estar en vigilia en lo que al cuerpo concernía. Su estómago retumbó sonoramente—. Y comida.

Berelain hizo un sonido de exasperación con la garganta y se levantó, alisándose la falda y con la barbilla bien levantada en un gesto de desaprobación.

—Annoura no se sentirá muy complacida contigo cuando regrese de su charla con las Sabias —manifestó firmemente—. Uno no puede hacer caso omiso de las Aes Sedai, sin más. No eres Rand al'Thor, como te lo demostrarán antes o después.

Sin embargo, salió de la tienda, dejando entrar una ráfaga de aire frío a su paso. En su enfado, ni siquiera se molestó en coger una capa. A través de la momentánea brecha entre los paños de la entrada, Perrin vio que seguía nevando. Hasta Jondyn tendría dificultades para encontrar rastros después de la noche anterior. Intentó no pensar en eso.

Cuatro braseros caldeaban el interior de la tienda, pero el frío le mordió los pies tan pronto como los plantó en las alfombras, y lo hizo acercarse presuroso a sus ropas. Trotó hacia ellas, más bien, pero sin exagerar. Estaba tan cansado que se habría tendido en las alfombras y se habría vuelto a dormir. Encima, se sentía tan débil como un corderillo recién nacido. A lo mejor el Sueño del Lobo tenía algo que ver con eso —ir allí tan intensamente, abandonando el cuerpo— pero a buen seguro la Curación había agravado las cosas. Sin haber comido nada desde el desayuno del día anterior y tras pasar una noche bajo la nevada, no le quedaban reservas de las que tirar.

Librodot

Ahora las manos le temblaban al realizar la simple tarea de ponerse la ropa interior. Jondyn la encontraría. O Gaul. La encontrarían viva. Ninguna otra cosa en el mundo importaba. Se sentía entumecido.

No había esperado que la propia Berelain regresara, pero una bocanada de aire frío entró llevando su perfume mientras él aún tiraba de los pantalones para acabar de ponérselos. La mirada de la mujer en su espalda fue como el roce acariciante de unos dedos, pero Perrin se obligó a seguir con lo suyo como si se encontrase solo. La mujer no tendría la satisfacción de verlo darse prisa porque lo estuviese observando. No miró hacia ella.

—Rosene va a traer comida caliente —dijo Berelain—. Me temo que sólo hay guiso de carnero, pero le dije que pusiera cantidad suficiente para tres hombres. —Vaciló, y él oyó sus escarpines moviéndose con inquietud en las alfombras. La oyó suspirar suavemente—. Perrin, sé que lo estás pasando muy mal. Hay cosas que quizá desees decir que no puedes hablar con otro hombre. Y no te imagino llorando en el hombro de Lini, así que te ofrezco el mío. Podemos hacer una tregua hasta que se encuentre a Faile.

—¿Una tregua? —repitió mientras se agachaba con cuidado para meterse una bota; con cuidado para no irse de bruces al suelo. Los gruesos calcetines de lana y las gruesas suelas de cuero harían entrar en calor sus pies muy pronto—. ¿Por qué necesitamos una tregua?

Ella guardó silencio mientras Perrin se ponía la otra bota y doblaba la vuelta por debajo de la rodilla; siguió sin hablar hasta que él se hubo atado los lazos de la camisa y metió los faldones por la cintura del pantalón.

—Muy bien, Perrin. Si quieres que sea así, así será.

Significara lo que significara tal cosa, lo dijo con gran determinación. De repente Perrin se preguntó si su olfato le fallaba. ¡La mujer olía a ofendida, nada menos! Pero, cuando la miró exhibía una débil sonrisa. Por otro lado, aquellos ojos enormes tenían un brillo de ira.

—Los hombres del Profeta empezaron a llegar antes de que amaneciese —siguió Berelain en un tono enérgico—, pero, que yo sepa, él no ha llegado todavía. Antes de que lo veas de nuevo…

—¿Que «empezaron» a llegar? —la interrumpió—. Masema accedió a traer sólo una guardia de honor, cien hombres.

—Accediera a lo que accediese, había tres o cuatro mil hombres la última vez que miré, un ejército de rufianes, todos los que hubiera en kilómetros a la redonda capacitados para empuñar una lanza, al parecer. Y siguen llegando más de todas direcciones.

Perrin se puso la chaqueta a toda prisa y se abrochó el cinturón sobre la prenda, colocando el peso del hacha a la altura de la cadera. Siempre parecía más pesada de lo que debería.

—¡Eso ya lo veremos! ¡Así me abrase, no permitiré que nos enjarete sus sabandijas asesinas!

—Sus sabandijas son una simple molestia comparadas con él. El peligro radica en Masema. —Su voz era fría, pero un miedo firmemente controlado se filtraba en su aroma. Siempre ocurría cuando hablaba de Masema—. Las hermanas y las Sabias tienen razón en eso. Si necesitas más pruebas que las que tienes ante tus propios ojos, además se ha estado reuniendo con los seanchan.

Aquello fue un mazazo, sobre todo después de la información de Balwer sobre los combates en Altara.

—¿Cómo lo sabes? —demandó—. ¿Por tus husmeadores?

Berelain tenía dos que había traído de Mayene, y los enviaba a

descubrir lo que pudieran en todas las ciudades y pueblos por los que pasaban. Entre los dos nunca se enteraban de tanto como Balwer. Al menos, según lo que ella le contaba. Berelain sacudió ligeramente la cabeza, con pesar.

—No. Lo he sabido por los... partidarios de Faile. Tres de ellos nos encontraron justo antes de que los Aiel atacaran. Habían hablado con hombres que habían visto aterrizar a una enorme criatura voladora. —Tembló un poco ostentosamente, pero por su olor la reacción era real. Y no era de sorprender. Él había visto algunas de esas bestias en una ocasión, y parecían más Engendros de la Sombra que los propios trollocs—. Una criatura que transportaba una pasajera. La siguieron hasta Abila, hasta Masema. No creo que fuese un primer encuentro. Sonaba a algo conocido, llevado a cabo con anterioridad.

De repente sus labios se curvaron en una sonrisa ligeramente burlona, coqueta. Esta vez, su olor coincidía con su expresión.

—No fue muy amable de tu parte hacerme creer que esa pasa seca de tu secretario descubría más cosas que mis husmeadores, cuando contabas con dos docenas de informadores que se hacían pasar por seguidores de Faile. He de admitir que me engañaste. Siempre hay sorpresas nuevas en ti. ¿Por qué ese gesto de sobresalto? ¿De verdad pensabas que podías confiar en Masema después de todo lo que hemos visto y oído?

La expresión de Perrin no tenía que ver con Masema. Esa noticia podía significar mucho o no tener la menor importancia. A lo mejor el hombre pensaba que también podía atraer a los seanchan a las filas del lord Dragón. Estaba lo bastante loco para eso. Sin embargo... ¿Faile tenía a esos necios trabajando como *espías?* ¿Entrando subrepticiamente en Abila? Y sólo la Luz sabía dónde más. Claro que ella siempre decía que el espionaje era el trabajo de la esposa, pero prestar atención a las hablillas de palacio era una cosa, y esto otra muy distinta. Al menos podría habérselo contado. ¿O no le había dicho nada porque sus seguidores no eran los únicos que metían la nariz donde no debían? Eso sería muy propio de Faile. Su mujer tenía realmente el espíritu de un halcón. Podría parecerle divertido espiar ella misma. No, no iba a enfadarse con ella, ahora no. Luz, seguro que le parecería divertido hacer algo así.

—Me alegra ver que puedes ser discreto —murmuró Berelain—. No lo habría imaginado en ti, con tu forma de ser, pero la discreción puede ser algo bueno. Especialmente ahora. A mis hombres no los mataron Aiel, a menos que los Aiel hayan cambiado sus costumbres y utilicen ballestas y hachas.

Perrin alzó bruscamente la cabeza y, a despecho de sus buenas intenciones, le lanzó una mirada feroz.

—¿Te acabas de acordar de ese detalle? ¿Hay algo más que se te haya pasado por alto contarme, cualquier cosa que se te haya ido de la cabeza?

—¿Cómo puedes dudar de mi sinceridad? —dijo casi riéndose—. Tendría que desnudarme para revelarte más de lo que ya te he revelado. —Extendió los brazos hacia los lados y se retorció ligeramente, cual una serpiente, como para demostrarlo.

Perrin gruñó, asqueado. Faile había desaparecido, sólo la Luz sabía si seguía viva —¡Luz, que siguiese viva!—, y Berelain elegía ese momento para exhibirse más que nunca. Mas, era quien era. Debería sentirse agradecido de que hubiese guardado un comportamiento decente mientras él se vestía.

Mirándolo pensativamente, Berelain pasó la yema del dedo a lo largo del

labio inferior.

—Pese a lo que puedas haber oído contar, has sido sólo el tercer hombre que se ha acostado en mi cama.

Sus ojos... humeaban. Y, no obstante, a juzgar por su actitud podría haber dicho que era el tercer hombre con el que había hablado ese día. Su olor... La única idea que le venía a la cabeza era un lobo mirando a un ciervo atrapado entre las zarzas.

—Los otros dos —continuó la Principal— fueron por motivos políticos. Lo tuyo será por placer. En más de un sentido —acabó con un inusitado dejo mordiente.

Justo en ese momento Rosene entró en la tienda, junto a una ráfaga de aire helado; llevaba la capa azul echada hacia atrás y traía una bandeja ovalada de plata, cubierta con un paño de lino blanco. Perrin cerró la boca de golpe, rogando porque la sirvienta no hubiese oído nada. Berelain sonreía como si no le importase. La fornida mujer soltó la bandeja en la mesa más grande, y a continuación extendió la falda a rayas azules y doradas en una profunda reverencia a la Principal, y otra, más breve, dirigida a él. Sus oscuros ojos se detuvieron unos instantes en Perrin y sonrió, tan complacida como su señora, antes de cerrarse la capa y salir apresuradamente obedeciendo a un gesto rápido de Berelain. Lo había oído, vaya que sí. De la bandeja salía un olor a estofado de carnero y vino con especias que provocó nuevos ruidos en el estómago de Perrin, pero éste no se habría quedado a comer aunque hubiese tenido rotas las piernas.

Se echó la capa sobre los hombros y salió mientras se ponía los guanteletes. Al tiempo que caminaba sobre la blanda nieve vio que un espeso manto de nubes ocultaba el sol, pero habían pasado algunas horas desde el amanecer, a juzgar por la luz. Se habían practicado caminos aplastando la nieve caída, pero los blancos copos que caían del cielo se apilaban en las ramas desnudas de los árboles caducos y ponían una nueva capa en las especies perennes. La tormenta no había llegado a su fin, ni mucho menos. Luz, ¿cómo podía esa mujer hablarle así? ¿Por qué hablaba así, precisamente ahora?

—Recuerda —dijo Berelain a su espalda, sin hacer el menor esfuerzo por bajar el tono de la voz—. Discreción.

Perrin se encogió y apretó el paso. Se había alejado varios metros de la gran tienda de rayas cuando cayó en la cuenta de que había olvidado preguntar la ubicación de los hombres de Masema. A su alrededor, los soldados de la Guardia Alada, armados y con las capas puestas, se calentaban junto a las hogueras, muy cerca de sus monturas, ya ensilladas y estacadas en rectas hileras. También sus lanzas estaban a mano, formando conos de puntas aceradas y cintas rojas ondeando al viento. A pesar de los árboles, podría haberse trazado una línea recta en cualquier fila de las lumbres, las cuales eran tan semejantes en tamaño entre sí como era humanamente posible hacerlo. Los carros de suministros que habían adquirido en su camino hacia el sur estaban todos cargados, los caballos de tiro equipados con los arreos, y también situados en hileras muy rectas.

Los árboles no ocultaban del todo la cima de la colina. Hombres de Dos Ríos seguían montando guardia allí arriba, pero las tiendas habían sido desmontadas, y Perrin divisó los caballos albardones ya cargados. También le pareció atisbar una chaqueta negra; uno de los Asha'man, aunque no alcanzó a distinguir cuál de ellos. Entre los ghealdanos, grupos de hombres contemplaban fijamente la cumbre de la colina, pero aun así parecían estar

tan preparados como los mayenienses. Los dos campamentos habían sido dispuestos casi con idéntica precisión. Sin embargo, no había señal por ninguna parte de que miles de hombres estuviesen agrupándose, ninguna franja ancha de nieve pisoteada que pudiera seguirse. En realidad, no se veía una sola huella entre los tres campamentos. Si Annoura se encontraba con las Sabias, entonces es que llevaba mucho tiempo en lo alto de la colina. ¿De qué estarían hablando? Probablemente de cómo matar a Masema sin que pudiera descubrirse que eran las responsables. Echó una ojeada a la tienda de Berelain, pero la idea de regresar allí, con ella, le erizaba el pelo de la nuca.

A corta distancia de la tienda de rayas seguía montada otra de menor tamaño perteneciente a las dos sirvientas de Berelain. A pesar de que seguía nevando, Rosene y Nana se encontraban sentadas fuera en unas banquetas plegables, abrigadas con su capa, la capucha echada, y calentándose las manos en una lumbre pequeña. Parecidas como dos gotas de agua, ninguna de ellas era bonita, pero tenían compañía; seguramente ésa era la razón de que no estuviesen dentro, junto a un brasero. Sin duda Berelain insistía en que sus criadas guardasen un comportamiento más decoroso que el que ella tenía. Normalmente, los husmeadores de la Principal rara vez hablaban más de tres palabras seguidas, al menos en presencia de Perrin, pero ahora sostenían con Rosene y Nana una charla animada, salpicada de risas. Con sus ropas corrientes, los dos tipos resultaban tan anodinos que nadie repararía en ellos si tropezaba con uno en la calle. Perrin aún no tenía muy claro quién era Santes y quién Gendar. Un cazo pequeño, retirado a un lado de la lumbre, olía a estofado de carnero; Perrin intentó no prestar atención, pero a pesar de ello su estómago volvió a hacer ruidos.

La charla cesó cuando Perrin se encaminó hacia ellos y, antes de que llegase a la lumbre, las miradas de Santes y Gendar fueron de él a la tienda de Berelain, los rostros totalmente inexpresivos. Después se arrebujaron en su capa y se marcharon, evitando sus ojos. Rosene y Nana también miraron a Perrin y después hacia la tienda; rieron disimuladamente tras las manos. Perrin no supo si enrojecer o ponerse a dar gritos.

—¿Sabéis por casualidad dónde se están reuniendo los hombres del Profeta? —preguntó. Mantener un tono de voz desapasionado resultaba duro viendo las cejas enarcadas y las sonrisas de las dos mujeres—. Vuestra señora olvidó decirme el lugar exacto.

La pareja intercambió una mirada, oculta bajo las capuchas, y volvió a reír tapándose la boca con las manos. Perrin se preguntó si serían estúpidas, pero dudaba que Berelain soportara gente boba cerca de ella mucho tiempo.

Tras muchas risitas disimuladas, intercalando ojeadas hacia él, a la tienda de Berelain y entre ellas, Nana respondió que no estaba muy segura pero que creía que era en aquella dirección al tiempo que agitaba la mano vagamente hacia el sudoeste. Rosene añadió que había oído decir a su señora que se encontraban a unos tres kilómetros. O tal vez a unos cinco. Seguían riendo tontamente cuando Perrin se alejó. A lo mejor eran tontas de verdad.

Caminó cansinamente alrededor de la colina, pensando qué tenía que hacer. La profundidad del manto blanco por el que tuvo que avanzar, una vez que dejó atrás el campo mayeniense, no contribuyó precisamente a mejorar su malhumor. Y tampoco la decisión a la que llegó. Y había empeorado cuando alcanzó el campamento de su propia gente.

Todo se había hecho conforme a sus órdenes. Los cairhieninos,

abrigados con las capas, se encontraban sentados en las carretas cargadas, con las riendas sujetas alrededor de la muñeca o pilladas bajo la cadera, y otras figuras de estatura baja se movían a lo largo de las hileras de remonta, tranquilizando a los caballos sujetos a ronzales. Los hombres de Dos Ríos que no se hallaban en la colina estaban en cuclillas alrededor de docenas de lumbres pequeñas repartidas entre los árboles, vestidos para cabalgar y sujetando las riendas de sus monturas. Nada de filas ordenadas, no como entre los soldados de los otros campamentos, pero se habían enfrentado a trollocs y a Aiel. Todos llevaban el arco colgado de través a la espalda, y la aljaba en la cadera, a veces equilibrando su peso con una espada, ya fuese larga o corta. Sorprendentemente, Grady estaba junto a una de las lumbres. Los dos Asha'man solían mantenerse apartados de los demás hombres, y viceversa. Nadie hablaba, simplemente se concentraban en mantenerse calientes. Los rostros sombríos revelaron a Perrin que Jondyn no había regresado aún, ni Gaul, ni Elyas ni ningún otro. Todavía quedaba una posibilidad de que la trajeran de vuelta. O, al menos, que descubrieran dónde la tenían retenida. Durante un tiempo pareció que aquéllas serían las dos últimas buenas ideas que iba a tener el resto del día. El Águila Roja de Manetheren y su propia bandera del Lobo Rojo colgaban flojamente bajo la nevada, en dos astiles apoyados contra un carro.

Había planeado utilizar aquellos dos estandartes con Masema del mismo modo que había hecho para bajar al sur, ocultando su intención tras lo obvio. Si un hombre estaba lo bastante loco para intentar reclamar la antigua gloria de Manetheren, nadie le prestaría atención; y por la mera razón de que marchaba con un pequeño ejército, siempre y cuando no remoloneara, la gente se sentía tan complacida de ver alejarse a un loco que no se molestaba en intentar detenerlo. Ya había suficientes problemas en el país para buscarse otros sin necesidad. Que luchasen otros, y sangraran y perdiesen hombres que harían falta cuando llegase el momento de la siembra en primavera. Las fronteras de Manetheren se habían extendido casi hasta donde ahora estaba Murandy, y, con suerte, Perrin podría haberse encontrado en Andor, donde Rand ejercía un fuerte dominio, antes de tener que renunciar al engaño. Ahora eso había cambiado, y sabía el precio. Un precio muy grande. Estaba dispuesto a pagarlo, sólo que no sería él quien lo pagaría. No obstante, lo acosarían las pesadillas por ello.

CAPÍTULO 6

El olor de la locura

Perrin buscó a Dannil a través de la nevada; lo encontró junto a una de las lumbres, y se abrió paso entre los caballos. Los otros hombres se pusieron derechos y se apartaron lo bastante para dejarle paso. Sin saber si debían manifestar su compasión, apenas se atrevían a mirarlo, y apartaban bruscamente los ojos cuando lo hacían, ocultando el rostro bajo la capucha.

—¿Sabes dónde está la gente de Masema? —preguntó Perrin, y tuvo que disimular un bostezo tras la mano. Su cuerpo deseaba dormir, pero no había tiempo para eso.

—A unos cinco kilómetros al suroeste —contestó Dannil con voz agria, y se dio un tirón del bigote con irritación. De modo que esas dos tontas tenían razón, después de todo—. Agrupándose como los patos en el Bosque de las Aguas en otoño, y todos tienen pinta de haber despellejado a su propia madre.

Lem al'Dai, con su cara acaballada, escupió con asco entre la mella que le había quedado en los dientes tras la pelea sostenida con el guardia de un mercader de lana, mucho tiempo atrás. A Lem le gustaba pelear con los puños, y parecía ansioso de enzarzarse con algunos de los seguidores de Masema.

—Lo harían, si Masema se lo mandase —repuso quedamente Perrin—. Más vale que te asegures de que todos recuerden eso. ¿Os habéis enterado de cómo murieron los hombres de Berelain? —Dannil asintió con un brusco cabeceo, y algunos de los otros rebulleron y mascullaron furiosos entre dientes—. Así que lo sabéis. Todavía no hay pruebas.

Lem resopló, y los demás estaban tan sombríos como Dannil. Habían visto los cadáveres que dejaban a su paso los hombres de Masema. Empezó a nevar con más fuerza; los grandes copos caían sobre las capas de los hombres. Los caballos mantenían la cola metida hacia adentro para protegerse del frío. Dentro de unas pocas horas se desataría otra cellisca, si no antes. Un tiempo que no era para vivir sólo con el calor de una lumbre, sin refugio. Ni para viajar.

—Manda llamar a los que están en la colina, y empezad a moveros hacia donde tuvo lugar la emboscada —ordenó. Ésa era una de las decisiones que había tomado mientras iba hacia allí. Ya lo había retrasado demasiado, tanto daba quién o qué había ahí fuera. Los Aiel renegados llevaban mucha ventaja tal como estaban las cosas, y si se hubiesen encaminado en cualquier otra dirección que no fuese el sur o el oeste, alguien habría vuelto con noticias a esas alturas. Y estarían esperando que los siguiera—. Avanzaremos hasta que tengamos una idea más clara de hacia dónde dirigirnos, y entonces Grady o Neald nos llevarán allí a través de un acceso. Envía hombres para avisar a Berelain y a Arganda. Quiero que los mayenienses y los ghealdanos se pongan también en marcha. Destaca exploradores, y hombres que vigilen los flancos. Y diles que no estén tan ojo avizor a los Shaido como para que se olviden de que otros podrían querer

Librodot

matarnos. No quiero tropezar con nada ni nadie antes de saber que está ahí. Y pide a las Sabias que se mantengan cerca de nosotros. —No se fiaba de que Arganda no intentara someterlas a interrogatorio a pesar de sus órdenes. Si las Sabias mataban a algunos ghealdanos para defenderse, el tipo podría lanzarse de lleno al ataque, estuviese o no sujeto a vasallaje. Perrin tenía la sensación de que iba a necesitar hasta el último guerrero que pudiese encontrar—. Sé todo lo firme que puedas. O que te atrevas.

Dannil asumió el torrente de órdenes con tranquilidad, pero con la última su boca se torció en una mueca. A buen seguro, preferiría mostrarse firme con el Círculo de Mujeres de casa.

—A vuestras órdenes, lord Perrin —dijo con fría formalidad, al tiempo que se tocaba la frente con los nudillos, tras lo cual subió a la silla de arzón alto y empezó a impartir órdenes a voces.

Rodeado por hombres que se apresuraban a montar a caballo, Perrin cogió a Kenly Maerin por la manga cuando el joven acababa de poner el pie en el estribo, y le pidió que ensillara a *Brioso* y se lo trajera. Con una sonrisa de oreja a oreja, Kenly se tocó la frente con los nudillos.

—A vuestras órdenes, lord Perrin. Ahora mismo.

Perrin gruñó para sus adentros mientras Kenly avanzaba a zancadas hacia las hileras de caballos, llevando a su castrado castaño por las riendas. Ese joven cachorro no debería dejarse barba si no dejaba de rascársela continuamente. De todos modos era desgreñada.

Mientras esperaba que le llevaran su caballo, se acercó más a la lumbre. Faile decía que tenía que acostumbrarse a todo eso del tratamiento y las reverencias y los rascados de barbas crecidas, y la mayoría de las veces conseguía pasarlo por alto, pero en ese momento era como otra gota de hiel más. Podía sentir un abismo que se ensanchaba entre los demás hombres de casa y él, y al parecer él era el único que deseaba tender un puente. Gill lo encontró mascullando entre dientes, con las manos extendidas hacia el fuego de la lumbre.

—Perdonad si os molesto, milord —dijo Gill al tiempo que se inclinaba y se quitaba brevemente el sombrero, dejando al aire la cabeza apenas cubierta por pelo. El sombrero volvió de inmediato a su sitio, para protegerlo de la nieve. Criado en ciudad, el frío lo afectaba mucho. El orondo hombre no se mostraba obsequioso (pocos posaderos de Caemlyn lo hacían), pero parecía gustarle conservar cierta medida de formalidad. De hecho, había encajado en su nuevo puesto lo bastante para complacer a Faile—. Es el joven Tallanvor. Al romper el día, ensilló su caballo y partió. Dijo que le habíais dado permiso para que saliera si... si los grupos de búsqueda no habían regresado para entonces, pero, como no habéis dejado que salga nadie más, me pregunto...

El muy necio. Todo señalaba a Tallanvor como un soldado avezado, aunque nunca había dejado entrever gran cosa sobre su pasado; sin embargo, solo contra los Aiel, era como un conejo persiguiendo comadrejas. «¡Luz, querría estar cabalgando con él! No debí hacer caso a Berelain sobre las emboscadas.» Pero había habido otra emboscada. Y los exploradores de Arganda podían tener el mismo final. Sin embargo, tenía que ponerse en marcha. Tenía que hacerlo.

—Sí —manifestó en voz alta—. Le dije que podía salir. —Si hubiese dicho otra cosa, después tendría que tenerlo en consideración. Los nobles hacían ese tipo de cosas. Si es que volvía a ver vivo al hombre—. Hablas como si quisieras ir también a la caza.

—Yo... aprecio mucho a Maighdin, milord —contestó Gill. Su voz tenía un timbre de dignidad y un atisbo de dureza, como si Perrin hubiese dicho que era demasiado viejo y gordo para esa tarea. Ciertamente olía a humillación, un efluvio picante e intenso, aunque su cara enrojecida por el frío mantenía una expresión relajada—. No como Tallanvor, por supuesto, pero la aprecio en cualquier caso. Y a lady Faile, por supuesto —se apresuró a añadir—. Lo que pasa es que parece que conozco a Maighdin de toda la vida. Merece una suerte mejor.

Perrin suspiró, y el aliento se condensó en una nubecilla blanca delante de su boca.

—Lo entiendo, maese Gill. —Y era verdad. Él deseaba rescatar a todos los que hubiesen hecho prisioneros, pero sabía que, si tuviera que escoger, cogería a Faile y dejaría a los demás. Con tal de salvarla, todo valía. El aire estaba cargado de olor a caballo, pero Perrin percibió a alguien que estaba irritado, y miró hacia atrás.

Lini le asestaba una mirada fulminante en medio del tumulto, apartándose sólo lo suficiente para no acabar atropellada accidentalmente por un animal mientras los hombres se apresuraban a formar en filas irregulares. Asía el borde de la capa con una de sus huesudas manos, y en la otra empuñaba un garrote forrado con latón, casi tan largo como su brazo. Lo asombroso es que no se hubiese ido con Tallanvor.

—Lo sabrás tan pronto como lo sepa yo —le prometió a la mujer. Unos ruidos en su estómago le recordaron repentina y enérgicamente el estofado que había despreciado. Casi podía saborear el carnero y las lentejas. Otro bostezo casi le descoyuntó las mandíbulas—. Perdóname, Lini —dijo cuando pudo hablar—. No dormí mucho anoche. Ni he probado bocado. ¿Hay algo de comer? ¿Un poco de pan, cualquier cosa que haya a mano?

—Todos comieron hace mucho —replicó secamente la mujer—. Ni siquiera quedan restos, y las cazuelas están limpias y guardadas. Si picoteáis de demasiados platos os merecéis un dolor de tripas que os haga reventar. Especialmente cuando no son vuestros platos.

Siguió mascullando entre dientes y lo miró ceñuda un momento más antes de dar media vuelta y echar a andar, lanzando miradas funestas a todo el mundo.

—¿Demasiados platos? —farfulló Perrin—. Pero si ni siquiera he comido uno. Ése es mi problema, no un dolor de tripa.

Lini avanzaba a través del campamento, abriéndose paso entre caballos y carros. Tres o cuatro hombres le hablaron al verla, y ella respondió de malas maneras a todos, e incluso agitaba el garrote si no se daban por aludidos. La mujer debía de estar loca de preocupación por Maighdin.

—¿O era ése otro de sus dichos? —preguntó Perrin, desconcertado—. Por lo general suelen tener más sentido.

—Eh... bueno, en cuanto a eso... Yo... —Gill se quitó el sombrero otra vez y miró el interior de la prenda, tras lo cual volvió a ponérselo—. Yo... Eh... Tengo que ocuparme de los carros, milord. He de asegurarme de que todo está dispuesto.

—Hasta un ciego vería que los carros están listos —le dijo Perrin—. ¿Qué ocurre?

Gill giró la cabeza a un lado y a otro, desesperado por encontrar cualquier otra excusa. Al no encontrarla, se encogió.

—Yo... Supongo que os enteraréis antes o después —farfulló—. Veréis, milord, Lini... —Inhaló aire profundamente—. Se dirigió al campamento

Librodot

mayeniense esta mañana, antes de amanecer, para ver cómo os encontrabais y... eh... por qué no habíais regresado. La tienda de la Principal estaba a oscuras, pero una de sus doncellas seguía despierta, y le dijo a Lini... Dio a entender que... Quiero decir... No me miréis así, milord.

Perrin suavizó el gesto y contuvo el rugido que empezaba a salir de su boca. O lo intentó, al menos. La rabia seguía en su voz cuando habló.

—Maldición, sólo dormí en esa tienda, hombre. ¡Eso es lo que hice! ¡Díselo!

Un violento ataque de tos sacudió al orondo Gill.

—¿Yo? —inquirió, con un hilo de voz cuando pudo hablar—. ¿Queréis que se lo diga yo? ¡Me partirá la cabeza si menciono semejante cosa! Creo que nació en Far Madding, en medio de una terrible tormenta. Probablemente mandó al trueno que se callara. Seguro que sí.

—Eres el *shambayan* —repuso Perrin—. No todo se reduce a vigilar la carga de los carros. —¡Oh, cómo deseaba morder a alguien!

Gill pareció notarlo y, tras murmurar una disculpa, hizo una brusca inclinación y se escabulló, ciñéndose la capa. No a buscar a Lini, de eso no le cabía duda a Perrin. Gill estaba a cargo del cuerpo de servicio, pero no de ella. Nadie daba órdenes a Lini excepto Faile.

Sumido en el desánimo, Perrin observó alejarse a los exploradores a través de la nevada, y ya había diez vigilando los árboles de alrededor antes de que perdieran de vista los carros. Luz, las mujeres creerían cualquier cosa de un hombre siempre que fuese algo malo. Y cuanto peor fuera, más hablaban de ello. Había creído que Rosene y Nana eran las únicas por las que tenía que preocuparse. Seguramente Lini se lo había contado a Breane, la otra doncella de Faile, nada más volver al campamento y, a estas alturas, Breane se lo habría contado a todas las mujeres del campamento. Había muchas entre los carreteros y los cuidadores de los caballos, y, siendo como eran los cairhieninos, a buen seguro no habrían tardado en compartirlo también con los hombres. Esa clase de cosas no era bien vista en Dos Ríos. Una vez que se tenía fama de esto o aquello, quitársela de encima no era fácil. De repente, vio desde una nueva perspectiva a los hombres que se apartaban para dejarle paso, y la forma indecisa de mirarlo, e incluso el gesto de Lem de escupir. En su memoria, la sonrisa de Kenly se convirtió en una mueca de complicidad. El único punto bueno en todo aquello era que Faile no lo creería. Desde luego que no. Seguro que no.

Kenly volvió trotando a trompicones a través de la nieve, llevando de las riendas a *Brioso* y a su larguirucho castrado. Los dos caballos acusaban las molestias del frío; tenían las orejas aplastadas hacia atrás y la cola pegada a las ancas, y el semental pardo no hizo el menor esfuerzo por morder a la montura de Kenly, como habría ocurrido en cualquier otro momento.

—Borra de una vez esa tonta sonrisita de tu cara —espetó Perrin mientras le cogía bruscamente las riendas de *Brioso.* El chico lo miró con recelo y después se escabulló, echando ojeadas hacia atrás.

Sin dejar de gruñir entre dientes, Perrin comprobó la cincha de la silla. Había llegado la hora de encontrar a Masema, pero no montó. Se dijo que era porque estaba cansado y hambriento, que sólo quería un poco de descanso y algo de comida en el estómago, si es que podía encontrar algo. Se lo dijo, pero no dejaba de ver granjas incendiadas y cadáveres de hombres, mujeres e incluso niños ahorcados junto a la calzada. Aun en el caso de que Rand estuviese todavía en Altara, había un largo camino hasta allí. Un largo camino, y él no tenía opción. Al menos, ninguna otra que se sintiese capaz

de tomar.

Se encontraba de pie, con la frente apoyada contra la silla de *Brioso,* cuando una delegación de casi una docena de esos estúpidos jóvenes que se habían adherido a Faile fue en su busca. Se enderezó cansinamente, deseando que la nieve se los tragase a todos.

Selande, una mujer baja y delgada, se plantó junto a la grupa de *Brioso,* en jarras y ceñuda. Se las ingeniaba para dar la impresión de ir pavoneándose a pesar de estar inmóvil. A despecho de los copos que caían, llevaba un lado de la capa echado hacia atrás para darle más fácil acceso a la espada, lo que dejaba a la vista seis bandas brillantes en la pechera de la chaqueta, de color azul oscuro. Todas las mujeres llevaban atuendos varoniles, así como espadas, y por lo general eran aún más propensas a utilizarlas que los hombres, que ya era decir. Tanto ellos como ellas se mostraban muy susceptibles con todo el mundo, y habría habido duelos a diario si Faile no hubiese puesto remedio a tiempo. Hombres y mujeres por igual, el grupo entero de Selande olía a ira, hosquedad, malhumor y mal genio, todo revuelto, un conjunto que creaba un efluvio desagradablemente intenso para la nariz de Perrin.

—Os veo, milord Perrin —saludó formalmente Selande con su seco acento cairhienino—. Se están haciendo los preparativos para la partida, pero todavía se nos niega el acceso a nuestros caballos. ¿Querréis hacer el favor de enmendar ese asunto? —Habló como si fuese una orden.

Conque lo veía, ¿no? Pues ojalá él no la viese a ella.

—Los Aiel caminan —gruñó, y sofocó un bostezo, sin importarle un bledo las furiosas miradas que se ganó por ello. Intentó no pensar en dormir—. Si no queréis caminar, entonces montaos en los carros.

—¡No podéis hacer eso! —manifestó altaneramente una mujer teariana, que asía el borde de la capa con una mano y la empuñadura de la espada con la otra. Medore era alta, con brillantes ojos azules en un rostro de tez morena, y si no se la podía llamar hermosa era por muy poco. Las abultadas mangas de rayas rojas de su chaqueta resultaban muy chocantes con su generoso busto—. ¡*Ala Roja* es mi montura favorita! ¡No renunciaré a ella!

—Tercera vez —dijo enigmáticamente Selande—. Cuando acampemos esta noche, discutiremos tu *toh,* Medore Damara.

Supuestamente, el padre de Medore era un hombre entrado en años que se había retirado a sus posesiones del campo años atrás, pero Astoril seguía siendo un Gran Señor de todos modos. Según se consideraban tales cosas, ello situaba a su hija muy por encima de Selande, que sólo era una noble menor de Cairhien. Sin embargo, la teariana tragó saliva con esfuerzo y sus ojos se desorbitaron como si esperara ser desollada viva.

De pronto, Perrin ya no pudo seguir aguantando a esos idiotas y su interpretación de tres al cuarto de los Aiel y sus payasadas de niños bien.

—¿Cuándo empezasteis a espiar para mi mujer? —demandó.

No se habrían quedado más rígidos si la columna vertebral se les hubiese congelado.

—De vez en cuando realizamos pequeños encargos y tareas que nos ordena lady Faile —contestó Selande al cabo de unos instantes, con tono circunspecto. Exhalaba un intenso olor a cautela. Toda la pandilla olía a zorros preguntándose si un tejón habría ocupado su madriguera.

—¿Iba mi esposa realmente de caza, Selande? —gruñó furioso—. Nunca había querido hacerlo, hasta ahora. —La ira rugía dentro de su ser como un ardiente fuego que los acontecimientos del día habían avivado. Apartando a

Librodot

Brioso con la mano, se acercó un paso a la mujer, parándose imponente ante ella. El semental sacudió la cabeza hacia atrás al percibir su humor. A Perrin le dolía el puño de apretarlo sobre las riendas—. ¿O salió para reunirse con algunos de vosotros, procedentes de Abila? ¿La raptaron por vuestro jodido juego de espías?

Aquello no tenía sentido, y lo comprendió nada más haberlo dicho. Faile podría haber hablado con ellos en cualquier parte. Y jamás habría acordado reunirse con sus informadores —¡Luz, sus *espías!*— delante de Berelain. Siempre era un error hablar antes de pensar. Si estaba enterado de lo de Masema y los seanchan era gracias al trabajo de esos chicos. Sin embargo, deseaba arremeter, necesitaba descargar su ira, y los hombres a los que quería machacar hasta reducirlos a nada se encontraban a kilómetros de distancia. Con Faile.

Selande no retrocedió ante su estallido de cólera. Estrechó los ojos hasta convertirlos en rendijas, y abrió y cerró los dedos sobre la empuñadura de la espada; y no era la única.

—¡Nosotros moriríamos por lady Faile! —espetó—. ¡Nada de lo que hemos hecho la ha puesto en peligro! ¡Le prometimos lealtad por el juramento del agua!

A Faile, no a él, puso de manifiesto su tono. Perrin se dijo que debería disculparse; sabía que debería hacerlo. No obstante...

—Tendréis vuestros caballos si me dais vuestra palabra de que haréis lo que os mande y que no intentaréis ninguna acción precipitada. —«Precipitada» no era: la palabra adecuada para esa pandilla. Eran muy capaces de salir a galope tendido tan pronto como supieran dónde se encontraba Faile. Eran muy capaces de provocar que la mataran—. Cuando la encontremos, yo decidiré cómo rescatarla. Si vuestro juramento de agua dice otra cosa, hacedle un nudo, o el nudo os lo haré yo a vosotros.

La mujer apretó las mandíbulas y su ceño se volvió más pronunciado.

—¡Conforme! —accedió finalmente, como si le arrancasen la palabra a la fuerza.

Uno de los tearianos, un tipo narigudo llamado Carlon, empezó a protestar, pero Selande levantó un dedo y él cerró la boca. Con esa barbilla tan fina que tenía, seguramente lamentaba haberse afeitado la barba. La diminuta mujer tenía a esos necios en la palma de la mano, lo cual no la hacía menos necia a ella. ¡Conque el juramento del agua!

—Os obedeceremos hasta que lady Faile regrese —añadió, sin apartar los ojos de Perrin—. Después, volveremos a ser de ella. Y podrá decidir nuestro *toh.* —Aquello último parecía ir dirigido a los demás más que a él.

—De acuerdo —contestó. Trató de suavizar el tono, pero su voz seguía sonando dura—. Sé que le sois leales, todos vosotros. Eso lo respeto. —Seguramente era lo único que respetaba de ellos. Como disculpa no era gran cosa, y así fue como lo entendieron exactamente. Un gruñido de Selande fue la única respuesta que tuvo; y las miradas fulminantes de los demás cuando se marcharon. Entre toda esa pandilla no habían realizado un solo día de trabajo honrado.

El campamento se estaba quedando vacío. Los carros habían emprendido la marcha hacia el sur, deslizándose tras los caballos de tiro sobre las anchas tablas que sustituían a las ruedas. Los caballos dejaban profundos rastros, pero los deslizadores sólo marcaban surcos someros que los copos empezaban a cubrir rápidamente. Los últimos hombres que habían bajado de la colina montaban en las sillas y se unían a los otros, que

Librodot

avanzaban ya junto a los carros. Un poco apartado a un lado, el grupo de las Sabias empezó a pasar; incluso los *gai'shain,* que conducían a los animales de carga, iban montados. Ya fuera que Dannil se hubiera atrevido a mostrarse firme o no —esto último era lo más probable—, al parecer había sido suficiente. Las Sabias ofrecían un aspecto particularmente torpe a lomos de los caballos comparadas con la gracia de Seonid y Masuri, aunque no tan malo como el de los *gai'shain.* Todos los hombres y mujeres vestidos de blanco habían viajado montados a partir del tercer día de nevada, pero aun así iban inclinados sobre las perillas de las sillas y se aferraban al cuello o las crines de los animales como si temieran caerse al siguiente paso. Para empezar, conseguir que se montasen había requerido la orden expresa de las Sabias, y algunos todavía se bajaban de la silla y caminaban si no los veían.

Perrin montó a lomos de *Brioso.* Tampoco él tenía muy claro si se iría o no al suelo. No obstante, había llegado el momento de realizar ese trayecto que no deseaba hacer. Habría matado por un trozo de pan. O un poco de queso. O un suculento conejo.

—¡Se acercan Aiel! —gritó alguien desde la cabeza de la columna, y todos se detuvieron. Sonaron más gritos, pasando la noticia como si ya no lo hubiese oído de sobra todo el mundo, y los hombres descolgaron los arcos que llevaban a la espalda. Los carreteros se pusieron de pie en el asiento, escudriñando al frente, o bajaron de un salto para agazaparse junto al vehículo. Gruñendo entre dientes, Perrin taconeó a *Brioso* en los flancos.

En la cabeza de la columna, Dannil seguía montado en el caballo, así como los dos hombres que llevaban las puñeteras banderas, pero alrededor de una treintena estaban a pie, retiradas las protecciones de las cuerdas de los arcos y las flechas encajadas en ellas. Los hombres que sujetaban los caballos de los que habían desmontado se empujaban para señalar o intentar ver mejor. Grady y Neald también se encontraban allí, escrutando al frente con expresión concentrada, pero sentados tranquilamente en sus caballos. Todos los demás apestaban a agitación. Los Asha'man sólo olían a... estar prestos.

Perrin podía distinguir con mucha mayor claridad lo que ellos escudriñaban a través de los árboles: diez Aiel velados, trotando hacia ellos a través de la nevada. Uno conducía por las riendas a un alto caballo blanco, y un poco más atrás cabalgaban tres hombres, con capa y la capucha echada. Parecía haber algo raro en el modo en que los Aiel se movían. Y había un bulto atravesado y atado en la silla del animal blanco. Perrin sintió como si un puño le estrujase el corazón, hasta que reparó en que el tamaño del bulto no era lo bastante grande para que se tratara de un cadáver.

—Bajad los arcos —ordenó—. Ése es el castrado de Alliandre. Deben de ser los nuestros. ¿Es que no veis que todas son Doncellas? —Ninguna era lo bastante alta para ser uno de los hombres del Yermo.

—Apenas distingo si son Aiel —murmuró Dannil mientras lo miraba de reojo.

Todos daban por sentado que la vista de Perrin era excelente, e incluso se enorgullecían de ello —o solían hacerlo—, pero él intentaba que no supieran hasta qué punto era buena. Sin embargo, en ese momento le daba igual.

—Son los nuestros —le dijo a Dannil—. Que todo el mundo se quede aquí.

Lentamente, fue al encuentro del grupo que regresaba. Las Doncellas empezaron a retirarse los velos al verlo acercarse. Bajo la profunda capucha

Librodot

de uno de los hombres montados, Perrin distinguió la oscura tez de Furen Alharra. Entonces eran los tres Guardianes; sólo regresarían juntos. Sus caballos parecían tan cansados como él se sentía, casi exhaustos. Deseaba azuzar a *Brioso* para ponerlo a galope, para oír lo que tuvieran que informarle. Temía oírlo. Los cuervos se habrían cebado en los cuerpos, y los zorros, y quizá tejones, y sólo la Luz sabía qué más. A lo mejor habían pensado ahorrarle sufrimiento no trayendo lo que hubiesen encontrado. ¡No! Faile tenía que estar viva. Trató de fijar esa idea en su mente, pero dolía tanto como asir una cuchilla afilada con la mano desnuda.

Desmontó delante de ellos, se tambaleó y tuvo que agarrarse a la silla para no caer, presa de un embotamiento total por el intenso dolor que era aferrarse a aquella idea. Tenía que estar viva. Los pequeños detalles parecieron cobrar gran importancia por alguna razón. No era un solo bulto lo que iba atado a la trabajada silla, sino varios pequeños que parecían harapos enrollados. Las Doncellas llevaban raquetas de nieve, toscamente construidas con enredaderas y ramas flexibles de pino, que todavía conservaban las agujas. Por eso parecía que se movían de un modo raro. Jondyn debía de haberles enseñado cómo hacerlas. Perrin intentó concentrarse. Pensó que el corazón iba a salírsele del pecho.

Con las lanzas y la adarga sujetas en la mano izquierda, Sulin cogió uno de los pequeños envoltorios de tela atados a la silla antes de llegar junto a él. La cicatriz rosácea que surcaba su mejilla morena se torció al sonreír la mujer.

—Buenas noticias, Perrin Aybara —dijo quedamente mientras le tendía una tela de color azul oscuro—. Tu esposa vive.

Alharra intercambió una mirada con el otro Guardián de Seonid, Teryl Ivierno, que frunció el ceño. El Gaidin de Masuri, Rovair Kirklin, mantenía fija la mirada al frente con gesto pétreo. Era tan obvio como el bigote retorcido de Ivierno que ellos no estaban seguros de que fueran tan buenas noticias.

—Los demás continuaron para ver qué más podían descubrir —siguió informando Sulin—. Aunque ya hemos encontrado cosas raras de sobra.

Perrin dejó que el bulto que sostenía en la mano se desenrollara. Era el vestido de Faile, cortado por la parte delantera y a lo largo de las mangas. Inhaló profundamente, aspirando el olor de Faile, un leve rastro de su jabón de flores, un toque de su dulce perfume, pero, por encima de todo, el olor que era ella. Y ni rastro de sangre. Las demás Doncellas se agruparon a su alrededor; en su mayoría eran mujeres de edad, de rostros duros, aunque no tanto como el de Sulin. Los Guardianes desmontaron sin dar señales de que habían pasado la noche en la silla, pero siguieron detrás de las Doncellas.

—Asesinaron a todos los hombres —dijo la nervuda mujer—; pero, por las ropas que encontramos, Alliandre Kigarin, Maighdin Dorlain, Lacile Aldorwin, Arrela Shiego y otras dos más también fueron hechas *gai'shain.* —Las otras dos debían de ser Bain y Chiad; mencionar sus nombres, decir que habían sido capturadas, las habría cubierto de vergüenza. Perrin sabía algo sobre los Aiel—. Esto va contra la costumbre, pero las protege.

Ivierno frunció el entrecejo, dubitativo, y después intentó disimularlo ajustándose la capucha.

Los limpios cortes en la tela eran como los que se harían para despellejar a un animal, se le ocurrió de golpe a Perrin. ¡Alguien había desnudado a Faile cortándole la ropa!

—¿Sólo se llevaron mujeres? —La voz le temblaba.

Una joven Doncella carirredonda, llamada Briain, sacudió la cabeza.

—A tres hombres los habrían hecho *gai'shain,* creo, pero lucharon duramente y los mataron con cuchillo o lanza. Los demás murieron por flechas.

—No es eso, Perrin Aybara —se apresuró a decir Elienda, que parecía escandalizada. Era alta, con hombros anchos, y casi daba una imagen maternal, aunque Perrin la había visto tumbar a un hombre de un puñetazo. Hacer daño a un *gai'shain* es como hacérselo a un niño o a un herrero. No estuvo bien que tomaran a personas de las tierras húmedas, pero no puedo creer que hayan roto la costumbre hasta ese punto. Estoy convencida de que ni siquiera las castigarán si pueden mostrarse sumisas hasta que se las recupere. Hay otras que les advertirán cómo comportarse.

Otras; de nuevo Bain y Chiad.

—¿En qué dirección se fueron? —preguntó. ¿Podría ser sumisa Faile? No se la imaginaba así. Que lo intentase al menos, hasta que él pudiese encontrarla.

—Casi hacia el sur —contestó Sulin—. Más hacia el sur que hacia el este. Después de que la nieve ocultó su rastro, Jondyn Barran vio otras huellas, y dijo que los otros las siguen. Le creo. Ve tanto como Elyas Machera. Hay mucho que ver. —Metió las lanzas detrás del estuche del arco, a su espalda, se colgó la adarga de la empuñadura del pesado cuchillo del cinturón, y sus dedos se movieron veloces en el lenguaje de señas. Elienda desató un segundo bulto, más grande, y se lo tendió—. Hay mucha gente moviéndose ahí fuera, Perrin Aybara, y cosas extrañas. Creo que debes ver esto primero. —Sulin desenrolló otro vestido cortado, éste en color verde. Perrin creyó recordar que era de Alliandre—. Esto lo recuperamos donde capturaron a tu esposa. —Dentro, había amontonadas unas cuarenta o cincuenta flechas Aiel. En los astiles se veían manchas oscuras, y Perrin captó el olor de sangre seca.

»Taardad —continuó Sulin mientras cogía una flecha y la tiraba de inmediato al suelo—. Miagoma. —Tiró otras dos—. Goshien. —Aquéllas hicieron que torciese el gesto; ella era Goshien. Fue nombrando un clan tras otro, todos excepto el Shaido, tirando flechas hasta que casi la mitad estuvo amontonada a sus pies. Después sostuvo el vestido cortado con las dos manos, y luego tiró las demás—. Shaido —dijo en un tono significativo.

Apretando contra su pecho el vestido de Faile —su aroma calmaba el dolor que le atenazaba el corazón y al mismo tiempo lo acentuaba—, Perrin miró ceñudo las flechas desparramadas en la nieve. Los copos ya habían tapado a medias algunas.

—Demasiados Shaido —dijo por último.

Deberían estar todos atascados en la Daga del Verdugo de la Humanidad, a quinientas leguas de distancia. Pero si alguna de sus Sabias había aprendido a Viajar... Tal vez incluso uno de los Renegados... Luz, estaba discurriendo como un idiota —¿qué tenían que ver los Renegados con aquello?— en lugar de pensar con claridad. Sentía el cerebro tan cansado como el resto de su cuerpo.

—Los otros son hombres que no aceptan a Rand como el *Car'a'carn.* —Aquellos malditos colores surgieron como relámpagos en su cabeza. No tenía tiempo para nada que no fuese Faile—. Se unieron a los Shaido. —Algunas de las Doncellas eludieron sus ojos. Elienda lo miró iracunda. Sabían que algunos habían hecho eso, pero era una de esas cosas que no les gustaba que se dijese en voz alta—. ¿Cuántos calculáis que eran en total? No el clan

Librodot

al completo, desde luego. —Si los Shaido se encontraran allí en masa, habría algo más que rumores sobre ataques en otros pueblos. Aun con todos los demás problemas, Amadicia entera lo sabría.

—Suficientes para andarle cerca, creo —murmuró Ivierno entre dientes. Se suponía que Perrin no tenía que oírlo.

Sulin rebuscó entre los bultos cargados en la silla y sacó una muñeca de trapo, vestida con *cadin'sor.*

—Elyas Machera encontró esto justo antes de que emprendiésemos el camino de vuelta, a unos sesenta kilómetros de aquí. —Sacudió la cabeza y por un instante su voz y su olor se tornaron... sorprendidos—. Dijo que lo había olido debajo de la nieve. Él y Jondyn Barran encontraron arañazos en los árboles y aseguraron que estaban hechos por carros. Muchos carros. Si hay niños... Creo que puede ser todo un septiar, Perrin Aybara, Tal vez más de uno. Hasta un único septiar contará al menos con un millar de lanzas, y más si la situación lo requiere. Todos los hombres excepto los herreros cogerán una lanza si es preciso. Se encuentran a varios días de nosotros, hacia el sur. Puede que más días de los que calculo, con esta nieve. Pero creo que los que atraparon a tu esposa van a reunirse con ellos.

—Pues este herrero ha cogido una lanza —murmuró Perrin. Mil, tal vez más. Él contaba con más de dos mil, incluyendo a la Guardia Alada y los hombres de Arganda. Sin embargo, contra Aiel, la proporción favorecía a los Shaido. Toqueteó la muñeca que sostenía Sulin en la nervuda mano. ¿Estaría una niña Shaido llorando por haberla perdido?—. Vamos hacia el sur.

Se giraba para montar a *Brioso* cuando Sulin le tocó el brazo para detenerlo.

—Te dije que vimos más cosas. En dos ocasiones, Elyas Machera encontró heces de caballo y restos de lumbres bajo la nieve. Muchos caballos y muchas lumbres.

—Millares —intervino Alharra. Sus ojos negros se encontraron con los de Perrin, impasibles; su voz sonaba realista. Simplemente exponía un hecho—. Cinco, puede que diez mil o más, no es fácil calcular. Pero eran campamentos de soldados. Los mismos en ambos sitios, creo. Machera y Barran coinciden en ello. Sean quienes sean, se dirigen también más o menos al sur. A lo mejor no tienen nada que ver los Aiel, pero podrían estar siguiéndolos.

Sulin miró al Guardián ceñuda, con impaciencia, y continuó sin hacer apenas una pausa por su interrupción.

—Tres veces vimos criaturas voladoras, como las que dices que utilizan los seanchan, seres enormes con alas como murciélagos, y con gente montada en la espalda. Y dos veces vimos huellas así. —Se agachó, cogió una de las flechas y trazó una figura redonda, semejante a la huella de un oso grande, pero con seis dedos más largos que los de un hombre—. A veces se marcan garras —dijo, dibujándolas, más largas incluso que las de los grandes osos de las Montañas de la Niebla—. Anda con zancadas largas. Y creo que corre muy deprisa. ¿Sabes qué es?

Lo ignoraba (ni siquiera había oído hablar de un animal con seis dedos, excepto los gatos de Dos Ríos; le había sorprendido ver que los de cualquier otro sitio sólo tenían cinco), pero sí podía llegar a una buena suposición.

—Otro animal seanchan. —De modo que había seanchan al sur, además de Shaido, y... ¿Qué más? ¿Capas Blancas o un ejército seanchan? Sólo podían ser unos u otros. Confiaba en la información de Balwer—. Aun

Librodot

así, nos dirigimos hacia el sur.

Las Doncellas lo miraron fijamente, como si les hubiese dicho algo tan obvio como que estaba nevando. Subió a la silla de *Brioso* y se volvió hacia la columna. Los Guardianes fueron a pie, conduciendo por las riendas a sus agotados caballos. Las Doncellas cogieron el castrado blanco de Alliandre y trotaron hacia donde aguardaban las Sabias. Masuri y Seonid se acercaban en sus monturas, al encuentro de los Guardianes. Perrin se preguntó por qué no se habrían acercado todas para meter las narices en la conversación. Quizás era por algo tan simple como dejar que estuviese solo con su dolor si resultaba que las noticias eran malas. Quizá. Trató de que todo encajase en su cabeza. Los Shaido, fuesen cuantos fuesen. Los seanchan. El ejército montado, ya fuera de Capas Blancas o de seanchan. Era como las piezas de los rompecabezas que maese Luhhan le había enseñado a construir, giros intrincados de metal que se separaban o volvían a ajustarse, como un sueño, si se conocía el truco. Sólo que ahora su mente estaba hecha un lío, toqueteando piezas que no encajaban en ninguna parte.

Todos los hombres de Dos Ríos estaban a caballo de nuevo cuando Perrin llegó junto a ellos. Los que habían desmontado, con los arcos prestos, parecían un poco avergonzados. Todos lo observaban inquietos, con cautela.

—Está viva —anunció, y fue como si todos y cada uno de ellos volviese a respirar. Acogieron el resto de la información con una extraña impasibilidad, algunos incluso asintiendo con la cabeza, como si no hubiesen esperado menos.

—No será la primera vez que afrontamos algo estando en clara desventaja —comentó Dannil—. ¿Qué hacemos, milord?

Perrin torció el gesto. Dannil seguía más firme que un palo.

—Para empezar, Viajaremos unos sesenta kilómetros hacia el sur. Después, ya veré. Neald, adelántate y encuentra a Elyas y a los demás. Diles lo que estoy haciendo. A estas alturas, deben de encontrarse bastante más adelantados. Y ve con cuidado. No puedes combatir a diez o doce Sabias. —Un septiar entero debía de tener ese número de mujeres capaces de encauzar, como mínimo. ¿Y si había más de uno? En fin, eso sería una ciénaga que se plantearía cómo cruzar si llegaba el caso.

Neald asintió con la cabeza antes de hacer volver grupas a su castrado en dirección al campamento, donde ya había memorizado el terreno. Sólo quedaban unas pocas órdenes más que dar. Había que enviar jinetes para encontrar a mayenienses y ghealdanos, los cuales avanzarían por separado del mismo modo que acampaban aparte. Grady pensaba que era capaz de memorizar el terreno allí mismo antes de que los dos grupos los alcanzasen, de manera que no era necesario desandar el camino todos, en pos de Neald. Y eso sólo dejaba una cosa pendiente.

—Necesito encontrar a Masema, Dannil —dijo Perrin—. O a alguien que pueda darle un mensaje, en cualquier caso. Con suerte, no tardaré mucho.

—Si vais solo entre esa chusma, milord, sí que necesitaréis suerte —repuso Dannil—. Oí lo que algunos de ellos decían de vos: que erais un Engendro de la Sombra, por vuestros ojos. —Su mirada coincidió con los dorados ojos de Perrin y se desvió—. Y que el Dragón Renacido os había domado, pero que aun así erais un Engendro de la Sombra. Deberíais llevaros unas docenas de hombres para que os guardaran las espaldas.

Perrin vaciló y dio unas palmaditas en el cuello de *Brioso.* Unas docenas de hombres no bastarían si la gente de Masema pensaba realmente que era un Engendro de la Sombra y decidía tomarse la justicia por su

Librodot

mano. Probablemente ni todos los hombres de Dos Ríos serían suficientes. A lo mejor no era necesario informar a Masema; podía dejar que se enterase por sí mismo.

Sus oídos captaron el trino de un herrerillo, procedente de los árboles del oeste, seguido un instante después por un segundo gorjeo que resultó audible para todo el mundo, y la decisión ya no estuvo en sus manos. No le cabía duda, y se preguntó si aquello formaba parte de ser *ta'veren.* Tiró de las riendas de *Brioso* para que el caballo girara en esa dirección y esperó.

Los hombres de Dos Ríos supieron lo que significaba al oír la llamada de ese pájaro en particular, un ave de su tierra: se acercaban hombres, bastantes, y no necesariamente en son de paz. Habría sido el gorjeo de un piquituerto si hubieran sido amigos, o el grito de alarma de un sinsonte de haber sido claramente enemigos. En esta ocasión, su comportamiento fue mejor. A lo largo del costado occidental de la columna, hasta donde le alcanzaba la vista a Perrin a través de la nevada, un hombre sí y uno no desmontó y entregó las riendas de su caballo al que estaba a su lado, para aprestar el arco a continuación.

Los extraños aparecieron entre los dispersos árboles, desplegados en una línea para acrecentar la apariencia de su número. Eran unos cien, con dos en avanzada, pero su lento progreso por la nieve era obvio; iban con las lanzas enarboladas, pero no enristradas, sino asidas como si estuviesen prestas para colocarse bajo el brazo. Su paso era regular, sostenido. Algunos vestían piezas de armadura, el peto o el yelmo, pero rara vez ambos al tiempo. Aun así, iban mejor equipados que la generalidad de los seguidores de Masema. Uno de los dos en avanzada era el propio Masema; el rostro fanático miraba fijamente entre los pliegues de la capucha cual un feroz puma escudriñando desde su cueva. ¿Cuántas de aquellas lanzas habían lucido cintas rojas en la mañana del día anterior?

Masema no ordenó detenerse a sus hombres hasta que se encontró a unos pocos pasos de Perrin. Se retiró la capucha y su mirada recorrió la hilera de hombres desmontados y con arcos. No parecía notar la nieve que caía sobre su afeitada cabeza. Su compañero, un tipo más corpulento, con una espada a la espalda y otra en el arzón de la silla, mantuvo la capucha echada, pero a Perrin le pareció que también llevaba la cabeza afeitada. El tipo se las ingenió para estudiar la columna y observar a Masema con igual intensidad. Sus oscuros ojos ardían casi tanto como los de Masema. Perrin se planteó decirles que, a esa distancia, las flechas disparadas por los largos arcos de Dos Ríos traspasarían un peto y a quien lo llevara de parte a parte. Se planteó mencionar a los seanchan. Discreción, había aconsejado Berelain. Quizá fuese una buena idea, dadas las circunstancias.

—¿Venías a mi encuentro? —dijo de repente Masema. Hasta la voz del hombre hervía de intensidad. Nada, ni una sola palabra en su boca era intrascendente. Todo lo que tenía que decir era importante. La cicatriz pálida y triangular de su mejilla convirtió su inesperada sonrisa en una mueca retorcida. Y no había en ella calidez alguna—. No importa, ahora ya estoy aquí. Como sin duda ya sabrás, los que siguen al lord Dragón Renacido, ¡que la Luz ilumine su nombre!, rehusaron quedarse atrás. No podía exigirles que lo hicieran. Le sirven, al igual que yo.

Perrin imaginó una oleada de llamas extendiéndose a través de Amadicia, entrando en Altara y quizá llegando más allá, dejando tras de sí un rastro de muerte y destrucción. Respiró hondo, llenando los pulmones con el frío aire. Faile era más importante que cualquier otra cosa.

¡Cualquiera! Y, si se condenaba por ello, que así fuera.

—Conduce a tus hombres al este. —Le impresionó lo firme que sonaba su voz—. Te alcanzaré cuando pueda. Unos Aiel han secuestrado a mi esposa, y me dirijo hacia el sur para rescatarla. —Por una vez, vio sorprendido a Masema.

—¿Aiel? Entonces, ¿es cierto el rumor? —Miró ceñudo a las Sabias, situadas al otro lado de la columna—. ¿Al sur, dices? —Cruzó las manos enguantadas sobre la perilla de la silla y enfocó su mirada escrutadora en Perrin. La locura impregnaba el olor del hombre; Perrin sólo percibía demencia en ese efluvio—. Te acompañaré —dijo luego, como si acabase de tomar una decisión. Curioso, cuando se había mostrado tan ansioso por reunirse con Rand sin demora. Al menos, mientras no lo tocara el Poder para hacerlo—. Todos los que siguen al lord Dragón Renacido, ¡que la Luz ilumine su nombre!, vendrán. Matar salvajes Aiel es trabajar para la Luz. —Sus ojos se desviaron hacia las Sabias, y su sonrisa se tornó aún más fría que antes.

—Te agradecería tu ayuda —mintió Perrin. Esa chusma sería inútil contra Aiel Sin embargo, eran millares. Y habían rechazado ejércitos, aunque no ejércitos Aiel. Una pieza del rompecabezas que tenía en la cabeza se movió y encajó en su sitio. A punto de desplomarse por la fatiga, no supo exactamente cómo, pero sí que lo había hecho. En cualquier caso, no iba a ocurrir—. Pero me llevan una gran ventaja. Tengo intención de Viajar, de utilizar el Poder Único para alcanzarlos. Sé cómo te sientes al respecto.

Unos murmullos inquietos recorrieron las filas de hombres detrás de Masema, y hubo intercambio de miradas y movimiento en las armas. Perrin alcanzó a escuchar maldiciones y también «ojos amarillos» y «Engendro de la Sombra». El otro hombre con la cabeza afeitada asestó una mirada iracunda a Perrin, como si éste hubiese blasfemado, pero Masema se limitó a observarlo fijamente; parecía intentar abrirle un agujero en el cráneo y ver qué había dentro.

—*Él* sufriría si le ocurriese algo malo a tu esposa —dijo finalmente el loco. El énfasis señalaba a Rand claramente como el nombre que Masema no permitía que se pronunciara—. Será una... dispensa, en este caso. Sólo para encontrar a tu esposa, porque eres amigo suyo. Sólo por eso. —Habló sosegadamente, tratándose de él, pero sus ojos hundidos eran oscuro fuego, y una furia inconsciente le crispó el rostro.

Perrin abrió la boca, y después la cerró sin pronunciar palabra. Que el sol saliese por el oeste era tan imposible como que Masema dijera lo que acababa de decir. De repente Perrin pensó que Faile podía estar más segura con los Shaido de lo que él lo estaba en ese momento.

Librodot

CAPÍTULO 7

Las calles de Caemlyn

El séquito de Elayne atraía gran atención a medida que pasaba a lo largo de las calles de Caemlyn, que ascendían y bajaban siguiendo el trazado de las colinas de la ciudad. El Lirio Dorado sobre la pechera de su capa carmesí, orlada de piel, bastaba para que los habitantes de la capital la identificasen, pero aun así mantenía la capucha algo retirada, enmarcándole el rostro de manera que la única rosa dorada de la diadema de la heredera del trono fuera claramente visible. No sólo Elayne, Cabeza Insigne de la casa Trakand, sino Elayne, heredera del trono. Que todo lo mundo lo viera y lo supiera.

Las cúpulas de la Ciudad Nueva resplandecían blancas y doradas en la pálida luz matinal, y los carámbanos destellaban en las ramas desnudas de los árboles, alineados en el centro de las calles principales. Aunque el sol se encontraba próximo al cenit y brillaba en un bendito cielo despejado, no proporcionaba calidez. Por suerte, ese día no soplaba el viento. La temperatura era lo bastante fría para congelar el aliento, mas, limpio de nieve el adoquinado de las calles, incluso en los callejones más estrechos y sinuosos, la ciudad volvía a estar viva, rebosante de gente y bullicio. Los carreteros, tan uncidos a su trabajo como los caballos entre las lanzas, se arrebujaban en su capa con resignación mientras avanzaban despacio entre la muchedumbre. Una gran carreta de agua pasó traqueteando, vacía a juzgar por el ruido, de vuelta para que la rellenaran de nuevo a fin de combatir los frecuentes incendios provocados. Unos cuantos vendedores ambulantes y buhoneros desafiaban el frío para pregonar sus mercancías, pero la mayoría de la gente se desplazaba presurosa en sus quehaceres, ansiosa por encontrarse a resguardo lo antes posible. No es que apresurarse significara moverse muy deprisa. La ciudad estaba llena a reventar; la población había aumentado hasta superar la de Tar Valon. En aquel enjambre, hasta los pocos que iban a caballo no avanzaban más deprisa que los que iban a pie. A lo largo de toda la mañana, Elayne sólo había visto dos o tres carruajes moviéndose lentamente por las calles. Si sus pasajeros no estaban inválidos o no tenían ante sí un trayecto de kilómetros, es que eran unos necios.

Todos los que la veían a ella y a su grupo se paraban un momento, como poco, y algunos se la señalaban a otros, o levantaban a un niño para que pudiese contemplarla mejor y así pudiese contar a sus propios hijos que la había visto. La cuestión era si decían que habían visto a la futura reina o a la mujer que dirigía la ciudad durante un tiempo. La mayoría se limitaba a observarla atentamente, pero de vez en cuando unas cuantas voces coreaban a su paso «¡Trakand! ¡Trakand!» o incluso «¡Elayne y Andor!». Habría sido mejor que hubiese más vítores, si bien era preferible el silencio a los abucheos. Los andoreños solían ser gentes que expresaban abiertamente su opinión, y en especial los caemlineses. Habían estallado rebeliones y se habían destronado reinas a causa de que los caemlineses proclamaron su

desagrado en las calles.

Una idea hizo temblar a Elayne. «Quien controla Caemlyn controla Andor», rezaba el viejo dicho; no era exactamente cierto, como Rand había demostrado, pero Caemlyn era el corazón de Andor. Había reclamado su dominio sobre la ciudad —el León de Andor y la Clave de Plata de Trakand compartían un lugar de honor en las torres de la muralla exterior— pero ella todavía no controlaba el corazón de Caemlyn, y eso era mucho más importante que controlar piedra y mortero.

«Algún día me aclamarán todos —se prometió a sí misma—. Me ganaré su aplauso.» Ese día, sin embargo, las abarrotadas calles parecían vacías por las pocas voces que se alzaban. Ojalá Aviendha estuviese con ella, haciéndole compañía, pero Aviendha no veía razón de montarse en un caballo para pasear por la ciudad, simplemente. En cualquier caso, Elayne podía sentirla. Era distinto del vínculo con Birgitte, pero podía percibir la presencia de su hermana en la ciudad del mismo modo que se percibe en la misma habitación a una persona que no se ve, y resultaba reconfortante.

Sus compañeros también llamaban la atención. Tras apenas tres años siendo Aes Sedai, la cara atezada y cuadrada de Sareitha aún no había adquirido la cualidad intemporal, y parecía una mercader próspera con sus ropas de fino paño en color bronce, y el gran broche de plata y zafiros que sujetaba su capa. Su Guardián, Ned Yarman, cabalgaba pegado a sus talones, y desde luego atraía las miradas. Un hombre joven, alto, de hombros anchos, con brillantes ojos azules y un cabello trigueño que le caía en ondas hasta los hombros, lucía la cambiante capa de Guardián, que lo hacía parecer una cabeza sin cuerpo flotando sobre un alto castrado gris que tampoco parecía estar completamente allí, cubierta como estaba su grupa por la capa. No cabía error en lo que era, ni en que su presencia anunciaba a una Aes Sedai. El resto del grupo, formando un círculo en torno a Elayne para ir abriéndole paso entre la multitud, también atraía muchas miradas. Ocho mujeres con las chaquetas rojas y los bruñidos yelmos y petos de la Guardia Real no era algo que se viese todos los días. Ni hasta entonces, dicho fuera de paso. Elayne las había elegido entre los nuevos reclutas por esa misma razón.

Su lugarteniente, Caseille Raskovni, delgada y dura como cualquier Doncella Aiel, era algo fuera de lo común, guardia de una mercader, casi veinte años en el oficio, como ella decía. Las campanillas de plata en las crines de su enorme ruano la señalaban como arafelina, aunque había sido poco precisa respecto a su pasado. La única andoreña entre las ocho era una mujer canosa de semblante plácido y anchos hombros, Deni Colford, que había mantenido el orden en una taberna concurrida por carreteros, en la Baja Caemlyn, fuera de las murallas, otro trabajo duro y singular para una mujer. Deni no sabía aún cómo utilizar la espada que llevaba a la cadera, pero Birgitte decía que tenía las manos muy rápidas, y una vista más rápida aún, además de ser una experta con el garrote de tres palmos de largo que colgaba en su otra cadera. Las demás eran Cazadoras del Cuerno, mujeres dispares, altas y bajas, delgadas y anchas, jovencitas ingenuas o entradas en años, y con pasados igualmente distintos, aunque algunas se mostraban tan discretas como Caseille y otras obviamente exageraban su anterior condición social. Ninguna de esas actitudes era infrecuente entre los Cazadores del Cuerno. Pero todas habían aprovechado de buen grado la oportunidad de alistarse en la Guardia. Y, lo que era más importante, habían pasado la estricta inspección de Birgitte.

Librodot

—Estas calles no son seguras para ti —dijo de repente Sareitha, que taconeó su montura castaña para situarse junto al flanco del castrado negro de Elayne. *Fogoso* casi logró asestar un mordisco a la acicalada yegua antes de que Elayne le retirara hacia un lado la cabeza con un seco tirón de las riendas. La calle por la que marchaban era estrecha, apiñando más a la multitud y obligando a las mujeres de la Guardia a cerrarse más a su alrededor. La cara de la hermana Marrón era la viva imagen de la compostura Aes Sedai, pero una obvia preocupación daba un timbre agudo a su voz—. Puede ocurrir cualquier cosa en semejante aglomeración. Recuerda quién se hospeda en El Cisne de Plata, a menos de cuatro kilómetros de aquí. Diez hermanas no se alojan en la misma posada porque busquen compañía entre las de su clase, simplemente. Es posible que Elaida las haya enviado.

—Y también es posible que no lo haya hecho —repuso tranquilamente Elayne, con más sosiego del que sentía en realidad. Eran muchas las hermanas que se mantenían al margen del conflicto entre Elaida y Egwene, hasta ver en qué acababa. Desde su regreso a Caemlyn, dos hermanas se habían marchado de El Cisne de Plata y otras tres acababan de llegar. Eso no sonaba como un grupo enviado con una misión. Y ninguna era del Ajah Rojo; Elaida no habría dejado de incluir Rojas en él. Aun así, se las estaba vigilando lo mejor posible, dadas las circunstancias, aunque eso no se lo dijo a Sareitha. Elaida quería cogerla, con mucho más ahínco de lo que desearía atrapar a una Aceptada huida o a una relacionada con Egwene y las «rebeldes», según las denominaba Elaida, pero Elayne no acababa de entender el porqué. Una reina que era Aes Sedai resultaría una gran baza para la Torre Blanca, pero no se convertiría en reina si la obligaban a regresar a Tar Valon. En realidad, Elaida había dado la orden de llevarla de vuelta, por cualquier medio necesario, mucho antes de que hubiera alguna posibilidad de que ocupase el trono hasta pasados muchos años. Era un enigma sobre el que había reflexionado en más de una ocasión, desde que Ronda Macura le había hecho beber aquella horrible infusión que embotaba la capacidad de encauzar de una mujer. Un enigma muy preocupante, sobre todo ahora, que estaba proclamando a los cuatro vientos dónde se encontraba.

Sus ojos se detuvieron un momento en una mujer de cabello negro, con la capucha de su capa azul retirada. La mujer apenas le dedicó una mirada de pasada antes de entrar en la tienda de un fabricante de velas. Una bolsa de tela, pesada en apariencia, colgaba de su hombro. Elayne decidió que no era una Aes Sedai, sino simplemente otra mujer que envejecía bien, como Zaida.

—En cualquier caso —siguió firmemente—, no me quedaré encerrada en palacio por miedo a Elaida. —¿Qué se traerían entre manos las hermanas que se hospedaban en El Cisne de Plata?

Sareitha resopló, y no flojo precisamente; pareció a punto de poner los ojos en blanco, pero luego lo pensó mejor. De vez en cuando, Elayne pillaba una mirada extraña de algunas de las otras hermanas instaladas en palacio, sin duda preguntándose cómo había sido ascendida al chal, aunque, al menos de cara al exterior, la aceptaban como una Aes Sedai, así como que su capacidad con el Poder la situaba por encima de cualquiera de ellas, salvo Nynaeve. Eso no bastaba para impedirles que manifestasen su opinión, a menudo de un modo mucho más rotundo que el que habrían usado con una hermana que ocupase su posición y hubiese alcanzado el chal a través de la

Librodot

forma habitual.

—Olvida a Elaida, entonces —dijo Sareitha—, y recuerda a quién más le gustaría tenerte en sus manos. Una piedra arrojada con puntería y serás un bulto inerte, fácil de cargar para llevárselo en medio de la confusión.

¿De verdad tenía Sareitha que decirle que el agua mojaba? Raptar a otros aspirantes al trono era casi una práctica tradicional, después de todo. Cada casa que le disputaba el trono contaba con seguidores en Caemlyn que esperaban atentos cualquier oportunidad, o ella se comería sus escarpines en el almuerzo. Tampoco era que fueran a tener éxito, no mientras pudiese encauzar, pero lo intentarían si se les presentaba la ocasión. Jamás había pensado que llegar a Caemlyn le proporcionara seguridad.

—Si no me atrevo a salir de palacio, Sareitha, jamás conseguiré que el pueblo me respalde —argumentó quedamente—. Deben verme segura, sin miedo, fuera y dentro. —Tal era la razón de que llevase ocho miembros de la Guardia en lugar de los cincuenta que Birgitte habría querido. La mujer se negaba a entender la realidad de la política—. Además, necesitarían dos piedras arrojadas con buena puntería, encontrándote tú aquí.

Sareitha resopló de nuevo, pero Elayne puso gran empeño en hacer caso omiso de la obstinación de la otra mujer. Ojalá pudiese obviar también su presencia, pero eso era imposible. Él paseo de esa mañana no era sólo para que la viesen. Halwin Norry le había presentado datos y cifras a montones con su voz monótona que casi conseguía dormirla, pero quería comprobar esos informes por sí misma. Norry era capaz de hacer que un disturbio sonase tan anodino como un informe sobre el estado de las cisternas de la ciudad o sobre los gastos de la limpieza de las alcantarillas.

En la multitud abundaban los forasteros: kandoreses con barba dividida, illianos con barba y sin bigote, arafelinos con campanillas de plata en las trenzas, domani de tez cobriza, altaraneses de tez olivácea, atezados tearianos, cairhieninos que se distinguían por su baja estatura y pálida piel. Algunos eran mercaderes, atrapados por la repentina llegada del invierno o que esperaban llevar la delantera a la competencia, gentes ampulosas, de rostros satisfechos, que sabían que el comercio era la sangre vital de las naciones; y todos y cada uno de ellos afirmaban ser una arteria principal aun cuando los delatara una chaqueta mal teñida o un broche de latón y cristal. Gran parte de los que iban a pie llevaban chaquetas desgastadas y raídas, pantalones hasta la rodilla, vestidos con los bajos rozados, y capas gastadas o ni siquiera eso. Eran refugiados, o expulsados de sus hogares por la guerra o gentes que se habían lanzado a los caminos en la creencia de que el Dragón Renacido había roto todos los vínculos que los ataban. Caminaban encogidos para protegerse del frío, el rostro demacrado, la expresión derrotada, dejándose llevar por el río de personas.

Al fijarse en una mujer de ojos apagados, que avanzaba tambaleante entre la multitud, cargada con un niño, Elayne sacó una moneda de la escarcela y se la dio a una mujer de la Guardia, una joven de mejillas tersas y ojos fríos. Tzigan afirmaba ser de Ghealdan, hija de un noble menor; en fin, posiblemente era ghealdana, al menos. Cuando la mujer se inclinó sobre la silla para tender la moneda, la mujer cargada con el niño pasó de largo sin percatarse, sin verla. Había demasiados así en Caemlyn. El palacio alimentaba a miles cada día, en cocinas repartidas por toda la ciudad, pero eran muchos los que ni siquiera tenían fuerzas para ir a recoger su ración de pan y sopa. Elayne alzó una plegaria por la mujer y su hijo mientras volvía a guardar la moneda en la escarcela.

Librodot

—No puedes dar de comer a todos —musitó Sareitha.

—En Andor no se permite que los niños pasen hambre —contestó Elayne, como si publicara un edicto; lo cierto es que no sabía cómo impedirlo. Todavía quedaban víveres de sobra en la ciudad, pero ninguna orden podía obligar a la gente que comiera a la fuerza.

Algunos de los forasteros habían llegado en tal estado a Caemlyn, hombres y mujeres que ya no vestían harapos ni mostraban en su rostro una expresión de acoso. Fuera lo que fuera lo que los había obligado a huir de sus hogares, habían empezado a pensar que ya habían viajado suficientemente lejos, a olvidarse de los oficios o negocios que habían abandonado, a menudo junto con todo lo que poseían. Sin embargo, en Caemlyn, cualquiera con destreza en un oficio y un poco de empuje siempre encontraba un banquero con dinero fresco. Actualmente se abrían negocios nuevos cada día. ¡Había visto tres tiendas de relojeros en el transcurso de la mañana! Desde donde se encontraba, alcanzaba a ver dos tiendas en las que se vendía cristal soplado, y se habían construido casi treinta fábricas al norte de la ciudad. A partir de ahora, Caemlyn exportaría cristal en lugar de importarlo, así como vidrio. La ciudad tenía ahora encajeras cuyos productos eran tan finos como los de Lugard, lo que no era de extrañar puesto que casi todas ellas procedían de allí.

Aquello le levantó el ánimo —los impuestos que se recaudarían con aquellos nuevos negocios servirían de ayuda, aunque llevaría un tiempo hasta que el montante fuera sustancioso—, mas había otros en la muchedumbre que atrajeron su atención. Forasteros o andoreños, los mercenarios eran fácilmente reconocibles; hombres de rostros duros, portadores de espadas, que mantenían el paso arrogante incluso cuando su marcha se frenaba casi por completo por la apiñada multitud. Los guardias de mercaderes también iban armados, unos tipos duros que apartaban con el hombro a otros hombres que se encontraban en su camino, pero parecían sumisos y moderados al compararlos con los soldados a sueldo. Y, en conjunto, exhibían menos cicatrices. Los mercenarios salpicaban la muchedumbre como pasas en un pastel. Con tanto donde elegir y con la escasa oferta de trabajo debido al invierno, Elayne no creía que alquilar sus servicios saliese demasiado caro. A menos que, como Dyelin temía, le costase Andor. De algún modo tenía que encontrar suficientes hombres para que no hubiese mayoría de forasteros en la Guardia Real. Y el dinero para pagarles.

De repente fue consciente de Birgitte. La otra mujer estaba enfadada —últimamente siempre lo estaba— y se aproximaba. Muy enfadada y acercándose muy deprisa. Una combinación ominosa que empezó a tocar gongs de alarma en la cabeza de Elayne.

Inmediatamente dio la orden de regresar a palacio por la ruta más directa —ésa sería por la que Birgitte vendría; el vínculo la conduciría directamente a ella—, y giraron en la primera esquina en dirección sur, para salir a la calle de la Aguja. De hecho era una vía bastante ancha aunque serpenteaba como un río, subiendo una colina y bajando por otra, pero generaciones atrás había estado llena de fabricantes de agujas. Ahora unas cuantas posadas pequeñas y tabernas se apiñaban entre cuchilleros, sastres y toda clase de tiendas excepto de venta agujas.

Antes de que hubiesen llegado a la Ciudad Interior, Birgitte las encontró subiendo el callejón del Vendedor de Peras, donde un puñado de fruteros todavía se aferraba a sus tiendas transmitidas de padres a hijos desde los tiempos de Ishara, aunque había muy poco que ver en los escaparates en

esa época del año. A despecho de la multitud, Birgitte apareció llevando su caballo al trote, la capa roja ondeando tras ella, dispersando a la gente a derecha e izquierda, y sólo refrenó su larguirucho rucio cuando las vio un poco más adelante.

Como para compensar sus prisas, dedicó unos instantes a estudiar a las mujeres de la Guardia y a devolver el saludo de Caseille antes de dar media vuelta a su montura para marchar al lado de Elayne. A diferencia de las otras, Birgitte no llevaba espada ni armadura. Los recuerdos de sus vidas pasadas se estaban borrando de su memoria —afirmaba que ahora no se acordaba de nada anterior a la fundación de la Torre Blanca, aunque algunos fragmentos todavía afloraban a su mente— pero había algo que aseguraba recordar sin ningún género de dudas: cada vez que había intentado usar una espada, había estado a punto de ensartarse a sí misma, e incluso lo había hecho en más de una ocasión. Su arco iba metido en un estuche de cuero, adosado a la silla, y al otro lado colgaba una aljaba repleta de flechas. La ira bullía en su interior, y su ceño se fue acentuando a medida que hablaba.

—Media docena de palomas llegaron volando al palomar de palacio hace un rato, con un mensaje de Aringill. Los hombres que escoltaban a Naean y a Elenia cayeron en una emboscada y fueron asesinados a menos de ocho kilómetros de la ciudad. Por suerte, uno de los caballos regresó con manchas de sangre en la silla, o no habríamos sabido nada de lo ocurrido hasta pasadas unas semanas. Dudo que nuestra suerte llegue a que a ese par lo hayan capturado unos bandidos para pedir rescate.

Fogoso cabrioleó unos pasos, y Elayne lo refrenó bruscamente. Entre la multitud, alguien gritó lo que quizá fue un vítor para Trakand. O no. Los tenderos intentaban atraer a los clientes voceando lo bastante alto para ahogar las palabras.

—De modo que tenemos un espía en palacio —dijo, y luego apretó los labios, deseando haber contenido la lengua delante de Sareitha.

A Birgitte eso no pareció importarle.

—A menos que haya un *ta'veren* rondando por ahí del que no tenemos noticia —repuso secamente—. Quizás ahora me permitas asignarte una guardia personal. Sólo unos pocos soldados de la Guardia Real, bien elegidos y…

—¡No! —El palacio era su casa. No aceptaría una guardia allí. Dirigió una ojeada a la Marrón y suspiró. Sareitha escuchaba con gran atención. No tenía sentido intentar ocultar cosas ahora. No esto—. ¿Informaste de ello a la doncella primera?

Birgitte le lanzó una mirada de soslayo que, combinada con una oleada de moderada indignación a través del vínculo compartido, le dijo que si creía que podía enseñar a tejer a su abuela.

—Se propone investigar a todos los criados que no llevaran al servicio de tu madre al menos cinco años. Aún no sé bien si lo que quiso decir es que los sometería a interrogatorio. Por la expresión de su cara cuando le di la información, me alegré de salir de su estudio con la piel entera. Yo me encargaré de investigar a otros.

Se refería a la Guardia Real, pero no lo expresó en voz alta al encontrarse Caseille y las demás delante. Elayne dudaba que descubriese espías entre ellos; el reclutamiento le daba a cualquiera la oportunidad perfecta para introducir informadores, cierto, pero no podían contar con que se los asignase a un servicio en el que enterarse de algo útil.

Librodot

—Si hay espías en palacio —intervino Sareitha en voz baja—, puede que haya algo peor. Quizá deberías aceptar la sugerencia de lady Birgitte en cuanto a una guardia personal. Existe un precedente.

Birgitte le enseñó los dientes a la Marrón; si lo que pretendía era sonreír, fracasó estrepitosamente. Sin embargo, por mucho que le desagradara que se dirigieran a ella con el título, miró a Elayne, esperanzada.

—¡He dicho que no, y lo he dicho en serio! —espetó Elayne. Un mendigo, que se acercaba con una sonrisa desdentada y la gorra en la mano al círculo de caballos que avanzaba lentamente, se encogió y se escabulló entre la multitud antes de que ella tuviese tiempo de pensar siquiera en sacar una moneda de la escarcela. No sabía con seguridad cuánta de esa ira era suya y cuánta de Birgitte, pero era apropiada al caso.

«Debería haber ido personalmente a buscarlos —gruñó amargamente. En cambio, había tejido un acceso para el mensajero y se había pasado el resto del día reuniéndose con mercaderes y banqueros—. Al menos, debería haber ordenado que los acompañara como escolta toda la guarnición de Aringill. ¡Diez hombres muertos porque he cometido un error garrafal! ¡Peor aún, y que la Luz me asista, porque es muchísimo peor: he perdido a Elenia y a Naean por eso!

La gruesa trenza dorada de Birgitte, que colgaba por encima de la capa, se meció cuando la mujer sacudió enérgicamente la cabeza.

—Para empezar, las reinas no van por ahí corriendo, encargándose de todo ellas mismas. ¡Son jodidas reinas! —Su cólera estaba remitiendo un poco, pero por encima de todo había una gran irritación, y su tono reflejó ambas. Deseaba que Elayne tuviese guardia personal, probablemente incluso dentro del baño—. Tus días de aventuras han quedado atrás. Sólo faltaba que salieses de palacio a hurtadillas, disfrazada, para deambular por ahí de noche, cuando podrías acabar con la cabeza partida por un matón callejero.

Elayne se sentó muy erguida en la silla. Birgitte lo sabía, por supuesto —no conocía ningún modo de esquivar el vínculo, aunque no le cabía duda de que debía de haber alguno—, pero la mujer no tenía derecho a sacarlo a relucir en ese momento. Si Birgitte lanzaba las indirectas suficientes, tendría a otras hermanas siguiéndola con sus Guardianes y tal vez a escuadrones de la Guardia Real también. Todos actuaban de un modo terriblemente ridículo respecto a su seguridad. Cualquiera pensaría que jamás había estado en Ebou Dar, cuanto menos en Tanchico, o en Falme. Además, sólo lo había hecho en una ocasión. Hasta entonces. Y Aviendha iba con ella.

—Las calles oscuras y frías no tienen punto de comparación con un agradable fuego y un libro interesante —comentó Sareitha, como si hablase consigo misma. Contemplaba las tiendas ante las que pasaban y parecía muy interesada en ellas—. A mí me desagrada mucho caminar por un pavimento helado, sobre todo de noche, sin llevar siquiera una vela. Las mujeres jóvenes y bonitas a menudo piensan que unas ropas sencillas y una cara sucia las hacen invisibles. —El cambio fue tan repentino, sin alterar el tono, que al principio Elayne no asimiló lo que estaba oyendo—. Que unos pendencieros borrachos la dejen a una inconsciente de un golpe y que la arrastren a un callejón es un modo muy duro de aprender que se tenía una idea equivocada. Claro que, si una es lo bastante afortunada de contar con una amiga que la acompaña y que también puede encauzar, y si ésta tiene la suerte de que los matones no acierten a golpearla tan fuerte como se

Librodot

suponía... En fin, no siempre se tiene tanta suerte. ¿No estáis de acuerdo, lady Birgitte?

Elayne cerró los ojos un instante. Aviendha había dicho que alguien las seguía, pero ella tuvo la absoluta convicción de que se trataba de un simple asaltante. Además, no había ocurrido así. No exactamente. La mirada feroz de Birgitte prometía una charla para después. Se negaba a comprender que un Guardián no podía echar regañinas a su Aes Sedai.

—En segundo lugar —continuó Birgitte en tono sombrío—, diez hombres o casi trescientos, el puñetero resultado habría sido el mismo. Maldición, era un buen plan. Unos pocos hombres habrían podido traer a Naean y a Elenia a Caemlyn sin llamar la atención. Dejar sin guarnición Aringill habría atraído hasta el ultimo par de ojos del este de Andor, y quienquiera que los haya cogido habría llevado suficientes mesnaderos para asegurarse. Seguramente, a estas horas tendrían Aringill en sus manos, además. Por pequeña que sea la plaza fuerte, Aringill se interpone ante cualquiera que quiera hacer algún movimiento contra ti desde el este, y cuantos más soldados de la Guardia salgan de Cairhien, mejor que mejor ya que casi todos te son leales. —Para tratarse de alguien que afirmaba ser simplemente una arquera, entendía muy bien la situación. Lo único que se había dejado en el tintero era que se habían perdido los impuestos aduaneros del comercio fluvial.

—¿Quién los ha prendido, lady Birgitte? —preguntó Sareitha, que se inclinó para mirarla sin que Elayne, que estaba entre ellas, la estorbara—. Ésa sí es una cuestión muy importante.

Birgitte suspiró fuerte, casi como un gemido.

—Me temo que no tardaremos en saberlo —comentó Elayne. La Marrón enarcó una ceja inquisitiva, y Elayne intentó no rechinar los dientes. Parecía hacer eso muy a menudo desde que había regresado.

Una tarabonesa, con una capa de seda verde, se apartó del paso de los caballos e hizo una profunda reverencia, de manera que las finas trenzas asomaron bajo la capucha. Su doncella, una mujer diminuta cargada con pequeños paquetes, imitó torpemente a su señora. Los dos hombres que iban detrás, guardias que empuñaban varas largas con conteras de latón, permanecían alertas. Las chaquetas largas, de grueso cuero, frenarían casi todo excepto una cuchillada directa.

Elayne inclinó la cabeza mientras pasaba, para responder a la cortesía de la tarabonesa. Hasta ese momento, ningún andoreño le había dado esa muestra de respeto. El rostro atractivo tras el velo transparente denotaba demasiada edad para pertenecer a una Aes Sedai. ¡Luz, tenía ya problemas de sobra que resolver para empezar a preocuparse también por Elaida!

—Es muy sencillo, Sareitha —contestó con voz cuidadosamente controlada—. Si Jarid Sarand las capturó, Elenia dará una oportunidad a Naean. Declarar a la casa Arawn en favor de Elenia, con algunas propiedades a cambio como soborno para Naean, o si no acabar con la garganta rajada de oreja a oreja en alguna celda, en alguna parte, y su cadáver enterrado detrás de un granero. Naean no cederá fácilmente, pero su casa discute quién tiene el mando hasta que ella regrese, así que titubearán; Elenia amenazará con tortura y puede que la utilice, y finalmente Arawn apoyará a Sarand y a Elenia. Y enseguida se les unirán las de Anshar y Baryn; irán allí donde vean fuerza. Si es gente de Naean quien las tiene, será Naean la que ofrezca la misma elección a Elenia, pero Jarid se lanzará contra Arawn a menos que Elenia le diga que no lo haga, y no lo

Librodot

hará si cree que su esposo tiene alguna oportunidad de rescatarla. Así que debemos esperar para enterarnos en las próximas semanas de que las haciendas de Arawn están siendo destruidas por incendios.

«Si no es así —pensó—, tendré cuatro casas unidas a las que enfrentarme, ¡y ni siquiera sé aún si yo cuento con dos!»

—Eso está muy bien... razonado —dijo Sareitha, en cuya voz se advertía cierta sorpresa.

—No me cabe duda de que tú también habrías llegado a ello, con tiempo —repuso Elayne con excesiva dulzura, y sintió una punzada de placer cuando la otra hermana parpadeó. ¡Luz, su madre habría esperado que viese una situación así con diez años!

El resto del camino de vuelta a palacio transcurrió en silencio, y Elayne apenas reparó en las brillantes torres de mosaico y las hermosas vistas de la Ciudad Interior. En cambio, pensó en Aes Sedai en Caemlyn y en espías en palacio, en quién se había llevado a Elenia y a Naean, y hasta qué punto Birgitte podría aumentar los reclutamientos, y sobre si había llegado la hora de vender la plata de palacio y el resto de sus joyas. Una lista sombría que tomar en consideración, pero mantuvo el gesto relajado y respondiendo serenamente a los contados vítores que sonaban a su paso. Una reina no podía mostrarse asustada, sobre todo cuando lo estaba.

El Palacio Real era una exquisita confección de balconadas cinceladas en intrincados diseños y pasarelas con columnatas en la cima de la colina más alta de la Ciudad Interior, la más alta de Caemlyn. Sus esbeltas torres y doradas cúpulas se recortaban contra el cielo de mediodía, visibles a kilómetros de distancia, proclamando el poder de Andor. Las llegadas y salidas triunfales se realizaban por la fachada principal, en la plaza de la Reina, donde en el pasado ingentes multitudes se habían reunido para escuchar las proclamaciones de reinas y gritar sus vítores a las dirigentes de Andor. Elayne entró por la parte posterior; los cascos de *Fogoso* repicaron en los adoquines cuando entró en el patio del establo principal. Era un espacio amplio, flanqueado en dos lados por hileras de las altas puertas en arco de las cuadras; en lo alto se asomaba un único corredor de piedra blanca, sencillo y sólido. Algunas de las altas pasarelas con columnatas ofrecían una vista parcial desde allá arriba, pero aquél era un lugar de trabajo. Delante de la sencilla columnata que daba acceso al palacio en sí había una docena de soldados de la Guardia, firmes junto a sus caballos, preparados para relevar a los que estaban de servicio en la plaza, pasando la inspección de su lugarteniente, un tipo canoso que cojeaba al caminar y que había sido portaestandarte a las órdenes de Gareth Bryne. A lo largo de la muralla exterior otros treinta guardias subían a sus monturas, dispuestos a iniciar su turno de patrulla en parejas por la Ciudad Interior. Normalmente, tendría que haber habido guardias cuya principal misión fuese mantener el orden en las calles; pero, con un contingente tan reducido, los que se encargaban de proteger el palacio también tenían que ocuparse de eso. Careane Fransi también se encontraba allí; era una mujer fornida, vestida con un elegante traje de montar, en rayas verdes, y una capa verde azulada. Montaba un castrado gris, en tanto que uno de sus Guardianes, Venr Kosaan, subía a su zaino en ese momento. Atezado, con pinceladas grises tanto en la barba como en el cortísimo cabello, el hombre, delgado como la hoja de una espada, se cubría con una capa corriente de color marrón. Al parecer no querían ir pregonando por ahí quiénes eran.

La llegada de Elayne provocó una fugaz reacción de sorpresa en los

establos. No en Careane ni en Kosaan, por supuesto. La hermana Verde se limitó a observarla pensativamente bajo la protectora capucha, y Kosaan ni siquiera hizo eso. Simplemente saludó a Birgitte y a Yarman con un leve gesto de la cabeza, de Guardián a Guardián. Sin prestarles más atención, salieron tan pronto como la última mujer de la escolta de Elayne hubo pasado por la puerta reforzada con bandas de hierro. No obstante, entre los que montaban a lo largo de la muralla hubo quienes hicieron una pausa, con el pie en el estribo, para mirarlas intensamente, y también hubo cabezas que se giraron hacia las recién llegadas entre los hombres que pasaban la inspección, en posición de firmes. No se esperaba que Elayne volviese hasta dentro de una hora al menos, y salvo aquellos pocos que nunca pensaban más allá de lo que sus manos hacían en ese momento, todos en palacio comprendieron que la situación era inestable. Los rumores se propagaban entre los soldados más deprisa que entre otros hombres, que ya era decir habida cuenta de la afición que tenían a cotorrear. Ésos tenían que saber que Birgitte había partido con prisa, y ahora regresaba con Elayne, antes de tiempo. ¿Marcharía otra casa contra Caemlyn? ¿Iba a atacar? ¿Les ordenarían apostarse en las murallas, que no podían cubrir del todo, aun contando con los hombres que Dyelin tenía en la ciudad? Hubo unos momentos de sorpresa y preocupación; entonces el curtido lugarteniente bramó una orden, y las cabezas volvieron prestas a mirar al frente mientras los brazos subían y se cruzaban sobre el tórax en un saludo. Sólo tres, aparte del antiguo portaestandarte, se habían inscrito recientemente en la lista de reclutamiento, pero entre los demás no había novatos.

Mozos de cuadra, con uniformes rojos y el León Blanco bordado en un hombro, salieron presurosos de los establos, aunque en realidad era poco lo que tenían que hacer. Las mujeres de la Guardia desmontaron en silencio obedeciendo la orden de Birgitte y empezaron a conducir sus caballos a través de las altas puertas de las cuadras. Ella misma bajó de un salto de la silla y echó las riendas a uno de los mozos, aunque no consiguió ser tan rápida como Yarman, que se acercó presuroso a sujetar la brida del castrado gris mientras Sareitha desmontaba. Era lo que algunas hermanas llamaban «captura reciente», ya que llevaba vinculado hacía menos de un año —la expresión databa de una época en la que a los Guardianes no siempre se les preguntaba si querían el vínculo— y se mostraba muy diligente con sus deberes. Birgitte se limitó a ponerse en jarras, ceñuda, observando aparentemente a los hombres que patrullarían la Ciudad Interior durante las próximas horas y que salían de los establos en columna de a dos. No obstante, a Elayne le habría sorprendido que aquellos hombres ocuparan la mente de Birgitte más que de pasada.

En cualquier caso, ella tenía sus propios problemas. Procurando que no se notase mucho, estudió a la nervuda mujer que asía la brida de *Fogoso,* y al tipo fornido que colocó junto al caballo un escabel forrado de cuero y sujetó el estribo para que desmontara. Él se mostraba imperturbable y deliberadamente adusto, mientras que ella estaba centrada en acariciar el hocico del animal a la par que le susurraba. Ninguno de los dos reparó especialmente en Elayne, aparte de dedicarle una respetuosa inclinación de cabeza; la cortesía venía a continuación de lo realmente importante: asegurarse de que no saliese despedida de la silla porque el caballo se asustara si quienes lo atendían empezaban a hacer reverencias bruscas. Tampoco importaba si ella necesitaba o no su ayuda para desmontar. Ya no se encontraba en el campo, y había que guardar las formas exigidas por la

Librodot

etiqueta. Aun así, procuró no fruncir el ceño. Desentendiéndose de ellos mientras se llevaban a *Fogoso,* no miró hacia atrás. A pesar de querer hacerlo.

El vestíbulo sin ventanas al que se accedía por la columnata parecía envuelto en la penumbra aunque había encendidas lámparas de pie, cuya estructura era simple hierro forjado, con adornos espirales. Todo era utilitario: las cornisas de yeso y sin adornos, las paredes de piedra, blancas y lisas. Se había corrido la voz de su llegada, y antes de que hubiesen recorrido más de unos pasos dentro del vestíbulo aparecieron una docena de hombres y mujeres, inclinándose y haciendo reverencias, para ocuparse de las capas y los guantes. Sus uniformes se distinguían del que vestía el personal del establo en que llevaban cuellos y puños blancos, y que el León de Andor iba bordado sobre la parte izquierda de la pechera, en lugar de estar en el hombro. Elayne no conocía a ninguno de los que prestaban servicio ese día. La mayoría de la servidumbre de palacio era gente nueva, y otros, ya jubilados, habían regresado para sustituir a los que habían huido asustados cuando Rand tomó la ciudad. Entre ellos había un tipo calvo, de cara campechana, que eludió los ojos sin atreverse a mirarla directamente, como si temiese parecer descarado, y una mujer joven, que puso un poquito de excesivo entusiasmo en su reverencia y en la sonrisa, aunque quizá simplemente deseaba mostrar buena disposición. Elayne se alejó, seguida de Birgitte, antes de ceder al deseo de asestarles una mirada iracunda. La desconfianza tenía un sabor amargo.

Sareitha y su Guardián las dejaron al cabo de unos pasos; la hermana Marrón murmuró una disculpa sobre unos libros que quería consultar en la biblioteca. No era una colección pequeña, aunque no tenía punto de comparación con la de las grandes bibliotecas, y Sareitha se pasaba allí las horas muertas todos los días. A menudo sacaba volúmenes ajados por el paso del tiempo que, según ella, no se conocían en ninguna otra parte. Yarman la siguió pegado a los talones cuando la mujer giró en uno de los corredores laterales; resultaba curiosa la imagen de los dos: un oscuro y rechoncho cisne seguido por una cigüeña curiosamente grácil. El Guardián todavía llevaba la inquietante capa doblada con cuidado en un brazo. Los Guardianes rara vez dejaban esa prenda fuera de su alcance. Seguramente Kosaan llevaba la suya guardada en las alforjas.

—¿Te gustaría tener una capa de Guardián, Birgitte? —preguntó Elayne mientras caminaban. No por primera vez, envidió los amplios pantalones de la otra mujer. Hasta una falda pantalón convertía en un esfuerzo cualquier cosa que no fuese un paso tranquilo. Al menos iba calzada con botas de montar, en lugar de escarpines. No había suficientes alfombras para cubrir el suelo de los pasillos, además de los de las habitaciones; en cualquier caso, se desgastarían enseguida con el constante ir y venir de la servidumbre de palacio—. Tan pronto como Egwene tenga la Torre en su poder, me ocuparé de que te hagan una. Deberías tenerla.

—Me importan un pimiento las puñeteras capas —replicó sombría Birgitte. Un gesto de aprensión le tensaba los labios, dándoles una expresión dura—. Pasó tan deprisa que creí que habías tropezado y te habías golpeado la jodida cabeza. ¡Rayos y centellas! ¡Derribada por unos camorristas callejeros! ¡Sólo la Luz sabe lo que podría haber ocurrido!

—No tienes por qué disculparte, Birgitte. —La indignación empezó a fluir a través del vínculo, pero Elayne estaba dispuesta a aprovechar la ventaja. Las reprimendas de Birgitte en privado ya eran bastante malas de

Librodot

por sí, y no pensaba aguantarlas también en un corredor, con sirvientes por todas partes que iban y venían realizando sus tareas, o sacando brillo a los paneles tallados de las paredes o lustrando las lámparas de pie, que allí eran doradas. Apenas hacían una pausa en su trabajo para saludarlas con silenciosas reverencias a Birgitte y a ella, pero sin duda todos se preguntaban por qué la capitana general de la Guardia Real parecía un nubarrón tormentoso, y aguzaban el oído para captar cualquier cosa—. No estabas allí porque yo no quería que estuvieras. Apuesto a que Sareitha tampoco iba acompañada por Ned. —Parecía imposible que el rostro de Birgitte se ensombreciese más, pero ocurrió. A lo mejor había sido un error mencionar a Sareitha, así que Elayne cambió de tema—. Realmente debes hacer algo para mejorar tu lenguaje. Empiezas a hablar como uno de esos vagos callejeros de la peor calaña.

—Mi... lenguaje —murmuró peligrosamente Birgitte. Hasta sus pasos cambiaron, asemejándose más a los de un leopardo irritado—. ¿Eres tú la que critica mi lenguaje? Al menos yo siempre sé lo que significan las palabras que utilizo. Al menos sé qué encaja en dónde y qué no encaja.

Elayne se puso colorada, y su cuello adoptó una postura muy tiesa. ¡Ella también lo sabía! Bueno, casi siempre. A menudo, al menos.

—En cuanto a Yarman —prosiguió Birgitte, todavía en un tono bajo, aún peligroso—, es un buen hombre, pero aún no ha superado el encadilamiento de ser un Guardián. Probablemente salta cuando Sareitha chasquea los dedos. Yo nunca me encandilé, y no salto. ¿Es por eso por lo que me has ensillado con un título? ¿Pensabas que así me dominarías con las riendas? Tampoco sería la primera idea estúpida que concibe esa cabeza tuya. Para ser alguien que discurre con tanta claridad la mayoría del tiempo... En fin. Tengo un escritorio enterrado bajo puñeteros informes que he de tragarme, si es que espero conseguir que alguna vez llegues a tener siquiera la mitad de los guardias que quieres, pero mantendremos una larga charla al respecto esta noche. Milady —añadió con demasiado firmeza. Su reverencia casi fue una parodia burlona. Se alejó, y fue un milagro que su larga y rubia trenza no estuviese erizada como la cola de un gato furioso.

Elayne pateó el suelo con frustración. El título de Birgitte era una recompensa bien merecida, ganada de sobra desde que la había vinculado. Y mil veces merecida antes de eso. Vale, había pensado en lo otro, pero no hasta después de concederle el título. Tanto en su condición de noble comprometida por un juramento como en su condición de Guardián, Birgitte obedecía únicamente las órdenes que le parecían bien. Sí lo hacía, por supuesto, cuando era algo importante —cuando ella pensaba que era importante—, pero en cuanto a todo lo demás, sobre todo en lo que llamaba riesgos innecesarios o comportamiento impropio, sólo seguía su criterio. ¡Como si Birgitte Arco de Plata pudiese dar charlas a nadie sobre correr riesgos! ¡Y en lo referente a un comportamiento apropiado, ella se iba de juerga a las tabernas! ¡Bebía y jugaba y se comía con los ojos a los hombres guapos! Porque le gustaba mirar a los que eran atractivos, aunque prefiriese a los que parecían que les hubiesen machacado la cara a golpes. Elayne no quería cambiarla —la admiraba, la apreciaba, la tenía por amiga—, pero ojalá enfocase su relación más como la de un Guardián con su Aes Sedai, y menos como la de una hermana mayor y baqueteada con una alocada e infantil hermana menor.

De repente cayó en la cuenta de que se había quedado parada, mirando ceñuda al vacío. Los sirvientes vacilaban al pasar a su lado y agachaban la

cabeza como si temieran que la iracunda mirada estuviese dirigida a ellos. Relajó el gesto y llamó con un ademán a un muchacho larguirucho y con la cara llena de acné que venía pasillo adelante. El chico hizo una torpe reverencia, tan pronunciada que perdió el equilibrio y por poco no se fue de bruces al suelo.

—Busca a la señora Harfor y dile que se reúna inmediatamente conmigo en mis aposentos —le ordenó, y luego añadió con una voz no exenta de amabilidad—: Y convendría que recordaras que quizás a tus superiores no les agradaría encontrarte contemplando embobado el palacio cuando deberías estar trabajando.

El chico se quedó boquiabierto, como si le hubiese leído el pensamiento. Quizá creía que lo había hecho, porque sus desorbitados ojos bajaron hasta el anillo de la Gran Serpiente. Luego soltó un ruido ahogado e hizo otra reverencia aún más pronunciada que la anterior antes de salir corriendo a más no poder.

Elayne sonrió a despecho de sí misma. Había sido un tiro a ciegas, pero el muchacho era demasiado joven para trabajar como espía de nadie, y demasiado nervioso para estar metido en algo en lo que no debería. Por otro lado… Su sonrisa se borró. Por otro lado, no era mucho más joven que ella.

Librodot

CAPÍTULO 8

Atha'an Miere y Allegadas

Elayne no se sorprendió al encontrarse con la primera doncella en el pasillo, antes de llegar a sus aposentos. La señora Harfor hizo una reverencia y luego caminó a su lado; llevaba una carpeta de cuero debajo de un brazo. Sin duda se había levantado tan temprano como Elayne, si no antes, pero la gonela escarlata daba la impresión de estar recién planchada, y el emblema de León Blanco de la pechera, tan limpio y blanco como nieve recién caída. Los sirvientes se movían con mayor prontitud y frotaban con más energía cuando la veían. Reene Harfor no era severa, pero dirigía el funcionamiento de palacio con una disciplina tan férrea como la impuesta antaño a la Guardia por Gareth Bryne.

—Me temo que todavía no he pillado a ningún espía, milady —dijo en respuesta a la pregunta de Elayne, en un tono destinado a ser oído únicamente por su señora—, pero creo que he descubierto un par de ellos. Una mujer y un hombre, ambos incorporados al servicio durante los últimos meses de reinado de vuestra madre. Abandonaron palacio tan pronto como se corrió la voz de que estaba interrogando a todo el mundo. Sin entretenerse en recoger sus pertenencias, ni siquiera una capa. Eso es tanto como admitir su culpabilidad, diría yo. A menos que tuviesen miedo de ser sorprendidos en alguna otra mala acción —añadió a regañadientes—. Ha habido casos de hurtos, me temo.

Elayne asintió pensativamente. Naean y Elenia habían pasado en palacio mucho tiempo durante los últimos meses del reinado de su madre. Una oportunidad más que suficiente para colocar espías a su servicio. No eran ellos los únicos que habían frecuentado el palacio, sino también otros que se habían opuesto a que Morgase Trakand ocupase el trono, que habían aceptado su amnistía una vez que lo ocupó y que luego la habían traicionado. Ella no cometería el mismo error que su madre. Oh, sí, tendría que haber amnistía en los casos en que fuese posible concederla —cualquier otra cosa sería plantar la semilla para una guerra civil—, pero planeaba mantener estrechamente vigilados a aquellos que se acogieran al perdón. Como un gato vigilando a una rata que afirmara haber perdido todo su interés en el trigo almacenado en los graneros.

—Eran espías, sin duda —dijo—. Y seguramente habrá más. No sólo al servicio de las casas. Las hermanas de El Cisne de Plata también podrían tener informadores en palacio.

—Seguiré indagando, milady —contestó Reene a la par que inclinaba levemente la cabeza.

Su tono era absolutamente respetuoso; ni siquiera enarcó una ceja, pero de nuevo Elayne se sintió como si intentara enseñar a su abuela a tejer. Con todo, deseó para sus adentros que Birgitte supiese mantener las formas como la señora Harfor.

—Habéis regresado muy pronto —continuó la primera doncella—. Me temo que tendréis una tarde muy ocupada. Para empezar, maese Norry

Librodot

desea hablar con vos. De un asunto urgente, según él. —Su boca se endureció un instante. Siempre exigía saber para qué quería la gente ver a Elayne, y así separar el grano de la paja y evitar que Elayne quedara enterrada bajo un montón de la segunda. Sin embargo, el jefe amanuense nunca veía necesario darle siquiera una pista del asunto que quería tratar, así como ella no le daba explicaciones tampoco. Ambos defendían con celo los límites de sus feudos. La mujer sacudió la cabeza, desestimando a Halwin Norry—. Después, una delegación de comerciantes de tabaco ha pedido audiencia con vos, así como otra de tejedores, las dos para solicitar la remisión de impuestos porque corren tiempos difíciles. Milady no necesita de mi consejo para responderles que corren tiempos difíciles para todos. Un grupo de mercaderes extranjeros también espera ser recibido. Es un grupo muy numeroso. Simplemente es para desearos lo mejor de un modo que no los comprometa, por supuesto. Quieren estar a buenas con vos sin ponerse a malas con los demás, pero os sugiero que acortéis la reunión todo lo posible. —Posó los gordezuelos dedos sobre la carpeta que llevaba debajo del brazo—. También las cuentas de palacio requieren que estampéis vuestra firma antes de presentárselas a maese Norry. Me temo que lo harán suspirar. No era de esperar en invierno, pero lo cierto es que casi toda la reserva de harina está plagada de gorgojos y polillas, y la mitad de los jamones curados se ha estropeado, al igual que casi todo el pescado ahumado. —Su voz sonó en todo momento muy respetuosa. Y muy firme.

«Yo gobierno Andor —le había dicho su madre en una ocasión, en privado—, pero a veces creo que Reene Harfor me gobierna a mí.» Morgase lo había comentado con gesto risueño, pero también como si lo dijese en serio. Pensándolo bien, la señora Harfor sería mucho peor que Birgitte como Guardián.

Elayne no tenía pizca de ganas de reunirse con Halwin Norry ni con los comerciantes y mercaderes. Deseaba sentarse tranquila en sus aposentos y pensar en lo de los espías, y en quién tenía a Naean y a Elenia, y cómo podía contraatacar. Sólo que... maese Norry había mantenido viva a Caemlyn desde la muerte de su madre. A decir verdad, por lo que había podido ver en los libros de cuentas, lo había venido haciendo desde que Morgase cayó en las garras de Rahvin, aunque Norry siempre se refería de un modo vago a esa época. Parecía ofendido por los acontecimientos de entonces, aunque de un modo muy evasivo. No podía quitárselo de encima, simplemente. Además, nunca había manifestado urgencia por nada. Y la buena voluntad de los mercaderes no era un asunto para tomárselo a la ligera, aunque fuesen extranjeros. También hacía falta firmar las cuentas. ¿Gorgojos y polillas? ¿Y jamones estropeados? Aquello era realmente extraño.

Habían llegado a las altas puertas con leones tallados de sus aposentos. Leones más pequeños que los de las puertas de las habitaciones utilizadas por su madre, también éstas más grandes que las que usaba ella, pero Elayne ni siquiera se había planteado instalarse en los aposentos de la reina. Eso sería tan presuntuoso como sentarse en el Trono del León antes de que se reconociese su derecho a la Corona de la Rosa.

Con un suspiro, tendió la mano hacia la carpeta.

Al fondo del pasillo vio a Solain Morgeillin y Keraille Surtovni, caminando tan deprisa como era posible sin dar la impresión de ir corriendo. Un brillo de plata se dejó entrever en el cuello de la mujer de gesto hosco que caminaba casi estrujada entre ellas, aunque las Allegadas le habían puesto un largo pañuelo verde alrededor para ocultar la cadena del *a'dam.* Eso sí

Librodot

que daría que hablar, y alguien acabaría viéndolo antes o después. Habría sido mejor no tener que trasladarlas ni a ella ni a las demás, pero no podía evitarse. Entre Allegadas y Detectoras de Vientos, las habitaciones en las dependencias de la servidumbre habían tenido que ocuparse para acoger al numeroso grupo de mujeres, incluso instalándolas a dos o tres en una cama, y hubo que utilizar el sótano de palacio como almacén, en lugar de mazmorras. ¿Cómo se las arreglaba Rand para hacer siempre mal las cosas? Que fuese varón no bastaba como excusa. Solain y Keraille desaparecieron en una esquina, con su prisionera.

—La señora Corly ha pedido veros esta mañana, milady. —La voz de Reene mantuvo un tono cuidadosamente neutral. También ella había estado observando a las Allegadas, y en su ancho rostro asomó un atisbo de ceño pensativo. Las mujeres de los Marinos eran extrañas, pero una Detectora de Vientos de un clan y su séquito podían tener cabida en su concepto del mundo, aun cuando no supiese exactamente qué era una Detectora de Vientos de un clan. Una forastera de alto rango, era una forastera de alto rango, y de los forasteros se esperaba que fuesen raros. Pero no podía entender por qué Elayne había dado cobijo a casi ciento cincuenta mercaderes y artesanas. Ni «Allegadas» ni «Círculo de Labores de Punto» habrían significado nada para ella si hubiese oído esos nombres, y no comprendía las tensiones tan peculiares que existían entre esas mujeres y las Aes Sedai. Tampoco comprendía lo de las mujeres que habían traído los Asha'man, prisioneras en realidad aunque no estuviesen confinadas en celdas, pero sí recluidas y sin que jamás se les permitiese hablar con nadie salvo las mujeres que las escoltaban por los pasillos. La primera doncella sabía cuándo no debía hacer preguntas, pero no le gustaba no entender lo que estaba pasando en palacio. Su voz no cambió un ápice—. Dice que tiene buenas noticias para vos. En cierto modo —añadió—. No pidió audiencia, sin embargo.

Aunque las noticias sólo fuesen buenas en cierto sentido, era mejor que ponerse a repasar cuentas, y albergaba esperanzas respecto a lo que trataban esas noticias. Dejó de nuevo la carpeta en las manos de la primera doncella.

—Dejad esto sobre mi escritorio, por favor —dijo—. Y decidle a maese Norry que lo veré dentro de un rato.

Echó a andar en la dirección por la que habían aparecido las Allegadas con su prisionera, y a buen paso a pesar de la falda, ya que, fueran mejores o peores las noticias, tenía que recibir a Norry y a los mercaderes, por no mencionar el repaso de las cuentas y su firma. Gobernar significaba semanas interminables de trabajo pesado y aburrido, y horas contadas de hacer lo que se quería. Muy, muy contadas. Percibía a Birgitte en el fondo de su mente, un prieto nudo de absoluta irritación y frustración. Sin duda, estaba metida hasta las cejas con aquel montón de papeles. Bueno, en su caso, el único rato relajado que tendría en todo el día sería cambiarse la ropa de montar y tomar un almuerzo rápido. Así que caminó muy deprisa, tan absorta en sus pensamientos que apenas si veía lo que tenía delante. ¿Qué sería lo que Norry consideraba urgente? Seguramente nada que ver con la reparación de las calles. ¿Cuántos espías habría? Las probabilidades de que la señora Harfor los descubriese a todos eran escasas.

Al girar en una esquina, sólo la repentina percepción de otra mujer capaz de encauzar evitó que chocara con Vandene, la cual venía en dirección contraria. Recularon ambas con sobresalto. Aparentemente, la Verde

también iba absorta en sus cavilaciones. Las dos mujeres que la acompañaban hicieron que Elayne enarcase las cejas.

Kirstian y Zarya vestían de blanco y se mantenían un paso por detrás de Vandene, con las manos enlazadas a la altura de la cintura, en actitud sumisa. Se habían peinado con el cabello atado atrás y no lucían joyas. A las novicias se las disuadía enérgicamente de llevar tales adornos. Habían sido Allegadas —de hecho, Kirstian había formado parte del Círculo— pero eran huidas de la Torre, y estaba prescrito, determinado por la ley de la Torre, el trato que debía dárseles aunque hiciese mucho tiempo que habían escapado. A aquellas que eran traídas de vuelta se les exigía ser absolutamente perfectas en todo lo que hacían, el vivo modelo de una iniciada ansiosa por alcanzar el chal, y pequeños deslices que podrían pasarse por alto a otras, en ellas eran castigados de manera inmediata y firme. Además, les aguardaba un castigo mucho más duro cuando llegasen a la Torre: ser azotadas con la vara en público; e incluso entonces estarían sujetas a continuar por ese camino recto y doloroso durante al menos un año. A una mujer huida que era devuelta a la Torre se le hacía entender sin ningún género de dudas que nunca jamás desearía escapar de nuevo. Jamás! Las mujeres entrenadas sólo a medias eran demasiado peligrosas para dejarlas libres.

Elayne había intentado ser indulgente las contadas veces que había estado con ellas —las Allegadas no eran realmente mujeres entrenadas a medias; tenían tanta experiencia con el Poder Único como cualquier Aes Sedai, aunque no su aprendizaje—, lo había intentado, con el resultado de descubrir que la mayoría de las otras Allegadas lo desaprobaba. Al dárseles otra oportunidad de convertirse en Aes Sedai —al menos las que podían— abrazaban todas las leyes y costumbres de la Torre con un fervor increíble. La sorpresa de Elayne no se debía a la sometida ansiedad que se reflejaba en los ojos de las dos mujeres ni al modo en que parecían irradiar una promesa de buen comportamiento —querían tener esa oportunidad tan intensamente como cualquiera—, sino al hecho de que estuviesen con Vandene. Hasta ahora, ésta había hecho caso omiso de las dos.

—Te buscaba, Elayne —dijo Vandene sin preámbulos. Su blanco cabello, recogido en un moño bajo con una cinta de color verde oscuro, le otorgaba un aire de mujer de edad a despecho de sus tersas mejillas. El asesinato de su hermana había añadido una expresión de severidad que le daba el aspecto de un juez implacable. Había sido delgada, pero ahora estaba en los huesos y tenía las mejillas hundidas—. Estas pequeñas... —Se interrumpió, y una débil mueca le atirantó los labios.

Era la forma apropiada de referirse a las novicias; el peor momento para una mujer cuando iba a la Torre no era cuando descubría que no se la consideraría una adulta hasta que se ganase el chal, sino cuando se daba cuenta de que mientras llevase el blanco de novicia era realmente una niña, una pequeña que podría hacerse daño o hacérselo a otras por ignorancia o por cometer algún error garrafal. Sí, era la forma apropiada, pero incluso a Vandene debía parecerle chocante. La mayoría de las novicias llegaban a la Torre a los quince o los dieciséis años y, hasta hacía poco tiempo, no se las admitía si tenían más de los dieciocho, a excepción de unas pocas que se las habían arreglado para salir airosas con una mentira. A diferencia de las Aes Sedai, las Allegadas utilizaban la edad para marcar la jerarquía, y Zarya —que se había hecho llamar Garenia Rosoinde, aunque Zarya Alkaese era el nombre inscrito en el libro de novicias, y a ese nombre era al que ahora

Librodot

respondía— con su firme nariz y ancha boca, tenía más de noventa años, si bien por su aspecto se habría dicho que había entrado en la edad adulta no hacía mucho. Ninguna de las dos mujeres poseía aspecto intemporal a pesar de llevar tantos años utilizando el Poder, y la bonita Kirstian, con sus negros ojos, parecía algo mayor, alrededor de los treinta, cuando en realidad tenía más de trescientos. Era mayor incluso que Vandene, de eso no le cabía duda a Elayne. Kirstian había huido de la Torre hacía tanto tiempo que no le había parecido arriesgado utilizar de nuevo su verdadero nombre, o parte de él. No encajaban en absoluto en el patrón habitual de una novicia.

—Las «pequeñas» —continuó Vandene con mayor firmeza mientras un profundo ceño se marcaba en su frente— han estado dándoles vueltas a los acontecimientos de Puente Harlon. —Allí era donde su hermana había sido asesinada. Y también Ispan Shefar; pero, en lo que a Vandene concernía, la muerte de una hermana Negra era equiparable a la muerte de un perro rabioso—. Por desgracia, en lugar de guardar silencio sobre sus conclusiones, acudieron a mí. Al menos no le han dado a la lengua donde cualquiera pudiese oírlas.

Elayne frunció ligeramente el entrecejo. A estas alturas todo el mundo en palacio estaba enterado de esos asesinatos.

—No lo entiendo —dijo despacio. Y con cuidado. No quería darle pistas a la pareja de que habían sacado a la luz realmente secretos concienzudamente guardados—. ¿Han resuelto que fueron Amigos Siniestros en lugar de ladrones? —Ésa era la explicación que habían dado: dos mujeres en una choza aislada, asesinadas para robar sus joyas. Sólo Vandene, Nynaeve, Lan y ella sabían la verdad de lo ocurrido. Hasta ahora, al parecer. Debían de haber llegado a esa conclusión, o Vandene las habría despedido con cajas destempladas.

—Peor. —Vandene miró en derredor y después se desplazó unos pasos hacia el centro del cruce de los pasillos, obligando a Elayne a seguirla. Desde aquel punto podían ver a cualquiera que se acercara desde cualquiera de los corredores. Las novicias mantuvieron atentamente sus posiciones en relación con la Verde. Quizá ya se habían llevado un rapapolvo. Había muchos sirvientes a la vista, pero ninguno se dirigía hacia ellas ni se encontraba lo bastante cerca para oír lo que hablaban. De todos modos, Vandene bajó el tono de voz, aunque ello no fue óbice para que su desagrado resultara patente—. Su razonamiento las ha llevado a la conclusión de que la asesina tiene que ser Merilille, Sareitha o Careane. Un razonamiento bien desarrollado por su parte, tengo que admitir, pero para empezar no tendrían que haber pensado en eso. Tendrían que haber estado volcadas en sus lecciones con tanto interés como para no tener tiempo para nada más.

A despecho del ceño que dirigió a Kirstian y a Zarya, las dos novicias sonrieron encantadas. Había habido un cumplido soterrado en la regañina, y Vandene era parca en alabanzas. Elayne no comentó que las dos podrían haber estado un poco más ocupadas si Vandene se hubiese avenido a tomar parte en sus lecciones. La propia Elayne y Nynaeve tenían demasiadas obligaciones, y, puesto que las hermanas se habían sumado a las lecciones diarias impartidas a las Detectoras de Vientos —mejor dicho, todas menos Nynaeve—, ninguna tenía energías para dedicarles mucho tiempo a las dos novicias. ¡Enseñar a las Atha'an Miere era como ser pasada por el rodillo escurridor de la lavandería! Esas mujeres tenían poco respeto a las Aes Sedai, e incluso menos por el rango de cualquiera entre los «confinados en tierra».

Librodot

—Al menos no hablaron con nadie más —murmuró. Un punto a favor, aunque pequeño.

Cuando habían encontrado a Adeleas y a Ispan resultó obvio que su asesina tenía que haber sido una Aes Sedai. Las había inmovilizado con los efectos paralizantes del espino carminita antes de matarlas, y era de todo punto imposible que las Detectoras de Vientos conociesen una hierba que sólo se encontraba muy tierra adentro. E incluso Vandene estaba segura de que entre las Allegadas no había Amigas Siniestras. La propia Ispan había huido siendo novicia, e incluso llegó a Ebou Dar, pero la habían atrapado antes de que las Allegadas se descubrieran ante ella, revelándole que eran algo más que unas cuantas mujeres expulsadas por la Torre que habían decidido ayudarla siguiendo un impulso. Sometida a interrogatorio por Vandene y Adeleas, había revelado muchas cosas. De algún modo se había resistido a hablar sobre el Ajah Negro, excepto la confesión de viejos complots llevados a cabo hacía mucho, pero se mostró ansiosa de contar todo lo demás una vez que Vandene y su hermana acabaron de ponerla en su sitio con los castigos que utilizaron. No se habían andado con miramientos y habían sondeado hasta lo más hondo a la Negra, pero Ispan sólo sabía sobre las Allegadas lo que cualquier otra hermana. Si hubiese habido Amigas Siniestras entre ellas, el Ajah Negro lo habría sabido. De manera que, por mucho que desearan que fuera de otra forma, se llegaba a la conclusión de que la asesina era una de las tres mujeres que todas habían llegado a apreciar. Una hermana Negra entre ellas. O más de una. Todas se habían esforzado desesperadamente para guardar aquello en secreto. La noticia haría cundir el pánico por todo el palacio, puede que por toda la ciudad. Luz, ¿quién más habría estado reflexionando sobre lo ocurrido en Puente Harlon? Y, en tal caso, ¿tendría el sentido común de guardar silencio?

—Alguien tiene que ocuparse de ellas —dijo firmemente Vandene—, impedir que causen más daño. Les hacen falta clases regulares y trabajo duro. —Los semblantes alegres de las dos novicias denotaban un atisbo de petulancia, pero desapareció un tanto tras ese comentario. Habían recibido pocas lecciones, pero muy duras y muy estrictas—. Y eso significa que habréis de ser o tú, Elayne, o Nynaeve.

—¿Qué habrá de ser Nynaeve? —preguntó alegremente la interesada, acercándose a ellas. De algún modo se había agenciado un chal de flecos amarillos y bordado con hojas y flores, pero lo llevaba caído en los dobleces de los codos. A pesar de la baja temperatura, lucía un vestido azul con un escote demasiado bajo para las costumbres de Andor, aunque la gruesa y oscura trenza, echada sobre el hombro y descansando sobre los senos, contribuía a que lo que mostraba no pareciera tanto. El pequeño punto rojo en el medio de la frente, el *ki'sain,* resultaba muy chocante. Según la costumbre malkieri, un *ki'sain* rojo señalaba a la mujer casada, y ella había insistido en llevarlo tan pronto como se enteró. Jugueteaba ociosamente con la punta de la trenza y parecía... satisfecha, una emoción que nadie solía asociar con Nynaeve al'Meara.

Elayne dio un respingo al reparar en Lan, unos cuantos pasos más atrás, caminando en círculo alrededor de ellas y manteniendo la vigilancia en ambos corredores. A pesar de ser tan alto como un Aiel y tener los hombros de un herrero, el hombre de rostro pétreo se las ingeniaba para moverse como un fantasma bajo la capa verde. Llevaba la espada en el cinto incluso dentro de palacio. A Elayne le provocaba un escalofrío siempre. La

muerte miraba desde sus fríos ojos azules. Es decir, excepto cuando miraba a Nynaeve.

La satisfacción desapareció del rostro de la antigua Zahorí tan pronto como se enteró de cuál sería su tarea. Dejó de toquetear la trenza y la asió con fuerza.

—Escúchame bien. Elayne quizá pueda pasarse el día jugando a hacer política, pero yo tengo trabajo de sobra. Más de la mitad de las Allegadas habría desaparecido a estas alturas si Alise no las tuviera agarradas por el cuello; y, puesto que no tiene esperanza de alcanzar el chal, no estoy segura de cuánto tiempo más seguirá reteniendo a nadie. ¡Y las demás creen que pueden discutir conmigo! Ayer, Sumeko me llamó... ¡muchacha!

Enseñó los dientes, pero ella era la única culpable de aquello. Después de todo, era la que había machacado a las Allegadas repitiendo que tenían que demostrar carácter, en lugar de arrastrarse ante las Aes Sedai. Bien, pues indudablemente habían dejado de arrastrarse. En cambio, parecían dispuestas a tratar a las hermanas según los parámetros de su Regla. ¡Y esperaban que éstas lo admitieran de buen grado! Puede que no fuera exactamente culpa de Nynaeve que aparentara tener poco más de veinte años —había empezado a retardar muy pronto—, pero la edad era importante para las Allegadas, y ella había elegido pasar casi todo el tiempo. No se estaba dando tirones de la trenza; simplemente tiraba de ella tan firme y constantemente que debía de estar a punto de arrancársela de raíz.

—¡Y esas condenadas mujeres de los Marinos! ¡Malditas mujeres! ¡Malditas, malditas, malditas! ¡Si no fuera por ese puñetero acuerdo! ¡Sólo me faltaba tener que ocuparme de un par de novicias llorosas y quejicas!

Los labios de Kirstian se tensaron un instante, y los oscuros ojos de Zarya destellaron de indignación antes de que la mujer consiguiera adoptar de nuevo la actitud humilde. O una semblanza. Sin embargo, tenían el suficiente sentido común para saber que las novicias no abrían la boca para replicar a una Aes Sedai.

Elayne controló el deseo de tranquilizar la situación. Lo que quería realmente era dar de bofetadas a Kirstian y a Zarya. Lo habían complicado todo por no mantener callada la boca, para empezar. También quería dar un bofetón a Nynaeve. Así que finalmente las Detectoras de Vientos la habían acorralado, ¿verdad? Aquello no despertó compasión alguna en ella.

—Yo no estoy «jugando» a nada, Nynaeve, ¡y lo sabes muy bien! ¡Te he pedido consejo en muchas ocasiones! —Respiró hondo e intentó calmarse. Los sirvientes que veía detrás de Vandene y las dos novicias habían hecho un alto en sus tareas para observar disimuladamente al grupo de mujeres. Elayne dudaba que se hubiesen fijado siquiera en Lan, por imponente que fuera el Guardián. Unas Aes Sedai discutiendo era algo que merecía la pena ver; y de lo que había que mantenerse apartado—. Alguien tiene que hacerse cargo de ellas —añadió más tranquila—. ¿O es que piensas que se les puede decir simplemente que se olviden de todo esto? Míralas, Nynaeve. Déjalas solas e intentarán descubrir quién fue en un abrir y cerrar de ojos. No habrían acudido a Vandene si no hubieran creído que les permitiría ayudarla.

La pareja se convirtió en la viva imagen de la inocencia de una novicia, con los ojos muy abiertos, y sólo una pizca de ofensa ante una acusación tan injusta. Elayne no las creyó. Habían tenido toda una vida para practicar el arte del disimulo.

—¿Y por qué no? —dijo Nynaeve al cabo de un momento mientras se

Librodot

ajustaba el chal—. Luz, Elayne, debes tener presente que no son lo que normalmente esperamos de unas novicias.

Elayne abrió la boca para protestar; ¡y tanto que no lo eran! Nynaeve nunca había sido novicia, pero sí Aceptada, y no hacía tanto tiempo de eso; por cierto, ¡una Aceptada muy quejica! Abrió la boca, pero Nynaeve no le dejó meter baza.

—Vandene puede servirse bien de ellas, estoy convencida —arguyó—. Y, cuando no estén con eso, puede darles lecciones. Recuerdo que alguien me contó que ya habías enseñado a novicias anteriormente, Vandene. Ya está. Todo arreglado.

Las dos novicias sonrieron de oreja a oreja, unas sonrisas ansiosas, expectantes; sólo les faltó frotarse las manos. Pero Vandene frunció el ceño.

—No quiero tener novicias enredando a mi alrededor mientras me ocupo de…

—Estás tan ciega como Elayne —la interrumpió Nynaeve—. Tienen experiencia en conseguir que las Aes Sedai las tomen por algo distinto de lo que son. Pueden trabajar para ti, y eso te dará tiempo para que comas y duermas, cosas que no creo que estés haciendo ahora. —Adoptó una postura erguida y se echó el chal de manera que le cubría los hombros y los brazos. Era toda una representación. A pesar de su baja talla, semejante a la de Zarya, que era mucho más baja que Vandene o Kirstian, se las ingenió para dar la impresión de que era la más alta por varios dedos. Era una habilidad que Elayne querría dominar como ella. Aunque nunca lo intentaría llevando un vestido como ése. Nynaeve corría el peligro de salirse por el escote. Aun así, aquello no disminuyó la importancia de su propia presencia; era la pura esencia de quien sabe que tiene el mando—. Lo harás, Vandene —dijo firmemente.

El ceño de la Verde se borró lentamente, pero desapareció. Nynaeve estaba por encima de ella en el Poder, e, incluso en el caso de que ni siquiera pensara conscientemente en ese hecho, las normas implantadas profundamente en su ser la hicieron doblegarse, por muy a regañadientes que fuera. Para cuando se dio media vuelta hacia las dos mujeres de blanco, su semblante denotaba toda la firme compostura que había asumido desde la muerte de Adeleas. Lo que significaba simplemente que el juez quizá no ordenara la ejecución en ese mismo momento. Más tarde, quizá. Su consumido rostro se mostraba sereno, y totalmente severo.

—Enseñé a novicias durante un tiempo —dijo—. Muy poco tiempo. La Maestra de las Novicias pensó que era demasiado dura con mis alumnas. —El entusiasmo de la pareja de blanco se enfrió un poco—. Se llamaba Sereille Bagand. —El semblante de Zarya palideció tanto como el de Kirstian, y ésta se tambaleó como si hubiese sufrido un repentino mareo. Maestra de las Novicias y más tarde Sede Amyrlin, Sereille era una leyenda. La clase de leyenda que hace que uno se despierte sudando en mitad de la noche—. Y sí que como —le dijo Vandene a Nynaeve—. Pero todo me sabe a ceniza.

Tras un seco gesto a las dos novicias, las condujo por el pasillo pasando delante de Lan. Las mujeres de blanco caminaban de un modo un tanto inestable.

—Terca mujer —rezongó Nynaeve, que miraba ceñuda las espaldas de las mujeres que se alejaban, pero en su voz se advertía un timbre de compasión—. Conozco una docena de hierbas que la ayudarían a dormir, pero no quiere probarlas. Casi estoy pensando en echarle algo en el vino de la cena.

Librodot

«Una dirigente sabia —pensó Elayne— sabe cuándo hablar y cuándo callar.» En fin, eso era de sabios en cualquier persona. No comentó que el hecho de que Nynaeve llamase a alguien «terca» era como si el gallo llamase orgulloso al faisán.

—¿Sabes qué noticias son las que tiene Reanne? —preguntó en cambio—. Buenas noticias «en cierto sentido», según tengo entendido.

—No la he visto esta mañana —murmuró la antigua Zahorí, que seguía sin apartar la vista de Vandene—. No he salido de mis aposentos. —De repente se sacudió y, por alguna razón, miró con expresión desconfiada a Elayne. Y después a Lan, nada menos. El Guardián siguió montando guardia, imperturbable.

Nynaeve afirmaba que su matrimonio era maravilloso —a veces hablaba con increíble franqueza de ello con otras mujeres— pero Elayne pensaba que debía de mentir a fin de disimular la decepción. Probablemente Lan mantenía una actitud de alerta, presto para atacar, presto para luchar, incluso cuando dormía. Sería como estar acostada junto a un león hambriento. Además, ese rostro pétreo bastaba para helar cualquier lecho conyugal. Por suerte, Nynaeve no tenía ni idea de lo que estaba pensando. De hecho, la antigua Zahorí sonrió. Curiosamente, era una sonrisa divertida. Divertida y... ¿prepotente, podría ser? No, pues claro que no. Imaginaciones suyas.

—Sé dónde está Reanne —dijo Nynaeve mientras dejaba que el chal resbalara de nuevo hasta los dobleces de los codos—. Ven conmigo, te llevaré hasta ella.

Elayne sabía exactamente dónde estaría Reanne, ya que no se encontraba encerrada con Nynaeve, pero de nuevo contuvo la lengua y dejó que la antigua Zahorí la precediese. Era una especie de castigo autoimpuesto por discutir antes, cuando lo que debería haber hecho era calmar las cosas. Lan las siguió, con aquellos ojos fríos escudriñando a ambos lados. Los sirvientes ante los que pasaban se encogían cuando la mirada del Guardián caía sobre ellos. Una mujer muy joven, de cabello claro, llegó incluso a recogerse las faldas y salió corriendo, y en el camino chocó contra una lámpara de pie, que se tambaleó a punto de caer.

Eso le recordó a Elayne que debía contarle a Nynaeve lo de Elenia y Naean, y lo de los espías. Nynaeve se lo tomó con bastante tranquilidad. Estuvo de acuerdo con Elayne en que no tardarían en saber quién había rescatado a las dos nobles, y soltó un resoplido displicente por las dudas de Sareitha al respecto. A decir verdad, manifestó sorpresa de que no se las hubiese rescatado de la propia Aringill hacía mucho tiempo.

—No podía creer que siguieran allí cuando llegamos a Caemlyn. Era obvio para cualquier necio que antes o después se las trasladaría aquí. Resultaba mucho más fácil sacarlas de una pequeña villa. —Una pequeña villa. Antes, una población como Aringill le habría parecido enorme—. En cuanto a los espías... —Miró ceñuda a un hombre larguirucho, canoso, que llenaba de aceite una de las lámparas doradas, y sacudió la cabeza—. Por supuesto que hay espías. Sabía desde el principio que tenía que haberlos. Lo que tienes que hacer es llevar cuidado con lo que hablas, Elayne. No digas nada a nadie que no conozcas bien, a no ser que te dé lo mismo que todo el mundo esté enterado.

«Saber cuándo hablar y cuándo callar», pensó Elayne, fruncidos los labios. A veces hacer tal cosa era un verdadero castigo, con Nynaeve.

También la otra mujer tenía sus propias noticias que dar. Dieciocho de

Librodot

las Allegadas que las habían acompañado a Caemlyn ya no se encontraban en palacio. Sin embargo, no habían huido. Puesto que ninguna de ellas era lo bastante fuerte para Viajar, Nynaeve había tejido personalmente los accesos y las había enviado a Altara, Amadicia y Tarabon, en las tierras tomadas por los seanchan, donde intentarían encontrar a cualquier Allegada que no hubiese podido escapar y traerlas de vuelta a Caemlyn.

Habría sido un detalle por su parte si a Nynaeve se le hubiese ocurrido informarle de ello el día anterior, cuando se marcharon, o mejor aún cuando ella y Reanne decidieron enviarlas, pero Elayne tampoco mencionó eso.

—Es muy valeroso lo que hacen —dijo en cambio—. Evitar que las capturen no será fácil.

—Valeroso, sí —repitió Nynaeve, cuyo tono sonaba irritado. La mano subió de nuevo hasta la trenza—. Pero ésa es la razón de que las eligiéramos a ellas. Alise opinaba que eran las que con más probabilidad huirían si no les encargábamos alguna tarea. —Echó un vistazo hacia atrás a Lan, y bajó bruscamente la mano que subía hacia la coleta—. No entiendo cómo se propone hacerlo Egwene —suspiró—. Está muy bien eso de que a las Allegadas se las «asociará» de algún modo a la Torre, pero ¿cómo? La mayoría no posee fuerza suficiente para alcanzar el chal. Muchas ni siquiera pueden llegar a Aceptadas. Y desde luego no estarán dispuestas a pasarse el resto de su vida siendo novicias o Aceptadas.

En esta ocasión Elayne no dijo nada porque no sabía qué decir. La promesa debía cumplirse; ella en persona la había hecho. En nombre de Egwene, cierto, y por orden de Egwene, pero ella había pronunciado la frase, y no faltaría a su palabra. Sólo que no sabía cómo cumplirla a menos que Egwene se sacase de la manga algo realmente fabuloso.

Reanne Corly se encontraba exactamente donde Elayne había dado por hecho que estaría, en un pequeño cuarto con dos estrechas ventanas que se asomaban a un patio interior no muy grande, adornado con una fuente, aunque ésta estaba seca en esa época del año, y los cristales encajados en las ventanas hacían un tanto cargado el ambiente en la reducida estancia. El suelo era de sencillas baldosas oscuras, sin alfombra, y por todo mobiliario sólo había una mesa y tres sillas. Dos personas acompañaban a Reanne cuando Elayne entró. Alise Tenjile, con un sencillo vestido gris de cuello alto, alzó la vista desde el extremo opuesto de la mesa. Aparentemente en la madurez, era una mujer de aspecto agradable, corriente, que resultaba realmente excepcional cuando se la llegaba a conocer aunque podía mostrarse muy desagradable cuando era necesario. Una única ojeada y después volvió a poner su atención en lo que ocurría en la mesa. Ni Aes Sedai ni Guardianes ni herederas del trono impresionaban a Alise; ya no. La propia Reanne estaba sentada a un lado de la mesa; su cara marcada de arrugas y con más cabellos grises que oscuros, lucía un vestido verde más trabajado que el de Alise. Se la había despedido de la Torre después de fallar en la prueba para ascender a Aceptada, y al encontrarse con la oferta de una segunda oportunidad no había tardado en adoptar los colores de su Ajah preferido. Enfrente de ella se encontraba una mujer regordeta, vestida con sencillo paño marrón, en cuyo rostro se plasmaba un gesto de desafiante obstinación mientras que sus oscuros ojos estaban clavados en Reanne, evitando la correa plateada del *a'dam* que yacía como una serpiente sobre la mesa, entre ellas. Sus manos acariciaban el borde del tablero, sin embargo, y Reanne exhibía una sonrisa segura que acentuaba las finas arrugas en los rabillos de los ojos.

Librodot

—No me digas que has conseguido hacer entrar en razón a una de ellas —comentó Nynaeve antes incluso de que Lan hubiese cerrado la puerta tras ellos. Miró ceñuda a la mujer de marrón como si quisiera abofetearla, si no algo peor, y después sus ojos se desviaron hacia Alise.

A Elayne le parecía que Nynaeve se sentía algo intimidada por Alise; ésta, a pesar de no ser apenas fuerte en el Poder —nunca alcanzaría el chal—, sabía cómo ponerse al mando cuando quería y hacía que todos los que estaban a su alrededor lo aceptasen así. Incluidas Aes Sedai. Elayne pensó que ella también se sentía un tanto intimidada por Alise.

—Siguen negando que pueden encauzar —rezongó Alise, cruzándose de brazos y mirando con dureza a la mujer sentada enfrente de Reanne—. Realmente no pueden, pero siento... algo. No exactamente la chispa de una mujer con el don innato, pero casi. Es como si estuviese a punto de ser capaz de encauzar, a punto de dar el paso. Nunca había percibido nada igual. Al menos ya no tratan de atacarnos con los puños. ¡Creo que las puse derechas respecto a eso!

La mujer de marrón le lanzó una fugaz y huraña ojeada, pero apartó la vista ante la firme mirada de Alise y su boca se torció con una mueca enfermiza. Cuando Alise ponía derecho a alguien, lo ponía derecho de verdad. Las manos de la mujer seguían deslizándose por el borde del tablero. Elayne creía que ni siquiera era consciente de estar haciéndolo.

—También siguen negando que ven los flujos, pero están intentando convencerse a sí mismas —abundó Reanne con su voz musical, de timbre agudo. Continuó sosteniendo la mirada obstinada de la otra mujer con una sonrisa. Cualquier hermana habría envidiado la serenidad y el aplomo de Reanne. Había sido la Decana del Círculo de Punto, la más alta autoridad entre las Allegadas. De acuerdo con su Regla, el Círculo existía sólo en Ebou Dar, pero seguía siendo la mayor de las que se encontraban en Caemlyn, cien años mayor que cualquier Aes Sedai de la que se tuviese memoria, e igualaba a cualquier hermana con su aire de sosegado mando—. Afirman que las engañamos con el Poder, que lo utilizamos para hacerles creer que el *a'dam* puede retenerlas. Antes o después, se les acabarán las mentiras. —Tiró del *a'dam* hacia así y abrió el broche del collar con un movimiento diestro—. ¿Lo intentamos, Marli?

La mujer de marrón, Marli, siguió evitando mirar el objeto de metal plateado que Reanne sostenía en las manos, pero rebulló y sus dedos se agitaron sobre el borde de la mesa.

Elayne suspiró. Menudo regalo le había enviado Rand. ¡Regalo! Veintinueve *sul'dam* seanchan perfectamente dominadas por un *a'dam, y* cinco *damane* —detestaba ese término, que significaba Atadas con Correa o simplemente Atadas, pero eso es lo que eran—, cinco *damane* a las que no se les podía quitar el collar porque tratarían de liberar a las mujeres seanchan que las habían tenido sometidas. Unos leopardos atados con cuerda habrían sido mejor regalo. Al menos los leopardos no podían encauzar. Se las había puesto al cuidado de las Allegadas porque nadie más disponía de tiempo.

Con todo, Elayne había comprendido al punto qué había que hacer con las *sul'dam:* convencerlas de que podían aprender a encauzar, y después mandarlas de vuelta con los seanchan. Aparte de Nynaeve, sólo Egwene, Aviendha y unas pocas Allegadas estaban al tanto de su plan. Nynaeve y Egwene albergaban dudas sobre él; pero, por mucho que las *sul'dam* intentasen ocultar lo que eran una vez que hubiesen regresado, al final alguna cometería un desliz. Y eso sin contar con que informasen de todo de

inmediato. Los seanchan eran gentes peculiares; incluso las *damane* seanchan creían firmemente que cualquier mujer con capacidad de encauzar debía ser atada con correa por el bien de todos los demás. Las *sul'dam,* con su habilidad de controlar a las mujeres que llevaban el *a'dam,* eran muy respetadas entre los seanchan. El descubrimiento de que las propias *sul'dam* podían encauzar sería un golpe que haría temblar los propios cimientos de su sociedad, puede que incluso resultase demoledor. Al principio había parecido un plan tan sencillo...

—Reanne, me dijeron que tenías buenas noticias —dijo—. Si no es que las *sul'dam* han empezado a desmoronarse, entonces ¿de qué se trata?

Alise miró ceñuda a Lan, que montaba guardia junto a la puerta, en silencio; a la mujer no le hacía gracias que él conociese sus planes; pero no dijo nada.

—Un momento, por favor —murmuró Reanne. No era realmente una petición. En verdad, Nynaeve había hecho un buen trabajo; más bien se había excedido en su intento de que las Allegadas cobraran confianza en sí mismas—. Ella no tiene por qué enterarse.

El brillo del *Saidar* la envolvió de repente. Movió los dedos al tiempo que encauzaba, como si guiase los flujos de Aire que retenían a Marli en la silla; después los ató y unió las manos en forma de cuenco, como si moldeara la salvaguardia contra oídos indiscretos que acababa de tejer alrededor de la mujer. Los gestos no eran parte del encauzamiento, naturalmente, pero sí necesarios para ella, ya que había aprendido los tejidos de ese modo. Los labios de la *sul'dam* se crisparon ligeramente en un gesto de asco. El Poder Único no la asustaba en absoluto.

—Tranquila, tómate el tiempo que necesites. No hay prisa —comentó Nynaeve con acritud, puesta en jarras. Era obvio que Reanne no la intimidaba como le ocurría con Alise.

Claro que tampoco Nynaeve intimidaba ya a Reanne. Ésta no se apresuró, sino que examinó el trabajo que había hecho y después asintió con aire satisfecho antes de ponerse de pie. Las Allegadas habían intentado siempre encauzar lo menos posible, y ahora la mujer disfrutaba enormemente de la libertad de utilizar el *Saidar* tantas veces como quisiera, además de ser una satisfacción para ella realizar bien los tejidos.

—La buena noticia —dijo mientras se alisaba los pliegues de la falda— es que tres de las *damane* parecen dispuestas a desprenderse de sus collares. Quizá.

Elayne enarcó las cejas e intercambió una mirada de sorpresa con Nynaeve. De las cinco *damane* que Taim les había llevado, una había sido capturada por los seanchan en Punta de Toman, y otra en Tanchico. Las demás eran seanchan.

—Dos de las seanchan, Marille y Jillari, todavía insisten en que merecen estar atadas, que es necesario que estén atadas. —Los labios de Reanne se apretaron con desagrado, pero su pausa sólo duró un instante—. Parecen realmente espantadas ante la idea de su libertad. Alivia ha dejado de sentirse así. Ahora dice que era solamente porque tenía miedo de que la capturaran de nuevo. Afirma que odia a todas las *sul'dam,* y desde luego lo demuestra contundentemente, enseñándoles los dientes y maldiciéndolas, pero... —Sacudió la cabeza lentamente, con gesto dudoso—. Le pusieron el collar cuando tenía trece o catorce años, Elayne, no lo sabe con certeza, y ha sido *damane* durante ¡cuatrocientos años! Y aparte de eso, es... Es... En fin, que Alivia es considerablemente más fuerte que Nynaeve —soltó de un tirón.

Librodot

Las Allegadas hablarían sin ambages sobre la edad, pero en cuanto al tema de la fuerza en el Poder se mostraban tan reticentes a sacarlo a colación como las Aes Sedai—. ¿Podemos arriesgarnos a dejarla libre? ¿Sería capaz una espontánea seanchan de demoler el palacio entero? —Las Allegadas también pensaban igual que las Aes Sedai respecto a las espontáneas. La mayoría.

Las hermanas que conocían a Nynaeve tenían mucho cuidado en cuanto a la forma de utilizar ese término cuando ella estaba presente, ya que podía ponerse muy irascible cuando se pronunciaba en un tono despectivo. Ahora se limitó a mirar fijamente a Reanne. A lo mejor sólo intentaba dar con una respuesta a la pregunta de la mujer. Elayne sabía cuál sería la suya, pero este asunto no tenía nada que ver con su reclamación del Trono del León ni con Andor. Era un tema cuya decisión correspondía a las Aes Sedai, y en consecuencia significaba que era Nynaeve la que debía decidirlo.

—Si no lo hacéis —intervino en voz queda Lan, desde la puerta—, mejor que la devolváis con los seanchan. —No lo azoraron lo más mínimo las miradas severas que le lanzaron las cuatro mujeres, a quienes su voz profunda pronunciando aquellas palabras debió de sonarles como el tañido de una campana tocando a muerto—. Tendréis que mantenerla bien vigilada; pero, si le dejáis puesto el collar cuando desea ser libre, no seréis mejores que ellos.

—Este asunto no te concierne a ti, Guardián —replicó firmemente Alise. El hombre le sostuvo la severa mirada con fría ecuanimidad, y Alise soltó un quedo gruñido de indignación y levantó las manos—. Deberías leerle la cartilla cuando estéis a solas, Nynaeve.

La antigua Zahorí debía de estar experimentando la intimidación que le causaban esas mujeres de un modo muy intenso, ya que sus mejillas se sonrojaron.

—Lo haré, no lo dudes —dijo en tono ligero. No miró a Lan en ningún momento. Admitiendo finalmente el frío que hacía, se echó el chal sobre los hombros y carraspeó antes de añadir—: Sin embargo, tiene razón. Al menos no tenemos que preocuparnos de las otras dos. Lo que me sorprende es que hayan tardado tanto en dejar de actuar como esas estúpidas seanchan.

—Yo no estoy tan segura —murmuró Reanne—. Ya sabes que Kara era una especie de Mujer Sabia en Punta de Toman, con mucha influencia en su pueblo. Espontánea, desde luego. Cualquiera pensaría que odia a los seanchan, pero no es así, no a todos ellos. Le tiene un gran afecto a la *sul'dam* que capturaron al tiempo que a ella, y se muestra muy ansiosa en cuanto a que no les hagamos ningún daño a las *sul'dam.* Por su parte, Lemore sólo tiene diecinueve años. Es una noble mimada que tuvo la malísima suerte de que se manifestase la chispa en ella el mismo día que cayó Tanchico. Dice que odia a los seanchan y que quiere que paguen lo que hicieron con Tanchico. Aun así, responde a su nombre de *damane,* Larie, con tanta presteza como cuando utilizamos el de Lemore, y sonríe a las *sul'dam y* deja que la mimen como a un animalito de compañía. No es que desconfíe de ellas, al menos no como de Alivia, pero dudo que ninguna de las dos fuese capaz de hacer frente a una *sul'dam.* Creo que si una *sul'dam* les ordena que la ayuden a escapar, lo harán, y me temo que no presentarían mucha resistencia si la *sul'dam* intentara ponerles el collar otra vez.

Cuando Reanne dejó de hablar se hizo un largo silencio.

Nynaeve parecía reflexionar, como si luchase contra sí misma. Su mano subió hacia la trenza, la asió y después la soltó para cruzarse de brazos.

Librodot

Dirigió una mirada iracunda a todo el mundo, excepto a Lan; a éste ni siquiera lo miró de pasada. Finalmente respiró hondo y se cuadró para enfrentarse a Reanne y Alise.

—Debemos quitarles el *a'dam.* Las retendremos hasta que estemos seguras, y a Lemore ni siquiera entonces: ¡hay que vestirla de blanco! Nos aseguraremos de que no se queden solas nunca, especialmente con las *sul'dam,* ¡pero el *a'dam* se les quita!

Habló con fiereza, como si esperase oposición por parte de las otras mujeres. Una ancha sonrisa de aprobación fue la respuesta de Elayne. Que hubiese otras tres mujeres cuya reacción era imprevisible difícilmente podía tomarse como una buena noticia, pero no tenían otra opción.

Reanne se limitó a asentir con la cabeza —al cabo de un momento—, pero una sonriente Alise rodeó la mesa para dar unas palmaditas a Nynaeve en el hombro, y la antigua Zahorí se puso colorada. Intentó disimularlo aclarándose la voz con un fuerte carraspeo, al tiempo que torcía el gesto al mirar a la seanchan aislada dentro del tejido que le impedía escuchar lo que hablaban. Empero, sus esfuerzos no tuvieron éxito; y, en cualquier caso, Lan los habría echado a perder.

—*Ta'shar Manetheren* —musitó en voz queda.

Nynaeve se quedó boquiabierta, y después los labios insinuaron una trémula sonrisa. Sus ojos brillaron con la humedad de unas lágrimas repentinas mientras se volvía hacia él, el rostro rebosando júbilo. Lan le devolvió la sonrisa, y en sus ojos no había frialdad en ese momento, ni mucho menos.

Elayne tuvo que esforzarse para contener el gesto de asombro. ¡Luz! A lo mejor ese hombre no helaba el lecho de su matrimonio, después de todo. La idea hizo que se ruborizara. Procurando no mirar a la pareja, sus ojos fueron hacia Marli, todavía sujeta a la silla. La seanchan miraba fijamente al frente, y unas lágrimas se deslizaban por sus regordetas mejillas. Directamente al frente. A los tejidos que impedían que el sonido llegase hasta ella. Ahora no podía negar que veía los flujos. Sin embargo, cuando Elayne lo hizo notar, Reanne sacudió la cabeza.

—Todas lloran si se las obliga a mirar los tejidos durante mucho tiempo, Elayne —comentó con tono cansado. Y un punto triste—. Pero, una vez que los tejidos desaparecen, se convencen a sí mismas de que las hemos engañado. No tienen más remedio; lo entiendes, ¿verdad? De lo contrario serían *damane,* no *sul'dam.* No, llevará tiempo convencer al ama de los sabuesos de que ella misma es uno también. Me temo que en realidad no te he dado buenas noticias, ¿no es así?

—No muy buenas, cierto —contestó Elayne. Nada buenas, para ser sincera. Un problema más para amontonar con el resto. ¿Cuántas malas noticias se podían apilar antes de que uno se quedara enterrado bajo el montón? Por fuerza tenía que recibir alguna buena noticia, y pronto.

Librodot

CAPÍTULO 9

Una taza de té

De vuelta en el vestidor de sus aposentos, Elayne se cambió el traje de montar con ayuda de Essande, la jubilada de cabello blanco a la que había elegido como doncella. La delgada mujer, de aspecto digno, era un poquito lenta, pero conocía su trabajo y no perdía el tiempo con charlas ociosas. De hecho, rara vez pronunciaba palabra aparte de alguna sugerencia sobre el atuendo que podía ponerse y el comentario, repetido a diario, sobre lo mucho que Elayne se parecía a su madre. A un extremo del cuarto, en el alto hogar de mármol ardían gruesos troncos de leña, pero el fuego apenas templaba el frío del ambiente. Elayne se puso rápidamente un vestido de fino paño azul, con cuentas de perlas que creaban dibujos en el cuello alto y a lo largo de las mangas; después se ciñó el cinturón de plata trabajada, que completó con una pequeña daga enfundada en una vaina, también de plata. Por último se calzó los escarpines de terciopelo azul, con bordados plateados. Cabía la posibilidad de que no tuviese tiempo para cambiarse otra vez antes de recibir a los mercaderes, y debía impresionarlos. Tendría que asegurarse de que Birgitte se encontrara presente en la entrevista; ella sí que resultaba muy impresionante con su uniforme. Además, hasta asistir a la audiencia de unos mercaderes le parecería un agradable descanso en sus tareas. A juzgar por el acalorado nudo de irritación que Elayne percibía en el fondo de su mente, aquellos informes estaban resultando ser un trabajo penoso para la capitana general de la Guardia de la Reina.

Mientras se ponía unos pendientes de perlas, Elayne despidió a Essande para que regresara junto a su propio hogar, en el Alojamiento de los Jubilados. Elayne sospechaba que a la mujer le dolían las articulaciones, pero Essande lo había negado cuando le ofreció la Curación. De todos modos, ella ya estaba preparada. No se pondría la diadema de heredera del trono; ésta se quedaría en el pequeño cofre de marfil que había sobre su tocador. No poseía muchas joyas, ya que la mayoría las había empeñado. Y el resto quizá seguiría el mismo camino cuando se llevara la plata al prestamista. No tenía sentido preocuparse por eso ahora. Disponía de unos instantes para sí misma, y después tendría que volver a ocuparse de sus deberes.

La sala de estar, forrada con oscuros paneles de madera y con anchas cornisas de pájaros tallados, tenía dos grandes hogares de repisas muy trabajadas, uno a cada extremo del cuarto, de manera que el ambiente estaba más caldeado que el del vestidor, si bien allí también hacían falta las alfombras extendidas sobre las baldosas blancas. Para su sorpresa, encontró a Halwin Norry en la sala. Al parecer, el deber le salía al paso, sin darle respiro.

El jefe amanuense se levantó de una de las sillas de respaldo bajo cuando Elayne entró, sosteniendo prietamente contra su pecho una carpeta de cuero, y rodeó a trompicones la mesa con volutas talladas en los bordes que ocupaba el centro de la habitación a fin de hacer una torpe reverencia.

Librodot

Norry era alto y delgado, su nariz era larga y su escaso cabello parecía erizarse detrás de las orejas semejando plumas blancas. A menudo le recordaba una grulla. Por muchos escribientes que tuviese a su mando, él seguía utilizando la pluma a juzgar por la pequeña mancha de tinta que se marcaba en el borde de su tabardo rojo. La mancha no parecía reciente, sin embargo, y Elayne se preguntó si la carpeta no estaría ocultando otras. El jefe amanuense había cogido la costumbre de llevar así la carpeta cuando se había puesto su atuendo oficial, dos días después que la señora Harfor. La cuestión era si se había vestido así como una muestra de respeto hacia ella o simplemente porque la señora Harfor lo había hecho.

—Perdonad que sea tan precipitado, milady —dijo—, pero creo que hay asuntos importantes, aunque no propiamente urgentes, que tratar con vos.

Importantes o no, su voz seguía siendo un sonsonete monótono.

—Por supuesto, maese Norry. No querría apremiaros para que seáis breve. —El hombre parpadeó, y Elayne intentó reprimir un suspiro. Pensó si no estaría algo sordo, a juzgar por el modo en que inclinaba la cabeza hacia uno u otro lado, como para captar mejor lo que se le decía. Quizás ésa fuera la razón de que mantuviese un tono casi invariable. En cualquier caso, Elayne alzó la voz un poco, por si acaso. Aunque también podía ocurrir que fuera simplemente un pesado—. Sentaos y explicadme esos asuntos importantes.

Ella ocupó uno de los sillones tallados que había lejos de la mesa y le señaló otro, pero Norry permaneció de pie. Siempre lo hacía. Elayne se recostó en el respaldo para escuchar, cruzó una pierna sobre la otra y se arregló los vuelos de la falda.

El jefe amanuense no recurrió a la carpeta. Todo lo que hubiera escrito en los papeles estaría igualmente dentro de su cabeza, con total precisión; las hojas las llevaba sólo por si acaso ella pedía ver los datos con sus propios ojos.

—Lo primero, milady, y quizá lo más importante, es que se han descubierto grandes depósitos de alumbre en vuestras posesiones de Danabar. Un alumbre de primera calidad. Creo que los banqueros se mostrarán menos... uhmm... indecisos respecto a mis peticiones en vuestro nombre una vez que sepan esto. —Esbozó una breve sonrisa, una fugaz curvatura en sus finos labios. Tratándose de él, aquello era casi dar saltos de alegría.

Elayne se había sentado erguida tan pronto como el jefe amanuense mencionó el alumbre, y su sonrisa fue mucho más amplia. De hecho, tenía ganas de ponerse a dar saltos de alegría. Posiblemente lo habría hecho si su acompañante hubiese sido cualquier otra persona. Su euforia era tal que por un momento la irritación de Birgitte desapareció de su cabeza. Tintoreros y tejedores consumían alumbre en grandes cantidades, así como los fabricantes de vidrio y los de papel, entre otros. El único productor de alumbre de calidad era Ghealdan —o lo había sido hasta ese momento—, y los impuestos de su comercio habían bastado para sostener el trono de Ghealdan durante generaciones. El alumbre procedente de Tear y de Arafel distaba mucho de ser tan fino, pero aun así ingresaba en los cofres de esos países tanto dinero como el comercio de aceite de oliva y de gemas.

—Sí que es una noticia importante, maese Norry. La mejor que me han dado hoy. —La mejor desde que había llegado a Caemlyn, probablemente, pero sin duda la mejor de ese día—. ¿Cuánto tardaréis en vencer esa... «indecisión» de los banqueros?

Más bien había sido un portazo en las narices, sólo que sin ser tan groseros. Los banqueros sabían el número exacto de soldados que la respaldaban en ese momento, y cuántos eran los que tenían sus oponentes. Aun así, a Elayne no le cabía duda de que la riqueza que representaba el alumbre los convencería. Y al parecer Norry tampoco tenía dudas al respecto.

—Muy poco, milady, y creo que el acuerdo tendrá unas condiciones muy buenas. Les diré que, si su mejor oferta es insuficiente, tantearé a sus colegas de Tear o de Cairhien. No querrán correr el riesgo de perder los derechos arancelarios, milady. —Dijo todo aquello en su tono inexpresivo y monótono, sin atisbo alguno de la satisfacción que habría mostrado cualquier otro—. Serán préstamos contra futuros ingresos, naturalmente, y naturalmente habrá gastos. La propia explotación del yacimiento. El transporte. Danabar es una región montañosa, y hay cierta distancia hasta el camino de Lugard. No obstante, habrá suficiente para realizar vuestras aspiraciones para la Guardia, milady. Y para vuestra Academia.

—Deduzco que utilizar el término «suficiente» es quedarse corto si habéis renunciado a convencerme de que deje a un lado mis planes para la Academia, maese Norry —contestó Elayne, a punto de echarse a reír.

El jefe amanuense cuidaba con tanto celo de la tesorería de Andor como haría una gallina con un pollito, y se había opuesto categóricamente a que se hiciese cargo de la escuela que Rand había ordenado fundar en Caemlyn, repitiendo sus argumentos una y otra vez hasta que su voz semejaba un taladro abriéndole un agujero en el cráneo. Hasta la fecha la escuela consistía simplemente en unos pocos estudiosos con sus alumnos, esparcidos por varias posadas de la Ciudad Nueva, pero aun siendo invierno llegaban más cada día, y habían empezado a hacer oír sus voces reclamando más espacio. Ni que decir tiene que Elayne no pensaba entregarles el palacio, pero necesitaban un sitio. Norry intentaba administrar el oro de Andor, pero ella miraba por el futuro del país. Se aproximaba el Tarmon Gai'don, pero su obligación era dar por hecho que habría un futuro después, tanto si Rand volvía a hacer pedazos el mundo como si no. En caso contrario, no tenía sentido continuar nada, y no quería quedarse sentada a esperar. Aun cuando supiese con certeza que la Última Batalla acabaría con todo, no creía que pudiera quedarse mano sobre mano. Rand había empezado a fundar escuelas por si acaso acababa destruyendo el mundo, con la esperanza de salvar algo, pero esta escuela sería de Andor, no de Rand al'Thor. La Academia de la Rosa, dedicada a la memoria de Morgase Trakand. Habría un futuro, y ese futuro recordaría a su madre.

—¿O habéis decidido que, después de todo, el oro de Cairhien puede provenir del Dragón Renacido?

—Todavía creo que el riesgo es mínimo, milady, pero que ya no merece la pena tenerlo en consideración habida cuenta de la información que me ha llegado sobre Tar Valon. —Su tono no se alteró, pero resultaba obvio que estaba agitado. Cual arañas que bailaran, sus dedos tamborilearon en la carpeta que sujetaba contra el pecho, y después se detuvieron—. La... uhmmm... Torre Blanca ha publicado un edicto en que reconoce a... uhmmm... lord Rand como el Dragón Renacido y le ofrece... uhmmm... protección y guía. También impone anatema a todo aquel que trate con él salvo a través de la Torre. Es sensato mostrarse precavido con la ira de Tar Valon, milady, como vos misma sabéis.

Dirigió una mirada significativa al anillo de la Gran Serpiente que

brillaba en la mano apoyada sobre el brazo del sillón. Estaba al tanto de la división de la Torre, por supuesto —a decir verdad, a estas alturas sólo algún campesino en una granja aislada de Seleisin no lo sabría—, pero el jefe amanuense había sido muy discreto y no le había preguntado de qué lado se encontraba. Sin embargo, era obvio que había estado a punto de decir «la Sede Amyrlin» en lugar de «la Torre Blanca», y sólo la Luz sabía qué otro término en lugar de «lord Rand». No se lo tuvo en cuenta. Era un hombre cauto, cualidad muy necesaria en su puesto.

Pero la proclamación de Elaida la dejó estupefacta. Fruncido el entrecejo, toqueteó el anillo con aire pensativo. Elaida había llevado ese aro más tiempo de lo que ella había vivido. Era arrogante, obcecada, ciega a cualquier punto de vista excepto el suyo propio, pero no era estúpida. Todo lo contrario.

—¿De verdad cree que él aceptaría semejante oferta? —musitó, más para sí misma—. ¿Protección y «guía»? ¡No se me ocurre un modo mejor de irritarlo! —¿Guía? ¡Nadie podía guiar a Rand a la fuerza!

—Podría ser que él ya hubiese aceptado, milady, según lo que me cuenta la persona con la que mantengo correspondencia en Cairhien. —Norry se habría estremecido ante la sugerencia de que en cierto modo era un jefe de espionaje. En fin, habría torcido el gesto con desprecio, como mínimo. El jefe amanuense administraba la tesorería, controlaba a los subalternos que se ocupaban de anotar los asuntos financieros y aconsejaba al trono en asuntos de estado. Ciertamente no tenía una red de informadores, como la tenían los Ajahs e incluso algunas hermanas en particular, pero sí mantenía un intercambio de cartas regularmente con gente entendida y a menudo bien conectada de otras capitales, para que de ese modo sus consejos estuvieran basados en los acontecimientos—. Envía una paloma sólo una vez por semana y, al parecer, nada más enviar la última, alguien atacó el Palacio del Sol utilizando el Poder Único.

—¿El Poder? —exclamó Elayne, que se echó bruscamente hacia adelante por la impresión. Norry asintió con la cabeza.

—Es lo que dice la persona que me escribe, milady. Tal vez fueron Aes Sedai, o Asha'man, o incluso los Renegados. Me temo que esto último es más rumores y hablillas que información. En cualquier caso, el ala de palacio donde se ubicaban los aposentos del Dragón Renacido quedó muy destruida, y él mismo ha desaparecido. Es creencia casi general que ha ido a Tar Valon a hincar la rodilla ante la Sede Amyrlin. Otros lo creen muerto en el ataque, pero son pocos. Mi consejo es que no hagáis nada hasta que tengáis una idea más clara de lo ocurrido. —Hizo una pausa y ladeó la cabeza, pensativo—. Por lo que sé y he visto de él, milady —añadió lentamente—, no lo creería muerto a menos que permaneciese tres días sentado junto a su cadáver.

Elayne abrió los ojos sorprendida. Aquello había sido casi un chiste. Al menos, un bosquejo de ocurrencia. ¡De Halwin Norry! Tampoco ella creía que Rand hubiese muerto. No creería que estaba muerto. En cuanto a lo de arrodillarse ante Elaida, era demasiado testarudo para someterse a nadie. Podrían superarse un montón de dificultades si fuese capaz de arrodillarse ante Egwene, pero no lo haría, aunque ella era su amiga de la infancia. Elaida tenía tantas posibilidades de conseguirlo como las de una cabra de conseguir pareja en un salón de baile, sobre todo después de que él se enterara de su proclama. Mas ¿quién lo había atacado? Desde luego los seanchan no podían haber llegado hasta Cairhien. Si los Renegados habían

Librodot

decidido actuar abiertamente, significaría más caos y destrucción de los que ya soportaba el mundo, pero la peor alternativa sería la de los Asha'man. Si sus propias creaciones se volvían contra él... ¡No! Ella no podría protegerlo, por mucho que necesitara ayuda. Tendría que arreglárselas solo.

«¡Necio! —rezongó para sus adentros—. ¡Seguramente anda por ahí con estandartes al viento, como si no hubiese nadie que quisiera matarlo! ¡Más vale que te valgas por ti mismo, Rand al'Thor, o te tumbaré a bofetadas cuando te ponga las manos encima!»

—¿Qué más cosas os han comunicado las personas con las que mantenéis correspondencia, maese Norry? —preguntó al tiempo que apartaba a Rand de sus pensamientos. Todavía no lo tenía a su alcance para ponerle las manos encima, y necesitaba concentrarse en intentar conservar Andor.

Esas personas que escribían a Norry tenían muchas cosas que contar, aunque algunas noticias eran ya bastante atrasadas. No todas utilizaban palomas, y las cartas entregadas a mercaderes de confianza podían tardar meses en llegar a su destino incluso en tiempos sin conflictos. Los mercaderes merecedores de poca confianza aceptaban el pago por el correo, pero luego no se molestaban en entregar la carta. Muy poca gente podía permitirse el lujo de contratar mensajeros. Elayne tenía en mente establecer un Correo Real si la situación lo permitía alguna vez. Norry se lamentaba del hecho de que sus últimas noticias de Ebou Dar y Amador habían quedado obsoletas por los acontecimientos ocurridos, que habían sido la comidilla de las calles durante semanas.

Tampoco todas esas noticias eran importantes. Los que le escribían no eran realmente informadores; simplemente comentaban las nuevas de su ciudad, lo que se hablaba en la corte. El tema de conversación en Tear era el incremento del número de barcos de los Marinos que entraban a través de los Dedos del Dragón sin la ayuda de los prácticos y que ahora abarrotaban el río y la ciudad, y el combate librado en el mar por los navíos de los Marinos contra los seanchan, aunque eso último era un simple rumor. Illian estaba tranquila, y llena de soldados de Rand que se recuperaban de una batalla contra los seanchan; no se sabía nada más, e incluso se ponía en duda que Rand hubiese estado en la ciudad. La reina de Saldaea seguía en su largo retiro en el campo, cosa que Elayne ya sabía, pero al parecer hacía meses que a la reina de Kandor tampoco se la había visto en Chachin, y el rey de Shienar supuestamente aún se encontraba realizando una extensa inspección por la Frontera de la Llaga, a pesar de que según los informes la Llaga pasaba por una época de tranquilidad como no se tenía memoria. En Lugard, el rey Roedran estaba agrupando a todos los nobles que podían aportar mesnaderos, y una ciudad ya preocupada por la presencia de dos grandes ejércitos acampados en las cercanías de la frontera con Andor —uno de ellos repleto de Aes Sedai y el otro de andoreños—ahora también tendría la preocupación de plantearse qué se proponía un disoluto gandul como Roedran.

—¿Y vuestro consejo en esto? —preguntó Elayne cuando Norry hubo acabado, a pesar de no necesitarlo.

En realidad, tampoco le había hecho falta en los otros asuntos. Los acontecimientos tenían lugar demasiado lejos para que afectasen a Andor o carecían de importancia, aparte de saber lo que ocurría en otros países. Aun así, se esperaba de ella que hiciese la pregunta aunque ambos sabían que ya tenía la respuesta: no hacer nada. Bien que Norry no había vacilado en

contestar. En el caso de Murandy ni estaba lejos ni carecía de importancia, pero en esta ocasión el jefe amanuense vaciló y frunció los labios. Norry era lento y metódico, pero rara vez vacilaba.

—Ninguno en este caso, milady —dijo por último—. Normalmente, os habría aconsejado enviar un emisario a Roedran para intentar averiguar sus objetivos y sus razones. Quizá le den miedo los acontecimientos que tienen lugar al norte del país, o los ataques Aiel de los que tanto hemos oído hablar. Claro que también cabe la posibilidad de que, a pesar de no haber sido ambicioso nunca, tal vez ahora tiene proyectos para el norte de Altara. O Andor, considerando las circunstancias. Por desgracia... —Todavía sujetando la carpeta contra el pecho, extendió ligeramente las manos y suspiró, quizás en un gesto de disculpa o tal vez de consternación.

Por desgracia ella no era reina todavía, y ningún emisario suyo conseguiría acercarse a Roedran. Si él recibía a su enviado y después su reclamación del trono fracasaba, el aspirante que tuviera éxito podría apoderarse de una ancha franja de Murandy para darle una lección; sin olvidar que lord Luan y los otros ya habían ocupado un tramo de su territorio. Sin embargo, gracias a Egwene, ella tenía mejor información que el jefe amanuense. No estaba dispuesta a revelar su fuente, pero decidió aliviar el desasosiego del hombre. Eso debía de ser lo que le hacía fruncir la boca: saber lo que debería hacerse y ser incapaz de encontrar el modo de hacerlo.

—Conozco los objetivos de Roedran, maese Norry, y sus intereses radican en el propio Murandy. Los andoreños que se encuentran en ese país han aceptado juramentos de nobles murandianos del norte, cosa que pone nerviosos a los demás. Y hay un numeroso grupo de mercenarios... en realidad Juramentados del Dragón, aunque Roedran cree que son mercenarios, cuyo servicio ha contratado en secreto a fin de disponer de una fuerza disuasoria una vez que los otros ejércitos se hayan marchado. Planea utilizar la amenaza que representan las fuerzas extranjeras como presión para obligar a los demás nobles a comprometerse con él, de tal manera que cada cual tenga miedo de ser el primero en separarse cuando esas amenazas hayan desaparecido. Puede que se convierta en un problema en el futuro si su plan tiene éxito. Para empezar, querrá recobrar esos territorios del norte. Pero no plantea un problema inmediato para Andor.

Los ojos de Norry se abrieron de par en par, y el hombre ladeó la cabeza primero a un lado y después al otro, estudiándola. Se humedeció los labios con la lengua antes de hablar.

—Eso explicaría muchas cosas, milady. Sí, lo haría. —La lengua se paseó de nuevo por sus labios—. Había un punto que mencionaba la persona que me escribe desde Cairhien que... uhmmm... olvidé mencionar. Supongo que ya sabréis, que vuestra reclamación del Trono del Sol es bien conocida allí, y cuenta con mucho apoyo. Al parecer muchos cairhieninos hablan abiertamente de venir a Andor para ayudaros a conseguir el Trono del León y que así podáis sentaros en el Trono del Sol cuanto antes. Creo no equivocarme si digo que no necesitáis de mi consejo respecto a ese tipo de ofertas.

Elayne asintió, con bastante deferencia dadas las circunstancias, pensaba. La ayuda de Cairhien sería peor incluso que los mercenarios, ya que había habido demasiadas guerras entre Andor y Cairhien. El hombre no había olvidado mencionarlo. Halwin Norry nunca olvidaba nada. Así pues, ¿por qué había decidido contárselo, en lugar de dejar que el asunto la cogiese de sorpresa, tal vez con la llegada de partidarios cairhieninos? ¿Su

exhibición de conocimientos lo había impresionado? ¿O le había hecho temer que ella llegase a descubrir que se había reservado la información? Norry aguardó pacientemente su reacción, como una grulla apergaminada esperando... ¿a un pez?

—Preparad una carta para que la firme y la selle, maese Norry, que se enviará a todas las casas principales de Cairhien. Empezad exponiendo mi derecho al Trono del Sol como hija de Taringail Damodred, y añadid que iré allí a presentar mi reclamación cuando los acontecimientos en Andor se encuentren más resueltos. Decid que no llevaré soldados, pues sé que soldados andoreños en suelo de Cairhien instigarían a todo el país contra mí, y con razón. Terminad manifestando mi agradecimiento por el apoyo ofrecido a mi causa por muchos cairhieninos, y mi esperanza de que cualesquiera divisiones que existan en Cairhien se pueden subsanar pacíficamente.

Los inteligentes sabrían entender el mensaje que había tras esas frases y, con suerte, se lo explicarían a cualquiera que no tuviese tanta lucidez.

—Una respuesta muy hábil, milady —dijo Norry, que encogió los hombros en un remedo de reverencia—. Así lo haré. Si se me permite preguntar, milady, ¿habéis tenido tiempo para firmar las cuentas? Oh, no importa. Enviaré a alguien a recogerlas más tarde. —Tras una reverencia apropiada, aunque no menos torpe que la anterior, se preparó para marcharse y entonces hizo una pausa—. Perdonad que sea tan osado, milady, pero me recordáis mucho a la anterior reina, vuestra madre.

Mirando la puerta que se cerraba tras él, Elayne se preguntó si podría contarlo entre los suyos. Administrar Caemlyn sin escribientes y subalternos, cuanto menos Andor, era imposible, y el jefe amanuense tenía el poder de poner de rodillas a una reina si no se lo controlaba. Un halago no era lo mismo que una declaración de lealtad.

No dispuso de mucho tiempo para reflexionar sobre ello, ya que, unos segundos después de la partida de Norry, entraron tres doncellas de uniforme que llevaban bandejas; las dejaron en fila sobre la larga mesa lateral que había junto a una de las paredes.

—La primera doncella nos dijo que milady había olvidado comer —manifestó una mujer oronda, de cabello gris, que hizo una reverencia al tiempo que gesticulaba hacia la más joven de sus compañeras para que retirara las altas tapas en forma de campana—, así que envía un surtido para que milady pueda elegir.

Un surtido. Sacudiendo la cabeza ante aquella exhibición, Elayne recordó que había pasado mucho tiempo desde que había desayunado, a la salida del sol. Había cuarto trasero de carnero en rodajas, con salsa de mostaza; capón asado con higos secos; panecillos dulces con piñones; crema de puerros y patatas; rollos de col con pasas y pimientos; y empanada de calabaza, por no mencionar una pequeña bandeja con tarta de manzana y otra con pastel borracho, coronado con crema cuajada. De dos jarras de vino de plata salía vapor, por si prefería un tipo de especias a otro. Una tercera jarra contenía té. Y apartada desdeñosamente en un rincón de una de las bandejas estaba la comida que siempre ordenaba a mediodía: sopa poco espesa y pan. Reene Harfor lo desaprobaba; afirmaba que Elayne estaba «delgada como una barra».

La primera doncella había propagado sus opiniones. La criada de cabello gris puso un gesto de reproche mientras colocaba el pan, la sopa clara y el té sobre la mesa del centro de la habitación, con una servilleta de

lino blanco, una taza de porcelana azul con su platillo, y un tarro de plata con miel. Y unos pocos higos en un plato. Un estómago lleno a mediodía daba paso a una mente embotada por la tarde, como Lini solía decir. Pero nadie compartía sus opiniones. Las tres doncellas eran mujeres rellenas, e incluso la más joven parecía decepcionada cuando se marcharon con el resto de la comida.

La sopa estaba muy buena, caliente y ligeramente picante, y el té tenía un agradable sabor a menta, pero a Elayne no la dejaron mucho tiempo sola con su comida, ni con su idea de que a lo mejor probaba un poquito del pastel borracho. Antes de que hubiese tragado dos bocados, Dyelin entró en la estancia como un remolino, respirando agitada. Elayne dejó la cuchara y le ofreció té antes de caer en la cuenta de que sólo había una taza, que ya estaba usando ella, pero Dyelin lo rechazó con un ademán. Su rostro mostraba un ceño ominoso.

—Hay un ejército en el Bosque de Braem —anunció—, un ejército como no se había visto desde la Guerra de Aiel. Un mercader que venía de Nueva Braem trajo la noticia esta mañana. Se trata de un hombre fiable, llamado Tormon; un illiano que no es dado a fantasías ni a asustarse de su propia sombra. Dice que vio arafelinos, kandoreses y shienarianos, en distintos lugares. En conjunto, miles. Decenas de miles. —Se dejó caer en un sillón y se abanicó con la mano. Tenía la cara congestionada, como si hubiese ido corriendo a llevar la noticia—. ¿Qué demonios hacen gentes de las Tierras Fronterizas cerca de la frontera de Andor?

—Apostaría a que es por Rand —comentó Elayne, que sofocó un bostezo, apuró la taza de té y se sirvió más. La mañana había sido agotadora, pero el té la reanimaría.

—No creerás que los ha enviado él, ¿verdad? —Dyelin había dejado de abanicarse con la mano y se sentó erguida—. ¿Para... apoyarte?

Esa posibilidad no se le había ocurrido a Elayne. A veces lamentaba haber permitido que la otra mujer conociera sus sentimientos por Rand.

—No puedo creer que sea... Quiero decir, que fuese tan tonto.

¡Luz, sí que estaba cansada! A veces Rand se comportaba como si fuera el rey del mundo, pero por supuesto nunca se... No claro que no.

Disimuló otro bostezo y de repente abrió mucho los ojos mirando la taza. Un sabor fresco, a menta. Con cuidado la soltó; o lo intentó. Casi no acertó a llegar al platillo, y la taza se volcó, derramando el té sobre la mesa. Té mezclado con horcaria. Aun sabiendo que era inútil, intentó conectar con la Fuente, de llenarse con la vida y el gozo del *Saidar,* pero habría conseguido lo mismo si hubiese tratado de coger el aire con una red. La irritación de Birgitte, más apaciguada que antes, seguía ubicada en un rincón de su mente. Intentó que saliera a flote el miedo, o el pánico, pero su cabeza parecía rellena de lana, totalmente embotada. «¡Ayúdame, Birgitte! —pensó—. ¡Ayúdame!»

—¿Qué ocurre? —demandó Dyelin mientras se echaba hacia adelante bruscamente—. Has pensado algo y, por tu gesto, es algo horrible.

Elayne parpadeó al mirarla. Había olvidado que la otra mujer se encontraba allí.

—¡Ve! —dijo con voz pastosa, y tragó saliva en un intento de aclararse la garganta. Sentía la lengua como si fuese el doble de grande de su tamaño—. ¡Trae ayuda! ¡Me... han envenenado! —Explicarlo llevaría mucho tiempo—. ¡Ve!

Dyelin la miró boquiabierta, petrificada, y después se incorporó de

golpe, asiendo la empuñadura del cuchillo del cinturón.

La puerta se abrió y un criado asomó la cabeza, vacilante. Elayne sintió una oleada de alivio. Dyelin no la acuchillaría habiendo un testigo. El hombre se lamió los labios mientras sus ojos iban de una a otra mujer. Entonces entró y desenvainó un cuchillo largo de su cinturón. Otros dos hombres con uniformes rojos y blancos entraron a continuación, ambos desenvainando sendos cuchillos.

«No moriré como un gatito dentro de un saco», pensó amargamente Elayne. Merced a un ímprobo esfuerzo se puso de pie. Las rodillas se le doblaron y tuvo que sujetarse a la mesa con una mano, pero utilizó la otra para desenfundar su propia daga. La hoja adornada con grabados en el borde era poco más larga que su mano, pero bastaría. Tendría que haber bastado, pero sentía los dedos como madera en torno a la empuñadura. Hasta un niño la desarmaría. «No sin defenderme —pensó. Era como abrirse paso a través de una masa gelatinosa, pero aun así su determinación no decayó—. ¡No sin luchar!»

Curiosamente parecía que había pasado muy poco tiempo. Dyelin empezaba a girarse hacia sus esbirros, el último de los cuales cerraba la puerta tras él en ese momento.

—¡Asesinos! —gritó Dyelin, que levantó el sillón y lo arrojó contra los hombres—. ¡Guardias! ¡Guardias!

Los tres intentaron esquivar el sillón, pero uno no fue lo bastante rápido y le dio de lleno en las piernas. Con un chillido, cayó contra el hombre que tenía a su lado y ambos acabaron en el suelo. El otro, un joven delgado, rubio, de brillantes ojos azules, avanzó con el cuchillo adelantado.

Dyelin le salió al paso con el suyo, arremetiendo, pero él se movió con la agilidad de un hurón, esquivando el ataque fácilmente. La larga cuchilla de su arma centelleó, y Dyelin reculó bruscamente al tiempo que chillaba, con una mano apretada contra el estómago. El hombre se desplazó hacia adelante, diestramente, asestando cuchilladas, y la noble gritó y cayó al suelo como una muñeca de trapo. El individuo pasó por encima de Dyelin y se dirigió hacia Elayne.

Para ella no existía nada más que él y el cuchillo que sostenía en su mano. No se precipitó sobre ella. Aquellos enormes ojos azules la estudiaron con cautela mientras avanzaba con pasos medidos, regulares. Por supuesto; sabía que era Aes Sedai. Debía de estar preguntándose si la poción había hecho su trabajo. Elayne intentó mantenerse erguida, mirarlo ferozmente, ganar unos cuantos segundos con ese farol, pero él asintió en silencio mientras sopesaba su cuchillo, sin duda decidiendo que si Elayne hubiese podido hacer algo ya lo habría hecho a estas alturas. En su semblante no había complacencia. Simplemente tenía que realizar un trabajo, nada más.

De pronta se paró y bajó la vista, estupefacto, para mirarse a sí mismo. También Elayne se quedó mirando fijamente; a los treinta centímetros de acero que sobresalían de su pecho. La sangre burbujeó en la boca del hombre mientras caía sobre la mesa, que se desplazó violentamente por el impacto.

Elayne se tambaleó y cayó de rodillas, apenas capaz de agarrarse de nuevo al borde de la mesa para no desplomarse en el suelo. Estupefacta, contempló al hombre que sangraba sobre la alfombra. Por la espalda le asomaba la empuñadura de una espada. Su mente empezó a desbarrar. Esa alfombra nunca podría quedar limpia, con tanta sangre. Sus ojos se alzaron, pasaron sobre la forma inmóvil de Dyelin, que parecía que no respiraba, y

Librodot

llegaron a la puerta. A la puerta abierta. Uno de los otros dos asesinos yacía delante, con la cabeza torcida en un ángulo extraño, y sólo unida a medias al cuello. El tercero forcejeaba con otro hombre vestido con chaqueta roja, los dos rodando por el suelo y gruñendo, ambos luchando por hacerse con la misma daga. Con la mano libre, el asesino en ciernes trataba de soltar los dedos del otro, cerrados sobre su garganta. El otro. Un hombre de facciones afiladas como un hacha. Y con la chaqueta de cuello blando de la Guardia.

«Deprisa, Birgitte —pensó, aturdida—. Por favor, date prisa.»

La oscuridad se la tragó.

Librodot

CAPÍTULO 10

Un plan que tiene éxito

Elayne abrió los ojos a la oscuridad, y contempló fijamente las tenues sombras que se movían en una borrosa neblina. Sentía fría la cara, y el resto del cuerpo caliente y sudoroso; algo le sujetaba los brazos y las piernas. La asaltó un pánico momentáneo, pero entonces percibió la presencia de Aviendha en la habitación, una simple y reconfortante percepción; y la presencia de Birgitte, un núcleo de ira controlada, sosegada, dentro de su cabeza. La tranquilizó sentirlas allí. Se encontraba en su dormitorio, tendida en su cama, bajo las mantas, con botellas de agua caliente amontonadas contra su cuerpo, contemplando el dosel de lino del lecho. Las pesadas cortinas de invierno del lecho estaban corridas y atadas a los postes tallados, y la única luz en la habitación provenía de las pequeñas y titilantes llamas del hogar, justo la suficiente para alejar las sombras, no para disiparlas.

Sin pensarlo buscó el contacto con la Fuente y la alcanzó. Rozó el *Saidar,* extasiada, sin absorberlo. El deseo de absorber hasta llenarse se tornó intenso, pero lo dominó a regañadientes. Muy, muy a regañadientes, y no sólo porque su ansia de henchirse con la intensa vida del *Saidar* fuera a menudo una necesidad sin fondo que debía controlar. Su mayor temor durante aquellos minutos de terror interminables no había sido la muerte, sino que jamás fuera capaz de tocar la Fuente otra vez. Tiempo atrás eso le habría parecido extraño.

De repente la memoria volvió y se sentó, inestable, en la cama; las mantas le resbalaron hasta la cintura. De inmediato se cubrió de nuevo con ellas. El frío era mordiente contra su piel, sudorosa y desnuda. Ni siquiera le habían dejado puesta la ropa interior, y, por mucho que intentase imitar la natural indiferencia de Aviendha para estar desnuda delante de otras personas, no lo conseguía.

—Dyelin —dijo con ansiedad mientras se giraba para envolverse mejor con las mantas, cosa que no resultaba tan sencilla, ya que se sentía exhausta y un tanto temblorosa—. Y el guardia. ¿Están...?

—El hombre no sufrió ni un arañazo —contestó Nynaeve mientras salía de las danzantes sombras, ella misma una sombra más. Puso la mano en la frente de Elayne y gruñó con satisfacción al encontrarla fresca—. Curé a Dyelin. Necesitará tiempo para recobrar completamente las fuerzas, sin embargo. Perdió mucha sangre. Tú también empiezas a recuperarte. Durante un tiempo pensé que ibas caer presa de la fiebre. Eso puede ocurrir de repente cuando se está debilitado.

—Te administró hierbas, en lugar de usar la Curación —dijo Birgitte con acritud desde la silla que ocupaba, al pie de la cama. En medio de la casi total oscuridad, la mujer era simplemente una forma agazapada, ominosa.

—Nynaeve al'Meara es lo bastante sabia para saber lo que puede y lo que no puede hacer —intervino Aviendha en tono frío. Su blusa blanca y un destello de plata bruñida era lo único que señalaba su presencia, agachada

contra la pared. Como siempre, había preferido sentarse en el suelo en vez de hacerlo en una silla—. Reconoció el sabor de la horcaria en el té, e ignoraba cómo realizar los tejidos contra el veneno, así que no corrió riesgos estúpidos.

Nynaeve se puso tensa de repente. Sin duda tanto por la defensa de Aviendha como por la acritud de Birgitte. Quizá más por lo primero. Siendo como era, probablemente habría preferido pasar por alto lo que ignoraba y lo que no podía hacer. Y últimamente se mostraba aún más quisquillosa de lo habitual respecto a la Curación. Desde que se hizo evidente que varias de las Allegadas aventajaban ya su destreza.

—Deberías haberla reconocido tú misma, Elayne —dijo en un tono brusco—. En cualquier caso, la verdicaria y la lengua de cabra podían hacerte dormir, pero su eficacia es segura para los calambres de estómago. Pensé que preferirías no enterarte mientras surtían efecto.

Mientras sacaba las botellas de agua caliente de debajo de las mantas y las tiraba en la alfombra para no seguir asándose, Elayne tuvo un escalofrío. Los días posteriores después de que Ronda Macura les administró horcaria a Nynaeve y a ella habían sido algo espantoso que había intentado olvidar. Fueran cuales fueren las hierbas que Nynaeve le había dado no se sentía más débil de lo achacable a la droga. Creía que podía caminar, siempre y cuando no fuese un trecho largo y durante mucho tiempo. Y podía pensar claramente. Por las ventanas sólo se veía luz de luna. ¿Estaría muy avanzada la noche?

Abrazando de nuevo la Fuente, encauzó cuatro hilos de Fuego para encender una lámpara de pie primero, y después una segunda. Las pequeñas llamas, reflejadas en los espejos, iluminaron muchísimo la habitación, habida cuenta de la oscuridad anterior, y Birgitte se tapó los ojos con la mano al principio. La chaqueta de la capitana general le sentaba realmente bien; habría impresionado profundamente a los mercaderes.

—No deberías encauzar todavía —rezongó Nynaeve, que estrechó los ojos para protegerse de la luz repentina. Todavía llevaba el mismo vestido azul de escote bajo con el que Elayne la había visto por la mañana, y el chal de flecos amarillos echado sobre el doblez de los codos—. Lo mejor sería unos días de descanso para recobrar las fuerzas, y dormir mucho. —Miró ceñuda las botellas de agua caliente tiradas en el suelo—. Y te conviene conservar el calor del cuerpo. Mejor evitar una fiebre que tener que Curarla.

—Creo que Dyelin demostró su lealtad hoy —dijo Elayne, que colocó las almohadas de manera que pudo recostarse en ellas, contra el cabecero de la cama, y Nynaeve levantó las manos en un gesto irritado. En una de las mesitas auxiliares que flanqueaban el lecho había una copa de plata llena de oscuro vino, a la que Elayne dirigió una ojeada breve y desconfiada—. Una manera muy dura de probarlo. Creo que tengo *toh* con ella, Aviendha.

Aviendha se encogió de hombros. Desde que habían llegado a Caemlyn había vuelto a ponerse las ropas Aiel con una rapidez casi cómica, cambiando las sedas por blusas de *algode y* amplias faldas de lana como si de repente tuviese miedo del lujo de las tierras húmedas. Con un oscuro chal atado a la cintura y el pañuelo, también oscuro, doblado y ceñido en la frente para recoger su largo cabello, era la viva imagen de la aprendiza de una Sabia, si bien la única joya que lucía era un collar de plata, formado por discos de intrincado trabajo; un regalo de Egwene. Elayne seguía sin entender su prisa. Melaine y las demás parecían haberse mostrado proclives a dejarla seguir su propio camino cuando llevaba ropas de las tierras

Librodot

húmedas, pero ahora la tenían tan agarrada como cualquier novicia en las manos de las Aes Sedai. La única razón por la que le permitían estar en palacio —en la ciudad, realmente— es que Elayne y ella eran primeras hermanas.

—Si crees que lo tienes, entonces lo tienes. —Su tono, recalcando lo obvio, pasó a otro de cariñosa censura—. Pero un *toh* pequeño, Elayne. Tenías razones para dudar de ella. No puedes asumir obligación por cada pensamiento, hermana. —Rió como si de repente hubiese oído un chiste estupendo—. Ese camino lleva a un orgullo excesivo, y yo tendré que hinchar mi orgullo contigo, sólo que las Sabias no te pedirán cuentas a ti.

Nynaeve puso los ojos en blanco, pero Aviendha se limitó a sacudir la cabeza en un gesto paciente hacia la ignorancia de la otra mujer. Había estado estudiando algo más que el Poder con las Sabias.

—Bien, no nos gustaría que ninguna de los dos se volviera demasiado orgullosa —intervino Birgitte en un tono que sonaba sospechosamente a regocijo. Su cara estaba demasiado impasible, casi rígida por el esfuerzo de no echarse a reír.

Aviendha observó a Birgitte con una expresión de alerta y gesto impasible. Desde que ella y Elayne se habían adoptado, Birgitte también había adoptado a la Aiel en cierto modo. No como Guardián, desde luego, pero sí con la misma actitud de hermana mayor que tan a menudo utilizaba con Elayne. Aviendha no sabía muy bien qué pensar de aquello o cómo responder. Unirse al reducido círculo que conocía la verdadera identidad de Birgitte no había ayudado precisamente. Pasaba bruscamente de una feroz determinación de demostrar que Birgitte Arco de Plata no la sobrecogía a una actitud de sorprendente humildad, con extraños altos entre medias.

Birgitte le sonrió, una mueca divertida, pero el gesto se borró cuando recogió un envoltorio estrecho que tenía en el regazo y empezó a desenvolverlo con gran cuidado. Para cuando dejó a la vista una daga con la empuñadura forrada con cuero y una hoja larga, su expresión era severa, y una rabia sorda fluía a través del vínculo. Elayne reconoció el cuchillo de inmediato; había visto uno igual en la mano de un asesino rubio.

—No intentaban secuestrarte, hermana —dijo quedamente Aviendha.

Birgitte habló con aire grave.

—Después de que Mellar mató a los dos primeros, al segundo atravesándolo con su espada, que lanzó desde la puerta a la otra punta de la sala como en uno de los jodidos relatos de un juglar, cogió esto del último tipo y lo mató con él. —Sostuvo el cuchillo derecho, por la punta de la empuñadura—. Tenían cuatro armas casi idénticas. Ésta está envenenada.

—Esas manchas marrones en la cuchilla son de falso hinojo mezclado con polvo de hueso de durazno machacado —explicó Nynaeve mientras se sentaba al borde de la cama y hacía un gesto de asco—. Un vistazo a sus ojos y a su lengua, y supe que era eso lo que había matado al tipo, no el cuchillo.

—Bien —musitó Elayne al cabo de un momento. Bien, sí—. Horcaria para que no pudiese encauzar, o sostenerme de pie en realidad, y dos hombres para sujetarme mientras el tercero me hincaba un cuchillo envenenado. Un plan muy complicado.

—A los habitantes de las tierras húmedas les gustan los planes complicados —comentó Aviendha. Dirigió una mirada inquieta a Birgitte, rebulló contra la pared y añadió—: A algunos.

—Simple, a su manera —adujo Birgitte al tiempo que volvía a envolver

Librodot

el cuchillo con tanto cuidado como había utilizado para desenvolverlo—. Era fácil llegar hasta ti. Todo el mundo sabe que tomas la comida a mediodía sola. —La larga trenza se meció al sacudir la cabeza—. Suerte que el primer hombre que llegó a tu lado no llevaba esto; una cuchillada y estarías muerta. Suerte que Mellar pasara por casualidad por el pasillo y oyera maldecir a un hombre dentro de tus aposentos. Suerte suficiente para un *ta'veren.*

Nynaeve resopló con desdén.

—Podrías estar muerta con un corte profundo en el brazo, simplemente. El hueso del durazno es muy venenoso. Dyelin no habría sobrevivido si los otros cuchillos hubiesen estado envenenados también.

Elayne recorrió con la mirada los inexpresivos rostros de sus amigas y suspiró. Un plan realmente complicado. Como si no fuera suficiente tener espías en palacio.

—Una guardia personal *reducida,* Birgitte —accedió al final—. Algo... discreto. —Debería haber imaginado que su Guardián esperaba eso; el rostro de Birgitte no varió un ápice, pero a través del vínculo compartido llegó un leve destello de satisfacción.

—Las mujeres que hicieron de guardia hoy, para empezar —dijo sin molestarse siquiera en fingir una pausa para pensar—, y algunos más que escogeré yo. Quizás unos veinte, en total. Demasiados pocos no pueden protegerte de día y de noche, y debes estarlo, maldita sea —manifestó firmemente, aunque Elayne no había protestado—. Las mujeres te protegerán donde los hombres no puedan, y serán discretas por el simple hecho de ser mujeres. La mayoría de la gente creerá que son una guardia ceremonial, tus propias Doncellas Lanceras, y les daremos algo, tal vez un fajín, para incrementar esa impresión. —Aquel comentario hizo que se ganara una mirada penetrante de Aviendha, pero fingió no darse cuenta—. El problema es quién poner al mando —continuó, fruncido el entrecejo—. Dos o tres nobles, Cazadoras del Cuerno, ya empiezan a protestar por un rango «de acuerdo con su posición». Las malditas mujeres saben dar órdenes, pero no estoy segura de que sepan dar las jodidas órdenes correctas. Podría promocionar a Caseille al rango de teniente, pero en el fondo es más portaestandarte, creo. —Birgitte se encogió de hombros—. Quizás alguna de las otras muestre cualidades, pero creo que son mejores seguidoras que líderes.

Oh, sí; todo muy bien pensado ya. ¿Unas veinte? Tendría que estar atenta controlando a Birgitte para que el número no ascendiera a cincuenta. O a más. Protegerla donde los hombres no pudieran. Elayne se encogió. Eso probablemente significaba tener guardia hasta en el baño, como mínimo.

—Caseille servirá, seguro. Una abanderada podrá manejar a veinte mujeres. —No le cabía duda de que podría convencer a Caseille para que todo se realizara con discreción. Y que dejase fuera a la guardia mientras se bañaba—. El hombre que llegó justo en el momento oportuno, Mellar, ¿qué sabes de él, Birgitte?

—Doilin Mellar —dijo lentamente Birgitte, las cejas fruncidas en un ángulo pronunciado—. Un tipo con sangre fría, aunque sonríe demasiado. Principalmente a las mujeres. Pellizca a las criadas, y ha tumbado a tres en cuatro días, que yo sepa; le gusta hablar de sus «conquistas», pero no ha presionado a nadie que le haya dicho que no. Según él fue guardia de un mercader, después mercenario, y ahora Cazador del Cuerno, y desde luego posee destreza para ello. Lo bastante para que yo lo nombrase teniente. Es andoreño, de alguna parte del oeste, cerca de Baerlon, y dice que combatió

Librodot

por tu madre durante la Sucesión, aunque por entonces debía de ser un muchachito. En cualquier caso, respondió correctamente a mis preguntas cuando lo puse a prueba, así que quizás es cierto que tomó parte. Los mercenarios mienten sobre su pasado sin pestañear, por costumbre.

Elayne enlazó las manos sobre el estómago y pensó en Mellar. Sólo recordaba la imagen de un hombre nervudo, con la cara afilada, estrangulando a uno de sus asaltantes mientras luchaba para apoderarse del cuchillo envenenado. Un hombre con cualidades de soldado suficientes para que Birgitte lo hiciera oficial; procuraba que los oficiales, al menos, fueran andoreños en su mayoría. Un rescate justo a tiempo, un hombre contra tres, y una espada lanzada a través de la sala, como una lanza; sí recordaba la historia de un juglar.

—Merece una recompensa adecuada. Una promoción a capitán y comandante de mi guardia personal, Birgitte. Caseille puede ser su segundo al mando.

—¿Estás loca? —estalló Nynaeve, pero Elayne la hizo callar.

—Me siento mucho más segura sabiendo que está ahí, Nynaeve. A mí no intentará pellizcarme; no, estando Caseille y veinte más como ella a su alrededor. Con su reputación, lo vigilarán como halcones. ¿Dijiste veinte, Birgitte? Te cojo la palabra.

—Veinte —contestó Birgitte, como ausente—, más o menos. —No había nada de ausente en la mirada que clavó en Elayne, sin embargo. Se echó hacia adelante, con las manos sobre las rodillas—. Supongo que sabes lo que haces. —Estupendo; se iba a comportar como un Guardián por una vez, en lugar de discutir—. El guardia teniente Mellar se convierte en el guardia capitán Mellar por salvar la vida a la heredera del trono. Eso hará aumentar su arrogancia y fanfarronería. A menos que pienses que es mejor mantenerlo todo en secreto.

—Oh, no, en absoluto —negó Elayne a la par que sacudía la cabeza—. Que lo sepa toda la ciudad. Alguien intentó asesinarme, y el teniente, es decir, el capitán Mellar, me salvó la vida. Lo del veneno lo reservaremos para nosotras, en secreto. Por si acaso alguien se va de la lengua.

Nynaeve resopló y le dirigió una mirada de soslayo.

—Un día serás demasiado lista, Elayne. Tan aguda que te cortarás a ti misma.

—Es lista, Nynaeve al'Meara. —Aviendha se incorporó suave y ágilmente, se arregló la pesada falda y después se dio unas palmaditas en el cuchillo enfundado de su cinturón. No era tan grande como el que había llevado siendo Doncella, pero aun así seguía siendo un arma respetable—. Y me tiene a mí para guardarle la espalda. Me han dado permiso para quedarme con ella.

Nynaeve abrió la boca con expresión iracunda y, quién lo hubiera imaginado, volvió a cerrarla y recobró la compostura de manera visible, no sólo alisando su falda sino suavizando su gesto.

—¿Qué miráis tan fijamente? —murmuró—. Si Elayne quiere tener a ese tipo lo bastante cerca para que la pellizque cada vez que le apetezca, ¿quién soy yo para oponerme?

Birgitte se quedó boquiabierta y Elayne se preguntó si Aviendha no se ahogaría; los ojos, desde luego, casi se le salían de las órbitas. El apagado sonido del gong en la torre más alta de palacio, dando la hora, sobresaltó a Elayne. Era más tarde de lo que creía.

—Nynaeve, quizás Egwene nos esté esperando ya. —No veía sus ropas

Librodot

por ninguna parte—. ¿Dónde está mi escarcela? Tengo el anillo guardado en ella. —El sello de la Gran Serpiente seguía en su dedo, pero no era ése al que se refería.

—Iré yo sola a reunirme con Egwene —manifestó firmemente Nynaeve—. No te encuentras en condiciones de entrar en el *Tel'aran'rhiod.* De todos modos te has pasado la tarde durmiendo, y apostaría a que tardarás en volver a coger el sueño. Además, no tuviste mucha suerte intentando entrar en trance de vigilia, así que no hay más que hablar.

Sonrió con aire de suficiencia, segura de su victoria. Ella sí que se había puesto bizca y se había mareado cuando probó a entrar en el trance de vigilia que Egwene había intentado enseñarles.

—Así que apostarías, ¿verdad? —murmuró Elayne—. ¿Qué apostarías? Porque tengo intención de beber eso —Miró hacia la copa de plata que había en la mesilla—. Y yo apuesto a que me quedaré dormida en un visto y no visto. Por supuesto, si no hubieses puesto algo en el vino, si no tuvieses intención de engatusarme para que lo bebiera... Claro que, naturalmente, tú no harías algo así. Y bien, ¿qué apostamos?

Aquella sonrisa insufrible se borró en el rostro de Nynaeve y fue reemplazada por una intensa rojez en los pómulos.

—Qué bonito —dijo Birgitte mientras se incorporaba y se ponía en jarras a los pies de la cama; la expresión y el tono eran de censura—. Ella te salva de sufrir retortijones y un estómago revuelto, y tú la criticas en plan señorita Remilgos. Quizá si te bebes esa copa y te duermes y te olvidas de aventurarte en el Mundo de los Sueños esta noche, decidiré que ya has crecido lo suficiente para pensar que no harán falta como poco cien guardias para que sigas viva. ¿O va a ser necesario que te apriete la nariz para hacer que te lo bebas?

En fin, Elayne no había esperado realmente que Birgitte siguiese mucho tiempo sin meter baza. ¿Cien como poco? Aviendha se giró con brusquedad hacia Birgitte antes incluso de que ésta hubiese acabado de hablar, y apenas esperó a que las últimas palabras hubiesen salido de la boca de la otra mujer.

—No deberías hablarle así, Birgitte Trahelion —manifestó al tiempo que se erguía para sacar toda la ventaja de su mayor estatura. No era mucha, habida cuenta de los tacones que tenían las botas de Birgitte; mas, con el chal ceñido prietamente sobre los senos, parecía más una Sabia que una aprendiza. Los rostros de algunas Sabias no daban la impresión de tener muchos más años—. Eres su Guardián. Pregunta a *Aan'allein* cómo debes comportarte. Es un gran hombre, pero obedece lo que Nynaeve le dice.

Aan'allein era Lan, Un Hombre o el Hombre Solo, cuya historia era bien conocida y muy admirada entre los Aiel. Birgitte la miró de arriba abajo y adoptó una postura relajada con la que casi desaparecieron los centímetros extras que le proporcionaban los tacones de sus botas. Esbozando una sonrisa burlona, abrió la boca, con la evidente intención de pinchar la pompa de Aviendha si podía, cosa que generalmente lograba. Pero, antes de que tuviera ocasión de decir nada, Nynaeve habló en tono quedo y muy firme.

—Oh, por amor de la Luz, déjalo ya, Birgitte. Si Elayne dice que irá, entonces irá. No quiero oírte una sola palabra más. —Apuntó con el índice a la otra mujer—. O tú y yo tendremos unas palabras después.

Birgitte la miró de hito en hito mientras su boca se movía sin emitir sonido alguno; el vínculo de Guardián transmitía una intensa mezcla de

Librodot

irritación y frustración. Finalmente, volvió a sentarse en la silla con las piernas extendidas, los pies apoyados en las espuelas con forma de cabeza de león, y mascullando entre dientes. Si Elayne no la hubiese conocido tan bien habría jurado que estaba enfurruñada. Ojalá supiera cómo lo hacía Nynaeve. En otro tiempo Nynaeve se había sentido tan sobrecogida por Birgitte como lo estaba Aviendha, pero eso había cambiado. Completamente. Ahora trataba a Birgitte del mismo modo avasallador que a los demás. Y con más éxito del que tenía con la mayoría. «Es una mujer como otra cualquiera —había dicho Nynaeve—. Ella misma me lo dijo, y comprendí que tenía razón.» Como si eso lo explicase todo. Birgitte seguía siendo Birgitte.

—¿Y mi escarcela? —preguntó Elayne y, quién lo hubiese dicho, Birgitte se dirigió al vestidor para recoger la bolsita roja con bordados de oro. Bueno, un Guardián no se ocupaba de ese tipo de cosas, pero Birgitte siempre tenía preparado algún comentario cuando lo hacía. Aunque quizá su regreso servía como tal. Le tendió la escarcela a Elayne al tiempo que realizaba una reverencia exagerada en floreos, tras lo cual dedicó una mueca a Nynaeve y a Aviendha. Elayne suspiró. No es que las mujeres se cayeran mal; en realidad se llevaban bien, si uno olvidaba sus pequeñas debilidades. Simplemente tenían roces de vez en cuando.

El extraño anillo retorcido, ensartado en un sencillo cordón de cuero, descansaba en el fondo de la bolsita, debajo de diversas monedas y al lado del pañuelo de seda, cuidadosamente doblado y lleno de plumas, que para ella era su mayor tesoro. El *ter'angreal* parecía de piedra, con motitas y líneas azules, rojas y marrones, pero su tacto era duro y resbaladizo como el acero, e incluso pesaba demasiado para ser de ese metal. Se metió el cordón por la cabeza, dejando que el anillo reposara entre sus senos; después tensó el cordoncillo de la escarcela y dejó ésta en la mesilla, de donde cogió la copa de plata. El aroma del contenido era simplemente de un buen vino, pero de todos modos enarcó una ceja y sonrió a Nynaeve.

—Me voy a mi habitación —dijo la antigua Zahorí con actitud tirante. Se levantó del lado de la cama donde se había sentado y repartió una mirada severa entre Birgitte y Aviendha. De algún modo, el *ki'sain* de su frente la hizo parecer más intransigente—. Vosotras dos quedaos despiertas ¡y sin bajar la guardia! Hasta que tenga a esas mujeres a su alrededor sigue estando en peligro. Y espero no tener que recordaros que también después.

—¿Crees que no lo sé? —protestó Aviendha.

—¡No soy idiota, Nynaeve! —gruñó al mismo tiempo Birgitte.

—Eso decís vosotras —les respondió Nynaeve—. Espero que sea así, por el bien de Elayne. Y por el vuestro propio. —Recogió su chal y atravesó la habitación con toda la majestuosidad que podría desear cualquier Aes Sedai. Estaba haciéndose toda una experta en eso.

—Cualquiera diría que es la jodida reina aquí —rezongó Birgitte.

—Ella sí que tiene hinchado el orgullo, Birgitte Trahelion —gruñó Aviendha—. Tanto como una Shaido con una cabra.

Las dos asintieron con la cabeza, en perfecto acuerdo, pero a Elayne no le pasó por alto el hecho de que esperasen a hablar hasta que la puerta se hubo cerrado tras Nynaeve. La mujer que con tanto empeño había negado querer ser Aes Sedai se estaba volviendo muy, pero que muy Aes Sedai. Quizá Lan tenía algo que ver en ello. Preparándola, con su experiencia. Todavía tenía que trabajar el mantener la compostura a veces, pero parecía salirle con más y más facilidad desde su peculiar boda.

El primer sorbo de vino sólo le supo a eso, a vino, uno muy bueno, pero

Librodot

Elayne miró la taza con el entrecejo fruncido y vaciló. Hasta que cayó en la cuenta de lo que hacía y por qué. El recuerdo de la horcaria disimulada en el té seguía muy presente en su memoria. ¿Qué habría puesto Nynaeve? No horcaria, desde luego. Pero ¿qué? Llevarse la copa a los labios para beber un buen trago resultaba difícil. Luego, en un gesto desafiante, lo apuró todo. «Tenía sed, eso es todo —pensó mientras soltaba la copa en la mesilla—. No intentaba demostrar nada, por supuesto.»

Las otras dos mujeres la habían estado observando y, tan pronto como empezó a buscar una postura más cómoda para dormir, se volvieron la una hacia la otra.

—Yo montaré guardia en la sala de estar —dijo Birgitte—. Tengo mi arco y mi aljaba allí. Tú quédate aquí por si acaso te necesita.

En lugar de discutir, Aviendha desenvainó el cuchillo del cinturón y se situó en cuclillas a un lado, desde donde vería entrar a cualquiera por la puerta antes de que esa persona la viese a ella.

—Llama dos veces, luego una, y di quién eres antes de entrar —advirtió—. De otro modo, daré por hecho que se trata de un enemigo.

Y Birgitte asintió con la cabeza como si aquello fuese lo más razonable del mundo.

—Esto es absur... —Elayne se llevó la mano a la boca y reprimió un bostezo—. Absurdo —acabó cuando pudo hablar de nuevo—. Nadie va a intentar... —Otro bostezo, tan grande que habría podido meterse el puño en la boca. Luz, ¿qué demonios había puesto Nynaeve en el vino?—... matarme esta noche —siguió, adormilada—, y las dos sabéis... —Sentía pesados los párpados, que se le cerraban a pesar de sus esfuerzos por mantenerlos abiertos. Acomodando inconscientemente la cabeza en la almohada, intentó terminar lo que había estado a punto de decir, pero...

Se encontraba en el Salón del Trono de palacio. En el reflejo del Salón del Trono en el *Tel'aran'rhiod.* Allí, el anillo retorcido que en el mundo de vigilia era tan pesado para su tamaño daba la impresión de ser ligero como una pluma y flotar entre sus senos. Había luz, naturalmente, que parecía llegar de todas partes y de ninguna. No era luz del sol ni de lámparas, pero aunque también fuera de noche allí siempre había bastante de aquella extraña luz para poder ver. Como en un sueño. La conocida y siempre presente sensación de unos ojos invisibles observándola no se parecía a un sueño, sino más bien a una pesadilla, pero se había acostumbrado a ella.

En el Gran Salón se celebraban audiencias solemnes, como recibir formalmente a embajadores o anunciar tratados importantes y declaraciones de guerra a los dignatarios reunidos, y la enorme cámara hacía honor a su nombre y a su función. Desierta salvo por ella, parecía inmensa y tenebrosa. Dos hileras de relucientes columnas blancas, de dieciocho metros de altura, se extendían a lo largo de la estancia, y a un extremo el Trono del León descansaba sobre una grada de mármol, con la alfombra roja ascendiendo por los blancos escalones desde las baldosas rojas y blancas. Las dimensiones del trono eran adecuadas para una mujer, pero aun así su tamaño era grande, con sus patas a semejanza de las garras de ese felino, sus tallas y sus dorados, y el León Blanco —resaltado con piedras de la luna sobre un campo de rubíes— coronando el alto respaldo, anunciando que quienquiera que se sentase allí gobernaba una gran nación. Desde los ventanales de colores instalados en el techo en arco, a gran altura del suelo, las reinas que habían fundado Andor observaban fijamente el salón; sus imágenes se alternaban con el León Blanco y escenas de batallas que habían

disputado para construir el país a partir de una única ciudad en el imperio en pleno desmoronamiento de Artur Hawkwing. Muchas naciones surgidas de la Guerra de los Cien Años ya no existían, pero Andor había sobrevivido el milenio transcurrido desde entonces y había prosperado. A veces Elayne sentía que aquellas imágenes la juzgaban, sopesando su valía para seguir sus pasos.

Tan pronto como se encontró en el Gran Salón apareció otra mujer, sentada en el Trono del León, una mujer joven, de cabello oscuro, con ropajes de seda roja y bordados de leones de plata en las mangas y el repulgo de la falda; una sarta de gotas de fuego, grandes como huevos de pichón, le adornaban el cuello, y la Rosa de la Corona reposaba sobre su testa. Una de sus manos descansaba ligeramente sobre el brazo del solio, que terminaba en la talla de la cabeza de un león, y la joven contemplaba regiamente el salón. Entonces sus ojos se posaron en Elayne, y hubo un brillo de reconocimiento en ellos, además de confusión. Corona, gotas de fuego y sedas desaparecieron, reemplazadas por un atuendo de sencillo paño y un largo delantal. Un instante después, también la joven desaparecía.

Elayne sonrió divertida. Hasta las pinches de cocina soñaban con sentarse en el Trono del León. Esperaba que la muchacha no se hubiese despertado sobresaltada por la impresión, o al menos que hubiese entrado de nuevo en otro sueño agradable. Un sueño más seguro que el *Tel'aran'rhiod.*

Otras cosas se movían en el salón del trono. Las trabajadas lámparas de pie, alineadas en filas a lo largo de la cámara, parecían vibrar contra las altas columnas. Las inmensas puertas de arco estaban ora abiertas ora cerradas, cambiando en un abrir y cerrar de ojos. Sólo aquello que había permanecido en el mismo sitio un tiempo considerable tenía un verdadero reflejo en el Mundo de los Sueños.

Elayne imaginó un espejo de cuerpo entero, y éste apareció al instante delante de ella reflejando su imagen, con un vestido de seda verde, cuello alto, con bordados de seda en el corpiño; unas esmeraldas le adornaban las orejas, y otras más pequeñas aparecían prendidas en sus bucles dorados rojizos. Hizo que desapareciesen las esmeraldas que adornaban el cabello y luego asintió con la cabeza. Una apariencia apropiada para la heredera del trono, pero no ostentosa en exceso. Había que tener cuidado con cómo se imaginaba uno allí, o en caso contrario... Su recatado vestido de seda verde se convirtió en otro tarabonés, ajustado, marcando la silueta, y a continuación éste dio paso a unos amplios y oscuros pantalones de los Marinos, completo con pendientes de oro y aro de la nariz y cadena llena de medallones; iba descalza e incluso tenía tatuajes en las manos. No llevaba blusa, como hacían los Marinos cuando estaban en alta mar. Sus mejillas enrojecieron y se apresuró a volver a la imagen del principio, además de cambiar los pendientes de esmeraldas por unos sencillos aros de plata. Cuanto más simple era el aspecto en que uno se imaginaba, más fácil era mantenerlo.

Dejó que el espejo de cuerpo entero desapareciese —para lo cual sólo fue necesario que dejara de concentrarse en él— y alzó la vista hacia aquellos severos rostros del techo.

—Otras mujeres han ocupado el trono siendo tan jóvenes como yo —les dijo. No habían sido muchas, sin embargo; sólo siete las que habían conseguido llevar la Corona de la Rosa durante muchos años—. Mujeres incluso más jóvenes que yo. —Tres. Y una de ellas apenas duró un año—. No

Librodot

afirmo que seré tan grande como vosotras, pero tampoco haré nada que os avergüence. Seré una buena reina.

—¿Hablando con unas cristaleras? —dijo Nynaeve, que la sobresaltó por la sorpresa. La antigua Zahorí utilizaba una copia del anillo que Elayne llevaba colgado al cuello, y su imagen resultaba borrosa, casi transparente. Frunció el entrecejo e intentó caminar hacia Elayne; se tambaleó y casi se fue al suelo, obstaculizada por el vestido tarabonés que era mucho más ceñido que el que Elayne había imaginado puesto en sí misma. Nynaeve miró boquiabierta el atuendo y de repente cambió a un vestido andoreño, en seda y del mismo color, bordado con hilo de oro en las mangas y el corpiño. Rezongó algo sobre que «el buen paño recio de Dos Ríos» era suficientemente bueno para ella; pero, aunque allí podía aparecer vestida con él si lo deseaba, casi nunca ocurría así.

—¿Qué pusiste en ese vino, Nynaeve? —preguntó Elayne—. Me apagué como una vela al soplarla.

—No intentes cambiar de tema. Si te dedicas a hablar con ventanales, entonces realmente deberías estar durmiendo, en lugar de encontrarte aquí. Me estoy planteando ordenarte que...

—No, por favor. No soy Vandene, Nynaeve. Luz, ni siquiera conozco la mitad de las costumbres que Vandene y las otras dan por sentadas, pero preferiría no tener que desobedecerte, por favor.

Nynaeve la miró ceñuda y se dio un tirón de la trenza. Algunos detalles de su vestido cambiaron, la falda se hizo más amplia, los dibujos bordados variaron, el cuello alto descendió y después volvió a subir, adornándose con puntillas. La antigua Zahorí no era muy buena en la concentración necesaria para conservar la apariencia elegida. Sin embargo, lo que nunca cambiaba ni vacilaba era el punto rojo de su frente.

—De acuerdo —accedió al tiempo que el ceño desaparecía. El chal de flecos amarillos apareció sobre sus hombros y el rostro adquirió algo de la cualidad intemporal Aes Sedai. En las sienes había mechones blancos. No obstante, sus palabras contrastaron con su apariencia y su tono sosegado—. Deja que hable yo cuando Egwene se reúna con nosotras. Me refiero a lo ocurrido hoy. Tú siempre acabas charlando por los codos, como si las dos os estuvieseis cepillando el pelo la una a la otra antes de iros a dormir. ¡Luz! No quiero que se ponga en el papel de Amyrlin conmigo, y sabes que lo hará con las dos si se entera.

—¿Si me entero de qué? —dijo Egwene.

Nynaeve giró rápidamente la cabeza, con expresión de pánico en los ojos, y durante un momento el chal de flecos y el vestido de seda fueron reemplazados por el blanco con bandas de color de una Aceptada. Incluso el *ki'sain* desapareció. Sólo fue un instante, y después su apariencia volvió a ser la misma de antes a excepción de los mechones blancos, mas aquello bastó para que en el semblante de Egwene se reflejara una expresión dolida. Conocía muy bien a Nynaeve.

—¿Si me entero de qué, Nynaeve? —reiteró, con firmeza.

Elayne respiró profundamente. En realidad no había tenido intención de ocultarle nada a Egwene. Nada importante, se entiende. Pero, con el estado de ánimo actual de Nynaeve, lo más seguro era que lo soltara todo, o por el contrario se empecinara e insistiera en que no había nada de lo que enterarse. Y con ello sólo conseguiría que Egwene presionase con mayor dureza.

—Alguien puso horcaria en mi té de mediodía —dijo, y continuó

explicando de forma sucinta lo de los hombres con cuchillos y la fortuita aparición de Doilin Mellar, y sobre cómo había probado su lealtad Dyelin. Por si acaso, añadió la noticia sobre Elenia y Naean, así como el hecho de que la primera doncella investigaba la presencia de espías en palacio, e incluso el dato de que Zarya y Kirstian habían sido asignadas a Vandene, y el ataque a Rand y la desaparición de éste. Egwene no parecía alterada por el recital, e incluso la interrumpió sin contemplaciones en el asunto de Rand, comentando que ya lo sabía. Pero sacudió la cabeza con desdén al oír que Vandene no hacía progresos en cuanto a descubrir quién era la hermana Negra y que para ella eso era muy grave y lo más primordial—. Ah, y voy a tener una guardia personal —terminó Elayne—. Veinte mujeres, al mando del capitán Mellar. No creo que Birgitte encuentre Doncellas para ese puesto, pero no le andará lejos.

Un asiento sin respaldo apareció detrás de Egwene, que se acomodó en él sin mirar siquiera. Era mucho más hábil en el Mundo de los Sueños que Elayne o Nynaeve. Llevaba un traje de montar de paño, en verde oscuro, bien cortado y de calidad pero sin adornos, probablemente la ropa que había llevado puesta ese día en el mundo de vigilia. Y el atuendo no varió un ápice en ningún momento.

—Os habría dicho que os reunieseis conmigo en Murandy mañana, es decir, esta noche —manifestó—, si no fuera porque la llegada de las Allegadas provocaría un estallido entre la Asentadas.

Nynaeve había recuperado la compostura, bien que se ajustó la falda sin necesidad. Ahora los bordados del vestido eran de plata.

—Creí que ahora tenías a la Antecámara de la Torre dominada —comentó.

—Es lo mismo que tener sujeto a un hurón con la mano —repuso secamente Egwene—. Se retuerce y se enrosca para morderte la muñeca. Oh, sí, hacen lo que digo en lo referente a la guerra con Elaida, ya que no pueden eludirlo a pesar de lo mucho que protestan por el gasto de tener más soldados. Sin embargo, el acuerdo con las Allegadas no forma parte del plan de guerra, y tampoco permitir que las Allegadas sepan que la Torre estaba al corriente de sus actividades desde el principio. O pensaba que lo estaba. La Antecámara al completo sufriría una apoplejía sólo por descubrir cuántas cosas ignoraba. Están intentando por todos los medios encontrar el modo de parar la admisión de nuevas novicias.

—Pero no pueden hacerlo ¿o sí? —demandó Nynaeve. Hizo aparecer una silla para sí misma, pero era una copia del asiento de Egwene cuando miró para comprobar que estaba allí, una banqueta de tres patas cuando empezó a sentarse y una silla con respaldo de travesaños para cuando acabó de acomodarse. Ahora su vestido tenía falda pantalón—. Hiciste una proclamación: cualquier mujer de cualquier edad si pasaba la prueba. Sólo tienes que hacer otra sobre las Allegadas.

Elayne se preparó su asiento, una copia de las sillas de su sala de estar. De ese modo era mucho más fácil mantener la imagen sin que se cambiara.

—Oh, la proclamación de una Amyrlin es ley —contestó Egwene—. Hasta que la Antecámara encuentra un camino para soslayarla. La protesta nueva es que sólo tenemos dieciséis Aceptadas. Aunque la mayoría de las hermanas tratan a Faolain y a Theodrin como si aún lo fueran. Pero incluso dieciocho no son bastante ni con mucho para dar lecciones a las novicias, de las que supuestamente tienen que ocuparse las Aceptadas, pero son las hermanas quienes tienen que encargarse de ellas. Creo que algunas

abrigaban la esperanza de que el mal tiempo frenara el número de las que acuden, pero no ha sido así. —Sonrió de repente y un brillo travieso asomó a sus oscuros ojos—. Hay una novicia nueva a la que me gustaría que conocieras, Nynaeve. Se llama Sharina Melloy. Es abuela. Y creo que coincidirías conmigo en que se trata de una mujer excepcional.

La silla de Nynaeve desapareció por completo, y ella cayó al suelo con un sonoro golpe. No pareció darse cuenta, y se quedó allí sentada, mirando estupefacta a Egwene.

—¿Sharina Melloy? —repitió con voz temblorosa—. ¿Que es una de las novicias?

Su vestido era ahora de un estilo que Elayne no había visto nunca, con amplias mangas, un profundo escote y adornado con flores bordadas y sartas de perlas. El cabello suelto le llegaba a la cintura y lo tenía sujeto con una cofia de piedras de la luna y zafiros ensartados en cordones de oro, finos como hilos. Y en el índice de la mano izquierda lucía un sencillo aro de oro. Sólo el *ki'sain y* el anillo de la Gran Serpiente permanecieron inalterables.

—¿Conoces el nombre? —preguntó Egwene, que parpadeó.

Nynaeve se puso de pie y miró fijamente su vestido. Alzó la mano izquierda y tocó el liso sello de oro casi con vacilación. Cosa curiosa, dejó que todo siguiese igual, sin sufrir cambios.

—Podría no ser la misma mujer —murmuró—. ¡No puede serlo! —Hizo aparecer otra silla igual a la de Egwene, y la miró ceñuda como si le ordenase que no alterase su aspecto, pero el mueble tenía respaldo alto y tallas para cuando quiso sentarse—. Había una Sharina Melloy... Fue durante mi prueba para Aceptada —añadió precipitadamente—. No tengo que hablar de ello. ¡Es la regla!

—Por supuesto que no tienes que hacerlo —dijo Egwene, bien que la mirada que dirigió a Nynaeve fue tan rara como Elayne sabía que tenía que ser la suya. Con todo, no había nada que hacer; cuando la antigua Zahorí se empeñaba en ser testaruda, hasta las mulas podían aprender de ella.

—Ya que has sacado a colación a las Allegadas, Egwene —intervino Elayne—, ¿has pensado más detenidamente en el tema de la Vara Juratoria?

Egwene alzó una mano como queriendo interrumpirla, pero su respuesta fue serena e impasible.

—No es necesario pensarlo más, Elayne. Los Tres Juramentos, prestados sobre la Vara Juratoria, son los que nos convierten en Aes Sedai. Al principio no supe verlo, pero ahora sí. El primer día que la Torre esté en nuestro poder, prestaré los Tres Juramentos sobre la Vara Juratoria.

—¡Eso es una locura! —saltó Nynaeve mientras se echaba hacia adelante en la silla. Y el vestido seguía sin cambiar. Muy sorprendente. Tenía prietos los puños sobre el regazo—. Sabes lo que hace. ¡Las Allegadas son la prueba! ¿Cuántas Aes Sedai viven más de trescientos años, o llegan siquiera a ellos? Y no me digas que no debería hablar de la edad. Ésa es una costumbre ridícula, y lo sabes. Egwene, a Reanne la llamaban la Decana porque era la mayor de Ebou Dar, pero la que es mayor en cualquier parte se llama Aloisia Nemosni, una mercader de aceite de Tear. Egwene, tiene casi... ¡seiscientos años! Cuando la Antecámara sepa eso, apuesto a que se mostrará más que dispuesta a dejar la Vara Juratoria en una estantería.

—La Luz sabe que trescientos años es un tiempo muy largo —intervino Elayne—, pero no puedo decir que me haga feliz la perspectiva de acortar mi vida en la mitad, Egwene. ¿Y qué pasa con la Vara Juratoria y tu promesa a las Allegadas? Reanne desea ser Aes Sedai, pero ¿qué ocurrirá cuando preste

Librodot

los Juramentos? ¿Y qué pasara con Aloisia? ¿Caerá fulminada, muerta de repente? No puedes exigirles que juren; no, sabiendo lo que sabemos.

—Yo no *exijo* nada. —El semblante de Egwene continuaba relajado, pero su postura era más erguida, recta la espalda, y su voz fría. Y con un timbre duro. Los ojos se tornaron más penetrantes, como taladros—. Cualquier mujer que quiera ser una hermana *jurará. Y* cualquiera que rehúse y se siga llamando Aes Sedai sentirá todo el peso de la justicia de la Torre.

Elayne tragó saliva con esfuerzo bajo aquella mirada impasible. No cabía error en lo que Egwene quería decir con eso. Ahora no oían a una amiga, sino a la Sede Amyrlin, y la Sede Amyrlin no tenía amigas cuando llegaba el momento de dictar sentencia. Aparentemente satisfecha con lo que veía en ellas, Egwene se relajó.

—Conozco el problema —continuó en un tono más normal; más normal, pero seguía sin admitir réplica—. Espero que cualquier mujer inscrita en el libro de novicias llegue hasta donde se lo permitan sus posibilidades, que consiga el chal si puede, y sirva como Aes Sedai, pero no deseo que nadie muera por ese motivo cuando podría seguir viviendo. Una vez que las componentes de la Antecámara sepan lo de las Allegadas, cuando dejen de estar tan alteradas que salten por cualquier cosa y pongan el grito en el cielo, creo que podré convencerlas para que acepten que una hermana que desee retirarse pueda hacerlo. Eliminados los Juramentos y su condición vinculante, se entiende.

Hacía tiempo que habían llegado a la conclusión de que la Vara se podía utilizar para desvincular al igual que para vincular; de otro modo ¿cómo podían mentir las hermanas Negras?

—Supongo que eso valdrá —admitió diplomáticamente Nynaeve. Elayne se limitó a asentir con la cabeza; no le cabía duda de que había algo más.

—Jubilarse entrando en la organización de las Allegadas, Nynaeve —añadió suavemente Egwene—. De ese modo también estarán comprometidas con la Torre. Mantendrán sus propias normas, por supuesto, su Regla, pero tendrán que aceptar que su Círculo de Labores de Punto se halla por debajo de la Amyrlin, ya que no de la Antecámara, y que su grupo está por debajo de las hermanas. Mi intención es que sean parte de la Torre, no que obren a su libre albedrío. Sin embargo creo que aceptarán.

Nynaeve volvió a asentir, contenta, pero su sonrisa se borró cuando el pleno significado de aquello se hizo patente en su cerebro.

—¡Pero…! —barbotó, indignada—. ¡La posición entre las Allegadas la marca la edad! ¡Habrá hermanas recibiendo órdenes de mujeres que ni siquiera podrían llegar a Aceptadas!

—Mujeres que antes fueron hermanas, Nynaeve. —Egwene tocó el anillo de la Gran Serpiente de su mano derecha y suspiró suavemente—. Ni siquiera las Allegadas que lograron el anillo lo llevan. Así que tendremos que renunciar a él también. Seremos Allegadas, Nynaeve, y dejaremos de ser Aes Sedai. —Hablaba como si ya pudiese sentir ese lejano día, esa lejana pérdida, pero apartó la mano del anillo y respiró hondo—. Bien, ¿hay alguna otra cosa más? Me espera una larga noche, y me gustaría disfrutar de un poco de sueño real antes de tener que enfrentarme de nuevo a las Asentadas.

Nynaeve se había puesto ceñuda; había apretado la mano en la que llevaba los anillos y tenía la otra encima para cubrirlos. Aun así, parecía dispuesta a dejar de discutir sobre las Allegadas. De momento.

—¿Todavía tienes dolores de cabeza? Mi opinión es que si los masajes de esa mujer sirviesen para algo habrías dejado de padecer jaquecas.

—Los masajes de Halima hacen maravillas, Nynaeve. Sin ella no podría conciliar el sueño ni poco ni mucho. Bien, ¿hay algo más que...? —Dejó la frase sin terminar. Tenía clavada la vista en las puertas de acceso al salón del trono, y Elayne se volvió para mirar.

Un hombre se encontraba allí, observando; un hombre alto como un Aiel, con el cabello rojizo oscuro surcado de canas, pero un Aiel nunca llevaría una chaqueta azul de cuello alto. Parecía musculoso, y su duro semblante resultaba familiar de algún modo. Cuando advirtió que lo miraban, dio media vuelta y echó a correr por el pasillo.

Elayne se quedó boquiabierta un instante. El hombre no se había soñado en el *Tel'aran'rhiod* de manera accidental, o a esas alturas habría desaparecido; en cambio, aún se oía el ruido de sus botas en las baldosas. O era un caminante de sueños —algo poco común en los hombres, según las Sabias— o tenía un *ter'angreal.*

Se levantó de un salto y corrió tras él, pero a pesar de su rapidez Egwene se le adelantó. En cierto momento tenía a Egwene detrás y al siguiente ya se encontraba en el umbral de las puertas, asomándose hacia el lado por el que el hombre había desaparecido. Elayne intentó imaginarse a sí misma de pie junto a Egwene, y ocurrió así. Ahora el corredor estaba vacío a excepción de las lámparas de pie, los arcones y los tapices, que titilaban y cambiaban.

—¿Cómo hicisteis eso? —demandó Nynaeve mientras corría hacia ellas con la falda recogida por encima de las rodillas. Las medias eran de seda, ¡y rojas! Se soltó la falda tan pronto como se dio cuenta de que Elayne había reparado en las medias y se asomó al corredor—. ¿Adónde ha ido? ¡Podría haberlo escuchado todo! ¿Lo reconocisteis? Me recordaba a alguien, no sé a quién.

—A Rand —dijo Egwene—. Podría ser un tío de Rand.

«Por supuesto —pensó Elayne—. Si Rand tuviese un tío malvado.»

Un chasquido metálico resonó en el otro extremo del salón del trono. En la puerta que comunicaba con los vestidores que había detrás del estrado, cerrándose. En el *Tel'aran'rhiod* las puertas estaban abiertas o cerradas, y en ocasiones a medias; no se cerraban de golpe.

—¡Luz! —masculló Nynaeve—. ¿Cuánta gente ha estado escuchándonos a escondidas? Por no mencionar quién y por qué.

—Quienesquiera que fuesen —repuso sosegadamente Egwene—, aparentemente, no conocen el *Tel'aran'rhiod* tan bien como nosotras. Lo que sí podemos afirmar es que no eran amigos, o en caso contrario no habrían escuchado a escondidas. Y creo que tampoco eran amigos entre sí, o de otro modo ¿por qué escuchar desde lados opuestos del salón? Ese hombre llevaba una chaqueta shienariana. En mi ejército hay shienarianos, pero las dos sabéis cómo son. Ninguno se parece a Rand.

Nynaeve resopló con desdén.

—Bueno, sea quien sea, hay demasiada gente escuchando en los rincones. Eso es lo que pienso. Quiero regresar a mi cuerpo, donde lo único de lo que tengo que preocuparme es de espías y dagas envenenadas.

«Shienarianos», pensó Elayne. Gente de las Tierras Fronterizas ¿Cómo podía haberse olvidado de eso? Bueno, había habido el asuntillo de la horcaria.

—Hay algo más —dijo, aunque en un tono cauteloso, confiando en que

sólo las otras dos mujeres la oyeran, y relató la noticia de Dyelin sobre las gentes de las Tierras Fronterizas en el Bosque de Braem. Añadió las recibidas por Norry en las cartas que le enviaban, sin dejar en ningún momento de vigilar el corredor en ambas direcciones así como el salón del trono. No quería que la pillara desprevenida otro espía—. Creo que esos dirigentes se encuentran en el Bosque de Braem —terminó—. Los cuatro.

—Rand —musitó Egwene, que parecía irritada—. Incluso cuando no se lo puede encontrar complica las cosas. ¿Tienes idea de si han venido para ponerse a su servicio o para intentar entregárselo a Elaida? No se me ocurre ninguna otra razón para que hayan hecho un viaje de mil leguas. ¡Deben de estar cociendo los zapatos para hacer sopa, a estas alturas! No podéis imaginar lo difícil que es mantener bien suministrado y en marcha a un ejército.

—Creo que puedo enterarme —contestó Elayne—. Al motivo, me refiero. Y al mismo tiempo... Me has dado una idea, Egwene. —No pudo evitar sonreír. Por fin había salido algo bueno de ese día—. Creo que podría utilizarlos para asegurarme el Trono del León.

Asne examinó el bastidor de bordar que tenía delante y soltó un suspiro que se convirtió en un bostezo. Las titilantes lámparas apenas daban luz para esa tarea, pero no había razón para que los pájaros del bordado parecieran estar todos ladeados. Deseaba encontrarse en la cama, y odiaba bordar. Pero tenía que mantenerse despierta, y aquél era el único modo de evitar la conversación con Chesmal. O lo que Chesmal llamaba conversación. La engreída y arrogante Amarilla estaba muy concentrada en su propio bordado, al otro lado de la habitación, y daba por hecho que cualquiera que cogiese una aguja ponía el mismo interés y entusiasmo que ella en la labor. Por otro lado, Asne sabía que, si se levantaba de la silla, Chesmal no tardaría en empezar a obsequiarla con historias sobre su propia importancia. En los meses transcurridos desde la desaparición de Moghedien había escuchado al menos veinte veces el papel desempeñado por Chesmal en el interrogatorio a Tamra Ospenya; ¡y unas cincuenta sobre cómo Chesmal había inducido a las Rojas a asesinar a Sierin Vayu antes de que ésta ordenase su arresto! Quien la oyera contarlo pensaría que era la responsable de salvar al Ajah Negro, sin ayuda de nadie; y seguro que si se le presentaba la más mínima ocasión sería capaz de asegurar que había sido así. Esa clase de conversación no sólo resultaba aburrida, sino peligrosa. Incluso letal, si llegaba a oídos del Consejo Supremo. Así pues, Asne sofocó otro bostezo, estrechó los ojos para enfocarlos en la labor y empujó la aguja a través del lino tensado. A lo mejor si hacía el pinzón real más grande podía equilibrar las alas.

El chasquido del pestillo de la puerta hizo que ambas mujeres levantaran la cabeza. Los dos criados sabían que no debían molestarlas y, en cualquier caso, la mujer y su marido estarían durmiendo profundamente. Asne abrazó el *Saidar,* preparando un tejido que achicharraría hasta los huesos a un intruso; también el brillo envolvía a Chesmal. Si la persona equivocada cruzaba esa puerta, lo lamentaría hasta que muriera.

Era Eldrith, con los guantes en la mano y la oscura capa todavía echada hacia atrás, sobre los hombros. El vestido de la regordeta Marrón también era oscuro y sin adornos. Asne detestaba llevar sencillas telas de paño, pero tenían que hacerlo para evitar llamar la atención. Aquellas ropas sosas y sin gracia le iban perfectamente a Eldrith. La recién llegada se paró

Librodot

al verlas, y parpadeó con un momentáneo gesto de desconcierto plasmado en el rostro.

—Oh, vaya —dijo—. ¿Quién pensabais que era? —Soltó los guantes en la mesita que había junto a la puerta; de pronto reparó en la capa y frunció el entrecejo como si acabara de darse cuenta de que había subido la escalera sin quitársela. Desprendió cuidadosamente el broche de plata del cuello, y echó la prenda sobre una silla, toda arrebujada.

El brillo del *Saidar* que envolvía a Chesmal desapareció cuando la mujer apartó el bastidor de bordar para ponerse de pie. Su severo semblante la hacía parecer más alta de lo que era realmente, y era muy alta. Las flores multicolores que había bordado en la tela podrían haberse encontrado en un jardín.

—¿Dónde has estado? —demandó. Eldrith era la que ocupaba una posición más alta entre ellas, y además Moghedien le había dejado el mando, pero Chesmal había empezado a dar una mínima importancia a esa circunstancia, si es que le daba alguna—. Se suponía que regresarías por la tarde, ¡y ha pasado la mitad de la noche!

—No me di cuenta de la hora, Chesmal —replicó absorta Eldrith, que parecía ensimismada—. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve en Caemlyn. La Ciudad Interior es fascinante, y he tomado una comida deliciosa en una posada que recordaba. Aunque he de decir que había unas cuantas hermanas allí. Sin embargo, nadie me reconoció. — Contempló el broche como preguntándose de dónde había salido y después lo guardó en la escarcela.

—Así que perdiste la noción del tiempo —comentó fríamente Chesmal mientras enlazaba los dedos a la altura de la cintura. Quizá para no cerrarlos sobre la garganta de Eldrith; sus ojos relucían de ira—. No te diste cuenta de la hora.

De nuevo Eldrith parpadeó como si la hubiera sobresaltado que se dirigiera a ella.

—Oh. ¿Temías que Kennit me hubiese encontrado otra vez? Te aseguro que desde lo de Samara he tenido mucho cuidado de mantener encubierto el vínculo.

A veces, Asne se preguntaba cuánto de verdad había en la aparente distracción de Eldrith. Nadie que estuviese tan inconsciente del mundo que lo rodeaba habría sobrevivido tanto tiempo. Por otro lado, la Marrón había estado lo suficientemente descentrada para que la ocultación desapareciese más de una vez antes de llegar a Samara, lo bastante para que su Guardián la rastreara. Obedientes a la orden de Moghedien de esperar su regreso, se habían escondido durante los disturbios ocurridos tras la partida de la Elegida; esperaron mientras las hordas del llamado Profeta arrasaban todo a su paso, en dirección sur, y entraban en Amadicia, y se quedaron en aquella derruida y maldita ciudad incluso después de que Asne tuvo la seguridad de que Moghedien las había abandonado. Sus labios se fruncieron al recordarlo. Lo que empujó a Eldrith a tomar la decisión de marcharse fue la llegada de su Guardián a la ciudad, convencido de que era una asesina, medio seguro de que pertenecía al Ajah Negro y decidido a matarla fueran cuales fuesen las consecuencias para él. Como era lógico, la que no quiso afrontar esas consecuencias había sido ella, y se negó a permitir que ninguna matase al hombre. La única alternativa que quedaba era huir. Claro que también fue ella la que había señalado Caemlyn como su única esperanza.

Librodot

—¿Descubriste algo, Eldrith? —preguntó amablemente Asne. Chesmal era una necia. Por mucho que el mundo pareciera estar patas arriba en la actualidad, las cosas volverían a enderezarse. De un modo u otro.

—¿Qué? Oh. Sólo que la salsa de pimienta no era tan buena como la recordaba. Claro que eso fue hace cincuenta años.

Asne contuvo un suspiro. Quizá, después de todo, sí había llegado el momento de que Eldrith sufriese un accidente.

La puerta se abrió, y Temaile entró en la habitación tan en silencio que pilló de sorpresa a todas. La diminuta Gris de rostro zorruno se había echado sobre los hombros una bata bordada con leones, pero ésta se abría por delante y dejaba ver un camisón de seda, en color crema, que se le pegaba al cuerpo indecentemente. Envuelto en una mano llevaba un brazalete hecho de anillos de cristal retorcidos. El aspecto y el tacto de esos anillos eran de cristal, pero ni un martillo habría podido romper un trocito a uno de ellos.

—Has estado en el *Tel'aran'rhiod* —dijo Eldrith, que miró ceñuda el *ter'angreal.* Aun así, no habló con energía.

Todas tenían un poco de miedo a Temaile desde que Moghedien los había obligado a presenciar cómo rompían la última resistencia de Liandrin. Asne había perdido la cuenta de cuántas veces había asesinado o torturado en los ciento treinta y tantos años transcurridos desde que había obtenido el chal, pero rara vez había visto a nadie tan... entusiasta como Temaile. Observando a Temaile y fingiendo no hacerlo, Chesmal no parecía darse cuenta de que se lamía los labios con nerviosismo. Asne se apresuró a meter la lengua detrás de los dientes y esperó que nadie se hubiese fijado. Eldrith no, desde luego.

—Acordamos no utilizarlos —continuó la Marrón en un tono que no distaba mucho de hacer de la frase una súplica—. Estoy segura de que fue Nynaeve la que hirió a Moghedien; y, si puede superar a una Elegida en el *Tel'aran'rhiod,* ¿qué posibilidades tendría ninguna de nosotras? —Se volvió hacia las otras y trató dar a su voz un timbre reprobador—. ¿Sabíais algo de esto? —Se las arregló para parecer malhumorada.

Chesmal sostuvo la mirada de Eldrith con indignación, en tanto que Asne lo hacía con sorprendida inocencia. Lo sabían, pero ¿quién se atrevía a oponerse a Temaile? Asne dudaba mucho que Eldrith hubiese hecho algo más que una protesta simbólica si se hubiese encontrado allí.

Temaile sabía muy bien el efecto que tenía sobre ellas. Debería haber inclinado la cabeza ante la regañina de Eldrith, por tímida que hubiese sido, y haberse disculpado por ir en contra de sus deseos. En cambio sonrió; mas esa sonrisa nunca se reflejó en sus ojos, grandes, oscuros y demasiado brillantes.

—Tenías razón, Eldrith. En tu suposición de que Elayne vendría aquí, y también en que Nynaeve estaría con ella, al parecer. Se encontraban juntas, y era obvio que ambas viven en el palacio.

—Sí —dijo Eldrith, que rebulló un tanto bajo la intensa mirada de Temaile—. Bien. —También ella se lamió los labios, además de cambiar el peso ora a un pie ora a otro—. Aun así, hasta que encontremos el modo de llegar a ellas esquivando a todas esas espontáneas...

—No son más que espontáneas, Eldrith. —Dejándose caer pesadamente en un sillón, Temaile se despatarró con indolencia, y endureció el tono. No lo bastante para que resultara imperioso, pero era más que meramente firme—. Hay sólo tres hermanas que nos estorban, y podemos deshacernos de ellas.

Librodot

Podemos coger a Nynaeve y quizá también a Elayne, de paso. —De repente se echó hacia adelante, con las manos sobre los brazos del sillón. Estuviese o no desaliñada, ahora no había el menor rastro de dejadez en ella. Eldrith retrocedió como si los ojos de Temaile la hubiesen empujado—. ¿Para qué si no estamos aquí, Eldrith? Es para lo que vinimos.

Nadie podía argumentar contra eso. Tras ellas habían dejado una sarta de fracasos —en Tear, en Tanchico— que muy bien podría costarles la vida cuando el Consejo Supremo les pusiera las manos encima. Pero no si tenían a alguno de los Elegidos de patrocinador; y, si Moghedien había deseado tanto tener a Nynaeve, quizá también otro de ellos la querría. La verdadera dificultad sería encontrar a uno de los Elegidos para entregarle su regalo. Nadie excepto Asne parecía haber tomado en consideración esa parte del plan.

—Había otros allí —continuó Temaile, que volvió a recostarse. Hablaba casi con aburrimiento—. Espiando a nuestras dos Aceptadas. Un hombre que se dejó sorprender, y alguien más a quien no pude ver. —Frunció los labios en un mohín irritado. Es decir, habría pasado por un mohín de no ser por sus ojos—. Tuve que quedarme detrás de una columna para que las muchachas no me vieran. Eso debería complacerte, Eldrith. No me vieron. ¿Estás satisfecha?

Eldrith casi balbuceó al contestar lo satisfecha que se sentía.

Asne se permitió percibir a sus cuatro Guardianes, cada vez más próximos. Había dejado de encubrir el vínculo desde que habían partido de Samara. Sólo Powl era un Amigo de la Sombra, desde luego, pero los otros harían lo que quiera que ella dijera, creerían lo que quiera que les contara. Sería necesario mantener encubierta su presencia a las demás a menos que fuera absolutamente necesario, pero quería contar con hombres armados cerca de ella. Los músculos y el acero resultaban muy útiles. En el peor de los casos, siempre podía recurrir a la larga y estriada varita que Moghedien no había escondido tan bien como ella pensaba.

La primera luz del día que entraba por las ventanas de la sala de estar era gris; era más temprano de lo que lady Shiaine solía levantarse, pero esa mañana ya se había vestido cuando aún estaba completamente oscuro. Ahora pensaba en sí misma como lady Shiaine. Mili Skane, la hija del guarnicionero, casi había caído en el olvido. En todo lo que realmente importaba era lady Shiaine Avarhin, y lo había sido durante años. Lord Willim Avarhin había caído en la pobreza y se había visto reducido a vivir en una granja destartalada que ni siquiera pudo mantener en condiciones aceptables. Él y su única hija, la última de un linaje en declive, habían permanecido en el campo, lejos de cualquier lugar donde su penuria quedara expuesta a los demás, y ahora sólo eran huesos enterrados en el bosque cercano a la granja; y ella era lady Shiaine, y si la alta casa de piedra no era una mansión solariega, sí había sido la propiedad de una mercader adinerada, que también llevaba mucho tiempo muerta, tras poner todo su oro y posesiones a nombre de su «heredera». El mobiliario era de buena construcción, las alfombras costosas, los tapices e incluso los cojines de los asientos estaban bordados con hilos de oro, y el fuego crepitaba en un hogar de mármol de vetas azules. Había hecho tallar la otrora lisa repisa con el emblema de Avarhin, el Corazón y la Mano, en hilera, enmarcando todo el frente.

—Más vino, muchacha —ordenó secamente.

Falion se acercó presurosa con la jarra plateada de cuello alto para llenar de nuevo la copa con el humeante vino aderezado con especias. El uniforme de doncella, adornado con el Corazón Rojo y la Mano Dorada en la pechera, le iba bien a Falion. Su alargada cara era una rígida máscara mientras la mujer regresaba deprisa a dejar la jarra sobre el aparador y ocupaba de nuevo su puesto junto a la puerta.

—Estás jugando un juego peligroso —dijo Marillin Gemalphin mientras hacía girar entre las palmas de las manos su propia copa. La hermana Marrón, una mujer delgada, de cabello castaño claro y sin brillo, no parecía una Aes Sedai. Su estrecho rostro y su ancha nariz habrían encajado mejor con el uniforme de Falion que con el vestido de fino paño azul que llevaba, el cual a su vez era el apropiado para una mercader medianamente acomodada—. Está escudada de algún modo, lo sé, pero cuando pueda encauzar otra vez te hará aullar por esto. —Sus finos labios se curvaron en una sonrisa forzada—. O quizá te encuentres con que desearías poder aullar.

—Moridin eligió esto para ella —repuso Shiaine—. Falion fracasó en Ebou Dar, y él ordenó su castigo. Desconozco los detalles y tampoco quiero saberlos; pero, si Moridin quiere que tenga la nariz pegada al suelo, la empujaré lo bastante para que esté respirando polvo durante un año. ¿O acaso sugieres que desobedezca a uno de los Elegidos? —Apenas si fue capaz de contener un escalofrío ante la mera idea. Marillin intentó ocultar su expresión bebiendo, pero sus ojos denotaron tensión—. ¿Y tú qué dices, Falion? —preguntó Shiaine—. ¿Quieres que le pida a Moridin que te saque de aquí? A lo mejor te encuentra algo menos oneroso.

Eso ocurriría cuando las mulas cantaran como ruiseñores. Falion ni siquiera vaciló. Hizo una reverencia propia de una doncella y su semblante se tornó aún más pálido de lo que ya estaba.

—No, señora —repuso, presta—. Estoy conforme con mi situación.

—¿Ves? —dijo Shiaine a la otra Aes Sedai. Dudaba muchísimo que Falion se sintiese conforme ni de lejos, pero la mujer aceptaría cualquier cosa antes que afrontar directamente el desagrado de Moridin. Por la misma razón, Shiaine la trataría con mano dura. Uno nunca sabía qué podía llegar a oídos de un Elegido y que éste tomase a mal. En lo tocante a ella creía que su propio fracaso estaba enterrado muy hondo, pero no correría riesgos—. Cuando pueda volver a encauzar, no tendrá que ser una doncella todo el tiempo, Marillin. —En cualquier caso, Moridin le había dicho que podía matar a Falion si quería. Siempre le quedaba esa salida si su posición empezaba a resentirse demasiado. Le había dicho que podía matar a las dos hermanas si así lo quería.

—Puede ser —contestó enigmáticamente Marillin. Lanzó una mirada de reojo a Falion y torció el gesto—. Veamos, Moghedien me dio instrucciones de que te ofreciese la ayuda que creyera que estuviese en mi mano prestarte, pero ahora mismo ya puedo decirte que no entraré en el Palacio Real. En la ciudad hay demasiadas hermanas para mi gusto, pero además el palacio está abarrotado de espontáneas. No daría diez pasos sin que alguien se diese cuenta de mi presencia allí.

Suspirando, Shiaine se echó hacia atrás, cruzó una pierna sobre otra, y meció ociosamente el pie. ¿Por qué la gente siempre creía que uno no sabía tanto como ella? ¡El mundo estaba lleno de necios!

—Moghedien te ordenó que me obedecieras. Lo sé porque Moridin me informó de ello. Y, aunque él no lo dijo, creo que, cuando chasquea los dedos, Moghedien salta. —Hablar así de los Elegidos era peligroso, pero tenía

Librodot

que dejar las cosas claras—. ¿Quieres explicarme otra vez qué es lo que no harás?

La Aes Sedai de cara estrecha se lamió los labios al tiempo que echaba otra rápida ojeada a Falion. ¿Temía acaso acabar como ella? Para ser sincera, Shiaine habría cambiado a Falion por una verdadera doncella sin pensarlo. Es decir, siempre y cuando pudiese conservar sus otros servicios. Probablemente ambas tendrían que morir cuando aquello hubiese terminado. A Shiaine no le gustaba dejar cabos sueltos.

—No mentí en eso —contestó lentamente Marillin—. De verdad no podría dar más de diez pasos sin que me reconocieran. Sin embargo, ya hay una mujer en el palacio. Puede hacer lo que necesites, si bien es posible que tarde un poco en establecer contacto con ella.

—Tú asegúrate de que no sea demasiado tiempo, Marillin. —Vaya. Así que una de las hermanas que había en palacio era del Ajah Negro. Tenía que tratarse de una Aes Sedai, no una simple Amiga Siniestra, para que llevara a cabo lo que Shiaine necesitaba.

La puerta se abrió y Murellin se asomó y la miró inquisitivamente; su corpachón casi tapaba el umbral. Detrás de él, Shiaine distinguió a otro hombre. Al asentir ésta, Murellin se apartó a un lado e hizo una seña a Daved Hanlon para que entrara, tras lo cual cerró la puerta. Hanlon se cubría con una capa oscura, pero sacó rápidamente una mano para tantear el trasero a Falion. La mujer le dirigió una mirada agria, pero no se retiró. Hanlon era parte de su castigo. Aun así, Shiaine no tenía ganas de ver cómo toqueteaba a la mujer.

—Deja eso para después —ordenó—. ¿Fue todo bien?

Una ancha sonrisa apareció en su afilado rostro.

—Fue exactamente como lo planeé, por supuesto. —Echó hacia atrás un lado de la oscura capa para dejar a la vista los galones dorados de rango que lucía su chaqueta roja—. Estás hablando con el capitán de la escolta de la reina.

Librodot

CAPÍTULO 11

Ideas importantes

Sin echar siquiera una ojeada, Rand entró en una amplia y oscura habitación a través del acceso. La tensión de mantener el tejido, de luchar contra el *Saidin,* lo hizo tambalearse; tenía ganas de vomitar, de doblarse por la cintura y arrojar todo lo que tenía dentro. Sostenerse derecho requirió todo un esfuerzo de voluntad. Se colaba un poco de luz por las rendijas de los postigos de los escasos ventanucos, situados en una pared a cierta altura, justo la claridad suficiente para ver mientras estuviera henchido de Poder. Muebles y enormes formas cubiertas con paños casi llenaban el cuarto, intercalados con grandes barriles destinados a almacenar loza, baúles de diversas formas y tamaños, cajas, cajones y menudencias. Entremedias sólo quedaban pasillos de poco más de un paso de ancho. Había tenido la seguridad de que no se toparía con criados que buscaran algo o estuviesen limpiando. El piso alto del Palacio Real tenía varios almacenes como aquél, semejantes a áticos de grandes granjas y casi dejados en el olvido. Además, después de todo era *ta'veren.* Suerte que no había nadie cuando abrió el acceso. Uno de sus bordes había cortado limpiamente la esquina de un baúl vacío, forrado de cuero podrido y agrietado, y el otro extremo había hecho un corte, suave como cristal, a lo largo del borde de una mesa taraceada, abarrotada de jarrones y cajas de madera. Quizás alguna reina de Andor había comido en esa mesa, uno o dos siglos atrás.

«Un siglo o dos —rió sordamente Lews Therin dentro de su cabeza—. Cuánto tiempo. ¡Por amor de la Luz, suéltalo ya! ¡Esto es la Fosa de la Perdición!» —La voz menguó a medida que el hombre huía a los recovecos de la mente de Rand.

Por una vez tenía sus propias razones para hacer caso a las protestas de Lews Therin. Hizo una señal a Min para que lo siguiera desde el claro del bosque que había al otro lado del acceso, y, tan pronto como la joven lo hizo, Rand soltó el *Saidin y* dejó que se cerrara tras ella en una veloz línea de luz vertical. Afortunadamente, la náusea desapareció al mismo tiempo. La cabeza todavía le daba vueltas un poco, pero por lo menos ya no se sentía como si fuera a vomitar o a desplomarse o ambas cosas. Aun así, la sensación de inmundicia permaneció pues la contaminación del Oscuro rezumaba de los tejidos que había atado a su alrededor. Se cambió la bolsa de cuero de un hombro a otro para ocultar el gesto de limpiarse el sudor de la cara con la manga. Sin embargo, no habría tenido que preocuparse de que Min lo notara.

Las botas de la joven, azules y con tacones, removieron el polvo del suelo al primer paso, y con el segundo lo levantaron. Min sacó un pañuelo adornado con puntillas de la manga de la chaqueta justo a tiempo de recibir en él un sonoro estornudo, al que siguió un segundo y un tercero, cada cual más fuerte que el anterior. Ojalá, pensó Rand, hubiese accedido a llevar un vestido. La chaqueta azul tenía bordadas flores blancas en las mangas y en

Librodot

las solapas, y el ceñido pantalón, de un tono azul más claro, le moldeaba las piernas. Con los guantes de montar —también azules— bajo el cinturón, y la capa bordeada de adornos dorados y sujeta con un broche en forma de rosa, daba la impresión de haber llegado por medios más normales, pero atraería la mirada de todos. Él vestía ropas de basto paño marrón, del tipo que llevaría cualquier bracero. En los últimos días había hecho ostentación de su presencia en casi todos los sitios en los que había estado, pero esta vez no sólo quería marcharse antes de que alguien se enterara de que estaba allí, sino que tampoco quería que nadie, salvo unas pocas personas concretas, supiera siquiera que había ido.

—¿Por qué me miras con esa sonrisita y te tocas la oreja como un lelo? —demandó Min mientras guardaba de nuevo el pañuelo en la manga. Sus grandes y oscuros ojos rebosaban suspicacia.

—Sólo pensaba lo hermosa que eres —respondió quedamente él. Lo era. No podía mirarla sin pensar eso. O sin lamentar ser demasiado débil para alejarla de su lado por su seguridad.

Ella respiró hondo y estornudó antes de poder llevarse la mano a la boca; luego le lanzó una mirada enconada, como si fuese culpa de él.

—He abandonado mi caballo por ti, Rand al'Thor. Me he rizado el pelo por ti. ¡He renunciado a mi vida entera por ti! ¡No pienso renunciar también a mi chaqueta y a mis pantalones! Además, aquí nadie me ha visto con vestido más tiempo del que tardaba en cambiármelo por mi ropa habitual. Sabes que no funcionará si no me reconocen. Y tú, desde luego, no puedes pretender haber entrado de la calle sin más, con esa cara.

De manera inconsciente, Rand se pasó la mano por la mandíbula tanteándose su propio rostro, pero no era el que Min veía. Cualquiera que lo mirase vería a un hombre varios centímetros más bajo y varios años mayor que Rand al'Thor, de cabello negro y lacio, ojos castaños y sin brillo, y con una verruga en la bulbosa nariz. Sólo alguien que lo tocase podría penetrar la Máscara de Espejos. Ni siquiera un Asha'man lo notaría, al tener invertidos los tejidos. Aunque, si había Asha'man en palacio, eso querría decir que sus planes habían salido peor de lo que creía. Esta visita no podía, no debía, llegar a una matanza. En cualquier caso, ella tenía razón: con esa cara no le habrían permitido entrar en el Palacio Real de Andor sin escolta.

—Qué más da, mientras podamos acabar con esto y marcharnos rápidamente —dijo—. Antes de que alguien tenga tiempo para pensar que si tú estás aquí entonces quizá yo también esté.

—Rand —musitó la joven, y él la miró con recelo. Min le puso una mano en el pecho y alzó la vista hacia su rostro con una expresión seria—. Rand, de verdad necesitas ver a Elayne. Y a Aviendha, supongo. Sabes que probablemente se encuentre aquí. Si te...

Él sacudió la cabeza, y al instante deseó no haberlo hecho. Todavía no se le había pasado totalmente el mareo.

—¡No! —repuso bruscamente. ¡Luz! Dijese lo que dijese Min, no podía creer que Elayne y Aviendha, ambas, lo amaran. O que el hecho de que lo amaran, si era un hecho, no la molestase. ¡Las mujeres no eran extrañas hasta ese extremo! Elayne y Aviendha tenían razones para odiarlo, no para amarlo, y al menos Elayne lo había dejado bien claro. ¡Y lo que era peor es que él las amaba, además de amar a Min! Debía ser duro como el acero, pero temía que se haría añicos si tenía que enfrentarse a las tres al mismo tiempo—. Encontraremos a Nynaeve y a Mat y nos marcharemos lo antes posible. —Min abrió la boca, pero Rand no le dio ocasión de hablar—. No

Librodot

discutas conmigo, Min. ¡No es el momento!

La joven ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa divertida.

—¿Y cuándo discuto contigo? ¿No hago siempre exactamente lo que me dices? —Como si esa mentira no fuera suficiente, añadió—: Lo que iba a decir es que, si quieres que nos demos prisa, ¿por qué seguimos plantados como pasmarotes en este polvoriento almacén? —Como para dar énfasis, soltó otro estornudo.

Aun yendo vestida así, ella era la que menos llamaría la atención, de modo que asomó la cabeza fuera del cuarto en primer lugar. Por lo visto la planta de almacenaje no estaba totalmente en el olvido; los goznes de la puerta apenas chirriaron. *Ta'veren* o no, se sintió aliviado al encontrar vacío el largo pasillo. Hasta el criado más tímido se habría extrañado al verlos salir de un desván en la planta más alta del palacio. Con todo, no tardarían en topar con gente. El Palacio Real no contaba con un cuerpo de servicio tan numeroso como el Palacio del Sol o la Ciudadela de Tear, pero aun así allí eran cientos los criados que había. Rand se puso junto a Min e intentó andar de manera desgarbada y mirar boquiabierto los coloridos tapices, los paneles de madera tallada y los pulidos arcones altos. Ninguno era tan fino como lo serían en los pisos de más abajo, pero un bracero se quedaría embobado.

—Tenemos que llegar a otro piso inferior cuanto antes —murmuró. Todavía no se veía a nadie, pero muy bien podrían encontrar a diez personas a la vuelta de la esquina—. Recuerda, pregunta al primer criado que veamos dónde están Nynaeve y Mat. No entres en detalles a menos que no tengas más remedio.

—Vaya, gracias por recordármelo, Rand. Sabía que algo se me había olvidado, y no conseguía acordarme qué. —Su fugaz sonrisa era demasiado tirante, y masculló algo entre dientes.

Rand suspiró. Aquello era demasiado importante para que empezara con sus jueguecitos, pero iba a hacerlo si él se lo permitía. Y no es que ella lo viera como un juego. Aun así, a veces sus ideas sobre lo que era o no importante diferían mucho de las suyas. Muchísimo. Tendría que vigilarla estrechamente.

—Vaya, señora Farshow —dijo una voz de mujer detrás de ellos—. Es la señora Farshow, ¿verdad?

La bolsa se meció y golpeó la espalda de Rand cuando éste giró sobre sí mismo. La rellena y canosa mujer que miraba a Min sin salir de su asombro era quizá la última persona que querría haber encontrado, aparte de Elayne o Aviendha. Preguntándose por qué llevaría una gonela roja con el León Blanco en la pechera, hundió los hombros y evitó mirarla directamente. No era más que un bracero haciendo su trabajo. No había razón para que le dedicara más que una mirada de pasada.

—¿Señora Harfor? —exclamó Min con una sonrisa radiante—. Sí, soy yo. Y vos sois justo la mujer que buscaba. Me temo que me he perdido. ¿Podéis indicarme dónde encontrar a Nynaeve al'Meara? ¿Y a Mat Cauthon? Este tipo trae algo que Nynaeve encargó.

La primera doncella miró ligeramente ceñuda a Rand antes de volver su atención a Min. Enarcó una ceja al fijarse en sus ropas, o quizá fuera por el polvo que tenían, pero no hizo ningún comentario.

—¿Mat Cauthon? No creo conocerlo. A menos que sea uno de los nuevos criados o guardias —añadió dubitativa—. En cuanto a Nynaeve Sedai, está muy ocupada. Supongo que no le importará que recoja yo lo que quiera que sea y lo lleve a su habitación.

Rand se irguió bruscamente. ¿Nynaeve Sedai? ¿Por qué las otras, las verdaderas Aes Sedai, permitían que siguiera con ese juego? ¿Y Mat no estaba allí? Por lo visto no había estado en ningún momento. En su cabeza giraron arremolinados los colores y una imagen que casi distinguió. En un abrir y cerrar de ojos desapareció, pero él se tambaleó. La señora Harfor volvió a dirigirle una mirada ceñuda, y aspiró sonoramente el aire por la nariz. Tal vez creía que estaba borracho.

Min también frunció el entrecejo, pero en un gesto pensativo, mientras se daba golpecitos en la mejilla con un dedo, bien que sólo duró un momento.

—Creo que Nynaeve... Sedai quiere verlo. —La vacilación apenas se notó—. ¿Podríais conducirlo a sus habitaciones, señora Harfor? Tengo otro asunto que tratar antes de marcharme. Bueno, Nuli, cuida tus modales y haz lo que te manden. Buen chico.

Rand abrió la boca; pero, antes de que tuviese tiempo de pronunciar palabra, Min se alejó corredor adelante, casi corriendo. La capa ondeaba a su espalda de tan deprisa que caminaba. ¡Maldición, iba a intentar dar con Elayne! ¡Podía echarlo todo a rodar!

«Tus planes fracasan porque deseas vivir, loco. —La voz de Lews Therin era un susurro áspero, jadeante—. Acepta que estás muerto. ¡Acéptalo y deja de atormentarme, loco!»

Rand acalló aquella voz hasta reducirla a un zumbido apagado, el de un mosquito en la oscuridad de su cabeza. ¿Nuli? ¿Qué clase de nombre era ése?

La señora Harfor siguió mirando boquiabierta a Min hasta que la joven desapareció al girar la esquina del corredor. Después dio un tirón innecesario a la gonela para ajustarla y enfocó su desaprobación en Rand. Incluso con la Máscara de Espejos veía a un hombre mucho más alto que ella, pero Reene Harfor no era una mujer que dejara que algo tan insignificante le hiciera perder la calma ni por un instante.

—No me fío de tu aspecto, Nuli —manifestó, fruncidas las cejas—, así que cuidado con lo que haces. Seguirás mi consejo si tienes dos dedos de frente.

Sujetando la correa de la bolsa cargada al hombro con una mano, Rand se llevó la otra hacia la frente en un saludo respetuoso.

—Sí, señora —masculló con un timbre áspero. La primera doncella podría reconocer su voz real. Se suponía que Min se ocuparía de hablar hasta que encontrasen a Nynaeve y a Mat. ¿Qué demonios iba a hacer si traía a Elayne? Y quizás a Aviendha. Probablemente estaba también allí. ¡Luz!—. Perdón, señora, pero deberíamos darnos prisa. Es urgente que vea a la señora Nynaeve lo antes posible. —Movió ligeramente la bolsa—. Está deseando recibir esto. —Si había acabado para cuando Min regresara, quizá podría escabullirse con ella antes de que tuviera que enfrentarse a las otras dos.

—Si Nynaeve Sedai pensara que es urgente —contestó de manera cortante la oronda mujer, poniendo énfasis en el título que él había omitido—, habría dejado recado de que se te esperaba. Bien, sígueme, y guárdate tus comentarios para ti.

Echó a andar sin esperar respuesta, sin mirar atrás, caminando con aire majestuoso. Después de todo, ¿qué otra cosa podía hacer él excepto lo que le había mandado? Según recordaba Rand, la primera doncella estaba acostumbrada a que todo el mundo hiciera lo que se le mandaba. Apretó el

Librodot

paso para alcanzarla y sólo dio un paso a su lado antes de que la mirada estupefacta de la mujer lo hiciera retroceder al tiempo que se tocaba de nuevo la frente y murmuraba disculpas. No estaba habituado a tener que caminar detrás de nadie, y aquello no contribuyó a mejorar su humor. Todavía le quedaba un vestigio del mareo, y seguía percibiendo la inmundicia de la infección. Últimamente parecía estar malhumorado la mayoría del tiempo, a menos que Min se encontrara con él.

No habían caminado mucho cuando empezaron a aparecer sirvientes en el pasillo, limpiando el polvo, lustrando y yendo y viniendo rápidamente en todas direcciones. Obviamente la ausencia de gente cuando Min y él salieron del almacén no era algo frecuente. *Ta'veren,* otra vez. Bajaron un tramo de una escalera de servicio, encastrada en la pared, y el número de criados aumentó. Y también el de otras personas, muchas mujeres que no iban de uniforme. Domani de piel cobriza, cairhieninas bajas y pálidas, mujeres de tez aceitunada y ojos oscuros que desde luego no eran andoreñas. Lo hicieron sonreír, una tensa sonrisa satisfecha. Ninguna tenía lo que él llamaría un rostro intemporal, e incluso varias mostraban arrugas que jamás marcaban ninguna cara Aes Sedai, pero a veces se le ponía carne de gallina cuando se acercaba a una de ellas. Estaban encauzando o, al menos, en contacto con el *Saidar.* La señora Harfor lo condujo por delante de puertas cerradas donde también sintió ese cosquilleo. Detrás de aquellas puertas otras mujeres tenían que estar encauzando.

—Perdón, señora —dijo con la voz tosca que había adoptado para Nuli—. ¿Cuántas Aes Sedai hay aquí, en palacio?

—Eso no es de tu incumbencia —replicó secamente la mujer. No obstante, le echó una ojeada por encima del hombro, suspiró y transigió—. Supongo que no hay nada malo en que lo sepas. Cinco, contando a lady Elayne y a Nynaeve Sedai. —Hubo un toque de orgullo en su voz—. Ha pasado mucho tiempo desde que tantas Aes Sedai pidieron derecho de hospedaje aquí al mismo tiempo.

Rand se habría echado a reír, aunque no con regocijo. ¿Cinco? No, eso incluía a Nynaeve y a Elayne. Tres Aes Sedai verdaderas. ¡Tres! Quienesquiera que fuesen las demás no importaban realmente. Había empezado a creer que los rumores sobre cientos de Aes Sedai moviéndose hacia Caemlyn con un ejército significaba que en verdad habría tantas dispuestas a seguir al Dragón Renacido. En cambio, incluso su esperanza primera de dos puñados de ellas había sido exageradamente optimista. Los rumores sólo eran rumores. O se trataba de otra intriga de Elaida. Luz, ¿dónde estaba Mat? El color surgió como un destello en su mente —por un momento pensó que era el rostro de Mat— y él se tambaleó.

—Si has venido ebrio aquí, Nuli —dijo con firmeza la señora Harfor—, lo lamentarás amargamente. ¡Yo misma me ocuparé de que sea así!

—Sí, señora —murmuró Rand, de nuevo llevándose la mano a la frente. Dentro de su cabeza, Lews Therin soltó una risa demente, gemebunda. Había tenido que acudir a palacio porque era necesario, pero ya empezaba a lamentarlo.

Rodeadas por el brillo del *Saidar,* Nynaeve y Talaan se encontraban frente a frente, a cuatro pasos, delante de la chimenea donde un vivo fuego había conseguido ahuyentar el frío del ambiente. O quizás era el esfuerzo lo que le daba calor, pensó agriamente Nynaeve. Esta lección ya había durado una hora, según señalaba el reloj situado sobre la repisa tallada del hogar.

Librodot

Una hora de encauzar sin descanso haría entrar en calor a cualquiera. Se suponía que Sareitha tendría que haber estado allí, no ella, pero la Marrón se había escabullido de palacio dejando una nota sobre alguna gestión urgente en la ciudad. Careane se había negado a encargarse de las clases dos días seguidos, y Vandene seguía rehusando impartirlas con el absurdo argumento de que enseñar a Kirstian y a Zayra no le dejaba tiempo libre.

—Así —dijo, golpeando con el flujo de Energía alrededor del intento de rechazarla realizado por la aprendiza Atha'an Miere, delgada como un muchacho.

Agregando la fuerza de su propio flujo, Nynaeve empujó más a la chica y al mismo tiempo encauzó Aire en tres tejidos separados. Uno hizo cosquillas en la cintura de Talaan a través de la blusa de lino azul. Era un simple ardid, pero la jovencita dio un respingo de sorpresa y durante un instante su conexión con la Fuente se debilitó una pizca. En aquel fugaz momento, Nynaeve dejó de empujar el flujo de Talaan y disparó el suyo propio hacia su diana original. Forzar el escudo sobre la muchacha todavía era como asestar una bofetada a un muro —excepto que el ardor se repartió regularmente por toda su piel en lugar de hacerlo sólo en la palma de una mano, lo que tampoco era mucho mejor como alternativa—, pero el brillo del *Saidar* desapareció justo en el momento en que los otros dos flujos de Aire pegaron los brazos de Talaan contra los costados y le ciñeron las rodillas.

Un trabajo bien hecho, tuvo que admitir Nynaeve. La muchacha era muy ágil, muy diestra con sus tejidos. Además, intentar escudar a alguien que estaba en contacto con el Poder era aventurado en el mejor de los casos y fútil en el peor, a menos que se fuera mucho más fuerte que la otra persona —a veces aun así—, y Talaan casi la igualaba hasta el punto de que la diferencia no contaba. Aquello sirvió para que no asomara una sonrisa a sus labios. Parecía que había pasado muy poco tiempo desde que las hermanas se habían quedado sorprendidas por su fuerza y creían que sólo la de algunos de los Renegados era mayor. Talaan no había empezado a retardar todavía; era poco más que una niña. ¿Quince años? ¡Quizá menos! Sólo la Luz sabía cuál era su potencial. Al menos, ninguna de las Detectoras de Vientos lo había mencionado, y, por supuesto, Nynaeve no tenía intención de preguntarlo. No sentía interés alguno en saber en qué medida iba a ser más fuerte que ella una muchacha de los Marinos. Ninguno en absoluto.

Moviendo con inquietud los pies descalzos sobre la ornamentada alfombra verde, Talaan realizó un fútil intento de romper el escudo que Nynaeve mantenía sin dificultad; después suspiró con aire de derrota y bajó los ojos. Aun cuando había tenido éxito en seguir las instrucciones de Nynaeve, se comportaba como si hubiese fracasado, y ahora estaba hundida en tal desánimo que cualquiera habría pensado que la firme sujeción de los flujos de Aire era lo único que la sostenía en pie.

Nynaeve dejó que se disiparan sus flujos, se ajustó el chal y abrió la boca para decirle a Talaan lo que había hecho mal. Y para señalar —una vez más— que era inútil intentar liberarse a menos que se fuera mucho más fuerte que quienquiera que te hubiese escudado. Las mujeres de los Marinos no parecían creer nada de lo que les decía a menos que se lo repitiera diez veces y se lo mostrara veinte.

—Utilizó tu propia fuerza contra ti —manifestó sin contemplaciones Senine din Ryal antes de que Nynaeve hablara—. Y de nuevo la distracción. Es como la lucha cuerpo a cuerpo. Tú sabes cómo luchar.

—Inténtalo otra vez —ordenó Zaida al tiempo que acompañaba sus

palabras con un seco ademán de su mano oscura y tatuada.

Todas las sillas de la habitación se habían retirado contra la pared, aunque no era necesario realmente disponer de un espacio despejado, y Zaida presenciaba la lección sentada, flanqueada por seis Detectoras de Vientos, un derroche de rojos, amarillos y azules en sedas brocadas y linos teñidos con vivos colores, una exhibición de pendientes y aros de nariz y cadenas cargadas de medallones que inducía a encogerse. Así se hacía siempre; se utilizaba a una de las dos aprendizas para la lección de turno —o a Merilille, según había oído contar Nynaeve, a la que obligaban a ocupar el puesto de una aprendiza a menos que ella misma estuviera impartiendo la clase— mientras Zaida y uno u otro grupo de Detectoras de Vientos observaban. La Señora de las Olas no podía encauzar, por supuesto, aunque siempre se encontraba presente, y ninguna de las Detectoras de Vientos se levantaría para participar personalmente. Oh, no, nunca.

En opinión de Nynaeve, el grupo de ese día era muy extraño, considerando la obsesión de los Marinos por el rango. La propia Detectora de Vientos de Zaida, Shielyn, estaba sentada a su derecha; era una mujer esbelta, fríamente reservada, casi tan alta como Aviendha y mucho más que Zaida. Su presencia era apropiada, en opinión de Nynaeve; pero a la izquierda de Zaida se hallaba Senine, la cual servía en un remontador, un tipo de barco de los más pequeños de los Marinos, y el suyo se contaba entre los más pequeños de esa clase. Claro que la curtida mujer, con su rostro surcado de arrugas y el canoso cabello, en el pasado había llevado más pendientes que los seis que lucía ahora, y más medallones dorados en la cadena que se extendía sobre su mejilla izquierda. Había sido Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos antes de que Nesta din Reas fuese elegida para ese puesto; pero, conforme a su ley, cuando moría la Señora de los Barcos o una Señora de las Olas, su Detectora de Vientos tenía que volver a empezar otra vez en el escalafón más bajo. Pero el que se encontrase allí no se debía sólo al respeto por su anterior posición, de eso no le cabía duda a Nynaeve. Rainyn, una mujer joven de tersas mejillas, que también servía en un remontador, ocupaba la silla próxima a la de Senine, y Kurin, una mujer de expresión pétrea y ojos fríos, se encontraba al lado de Shielyn, tiesa como una talla negra. Esa disposición relegaba a Caire y a Tebreille a las sillas más alejadas, y ambas eran Detectoras de Vientos de Señoras de las Olas, con cuatro gruesos anillos en cada oreja y casi tantos medallones como la propia Zaida. Aunque quizás era sólo para mantener separadas a las dos hermanas de mirada altanera. Se odiaban con una pasión que sólo los parientes consanguíneos eran capaces de experimentar. Tal vez ésa era la razón. Comprender a las Atha'an Miere era peor que tratar de comprender a los hombres. Una mujer podía volverse loca intentándolo.

Mascullando entre dientes, Nynaeve dio un tirón a su chal y se preparó, disponiendo los flujos. El puro gozo de abrazar el *Saidar* apenas lograba superar su irritación. Inténtalo otra vez, Nynaeve. Otra vez, Nynaeve. Hazlo ahora, Nynaeve. Al menos Renaile no se encontraba allí. A menudo querían que les enseñara cosas que no sabía tan bien como las otras hermanas —demasiado a menudo, cosas de las que apenas sabía nada, hecho que admitía a regañadientes; en realidad no había recibido mucho entrenamiento en la Torre— y, cada vez que titubeaba lo más mínimo, Ranaile se complacía en hacerla sudar. Las otras también la hacían sudar, pero no parecían disfrutar tanto con ello. En fin, tras una hora muy aprovechada, se encontraba cansada. ¡Maldita Sareitha y su gestión!

Librodot

Golpeó de nuevo, pero en esta ocasión el flujo de Energía de Talaan recibió el suyo con mucha más ligereza de lo que esperaba, y su flujo barrió al otro más lejos de lo que era su intención. De repente, seis tejidos de Aire salieron disparados de la chica hacia ella, que los cortó rápidamente con Fuego. Los flujos cercenados retornaron violentamente hacia Talaan y la sacudieron de manera visible; pero, antes de que hubiesen desaparecido del todo, aparecieron otros seis, más rápidos que antes. Nynaeve golpeó. Y se quedó boquiabierta al ver el tejido de Energía de Talaan que se enredaba a su alrededor y cortaba el contacto con el *Saidar.* ¡Estaba escudada! ¡Talaan la había escudado! Como humillación final, flujos de Aire le sujetaron los brazos y las piernas fuertemente, ciñéndole la falda. Si no hubiese estado tan irritada con Sareitha aquello no habría ocurrido nunca.

—La muchacha la tiene —dijo Caire, cuya voz denotaba sorpresa. Por la fría mirada que le dedicó, nadie habría pensado que era la madre de Talaan. De hecho, la propia Talaan parecía avergonzada de su éxito, y soltó los flujos de inmediato al tiempo que bajaba la vista al suelo.

—Muy bien, Talaan —elogió Nynaeve ya que nadie más pronunciaba una palabra de ánimo o de alabanza. Se retiró el chal con gesto irritado y lo dejó caer sobre el doblez de los codos. No era necesario decirle a la chica que había tenido suerte. Era rápida, cierto, pero Nynaeve no las tenía todas consigo de si sería capaz de seguir encauzando mucho más tiempo. Ciertamente no se encontraba en su mejor momento—. Me temo que es todo el tiempo que tenía disponible hoy, así que…

—Inténtalo otra vez —ordenó Zaida, que se inclinó hacia adelante con gesto atento—. Quiero ver algo. —No era una explicación ni nada parecido a una disculpa, simplemente la exposición de un hecho. Zaida nunca daba explicaciones ni se disculpaba. Sólo esperaba obediencia.

Nynaeve consideró la idea de decirle a la mujer que de todos modos no podía ver nada de lo que hacían, pero la rechazó al instante; no lo haría, habiendo seis Detectoras de Vientos en la habitación. Dos días antes había expresado sus opiniones abiertamente, y desde luego no quería repetir la experiencia. Había intentado pensar en ello como una penitencia por hablar sin pensar, pero eso no servía de mucha ayuda. Deseó no haberles enseñado nunca a coligarse.

—Una vez más —accedió con voz tensa mientras se volvía hacia Talaan—, y después tengo que irme.

Esta vez estaba preparada para el truco de la chica. Encauzó y recibió el tejido de Talaan con mayor destreza y sin tanta fuerza. La muchacha le sonrió con incertidumbre. Así que pensaba que en esta ocasión no se dejaría distraer por flujos superfluos de Aire, ¿verdad? El tejido de Talaan empezó a enroscarse alrededor de Nynaeve, que hiló diestramente el suyo para atraparlo. Estaría preparada cuando la muchacha lanzara sus flujos de Aire. O quizá no fueran de Aire esta vez. Nada peligroso, sin duda. Era una clase práctica. Sólo que el flujo de Energía de Talaan no completó el rizo, y el de Nynaeve se abrió demasiado en el viraje mientras que el de la muchacha arremetía derecho, directamente, y se ceñía. De nuevo el *Saidar* se apagó en ella, y las ataduras de Aire le comprimieron los brazos a los costados y las rodillas una contra otra.

Inhaló despacio, con cuidado. Tendría que felicitar a la joven. No había escapatoria de su trampa. De haber tenido una mano libre, Nynaeve se habría arrancado de cuajo la trenza.

—¡Espera! —ordenó Zaida, que se levantó y caminó grácilmente hacia

Nynaeve; los pantalones de seda roja se rozaban con un suave frufrú sobre los pies descalzos y el fajín del mismo color, anudado de manera compleja, se mecía contra su muslo. Las Detectoras de Vientos se levantaron de las sillas al mismo tiempo y la siguieron por orden de rango. Caire y Tebreille se apresuraron a ocupar sus puestos junto a la Señora de las Olas, haciendo caso omiso la una de la otra fríamente, en tanto que Senine y Rainyn se situaron un paso detrás de todas.

Obedientemente, Talaan mantuvo el escudo en Nynaeve, así como las ataduras, dejándola de pie e inmóvil como una estatua. Y echando humo como un hervidor de agua que lleva cociendo demasiado tiempo. Rehusó rebullir y agitarse como un títere roto, y eso era lo único que podía hacer a excepción de permanecer plantada en el sitio. Caire y Tebreille la estudiaron con gélido desdén, Kurin con el duro desprecio que reservaba para todos los habitantes de tierra firme. La mujer de ojos pétreos no exhibía ninguna mueca de mofa ni expresión alguna, pero era imposible estar con ella mucho tiempo sin ser consciente de lo que opinaba. Sólo Rainyn mostraba un ligero atisbo de compasión, una leve sonrisa atribulada.

Los ojos de Zaida se prendieron en los de Nynaeve; eran más o menos igual de altas.

—¿Está sujeta tan firmemente como puedes, aprendiza?

Talaan inclinó la cabeza haciendo una profunda reverencia mientras se tocaba la frente, los labios y el corazón.

—Como ordenasteis, Señora de las Olas —repuso en un quedo susurro.

—¿Qué significa esto? —demandó Nynaeve—. Suéltame. ¡Puede que os salgáis con la vuestra amenazando así a Merilille, pero si habéis pensado por un momento que...!

—Nos has dicho que no hay modo de romper el escudo a menos que se sea mucho más fuerte —la interrumpió Zaida. Su tono no era duro, pero hablaba para que se la escuchara, no que se la oyera sólo—. Si la Luz quiere, descubriremos si lo que nos has contado es correcto. Es bien sabido que las Aes Sedai saben dar la vuelta a la verdad como un torbellino. Detectoras de Vientos, formaréis un círculo. Kurin, tú lo dirigirás. Si consigue liberarse, ocúpate de que no cause daño alguno. Como incentivo... Aprendiza, prepárate para girarla cabeza abajo cuando yo cuente cinco. Uno.

El brillo del *Saidar* rodeó a las Detectoras de Vientos, todas juntas al coligarse. Kurin se puso con los pies separados y en jarras, como si se balanceara en la cubierta de un barco. La misma falta de expresión parecía transmitir que ya estaba convencida de que descubrirían evasivas si no una descarada mentira. Talaan inhaló profundamente, y por una vez se irguió muy derecha, sin parpadear siquiera y sin quitar los ojos de Zaida.

Nynaeve parpadeó. ¡No! ¡No podían hacerle esto a ella! ¡Otra vez no!

—Os repito —dijo con mucha más calma de la que sentía— que no hay forma de romper el escudo. Talaan es demasiado fuerte.

—Dos —continuó Zaida mientras se cruzaba de brazos y miraba fijamente a Nynaeve como si realmente pudiese ver los tejidos.

Nynaeve empujó cautelosamente el escudo. El resultado fue el mismo que si hubiese empujado un muro de piedra, habida cuenta de que no cedió un ápice.

—Escúchame Za... eh... Señora de la Olas. —Desde luego no había necesidad de enojar más aún a la mujer. Las Atha'an Miere eran muy puntillosas con la utilización del tratamiento apropiado. Y puntillosas con demasiadas cosas—. Estoy segura de que Merilille os ha contado algo sobre

escudar, al menos. Prestó los Tres Juramentos. No puede mentir. —Quizás Egwene tenía razón respecto a la Vara Juratoria.

—Tres. —La firme mirada de Zaida no flaqueó un solo instante, su expresión no cambió.

—Escúchame —siguió Nynaeve sin importarle en absoluto si su tono sonaba un poco desesperado. Quizás algo más que un poco. Empujó el escudo más fuerte, y después con toda la fuerza de que fue capaz. Por el resultado que tuvo habría dado igual si hubiese golpeado una roca con la cabeza. Instintiva e inútilmente se debatió entre las ataduras de Aire que la retenían, de forma que los flecos del chal y los vuelos sueltos de la falda se mecieron a su alrededor. Había tantas posibilidades de soltarse de aquellas ataduras como de romper el escudo, pero no podía evitarlo. ¡Otra vez no! ¡No podía afrontarlo!—. ¡Tienes que escucharme!

—Cuatro.

¡No! ¡No! ¡Otra vez no! Arremetió frenéticamente contra el escudo, como si lo arañara. Sería tan duro como la piedra, pero la sensación que daba era más de ser cristal, resbaladizo y terso. Podía percibir la Fuente al otro lado, casi verla, como luz y calor justo al borde del campo de visión. Desesperada, jadeante, tanteó la suave superficie. Tenía un filo, como un círculo a la vez lo bastante pequeño para agarrarse con los dedos y lo bastante grande para cubrir el mundo, pero cuando intentó deslizarse por esa fisura se encontró de vuelta en el centro del resbaladizo y duro círculo. Era inútil. Lo había aprendido hacía tiempo, había intentado lo mismo hacía tiempo. El corazón le latía tan fuerte que parecía que se le saldría del pecho. Bregando en vano para recobrar la calma, tanteó precipitadamente para llegar al borde, lo palpó en toda su extensión sin intentar sortearlo. Había un punto donde parecía más... blando. Eso no lo había notado antes. El punto blando —¿un ligero bulto?— no daba la sensación de ser distinto del resto y tampoco era mucho más blando, pero aun así se lanzó contra él. Y se encontró de nuevo en el centro. Histérica, se abalanzó con todas sus fuerzas contra el punto, una y otra vez, sin pausa, pero en cada ocasión rebotó de nuevo hacia el centro. Otra vez. Y otra. ¡Oh, Luz! ¡Por favor! ¡Tenía que lograrlo antes de...!

De repente se dio cuenta de que Zaida todavía no había dicho cinco. Aspiró aire como si hubiese corrido quince kilómetros, mirando con los ojos desorbitados. El sudor le resbalaba por la cara, por la espalda, entre los senos, vientre abajo. Las piernas le temblaban. La Señora de las Olas tenía los ojos clavados en los suyos mientras se daba golpecitos en el labio con el esbelto dedo, pensativa. El brillo aún envolvía al círculo de seis mujeres, y Kurin seguía pudiendo pasar por una pétrea estatua de gesto despectivo, pero Zaida no había dicho cinco.

—¿Realmente lo ha intentado con tanto denuedo como parece, Kurin, o todo ese retorcerse y esos gimoteos no son más que una comedia? —preguntó al cabo la Señora de las Olas.

Nynaeve trató de adoptar una mirada feroz e indignada. ¡No había gimoteado! Su gesto ceñudo causó tan poca impresión en Zaida como la lluvia sobre una roca.

—Con el esfuerzo que ha hecho, Señora de las Olas, podría haber acarreado un remontador a la espalda —admitió de mala gana Kurin. Sin embargo, las negras e impasibles cuentas que eran sus ojos seguían trasluciendo desprecio. Sólo quienes vivían en el mar le merecían cierto respeto a esa mujer.

—Suéltala, Talaan —ordenó Zaida, y el escudo y las ataduras

Librodot

desaparecieron mientras la Señora de las Olas giraba sobre sus talones y se dirigía de vuelta a las sillas, sin molestarse en dirigir ni una ojeada de pasada a Nynaeve—. Detectoras de Vientos, hablaré con vosotras después de que se haya marchado. Nos veremos mañana a la misma hora, Nynaeve Sedai.

La antigua Zahorí se arreglaba los vuelos de la falda y sacudía, irritada, el chal en un intento de recobrar algo de dignidad. No resultaba fácil, estando toda sudorosa y temblando. ¡No había gimoteado! Trató de no mirar a la joven que la había escudado. ¡Dos veces! Allí plantada, sumisa como una malva, con los ojos prendidos en la alfombra. ¡Ja! Nynaeve se ajustó el chal a los hombros con brusquedad.

—Mañana es el turno de Sareitha Sedai, Señora de los Vientos. —Al menos su voz sonaba firme—. Estaré ocupada hasta…

—Tus enseñanzas son más edificantes que las de las otras —repuso Zaina, todavía sin molestarse siquiera en mirarla—. A la misma hora, o enviaré a tus pupilas a buscarte. Puedes marcharte ya. —Eso último sonó más como «fuera de aquí».

Merced a un gran esfuerzo, Nynaeve se tragó sus argumentos. Sabían amargos. ¿Más edificantes? ¿Qué significaba eso? Mejor no saberlo.

Hasta que saliera de la habitación seguiría siendo la maestra —los Marinos eran rígidos en sus reglas; Nynaeve suponía que descuidar las normas en alta mar podía desembocar en problemas, pero ojalá estas mujeres se diesen cuenta de que no se encontraban en un barco—; seguiría siendo la maestra, lo cual significaba que no podía marcharse ofendida, por mucho que deseara hacerlo así. Peor aún, sus reglas eran muy específicas en cuanto a las instructoras de tierra adentro. Podría haberse negado a cooperar, simplemente, pero si incumplía el acuerdo en lo más mínimo ¡esas mujeres lo propagarían desde Tear hasta sólo la Luz sabía dónde! El mundo entero sabría que las Aes Sedai habían roto su promesa. No quería ni imaginar lo que tal cosa haría con el prestigio de las Aes Sedai. ¡Rayos y centellas! ¡Egwene tenía razón, y maldita fuese por ello!

—Gracias, Señora de las Olas, por permitirme instruirte —dijo al tiempo que hacía una venia y se tocaba la frente, los labios y el corazón con los dedos. No fue una reverencia muy pronunciada, sino una rápida inclinación de cabeza que era todo lo que recibirían ese día. Es decir, dos. A las Detectoras de Vientos había que hacerles otra—. Gracias, Detectoras de Vientos, por permitirme instruiros.

Las hermanas que fueran finalmente con las Atha'an Miere explotarían cuando se enteraran de que sus pupilas podían decirles qué enseñarles y cuándo, e incluso ordenarles qué hacer cuando no estuviesen enseñando. En un barco de los Marinos, una maestra de los habitantes en tierra firme sólo superaba en rango, aunque por muy poco, a los marineros. Y las hermanas ni siquiera obtendrían las rebosantes bolsas de oro que se ofrecían a otros preceptores para engatusarlos a fin de que se embarcaran.

Zaida y las Detectoras de Vientos reaccionaron como lo harían si el miembro más bajo de una tripulación hubiese anunciado su partida. Es decir, permanecieron en un apiñado y silencioso grupo, obviamente esperando a que se fuera y con escasa paciencia, por cierto. Sólo Rainyn le concedió una mirada breve, impaciente. Era una Detectora de Vientos, al fin y a la postre. Talaan seguía en el mismo sitio, una figura sumisa, con la mirada fija en la alfombra, delante de sus pies descalzos.

Alta la cabeza y la espalda recta, Nynaeve salió de la habitación

Librodot

haciendo gala de hasta el último jirón de dignidad que fue capaz de recobrar. Unos jirones sudorosos, arrugados. Ya en el pasillo, agarró la puerta con las dos manos y la cerró con un golpe, lo más fuerte que pudo. El enorme retumbo resultó muy satisfactorio. Siempre podía decir que la hoja de madera se le había escapado, si alguien protestaba. Y así había sido en realidad, una vez que le dio un buen empujón.

Tras dar la espalda a la puerta, se sacudió las manos con gesto satisfecho. Y dio un respingo al encontrarse cara a cara con la persona que la esperaba en el pasillo.

Vestida con un sencillo atuendo azul oscuro que le había proporcionado una de las Allegadas, Alivia no parecía una mujer fuera de lo corriente a primera vista; era un poco más alta que Nynaeve, con unas finas arrugas marcadas en los rabillos de sus ojos azules y hebras blancas en su cabello rubio. Pero aquellos ojos azules ardían de intensidad, como los de un halcón enfocados en la presa.

—La señora Corly me envía a deciros que le gustaría veros hoy en la cena —anunció el halcón de azules ojos, con su fuerte acento seanchan—. La señora Karistovan, la señora Arman y la señora Juarde estarán allí.

—¿Qué haces aquí sola? —demandó Nynaeve. Deseó ser capaz, como les ocurría a la mayoría de las otras hermanas, de ser consciente de la fuerza de otra mujer sin pensar siquiera en ello, pero eso era otra de las cosas que no había tenido tiempo de aprender. Quizás alguna de las Renegadas superase a Alivia, pero desde luego nadie más. Y era seanchan. Nynaeve deseó que hubiese alguien más aparte de ellas dos. Incluso Lan, pero le había ordenado que se mantuviese lejos durante las clases a las mujeres de los Marinos. No estaba segura de que él hubiese creído su explicación el otro día de que se había resbalado en la escalera—. ¡Se supone que no puedes ir a ninguna parte sin acompañante!

Alivia se encogió de hombros, un leve movimiento de uno de ellos. Pocos días atrás había sido un sumiso manojo de sonrisitas tontas que hacía parecer descarada a Talaan. Ahora no sonreía tontamente por nadie.

—No había nadie libre, así que salí sola. En cualquier caso, si me tenéis vigilada siempre, nunca llegaréis a confiar en mí, y yo jamás conseguiré matar *sul'dam.* —Aquello sonaba aún más escalofriante al manifestarlo en un tono tan indiferente—. Deberíais estar aprendiendo de mí. Esos Asha'man dicen que son armas, y no son malas armas, lo sé a ciencia cierta, pero yo soy mejor.

—Es posible —replicó, cortante, Nynaeve mientras se ajustaba el chal—. Y quizá nosotras sabemos más de lo que crees. —No le importaría nada hacer a esa mujer una demostración de unos cuantos tejidos que había aprendido de Moghedien. Incluidos unos pocos que todas habían estado de acuerdo en que eran demasiado crueles para utilizarlos con nadie. Sólo que... Tenía casi la absoluta certeza de que la otra mujer podía superarla sin dificultad, dijese lo que dijese. Mantener el tipo bajo aquella mirada intensa no resultaba nada fácil—. Hasta que decidamos lo contrario, no darás pie a que vuelva a verte sin dos o tres Allegadas si sabes lo que te conviene.

—Si vos lo decís —repuso Alivia, ni por asomo azorada—. ¿Qué mensaje queréis que transmita a la señora Corly?

—Dile que he de declinar su amable invitación. ¡Y tú recuerda lo que te he dicho!

—Se lo diré —manifestó la seanchan con su peculiar acento que arrastraba las vocales y pasando completamente por alto la reconvención—.

Pero no creo que fuera exactamente una invitación. Una hora después de anochecer, indicó. Puede que queráis recordar eso. —Tras una leve y enterada sonrisa, se marchó sin apresurarse en absoluto a regresar a donde debía estar.

Nynaeve lanzó una mirada furibunda a la espalda de la mujer que se alejaba, y no porque también hubiese pasado por alto hacerle una reverencia. Bueno, no sólo por eso. Lástima que no hubiese conservado algo de su actitud meliflua, hacia las hermanas al menos. Tras lanzar una ojeada a la puerta que ocultaba a las Atha'an Miere, Nynaeve se planteó el seguir a Alivia para asegurarse de que hacía lo que se le había ordenado. No obstante, echó a andar en dirección contraria. Sin prisas. Sería muy desagradable si las mujeres de los Marinos salían y decidían que había estado escuchando a escondidas, pero desde luego no se apresuró. Simplemente le apetecía caminar a paso vivo. Eso era todo.

Las Atha'an Miere no eran las únicas en palacio a las que quería evitar. De modo que no se trataba exactamente de una invitación, ¿eh? Sumeko Karistovan, Chilares Arman y Famelle Juarde habían sido parte del Círculo con Reanne Corly. La cena sólo era una excusa. Querrían hablar con ella sobre las Detectoras de Vientos. Más concretamente, sobre la relación entre las Aes Sedai que estaban en palacio y las «espontáneas» de los Marinos. No la reprenderían exactamente por no saber mantener la dignidad de la Torre Blanca. No habían llegado tan lejos; aún no, aunque parecía que se acercaban más cada día. Empero, a lo largo de toda la cena no dejarían de sucederse las preguntas mordaces y los comentarios aún más afilados, pero nada lo bastante claro para que pudiera ordenarles que se callaran; cosa que dudaba que hicieran si no recurría a una orden. Y eran muy capaces de ir a buscarla si no se reunía con ellas. Tratar de enseñarles a mostrar carácter había sido un tremendo error por su parte, bien que al menos no era la única que tenía que aguantarlo; con todo, creía que Elayne se las había arreglado para eludir lo peor. Oh, qué ganas tenía de verlas con los vestidos blancos de Aceptadas puestos. ¡Y aún tenía más ganas de no volver a ver a las Atha'an Miere nunca jamás!

—¡Nynaeve! —sonó un grito a su espalda, extrañamente ahogado. Con el acento de las gentes de los Marinos—. ¡Nynaeve!

Obligándose a retirar la mano de la trenza, Nynaeve giró sobre sus talones, dispuesta a echar una bronca a quien fuera. Ahora no era una maestra, no estaban en un barco ¡y podían dejarla en paz de una puñetera vez!

Talaan llegó ante de ella, y se paró tan bruscamente que sus pies descalzos resbalaron sobre las baldosas de color rojo oscuro. La joven, que jadeaba, giró la cabeza a un lado y a otro como si tuviese miedo de que alguien apareciera de repente. Se encogía cada vez que un criado uniformado aparecía un momento a lo lejos, y sólo volvía a respirar cuando veía que sólo era un sirviente.

—¿Puedo ir a la Torre Blanca? —preguntó, falta de aliento, mientras se retorcía las manos y cambiaba el peso de un pie a otro—. Nunca me escogerán. Un sacrificio, lo llaman, dejar el mar para siempre, pero yo sueño con convertirme en novicia. Echaré mucho de menos a mi madre, pero... Por favor. Tienes que llevarme a la Torre. ¡Debes hacerlo!

Nynaeve parpadeó sorprendida. Muchas mujeres soñaban con convertirse en Aes Sedai, pero nunca había oído a nadie decir que soñaba con convertirse en novicia. Además... Las Atha'an Miere rehusaban el pasaje

Librodot

a las Aes Sedai en cualquier barco cuya Detectora de Vientos pudiera encauzar; pero, para evitar que las hermanas investigaran más a fondo, de vez en cuando se elegía a una aprendiza para que fuese a la Torre Blanca. Egwene aseguraba que sólo había tres hermanas de origen Atha'an Miere actualmente, todas débiles en el Poder. Durante tres mil años aquello había bastado para convencer a la Torre de que la habilidad era infrecuente y muy reducida en las mujeres de los Marinos y, por ende, que no merecía la pena investigarlo. Talaan tenía razón; nadie tan fuerte como ella recibiría permiso para ir a la Torre, ni siquiera ahora, que su subterfugio estaba llegando a su fin. De hecho, parte del acuerdo con ellas era que a las hermanas Atha'an Miere se les diera permiso para dejar de ser Aes Sedai y regresar a los barcos. ¡La Antecámara pondría el grito en el cielo por eso!

—Bueno, el entrenamiento es muy duro, Talaan —contestó suavemente—, y debes tener al menos quince años. Además... —Otra cosa que la chica había dicho se abrió paso en su mente—. ¿Que echarás de menos a tu madre? —preguntó, incrédula, sin importarle cómo sonaba aquello.

—¡Tengo diecinueve! —replicó, indignada, Talaan. Mirando su rostro y su cuerpo de muchachito Nynaeve no supo si creerle—. Y por supuesto que echaré de menos a mi madre. ¿Acaso no es natural? Oh, entiendo. No lo has comprendido. En privado somos muy afectuosas, pero debemos evitar cualquier muestra de favor en público. Eso es un delito serio entre nosotros. Podría provocar que despojaran de su rango a mi madre, y que a las dos nos colgaran cabeza abajo en los aparejos para ser azotadas.

Nynaeve torció el gesto ante la mención de colgar cabeza abajo.

—Desde luego entiendo muy bien que quisieras evitar eso —dijo—. Aun así...

—¡Todo el mundo intenta evitar el menor atisbo de favor, pero para mí es peor, Nynaeve!

Realmente, la muchacha, la joven, tendría que aprender a no interrumpir a una hermana si se convertía en novicia. Lo que no significaba que pudiese. Nynaeve trató de tomar de nuevo la iniciativa, pero las palabras salieron como un torrente de Talaan.

—Mi abuela es Detectora de Vientos de la Señora de las Olas del clan Rossaine. Mi bisabuela es Detectora de Vientos del clan Dacan, y su hermana del clan Takana. Para mi familia es un honor que cinco de nosotras hayamos llegado tan arriba. Y todo el mundo está atento a que haya alguna señal de que la familia Gelyn abuse de su influencia. Y con toda razón, lo sé; no puede permitirse el trato de favor. ¡Pero mi hermana estuvo como aprendiza cinco años más de lo normal, y mi prima seis! Así nadie puede argumentar que se las favoreció. ¡Cuando miro las estrellas y doy nuestra posición correctamente, se me castiga por ser lenta a pesar de que tengo la respuesta tan rápidamente como la Detectora de Vientos Ehvon! ¡Cuando pruebo el mar y digo la costa a la que nos aproximamos, se me castiga porque el gusto que he nombrado no es exactamente el que nota la Detectora de Vientos Ehvon! ¡Te he escudado dos veces, pero esta noche me colgarán por los tobillos por no hacerlo más deprisa! ¡Y se me castiga por fallos que a otras les pasan por alto, por fallos que nunca cometo pero que podría cometer! ¿Tu entrenamiento como novicia fue así de duro, Nynaeve?

—Mi entrenamiento de novicia —repitió débilmente la mujer. Ojalá la chica dejara de sacar a relucir lo de estar colgada por los tobillos—. Sí. Bueno. No te gustaría realmente saberlo. —¿Cuatro generaciones de mujeres

Librodot

con el don? ¡Luz! Hasta una hija siguiendo los pasos de la madre ya era poco corriente. La Torre querría tener a Talaan, por supuesto. Sin embargo, eso no iba a ocurrir—. Supongo que Caire y Tebreille se quieren realmente, ¿verdad? —dijo con el propósito de cambiar de conversación.

—Mi tía es taimada y falsa. —Talaan resopló—. Disfruta con cualquier humillación que pueda causar a mi madre. Pero mi madre la pone en su sitio, como merece. Un día, Tebreille va a encontrarse sirviendo en un remontador, ¡bajo el mando de una Navegante con mano de hierro y con dolor de muelas! —Asintió con gesto sombrío y a la vez satisfecho. Y después dio un brinco, abiertos los ojos como platos, cuando un criado pasó presuroso a su espalda. Aquello le recordó su propósito. Volvió a intentar vigilar en todas direcciones a la vez mientras hablaba deprisa—. No puedes decirlo durante las lecciones, por supuesto, pero servirá en cualquier otro momento. Anuncia que voy a la Torre, y no podrán negártelo. ¡Eres Aes Sedai!

Nynaeve miró a la chica con los ojos desorbitados. ¿Y acaso lo habrían olvidado todo al respecto la siguiente vez que impartiese una lección? ¡Esa muchacha tonta había visto lo que le hacían!

—No sé hasta qué punto deseas ir, Talaan, pero…

—Gracias —la interrumpió la joven, que hizo una rápida reverencia—. ¡Gracias! —Y volvió sobre sus pasos a toda carrera.

—¡Espera! —gritó Nynaeve, que avanzó un trecho tras ella—. ¡Vuelve! ¡No he prometido nada!

Los criados se giraron para mirarla y siguieron lanzando ojeadas sorprendidas en su dirección aun después de haber reanudado sus ocupaciones. Nynaeve habría corrido en pos de la tonta muchacha si no hubiera sido porque temía que tendría que llegar a donde estaban Zaida y las otras. Y a buen seguro que esa necia soltaría que iba a la Torre, que Nynaeve lo había prometido. ¡Luz, probablemente se lo diría de todos modos!

—Tienes un gesto como si acabaras de tragarte una ciruela podrida —comentó Lan, que apareció a su lado, alto y absolutamente atractivo con su chaqueta verde que tan bien le quedaba.

Nynaeve se preguntó cuánto tiempo llevaría allí. Parecía imposible que un hombre tan grande, de presencia tan imponente, pudiera mantenerse tan inmóvil que uno no reparaba en él, aun sin llevar la capa de Guardián.

—Toda una cesta —masculló al tiempo que apretaba la cara contra el ancho pecho de su esposo. Era muy agradable apoyarse en su fuerza, sólo durante un momento, mientras él le acariciaba el cabello suavemente. Aun cuando tuviera que apartar a un lado la empuñadura de la espada, clavada en sus costillas. Y cualquiera a quien no le gustara ver tal demostración de afecto en público podía irse al infierno. Nynaeve veía cómo un desastre se sumaba a otro. Incluso si les decía a Zaida y a las demás que no tenía intención de llevarse a Talaan a ninguna parte, iban a desollarla. En esta ocasión no podría ocultárselo a Lan; si es que había conseguido hacerlo la primera vez. Reanne y las otras se enterarían. ¡Y Alise! Empezarían a tratarla como a Merilille, pasando por alto sus órdenes, demostrándole tan poco respeto como las Detectoras de Vientos a Talaan. De algún modo le endosarían la responsabilidad de vigilar a Alivia, cosa que daría lugar a alguna catástrofe, a la más absoluta humillación. Últimamente parecía que era lo único que sabía hacer: encontrar otra manera de que la humillasen. Y, como si todo eso no fuera bastante, cada cuatro días aún tenía que enfrentarse a Zaida y a las Detectoras de Vientos.

Librodot

—¿Recuerdas cómo me retuviste en nuestros aposentos ayer por la mañana? —murmuró a la par que alzaba la vista hacia su cara, a tiempo de ver una sonrisa reemplazando el gesto de preocupación. Por supuesto que lo recordaba. Nynaeve sintió que le ardían las mejillas. Hablar con amigas era una cosa, pero ser atrevida con su propio esposo todavía le parecía otra muy distinta—. ¡Bueno, pues quiero que me lleves allí ahora mismo y no dejes que me ponga ninguna ropa durante un año! —Al principio aquello la había enfurecido, mucho. Pero él tenía medios para hacerle olvidar que estaba furiosa.

Lan echó la cabeza hacia atrás y soltó una risa plena, sonora, y ella, al cabo de un momento, se unió a él. Sin embargo, deseaba llorar. No había hablado en broma, ni mucho menos.

Tener marido significaba que no debía compartir una cama con otra mujer, o con dos, además de disponer de una sala de estar. No era grande, pero siempre resultaba cómodo y acogedor, con una buena chimenea y una pequeña mesa y cuatro sillas. Desde luego, todo lo que Lan y ella necesitaban. No obstante, sus esperanzas de hallar intimidad allí se hicieron añicos tan pronto como entraron en la sala. La primera doncella esperaba en el centro de la alfombra de flores, tan majestuosa como una reina, tan perfectamente bien vestida como si acabara de ponerse las ropas, y en absoluto complacida. Y en un rincón del cuarto había un tipo de aspecto tosco, tanto él como su atuendo, y con una horrible verruga en la nariz; llevaba colgada al hombro una pesada bolsa de cuero.

—Este hombre afirma tener algo que queríais urgentemente —dijo la señora Harfor una vez que hubo hecho una breve reverencia. Muy breve, aunque correcta; las otras las tenía reservadas para Elayne. Su modo de hablar sonaba tan desaprobador hacia Nynaeve como hacia el tipo de la verruga—. No me importa decíroslo, pero no me gusta su aspecto.

Encontrándose tan cansada, abrazar la Fuente estaba casi fuera de su alcance, pero se las ingenió para hacerlo en un visto y no visto, espoleada por ideas de asesinos y la Luz sabía qué. Lan debía de haber captado algún cambio en su expresión, porque dio un paso hacia el tipo de la verruga; no llegó a tocar su espada, pero de repente su actitud fue como si empuñase ya un arma. Ignoraba cómo le leía el pensamiento a veces, cuando otra tenía su vínculo, pero eso la complacía. Se las había ingeniado para igualar a Talaan —¡en fuerza al menos!— pero no estaba segura de ser capaz de encauzar lo suficiente en ese momento para tirar una silla.

—Yo no… —empezó.

—Perdón, señora —murmuró con premura el tipo tosco a la par que hacía una reverencia—. La señora Nela Thane dijo que queríais verme de inmediato. Asunto del Círculo de Mujeres, dijo. Algo sobre Cenn Buie.

Nynaeve se sacudió para salir del pasmo, y al cabo de un momento se acordó de cerrar la boca.

—Sí —contestó lentamente mientras miraba fijamente al individuo. Ver otra cosa aparte de aquella horrible verruga resultaba difícil, pero de lo que no le cabía duda era de que nunca había visto al tipo. Asunto del Círculo de Mujeres. A ningún hombre se le permitiría meter las narices en eso. Era algo secreto. Aun así, no soltó el *Saidar*—. Eh… ahora recuerdo. Gracias, señora Harfor. Sin duda son muchas las cosas de las que debéis ocuparos.

En lugar de coger la indirecta, la primera doncella vaciló y la miró ceñuda, desconfiada. El gesto ceñudo pasó hacia el tipo tosco y después se detuvo en Lan y se borró. Asintió para sí misma, ¡como si la presencia del

hombre cambiara de algún modo las cosas!

—Os dejaré, entonces. Estoy segura de que lord Lan puede ocuparse de este individuo.

Soltando un resoplido de indignación, Nynaeve apenas esperó a que la puerta se cerrase para girar hacia el tipo y su verruga.

—¿Quién eres? —demandó—. ¿Cómo sabes esos nombres? No eres de Dos Rí…

El hombre… tremoló como una onda en el agua. No había otro modo de explicarlo. Tremoló y se hizo más alto, y de repente era Rand, haciendo una mueca de asco y tragando saliva, vestido con ropas arrugadas de paño, con aquellas terribles cabezas rojas y doradas reluciendo en el envés de sus manos, y la bolsa de cuero cargada al hombro. ¿Dónde había aprendido a hacer eso? ¿Quién le había enseñado? Nynaeve se resistió al impulso de disfrazarse, sólo durante un momento, para demostrarle que también ella podía hacerlo.

—Veo que no seguiste tu propio consejo —le dijo Rand a Lan, como si ella no estuviese allí—. Pero ¿por qué le permites que finja ser Aes Sedai? Aunque las verdaderas Aes Sedai la dejen, puede hacerse daño.

—Porque es Aes Sedai, pastor —repuso quedamente Lan. ¡Que tampoco la miró a ella! Y todavía parecía presto para desenvainar la espada en un visto y no visto—. En cuanto a lo otro… A veces es más fuerte que uno. ¿Lo seguiste tú?

Rand la miró entonces. Para fruncir el entrecejo con incredulidad. Y siguió haciéndolo aun cuando Nynaeve se ajustó intencionadamente el chal para que los flecos amarillos se mecieran. No obstante, lo que dijo mientras sacudía lentamente la cabeza fue:

—No. Tienes razón. A veces uno es demasiado débil para hacer lo que debería.

—¿De qué demonios habláis? —inquirió, cortante, Nynaeve.

—Sólo de cosas de las que hablan los hombres —repuso Lan.

—No lo entenderías —abundó Rand.

La mujer aspiró sonora y despectivamente por la nariz. Cotorreo y cháchara ociosa, ésas eran las conversaciones de los hombres nueve veces de cada diez. En el mejor de los casos. Cansada —de mala gana— soltó el *Saidar.* Desde luego, no tenía que protegerse de Rand, pero le habría gustado mantener el contacto con la Fuente un poco más, simplemente tocarla, ni que estuviese cansada ni que no.

—Sabemos lo de Cairhien, Rand —dijo mientras se hundía, agradecida, en un sillón. ¡Esas malditas mujeres de los Marinos la habían agotado!—. ¿Es por eso por lo que estás aquí, vestido así? Si lo que intentas es ocultarte de quienquiera que fuera… —Parecía cansado. Más duro de como lo recordaba, pero muy cansado. Sin embargo permaneció de pie. Cosa curiosa, se parecía mucho a Lan, presto para empuñar una espada que ni siquiera llevaba. Quizás ese intento de matarlo bastaría para hacerlo entrar en razón—. Rand, Egwene puede ayudarte.

—No estoy ocultándome exactamente —contestó—. Al menos, hasta que acabe con ciertos hombres a los que es necesario matar. —¡Luz, hablaba de ello con tanta naturalidad como Alivia! ¿Por qué Lan y él seguían vigilándose y fingían que no lo hacían?—. En cualquier caso, ¿cómo podría ayudarme Egwene? —continuó mientras dejaba la bolsa sobre la mesa. Al posarse en el tablero, hizo un ruido suave pero sólido, con algo pesado en su interior—. ¿También se encuentra aquí? Vosotras tres y dos Aes Sedai de verdad. ¡Sólo

Librodot

dos! No. No tengo tiempo para eso. Necesito que guardes algo hasta que...

—Egwene es la Sede Amyrlin, estúpido cabeza de chorlito —gruñó Nynaeve. Era estupendo poder interrumpir a alguien, para variar—. Elaida es una usurpadora. ¡Espero que tengas suficiente sentido común para no acercarte a ella! ¡No saldrías de esa entrevista por tu propio pie, eso te lo aseguro! Aquí hay cinco Aes Sedai *de verdad,* incluyéndome a mí, y otras trescientas más con Egwene y un ejército, dispuestas a derrocar a Elaida. ¡Mírate! ¡Por muy aguerridas que sean tus palabras, alguien casi consiguió matarte, y ahora vas por ahí a escondidas, vestido como un mozo de cuadra! ¿Qué lugar es más seguro para ti que al lado de Egwene? ¡Ni siquiera esos Asha'man tuyos se atreverían a atacar a trescientas hermanas! —Oh, sí, verdaderamente estupendo. Él intentó ocultar su sorpresa, pero fracasó estrepitosamente y la miró de hito en hito.

—Te sorprendería lo que mis Asha'man se atreverían a hacer —repuso con sequedad al cabo de un momento—. Supongo que Mat está con el ejército de Egwene, ¿no? —Se llevó la mano a la cabeza y se tambaleó.

Sólo fue un instante, pero Nynaeve se había levantado de la silla antes de que él se hubiera enderezado. Abrazando el *Saidar* con esfuerzo, alzó las manos para cogerle la cabeza entre ellas y tejió trabajosamente un Ahondamiento a su alrededor. Había tratado de hallar un método mejor para saber qué mal aquejaba a una persona, hasta el momento sin éxito. Pero bastó. No bien el tejido se acomodó en él, Nynaeve se quedó sin aliento. Conocía lo de su herida en Falme, que nunca se curaba del todo y se resistía a toda la Curación que ella conocía, como una pústula de maldad en su carne. Ahora había otra herida medio curada encima de la primera, y ésa también palpitaba de maldad. Una maldad distinta, de algún modo, como un espejo de la otra, pero igual de virulenta. Y ella no podía tocar ninguna de las dos con el Poder. En realidad no quería tocarlas —¡sólo de pensarlo se le ponía la piel de gallina!— pero lo intentó. Y algo invisible la frenó. Como una salvaguardia. Una salvaguardia que no podía ver. ¿Una salvaguardia de *Saidin?*

Aquello bastó para que dejase de encauzar y retrocediese un paso. Se aferró a la Fuente; por muy cansada que estuviera, tendría que obligarse a soltarla. Ninguna hermana podía pensar en la mitad masculina del Poder sin experimentar al menos un atisbo de miedo. Él la miraba desde su imponente altura, sosegadamente, y eso la hizo estremecerse. Parecía un hombre distinto del Rand al'Thor que había visto crecer. Se alegraba mucho de que Lan estuviese allí, por duro que le resultara admitir tal cosa. De repente se dio cuenta de que Lan no se había relajado lo más mínimo. Podía charlar con Rand como dos hombres que se fumaban una pipa y tomaban una cerveza, pero creía que Rand era peligroso. Y Rand lo miraba a él como si lo supiera y lo aceptara.

—Nada de eso es importante ahora —dijo Rand mientras se volvía hacia la bolsa que había dejado en la mesa.

Nynaeve no supo si se refería a sus heridas o a dónde estaba Mat. De la bolsa sacó dos estatuillas de un palmo de alto, un hombre con aspecto de sabio, barbudo, y una mujer igualmente sabia y serena, ambos con ropas sueltas y ondeantes y sosteniendo en alto una esfera de cristal. Por el modo en que las sostenían, era más pesadas de lo que aparentaban.

—Quiero que me las guardes hasta que mande a buscarlas, Nynaeve —siguió Rand. Con la mano sobre la figurilla de la mujer, vaciló—. Y también a ti. Te necesitaré cuando las utilice. Cuando las utilicemos. Después de que

me haya ocupado de esos hombres. Eso es lo primero.

—¿Utilizarlas? —repitió, recelosa. ¿Por qué matar a alguien era lo primero? Pero ésa pregunta carecía de importancia—. ¿Para qué? ¿Son *ter'angreal?*

Él asintió con la cabeza.

—Con éste puedes tocar el *sa'angreal* más grande que jamás se ha hecho para una mujer. Está enterrado en Tremalking, tengo entendido, pero eso no importa. —Su mano se había desplazado a la figurilla del hombre—. Con éste puedo tocar su equivalente masculino. Una vez me dijo... alguien que un hombre y una mujer que utilizasen esos *sa'angreal* podrían desafiar al Oscuro. Cabe la posibilidad de que se utilicen algún día para eso, pero entre tanto confío en que sirvan para limpiar la mitad masculina de la Fuente.

—Si tal cosa fuese posible, ¿no lo habrían hecho en la Era de Leyenda? —inquirió quedamente Lan. Quedamente del mismo modo que la hoja de acero de una espada se desliza fuera de su funda—. En cierta ocasión me dijiste que yo podría hacerle daño a ella. —Parecía imposible que su voz sonase más dura, pero lo hizo—. Ahora tú podrías matarla, pastor. —Y su tono dejó claro que no lo permitiría.

Rand sostuvo la fría mirada del Guardián con otra no menos fría.

—Ignoro por qué no lo hicieron. Y no me importa por qué. Hay que intentarlo.

Nynaeve se mordió el labio inferior. Suponía que la presencia de Rand hacía de ésta una ocasión pública en su relación matrimonial —cambiar del momento público al privado, decidir cuál era cuál, a veces la aturdía—, pero no le importó que Lan hubiese hablado cuando debería haber permanecido callado. Lo cierto era que él no era muy bueno en eso, pero a ella le gustaba un hombre sin pelos en la lengua. Necesitaba pensar; no sobre su decisión, que ya la había tomado, sino en cómo ponerla en práctica. A Rand podría no gustarle. Desde luego, a Lan no le gustaría. Bueno, los hombres siempre querían que las cosas se hiciesen a su manera, y a veces una debía enseñarles que no podían salirse con la suya en todas las ocasiones.

—Creo que es una idea maravillosa —dijo. Eso no era exactamente mentir. Sin duda era maravillosa, comparada con las alternativas—. Pero no veo razón para que me quede aquí esperando sentada a que me llames, como si fuese una doncella. Haré lo que quieres, pero nos iremos todos juntos.

Su suposición había sido acertada: a ninguno de los dos les gustó ni pizca.

Librodot

CAPÍTULO 12

Un lirio en invierno

Otro criado casi se fue de bruces al suelo por la pronunciada reverencia. Elayne suspiró y siguió caminando grácilmente por los pasillos de palacio. Al menos intentó caminar así. La heredera del trono, majestuosa y serena. Lo que deseaba era correr a pesar de que la oscura falda probablemente la habría hecho tropezar y caer si lo hubiese intentado. Casi podía sentir los ojos desorbitados del orondo criado siguiéndolas a sus compañeras y a ella. Una irritación sin importancia, que pasaría; un grano de arena en el zapato. «¡Rand Más-listo-que-nadie al'Thor es más irritante que un grano en el culo!», pensó. ¡Si se las arreglaba para escabullirse de ella esta vez...!

—Recordad —dijo firmemente—. ¡Ni una palabra de los espías ni de la horcaria ni de nada de eso! —Sólo le faltaba que decidiera «rescatarla». Los hombres hacían ese tipo de cosas estúpidas; Nynaeve lo llamaba «pensar con el pelo del pecho». ¡Luz, probablemente intentaría traer de vuelta a la ciudad a los Aiel y a los saldaeninos! Por amargo que resultara admitirlo, ella no podría impedírselo si lo hacía, no sin un enfrentamiento abierto, e incluso así podría no ser suficiente.

—No le cuento cosas que no necesita saber —contestó Min al tiempo que miraba ceñuda a una criada desgarbada y con los ojos abiertos como platos, cuya reverencia casi la hizo dar con sus huesos en las baldosas marrón rojizas.

Elayne miró de reojo a Min, recordando cuando ella llevaba polainas, y se preguntó por qué no intentarlo de nuevo. Desde luego daban mucha más libertad de movimientos que la falda. Pero no se pondría botas de tacón, decidió juiciosamente. Hacían parecer a Min casi tan alta como Aviendha, e incluso Birgitte se contoneaba al caminar cuando las llevaba de ese estilo, y con las ajustadas polainas que lucía Min y la chaqueta que apenas le cubría las caderas resultaba definitivamente escandaloso.

—¿Le mientes? —El tono de Aviendha estaba cargado de recelo. Incluso el modo en que se ajustó el oscuro chal sobre los hombros denotaba desaprobación; lanzó una mirada fulminante a Min.

—Por supuesto que no —replicó ésta, cortante, y le devolvió la mirada hosca—. No a menos que sea necesario.

Aviendha se echó a reír y después pareció sobresaltarse por haberse reído; adoptó de inmediato un gesto pétreo.

¿Qué iba a hacer con ellas?, pensó Elayne. Tenían que caerse bien. Forzosamente. Pero, desde que se habían conocido, las dos mujeres se habían estado observando como gatas desconocidas encerradas en un cuarto pequeño. Oh, se habían mostrado de acuerdo en todo —en realidad no quedaba otra alternativa, habida cuenta de que ninguna de ellas podía adivinar cuándo tendrían a ese hombre al alcance de las tres— pero confiaba en que no hicieran otra demostración sobre la destreza en manejar sus cuchillos; de un modo muy despreocupado, sin que implicase amenaza

alguna, pero también de un modo muy desenvuelto. Por otro lado, a Aviendha le había impresionado bastante el número de cuchillos que Min llevaba encima.

Un criado joven y larguirucho, que llevaba en una bandeja unas caperuzas altas para las lámparas de pie, le hizo una reverencia mientras Elayne pasaba ante él. Por desgracia, la miraba tan fijamente que olvidó prestar atención a su carga. El estruendo de cristal al hacerse añicos en el suelo retumbó en el pasillo.

Elayne volvió a suspirar. Esperaba que todos se acostumbrasen pronto al nuevo orden de las cosas. No era ella el foco de todas aquellas miradas asombradas, por supuesto, ni Aviendha ni siquiera Min, aunque probablemente ella atraía algunas. No; eran Caseille y Deni, que las seguían de cerca, quienes hacían que los ojos se abriesen como platos y los criados tropezaran. Ahora tenía ocho guardias de escolta, y esas dos eran las que estaban de guardia a su puerta cuando despertó.

Muy probablemente algunos de los gestos de sorpresa se debían a que Elayne tuviera escoltas femeninas, además de que en la guardia hubiera mujeres. Todavía nadie se había acostumbrado a eso. Birgitte había dicho que las haría parecer ceremoniales, y lo había conseguido. Debía de haber puesto a trabajar hasta la última costurera y sombrerera de palacio tan pronto como había salido de los aposentos de Elayne la noche antes. Lucían sombrero de color rojo intenso, con una larga pluma blanca descansando sobre la ancha ala, así como una banda amplia, también roja, en bandolera sobre el pecho, bordeada con puntilla nívea y con Leones Blancos rampantes a todo lo largo. Las chaquetas carmesí con cuellos blancos eran de seda, y el corte se había cambiado un poco para que sentara mejor y llegara casi hasta la rodilla, por encima de los pantalones escarlatas, adornados con una banda blanca a lo largo de los laterales de las perneras. El encaje colgaba muy fruncido en las bocamangas y los cuellos; y las botas negras se habían frotado hasta hacerlas brillar. Su aspecto era gallardo, y hasta Deni, con sus plácidos ojos, se pavoneaba un poco. Elayne sospechaba que se sentirían incluso más enorgullecidas una vez que los cinturones y vainas labrados con oro estuviesen listos, así como los yelmos y los petos lacados. Birgitte había ordenado hacer petos apropiados para mujeres; ¡eso sí que habría hecho que a los armeros de palacio se les salieran los ojos de las órbitas!

En aquel momento Birgitte estaba muy atareada entrevistando mujeres para completar las veinte de la escolta personal. Elayne la percibía concentrada, sin signos de actividad física, de modo que debía de tratarse de eso, a menos que estuviese leyendo o jugando a las guijas, pero rara vez se tomaba un rato de asueto de sus tareas. Elayne esperaba que el número se limitara a veinte. Y que Birgitte estuviese lo bastante ocupada para no advertir que enmascaraba el vínculo hasta que fuera demasiado tarde. Y pensar que había estado tan preocupada por que Birgitte no percibiera lo que ella no quisiera, cuando la solución estaba en hacer una simple pregunta a Vandene. La respuesta había servido también como un penoso recordatorio de lo poco que sabía realmente sobre ser Aes Sedai, en especial en esas cosas que otras hermanas daban por sentadas. Aparentemente, todas las hermanas que tenían Guardianes sabían cómo hacerlo, incluso las que mantenían celibato.

Era extraño cómo surgían las cosas a veces. De no ser por las escoltas personales, por haberse planteado cómo arreglárselas para esquivarlas a ellas y a Birgitte, jamás se le habría ocurrido preguntar, jamás habría

aprendido el enmascaramiento a tiempo para lo de ahora. No es que tuviera planeado eludir a sus escoltas en breve, pero era mejor estar preparada en previsión de que lo necesitara. Ciertamente, Birgitte ya no iba a permitirles a Aviendha y a ella deambular por la ciudad solas, ni de día ni de noche.

La llegada a la puerta de los aposentos de Nynaeve alejó de su mente todo pensamiento sobre Birgitte. A excepción de que no debía enmascarar el vínculo hasta el último momento. Rand estaba al otro lado de esa puerta. Rand, que a veces ocupaba sus pensamientos hasta que se preguntaba si era como una de esas estúpidas mujeres de los relatos que perdían la cabeza por un hombre. Siempre había pensado que esas historias las habían escrito hombres. Sólo que a veces Rand hacía que se sintiese idiota. Por lo menos él no se daba cuenta, gracias a la Luz.

—Esperad aquí y no dejéis pasar a nadie —ordenó a las dos mujeres guardias. No podía permitirse el lujo de interrupciones ahora. Con suerte, el uniforme de la escolta era lo bastante reciente para que nadie lo relacionara con ella—. Sólo tardaré unos minutos.

Saludaron, cruzando el brazo sobre el pecho, y tomaron posiciones a ambos lados de la puerta, Caseille con gesto pétreo y una mano sobre la empuñadura de la espada, y Deni sosteniendo el largo garrote con las dos manos y esbozando una leve sonrisa. Elayne estaba convencida de que la corpulenta mujer pensaba que Min la había llevado allí para reunirse con un amante secreto. Y sospechaba que Caseille también. No habían sido todo lo discretas que habrían debido delante de las dos mujeres; nadie había mencionado su nombre, pero había habido suficientes «él esto» «él aquello». Al menos, ninguna había intentado recurrir a una excusa para marcharse y avisar a Birgitte. Si eran sus escoltas, eran sus escoltas, no las de Birgitte. Sólo que no podrían impedir que Birgitte entrara si ella enmascaraba el vínculo demasiado pronto.

Y se dio cuenta de que estaba muy nerviosa. El hombre con el que soñaba todas las noches se encontraba al otro lado de esa puerta, y ella seguía plantada allí, como una tonta. Había esperado tanto tiempo, lo había deseado tanto... y ahora casi tenía miedo. No dejaría que aquello fuera mal. Con un esfuerzo, recobró la compostura.

—¿Preparadas? —Su voz no sonaba tan fuerte como habría deseado, pero al menos no temblaba. Sentía un cosquilleo en el estómago como si revolotearan dentro mariposas del tamaño de ardillas. Hacía mucho que no le ocurría algo así.

—Por supuesto —contestó Aviendha, pero antes tuvo que tragar saliva.

—Estoy lista —musitó débilmente Min.

Entraron sin llamar y cerraron rápidamente la puerta tras ellas.

Nynaeve se levantó de la silla de un brinco, con los ojos muy abiertos, antes de que las tres acabaran de entrar en la habitación, pero Elayne apenas si reparó en ella o en Lan, a pesar de que el aroma dulzón de la pipa de Guardián impregnaba la estancia. Rand estaba realmente allí; le había costado creer que era verdad. El horrible disfraz que Min había descrito había desaparecido, salvo por la tosca ropa, y estaba... guapísimo.

Él también saltó de la silla al verla, pero antes de encontrarse totalmente de pie se tambaleó y se agarró a la mesa con las dos manos, sacudido por las arcadas. Elayne abrazó la Fuente y dio un paso hacia él, pero se detuvo y se obligó a soltar el Poder. Su habilidad en la Curación era escasa y, de todos modos, Nynaeve sé había movido con igual rapidez; el brillo del *Saidar* envolvió de golpe a la antigua Zahorí, que alzó las manos

hacia Rand.

—No es algo que puedas Curar, Nynaeve —dijo él bruscamente mientras retrocedía y la rechazaba con un ademán—. En cualquier caso, parece que te has salido con la tuya. —Su semblante era una rígida máscara que ocultaba las emociones, pero Elayne tenía la sensación de que se la bebía con los ojos. Y también a Aviendha. Se sorprendió de que aquello la alegrara. Había esperado que ocurriera así, habría confiado en arreglárselas por el bien de su hermana, y ahora no había hecho falta el menor esfuerzo. Enderezarse fue un visible esfuerzo para él, y también apartar la mirada de las dos, a pesar de que intentó ocultar ambas cosas—. Se ha hecho tarde, Min. Tenemos que irnos.

Elayne se quedó boquiabierta.

—¿Crees que puedes irte sin siquiera hablar conmigo, con nosotras? —consiguió articular.

—¡Hombres! —masculllaron casi a la par Min y Aviendha, que se miraron sorprendidas. Se apresuraron a descruzar los brazos. Por un instante, a despecho de lo distintas que eran en casi todo, habían sido casi imágenes idénticas del desdén femenino.

—Los que intentaron matarme en Cairhien convertirían este palacio en un montón de escombros si supieran que me encuentro aquí —dijo quedamente Rand—. Quizás incluso con que sólo lo sospecharan. Supongo que Min os ha contado que fueron Asha'man. No confiéis en ninguno de ellos. Excepto en tres, tal vez. Damer Flinn, Jahar Narishma y Eben Hopwil. Es posible que podáis fiaros de ellos. En cuanto al resto... —Apretó los puños contra los costados, al parecer sin darse cuenta—. A veces una espada se revuelve en la propia mano, pero sigo necesitando una. Limitaos a manteneros lejos de cualquier hombre con chaqueta negra. Mirad, no hay tiempo para hablar. Es mejor que me marche cuanto antes.

Elayne pensó que se había equivocado. No era exactamente como lo había soñado. En él había habido un atisbo de muchacho a veces, pero eso había desaparecido por completo. Lo lamentó profundamente por él. No creía que él lo lamentara, o que pudiera.

—Tiene razón en algo —intervino Lan, hablando sin quitarse la pipa de los labios y en el mismo tono quedo. Otro hombre que parecía que jamás hubiese sido un muchacho. Sus ojos eran dos pedazos de hielo azul bajo la cinta de cuero trenzado que le ceñía la frente—. Cualquiera que esté cerca de él corre peligro. Cualquiera.

Por alguna razón, Nynaeve resopló. Después puso la mano sobre una bolsa de cuero, en la que se marcaban unos bultos duros, que había en la mesa y sonrió. Aunque al cabo de un momento su sonrisa flaqueó.

—¿Acaso mi primera hermana y yo tememos al peligro? —demandó Aviendha, poniéndose en jarras. El chal resbaló de los hombros y cayó al suelo, pero estaba tan concentrada que ni siquiera se dio cuenta—. Este hombre tiene *toh* con nosotras, *Aan'allein, y* nosotras con él. Hay que arreglarlo.

—Ignoro qué tiene que ver en esto «to» o «na» —dijo Min, con sorna—, ¡pero no voy a ninguna parte hasta que hables con ellas, Rand! —Fingió no reparar en la mirada iracunda que le lanzó Aviendha.

Suspirando, Rand se apoyó contra la esquina de la mesa y se pasó los dedos por los rizos rojizos que le caían sobre el cuello. Parecía estar discutiendo consigo mismo entre dientes.

—Lamento que hayáis tenido que ocuparos de las *sul'dam* y las *damane*

—dijo finalmente. Parecía que lo sentía, aunque no mucho; era como si hubiese dicho que lamentaba que hiciera frío—. Se suponía que Taim debía entregárselas a las hermanas que, según yo creía, estaban con vosotras. Pero supongo que cualquiera puede cometer un error así. Quizá pensó que todas las Zahoríes y Mujeres Sabias que Nynaeve ha reunido eran Aes Sedai. —Su sonrisa era tranquila. No se reflejó en sus ojos.

—Rand —advirtió Min en voz queda.

Tuvo el valor de mirarla inquisitivamente, como si no supiera qué quería decir. Luego continuó.

—En cualquier caso, parece que tenéis suficientes para que se encarguen de un puñado de mujeres hasta que podáis entregárselas a las... otras hermanas, las que van con Egwene. Las cosas nunca salen exactamente como uno espera, ¿verdad? ¿Quién habría pensado que unas pocas hermanas que huyeron de Elaida acabarían organizando una rebelión contra la Torre Blanca? ¡Y con Egwene como Sede Amyrlin! Y con la Compañía de la Mano Roja por ejército. Supongo que Mat podrá seguir allí durante un tiempo. —Por alguna razón, parpadeó y se tocó la frente; luego continuó en un tono entre indiferente e irritado—. Bien. Un extraño giro de los acontecimientos por doquier. A este paso, no me sorprendería que mis amigas de la Torre reunieran el coraje suficiente para darse a conocer.

Elayne miró a Nynaeve con la ceja enarcada. ¿Zahoríes y Mujeres Sabias? ¿La Compañía de la Mano Roja el ejército de Egwene, y Mat con ellos? El intento de Nynaeve de abrir los ojos en un gesto de inocencia la hizo parecer más culpable que un reo. Elayne supuso que tampoco importaba tanto. Ya se enteraría de la verdad a no tardar si es que se lo podía convencer para que acudiera ante Egwene. Fuera como fuese, tenía asuntos más importantes que tratar con él. Estaba balbuceando como un necio, por muy despreocupado que quisiera mostrarse, lanzándoles cualquier cebo que les llamara la atención con la esperanza de distraerlas de su propósito.

—Eso no te funcionará, Rand. —Elayne apretó las manos contra la falda para evitar agitar el índice en su dirección en un gesto admonitorio. O un puño; no sabía cuál de las dos cosas. ¿Las «otras» hermanas? Las «verdaderas» Aes Sedai era lo que había estado a punto de decir. ¿Cómo se atrevía? ¡Como lo de sus «amigas» en la Torre! ¿De verdad creía todavía lo que decía la extraña carta de Alviarin? Cuando habló su voz sonó fría y firme, denotando que no consentiría estupideces—. Nada de eso importa un bledo ahora. De lo que tenemos que hablar es de ti, de Aviendha, de Min y de mí. Y hablaremos. ¡Ya lo creo que lo haremos, Rand al'Thor, y no te irás de palacio hasta que hayamos acabado!

Durante unos segundos larguísimos él se limitó a mirarla, sin que su expresión cambiase. Luego respiró hondo, de manera audible, y su rostro se tornó granito.

—Te amo, Elayne. —Sin que mediara pausa, y siempre con semblante pétreo, continuó como si las palabras brotaran como el agua de una presa rota—. Te amo, Aviendha. Te amo, Min. Y a ninguna una pizca menos o más que a las otras dos. No quiero sólo a una, os quiero a las tres. Así que, ahí tenéis: soy un libertino. Ahora podéis alejaros y darme la espalda sin mirar atrás. Es una locura, de todos modos. ¡No puedo permitirme amar a nadie!

—Rand al'Thor —chilló Nynaeve—, ¡eso es lo más desvergonzado que jamás te he oído decir! ¡La mera idea de confesar a tres mujeres que las amas! ¡Eres mucho peor que un libertino! ¡Discúlpate ahora mismo!

Lan se había quitado bruscamente la pipa de la boca y miraba a Rand

de hito en hito.

—Te amo, Rand —se limitó a contestar Elayne—. Y aunque tú no me lo has pedido, quiero casarme contigo. —Se sonrojó levemente, pero se proponía ser mucho más atrevida a no tardar, de modo que suponía que esto poco importaba. Nynaeve abría y cerraba la boca, sin articular ningún sonido.

—Mi corazón está en tus manos, Rand —dijo Aviendha, que pronunció su nombre como algo singular y preciado—. Si preparas una guirnalda nupcial para mi primera hermana y para mí, la aceptaré.

También ella se sonrojó e intentó encubrirlo agachándose para recoger el chal del suelo y luego poniéndoselo en los brazos. Según las costumbres Aiel, nunca habría debido decir tal cosa. Finalmente Nynaeve consiguió articular un sonido: un chillido.

—Si a estas alturas no sabes que te amo —intervino Min—, ¡entonces es que estás ciego, sordo y muerto! —Ella no se sonrojó, desde luego; en sus oscuros ojos chispeaba un brillo pícaro, y parecía a punto de echarse a reír—. En cuanto a casarnos, bueno, ya arreglaremos eso entre las tres, ¡para que lo sepas!

Nynaeve se agarró la trenza con las dos manos y tiró de ella de manera firme y sostenida al tiempo que resoplaba por la nariz. Lan había empezado a hacer un detenido examen del contenido de la cazoleta de la pipa. Rand observaba a las tres como si jamás hubiese visto una mujer y se preguntara qué eran.

—Estáis locas de remate —dijo al fin—. Me casaría con cualquiera de vosotras, con todas, ¡la Luz me ayude!, pero es imposible y lo sabéis.

Nynaeve se desplomó sobre un sillón mientras sacudía la cabeza. Mascullaba algo entre dientes, aunque lo único que Elayne logró entender fue algo del Círculo de Mujeres tragándose la lengua por la impresión.

—Hay algo más que debemos discutir —dijo Elayne. ¡Luz, Min y Aviendha lo miraban como si fuese un pastelillo! Con esfuerzo consiguió que su propia sonrisa fuera menos… ansiosa—. En mis aposentos, creo. No hay necesidad de molestar a Nynaeve y a Lan. —Más bien, temía que la antigua Zahorí intentara impedirlo si lo oía. Era muy rápida a la hora de hacer valer su autoridad en lo referente a asuntos Aes Sedai.

—Sí —contestó lentamente Rand. Y luego, curiosamente, añadió—: Ya te dije que habías ganado, Nynaeve. No me marcharé sin verte antes.

—¡Oh! —Nynaeve dio un respingo—. Sí. Por supuesto que no. Lo he visto crecer —parloteó al tiempo que dirigía una sonrisa descompuesta a Elayne—. Casi desde el principio. Lo vi dar sus primeros pasos. No puede marcharse sin antes sostener una larga charla conmigo.

Elayne la observó con recelo. Luz, hablaba de un modo que recordaba a una vieja niñera. Aunque Lini nunca había divagado de ese modo. Esperaba que Lini siguiera viva y en perfectas condiciones, pero se temía mucho que no fuera verdad ni lo uno ni lo otro. ¿Por qué actuaba así Nynaeve? La mujer se traía algo entre manos; y, si no pensaba recurrir a su posición para llevarlo a cabo, entonces se trataba de algo que hasta ella sabía que no era correcto.

De repente Rand pareció ondear, como si el aire que lo rodeaba rielara por el calor, y Elayne se olvidó de todo lo demás. En un instante era… otro, más bajo y grueso, tosco y bruto. Y de aspecto tan repulsivo que ni siquiera consideró el hecho de que él estaba utilizando la mitad masculina del Poder. El negro y grasiento cabello le caía sobre un rostro de palidez enfermiza en el

Librodot

que abundaban las verrugas con pelo, incluida una en la bulbosa nariz, encima de los gruesos y fláccidos labios por los que la baba parecía a punto de resbalar. Entrecerró los ojos y tragó con esfuerzo, aferrándose a los brazos del sillón, como si no pudiese soportar verlas observándolo.

—Sigues siendo maravilloso, Rand —dijo Elayne con delicadeza.

—Ja! —saltó Min—. ¡Esa cara haría que una cabra se desmayara!

Bueno, era cierto, pero Min no debería haberlo dicho. Aviendha se echó a reír.

—Tienes sentido del humor, Min Farshaw. Esa cara haría que un rebaño entero de cabras cayera redondo por la impresión.

Oh, Luz. ¡Sí que lo conseguiría! Elayne se tragó una carcajada justo a tiempo.

—Soy quien soy —contestó Rand mientras se levantaba del sillón—. Sólo que no lo veis.

Cuando Deni vio a Rand con el disfraz, la sonrisa se borró en el rostro de la baja y fornida mujer. Caseille se quedó boquiabierta. «Adiós a las ideas de amantes secretos», pensó Elayne, riendo divertida para sus adentros. Estaba convencida de que Rand atraía tantas miradas como las mujeres de la guardia, caminando desgarbadamente entre ellas, con un gesto ceñudo y hosco. Desde luego nadie sospecharía quién era. Los criados con los que se cruzaron por los pasillos a buen seguro pensaron que lo habían prendido al sorprenderlo cometiendo un delito. Su aspecto encajaba perfectamente con tal suposición. Caseille y Deni no le quitaban ojo de encima como si ellas pensasen lo mismo.

Las dos mujeres casi llegaron a discutir cuando se dieron cuenta de que Elayne tenía intención de hacerlas esperar fuera de sus aposentos mientras ellas tres conducían dentro al hombre. De repente el disfraz de Rand ya no parecía divertido en absoluto. Caseille apretó los labios, y la ancha cara de Deni adquirió un gesto de tozudo desagrado. Elayne casi tuvo que agitar ante sus narices el anillo de la Gran Serpiente para conseguir que ocuparan sus puestos junto a la puerta; ceñudas, claro. Cerró tras de sí la puerta con suavidad, dejando fuera aquellas expresiones malhumoradas, pero en realidad le habría gustado dar un fuerte portazo. Luz, el maldito hombre podría haber escogido algo un poco menos *desagradable* para su disfraz.

En cuanto a él, fue directamente hacia la mesa taraceada y se apoyó en ella mientras el aire rielaba a su alrededor y recobraba su propia apariencia. Las cabezas de los dragones en el envés de las manos brillaban con un centelleo metálico, rojas y doradas.

—Necesito beber —dijo con voz pastosa al fijarse en la jarra plateada de cuello alto que había sobre la mesa alargada, pegada a la pared.

Todavía sin mirarlas ni a ella ni a Min ni a Aviendha se dirigió con pasos inestables hacia allí y llenó una copa de plata que casi vació de un trago. El vino dulce con especias lo habían dejado cuando se llevaron el servicio de desayuno, de modo que debía de estar helado a estas alturas. No esperaban que volviera a sus aposentos tan pronto, y el fuego del hogar eran meras ascuas bajo las cenizas. Sin embargo, que ella viera, no hizo intención de calentar el vino encauzando, pues al menos habría debido salir algo de vapor del líquido. ¿Y por qué había ido hasta la mesa para coger el vino, en lugar de encauzar para trasladarlo hasta donde se encontraba él? Era el tipo de cosas que él solía hacer, que las copas o las lámparas flotaran de un sitio a otro con flujos de Aire..

—¿Te encuentras bien, Rand? —preguntó Elayne—. Quiero decir que si

estás enfermo. —El estómago se le contrajo con la idea de qué enfermedad podría ser, tratándose de él—. Nynaeve puede…

—Estoy todo lo bien que cabe esperar —repuso impasible. Seguía de espaldas a ellas. Vació del todo la copa y la volvió a llenar—. Bien, ¿qué es lo que no queréis que oiga Nynaeve?

Elayne enarcó las cejas; luego hubo un intercambio de miradas con Aviendha y Min. Si él se había dado cuenta del subterfugio, entonces también lo había hecho Nynaeve, sin lugar a dudas. ¿Por qué las había dejado marcharse? ¿Y cómo lo había pillado él? Aviendha sacudió levemente la cabeza, sorprendida. Min también sacudió la cabeza, pero con una sonrisa que venía a decir que debían esperar de él cosas así de vez en cuando. Elayne sintió una fugaz punzada —no exactamente de celos; los celos quedaban descartados entre ellas— de irritación porque Min hubiese pasado tanto tiempo con él y ella no. En fin, si Rand quería entrar en el juego de las sorpresas…

—Queremos vincularte de Guardián —dijo, arreglando los vuelos del vestido mientras tomaba asiento en un sillón. Min lo hizo en la mesa, con las piernas colgando, y Aviendha se acomodó en la alfombra, cruzada de piernas, y extendió con cuidado la falda de gruesa lana—. Las tres. Es costumbre pedirlo antes.

Él se volvió bruscamente, tanto que se derramó parte del vino de la copa y más de la jarra de la que se estaba sirviendo antes de que reaccionara y la pusiera derecha. Mascullando una maldición se apartó de la humedad que se extendía en la alfombra y soltó la jarra en la bandeja. Una gran mancha oscura decoraba su tosca chaqueta, así como gotas de vino que intentó sacudirse con la mano libre. Muy satisfactorio, sí.

—Estáis realmente locas —gruñó—. Sabéis lo que me aguarda. Sabéis lo que eso significa para cualquier mujer que esté vinculada conmigo. Aun en el caso de que no me vuelva loco, tendrá que pasar por la experiencia de sentir mi muerte y soportarlo hasta que lo supere. Además, ¿qué quieres decir con que las tres, Elayne? Min no puede encauzar. En cualquier caso, Alanna Mosvani se os adelantó, sin molestarse en pedirlo antes. Ella y Verin llevaban a varias chicas de Dos Ríos a la Torre Blanca. Hace dos meses que estoy vinculado.

—¿Y no me lo has dicho, pastor cabeza hueca? —demandó Min—. ¡Si lo hubiese sabido…! —Sacó hábilmente un cuchillo de la manga; después miró con ferocidad el arma y volvió a guardarla. Ese remedio habría sido tan duro para Rand como para Alanna.

—Eso fue en contra de la costumbre —comentó Aviendha, casi preguntando. Rebulló en la alfombra y toqueteó el cuchillo de su cinturón.

—Totalmente —repuso Elayne con expresión sombría. Que una hermana hiciese tal cosa a cualquier hombre era repugnante, pero ¡que Alanna se lo hubiese hecho nada menos que a Rand…! Recordó a la morena y fogosa Verde, con su humor impetuoso y su temperamento impetuoso—. ¡Alanna tiene más *toh* con él de lo que pueda compensar en una vida entera! Y con nosotras. ¡Y, aunque no muera, deseará que la hubiera matado después de que le ponga las manos encima!

—Después de que le pongamos las manos encima —dijo Aviendha, que asintió para dar énfasis a sus palabras.

—Bien. —Rand miraba fijamente el vino de la copa—. Veréis que todo esto no tiene razón de ser. Eh… creo que será mejor que me reúna con Nynaeve ahora. ¿Vienes, Min? —A despecho de lo que le habían dicho

Librodot

hablaba como si no lo creyera realmente, como si Min fuese a abandonarlo ahora. No había miedo en su voz, sólo resignación.

—Claro que la tiene —insistió Elayne. Se inclinó hacia él, tratando de hacerle aceptar lo que decía por pura fuerza de voluntad—. Un vínculo no te escuda de otro. Si las hermanas no vinculan al mismo hombre es por costumbre, Rand, porque no quieren compartirlo, no porque no pueda hacerse. Y tampoco va contra la ley de la Torre. —Por supuesto, algunas costumbres tenían tanto peso como la ley, al menos para las hermanas. Nynaeve no dejaba de dar la lata, más y más cada día, sobre conservar las tradiciones y la dignidad Aes Sedai. Cuando se enterase de esto, seguramente pondría el grito en el cielo—. Bien, pues, ¡nosotras sí que queremos compartirte! Te compartiremos, si accedes.

¡Qué fácil le había resultado decirlo! Hubo un tiempo en que estaba convencida de que no podría. Hasta que comprendió que quería a Aviendha tanto como a él, sólo que de un modo diferente. Y a Min también; otra hermana, aunque no se hubiesen adoptado. Si se le presentaba la ocasión, azotaría a Alanna hasta cubrirla de verdugones de la cabeza a los pies, pero con Aviendha y Min era distinto. Formaban parte de ella. En cierto modo eran ella, y viceversa.

—Te lo estoy pidiendo, Rand. —Suavizó su tono—. Te lo estamos pidiendo. Por favor, déjanos vincularte.

—Min —murmuró él, casi en tono acusador. Sus ojos se posaron llenos de desesperación en el rostro de Min—. Lo sabías, ¿verdad? Sabías que si las veía... —Sacudió la cabeza, incapaz de continuar o no queriendo hacerlo.

—Ignoraba lo del vínculo hasta que me lo contaron hace menos de una hora —contestó ella, sosteniendo su mirada con una ternura que Elayne jamás había visto—. Pero sabía, esperaba, lo que ocurriría si volvías a verlas. Algunas cosas han de ser, Rand. Han de ser.

Rand clavó la vista en la copa de vino; los segundos parecieron alargarse como horas. Finalmente la dejó en la bandeja.

—De acuerdo —respondió quedamente—. No puedo decir que no lo desee, porque mentiría. ¡Así la Luz me abrase por ello! Pero pensad en el precio. El que vosotras pagaréis.

Elayne no necesitaba pensar en eso. Lo había sabido desde el principio, lo había discutido con Aviendha para asegurarse de que ella también lo entendía. Se lo había explicado a Min. Toma lo que quieres y paga por ello, como rezaba el viejo dicho. Ninguna de ellas tenía que pensar sobre el precio; lo sabían y estaban dispuestas a pagarlo. Pero no había tiempo que perder. Ni siquiera ahora las tenía todas consigo de que él decidiese en el último momento que el precio era demasiado alto. ¡Como si la decisión fuese suya!

Se abrió al *Saidar,* se coligó con Aviendha, compartiendo una sonrisa con ella. La percepción incrementada de la otra, ese compartir más íntimo de emociones y sensaciones físicas, siempre era un placer con su hermana. Se parecía mucho a lo que compartirían muy pronto con Rand. Lo había preparado cuidadosamente, estudiándolo desde todos los ángulos. Lo que había aprendido de los tejidos Aiel de la adopción había sido de gran ayuda. En aquella ceremonia fue cuando se le ocurrió la idea por primera vez.

Tejió Energía, un flujo de más de cien hilos, cada uno colocado con precisión, y situó el tejido sobre Aviendha, sentada en el suelo, y a continuación hizo otro tanto con Min, sentada en el tablero de la mesa. En cierto modo, no eran dos tejidos separados en absoluto. Brillaban con una similitud precisa, y parecía que al mirar uno también veía el otro. No eran

los tejidos utilizados en la ceremonia de adopción, pero sí se basaban en los mismos principios esenciales. Se incluían; lo que le ocurría a alguien engranado en ese tejido, les ocurría a todos los que estuvieran engranados en él. Tan pronto como los tejidos quedaron acomodados, pasó la dirección del círculo de dos a Aviendha. Los tejidos ya hechos se mantuvieron, y Aviendha tejió inmediatamente otros idénticos alrededor de Elayne y después alrededor de Min otra vez, y los fundió con los de Elayne hasta que no se distinguieron unos de otros, antes de pasar el control a Elayne de nuevo. Ahora lo hacían con facilidad, después de muchísima práctica. Cuatro tejidos o, más bien, ahora tres, y sin embargo parecían el mismo.

Todo estaba dispuesto. Aviendha era una roca de seguridad, más firme de lo que jamás había sentido en Birgitte. Min seguía sentada en la mesa, asiendo el borde con las manos, y las piernas cruzadas por los tobillos; no podía ver los flujos, pero le dedicó una sonrisa de aplomo que sólo se echó a perder un poco cuando se lamió los labios. Elayne respiró profundamente. A sus ojos, las tres estaban rodeadas y arropadas en una delicada tracería de Energía que hacía parecer soso y sin gracia el más fino encaje. Y ahora sólo quedaba que funcionase como creía que lo haría.

Desde cada una de ellas extendió el tejido en finas hebras hacia Rand, retorciendo las tres hasta formar una sola, y cambiándola en el vínculo de Guardián. Aquel flujo lo puso sobre Rand con tanta delicadeza como si estuviera tapando a un bebé con una manta. La telaraña de Energía se acopló alrededor de él, entró en él. Rand ni siquiera parpadeó, pero estaba hecho. Elayne soltó el *Saidar.* Hecho.

Él la miró fijamente, inexpresivo, y se llevó los dedos a las sienes despacio.

—Oh, Luz, Rand, el dolor —murmuró Min con la voz preñada de angustia—. No lo sabía; jamás lo imaginé. ¿Cómo puedes soportarlo? Hay dolores de los que ni siquiera pareces ser consciente, como si hubieses vivido con ellos desde hace tanto tiempo que ya forman parte de ti. Esas garzas en tus manos; todavía puedes sentir la marca ardiente. ¡Y esas cosas de tus brazos duelen! Y tu costado. ¡Oh, Luz, tu costado! ¿Por qué no estás gritando, Rand? ¿Por qué no gritas?

—Es el Car'a'carn —dijo, riendo, Aviendha—, ¡fuerte como la propia Tierra de los Tres Pliegues! —Su semblante denotaba orgullo, oh, cuánto orgullo; pero aun riendo las lágrimas resbalaban por sus morenas mejillas—. Las vetas de oro. Oh, las vetas de oro. Me amas, Rand.

Elayne se limitaba a mirarlo fijamente, sintiéndolo dentro de su mente. El dolor de heridas y daños que realmente había olvidado. La tensión y la incredulidad; el asombro. Sin embargo, sus emociones eran demasiado rígidas, como un nudo de resina de pino endurecida, casi pétrea. Empero, entretejidas con esas emociones, unas vetas doradas vibraban y brillaban cada vez que miraba a Min o a Aviendha. O a ella. La amaba. Las amaba a las tres. Y aquello hizo que deseara echarse a reír de júbilo. Otras mujeres podrían albergar dudas, pero ella siempre sabría la verdad de su amor por ella.

—Quiera la Luz que sepáis lo que habéis hecho —musitó él—. Quiera la Luz que no os... —La resina de pino se tornó un poco más dura. Estaba convencido de que sufrirían daño, y ya se estaba armando de valor—. Yo... He de irme ya. Al menos ahora sabré que estáis bien; no tendré que preocuparme por vosotras. —De repente sonrió; casi habría parecido un muchacho si la expresión también hubiese llegado a sus ojos—. Nynaeve

Librodot

estará frenética pensando que me he escabullido sin verla. Tampoco es que no se merezca ponerse un poco nerviosa.

—Hay algo más, Rand —dijo Elayne, que se calló para tragar saliva. Luz, y ella que había pensado que esta parte sería la fácil.

—Supongo que Aviendha y yo deberíamos hablar mientras tengamos ocasión —se apresuró a intervenir Min mientras se bajaba de un salto de la mesa—. En algún sitio en el que podamos estar solas. ¿Nos disculpáis?

Aviendha se levantó grácilmente de la alfombra y se alisó la falda.

—Sí. Min Farshaw y yo tenemos que conocernos mejor. —Miró a Min con aire dubitativo y se ajustó el chal. Pero salieron del cuarto agarradas del brazo.

Rand las siguió con la mirada, receloso, como si supiera que su marcha estaba planeada. Un lobo acorralado. Pero esas vetas de oro resplandecían dentro de la mente de Elayne.

—Hay algo tuyo que ellas tienen y yo no —empezó Elayne, que se atragantó al tiempo que enrojecía hasta la raíz del pelo.

¡Maldición! ¿Cómo encaraban esto otras mujeres? Con cuidado percibió dentro de la cabeza el manojo de sensaciones que era él, y el otro que era Birgitte. Todavía no había cambios en el segundo. Imaginó que lo envolvía en el pañuelo y que ataba éste prietamente, y Birgitte desapareció. Sólo quedó Rand. Y aquellas brillantes vetas. En su estómago ahora aleteaban mariposas del tamaño de perros lobo. Tragó saliva con dificultad y respiró muy, muy hondo.

—Tendrás que ayudarme con los botones —dijo, temblándole la voz—. No puedo quitarme el vestido yo sola.

Las dos mujeres de la guardia se movieron cuando Min salió al corredor con la Aiel, y se pusieron muy tiesas al cerrar aquélla la puerta, dándose cuenta de que nadie más salía del cuarto.

—Su gusto no puede ser tan malo —masculló entre dientes la baja y robusta de mirada adormilada, al tiempo que sus manos se tensaban sobre el largo garrote. Min suponía que el comentario no iba destinado a que lo oyese nadie.

—Demasiado coraje y demasiada inocencia —gruñó la delgada—. El capitán general nos advirtió sobre eso. —Puso una mano enguantada en la manilla con forma de cabeza de león.

—Entra ahí ahora, y puede que también te desuelle —dijo Min con aire risueño—. ¿Alguna vez la has visto encolerizada? ¡Podría hacer llorar a un oso!

Aviendha se soltó del brazo de Min y puso cierta distancia entre ambas. Sin embargo, su ceño se dirigió a las mujeres de la guardia.

—¿Dudáis que mi hermana sea capaz de encargarse de un único hombre? Es una Aes Sedai, y tiene el corazón de un león. ¡Y vosotras habéis jurado seguirla! Vais a donde os conduzca, pero no metéis la nariz donde no os llaman.

Las dos guardias intercambiaron una larga mirada. La mujer más gruesa se encogió de hombros. La delgada torció el gesto, pero retiró la mano del picaporte.

—He jurado mantener viva a esa muchacha —dijo con voz dura—, y tengo intención de cumplirlo. Así que vosotras, pequeñas, id a jugar con vuestras muñecas y dejadme hacer mi trabajo.

Min se planteó la idea de sacar un cuchillo y realizar uno de los

malabarismos que Thom Merrilin le había enseñado. Sólo para demostrar quién era una niña. La mujer delgada no era joven, pero no había canas en su cabello, y parecía bastante fuerte. Y rápida. Min deseaba creer que parte del volumen de la otra mujer era grasa, pero lo dudaba. No veía imágenes ni halos alrededor de ninguna de ellas, pero tampoco mostraban el menor temor a hacer lo que quiera que considerasen necesario hacer. Bueno, al menos iban a dejar en paz a Rand y Elayne. Quizás el cuchillo no era necesario.

Por el rabillo del ojo advirtió que la Aiel apartaba de mala gana la mano del cuchillo de su cinturón. Si no dejaba de imitarla de ese modo, iba a empezar a pensar que había algo más en ese tejemaneje del Poder de lo que le habían contado. Claro que la cosa había empezado antes del tejemaneje con el Poder. Quizás es que pensaban de un modo parecido. Una idea perturbadora. Luz, toda esa charla sobre que se casara con las tres estaba muy bien para tema de conversación, pero ¿con cuál de ellas iba a casarse realmente?

—Elayne es valiente —les dijo a las mujeres de la guardia—. Tan valiente como la que más. Y no es estúpida. Si empezáis a pensar que lo es, a no tardar iréis por mal camino con ella. —Las dos mujeres la miraron desde la ventaja que les daban los quince o veinte años que le sacaban, firmes, impasibles y resueltas. Dentro de un momento volverían a decirle que se fuera a jugar—. En fin, no podemos seguir aquí, plantadas como pasmarotes si queremos hablar, ¿verdad, Aviendha?

—No —repuso la Aiel con voz tensa, sin dejar de mirar fieramente a las mujeres de la guardia—. No podemos quedarnos.

Las otras dos mujeres no dieron señal de reparar siquiera en su marcha. Tenían un trabajo que hacer, y éste no incluía observar a las amigas de Elayne. Min esperaba que realizasen bien su tarea. «No es estúpida en absoluto —pensó—. Sólo se deja llevar por su valor en ocasiones.» Confiaba en que no la dejaran meterse en marañales de los que no pudiese salir.

Mientras caminaban pasillo adelante, observó de soslayo a la Aiel. Aviendha andaba tan separada de ella como era posible sin tener que irse a otro corredor. Sin mirar siquiera en dirección a Min, sacó un brazalete de marfil tallado con formas complejas que llevaba guardado en la bolsita del cinturón, y se lo puso en la muñeca izquierda con una leve y satisfecha sonrisa. Había estado de uñas desde el principio, y Min no entendía por qué. Se suponía que los Aiel estaban acostumbrados a que las mujeres compartiesen a un hombre; que era muchísimo más de lo que podía decir sobre sí misma. Lo que ocurría es que lo amaba tanto que estaba dispuesta a compartir, y si no quedaba más remedio que hacerlo prefería compartirlo con Elayne. Con ella no era nada parecido a compartir. Esta Aiel, en cambio, era una extraña. Elayne había dicho que era importante que las dos se conocieran, pero ¿cómo podían hacerlo si esa mujer no parecía querer hablar con ella?

Con todo, no pasó mucho tiempo preocupándose por Elayne ni por Aviendha. Lo que había en su mente era demasiado maravilloso. Rand. Un pequeño núcleo que le revelaba todo sobre él. Había tenido la seguridad de que todo el asunto fallaría, para ella al menos. ¿Qué se sentiría al hacer el amor con él después de esto, sabiéndolo absolutamente todo? ¡Luz! Por supuesto, también Rand lo sabría todo sobre ella. ¡Desde luego, no estaba muy segura de lo que sentía respecto a eso!

Librodot

De repente se dio cuenta de que el manojo de emociones y sensaciones no era igual que al principio. Había un... rojo fragor ahora, como un rugiente incendio arrasando un bosque seco como yesca. ¿Qué podría...? ¡Luz! Tropezó y recobró el equilibrio a tiempo de no irse al suelo. ¡Si hubiese sabido que alentaba dentro de él aquel horno, aquella abrasadora ansia, le habría dado miedo dejarlo que la tocara! Por otro lado... Podría ser agradable saber que ella hacía estallar semejante infierno. Se moría de impaciencia por comprobar si ella le producía el mismo efecto que... Volvió a tropezar, y en esta ocasión tuvo que agarrarse a un arcón alto de complejas tallas. ¡Oh, Luz! ¡Elayne! Min sentía el rostro ardiéndole. ¡Aquello era como espiar entre las cortinas del lecho!

Probó rápidamente el truco del que Elayne le había hablado, imaginando que ataba el núcleo de emociones en su pañuelo. No ocurrió nada. Lo intentó de nuevo, frenéticamente, pero el rugiente fuego siguió allí. Tenía que dejar de mirar, dejar de sentir. ¡Cualquier cosa con tal de tener la atención en cualquier otra parte, menos allí. ¡Cualquier cosa! Quizá, si se ponía a hablar...

—Debería haberse tomado la infusión de corazoncilla —balbució. Jamás decía lo que veía excepto a los implicados, y sólo cuando éstos querían oírlo, pero tenía que hablar, de lo que fuera—. Va a quedarse embarazada. Dos criaturas, un niño y una niña, ambos sanos y fuertes.

—Ella quiere sus bebés —murmuró la Aiel. Sus verdes ojos miraban fijamente al frente; tenía prieta la mandíbula, y el sudor le perlaba la frente—. Yo tampoco tomaré la infusión si... —Se sacudió y dirigió una mirada ceñuda a Min desde el ancho del pasillo que las separaba—. Mi hermana y las Sabias me hablaron de ti. ¿De verdad ves cosas sobre la gente que se hacen realidad?

—A veces. Y, si entiendo lo que significan, se cumplen —contestó Min. Sus voces, altas para escucharse la una a la otra, resonaron en el pasillo. Los criados con uniformes rojos y blancos se volvieron para mirarlas. Min se acercó al centro del corredor. Se acercaría la mitad del camino a la otra mujer, ni un centímetro más. Al cabo de un momento, Aviendha se situó a su lado.

Min se preguntó si debía contarle lo que había visto mientras estaban todos juntos. También Aviendha tendría bebés de Rand. ¡Cuatro a la vez! Sin embargo, en aquello había algo extraño. Los bebés nacerían sanos, pero aun así seguía habiendo algo raro. Y a menudo a la gente no le gustaba saber su futuro, aun cuando dijese que sí. Ojalá hubiera alguien que pudiese decirle si ella *también...*

Caminaban en silencio, y Aviendha se enjugó el sudor de la cara y tragó saliva con esfuerzo. Min también tuvo que tragar. Todo lo que Rand estaba sintiendo se encontraba en aquel núcleo. ¡Todo!

—El truco del pañuelo ¿tampoco te ha funcionado a ti? —preguntó con voz ronca.

Aviendha parpadeó y el rubor le enrojeció la cara.

—Eso está mejor —dijo al cabo de un momento—. Gracias, yo... Con él dentro de la cabeza se me había olvidado. —Frunció el entrecejo—. ¿A ti no te funcionó?

Min sacudió la cabeza con abatimiento. ¡Esto era indecente!

—Pero hablar me ayuda. —Tenía que hacerse amiga de esta mujer, de algún modo, si querían que aquel peculiar asunto tuviese alguna esperanza de funcionar—. Lamento lo que he dicho. Sobre lo del *toh,* me refiero.

Conozco un poco vuestras costumbres. Hay algo en ese hombre que me vuelve impertinente y atrevida. Soy incapaz de controlar la lengua. Pero no pienses que voy a dejarte que empieces a azotarme o a trincharme. Puede que tenga *toh,* pero habremos de encontrar otro modo de satisfacerlo. Siempre podría ocuparme de almohazar tu caballo, cuando tengamos tiempo.

—Eres tan orgullosa como mi hermana —murmuró Aviendha, fruncido el entrecejo. ¿Qué quería decir con eso?—. También tienes un buen sentido del humor. —Parecía que hablara consigo misma—. No te pusiste en ridículo respecto a Rand y a Elayne, como haría la mayoría de las mujeres de las tierras húmedas. Y me recordaste lo de... —Con un suspiro, se subió el chal hasta los hombros—. Sé dónde hay algo de *oosquai.* Si te emborrachas lo bastante para no pensar, entonces... —Iba mirando al frente y de repente se quedó parada en seco—. ¡No! —gruñó—. ¡Todavía no!

Min se quedó boquiabierta al ver quién venía en su dirección. La consternación alejó de golpe a Rand de su pensamiento. Por comentarios oídos, sabía que el capitán general de la guardia de Elayne era una mujer y, además, su Guardián, pero nada más. Esa mujer tenía una gruesa trenza rubia, tejida de manera compleja, echada sobre el hombro de la chaqueta corta, de color rojo y con cuello blanco, y sus amplios pantalones iban metidos en las botas de tacón, tan altos como los de Min. A su alrededor se agitaban halos e imágenes fugaces, más de los que Min había visto nunca alrededor de nadie, miles aparentemente, que se precipitaba en cascada unos sobre otros. El capitán general de la guardia y Guardián de Elayne se... tambaleó ligeramente, como si ya le hubiese dado al *oosquai.* Los sirvientes que la veían decidieron que tenían trabajo que hacer en otra parte de palacio y las dejaron solas en el pasillo. Aparentemente no vio a Min ni a Aviendha hasta que casi topó con ellas.

—¡Maldición! Tú la ayudaste en esto, ¿verdad? —gruñó mientras clavaba los vidriosos ojos azules en la Aiel—. Primero desaparece de mi mente, ¡y después...! —Se estremeció y tuvo que hacer un esfuerzo visible para controlarse, pero incluso entonces su respiración siguió siendo agitada. Sus piernas parecían no querer sostenerla en pie. Se lamió los labios, tragó saliva y continuó, furiosa—. ¡Así se abrase, no puedo concentrarme lo suficiente para desentenderme de ello! ¡Deja que te diga que si está haciendo lo que creo que está haciendo, voy a ir dándole patadas por todo el jodido palacio, y después la azotaré en el trasero de manera que no pueda sentarse en un mes aunque tenga que encontrar horcaria para hacerlo! ¡Y a ti también!

—Mi primera hermana es una mujer adulta, Birgitte Trahelion —replicó Aviendha. A despecho de su tono truculento, tenía encogidos los hombros y no sostenía directamente la mirada de la otra mujer—. ¡Tienes que dejar de tratarnos como si fuésemos niñas!

—Cuando se comporte como una adulta, entonces la trataré como tal, pero no tiene derecho a hacer esto, ¡no dentro mi jodida cabeza! ¡No dentro de mi...! —De repente, los azules ojos de Birgitte se desorbitaron. La mujer rubia abrió la boca y se habría desplomado si Min y Aviendha no la hubiesen cogido por los brazos. Apretó los párpados y soltó un sollozo, sólo uno, y gimió—. ¡Un mes no, dos! —Se sacudió las manos de las otras dos mujeres de un tirón, se puso erguida y clavó en Aviendha los ojos azul claro como agua y tan duros como el hielo—. Aíslala de mí y dejaré que salgas de esto sin llevarte tu parte.

Librodot

La mirada hosca e indignada que le dirigió Aviendha le resbaló.

—¡Eres Birgitte Arco de Plata! —exclamó Min. Había estado segura de ello aun antes de que Aviendha dijese el nombre. No era de extrañar que la Aiel se comportase como si temiera que aquellas amenazas fueran a llevarse a cabo en ese mismo instante. ¡Birgitte Arco de Plata!—. ¡Te vi en Falme!

Birgitte dio un respingo, como si alguien le hubiese tocado el trasero, y después echó un rápido vistazo en derredor. Al comprobar que se encontraban solas, se relajó. Un poco. Miró a Min de arriba abajo.

—Vieras lo que vieses, Arco de Plata ha muerto —manifestó, rotunda—. Ahora soy Birgitte Trahelion, nada más. —Sus labios se torcieron con una mueca sarcástica—. La jodida «lady» Birgitte Trahelion, si no te importa. Así bese a una cabra en el Día de la Madre si no puedo remediar eso. ¿Y quién demonios eres tú? ¿Vas siempre exhibiendo las piernas como una puñetera danzarina de las plumas?

—Soy Min Farshaw —replicó, cortante. ¿Y ésa era Birgitte Arco de Plata, heroína de cientos de leyendas? ¡Era una malhablada! ¿Y a qué se refería con lo de que Arco de Plata había muerto? ¡Pero si la tenía justo delante! Además, esa multitud de imágenes y halos se sucedían demasiado deprisa para que las captara claramente, pero no le cabía duda de que señalaban más aventuras de las que una mujer podía tener a lo largo de toda una vida. Cosa extraña, algunas imágenes estaban conectadas con un hombre feo que era mayor que ella, y otras a un hombre feo que era mucho más joven, pero de algún modo Min supo que se trataba de la misma persona. Ni que fuese una leyenda ni que no, aquel aire de superioridad la irritaba sobremanera—. Elayne, Aviendha y yo acabamos de vincular a un Guardián —dijo sin pensar—. Y si Elayne lo está celebrando un poco, en fin, más vale que lo pienses dos veces antes de entrar en su cuarto como un vendaval, o serás tú la que acabe con las posaderas doloridas.

Aquello bastó para ser de nuevo consciente de Rand. El ardiente incendio seguía allí, en absoluto atenuado, pero gracias a la Luz él ya no... La sangre se le agolpó en las mejillas. Rand había yacido en sus brazos suficientes veces, sin aliento entre el revoltijo de ropas de la cama, ¡pero esto parecía realmente cotillear entre las cortinas!

—¿Él? —dijo quedamente Birgitte—. ¡Por la leche de una madre! Podría haberse enamorado de un cortabolsas o un cuatrero, pero tuvo que elegirlo a él, la muy necia. Por lo que vi en ese sitio que has mencionado, es demasiado guapo para ser bueno para cualquier mujer. En cualquier caso, tiene que parar.

—¡No tienes derecho! —insistió Aviendha con voz malhumorada.

Birgitte adoptó una actitud de paciencia. Tensa, pero de paciencia al fin y al cabo.

—Puede que su comportamiento sea tan apropiado como el de una doncella talmouri excepto cuando llega la hora de poner la cabeza en el tajo, pero creo que acabará teniendo el valor de conducirlo por los mismos pasos otra vez y, aunque haga lo que hizo hace un rato para que yo no la sintiese, se le olvidará y la tendré de nuevo en mi cabeza. ¡Y maldita sea si consiento pasar por lo mismo una vez más! —Cuadró los hombros, obviamente dispuesta a reanudar la marcha y enfrentarse a Elayne.

—Enfócalo como una buena broma —dijo Aviendha, suplicante. ¡Suplicante!—. Te ha gastado una buena broma, eso es todo.

La mueca en los labios de Birgitte puso de manifiesto la opinión que le merecía eso.

Librodot

—Hay un truco que Elayne me dijo —se apresuró a intervenir Min al tiempo que agarraba a Birgitte de la manga—. A mí no me funcionó, pero quizás...

Por desgracia, después de explicárselo...

—Sigue ahí —informó Birgitte al cabo de un momento, el gesto sombrío—. Apártate de mi camino, Min Farshaw, o... —instó mientras se soltaba el brazo.

—*¡Oosquai!* —La voz de Aviendha se alzó desesperadamente. ¡De hecho se retorcía las manos!—. ¡Sé donde hay *oosquai!* ¡Si se está ebrio...! ¡Por favor, Birgitte! Yo... me comprometeré a obedecerte, como una aprendiza a su maestra, ¡pero por favor, no la interrumpas! ¡No la avergüences así!

—*¿Oosquai?* —murmuró Birgitte mientras se frotaba la mandíbula—. ¿Se parece al brandy? Ummm. ¡Creo que la chica está poniéndose colorada! En realidad actúa como una mojigata la mayor parte del tiempo, ¿sabéis? ¿Una broma, decías? —De repente sonrió y extendió los brazos—. Condúceme a ese *oosquai,* Aviendha. No sé qué pensaréis hacer vosotras, pero yo voy a emborracharme lo bastante para... quitarme la ropa y ponerme a bailar sobre la mesa. Y ni un pelo más.

Min no entendía nada, y tampoco por qué Aviendha se quedaba mirando fijamente a Birgitte y de repente empezaba a reír diciendo que era «una broma fantástica», pero lo que sí sabía de seguro era la razón de que Elayne estuviera enrojeciendo, si es que era cierto. Ese duro núcleo de sensaciones en su cabeza era otra vez un fuego abrasador y descontrolado.

—¿Podríamos ir ya por ese *oosquai?* —pidió—. ¡Quiero emborracharme como una rata ahogada, y deprisa!

Cuando Elayne despertó a la mañana siguiente el dormitorio estaba helado, caía una ligera nevada sobre Caemlyn, y Rand se había marchado. Excepto dentro de su cabeza. Eso bastaría. Sonrió; una lenta sonrisa. Por ahora bastaría. Se estiró lánguidamente bajo las mantas y recordó su entrega y su abandono la noche anterior —¡y también buena parte del nuevo día! ¡Casi no podía creer que hubiera sido ella!— y pensó que debería estar roja como la grana. Pero quería ser desenfrenada con Rand, y no creía que jamás volviera a sonrojarse por nada relacionado con él.

Y lo mejor de todo era que le había dejado un regalo. Sobre la almohada, cuando despertó, había un lirio dorado recién florecido, con el rocío fresco en los lozanos pétalos. No imaginaba dónde habría podido encontrar esa flor en pleno invierno. Realizó un tejido de Conservación alrededor del lirio y lo dejó sobre una de las mesillas, donde lo vería cada mañana al despertar. El tejido se lo había enseñado Moghedien, pero mantendría la flor fresca para siempre, sin que las gotas de rocío se evaporaran, un recordatorio constante del hombre al que había entregado su corazón.

La mañana comenzó con la noticia de que Alivia había desaparecido durante la noche, un asunto serio que tenía alborotadas a las Allegadas. Y, hasta que Zaida apareció hecha una furia porque Nynaeve no había acudido a una lección con las Atha'an Miere, no se enteró de que también la antigua Zahorí y Lan se habían marchado de palacio, y nadie sabía adónde o cómo. Hasta mucho después no supo que de la colección de *angreal* y *ter'angreal* que había traído de Ebou Dar faltaban los tres *angreal* más poderosos, además de otros objetos. Algunos de esos últimos, estaba segura, eran a propósito para una mujer que esperara que la atacaran en cualquier

Librodot

momento con el Poder Único. Lo cual hizo aún más inquietante la nota rápidamente garabateada por Nynaeve y que ésta había dejado entre los restantes objetos.

Librodot

CAPÍTULO 13

Noticias fantásticas

En el salón del Palacio del Sol hacía frío a pesar de los fuegos que ardían alegremente en las chimeneas ubicadas a ambos extremos de la estancia, de las gruesas alfombras y del inclinado techo de cristal que permitía que entrase la intensa luz matinal cuando la nieve retenida en los montantes de los ventanales no la ocultaba, pero resultaba apropiado para dar audiencias. Cadsuane había pensado que era mejor no apropiarse del salón del trono. Hasta el momento, lord Dobraine no había dicho palabra respecto a que ella estuviera reteniendo a Caraline Damodred y a Darlin Sisnera —no se le ocurría un modo mejor de impedir que continuaran con sus engorrosas travesuras que tenerlos bajo un férreo control—, pero Dobraine podría empezar a alborotar si presionaba más de lo que él consideraba adecuado. Estaba demasiado unido al chico para que ella quisiera forzarle la mano, y además era fiel a sus juramentos. Podía echar la vista atrás y recordar sus propios fracasos, algunos amargamente lamentados, y errores que habían costado vidas, pero no podía permitirse cometer un fallo aquí. En absoluto. ¡Luz, cómo deseaba morder a alguien!

—¡Exijo la entrega de mi Detectora de Vientos, Aes Sedai! —Harine din Togara, vestida totalmente con seda brocada verde, se encontraba sentada enfrente de Cadsuane, la postura rígida, prietos los carnosos labios. A despecho de su rostro sin arrugas, su pelo liso y negro tenía pinceladas grises. Señora de los Barcos de su clan durante diez años, había tenido a *su* mando un gran navío con anterioridad. Su Navegante, Derah din Selaan, una mujer más joven, vestida de azul, estaba sentada en una silla situada con precisión escrupulosa un paso detrás, conforme a sus ideas sobre protocolo. Las dos semejaban oscuras tallas que representaran la indignación ultrajada, y sus extravagantes alhajas reforzaban de algún modo el efecto. Ninguna de ellas dirigió siquiera una mirada de soslayo a Eben cuando éste hizo una reverencia y ofreció copas de plata con vino caliente con especias en una bandeja.

El muchacho pareció no saber qué hacer a continuación cuando las Atha'an Miere no cogieron nada. Frunció el entrecejo en un gesto de incertidumbre, y siguió inclinado hasta que Daigian lo agarró de la chaqueta roja y lo apartó de allí, sonriente, como una divertida paloma buchona en su vestido azul oscuro con cuchilladas blancas. El muchacho era delgado y tenía la nariz y las orejas grandes, de manera que nunca podría calificárselo de atractivo, cuanto menos de guapo, pero Daigian se mostraba muy posesiva con él. Se sentaron juntos en un banco acolchado que había delante de una de las chimeneas y se pusieron a jugar a las cunitas.

—Tu hermana está prestándonos su colaboración para saber lo que ocurrió ese infortunado día —repuso Cadsuane en tono sosegado y con cierto aire abstraído. Tomó un sorbo del vino con especias y esperó, sin importarle si advertían su impaciencia por terminar la reunión. Por mucho que Dobraine rezongase sobre la imposibilidad de cumplir el increíble

acuerdo que Rafela y Merana habían hecho con las Atha'an Miere en nombre del chico al'Thor, él mismo podría haberse encargado de las mujeres de los Marinos. Por su parte, ni siquiera podía prestarles ni la mitad de su atención. Lo que quizá fuese una suerte para esas mujeres. Si se hubiese enfocado en ellas, habría tenido que hacer un gran esfuerzo para no darles un manotazo como a molestos bitemes, a pesar de que no eran la verdadera fuente de su exasperación.

Al otro extremo de la estancia, el opuesto al que ocupaban Daigian y Eben, había cinco hermanas acomodadas alrededor de la chimenea. Nesune tenía un gran libro con las cubiertas de madera, que había cogido de la biblioteca de palacio, abierto sobre un atril delante de su silla. Como las otras, su vestido era de sencillo paño, más apropiado para una mercader que para una Aes Sedai. Si cualquiera de ellas lamentaba la falta de sedas o el dinero para comprarlas, no lo demostraba. Sarene, con sus múltiples y finas trenzas adornadas con cuentas, trabajaba en el bordado tensado en un gran bastidor de pie, añadiendo puntadas menudas en otra flor de un campo cuajado de capullos recién abiertos. Erian y Beldeine jugaban a las guijas, observadas por Elza, que aguardaba su turno para enfrentarse a la vencedora. Según todas las apariencias, las hermanas disfrutaban de una mañana ociosa, sin preocuparse por el mundo. Quizá sabían que se encontraban allí porque Cadsuane quería estudiarlas. ¿Por qué habían jurado lealtad al chico al'Thor? Al menos Kiruna y las otras se hallaban en presencia del chico cuando habían decidido prestar juramento. Cadsuane estaba dispuesta a admitir que nadie podía resistir la influencia de un *ta'veren* cuando éste lo atrapaba, pero esas cinco habían sufrido un duro castigo por secuestrarlo, y tomaron la decisión de ofrecerle el juramento antes de que las llevaran ante él. Al principio se había sentido inclinada a aceptar sus diferentes explicaciones, pero durante los últimos días esa inclinación había recibido duros golpes. Inquietantes golpes.

—Mi Detectora de Vientos no está sometida a tu autoridad, Aes Sedai —replicó secamente Harine, como si negase la relación consanguínea. Shalon debe serme entregada de inmediato, y así se hará.

Derah asintió con un brusco cabeceo mostrando su conformidad. Cadsuane pensó que la Navegante haría lo mismo si Harine le ordenara que saltase por un acantilado. En la jerarquía Atha'an Miere, Derah se encontraba muy, muy por debajo de Harine. Y eso era casi todo lo que Cadsuane sabía sobre ese pueblo. Los Marinos podrían ser o no útiles, pero ella encontraría el modo de dominarlos en cualquier caso.

—Ésta es una investigación Aes Sedai —repuso en tono apático—. Debemos seguir la ley de la Torre. —Interpretada libremente, sin excesivo rigor, por supuesto. Siempre había creído que el espíritu de la ley era mucho más importante que la letra.

Harine bufó como una víbora y se lanzó a otra arenga enumerando sus derechos y demandas, pero Cadsuane sólo la escuchó a medias.

Casi podía entender a Erian, una illiana de tez pálida y cabello negro, que insistía ferozmente en que debía encontrarse al lado del chico cuando éste librase la Última Batalla. Y a Beldeine, tan reciente su obtención del chal que todavía no había adquirido el aspecto intemporal, tan resuelta a ser todo lo que una Verde debería ser. Y Elza, una andoreña de semblante plácido cuyos ojos casi resplandecían cuando hablaba de asegurarse de que el chico viviera para enfrentarse al Oscuro; era otra Verde, e incluso más vehemente que la mayoría. Nesune, inclinada hacia adelante sobre el libro,

recordaba un pájaro de negros ojos examinando a un gusano; era Marrón, y sería capaz de meterse en una caja con un escorpión si quisiera estudiarlo. Sarene podría ser lo bastante necia para que le sorprendiera que cualquiera la creyera bonita, cuanto más una belleza deslumbrante, pero la Blanca insistía en la fría precisión de su lógica: al'Thor era el Dragón Renacido y, lógicamente, debía seguirlo. Razones turbulentas, razones idiotas, aunque podría haberlas aceptado si no fuera por las demás.

La puerta que daba al pasillo se abrió para dejar paso a Verin y a Sorilea. La Aiel de cabello blanco y piel curtida le entregó algo pequeño a Verin, que la Marrón metió en la escarcela. Verin llevaba un broche —trabajado a semejanza de unas flores— prendido en el sencillo vestido de color bronce, la primera joya que Cadsuane veía lucir a la mujer, aparte de su anillo de la Gran Serpiente.

—Eso te ayudará a dormir —dijo Sorilea—, pero recuerda: sólo tres gotas en agua o una en vino. Si se echa un poco más podrías pasarte todo el día durmiendo o quizá más. Si se aumenta mucho la dosis, no despertarás. No tiene sabor que te ponga sobre aviso, así que debes ir con cuidado.

Así que Verin también estaba teniendo problemas para dormir. Cadsuane no había disfrutado de un buen descanso nocturno desde que el chico había huido del Palacio del Sol. Si no conseguía conciliar bien el sueño pronto, creía que acabaría *mordiendo* a alguien. Nesune y las otras observaban a Sorilea con inquietud. El chico las había convertido en aprendizas de las Sabias, y ya habían descubierto que las Aiel se tomaban muy en serio su trabajo. Un chasquido de los huesudos dedos de Sorilea podía poner fin a su mañana de ocio.

Harine se echó hacia adelante en la silla y le dio un seco golpecito en la mejilla a Cadsuane.

—No me estás escuchando —dijo con dureza. La expresión de su semblante era tormentosa, y la de su Navegante no le andaba lejos—. ¡Pues te aseguro que me escucharás!

Cadsuane unió las manos por las puntas de los dedos y observó a la mujer por encima de ellos. No. No pondría a la Señora de las Olas haciendo el pino en ese momento. No la enviaría de vuelta a sus aposentos sollozando. Sería tan diplomática como podría desear Coiren. Rápidamente repasó lo que había escuchado.

—Hablabas de la Señora de los Barcos de los Atha'an Miere y de toda su autoridad, que es más de la que puedo imaginar —contestó afablemente. Y que, si tu Detectora de Vientos no ha regresado con vosotras dentro de una hora, te ocuparás de que el Coramoor me castigue severamente. Que exiges una disculpa por el encarcelamiento de tu Detectora de Vientos. Y que me exiges que haga que lord Dobraine aparte de inmediato la tierra que os prometió el Coramoor. Creo que esto cubre los puntos esenciales. —¡Salvo el referente a hacerla azotar!

—Bien —dijo Harine, que volvió a recostarse cómodamente al ver que controlaba la situación. Su sonrisa era asquerosamente ufana—. Aprenderás que...

—Me importa un pimiento vuestro Coramoor —continuó Cadsuane, todavía con voz afable. Todos los pimientos del mundo por el Dragón Renacido, pero ni uno por el Coramoor. No alteró el tono ni un ápice—. Si vuelves a tocarme sin permiso, te pondré en cueros, marcada de moretones, atada y llevada de vuelta a tu habitación dentro de un saco. —Bueno, la diplomacia nunca había sido uno de sus puntos fuertes—. Si no dejas de

darme la lata sobre tu hermana... En fin, puede que realmente me enfade. —Se puso de pie haciendo caso omiso del resoplido indignado de la mujer de los Marinos y de su boca abierta por la sorpresa, y levantó la voz para que la escucharan desde el extremo de la estancia—. ¡Sarene!

La esbelta tarabonesa giró rápidamente la cabeza de su labor de manera que las cuentas de las trencillas repicaron, tras lo cual acudió con presteza junto a Cadsuane, apenas sin vacilar antes de extender los vuelos de la falda gris oscuro en una reverencia. Las Sabias debían de haberles enseñado a responder de inmediato cuando una de ellas hablaba, pero era algo más que la costumbre lo que los hacía saltar si quien llamaba era ella. Realmente había ventajas en ser una leyenda viva; en especial una leyenda de reacciones imprevisibles.

—Escolta a estas dos a sus habitaciones —ordenó—. Quieren ayunar y meditar sobre la cortesía. Ocúpate de que lo hagan así. Y, si pronuncian una sola palabra desconsiderada, les das una zurra a las dos. Pero hazlo de manera diplomática.

Serene dio un respingo y abrió un poco la boca como para protestar sobre lo ilógico de aquello, pero una ojeada al rostro de Cadsuane bastó para que se volviese rápidamente hacia las Atha'an Miere y les indicara con un gesto que se levantaran.

Harine se incorporó de un brinco; en su oscuro rostro se plasmaba una expresión dura y ceñuda. No obstante, antes de que pudiese pronunciar una sola palabra de su diatriba sin duda furiosa, Derah le rozó el brazo y se acercó para susurrarle algo al oído, tapándose la boca con la mano cubierta de oscuros tatuajes. Fuera lo que fuese lo que la Navegante le dijera, Harine cerró la boca. Su expresión, desde luego, no se suavizó, pero miró a las hermanas del otro extremo de la estancia y, al cabo de un momento, hizo un brusco ademán a Sarene para que la precediera. Harine podría estar fingiendo que la decisión de marcharse era suya, pero Derah la siguió tan pegada a los talones que más parecía que iba arreando ganado; lanzó una mirada intranquila hacia atrás antes de que la puerta se cerrase tras ella.

Cadsuane casi lamentó haber dado aquella frívola orden. Sarene haría exactamente lo que le había dicho. Pero las mujeres de los Marinos eran una molestia irritante, e inútiles hasta el momento, además. Debía librarse de la irritación para así concentrarse en lo importante; y, si encontraba alguna utilidad en esas mujeres, a las herramientas había que darles forma de un modo u otro. Estaba demasiado furiosa con ellas para que le importase cómo se hacía tal cosa, y por qué no empezar a llevarlo a cabo enseguida en lugar de más adelante. No; con quien estaba enfadada era con el chico, pero a él todavía no podía ponerle la mano encima.

Con un sonoro resoplido, Sorilea, que había seguido con la mirada la marcha de Sarene y las Atha'an Miere, se volvió y dirigió su ceño a las hermanas agrupadas al extremo de la habitación. Los brazaletes tintinearon en sus muñecas cuando se ajustó el chal. Otra que no parecía de muy buen humor. Las Atha'an Miere tenían unas ideas peculiares sobre las «salvajes Aiel» —aunque, a decir verdad, no mucho más extrañas que algunas que la propia Cadsuane había tenido antes de conocer a Sorilea—, y a la Sabia no le gustaban un pelo.

Cadsuane salió a recibirla con una sonrisa. Sorilea no era una mujer a la que una llamaba para que se acercara. Todo el mundo pensaba que se estaban haciendo amigas —lo que aún podía ocurrir, comprendió con sorpresa— pero nadie sabía lo de su alianza. Eben apareció con la bandeja y

pareció aliviado cuando Cadsuane dejó la copa media vacía en ella.

—Anoche, a última hora —empezó Sorilea cuando el muchacho de chaqueta roja regresó presuroso junto a Daigian—, Chisaine Nurbaya pidió servir al *Car'a'carn.* —Su voz estaba cargada de desaprobación—. Antes de que amaneciese, Janine Pavlara lo pidió, después lo hizo Innina Darenhold y a continuación Vayelle Kamsa. No se les ha permitido hablar entre ellas. No puede ser connivencia. Acepté sus peticiones.

Cadsuane emitió un sonido irritado.

—Supongo que ya las tendrás cumpliendo castigo —murmuró, pensando a toda velocidad. Diecinueve hermanas habían estado prisioneras en el campamento Aiel, las diecinueve hermanas enviadas por la necia Elaida para raptar al chico, ¡y ahora todas ellas habían jurado seguirlo! Esas últimas eran las peores—. ¿Qué podría inducir a unas hermanas Rojas a jurar lealtad a un hombre que puede encauzar?

Verin empezó a hacer una observación, pero se calló por causa de la Aiel. Curiosamente, Verin se había tomado su propio aprendizaje forzoso con la querencia de una grulla a un pantano. Pasaba más tiempo en el campamento Aiel que fuera de él.

—Nada de castigo, Cadsuane Melaidhrin. —Sorilea hizo un gesto desdeñoso con la nervuda mano que produjo otro tintineo de los brazaletes de oro y marfil—. Intentan saldar un *toh* que no puede saldarse. Tan absurdo a su modo como el que nosotras las llamáramos *da'tsang* para empezar, pero quizá todavía puedan redimirse si tienen voluntad de intentarlo.

La mujer parecía convencida de que todas las Aes Sedai responderían adecuadamente con el tiempo, sometidas al aprendizaje de las Sabias.

—Espero que seguirás vigilándolas estrechamente —comentó Cadsuane—. Sobre todo a esas cuatro últimas. —Estaba segura de que guardarían aquel ridículo juramento, aunque quizá no siempre del modo que le gustaría al chico, pero siempre existía la posibilidad de que una o dos fueran del Ajah Negro. Hubo un tiempo en que pensó que estaba a punto de extirpar de raíz al Negro, sólo para acabar viendo cómo su presa escapaba entre sus dedos como el humo; era su más amargo fracaso, a excepción quizá de no enterarse de lo que el primo de Caraline Damodred se había traído entre manos en la Tierras Fronterizas hasta que lo supo con años de retraso, demasiado tarde para remediar nada. Ahora, incluso el Ajah Negro parecía una diversión para distraerla de lo que era realmente importante.

—A las aprendizas siempre se las vigila estrechamente —replicó la envejecida Aiel—. Creo que he de recordar a estas otras que deberían estar agradecidas por haberles permitido haraganear como jefes de clan.

Las cuatro hermanas que quedaban delante de la chimenea se levantaron con gran rapidez al verla aproximarse, hicieron profundas reverencias y escucharon atentamente lo que les dijo en voz baja, sin dejar de sacudir el índice. Sorilea pensaría que tenía mucho que enseñarles, pero ellas ya habían aprendido que un chal de Aes Sedai no ofrecía protección a una aprendiza de Sabia. El *toh,* a entender de Cadsuane, se parecía muchísimo a un castigo.

—Es... formidable —murmuró Verin—. Me alegro mucho de que esté de nuestra parte. Si es que lo está.

Cadsuane le asestó una mirada cortante.

—Tu apariencia es la de una mujer que tiene algo que decir pero que no desea hacerlo. ¿Es sobre Sorilea? —La alianza se había establecido en

términos muy vagos. Hubiese o no amistad, podía muy bien ocurrir que la Sabia y ella estuviesen apuntando a diferentes objetivos.

—No —contestó la pequeña y regordeta hermana. A despecho de su cara cuadrada, el hecho de ladear la cabeza hacia un lado le daba el aspecto de un gorrión gordo—. Sé que no es asunto mío, Cadsuane, pero Bera y Kiruna no estaban llegando a ninguna parte con nuestras invitadas, de modo que sostuve una pequeña charla con Shalon. Tras un «afable» interrogatorio, soltó la historia entera, y Ailil lo confirmó todo una vez que comprendió que yo lo sabía ya. Poco después de que las mujeres de los Marinos llegaron, Ailil abordó a Shalon esperando descubrir qué querían del joven al'Thor. Por su parte, Shalon quería saber todo lo posible acerca de él y sobre la situación aquí. Eso condujo a reuniones, que a su vez dieron paso a la amistad, y ésta desembocó en una relación de almohada. Motivada tanto por la soledad como por otras cosas, imagino. En cualquier caso, eso era lo que ocultaban con más empeño que su recíproco fisgonear.

—¿Han soportado días de interrogatorio por ocultar eso? —inquirió Cadsuane con incredulidad. ¡Bera y Kiruna habían hecho chillar a ese par durante días!

Los ojos de Verin chispearon con un regocijo contenido.

—Las cairhieninas son mojigatas y gazmoñas, Cadsuane, al menos en público. Puede que se comporten como conejas cuando se echan las cortinas, ¡pero no admitirían que tocan a sus maridos si hay alguien escuchando! Y las mujeres de los Marinos son casi igual de puritanas. Al menos, Shalon está casada con un hombre que cumple su servicio en otro lugar, y romper los juramentos del matrimonio es un delito grave. Una brecha de la adecuada disciplina, al parecer. Si su hermana lo descubre, Shalon acabaría como... «Detectora de Vientos de un bote de remos», creo que fueron sus palabras exactas.

Cadsuane fue consciente de que los adornos de su cabello se mecían cuando sacudió la cabeza. Cuando, nada más finalizar el ataque, encontró a las dos mujeres amordazadas, atadas y metidas como fardos debajo de la cama de Ailil, había sospechado que sabían más del ataque de lo que estaban dispuestas a admitir; y, cuando rehusaron explicar por qué se reunían en secreto, estuvo plenamente convencida. Incluso pensó que quizás estaban involucradas en cierto modo, a pesar de que el ataque había sido obra de Asha'man renegados, aparentemente. O, al menos, supuestos renegados. Todo ese tiempo y esfuerzo perdidos en vano. O tal vez no fuese del todo en vano, habida cuenta de que deseaban mantenerlo oculto tan desesperadamente.

—Conduce a lady Ailil de vuelta a sus aposentos, Verin, con disculpas por el trato recibido. Dale garantías muy... ambiguas de que sus confidencias se guardarán. Asegúrate de que entienda lo ambiguas y frágiles que son. Y sugiere «convincentemente» que quizá quiera mantenerme informada de todo lo que sepa respecto a su hermano.

El chantaje era una herramienta que le desagradaba utilizar, pero ya lo había usado con los tres Asha'man, y Toram Riatin todavía podía causar problemas aun cuando su rebelión pareciera haberse evaporado. En realidad, a Cadsuane le importaba poco quién se sentaría en el Trono del Sol, pero las intrigas y las maquinaciones de quienes consideraban los tronos importantes a menudo solían interferir con asuntos de mayor trascendencia.

Verin sonrió, y el moño de la Marrón se meció cuando asintió con la

cabeza.

—Oh, sí, creo que eso funcionará muy bien. Sobre todo teniendo en cuenta que siente muy poca simpatía por su hermano. Y lo mismo reza para Shalon, ¿verdad? Sólo que lo que querrás saber es lo que ocurre entre los Atha'an Miere, supongo. No estoy muy segura de hasta dónde será capaz de traicionar a Harine, sean cuales sean las consecuencias para ella.

—Traicionará a quien yo le diga que traicione —manifestó severamente Cadsuane—. Manténla encerrada hasta mañana, a última hora. No podía consentir que Harine creyera por un instante que había accedido a sus exigencias. Los marinos eran otra herramienta que utilizar con el chico, nada más. Todo y todos debía contemplarse con esa perspectiva.

A espaldas de Verin, Corele entró en la estancia y cerró la puerta con cuidado, como si no quisiera molestar a nadie. Ésa no era su forma habitual de proceder. La Amarilla, delgada como un muchacho, con tupidas y negras cejas y una espesa mata de pelo lustroso y negro cayéndole por la espalda, tenía un aire salvaje por muy pulcro que fuera su atuendo, y tratándose de ella lo más propio era que hubiese entrado en la habitación riéndose y haciendo ruido. Mientras se frotaba la respingona nariz, miró vacilante a Cadsuane sin que en sus azules ojos hubiese el habitual brillo chispeante.

Cadsuane le hizo un gesto perentorio, y Corele inhaló profundamente y cruzó el trecho que las separaba aferrando con las dos manos la falda azul con cuchilladas amarillas. Tras echar una ojeada a las hermanas apiñadas alrededor de Sorilea al otro extremo de la estancia, y a Daigian jugando a las cunitas con Eben en el lado opuesto, habló en voz baja, en la que se advertía el acento murandiano.

—Tengo una noticia maravillosa, Cadsuane. —Por su modo de decirlo, no parecía muy segura de cuán maravillosa era—. Sé que me ordenaste que mantuviese ocupado a Damer en palacio, pero él insistió en echar un vistazo a las hermanas que seguían en el campamento Aiel. Tendrá un carácter muy afable, pero es muy insistente cuando quiere, y está firmemente convencido de que no hay nada que no pueda remediar la Curación. Y, en fin, la cosa es que fue y Curó a Irgain. Cadsuane, es como si nunca la hubiesen... —Dejó la frase sin terminar, incapaz de pronunciar la palabra. Aun así, el término pareció flotar en el aire: neutralizado.

—Una noticia maravillosa —dijo fríamente Cadsuane.

Y lo era. Todas las hermanas albergaban el temor, en lo más recóndito de sus corazones, de que pudieran cortarles la conexión con el Poder. Y ahora se había descubierto un modo de Curar lo que no podía curarse. Por un hombre. Habría lágrimas y recriminaciones antes de que este asunto hubiese acabado. En cualquier caso, si bien todas las hermanas que se enteraran lo considerarían un descubrimiento excepcional, un acontecimiento extraordinario —en más de un sentido; ¡un hombre!— no sería más que una tormenta en un vaso de agua comparado con Rand al'Thor.

—Y supongo que se ha ofrecido a que la castiguen como a las otras, ¿no es así? —inquirió Cadsuane.

—No hará falta —respondió, absorta, Verin. Miraba ceñuda la mancha de tinta que tenía en un dedo, pero parecía estar estudiando algo que hubiese más allá—. Por lo visto las Sabias han decidido que Rand castigó suficientemente a Irgain y a las otras dos cuando les... hizo lo que hizo. Al mismo tiempo que trataban a las otras como animales inútiles, se han esforzado por mantener vivas a esas tres. Oí comentar algo sobre encontrar

un esposo para Ronaille.

—Irgain sabe todo sobre los juramentos que las otras prestaron. —La voz de Corele denotaba asombro—. Empezó a llorar por la pérdida de sus Guardianes casi tan pronto como Damer acabó de Curarla, pero también está dispuesta a jurar. La cosa es que Damer quiere intentarlo también con Sashalle y Ronaille. —Sorprendentemente, adoptó una postura erguida, casi desafiante. Siempre había sido arrogante como cualquier otra Amarilla, pero siempre había sabido cuál era su sitio con Cadsuane—. No veo razón para dejar que una hermana siga en esas condiciones si hay un modo de remediarlo, Cadsuane. Quiero que Damer lo intente con ellas.

—Naturalmente, Corele.

Al parecer parte de la insistencia de Damer se le estaba contagiando. Cadsuane estaba dispuesta a pasar eso por alto, siempre y cuando no llegase demasiado lejos. Había empezado a reunir hermanas en las que confiaba, las que estaban aquí con ella y otras, desde el día en que tuvo la primera noticia de los extraños acontecimientos ocurrido en Shienar —sus informadores habían tenido vigiladas a Siuan Sanche y a Moraine Damodred durante años sin descubrir nada útil hasta entonces—, pero que confiase en ellas no significaba que tuviese intención de permitirles hacer lo que les pareciera. Había demasiado en juego. En cualquier caso, tampoco pensaba dejar así a una hermana.

La puerta se abrió violentamente y Jahar entró corriendo, haciendo tintinear las campanillas de plata entretejidas en las puntas de las oscuras trenzas. Las cabezas se volvieron hacia el joven vestido con la excelente chaqueta azul que Merise había elegido para él —incluso Sorilea y Sarene lo observaron fijamente— pero las palabras que salieron precipitadamente de la boca del joven borraron de golpe la idea de lo atractivo que era su rostro moreno.

—Alanna está inconsciente, Cadsuane. Se ha desplomado en el pasillo. Merise la ha llevado al dormitorio y me ha enviado a buscaros.

Imponiéndose sobre las exclamaciones conmocionadas, Cadsuane reunió a Corele y a Sorilea —a la que no se podía dejar aparte de esto— y ordenó a Jahar que las condujese allí. Verin también se unió al grupo, y Cadsuane no se lo impidió. La Marrón tenía instinto para reparar en lo que a otros les pasaba inadvertido.

Los criados de uniforme negro no tenían idea de quién o qué era Jahar, pero se apartaban prestamente del camino de Cadsuane, que caminaba a paso vivo detrás de él. Le habría dicho al joven que se moviese más deprisa, pero de haber apretado el paso habrían tenido que correr. Apenas habían recorrido un trecho cuando un hombre bajo, con la parte delantera de la cabeza afeitada, y vestido con una chaqueta oscura adornada de franjas horizontales de color a todo lo largo de la pechera de la prenda, le salió al paso e hizo una reverencia. Cadsuane tuvo que pararse.

—Que la gracia os sea propicia, Cadsuane Sedai —saludó con voz suave—. Disculpadme si os molesto cuando lleváis tanta prisa, pero pensé que debería informaros de que lady Caraline y el Gran Señor Darlin ya no se encuentran en el palacio de lady Arilyn. Van a bordo de un barco fluvial, con destino a Tear. Esta vez, fuera de vuestro alcance, me temo.

—Quizás os sorprendería descubrir lo que está a mi alcance, lord Dobraine —repuso en tono frío. Debería haber dejado al menos a una hermana en el palacio de Arilyn, pero había tenido la certeza de que la pareja estaba a buen recaudo—. ¿Creéis que fue sensato eso? —No le cabía duda de

Librodot

que había sido obra del hombre, aunque dudaba que tuviese el coraje de admitirlo. No era de extrañar que no la hubiese presionado respecto a ellos.

Su tono no impresionó al cairhienino. Y la sorprendió con su respuesta.

—El Gran Señor Darlin va a ser el administrador del lord Dragón en Tear, y parecía sensato enviar a lady Caraline fuera del país. Se ha retractado de su rebelión y de sus aspiraciones al Trono del Sol, pero otros aún podrían intentar utilizarla. Quizá, Cadsuane Sedai, no fue muy prudente dejarlos a cargo de sirvientes. La Luz sabe que no debéis culparlos por ello. Podían retener a dos... invitados, pero no resistirse a mis mesnaderos.

Jahar casi brincaba por la impaciencia en reanudar la marcha; Merise tenía mano firme. También Cadsuane estaba ansiosa por llegar junto a Alanna.

—Espero que sigáis opinando igual dentro de un año —dijo, a lo que Dobraine se limitó a responder con una reverencia.

El dormitorio al que habían llevado a Alanna, el más próximo que se encontró disponible, no era una pieza grande, además de que los oscuros paneles de madera que tanto gustaban a los cairhieninos lo hacían parecer aún más pequeño. Dio la impresión de hallarse abarrotado una vez que todos hubieron entrado. Merise chasqueó los dedos y señaló; Jahar se retiró a una esquina, pero eso no solucionó gran cosa el problema.

Alanna yacía en la cama, cerrados los ojos; su Guardián, Ihvon, arrodillado junto al lecho, le frotaba las muñecas.

—Parece temerosa de despertar —dijo el esbelto y alto hombre—. No le pasa nada que yo pueda notar, pero parece asustada.

Corele lo apartó a un lado para tomar el rostro de Alanna entre sus manos. El brillo del *Saidar* rodeó a la Amarilla, y el tejido de Curación se introdujo en Alanna, pero la delgada Verde ni siquiera rebulló. Corele se retiró mientras sacudía la cabeza.

—Mi habilidad con la Curación quizá no sea tanta como la tuya, Corele —manifestó secamente Merise—, pero lo intenté. —Su acento tarabonés seguía siendo fuerte después de todos esos años, pero la mujer llevaba el oscuro cabello echado hacia atrás, en un sobrio peinado que destacaba la seriedad de su rostro. Cadsuane confiaba en ella más quizá que en cualquiera de las otras—. ¿Qué hacemos ahora, Cadsuane?

Sorilea contemplaba a la mujer tendida en la cama sin que en su cara se reflejase más expresión que una leve presión en los labios. Cadsuane se preguntó si no estaría revaluando su alianza. También Verin miraba a Alanna, y la Marrón parecía absolutamente aterrada. Cadsuane no había imaginado que nada pudiese asustar hasta ese punto a Verin; pero ella misma sentía un escalofrío de terror. Si la Verde perdía su conexión con el chico ahora...

—Ahora nos sentamos y esperamos a que se despierte —repuso con voz sosegada. No podía hacerse nada más. Nada.

—¿Dónde está? —gruñó Demandred, apretando los puños a la espalda.

Plantado con los pies bien separados, era consciente de que dominaba la estancia. Siempre lo hacía. Aun así, deseó que Semirhage y Mesaana estuviesen presentes. Su alianza era endeble —un simple acuerdo de que no se atacarían entre ellos hasta que los otros hubiesen sido eliminados— y, sin embargo, había resistido hasta el momento. Trabajando en equipo, habían desestabilizado a un oponente tras otro, haciendo que se inclinasen hacia su

muerte o cosas peores. Pero a Semirhage le resultaba difícil acudir a estas reuniones, y Mesaana se había mostrado huidiza últimamente. Si estaba planteándose poner fin a la alianza...

—Al'Thor ha sido visto en cinco ciudades, incluido ese maldito lugar del Yermo, y en una docena de poblaciones desde que esos ciegos estúpidos, ¡esos idiotas!, fallaron en Cairhien. ¡Y eso sólo abarca los informes que tenemos! Sólo el Gran Señor sabe qué otra noticia viene a paso de tortuga hacia nosotros, a caballo o en oveja o lo que quiera que esos salvajes puedan encontrar para transportar un mensaje.

Graendal había elegido el entorno ya que había sido la primera en llegar, y eso lo irritaba. Paredes visuales hacían que el suelo de madera desnuda pareciese estar rodeado por un bosque rebosante de plantas trepadoras y floridas, y de pájaros de plumaje aún más colorido revoloteando. El aire estaba impregnado de fragancias dulces y lleno de suaves gorjeos. Sólo el arco de la puerta echaba a perder la ilusión. ¿Por qué deseaba un recordatorio de lo que estaba perdido? Era tan imposible que crearan lanzas de descarga o volaplanos como una pared visual fuera de este sitio, cercano a Shayol Ghul. En cualquier caso, Graendal despreciaba cualquier cosa relacionada con la naturaleza, que él recordara.

Osan'gar frunció el ceño al oír lo de «idiotas» y «ciegos estúpidos» y con razón, pero enseguida relajó aquel rostro poco agraciado y arrugado, tan distinto del otro con el que había nacido. Tuviese el nombre que tuviese, siempre había sabido a quién podía desafiar y a quién no.

—Cuestión de suerte —comentó sosegadamente, aunque empezó a frotarse las manos como si se las secara. Un viejo hábito. Iba vestido como un dirigente de su Era, con una chaqueta tan cargada de bordados de oro que el color rojo del tejido casi desaparecía debajo, y botas bordeadas de borlas doradas. En el cuello y los puños llevaba suficiente encaje blanco para vestir a un niño. Ese hombre nunca había conocido lo que significaba exceso. De no haber sido por sus habilidades particulares jamás habría sido escogido como Elegido. Al caer en la cuenta de lo que hacían sus manos, Osan'gar asió bruscamente el alto vaso de vino hecho de cuendillar de la mesa redonda que había a su lado y aspiró profundamente el aroma del oscuro caldo—. Cuestión de probabilidades —murmuró, intentando parecer despreocupado—. La próxima vez, acabará muerto o apresado. El azar no puede protegerlo siempre.

—¿Vas a depender del azar? —Aran'gar estaba tendida en un largo sillón flotante como si fuera un diván. Dirigió una mirada humeante a Osan'gar y arqueó una pierna sobre los dedos desnudos del pie de manera que la raja de la falda de color rojo intenso la dejó al aire hasta la cadera. Cada inhalación amenazaba con hacer estallar el corpiño de satén rojo que ceñía sus amplios senos. Todos sus gestos y ademanes habían cambiado desde que se había convertido en una mujer, pero no la esencia, el núcleo que había sido puesto en aquel cuerpo femenino. Demandred no era de los que despreciaban los placeres carnales, pero algún día esas ansias de la mujer serían su muerte. Como lo habían sido ya una vez—. Eras responsable de vigilarlo, Osan'gar —continuó, con una voz que acariciaba cada sílaba—. Tú y Demandred. —Osan'gar se encogió, y ella soltó una risa ronca—. La persona que tengo a mi cargo está... —Apretó el pulgar sobre el borde de la silla como si aplastase algo y luego volvió a reír.

—Habría dicho que estarías más preocupada, Aran'gar —murmuró Graendal por encima de la copa de vino. Ocultaba su irritación tan poco

como el casi transparente velo plateado de su vestido ocultaba sus turgentes curvas—. Tú y Osan'gar y Demandred. Y Moridin, esté donde esté. Quizá deberíais temer el éxito de al'Thor tanto como su fracaso.

Riendo, Aran'gar atrapó entre las suyas la mano de la mujer que estaba de pie. Sus ojos verdes chispearon.

—¿Y quizá tú podrías explicar mejor lo que quieres decir si estuviésemos solas?

El vestido de Graendal cambió a un color negro, como si el velo fuese humo encubridor. Se soltó la mano de un tirón al tiempo que pronunciaba un juramento grosero, y se alejó del sillón. Aran'gar... soltó una risita.

—¿Qué quieres decir? —inquirió secamente Osan'gar mientras se incorporaba con esfuerzo de la silla. Una vez de pie, adoptó una pose de conferenciante, agarrando las solapas de la chaqueta, y su tono se tornó pedante—. En primer lugar, mi querida Graendal, dudo que ni siquiera yo fuese capaz de desarrollar un método para liberar el *Saidin* de la sombra del Gran Señor. Al'Thor es un primitivo. Cualquier cosa que intente resultará inevitablemente insuficiente, y yo, al menos, no puedo creer que sepa siquiera por dónde empezar. En cualquier caso, impediremos su intento porque el Gran Señor lo ordena. Puedo comprender el miedo a incurrir en el desagrado del Gran Señor si de algún modo fracasamos, por improbable que sea tal cosa, pero ¿por qué cualquiera de los que has nombrado de nosotros habría de tener un especial temor?

—Ciego como siempre, y árido como siempre —murmuró Graendal.

Al recobrar la compostura, su vestido era de nuevo una neblina ligera, aunque ahora roja. Quizá no estaba tan tranquila como quería dar a entender. O quizá quería que creyeran que controlaba cierta agitación. A excepción del velo, sus adornos procedían todos de la era actual: las gotas de fuego en el cabello dorado, un gran rubí que reposaba entre sus senos, *y* brazaletes de oro ornamentados en ambas muñecas. Y algo muy extraño —Demandred se preguntó si los otros habrían reparado en ello—: un sencillo aro de oro en el dedo meñique de la mano izquierda. Sencillo no era un término asociado nunca con Graendal.

—Si el joven quita de algún modo la sombra —continuó Graendal—, en fin... Que los que encauzáis *Saidin* ya no necesitaréis la protección especial del Gran Señor. ¿Confiará entonces en vuestra... lealtad? —Sonrió y dio un sorbo de vino.

Osan'gar no sonrió. Su semblante palideció y se frotó la boca con la mano. Aran'gar se sentó al borde del sillón, sin intentar ya parecer voluptuosa. Las manos se le crisparon como garras sobre el regazo, y lanzó una mirada fulminante a Graendal como si en cualquier momento fuera a echársele encima.

Demandred aflojó los puños. Finalmente había salido a la luz. Había esperado que al'Thor pereciera —o, si eso no resultaba, que fuera capturado antes de que esa sospecha surgiera en su mente—. Durante la Guerra del Poder, más de una docena de Elegidos había muerto por incurrir en la desconfianza del Gran Señor.

—El Gran Señor está seguro de que todos sois leales —anunció Moridin, que entró como si fuese el Gran Señor de la Oscuridad en persona. Muy a menudo había parecido que él creía serlo, y el rostro de muchacho que ahora exhibía no había cambiado eso. Pese a sus palabras, su gesto era sombrío, y el negro sin paliativos de su vestimenta hacía apropiado su nombre, Muerte—. No tenéis que preocuparos hasta que deje de estar seguro.

La chica, Cyndane, trotaba a sus talones como una pechugona perrilla faldera de pelo plateado, con atuendo rojo y negro. Por algún motivo, Moridin llevaba una rata encaramada en el hombro; el pálido hocico del animal venteaba el aire y los negros ojos escudriñaban la estancia con cautela. O quizá no hubiese motivo. Que tuviese un semblante juvenil tampoco significaba que estuviese más cuerdo.

—¿Por qué nos has convocado aquí? —inquirió Demandred—. Tengo muchas cosas que hacer y no me sobra tiempo para perderlo en charlas triviales. —Inconscientemente trató de erguirse en toda su estatura para igualar al otro hombre.

—¿Vuelve a faltar Mesaana? —comentó Moridin en lugar de contestar. Lástima. Debería oír lo que tengo que decir. —Cogió a la rata por la cola y observó el inútil pataleo del animal. Nada salvo la rata parecía existir para él—. Asuntos pequeños, en apariencia sin importancia, pueden convertirse en algo trascendente —murmuró—. Esta rata, por ejemplo. O si Isam tiene éxito en encontrar y matar a esa otra alimaña, Fain. O una palabra susurrada en el oído equivocado o no dicha en el oído adecuado. Una mariposa agita las alas sobre una rama, y al otro lado del mundo se desploma una montaña. —De repente la rata se retorció e intentó hundirle los dientes en la muñeca. Con indiferencia, lanzó al animal por el aire; hubo una repentina llamarada, algo más abrasador que el fuego, y la rata despareció. Moridin sonrió.

Demandred se encogió a despecho de sí mismo. Aquello había sido Poder Verdadero; no había percibido nada. Una mota negra pasó deslizándose por los azules ojos de Moridin, y después otra, y otra, en un flujo constante. El hombre debía de haber estado utilizando exclusivamente el Poder Verdadero desde que lo había visto por última vez, para acumular tantos *saa* tan rápidamente. Él mismo nunca había tocado el Poder Verdadero salvo por necesidad. Por extrema necesidad. Por supuesto, sólo Moridin tenía ese privilegio ahora, desde su... ungimiento. El hombre estaba realmente loco por utilizarlo sin restricciones. Era una droga más adictiva que el *Saidin,* más mortífera que el veneno.

Moridin cruzó el suelo desnudo y puso una mano sobre el hombro de Osan'gar; los *saa* hacían más ominosa su sonrisa. El hombre más bajo tragó saliva y respondió con una sonrisa titubeante.

—Es bueno que nunca hayáis considerado la idea de cómo quitar la sombra del Gran Señor —manifestó quedamente Moridin. ¿Cuánto tiempo había estado fuera? La sonrisa de Osan'gar se tornó enfermiza—. Al'Thor no es tan listo como vosotros. Cuéntales, Cyndane.

La menuda mujer se irguió. Por su rostro y su figura era como una suculenta ciruela madura, en su punto para arrancar del árbol, pero sus grandes ojos azules eran glaciales. Un durazno, quizá. Los duraznos eran venenosos en ese momento.

—Recordáis los Choedan Kal, supongo. —Por más que se esforzase, aquella voz grave y jadeante sólo podía sonar sensual, pero se las ingenió para inyectarle sarcasmo—. Lews Therin tiene dos de las llaves de acceso, una para cada uno. Y conoce a una mujer suficientemente fuerte para utilizar la parte femenina de la pareja. Se propone utilizar los Choedan Kal para llevar a cabo su plan.

Casi todos empezaron a hablar a la vez.

—¡Creía que todas las llaves se habían destruido! —exclamo Aran'gar al tiempo que se incorporaba bruscamente. El miedo le desorbitaba los ojos.

¡Podría hacer añicos el mundo sólo por tratar de utilizar los Choedan Kal!

—¡Si hubieses leído algo más aparte de un libro de historia, sabrías que es casi imposible destruirlas! —bramó Osan'gar, pero mientras hablaba se daba tirones del cuello de la chaqueta, como si le apretara demasiado, y sus ojos parecían a punto de salirse de las órbitas—. ¿Cómo puede saber esta chica que él las tiene? ¿Cómo?

El vaso de vino de Graendal había caído de su mano en el momento en que las palabras de Cyndane salieron de su boca, y el recipiente rebotó una y otra vez por el suelo. El vestido se tornó carmesí como sangre fresca, y la mujer torció el gesto como si estuviese a punto de vomitar.

—¡Y tú te limitabas a esperar simplemente a topar con él! —le gritó a Demandred—. ¡A esperar que alguien tropezase con él por casualidad! ¡Necio! ¡Estúpido!

Demandred pensó que la reacción de Graendal había sido un poquito exagerada incluso tratándose de ella. Habría apostado a que la noticia no la había cogido por sorpresa. Parecía a la expectativa. Demandred no dijo nada.

Poniéndose la mano sobre el corazón —como un amante, nada menos— , Moridin alzó la barbilla de Cyndane con las puntas de los dedos. El resentimiento brillaba en los ojos de ella, pero su rostro podría haber pasado por el inalterable de una muñeca. A decir verdad aceptó sus atenciones como una acomodadiza muñeca.

—Cyndane sabe muchas cosas —musitó Moridin—, y me cuenta todo lo que sabe. Todo. —La expresión de la menuda mujer no cambió, pero tembló visiblemente.

Representaba un enigma para Demandred. Al principio había creído que era Lanfear reencarnada. Los cuerpos para la transmigración se elegían supuestamente entre los que había disponibles, si bien Osan'gar y Aran'gar eran la prueba del cruel sentido del humor del Gran Señor. Había estado seguro de ello, hasta que Mesaana le dijo que la chica era más débil en el Poder que Lanfear. Mesaana y los demás creían que era una persona de la Era actual. Sin embargo, se refería a al'Thor como Lews Therin, igual que había hecho Lanfear, y hablaba de los Choedan Kal como alguien familiarizado con el terror que habían inspirado durante la Guerra del Poder. Sólo el fuego compacto había inspirado más miedo, y sólo un poco. ¿O acaso Moridin la había instruido para sus propios propósitos? Si es que tenía algún propósito real. Había habido ocasiones en que los actos de ese hombre fueron meras locuras.

—De modo que, después de todo, hay que acabar con él —dijo Demandred. Ocultar su satisfacción no le resultó fácil. Ya fuera Rand al'Thor o Lews Therin Telamon, se sentiría mucho más tranquilo cuando el tipo hubiese muerto—. Antes de que pueda destruir el mundo, y a nosotros. Lo cual hace que encontrarlo sea aún más urgente.

—¿Matarlo? —Moridin movió las manos como si sopesase algo—. Si llega el caso, sí —dijo finalmente—. Pero encontrarlo no representa ningún problema. Cuando toque los Choedan Kal, sabréis dónde se encuentra. E iréis allí y lo reduciréis. O lo mataréis, si es preciso. El *Nae'blis* ha hablado.

—Como ordene el *Nae'blis* —repuso ansiosamente Cyndane al tiempo que inclinaba la cabeza, y su respuesta se repitió por toda la estancia, aunque la de Aran'gar sonó hosca, la de Osan'gar desesperada y la de Graendal extrañamente pensativa.

Doblar el cuello le dolió a Demandred tanto como pronunciar aquellas palabras. De modo que «ellos» reducirían a al'Thor mientras éste intentaba

Librodot

utilizar los Choedan Kal, nada menos —¡él y una mujer absorbiendo suficiente Poder Único para consumir continentes enteros!—, pero nada de lo dicho indicaba que Moridin fuera a estar con ellos. Ni sus dos animalitos de compañía, Moghedien y Cyndane. Era el *Nae'blis* de momento, pero quizá las cosas podrían arreglarse para que no consiguiese otro cuerpo la próxima vez que muriera. A lo mejor podía arreglarse eso muy pronto.

Librodot

CAPÍTULO 14

Lo que un velo oculta

La Victoria de Kidron cabeceaba en las grandes olas, haciendo que las lámparas doradas del camarote de popa se mecieran en sus balancines, pero Tuon permanecía sentada tranquilamente mientras la navaja de afeitar se deslizaba sobre su cuero cabelludo en la firme mano de Selucia. A través de las altas ventanas de popa veía otros grandes barcos embistiendo contra las olas grisverdosas y levantando espuma, cientos de ellos, hilera tras hilera, extendiéndose hasta el horizonte. Un número cuatro veces superior se había quedado en Tanchico. Los *Rhyagelle,* Los Que Retornan al Hogar. El *Corenne,* el Retorno, había comenzado.

Un albatros volando alto parecía seguir al *Kidron,* un augurio de victoria, indiscutiblemente, bien que el ave tenía las alas negras en lugar de blancas. Tenía que significar lo mismo. Los augurios no cambiaban dependiendo de los sitios. El ulular de un búho al amanecer significaba una muerte, y una lluvia sin nubes una visita inesperada, ya fuera en Imfaral o en Noren M'Shar.

El ritual matinal con la navaja de afeitar de su camarera era relajante, y esa mañana necesitaba relajarse. La noche anterior había dado una orden llevada por la ira. No debía impartirse ninguna orden estando furiosa. Casi se sentía *sei'mosiev,* como si hubiese perdido honor. Su equilibrio se había alterado, y eso era tan mala señal para el Retorno como una pérdida de *sei'taer,* los sobrevolase o no un albatros.

Selucia limpió el resto de la espuma con un paño húmedo y después utilizó otro seco; por último, empolvó ligeramente el suave cuero cabelludo con una brocha. Cuando la camarera se apartó, Tuon se puso de pie y dejó que la bata de seda azul, complejamente bordada, se deslizara hasta la alfombra, de diseño dorado y azul. Al instante, el frío aire hizo que su oscura piel desnuda se pusiera de gallina. Cuatro de sus diez doncellas se levantaron grácilmente de donde habían permanecido arrodilladas contra las paredes, bonitas y esbeltas con sus traslúcidas ropas blancas. Todas habían sido adquiridas por su aspecto tanto como por sus habilidades, y eran muy diestras. Se habían acostumbrado a los movimientos del barco durante el largo viaje desde Seanchan, y se apresuraron a coger los ropajes que ya estaban dispuestos sobre baúles tallados, para llevárselos a Selucia. Ésta nunca permitía a las *da'covale* que la vistieran, ni siquiera las medias ni los escarpines.

Cuando metió por la cabeza de Tuon un vestido plisado, del color de marfil viejo, la mujer más joven no pudo evitar comparar las imágenes de las dos que se reflejaban en el alto espejo adosado a la pared interior. Selucia, de piel cremosa, cabello rubio y fríos ojos azules, poseía una majestuosa belleza. Cualquiera la habría tomado por alguien de la Sangre, y de alto rango, más que por *so'jhin,* si no hubiese tenido afeitado el lado izquierdo de la cabeza. Opinión que habría conmocionado en lo más hondo a la mujer de haberla expresado en voz alta. La mera idea de que alguien sobrepasara el

Librodot

límite de su propia posición espantaba a Selucia. Tuon sabía muy bien que ella misma jamás tendría aquel porte imponente. Sus ojos eran demasiado grandes, de color marrón. Cuando olvidaba adoptar la máscara severa, su cara triangular recordaba la de una chiquilla traviesa. Su coronilla apenas llegaba a la altura de los ojos de Selucia, y eso que su camarera no era una mujer alta. Tuon podía cabalgar con los mejores, sobresalía en la lucha y en el uso de armas, pero siempre tenía que ejercitar la mente para ofrecer un aspecto imponente. Había ejercitado aquello con tanto empeño como había hecho con todos los otros talentos en conjunto. Al menos el ancho cinturón de oro tejido ponía de relieve su talle lo bastante para que no la tomaran por un chico con vestido. Los hombres miraban cuando Selucia pasaba a su lado, y Tuon había oído algunos comentarios susurrados sobre sus generosos senos. Quizás eso no tenía nada que ver con un aspecto imponente, pero habría sido agradable tener algo más de pecho.

—La Luz me ampare —murmuró Selucia, que parecía divertida, mientras las *da'covale* regresaban presurosas a arrodillarse de nuevo junto a las paredes—. Habéis hecho eso todas las mañanas desde el primer día que os afeité la cabeza. ¿Aún pensáis después de tres años que voy a dejaros algún rastro de pelo?

Tuon cayó en la cuenta de que se había pasado la mano por el cráneo afeitado. Buscando algún pelo, admitió de mala gana para sus adentros.

—Si lo hubieses dejado —contestó con fingida severidad—, haría que te azotaran. En compensación por todas las veces que has utilizado la navaja de afeitar conmigo.

Selucia abrochó al cuello de Tuon una sarta de rubíes mientras reía.

—Si me hacéis pagar compensación por todas, nunca podré volver a sentarme.

Tuon sonrió. La madre de Selucia se la había entregado como regalo de nacimiento para que fuese su niñera y, lo más importante, su sombra, una escolta personal desconocida para todos. Los primeros veinticinco años de vida de Selucia habían estado centrados en su entrenamiento para realizar tales funciones, entrenamiento que había sido secreto en cuanto a la segunda tarea. En el decimosexto cumpleaños de Tuon, cuando su cabeza se afeitó por primera vez, había hecho los regalos tradicionales de su casa a Selucia: una pequeña propiedad por los cuidados demostrados; un perdón por las reprimendas que le había dado; una bolsa con cien tronos de oro por cada vez que había tenido que castigar a la niña que había tenido a su cargo. La Sangre reunida para asistir a su presentación como adulta se había quedado impresionada por tantas bolsas de monedas, más de las que muchos de ellos podían presumir de tener. Había sido... rebelde de pequeña, por no mencionar su testarudez. Y el último regalo tradicional: la oferta para que Selucia escogiera dónde ser designada a continuación. Tuon no habría sabido decir si había sido mayor su estupefacción o la de la multitud asistente cuando la majestuosa mujer dio la espalda al poder y la autoridad y en cambio pidió ser la camarera de Tuon, su primera doncella. Y todavía su sombra, por supuesto, aunque eso no se hizo público. A ella le había encantado que lo pidiera.

—Quizás en pequeñas dosis, prolongadas durante dieciséis años dijo. Al verse reflejada en el espejo, mantuvo la sonrisa el tiempo suficiente para dejar claro que en sus palabras no había mala intención, y después volvió a adoptar la máscara de seriedad. Ciertamente sentía más afecto por la mujer que la había criado que por la madre a la que sólo había visto dos veces al

año antes de hacerse adulta, o a los hermanos y hermanas contra los que le habían enseñado a luchar por el favor de su madre desde que dio los primeros pasos. Dos de ellos habían muerto ya en esas luchas, y tres habían fracasado en su intento de matarla. Una hermana y un hermano habían sido hechos *da'covale y* sus nombres se habían borrado de los archivos con tanto rigor como si se hubiese descubierto que podían encauzar. Incluso ahora su posición distaba mucho de ser segura. Un mínimo error podía llevarla a la muerte o, peor, a ser despojada de todo y vendida en subasta pública. ¡Por la Luz bendita, cuando sonreía todavía parecía tener dieciséis años! ¡En el mejor de los casos!

Riendo bajito, Selucia se volvió para coger la cofia ceñida de encaje dorado que descansaba en su pie lacado en rojo, sobre el tocador. El diminuto tocado dejaría al aire la mayor parte de su cráneo afeitado, señalándola con el emblema del Cuervo y las Rosas. No sería *sei'mosiev,* pero por el bien del *Corenne* tenía que recobrar el equilibro. Podía pedirle a Anath, su *Soe'feia,* que le impusiera un castigo, pero hacía menos de dos años de la muerte inesperada de Neferi, y aún no se sentía cómoda del todo con su sustituta. Algo le decía que debía hacer esto ella misma. Quizás había visto un augurio que no había reconocido como tal conscientemente. No era probable ver hormigas en un barco, pero sí varias clases de escarabajos.

—No, Selucia —pidió sin alzar la voz—. Un velo.

Los labios de Selucia se apretaron en un gesto de desaprobación, pero volvió a colocar la cofia en su pie sin decir palabra. En privado, como en esos momentos, tenía permiso para hablar con libertad, bien que aun así sabía lo que podía decir y lo que no. Tuon sólo había tenido que castigarla en dos ocasiones, y, tan cierto como la Luz, ella lo había sentido tanto como Selucia. Sin decir nada, su camarera sacó un velo largo y finísimo que echó sobre la cabeza de Tuon y luego lo aseguró con una fina banda de oro trenzado y enjoyado con rubíes. Aún más traslúcido que los vestidos de las *da'covale,* el velo no ocultaba en absoluto su cara, pero sí ocultaba lo que era más importante.

Echando sobre los hombros de Tuon una larga capa azul, con bordados dorados, Selucia se apartó unos pasos e hizo una profunda reverencia, de manera que la punta de su larga trenza rubia rozó la alfombra. Las *da'covale* arrodilladas se inclinaron hasta tocar el suelo con el rostro. La intimidad estaba a punto de terminar. Tuon salió sola del camarote.

En el segundo camarote la aguardaban seis de sus *sul'dam,* tres a cada lado, con las mujeres a su cargo arrodilladas delante de ellas sobre las anchas y pulidas planchas de la cubierta. Las *sul'dam* se pusieron de pie cuando la vieron, orgullosas como los rayos plateados en las bandas rojas de sus faldas. Las *damane* vestidas de gris se irguieron, rebosantes de su propio orgullo. A excepción de la pobre Lidya, que siguió encogida de rodillas e intentó aplastar el rostro manchado de lágrimas contra el suelo. Ianelle, que sostenía la correa de la *damane* pelirroja, la miró ceñuda.

Tuon suspiró. Lidya había sido la responsable de que se encolerizara la noche anterior. No, había sido la causa, pero la propia Tuon era responsable de sus emociones. Había ordenado a la *damane* leerle la fortuna, sin embargo, no debería haber ordenado que le diesen palmetazos por no gustarle lo que oyó.

Se agachó, sujetando la barbilla de Lidya con la mano, de manera que las largas uñas lacadas en rojo rozaban la mejilla pecosa de la *damane,* y la hizo incorporarse hasta que quedó sentada sobre los talones. Lo cual

provocó un gesto de dolor y más lágrimas, que Tuon limpió cuidadosamente con los dedos al tiempo que hacía que la *damane* se incorporara sobre las rodillas.

—Lidya es una buena *damane,* Ianelle —dijo—. Ponle en los verdugones tintura de sorfa y dale corazón de león para el dolor hasta que la inflamación haya bajado. Y, hasta ese momento, que se le dé crema dulce con cada comida.

—Como ordene la Augusta Señora —repuso formalmente Ianelle, pero esbozó una sonrisa. Todas las *sul'dam* apreciaban a Lidya, y no le había gustado castigar a la *damane*—. Si se pone gorda, la sacaré a correr, Augusta Señora.

Lidya giró la cabeza para besar la palma de la mano de Tuon.

—La señora de Lidya es amable —murmuró—. Lidya no se pondrá gorda.

Tuon avanzó a lo largo de las dos filas de mujeres y dirigió unas palabras a cada *sul'dam* así como palmeó la cabeza de las *damane.* Las seis que había llevado consigo eran las mejores, y le sonreían con un afecto igual al que sentía por ellas. Habían competido ansiosamente para ser elegidas. Las rellenitas y rubias Dali y Dani, hermanas que apenas habían necesitado la dirección de una *sul'dam.* Charral, con el cabello tan gris como sus ojos, pero aún la más ágil con el hilado. Sera, con cintas rojas en el rizadísimo cabello negro, la más fuerte, y orgullosa como una *sul'dam.* La menuda Mylen, más baja incluso que la propia Tuon. Mylen era de la que más orgullosa se sentía Tuon.

A muchos les pareció chocante cuando Tuon hizo las pruebas para *sul'dam* al alcanzar la mayoría de edad, aunque nadie podía llevarle la contraria. Excepto su madre, que lo había permitido al guardar silencio. En realidad, convertirse en *sul'dam* era inconcebible, por supuesto, pero disfrutaba tanto entrenando *damane* como entrenando caballos, y era igualmente buena en lo uno como en lo otro. Mylen era prueba de ello. La pálida y menuda *damane* estaba medio muerta por el miedo y la conmoción, y se negaba a comer o a beber, cuando Tuon la había comprado en los muelles de Shon Kifar. Todas las *der'sul'dam* habían dado por perdido su caso, afirmando que no viviría mucho tiempo, pero ahora Mylen le sonrió a Tuon y se inclinó hacia adelante para besarle la mano antes incluso de que la joven hiciera ademán de acariciarle el oscuro cabello. Antes huesos y piel, empezaba a estar un tanto gordita ahora. En lugar de reprenderla, Catrona, que manejaba su cadena, esbozó una sonrisa que dibujó arrugas en su rostro habitualmente severo y murmuró que Mylen era una *damane* perfecta. Era verdad, y nadie habría creído ahora que en otro tiempo se llamaba a sí misma Aes Sedai.

Antes de marcharse, Tuon impartió algunas órdenes concernientes a la dieta y el ejercicio de las *damane.* Las *sul'dam* sabían lo que tenían que hacer, igual que las otras doce del séquito de Tuon, o en caso contrario no se encontrarían a su servicio, pero ella era de la opinión de que no se debería permitir a nadie poseer *damane* a menos que siguiera con mucho interés todo lo relacionado con ellas. Tuon conocía todas las peculiaridades de las suyas tan bien como conocía su propia cara.

En el siguiente camarote, los Guardias de la Muerte, alineados junto a las paredes, con sus armaduras lacadas en rojo sangre y un verde oscuro casi negro, se pusieron firmes al entrar ella. Es decir, se pusieron firmes si es que unas estatuas podían hacerlo. Hombres de rostros duros, ellos y otros

quinientos más que tenían a su cargo la seguridad de Tuon. Cualquiera de ellos daría la vida para protegerla. Y todos morirían si moría ella. Del primero al último se habían ofrecido voluntarios, pidiendo pertenecer a su guardia. Al reparar en el velo, el capitán Musenge ordenó sólo a dos que la acompañaran a cubierta, donde dos docenas de Ogier Jardineros, uniformados en rojo y verde, formaban en dos filas a ambos lados de la puerta, con las grandes hachas adornadas con borlones negros sujetas en alto frente a ellos y los sombríos ojos vigilando incluso allí por si surgía algún peligro. Ellos no morirían si perecía ella, pero también habían pedido formar parte de su guardia, y Tuon confiaría su vida en las enormes manos de cualquiera de ellos sin el menor reparo.

En los tres altos mástiles del *Kidron,* las velas aparecían hinchadas por el frío viento que empujaba la nave hacia la tierra firme que había al frente, una oscura costa lo bastante próxima ya para distinguir colinas y cabos. Hombres y mujeres abarrotaban la cubierta; todos los pertenecientes a la Sangre que se encontraban allí, vestidos con sus mejores sedas, pasaban por alto el viento que sacudía sus capas y hacían caso omiso de los descalzos tripulantes que corrían entre ellos de un lado para otro; esa actitud resultaba demasiado ostentosa en algunos de los nobles, como si pudiesen dirigir el barco mientras se arrodillaban o hacían reverencias cada dos pasos. Preparados para realizar una postración, los miembros de la Sangre hicieron en cambio ligeras reverencias, calcos unas de otras, cuando la vieron con el velo. Yuril, el hombre de afilada nariz al que todos tenían por su secretario, hincó rodilla en tierra. Era su secretario, desde luego, pero también su Mano, al mando de sus Buscadores. La mujer llamada Macura se postró para besar el suelo antes de que unas breves y quedas palabras de Yuril la hicieran volverse a poner de pie, arreboladas las mejillas y alisándose la roja falda plisada. Tuon había dudado en tomarla a su servicio, en Tanchico, pero la mujer había suplicado como una *da'covale.* Por alguna razón, profesaba un odio intenso y arraigado a las Aes Sedai, y, a despecho de las recompensas recibidas ya por información extremadamente valiosa, esperaba hacerles más daño.

Respondiendo a la Sangre con otra inclinación de cabeza, Tuon subió al alcázar, seguida de los Guardias de la Muerte. Tuvo que sujetar con fuerza la capa debido al viento, que le aplastó el velo contra la cara un momento y al siguiente lo levantó sobre su cabeza. No importaba; bastaba con que lo llevase puesto. Su emblema personal, dos leones dorados enganchados a un antiguo carro de guerra, ondeaba en la popa por encima de los seis timoneles que bregaban para controlar la larga caña del timón. Debían de haber arriado y guardado la bandera de los Cuervos y las Rosas tan pronto como el primer miembro de la tripulación la vio con el velo e hizo correr la voz. La capitana del *Kidron,* una mujer ancha, curtida, de cabello blanco y ojos de un increíble color verde, inclinó la cabeza en cuanto el pie de Tuon pisó el alcázar, e inmediatamente después puso de nuevo su atención en el barco.

Anath se encontraba junto a la batayola, vestida con seda totalmente negra, aparentemente imperturbable al gélido viento a pesar de no llevar capa. Era esbelta, y muy alta. Su cara, oscura como el carbón, era hermosa, pero sus enormes ojos negros parecían perforar como taladros. *Soe'feia* de Tuon, su Palabra de la Verdad, había sido nombrada por la emperatriz, así viviera para siempre, cuando Neferi murió. Una sorpresa, estando la Mano Izquierda de Neferi entrenada y lista para reemplazarla; pero, cuando la

Librodot

emperatriz hablaba desde el Trono de Cristal, su palabra era ley. Se suponía que uno no debía temer a su *Soe'feia,* pero Tuon la temía un poco. Se reunió con la mujer, cerrando las manos sobre la batayola, y tuvo que aflojar los dedos para no romperse una uña lacada. Eso habría significado una gran mala suerte.

—Vaya —empezó Anath, y la palabra penetró como una aguja en el cráneo de Tuon. La mujer la miraba ceñuda, y su voz estaba cargada de desdén—. Ocultáis el rostro, en cierto modo, y ahora sois simplemente la Augusta Señora Tuon. Sólo que todo el mundo sabe quién sois realmente, aunque no lo mencionen. ¿Durante cuánto tiempo os proponéis alargar esta farsa? —Los carnosos labios de Anath se curvaron en una mueca burlona, y la mujer hizo un gesto seco, displicente, con la esbelta mano—. Supongo que esta estupidez se debe al hecho de haber mandado golpear a la *damane.* Sois una necia si pensáis que vuestros ojos están bajados por algo tan nimio. ¿Qué os dijo para encolerizaros? Nadie parece saberlo, excepto que os cogisteis una pataleta, y lamento habérmelo perdido.

Tuon se obligó a mantener inmóviles las manos sobre la batayola, impidiendo que le temblaran. Y también se obligó a mantener una actitud circunspecta.

—Llevaré el velo hasta que un augurio me anuncie que ha llegado el momento de quitármelo, Anath —contestó, controlando la voz para que sonase sosegada. Sólo la suerte había impedido que cualquiera escuchase las enigmáticas palabras de Lidya. Todos sabían que la *damane* podía predecir el futuro, y, si alguien de la Sangre lo hubiese oído, ahora todos estarían cuchicheando tras sus manos sobre su destino.

Anath soltó una seca risa y empezó de nuevo a decirle lo necia que era, esta vez con más detalle. Con mucho más detalle. No se molestó en bajar la voz. La capitana Tehan miraba fijamente al frente, pero los ojos casi se le salían de la arrugada cara. Tuon escuchó atentamente, a pesar de que las mejillas enrojecieron más y más hasta que creyó que el velo se prendería.

Muchos miembros de la Sangre llamaban a sus Voces *Soe'feia,* pero las Voces de la Sangre eran *so'jhin* y sabían que se los podía castigar si a sus dueños les desagradaba lo que decían, aunque los llamaran *Soe'feia.* No se podían dar órdenes a un Dicente de la Verdad ni coaccionarlo o castigarlo de ningún modo. A la Palabra de la Verdad se le *exigía* que dijese la cruda verdad tanto si uno quería escucharla como si no, y que se asegurase de que se oía lo que decía. Los miembros de la Sangre que llamaban *Soe'feia* a sus Voces pensaban que Algwyn, el último varón que se había sentado en el Trono de Cristal, hacía casi mil años, había sido un demente por dejar que su *Soe'feia* viviera y siguiese en su puesto después de abofetearlo ante toda la corte. Entendían tan poco las tradiciones de su familia como la estupefacta capitana. Las expresiones de los Guardias de la Muerte no cambiaron tras las piezas delanteras de sus yelmos que ocultaban a medias las mejillas. Ellos sí comprendían.

—Gracias, pero no necesito un castigo —manifestó cortésmente cuando Anath acabó al fin su arenga.

Tiempo atrás, después de maldecir a Neferi por morir de un modo tan estúpido como caer rodando escalera abajo, le había pedido a su nueva *Soe'feia* que le prestara ese servicio. Maldecir a los muertos bastaba para convertirse en *sei'mosiev* durante meses. La mujer casi había sido tierna en el castigo, en ciertos aspectos, aunque le había costado lágrimas durante días, y ni siquiera había podido ponerse la ropa interior. No era ése el motivo

de que rechazara la oferta, sin embargo; si un castigo no era severo no servía para reparar el equilibrio. No, no se decantaría por el camino más fácil porque ya había tomado una decisión. Y —tenía que admitirlo— porque deseaba resistirse al consejo de su *Soe'feia.* Porque no quería oírla en absoluto. Como decía Selucia, siempre había sido testaruda. Rehusar escuchar a su Palabra de la Verdad era abominable. Después de todo, quizá debería aceptar la oferta para reparar el equilibrio. Tres marsopas grises se elevaron junto al barco y emitieron un grito. Tres, y no volvieron a aparecer. Mantenerse en el curso elegido.

—Cuando estemos en tierra —dijo—, la Augusta Señora Suroth ha de ser elogiada por sus méritos. —Mantenerse en el curso elegido—. Y han de considerarse sus ambiciones. Ha hecho más con los Precursores de lo que había esperado la emperatriz, así viva para siempre, pero el éxito a esa escala a menudo engendra ambiciones equivalentes.

Molesta por el cambio de tema, Anath se puso erguida y apretó los labios. Sus ojos chispearon.

—Estoy segura de que la única ambición de Suroth está en la consecución de lo que sea más beneficioso para el imperio —replicó secamente.

Tuon asintió. Ella no estaba segura en absoluto. Esa clase de seguridad podía conducir a cualquiera a la Torre de los Cuervos, e incluso a ella. Quizás especialmente a ella.

—He de hallar un modo de entrar en contacto con el Dragón Renacido lo antes posible. Debe arrodillarse ante el Trono de Cristal antes del Tarmon Gai'don, o todo se habrá perdido. —Las Profecías del Dragón lo manifestaban claramente así.

La actitud de Anath cambió en un visto y no visto. Sonriendo, puso una mano en el hombro de Tuon casi de un modo posesivo. Aquello estaba yendo demasiado lejos, pero era *Soe'feia,* y tal vez la sensación de posesión sólo existía en la imaginación de Tuon.

—Debéis tener cuidado —ronroneó Anath—. No debéis dejar que descubra lo peligrosa que sois para él hasta que sea demasiado tarde para que escape.

Siguió dándole consejos, pero Tuon dejó que le resbalaran. Escuchaba sólo a medias, pero eran las mismas cosas que ya había escuchado cien veces. Al frente distinguió la bocana de un gran puerto. Ebou Dar, desde donde el Corenne se expandiría, al igual que se expandía desde Tanchico. La idea le causó un estremecimiento de placer, de logro alcanzado. Tras el velo, era simplemente la Augusta Señora Tuon, de un rango no más alto que muchos otros de la Sangre, pero en su corazón era Tuon Athaem Kore Paendrag, Hija de las Nueve Lunas, y estaba allí para reclamar lo que les había sido robado a sus antecesores.

Librodot

GLOSARIO

Aclaración sobre las fechas de este glosario. El calendario Tomano (ideado por Toma dur Ahmid) se adoptó aproximadamente dos siglos después de la muerte de los últimos varones Aes Sedai y registró los años transcurridos después del Desmembramiento del Mundo (DD). Muchos anales resultaron destruidos durante las Guerras de los Trollocs, de modo que, al concluir éstas, se abrió una discusión con respecto al año exacto en que se hallaban en el antiguo sistema. Tiam de Gazar propuso un nuevo calendario, en conmemoración de la supuesta liberación de la amenaza trolloc, en el que los años se señalarían como Año Libre (AL). El calendario Gazariano gozó de amplia aceptación veinte años después del final de la guerra. Artur Hawkwing intentó establecer un nuevo anuario que partiera de la fecha de fundación de su imperio (DF, Desde la Fundación), pero sólo los historiadores hacen referencia a él actualmente. Tras la destrucción, la mortalidad y la desintegración generalizadas de la Guerra de los Cien Años, Uren din Jubai Gaviota Voladora, un erudito de las islas de los Marinos, concibió un cuarto calendario, el cual promulgó el Panarch Farede de Tarabon. El calendario Farede —iniciado a partir de la fecha, arbitrariamente decidida, del fin de la Guerra de los Cien Años—, que registra los años de la Nueva Era (NE), es el que se utiliza en la actualidad.

Ahondamiento: 1) La capacidad de usar el Poder Único para diagnosticar condiciones físicas y enfermedades. 2) La habilidad de hallar depósitos de minerales metalíferos con el Poder Único. El hecho de que ésta sea una habilidad perdida por las Aes Sedai mucho tiempo atrás puede explicar que el nombre se haya relacionado con otra facultad.

Allegadas, las: Incluso durante la Guerra de los Trollocs, hace más de dos mil años (alrededor del 1000-1350 DD), la Torre Blanca seguía manteniendo el nivel exigido y expulsaba a las mujeres que no daban la talla. Un grupo de esas mujeres, temerosas de regresar a sus casas en mitad de una guerra, huyó a Barashta (en las inmediaciones de donde se alza actualmente Ebou Dar), lo más lejos posible del conflicto en aquel tiempo. Se llamaron a sí mismas las Allegadas o las Emparentadas; mantuvieron en secreto su grupo y ofrecieron un refugio seguro a otras que habían sido expulsadas. Con el tiempo, el hecho de entrar en contacto con mujeres a las que se les ordenaba abandonar la Torre las condujo a abordar a las fugitivas y, aunque las razones exactas quizá no se sepan nunca, las Allegadas empezaron a aceptar también a las que huían de la Torre. Ponían gran empeño en que esas jóvenes no descubrieran nada sobre su grupo hasta tener la seguridad de que las Aes Sedai no caerían sobre ellas de repente para arrastrarlas de vuelta a la Torre. Al fin y a la postre, era de todos sabido que a las fugitivas se las atrapaba siempre, antes o después, y las Allegadas sabían que, a menos que mantuvieran en secreto su organización, ellas mismas serían castigadas severamente.

Las Allegadas ignoraban que las Aes Sedai tenían conocimiento de su existencia casi desde el principio, pero la prosecución de la guerra no les dejaba tiempo para ocuparse de ellas. Al finalizar el conflicto, la Torre cayó en la cuenta de que no le convenía desmantelar el grupo de las Allegadas.

Librodot

Hasta entonces, la gran mayoría de las fugitivas había logrado escapar en contra de la propaganda de la Torre; pero, una vez que las Allegadas empezaron a ayudarlas a huir, la Torre sabía exactamente a dónde se encaminaba cualquier fugitiva, y así comenzó a recuperar a nueve de cada diez. Puesto que las Emparentadas se mudaban cada cierto tiempo de Barashta (y posteriormente de Ebou Dar,) con el propósito de mantener en secreto su existencia y el número de las componentes del grupo, sin que su estancia se prolongase más de diez años para no correr el riesgo de que nadie advirtiera que no envejecían a un ritmo normal, la Torre creyó que eran muy pocas, además de que cumplían a raja tabla el precepto de no llamar la atención. Con el propósito de utilizar a las Allegadas como una trampa para las fugitivas, la Torre decidió dejarlas en paz, en contra de lo que habían hecho con cualquier otro grupo similar a lo largo de su historia, así como guardar en secreto su existencia para cualquiera que no fuese Aes Sedai.

Las Allegadas no tienen leyes, sino más bien unas reglas basadas en parte en las establecidas por la Torre Blanca para novicias y Aceptadas, y en parte por la necesidad de conservar su secreto. Como sería de esperar dados los orígenes de las Allegadas, el mantenimiento de sus reglas es estricto con todas sus integrantes.

Recientes contactos entre Aes Sedai y Allegadas —aunque tal circunstancia es conocida únicamente por un puñado de hermanas— han dado lugar a varias sorpresas, entre ellas el hecho de que hay el doble de Emparentadas que Aes Sedai, así como que algunas de las primeras superan en un siglo la edad a la que ha llegado cualquier Aes Sedai desde antes de la Guerra de los Trollocs. El efecto que estos descubrimientos puedan tener tanto en las Aes Sedai como en las Allegadas aún está por verse. (Véanse *Hijas del Silencio, las; Círculo de Labores de Punto, el.)*

Asha'man: 1) En la Antigua Lengua «Guardián» o «Guardianes», pero siempre con el significado de un defensor de la verdad y la justicia. 2) El nombre dado tanto al colectivo de hombres que han acudido a lo que ahora se llama la Torre Negra, cerca de Caemlyn, en Andor, a fin de aprender a encauzar, como a uno de sus rangos. Su entrenamiento se centra en los distintos modos de utilizar el Poder Único como arma; una vez que han aprendido a asir el *Saidin* —la mitad masculina de la Fuente—, se les exige realizar todo tipo de tareas y trabajos con el Poder, lo que implica otro cambio con respecto a las normas de la Torre Blanca. A un hombre que acaba de enrolarse se lo llama «soldado» y lleva una chaqueta negra, de cuello alto, al estilo andoreño. Al ser ascendido a «Dedicado» se adquiere el derecho de lucir un alfiler de plata, denominado «espada», en un pico del cuello. La promoción a Asha'man otorga el derecho a llevar la insignia del «dragón», el alfiler esmaltado en dorado y rojo, en el pico contrario. Aunque muchas mujeres, incluidas las esposas, huyen cuando descubren que sus compañeros pueden encauzar, un número considerable de los hombres de la Torre Negra están casados y utilizan una versión del vínculo de los Guardianes con sus Aes Sedai a fin de crear un nexo con sus esposas. Este mismo vínculo, alterado para compeler a la obediencia, ha empezado a usarse recientemente a fin de capturar también Aes Sedai.

Balwer, Sebban: Otrora secretario de Pedron Niall oficialmente, aunque en secreto era su jefe de espías. Ayudó a Morgase a escapar de los seanchan en Amador por sus propios motivos, y ahora trabaja como secretario de

Perrin t'Bashere Aybara y de Faile ni Bashere t'Aybara.

Capitán de Espadas: Véase *Capitán de Lanzas.*

Capitán de Lanzas: En la mayoría de las naciones, las mujeres nobles no dirigen personalmente a sus mesnaderos en la batalla en circunstancias normales. En cambio, contratan a un soldado profesional, casi siempre un plebeyo, que es responsable del entrenamiento de los mesnaderos así como de dirigirlos. Dependiendo del país, ese hombre puede llamarse Capitán de Lanzas, Capitán de Espadas, Maestro de los Caballos o Maestro de las Lanzas. A menudo, y quizá de manera inevitable, surgen rumores sobre otro tipo de relación entre la noble y el guerrero aparte de la de patrona y asalariado. En ocasiones dichos rumores son ciertos.

Cha Faile: 1) En la Antigua Lengua, «Garra del Halcón». 2) Nombre adoptado por los jóvenes cairhieninos y tearianos que intentan seguir el *ji'e'toh.* Han jurado lealtad a Faile ni Bashere t'Aybara y secretamente actúan como sus exploradores y espías.

Círculo de Labores de Punto, el: La junta dirigente de las Allegadas. Puesto que ninguna de las componentes del grupo ha sabido nunca cómo organizan las Aes Sedai su propia jerarquía —conocimiento que sólo se adquiere cuando una Aceptada ha pasado su prueba para obtener el chal—, las Allegadas no se basan en la fuerza con el Poder sino que dan gran importancia a la edad, de modo que la mujer mayor siempre está por encima de la más joven. Por consiguiente, el Círculo de Labores de Punto (nombre escogido, al igual que el de Allegadas, por su carácter inofensivo) está formado por las trece mujeres mayores residentes en Ebou Dar en ese momento, y la de mayor edad recibe el título de la Rectora. Conforme a las reglas, todas tendrán que dejar el puesto cuando les llegue el momento de mudarse, pero mientras residen en Ebou Dar tienen autoridad absoluta sobre las Allegadas, hasta un grado que cualquier Sede Amyrlin envidiaría. (Véase *Allegadas, las.)*

Compañeros, los: El cuerpo militar de elite de Illian que actualmente está al mando del primer capitán Demetre Marcolin. Los Compañeros proporcionan escolta al rey de Illian y guardan los puntos clave en toda la nación. Además, a los Compañeros se los ha utilizado tradicionalmente en la batalla para atacar las posiciones enemigas más fuertes y sacar ventaja de sus puntos débiles, así como cubrir la retirada del rey si llegara el caso. A diferencia de la mayoría de las unidades de elite de su clase, a los forasteros no sólo se los acoge de buen grado en sus filas (excepto tearianos, altaraneses y murandianos), sino que incluso pueden ascender al rango más alto; lo mismo reza para los plebeyos, cosa que tampoco es habitual. El uniforme de los Compañeros consiste en chaqueta verde, peto adornado con las Nueve Abejas de Illian y un yelmo cónico con visera de hendiduras en acero. El primer capitán luce cuatro galones trenzados de oro en las bocamangas, y un penacho de tres finas plumas doradas en el yelmo. Los tenientes llevan dos galones amarillos en las bocamangas y dos finas plumas verdes, mientras que los subtenientes llevan un galón amarillo y una pluma verde. Los distintivos de los abanderados son dos galones abiertos de color amarillo en las bocamangas y una pluma del mismo tono, y los hombres del pelotón sólo llevan un galón abierto, también amarillo.

Consolidación, la: Cuando los ejércitos enviados por Artur Hawkwing a las órdenes de su hijo Luthair desembarcaron en Seanchan, se encontraron con un mosaico cambiante de numerosísimas naciones que guerreaban

Librodot

frecuentemente entre sí y que a menudo estaban regidas por Aes Sedai. Sin existir un equivalente de la Torre Blanca, las Aes Sedai actuaban en favor de sus propios intereses y poderío valiéndose del Poder Único. Formaban pequeños grupos e intrigaban constantemente unas contra otras. En gran parte, esas continuas maquinaciones en provecho propio y las resultantes guerras entre las miles de naciones fueron las que permitieron a los ejércitos del este del Océano Aricio iniciar la conquista de todo un continente y que sus descendientes finalizaran dicha tarea. Esa conquista, durante la cual los descendientes de los ejércitos originales se convirtieron en seanchan a medida que conquistaban a los oriundos, se prolongó más de novecientos años y se la conoce como la Consolidación.

Corenne: En la Antigua Lengua, «el Retorno». Nombre dado por los seanchan tanto a la flota de miles de barcos como a los cientos de miles de soldados, artesanos y demás que transportarán esas naves y que llegarán detrás de los Precursores para reclamar las tierras robadas a los descendientes de Artur Hawkwing. (Véase *Precursores.)*

da'covale: 1) En la Antigua Lengua, «el que es posesión» o «persona que es propiedad». 2) Entre los seanchan, término utilizado a menudo, junto con el de «propiedad», para «esclavos». La esclavitud tiene una historia larga e inusitada entre los seanchan, ya que hay esclavos con habilidad para ascender a posiciones de gran poder y autoridad, incluso sobre aquellos que son libres. (Véase *so'jhin.)*

Defensores de la Ciudadela, los: La unidad militar de elite de Tear. El actual Capitán de la Ciudadela (el comandante de los Defensores) es Rodrivar Tihera. En dicho cuerpo sólo se admiten tearianos, y por lo general los oficiales son de la nobleza, aunque a menudo pertenecen a casas menores o a ramas menores de casas importantes. Los Defensores tienen a su cargo la salvaguardia de la inmensa fortaleza llamada Ciudadela de Tear, en la ciudad del mismo nombre, la defensa de la urbe y las tareas propias de un cuerpo policial o una guardia ciudadana u otra organización semejante. Salvo en tiempos de guerra, sus funciones rara vez los llevan lejos de la ciudad. Así, como ocurre con todas las unidades de elite, son el núcleo en torno al cual se forma el ejército. El uniforme de los Defensores consiste en una chaqueta negra con mangas acolchadas, listadas en negro y dorado, con puños negros, peto bruñido y yelmo con reborde y visera de hendiduras de acero. El Capitán de la Ciudadela luce tres plumas blancas y cortas en el yelmo, y en los puños de la chaqueta, tres galones dorados y entrelazados sobre banda blanca. Los capitanes llevan dos plumas blancas y un galón dorado sobre puños blancos; los tenientes, una pluma blanca y un galón negro sobre puños blancos; los subtenientes, una corta pluma negra y los puños blancos, sin galones. Los Portaestandartes llevan puños dorados en las chaquetas, y los hombres del pelotón, los puños listados en negro y dorado.

der'morat: 1) En la Antigua Lengua, «maestro adiestrador». 2) Entre los seanchan, el término se aplica para indicar a un adiestrador eminente y experto en una de las disciplinas exóticas, alguien que entrena a otros, por ejemplo, el *der'morat'raken.* Los *der'morat* pueden disfrutar de una posición social muy importante, y la más elevada la ostentan las *sul'dam,* que se equiparan con oficiales militares de alto rango. (Véase *morat.)*

Fain, Padan: El otrora Amigo Siniestro es ahora algo mucho peor y más poderoso, y enemigo de los Renegados tanto como lo es de Rand al'Thor, a quien odia con pasión. La última vez que se lo vio utilizaba el nombre de

Librodot

Jeraal Mordeth y actuaba como consejero de lord Toram Riatin en su rebelión contra el Dragón Renacido en Cairhien.

Guardias de la Muerte, los: La unidad militar de elite del imperio seanchan, formada tanto por humanos como por Ogier. Todos los integrantes humanos de los Guardias de la Muerte son *da'covale,* nacidos esclavos, y se los elige a temprana edad para servir a la emperatriz, de quienes son propiedad. Fanáticamente leales y ferozmente orgullosos, a menudo exhiben los cuervos tatuados en sus hombros, la marca de un *da'covale* de la emperatriz. Los yelmos y las armaduras de su unidad van lacados en verde oscuro y rojo sangre, y los escudos, en negro; sus lanzas y espadas llevan borlas también negras. (Véase *da'covale.)*

Hailene: En la Antigua Lengua, «Precursores» o «los Que Llegan Antes». Término aplicado por los seanchan a la masiva fuerza expedicionaria enviada a través del Océano Aricio para explorar las tierras antaño regidas por Artur Hawkwing. Actualmente al mando de la Augusta Señora Suroth, los *Hailene,* cuyas filas se han engrosado con los reclutamientos realizados en los países conquistados, han superado con creces sus objetivos originales.

Hanlon, Daved: Un Amigo Siniestro, antiguo comandante de los Leones Blancos al servicio del Renegado Rahvin en la época en que éste tuvo Caemlyn bajo su dominio utilizando el nombre falso de lord Gaebril. Posteriormente, Hanlon condujo a los Leones Blancos a Cairhien con órdenes de fomentar la rebelión contra el Dragón Renacido. Los Leones Blancos fueron destruidos por una «burbuja maligna», y Hanlon recibió instrucciones de regresar a Caemlyn con fines aún desconocidos.

Hijas del Silencio: Durante la historia de la Torre Blanca (más de tres mil años), diversas mujeres que fueron expulsadas no quisieron aceptar su destino e intentaron agruparse. Tales grupos —o al menos casi todos ellos— fueron dispersados por la Torre Blanca tan pronto como se descubrió su existencia, y a sus componentes se las castigó severa y públicamente a fin de asegurarse de que llegara a oídos de las demás y sirviera de lección. Las integrantes del último grupo dispersado se llamaban a sí mismas las Hijas del Silencio (794-798 NE), y lo componían dos Aceptadas, a las que la Torre había expulsado, y otras veintitrés mujeres a las que reunieron y entrenaron. Todas fueron conducidas a Tar Valon y castigadas; a las veintitrés se las inscribió en el libro de las novicias. Sólo una de ellas logró obtener el chal. (Véase *Allegadas, las.)*

Ishara: Primera reina de Andor (alrededor de 994-1020 AL). A la muerte de Artur Hawkwing, Ishara convenció a su esposo, uno de los generales más destacados de Hawkwing, de que levantara el asedio a Tar Valon y la acompañara a Caemlyn con todos los soldados que pudiera apartar del ejército. Mientras otros intentaban adueñarse de todo el imperio de Hawkwing y fracasaban, Ishara se apoderó de una pequeña parte y logró su propósito. En la actualidad, casi todas las casas nobles de Andor descienden en mayor o menor medida de Ishara, y el derecho a reclamar el Trono del León depende por igual de pertenecer a la estirpe directa de dicha reina como del número de linajes relacionados con ella que puedan establecerse de manera fehaciente.

jerarquía de los Marinos: Los Atha'an Miere, o los Marinos, están gobernados por la Señora de los Barcos de los Atha'an Miere. En el desempeño de su tarea, ésta cuenta con la ayuda de la Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos y del Maestro de Armas. En el escalafón inmediatamente

inferior se encuentran las Señoras de las Olas de los clanes, cada cual ayudada por sus correspondientes Detectora de Vientos y Maestro de Espadas. A continuación están las Navegantes (capitanas de barco) de sus respectivos clanes, que a su vez disponen de la asistencia de su Detectora de Vientos y su Maestre de Cargamento. La Detectora de los Vientos de la Señora de los Barcos tiene autoridad sobre todas las Detectoras de Vientos de las Señoras de las Olas de los clanes, quienes, a su vez, tienen potestad sobre todas las Detectoras de Vientos de sus clanes respectivos. Asimismo, el Maestro de Armas tiene autoridad sobre todos los Maestros de Espadas, y éstos sobre los Maestros de Cargamento de sus clanes. El rango no es hereditario entre los Marinos. Son las Doce Primeras de los Atha'an Miere quienes eligen, de por vida, a la Señora de los Barcos; estas mujeres son las doce Señoras de las Olas de más edad en los clanes. A la Señora de las Olas del clan la eligen las doce Navegantes mayores de su clan, a las cuales se conoce por el título abreviado de las Doce Primeras, un término que también se utiliza para designar a las Navegantes decanas que se encuentren presentes en cualquier parte. De igual modo, puede ser destituida por el voto de esas mismas Doce Primeras. De hecho, se puede destituir a cualquiera excepto a la Señora de los Barcos, lo que abarca todos los escalafones, incluso el de marinero de cubierta, ya sea por cobardía u otros delitos. Cuando una Señora de los Barcos o una Señora de las Olas muere, su Detectora de Vientos está obligada a servir, forzosamente, a otra mujer de rango inferior, con lo que su propio rango también disminuye.

Legión del Dragón, la: Una gran unidad militar de infantería que ha jurado lealtad al Dragón Renacido y ha sido entrenada por Davram Bashere de acuerdo con unas pautas ideadas por él mismo y por Mat Cauthon, las cuales difieren radicalmente de las empleadas de manera habitual por los soldados de a pie. Aunque muchos de sus integrantes acuden por propia iniciativa, un gran número de hombres de la Legión es recogido por grupos de reclutamiento procedentes de la Torre Negra, quienes primero reúnen a todos los varones de una zona que desean seguir al Dragón Renacido y sólo después de conducirlos a través de accesos próximos a Caemlyn comprueban a cuáles de ellos se les puede enseñar a encauzar. A los restantes, mucho más numerosos, se los envía a los campamentos de entrenamiento de Bashere.

Maestro de las Lanzas: Véase *Capitán de Lanzas.*

Maestro de los Caballos: Véase *Capitán de Lanzas.*

marath'damane: En la Antigua Lengua, «Las que Deben Atarse con Correa» y también «alguien que debe atarse con correa». Término utilizado por los seanchan para designar a las mujeres capaces de encauzar, pero a las que aún no se les ha puesto el collar de *damane.*

Mera'din: En la Antigua Lengua, «los Sin Hermanos». Nombre adoptado, como una asociación guerrera, por los Aiel que abandonaron clan y septiar y se unieron a los Shaido porque no podían aceptar a Rand al'Thor, un habitante de las tierras húmedas, como el *Car'a'carn* o porque rehusaron admitir sus revelaciones referentes a la historia y los orígenes de los Aiel. Desertar del clan y del septiar por cualquier razón se considera abominable entre los Aiel, por lo cual ni siquiera sus propias asociaciones guerreras de los Shaido quisieron admitirlos en sus filas, y, en consecuencia, formaron su propia asociación, los Sin Hermanos.

mesnaderos: Soldados que deben lealtad o vasallaje a un lord o lady en

Librodot

particular.

morat: En la Antigua Lengua, «adiestrador». Entre los seanchan se utiliza para designar a los que adiestran y se encargan de disciplinas exóticas, por ejemplo, el *morat'raken,* un adiestrador o jinete de *raken,* también llamado de manera informal «volador». (Véase *der'morat.)*

Mujeres Sabias: Tratamiento honorífico que se da en Ebou Dar a las mujeres notables por sus increíbles habilidades para curar prácticamente cualquier herida. Tradicionalmente el distintivo de una Mujer Sabia es un cinturón rojo. Si bien algunas personas han reparado en que gran parte —por no decir la mayoría— de las Mujeres Sabias ebudarianas no son oriundas de Altara, cuanto menos de la propia Ebou Dar, lo que se ignoraba hasta no hace mucho, y aún sólo lo saben unos pocos, es que las Mujeres Sabias son en realidad Allegadas que utilizan varias versiones de la Curación y que aplican hierbas y emplastos sólo como tapadera. Con la huida de las Allegadas de Ebou Dar después de que los seanchan tomaran la ciudad, no queda allí ninguna Mujer Sabia. (Véase *Allegadas, las)*

Precursores, los: Véase *Hailene.*

Profeta, el: O, más formalmente, el Profeta del lord Dragón. Antaño conocido como Masema Dagar, un soldado shienariano, que tuvo una revelación y decidió que había sido llamado a difundir la nueva del renacimiento del Dragón. Cree que nada —¡absolutamente nada!— es más importante que reconocer al Dragón Renacido como la Luz hecha carne y que hay que estar preparado para cuando éste llame a la acción; a tal fin, él y sus seguidores utilizarán cualquier medio para obligar a otros a entonar las alabanzas del Dragón Renacido. Ha renunciado a cualquier otro nombre que no sea el de Profeta, y ha desatado el caos en gran parte de Ghealdan y Amadicia, de las cuales controla zonas extensas.

Puños del Cielo, los: Cuerpo de infantería ligera seanchan cuyos integrantes son transportados a la batalla a lomos de criaturas voladoras llamadas *to'raken.* Son hombres o mujeres menudos, en gran parte por el límite de peso que un *to'raken* puede cargar a la espalda a cualquier distancia. Considerados unos de los soldados más duros del ejército, se los emplea principalmente para incursiones, ataques sorpresa a posiciones de la retaguardia enemiga y allí donde es trascendental la rapidez para situar soldados en un lugar.

Renegados, los: Nombre dado a trece de los Aes Sedai más poderosos que se hayan conocido nunca, los cuales se incorporaron a las filas de la Sombra durante la Era de Leyenda y quedaron confinados junto con el Oscuro cuando volvió a sellarse la Perforación en su prisión. Aunque durante mucho tiempo se ha creído que sólo ellos abandonaron la Luz durante la Guerra de la Sombra, de hecho hubo otros que lo hicieron también; esos trece son únicamente los de más alto rango entre ellos. El número de los Renegados (que se designan a sí mismos «los Elegidos») se ha reducido en cierto modo desde que despertaron hasta el momento actual. Que se sepa, han sobrevivido Demandred, Semirhage, Graendal, Mesaana, Moghedien y otros dos que se reencarnaron en cuerpos nuevos y a los que se les dieron nuevos nombres: Osan'gar y Aran'gar. Recientemente ha aparecido un hombre que se hace llamar Moridin, y podría ser otro de los Renegados muertos sacados de la tumba por el Oscuro. La misma posibilidad cabría con respecto a la mujer llamada Cyndane; pero, habida cuenta de que Aran'gar era un hombre y ahora se ha reencarnado en mujer, sería fútil hacer conjeturas en cuanto a la identidad de Moridin y de Cyndane hasta

que se sepa algo más.

Retorno, el: Véase *Corenne.*

Sangre, la: Término utilizado por los seanchan para designar a la nobleza. Además de pertenecer a ella por nacimiento, puede obtenerse tal dignidad por ascenso.

sei'mosiev: En la Antigua Lengua, «ojos bajos» o «bajar la vista». Entre los seanchan, decir que alguien se ha «vuelto *sei'mosiev*» significa que esa persona ha «perdido el prestigio». (Véase *sei'taer.)*

sei'taer: En la Antigua Lengua, «ojos altos» o «mirar de frente». Entre los seanchan, se refiere al honor o el prestigio, a la capacidad de sostener la mirada de alguien. Es posible «ser» o «tener» *sei'taer,* lo que significa que dicha persona posee honor y prestigio, y también «cosechar» o «perder» *sei'taer.* (Véase *sei'mosiev.)*

Sehn an Calhar: En la Antigua Lengua, «Compañía de la Mano Roja». 1) Un grupo legendario de héroes autores de grandes hazañas y que finalmente murieron defendiendo Manetheren cuando dicha nación fue destruida durante la Guerra de los Trollocs. 2) Una unidad militar formada casi de manera fortuita por Mat Cauthon y organizada conforme al estilo de las fuerzas de combate existentes durante lo que se considera el auge de las artes marciales, en los tiempos de Artur Hawkwing y los siglos inmediatamente precedentes.

so'jhin: La traducción que más se ajusta a esta locución de la Antigua Lengua sería «lo alto entre lo bajo», aunque algunos la interpretan con el significado de «tanto el cielo como el valle» entre otras cuantas posibilidades. *So'jhin* es el término que los seanchan utilizan para designar a los sirvientes hereditarios de alto rango. Éstos son *da'covale,* o propiedad, si bien ocupan posiciones de considerable autoridad y a menudo de poder. Incluso la Sangre procede con gran tiento con los *so'jhin* de la familia imperial, y a los de la propia emperatriz les hablan como a iguales. (Véanse *Sangre, la; da'covale.)*

Librodot